CARLOS MARX

BIBLIOTECA CARLOS MARX

Dirigida por W. Roces.

Sección VI

BIOGRAFÍAS

EDITORIAL CENIT, S. A., MADRID

Franz Mehring

CARLOS MARX

HISTORIA DE SU VIDA

1932

EDITORIAL CENIT, S. A., MADRID

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR W. ROCES

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.—Teléfono 18014.

PRÓLOGO

Franz Mehring, escritor de procedencia burguesa con un prestigio bien ganado en el campo tradicional, abraza en la cuarentena la causa socialista y durante los treinta últimos años de su vida, los más maduros y los más fecundos, batalla ardorosamente con la pluma en la mano contra la burguesía y junto al proletariado. Pronto se convierte, por su dominio soberano de la filosofía, la historia y la literatura, enfocadas con la lógica férrea de la dialéctica marxista y del materialismo histórico, en uno de los más grandes continuadores de las tradiciones gloriosas del socialismo científico alemán y en maestro descollante del proletariado internacional. Pero Mehring era algo más que un brillante escritor y un investigador ilustre del socialismo. En él, como en Marx, la teoría iba unida con nervios y músculos a la práctica, y la idea era carne de vida y sangrante realidad. En los últimos años de su vida, cuando pudo gozar de una vejez gloriosa, la deserción de la socialdemocracia ante el gran crimen de la guerra le situó, con otras pocas almas grandes, en la plataforma acusadora y militante, que no era más que la práctica consecuencia de la obra de toda una vida. Con Carlos Liebknecht, con Rosa Luxemburgo, con Clara Zetkin, Mehring alzó, en aquellos años de vesania, la bandera del internacionalismo frente a las potencias de la barbarie y sus agentes, las «veletas chirriantes», y hubo de purgar este crimen con un arresto carcelario, con que el gobierno de los consejos «socialistas» quiso coronar su vida intachable de batallador. A poco de esto, caían asesinados por la soldadesca en las calles de Berlín, en versión alemana de la «ley de fugas», Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, y Mehring no pudo sobrevivir a este crimen monstruoso, en que no había solamente autores, sino también cómplices y acaso instigadores, padres morales de la idea.

Los temas y problemas en que Mehring, en una treintena de años de trabajo incesante, hincó la reja de la dialéctica marxista son legión interminable y caen en los más diversos campos de la cultura. Sus trabajos de crítica literaria van desde Calderón a Heine y desde Hebbel a Gorki, y llenan varios volúmenes. En sus estudios filosóficos pasa revista, desde la atalaya de la concepción materialista de la historia, a todas las corrientes de la filosofía antigua, clásica y contemporánea, sin olvidar la crítica religiosa en sus relaciones con el socialismo. Nos

ha dejado trabajos admirables sobre el militarismo y la ciencia guerrera. Pero donde su personalidad altísima más descuella es en las investigaciones históricas y en la historia del movimiento obrero y de sus grandes figuras. Entre su magno legado de publicaciones se cuentan dos grandes historias de Alemania y Prusia, y su «Leyenda de Lessing» constituye tal vez el único estudio histórico serio que existe de la época fridericiana. Los cuatro volúmenes de su «Historia de la Socialdemocracia» son una fuente agotadora e inagotable de investigación sobre los orígenes y el proceso histórico del socialismo en sus diversas tendencias y de la clase obrera alemana.

Mehring hubo de pasarse decenios enteros de su vida en íntimo contacto con la obra de Marx, laborando infatigablemente sobre ella para dar a la prensa un arsenal de materiales inéditos que le fueran confiados. Su edición de los «Escritos varios» de Marx, Engels y Lassalle y su intervención personal en la edición de la «Correspondencia entre Marx y Engels» como representante de la familia del primero—trabajos ambos precursores de la edición monumental que actualmente está publicando el Instituto Marx-Engels de Moscú—, su íntimo conocimiento de la historia universal de la época y su dominio del movimiento obrero internacional hacían de Mehring la persona llamada a entregarnos, como remate de la obra ingente que llena su existencia, esta magna biografía de Carlos Marx que es, a la par que la «Historia de su vida», una magnífica historia viva de los orígenes del socialismo científico y de los movimientos más salientes de la clase obrera durante dos tercios del siglo pasado. La gran afinidad espiritual y de temperamento entre biógrafo y biografiado, la identificación pasional e intelectiva del primero con el hombre y la obra estudiados, no turban jamás en Mehring ese respeto a la verdad objetiva que es deber de todo historiador; deber que se acentúa, por exigencia de método y respeto al nombre, si la historia que se traza es marxista y el tema investigado la persona y la vida de Marx. En las maravillosas páginas de Mehring, vemos revivir y cobrar cuerpo y genio y figura al Marx político, economista, revolucionario, filósofo de la historia y de la sociedad, al Marx caudillo y táctico y organizador de la clase obrera, al fundador y guía de la Internacional, al indomable polemista y al amigo y al enemigo siempre leal. Todo ello cifrado en el Marx hombre, con sus luces y sus sombras, como en la vida misma, no disecada por un erudito ni elevada a los altares por un ciego adorador, sino plasmada históricamente por quien, además de gran historiador, era un hombre noble y grande.

W. R.

CAPITULO I

AÑOS DE JUVENTUD

1. Familia y primeros estudios.

Carlos Enrique Marx nació en Tréveris el 5 de mayo de 1818. De sus antepasados es muy poco lo que sabemos, pues los años de tránsito del siglo XVIII al XIX fueron en el Rin años de azares guerreros que dejaron su huella en el desbarajuste y asolamiento de los registros civiles de aquella comarca. Todavía es hoy el día en que no ha podido llegarse a una conclusión clara respecto a la fecha de nacimiento de Enrique Heine.

Afortunadamente, Carlos Marx vino al mundo en un período de mayor calma y, por lo menos, el año de su nacimiento lo sabemos con certeza. Pero, como hace unos cincuenta años, hubiese fallecido, dejando un testamento nulo, una hermana de su padre, no fué posible averiguar, a pesar de todas las indagaciones judiciales que se hicieron para encontrar los herederos legítimos, la fecha del nacimiento y la muerte de sus padres, o sea de los abuelos paternos de Carlos Marx. El abuelo se llamaba Marx Leví, nombre que luego redujo al de Marx, y fué rabino en Tréveris. Debió de morir hacia el año 1798; por lo menos, ya no vivía en 1810. Su mujer, Eva Moses por su nombre natal, vivía todavía en 1810, y murió, por lo que puede conjeturarse, alrededor del año 1825.

Entre sus muchos hijos, hubo dos que se dedicaron al estudio: Samuel y Hirschel. Samuel hízose rabino, ocupando el puesto de su padre en Tréveris, y tuvo un hijo, llamado Moses, que hubo de ser trasladado a Gleiwitz, villa silesiana, como aspirante a la misma dignidad. Samuel nació en 1781 y murió en 1829. Hirschel, el padre de Carlos Marx, nació en 1782, cursó la carrera de Jurisprudencia y se hizo abogado y luego Consejero de justicia en Tréveris, donde en 1824 se bautizó, convirtiéndose al cristianismo con el nombre de Enrique Marx; murió en el año 1838. Estaba casado con Enriqueta Pressburg, una judía holandesa, entre cuyos antepasados se contaban, a lo largo de los siglos, según nos dice su nieta Eleanor Marx, toda una serie de rabinos. Murió en 1863. Este matrimonio dejó también una descendencia numerosa, si bien en el momento de las particiones hereditarias, a cuyo expediente debemos estas noticias genealógicas, no vivían más que cuatro hijos:

Carlos Marx, único varón, y tres hermanas suyas: Sofía, viuda de un abogado de Mastricht llamado Schmalhausen; Emilia, casada en Tréveris con un ingeniero llamado Conrady, y Lisa, casada con un comerciante de la Ciudad del Cabo apellidado Juta.

A sus padres, cuyo matrimonio había sido muy feliz, debió Carlos Marx, que era con su hermana Sofía el hijo mayor de la familia, una infancia gozosa y libre de cuidados. Sus «magníficas dotes naturales» despertaban en su padre la esperanza de que se pondrían algún día al servicio de la humanidad; y su madre decía de él que era un niño de suerte, a quien todo le salía derecho. Pero Carlos Marx no fué, como Goethe, hijo de su madre, ni como Lessing y Schiller, hijo de su padre. Su madre, velando cariñosamente por el esposo y los hijos, vivía consagrada por entero a la paz de su hogar; no llegó, en todos los días de su vida, a hablar el alemán a derechas, ni tuvo la menor parte en las batallas del espíritu reñidas por su hijo, como no fuese para dolerse maternalmente de que su Carlos, con todo el talento que Dios le había dado, no siguiese en la vida el camino derecho. Andando el tiempo, parece que Carlos Marx llegó a entablar relaciones bastante íntimas con sus parientes maternos de Holanda, sobre todo con un «tío» Felipe, de quien habla repetidas veces con gran simpatía, llamándole un «magnífico solterón», y que debió de acudir más de una vez a sacarle de apuros.

También el padre, a pesar de que murió cuando acababa Carlos de cumplir los veinte años, parece que miraba alguna que otra vez con secreto temor aquel «demonio» que llevaba dentro su hijo favorito. Pero lo que a él le atormentaba no eran los cuidados mezquinos y penosos de la pobrecita madre por la carrera y el bienestar material del hijo, sino el vago presentimiento de un carácter duro como el granito, sin la menor afinidad con el suyo, dulce y blando. Enrique Marx, que como judío, renano y jurista parece que debía estar acorazado con triple coraza contra todos los encantos de aquella Prusia de hidalgos rurales, era, a pesar de todo, un patriota prusiano; no en el sentido insípido y necio que hoy damos a esta palabra, sino un patriota prusiano por el estilo de aquellos que nosotros, viejos ya, alcanzamos todavía a conocer en hombres como Waldeck o como Ziegler: un hombre nutrido de cultura burguesa, creyente con la mejor fe del mundo en el viejo racionalismo fridericiano; un «ideólogo», en una palabra, de aquellos que tanto, y con razón sobrada, odiaba Napoleón. Lo que éste entendía por «ideología, esa necia palabra», era precisamente lo que alimentaba el odio del padre de Marx contra aquel conquistador que había dado a los judíos renanos la plenitud de sus derechos civiles y a los territorios del Rin el Código de Napoleón, aquella joya tan celosamente guardada por ellos y tan insaciablemente atacada por la reacción prusiana.

Su fe en el «genio» de la monarquía prusiana se mantuvo incólume hasta cuando el Gobierno de Prusia le forzó a cambiar de religión si quería conservar su empleo. Esta coacción ha sido aducida repetidas veces, y aun por conducto autorizado, sin duda para justificar o excusar lo que no necesita justificación ni siquiera excusa. Aun examinada su actitud por el lado exclusivamente religioso, un hombre como él, que confesaba, con Locke, Leibniz y Lessing, su «fe pura en Dios», no tenía ya nada que buscar en la Sinagoga, y era natural que acudiese a refugiarse en la Iglesia nacional prusiana, donde entonces reinaba un racionalismo transigente, una especie de «religión racional», contra la cual no había podido prevalecer ni el edicto prusiano de censura de 1819.

Pero, además, la abjuración del judismo no era tan sólo, en los tiempos que corrían, un acto religioso, sino que entrañaba también—y primordialmente—, un acto de emancipación social. Los judíos no habían tomado parte en las prestigiosas tareas del espíritu de los grandes pensadores y poetas alemanes; en vano la luz modesta de un Moses Mendelsohn pretendió alumbrar a su «nación» la senda hacia la vida intelectual del país. Idéntico fracaso experimentaron un puñado de judíos jóvenes de Berlín al querer reanudar las aspiraciones de su precursor—precisamente por los mismos años en que Enrique Marx abrazaba el cristianismo—, aunque entre ellos se encontrasen hombres del calibre de Eduardo Gans y Enrique Heine. El primero, capitán de la aventura, viéndose fracasado, arrió bandera y se pasó al cristianismo. El propio Heine, que tan duramente le maldijo—«ayer todavía un héroe, y hoy nada más que un canalla»—, había de verse forzado, y muy pronto, a tomar también «billete para la función de la cultura europea». Y ambos tuvieron su parte histórica en la obra del espíritu alemán del siglo XIX, mientras que los nombres de sus camaradas que, fieles a la causa, siguieron cultivando el judaísmo, se han esfumado sin dejar huella.

Durante muchos años, el tránsito al cristianismo fué para los espíritus libres de la raza judía, un progreso en la senda de la civilización. Así ha de interpretarse también el cambio de religión abrazado por Enrique Marx con su familia en el año 1824. Es posible que las circunstancias contribuyesen también, ya que no a inspirar el hecho, por lo menos a apresurar el momento de su realización. Las persecuciones contra los judíos, que tomaron un giro tan violento durante la crisis agrícola de aquellos años, desataron también las furias antisemitas en las provincias del Rin, y un hombre de honorabilidad intachable como era el padre de Marx no tenía deber, ni tampoco—por miramiento hacia sus hijos—derecho a afrontar aquella marejada de odio. También pudo ocurrir que la muerte de su madre, que debió de acontecer por

aquel entonces, le eximiese de ciertos escrúpulos de respeto y piedad filial, muy propios de su carácter, como pudo también haber influído el hecho de que su hijo mayor cumpliese, precisamente en el año de la conversión, la edad escolar.

Cualesquiera que las causas fuesen, lo indudable es que el padre de Marx poseía ya esa cultura del hombre libre que le emancipaba de todas las ataduras judías, y esta libertad era la que había de transmitir a su hijo Carlos como precioso legado. En las cartas, bastante numerosas, que dirige a su hijo, siendo éste ya estudiante, no encontramos ni una sola huella en que hable la progenie semita; son todas cartas escritas en aquel tono patriarcal, prolijamente sentimental, y en aquel estilo epistolar del siglo XVIII, en que el auténtico alemán gustaba de soñar cuando amaba y en que descargaba sus furias cuando la cólera le acometía. Exentas de toda pedantesca cerrazón de espíritu, saben comprender y acatan de buen grado los intereses y las aspiraciones intelectuales del hijo; únicamente contra su ventolera de hacerse un «vulgar poetastro» muestran una aversión franca y perfectamente legítima. Cuando sus pensamientos abstraídos se parasen a soñar en el porvenir que le estaba reservado a su Carlos, aquel buen señor viejo del «cabello pálido y el espíritu un tanto rendido» tendría seguramente sus dudas acerca de si el corazón del hijo respondería a su cabeza. ¿Habría en él realmente—pensaría el padre—cabida para esos sentimientos, terrenos pero dulces, que tanto consuelo procuran al hombre en este valle de lágrimas?

Y sus dudas no eran seguramente infundadas, dado su modo de ver; aquel amor entrañado con que llevaba a su hijo «en lo más recóndito de su corazón» no le cegaba, antes al contrario, le hacía penetrar el porvenir. Pero así como el hombre no alcanza nunca, por lejos que vea, a atalayar las consecuencias últimas de sus actos, Enrique Marx no pensaba, ni podía tampoco pensar, en que al transmitir a su hijo aquellos raudales de cultura burguesa como la riqueza más sólida con que le equipaba para la vida, no hacía más que contribuir a dar vuelos en él a aquel temido «demonio», del que no sabía si había de ser «fáustico o celeste». Carlos Marx superó ya en el hogar paterno, como jugando, mucho de aquello que a un Heine o a un Lassalle costaran los primeros y más duros combates de su vida y de cuyas heridas no llegaron nunca a reponerse.

¿Y a la escuela, qué debe a la escuela, a sus primeros años de estudio, Carlos Marx? Esta aportación es ya mucho menos fácil de deslindar. Marx no habla nunca de sus compañeros de escuela, ni sabemos tampoco de ninguno que registrase sus recuerdos de él. Hizo sus estudios de bachiller clásico en el Gimnasio de su ciudad natal y pronto le vemos graduado de bachiller; el título lleva la fecha del 25 de agosto

de 1835, y es lo que suelen ser estos diplomas; vierte sobre la cabeza de aquel joven de brillante porvenir sus votos de triunfo y formula unos cuantos juicios esquemáticos acerca de su rendimiento y valer en las diversas ramas del estudio. Hace resaltar, sin embargo, que Carlos Marx sabía traducir y glosar muchas veces hasta los pasajes más difíciles de los viejos clásicos, sobre todo aquellos en que la dificultad no residía tanto en el lenguaje como en la materia y en la trabazón del pensamiento; y que sus ejercicios de composición latina revelaban, en cuanto al fondo, riqueza de ideas y gran penetración para el tema, si bien aparecían recargadas con frecuencia por digresiones inútiles.

En el momento del examen, el examinando parecía no andar muy fuerte en religión ni en historia. En el ejercicio de composición alemana, sus jueces descubrieron una idea que les pareció «interesante» y que a nosotros, hoy, tiene que parecérnoslo mucho más. El tema que le habían dado era éste: «Consideraciones de un joven antes de elegir carrera.» La calificación decía que el ejercicio de Carlos Marx se distinguía por su riqueza de ideas y su buena distribución sistemática, aunque el alumno seguía incurriendo en el vicio, que le era peculiar, de rebuscar exageradamente hasta encontrar expresiones raras y llenas de imágenes. Y en seguida, se hace notar, reproduciéndola literalmente, esta observación del muchacho: «No siempre podemos abrazar la carrera a la que nuestra vocación nos llama; la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla.» Así apuntaba en él ya, en su adolescencia, el primer chispazo de la idea que de hombre, había de completar y desarrollar en todos sus aspectos y que, corriendo el tiempo, iba a ser mérito inmortal de su vida.

2. Jenny de Westfalia.

En el otoño de 1825, Carlos Marx matriculóse en la Universidad de Bona, donde pasó un año, dedicado no tanto seguramente a estudiar Jurisprudencia como a hacer «vida de estudiante». Tampoco acerca de este período de su vida poseemos noticias directas, pero, a juzgar por lo que de él se refleja en las cartas de su padre, parece que este año fué un año de expansión para su juventud. Más adelante, en un momento de indignación, el padre había de hablar de aquella «vida salvaje»; por el momento, limitábase a quejarse de las «cuentas a lo Carlos, sin ilación ni fruto». Y no nos extraña, pues la verdad es que a este gran teórico del dinero jamás ni en ningún momento de su vida le salieron bien las cuentas.

A su regreso de Bona, Carlos Marx, con sus benditos dieciocho años, entró en relaciones formales con una compañera de juegos de su niñez, amiga íntima de Sofía, su hermana mayor, la cual allanó todos los obstáculos que se alzaban ante la unión de aquellos dos corazones jóvenes. Y aquella hazaña del estudiante que acababa de pasar un año divirtiéndose, fué, a pesar de todas las apariencias de muchachada caprichosa que tenía, el primer triunfo serio y el más hermoso que había de alcanzar este hombre nacido para triunfar sobre los hombres: un triunfo que incluso al propio padre se le hacía «imposible de creer», hasta que se dió cuenta de que también la novia tenía «sus genialidades» y era capaz de sacrificios que no afrontaría cualquier muchacha vulgar.

En efecto, Jenny de Westfalia, además de ser una muchacha de extraordinaria belleza, tenía un talento y un carácter también extraordinarios. Le llevaba a Carlos Marx cuatro años, sin haber pasado de los veintidós; su hermosura joven y en plena sazón veíase festejada y cortejada por una pléyade de pretendientes; hija de un alto funcionario de elevada posición social, le esperaba un brillante y seguro porvenir. Y he aquí que de pronto sacrificaba todas estas perspectivas a un porvenir—en opinión del padre de Marx—«inseguro y lleno de zozobras»; también en ella creía percibir el buen padre, de vez en cuando, aquel temor cargado de augurios que a él le inquietaba. Pero estaba seguro, segurísimo, de la «angelical muchacha», de la «encantadora», y le aseguraba a su hijo que nadie, ni un príncipe, se la arrebataría.

Los peligros y las zozobras del porvenir confirmaron con creces los temores que el viejo Marx pudiera concebir en sus sueños más desesperados, pero Jenny de Westfalia, de cuyos retratos juveniles irradia una gracia infantil, supo ser digna, con su indomable valor de heroína, en medio de las torturas y los sufrimientos más atroces, del hombre a quien había elegido. No es que le ayudase a sobrellevar la pesada carga de su vida en el sentido doméstico de la palabra, pues ella, que había tenido una infancia y una juventud risueñas, acostumbrada a la abundancia desde su cuna, no podía estar siempre a la altura de las pequeñas miserias de cada día, como lo hubiera estado una proletaria azotada por la vida, sino en un sentido mucho más elevado, comprendiendo y abrazando dignamente la obra que había de llenar la vida de su marido y la suya propia. En todas sus cartas, de las muchas que se conservan, alienta un soplo de auténtica feminidad; esta mujer era una «naturaleza» en el sentido que Goethe da a esta palabra, sin asomo de falsedad en ninguna de las fibras de su ánimo, lo mismo en el delicioso tono de cuchicheo de los días alegres que en el dolor trágico de la Niobe a quien la miseria arrebata un hijo sin tener siquiera una pobre cajita en qué enterrarlo. Su belleza era orgullo de su marido, y cuando, a la vuelta de los años, unidos ya en matrimonio desde más de una ge-

neración, Marx hubo de trasladarse a Tréveris, en 1863, para asistir al entierro de su madre, le escribía desde la ciudad natal: «No queda día en que no pasee hacia la vieja casa de los Westfalias (en la calle de los Romanos), mucho más interesante para mí que todas las antigüedades de Roma, porque me recuerda los tiempos felices de mi juventud, aquellos en que sus muros albergaban mi mejor tesoro. Además, todos los días me están preguntando, cuándo unos cuándo otros, por la muchacha *quondam* «más hermosa de todo Tréveris», por la «reina de sus bailes». No sabes lo endiabladamente agradable que es, para un hombre, ver que su mujer sigue viviendo en la fantasía de una ciudad entera como una especie de «princesa encantada». Y en su lecho de muerte, él, que jamás había sido un sentimental, recordaba con un tono estremecido de melancolía aquellos días, los más hermosos de su vida, que la suerte le había deparado junto a esta mujer.

Los chicos formalizaron sus relaciones sin dar cuenta de ello, por el momento, a los padres de la novia, cosa que no dejó de inquietar al concienzudo padre de Carlos. Poco tiempo después, también ellos daban su consentimiento a la unión. Luis de Westfalia, consejero aúlico de gobierno, no procedía, aunque otra cosa parezcan indicar su nombre y su título, ni de la nobleza rural de las orillas del Elba ni de la vieja burocracia prusiana. Su padre era aquel Felipe Westfalia que se cuenta entre las más notables figuras de la historia guerrera. Secretario particular para asuntos civiles del duque Fernando de Braunschweig, que en la guerra de los Siete años, a la cabeza de un ejército formado por las más diversas gentes y pagado con dinero de Inglaterra, protegió victoriosamente el Oeste de Alemania de los antojos conquistadores de Luis XV y de su Pompadour, el de Westfalia fué poco a poco subiendo hasta convertirse en generalísimo efectivo del duque, a despecho de todos los generales alemanes e ingleses de su tropa. Y tan señalados eran sus méritos, que el rey de Inglaterra quiso nombrarle general-ayudante de sus ejércitos, favor que Felipe rechazó. Sólo se avino a domar su espíritu de hombre civil «accediendo» a recibir un grado de nobleza, por razones idénticas a las que obligaron a un Herder o a un Schiller a doblegarse y soportar la misma humillación: para poder unirse en matrimonio a la hija de una familia de barones escoceses que se presentó en el campamento del duque Fernando a visitar a una hermana casada con un general de las tropas auxiliares inglesas.

De esta unión nació Luis de Westfalia. Y si su padre le había legado un nombre histórico, la línea de sus antepasados maternos evocaba también recuerdos históricos que se remontaban hasta un remoto pasado; uno de sus ascendientes por línea directa de madre había muerto en la hoguera, luchando por implantar la Reforma en Escocia; otro, el conde Archibaldo de Argyle, había sido decapitado por rebelde en la

plaza pública de Edimburgo, combatiendo contra Jacobo II desde el bando de las libertades. Estas tradiciones de familia inmunizaban a Luis de Westfalia desde el primer momento contra las jactancias de la nobleza rural prusiana, con su orgullo de mendigo, y contra la presuntuosa burocracia del Estado. Sirvió desde muy pronto al duque de Braunschweig y no tuvo inconveniente en continuar al servicio de este Estado cuando Napoleón incorporó el pequeño Ducado al reino de Westfalia, ya que, evidentemente, a él no le importaba tanto el güelfo de estirpe a quien servía como las reformas con que la conquista francesa ponía remedio a los males de su pequeño país natal. Mas no por eso dejó de mantenerse reacio al yugo extranjero, y en el año 1813 hubo de conocer la mano dura del mariscal Davoust. Desde Salzwedel, donde era consejero territorial y donde el 12 de febrero de 1814 nació su hija Jenny, fué trasladado, dos años más tarde, al gobierno de Tréveris, como consejero; en el calor de su arrebato, el Canciller del Estado prusiano, Hardenberg, tuvo todavía discernimiento bastante para comprender que había que destinar a los territorios del Rin, recién conquistados y que, en el fondo de su corazón, suspiraban todavía por Francia, a los espíritus más capaces y más libres de los pujos aristocráticos de la nobleza indígena.

Carlos Marx hablaba siempre de este hombre con la mayor devoción y gratitud. Su afecto hacia él era más que de yerno, y le llamaba su «caro amigo paternal», testimoniándole su «filial cariño». Westfalia podía recitar cantos enteros de Homero de cabo a rabo; se sabía de memoria la mayor parte de los dramas de Shakespeare, lo mismo en inglés que en alemán. En la «vieja casa de los Westfalias» pudo recoger Carlos Marx muchas sugestiones que no le brindaban la suya propia ni las aulas. El padre de Jenny, por su parte, siempre había sentido gran predilección por Carlos, y seguramente al autorizar la formalización de sus relaciones con ella tendría presente el matrimonio feliz de sus propios padres; a los ojos del mundo, también la hija de aquella antigua familia noble de barones había elegido un mal partido al casarse con el pobre secretario burgués.

En el hijo mayor de Luis de Westfalia no habían de perdurar las tradiciones espirituales del padre. Resultó ser un burócrata arribista, y algo peor; durante los años de reacción que sobrevinieron en Prusia después del 48, mantuvo, como ministro del Interior, las pretensiones de aquella aristocracia acartonada hasta contra el jefe de gobierno, Manteuffel, que era, a pesar de todo, un burócrata ingenioso. Entre este Fernando de Westfalia y su hermana Jenny no mediaban relaciones íntimas; a ello contribuiría también, acaso, el hecho de llevarle a Jenny quince años y de no ser más que medio hermano suyo, ya que su padre había estado casado antes en primeras nupcias.

En cambio, tuvo un auténtico hermano en Edgar de Westfalia, que se desvió hacia la izquierda de la senda de su padre, lo mismo que Fernando se desviaba hacia la derecha. Este Edgar firmó alguna vez los documentos comunistas de su cuñado Marx. No le fué, sin embargo, un camarada constante; cruzó el Océano, corrió en América diferentes vicisitudes, retornó a Europa y anduvo de acá para allá, sin encontrar asiento en parte alguna; por todo lo que sabemos de él, debía de ser un verdadero desordenado. Pero siempre conservó un gran cariño y una fidelidad inquebrantable hacia su hermana y Carlos Marx, que dieron su nombre al primer hijo que tuvieron.

CAPITULO II

EL DISCÍPULO DE HEGEL

1. El primer año en Berlín.

Antes de que Carlos Marx formalizase las relaciones con Jenny de Westfalia, había dispuesto su padre que prosiguiese sus estudios en la capital; el documento, que aún se conserva, en el que Enrique Marx, no sólo da su consentimiento, sino que declara ser su voluntad que su hijo Carlos curse el próximo semestre en la Universidad de Berlín, continuando en ella los estudios de Jurisprudencia y Ciencias camerales comenzados en Bona, lleva la fecha de 1.° de julio de 1836.

Las formalizadas relaciones de su hijo antes contribuían a reforzar que a menoscabar esta decisión tomada por el padre; es seguro que, ante las largas perspectivas de aquel noviazgo, su natural cauto creyese aconsejable tener separados a los novios durante algún tiempo. Aparte de esto, puede que también influyese en la elección de Berlín su patriotismo prusiano, así como el hecho de que aquella Universidad no compartiese las magnificencias de la vida estudiantil que Carlos Marx había gozado ya bastante en Bona, según el modo de ver de su celoso padre; «comparadas con esta casa de trabajo, las demás Universidades son verdaderas tabernas», escribía Luis Feuerbach de la de Berlín.

Desde luego, no fué el mismo estudiante quien se decidió por Berlín, atendiendo a un deseo personal. Carlos Marx amaba su soleada tierra natal, y la capital de Prusia le repelió todos los días de su vida. Lo que menos podía atraerle en ella era la filosofía de Hegel—que se había entronizado en aquella Universidad, campeando mucho más a sus anchas todavía que en vida del fundador—, por la sencilla razón de que le era perfectamente desconocida. Añádase a esto su gran alejamiento de la mujer amada. Cierto es que la había prometido contentarse con el sí para el mañana, renunciando para el presente a toda otra prueba externa de amor. Pero, aunque sea entre criaturas del temple de éstas, los juramentos de amantes tiene siempre la ventaja específica de que se los lleva el viento. Carlos Marx contaba más tarde a sus hijos que su amor por la madre era en aquellos años el de un Rolando furioso, y se explica que su corazón joven y ardiente no descansase hasta que le autorizaron para escribirse con su novia.

Pero la primera carta de ella no llegó a sus manos hasta que ya llevaba un año entero en Berlín, y acerca de este año estamos, en cierto respecto al menos, mejor informados que acerca de ninguna otra época de su vida anterior ni posterior, gracias a una minuciosa carta dirigida a sus padres con fecha 10 de noviembre de 1837, «al cumplirse el año de mi estancia aquí, para exponer ante sus ojos la labor realizada». En este singular documento, vemos ya en el adolescente al hombre entero que lucha hasta el agotamiento de sus fuerzas físicas y morales por alcanzar la verdad; su sed insaciable de saber, su inagotable capacidad de trabajo, aquella crítica inexorable de sí mismo y aquel espíritu batallador que, aunque parecía extraviar a veces el corazón, no hacía más que aturdirlo un poco.

Carlos Marx quedó matriculado en la Universidad de Berlín el 22 de octubre de 1836. De las explicaciones académicas, no parece haberse preocupado gran cosa; en nueve semestres, no se inscribió más que en doce cursos, enseñanzas jurídicas obligatorias la mayoría de ellas, sin seguirlas todas, ni mucho menos. Entre los profesores oficiales, no debió de influir un poco en su formación más que Eduardo Gans. Siguió sus explicaciones sobre Derecho criminal y Código nacional prusiano, y el propio Gans dejó testimonio del «magnífico celo» con que Marx asistía a los dos cursos. Pero más fuerza probatoria que estos testimonios, en los que la benevolencia suele abundar, tiene la despiadada polémica que Marx entabla, en una de sus primeras obras, contra la Escuela histórica del Derecho, contra cuya cerrazón y falta de sentido, contra cuyo funesto influjo sobre la legislación y el desarrollo del derecho había alzado su elocuente voz el jurista Gans, de formación filosófica.

Sin embargo, Marx, según él mismo nos dice, no cursaba los estudios profesionales de Jurisprudencia más que como una disciplina secundaria al lado de la Historia y la Filosofía, y en estos dos campos no se preocupaba para nada de seguir las lecciones de cátedra, aunque se hubiese matriculado, como era de rigor, en el curso de Lógica, que profesaba Gabler, sucesor oficial de Hegel, y el más mediocre entre sus mediocres adoradores. La mentalidad de Marx trabajaba ya en la Universidad por cuenta propia, y dominó en dos semestres una cantidad de saber que en veinte semestres no hubiera llegado a asimilarse con aquel sistema de pienso y pesebre de las lecciones académicas.

Al llegar a Berlín, lo primero que reclamó sus derechos fué el «nuevo mundo del amor». Este mundo, «embriagado de nostalgias y vacío de esperanzas», se descargó en tres cuadernos de poesías, dedicadas todas ellas «a mi cara, eternamente amada Jenny de Westfalia», a cuyas manos llegaron ya en diciembre de 1836, «saludadas—como su

hermana Sofía le comunicaba—con lágrimas de alegría y de dolor». Un año después, en la extensa carta dirigida a sus padres, el poeta había de juzgar bastante desdeñosamente aquellas criaturas de su musa. «Sentimientos volcados a sus anchas y sin forma, nada natural, todo construído como si se cayese de la luna, la más perfecta antítesis de lo que es y debe ser, reflexiones retóricas a falta de ideas poéticas.» De todos estos pecados se acusa a sí mismo el joven poeta y, aunque añada como circunstancia atenuante que «acaso pueda invocar también un cierto calor en los sentimientos y su pugna por remontarse y cobrar impulso», estas plausibles cualidades sólo concurrían en el sentido y en la medida, acaso, de las canciones a Laura de Schiller.

En general, sus versos juveniles respiran un romanticismo trivial en el que rara vez resuena una fibra auténtica. Además, la técnica del verso es torpe y desmañada, más de lo que fuera lícito cuando ya habían publicado sus poesías Heine y Platen. Tales fueron los primeros caminos extraviados por los que empezó a desarrollarse el rico talento artístico de Marx, de que sus obras científicas son el mejor testimonio. La fuerza plástica de su lenguaje entronca con los primeros maestros de la literatura alemana; él no era de esos espíritus ramplones que creen que el escribir insoportablemente es la primera prenda de toda obra erudita, sino que daba gran importancia al equilibrio estético de sus obras. Y sin embargo, hay que reconocer que entre las ricas ofrendas con que las musas le habían adornado no se contaba el talento versificador.

No obstante, como él mismo decía a sus padres en aquella extensa carta de 10 de noviembre de 1837, la poesía sólo debía ser quehacer accesorio; su deber era estudiar jurisprudencia, aunque se sintiese acuciado ante todo y sobre todo por el afán de debatirse con la filosofía. Trabajó sobre Heinecio, Thibaut y las fuentes, tradujo al alemán los dos primeros libros de las Pandectas y pugnó por construir una filosofía jurídica sobre los dominios del derecho. De esta «desdichada obra» dice que tenía el propósito de haberla extendido hasta trescientos pliegos, cifra que probablemente es una errata. Al final, se dió cuenta de la «falsedad de todo» y se echó en brazos de la filosofía, para construir un nuevo sistema metafísico y convencerse también, a la postre, una vez más, de lo descaminadas que iban sus aspiraciones. Además, tenía la costumbre de sacar extractos de todos los libros que leía, como hizo con el *Laocoonte* de Lessing, el *Erwin* de Solger, la *Historia del Arte* de Winckelmann, la *Historia alemana* de Luden etc., registrando de pasada sus reflexiones. Al mismo tiempo, entreteníase en traducir la *Germania* de Tácito y los cantos fúnebres de Ovidio, y se puso a estudiar por su cuenta, es decir, con ayuda de gramáticas, el inglés y el italiano, sin conseguir por el momento nada; leía el *Derecho criminal* de Klein y

sus *Anales* y las últimas cosas de literatura, pero esto de pasada. El semestre volvía a cerrarse con «danzas de las musas y música satírica», cuando, de pronto, vió destellar a lo lejos, como un palacio de hadas inasequible, el reino de la verdadera poesía, y todas sus creaciones se vinieron a tierra.

Haciendo el balance de este primer semestre de estudios, resultaban «muchas noches pasadas en vela, muchos combates librados, muchas sugestiones de dentro y de fuera padecidas», pero sin grandes resultados positivos; la naturaleza, el arte y el mundo habían quedado abandonados y muchos amigos repelidos. Además, el organismo juvenil hallábase resentido por el exceso de trabajo, y, siguiendo el consejo médico, Marx hubo de trasladarse a descansar a Stralau, que por entonces era todavía un tranquilo pueblo de pescadores. Pronto se repuso, para volver de nuevo a las contiendas del espíritu. En el segundo semestre, asimiló también una masa grande de las más diversas materias de conocimiento, pero cada vez se iba destacando con mayor claridad la filosofía de Hegel como polo inmóvil en medio de aquel desfile de fenómenos. Al principio, cuando Marx empezó a trabar conocimiento con ella por la lectura de algunos fragmentos, no le hizo ninguna gracia su «grotesca melodía pétrea»; pero, aprovechando el descanso de una nueva enfermedad, la estudió de cabo a rabo, y fué a dar, además, a un «club doctoral» de jóvenes hegelianos, donde, a fuerza de discutir entre opiniones encontradas, se vió encadenado cada vez más «a la actual filosofía del mundo»; claro está, que sin que por ella enmudeciese del todo la gran riqueza de sonidos que había en él, ni dejase de asaltarle de vez en cuando «una verdadera furia irónica ante tanta negación».

Todo esto ponía de manifiesto Carlos Marx a sus padres en la mentada carta, y terminaba con el ruego de que le autorizasen para volverse a casa entonces mismo, sin aguardar a la Pascua del año siguiente, que era la fecha indicada por su padre. Quería cambiar impresiones detenidamente con éste acerca del «constante vaivén» de su ánimo; estaba seguro de que no podría vencer aquellos «fantasmas soliviantados» más que estando cerca de sus queridos padres.

Esta carta, que tan preciosa es hoy para nosotros como espejo en que vemos proyectarse de cuerpo entero al Marx de los años juveniles, produjo, al recibirse en su casa paterna, una malísima impresión. El padre, ya achacoso, vió alzarse ante sí aquel «demonio» que siempre había temido en su hijo, y que ahora temía doblemente desde que amaba como a una hija más a «cierta persona», desde que una familia honorabilísima se había visto movida a autorizar unas relaciones que, a juzgar por las apariencias y según los derroteros del mundo, estaban llenas de asechanzas y de tristes perspectivas para aquella amada cria-

tura. El no se había obstinado nunca en trazar a su hijo la senda de la vida, aunque sólo había una, la única que podía llevarle a cumplir con «sus sagradas obligaciones»; pero lo que ahora tenía ante sus ojos era un mar tempestuoso y embravecido sin el menor puerto de refugio.

Por todas estas razones, se decidió, a pesar de su «debilidad», que él mejor que nadie conocía, a «mostrarse por una vez duro», y en su respuesta de 14 de diciembre mostrábase «duro» a su modo, exagerando desmedidamente las cosas y dejando escapar aquí y allá un suspiro de melancolía. ¿Cómo había cumplido aquel hijo con su deber?, se preguntaba. Y él mismo se daba la contestación, en los términos siguientes: «¡¡¡Sólo Dios sabe cómo!!! Viviendo en el mayor desorden, saltando de acá para allá, por todas las ramas de la ciencia, pasándose las horas muertas junto a la humosa lámpara de petróleo; entregándose al salvajismo bajo la bata de andar por casa y la cabeza desgreñada, donde antes era a la disipación junto al vaso de cerveza; rehuyendo toda sociedad a despecho de las normas del buen decoro y aun de los miramientos debidos a su padre; reduciendo el arte de relacionarse con el mundo a las cuatro paredes del sucio cuarto donde seguramente, siguiendo el desorden clásico, las cartas de amor de Jenny y las amonestaciones bien intencionadas del padre, escritas acaso con lágrimas, servirían, despedazadas, para señales de lecturas; cosa que, después de todo, era preferible a que, por un desorden todavía más irresponsable, fuesen a parar a manos de terceros.» Al llegar aquí, le vence la melancolía, y tiene que tomar unas cuantas píldoras de las que le ha recetado el médico, para recobrar fuerzas y seguir siendo inflexible. Ahora, censura severamente la mala administración de su hijo. «¡Y nuestro señor hijo, como si fuéramos unos banqueros, gasta en un solo año cerca de 700 tálers, faltando a todo lo convenido, faltando a todas las normas de la práctica, cuando los más ricos no gastan ni 500!» Claro está que Carlos no era un libertino ni un pródigo precisamente, pero ¿cómo un hombre que andaba inventando sistemas nuevos y derribando los antiguos a cada ocho o cada quince días, iba a ocuparse en tales pequeñeces? Todos metían la mano en su bolsillo y todos le engañaban.

Y así, en el mismo estilo, seguía durante un gran trecho la filípica de su padre, para acabar desechando inexorablemente la petición de Carlos. «Venir en este momento sería un absurdo. Y aunque sé de sobra que no te preocupas gran cosa de las lecciones—sin perjuicio, naturalmente, de pagarlas—, quiero, por lo menos, guardar el decoro necesario. Yo no soy, ni mucho menos, esclavo de la opinión ajena, pero no me gusta tampoco que se murmure a costa mía.» Y decíale que podría venir a casa por las vacaciones de Pascua o diez días antes de comenzar éstas, pues tampoco quería ser, en esto, ningún pedante.

Por debajo de todas estas quejas, percíbese el reproche de que su

hijo no tiene corazón, y como este reproche había de hacérsele a Carlos Marx repetidas veces, conviene que aquí, donde por vez primera nos sale al paso y donde más derecho tenía a formularse, digamos lo poco que acerca de ello se puede decir. Con ese tópico tan a la moda del «derecho a vivir su vida», que una civilización degenerada por los mimos ha inventado para disfrazar su cobarde egoísmo, no saldríamos, naturalmente, ganando nada; como tampoco ganaríamos mucho con acudir a la vieja frase del «genio» a quien no puede medirse por el mismo rasero que a los demás mortales. Lejos de eso, en Carlos Marx la pugna incansable por conquistar la verdad suma brotaba de los pliegues más profundos del corazón; Marx no era, como él mismo hubo de decir en una ocasión, con frase ruda, lo bastante buey para volver la espalda a los «dolores de la humanidad», o para decirlo con las palabras con que Hutten expresaba el mismo pensamiento: Dios le había dotado de ese ánimo en quien los dolores comunes hacen más daño y calan más en el corazón que en la sensibilidad vulgar. No ha habido nadie en ningún tiempo que hubiese hecho tanto como él por extirpar las raíces de esos «dolores de la humanidad». La nave de su vida no dejó de luchar ni un solo momento con tormentas y temporales, siempre bajo el fuego de sus enemigos; y aunque en lo alto del mástil ondease alegremente la bandera, a bordo de este barco no fué nunca placentera la vida, para el capitán ni para su tripulación.

Jamás se mostró Marx duro e insensible con los suyos. El espíritu batallador podía dominar acaso los sentimientos del corazón, pero no ahogarlos, y, siendo ya hombre maduro, Marx quejábase muchas veces amargamente de que aquellos a quienes tanto quería hubiesen de sufrir más que él mismo en persona bajo la carga férrea de la vida que le había tocado en suerte. Mas tampoco el estudiante joven era sordo a los gritos de angustia de su padre; no sólo prescindió de aquel viaje a Tréveris que tanto acariciaba, sino que renunció incluso a pasar allí las vacaciones de Pascua, con gran pena de su madre, pero con gran contento del padre, cuyo malhumor contra el hijo empezaba a calmarse. Aunque siguiera lamentándose, abandonaba ya sus exageraciones. En el arte de razonar lo abstracto—decíale—no podía competir con Carlos, y para estudiar la terminología antes de poder aventurarse en aquel sagrado, era ya demasiado viejo. Sólo en un punto no servía de nada todo lo trascendente, y ante él guardaba prudente y elegante silencio el hijo: en lo tocante al vil dinero, cuya importancia para un padre de familia parecía seguir ignorando. Pero el buen padre, cansado ya, rendía las armas, y esta frase tenía un significado mucho más serio de lo que podía parecer, juzgando por el suave humorismo que volvía a deslizarse entre líneas en aquella carta.

La carta lleva fecha de 10 de febrero de 1838. Acababa el padre de

Marx de dejar el lecho, después de una enfermedad de cinco semanas. La mejoría no fué más que pasajera; la dolencia, que parecía estar en el hígado, retornó, y fué en aumento hasta que, a los tres meses justos, el 10 de mayo de 1838, le ocasionó la muerte. Esta vino a tiempo para evitar a aquel corazón de padre las decepciones que le hubieran ido despedazando poco a poco.

Carlos Marx guardó siempre un sentimiento de gratitud hacia lo que para él había sido su padre. Y así como éste le llevara siempre en lo más hondo del corazón, el hijo guardaba siempre junto a él un retrato del padre, que, al morir, le acompañó a la sepultura.

2. Los neohegelianos.

Desde la primavera de 1838, en que perdió a su padre, Carlos Marx pasó tres años más en Berlín, moviéndose dentro de la órbita de aquel círculo doctoral en cuyo ambiente se inició en los misterios de la filosofía hegeliana.

La filosofía de Hegel era considerada todavía, por entonces, como la filosofía oficial del Estado prusiano. El ministro de Instrucción Altenstein y su asesor, el consejero Johannes Schulze, la habían tomado bajo sus auspicios. Hegel glorificaba al Estado como encarnación de la idea moral, como la razón absoluta y el absoluto fin en sí, y por tanto supremo derecho contra el individuo, cuyo deber supremo era ser miembro de ese Estado. Esta teoría política le venía de perlas a la burocracia prusiana, pues en sus rayos transfiguradores quedaban bañados hasta los pecados de la batida contra los demagogos.

Hegel, al formularla, no incurría en ningún género de hipocresía; su formación política explicaba que la monarquía, en que los servidores del Estado se veían obligados a rendir su mejor esfuerzo, se le antojase la forma de gobierno ideal; a lo sumo, consideraba necesaria una cierta colaboración indirecta en el régimen de las clases dirigentes, aunque siempre sujeta a restricciones fijas; de una representación popular con caracteres generales en un sentido constitucional moderno, no había ni que hablar. En esto, coincidía con el rey de Prusia y con Metternich, su oráculo.

Lo malo era que este sistema político, construído por Hegel para su uso personal, estaba en abierta e irreconciliable contradicción con el método dialéctico que como filósofo profesaba. El concepto del ser lleva aparejado el de la nada, y de la lucha entre ambos surge el concepto superior del devenir. Todo es y a la par no es, pues todo fluye y se transforma sin cesar, sujeto a un proceso constante de génesis y ca-



ducidad. Por eso la historia no era más que un proceso de evolución sujeto a eternas conmociones, proceso ascensional que iba desde lo más bajo hasta lo más alto y que Hegel se proponía poner de relieve con su cultura universal en las más diferentes ramas de la ciencia histórica, aun cuando sólo fuese bajo la forma que cuadraba a su posición idealista; es decir, para demostrar que en todas las vicisitudes históricas se manifestaba la idea absoluta, que era para Hegel, aunque no supiese decirnos ninguna otra cosa acerca de ella, el alma vivificadora del universo.

Planteadas así las cosas, se comprende que la alianza pactada entre la filosofía de Hegel y el Estado de los Federicos y los Guillermos no podía ser más que un matrimonio de conveniencia, en que los lazos maritales duraron mientras ambas partes vieron salvaguardados en ellos sus intereses. La ficción pudo sostenerse en los días de los acuerdos de Karlsbad y de las persecuciones contra los demagogos, pero ya la revolución de julio de 1830 imprimió a la política europea un empujón tan fuerte hacia adelante, que el método filosófico de Hegel se demostró mucho más resistente y sólido que su sistema político. Tan pronto como se hubieron ahogado las salpicaduras, débiles ya de suyo, de la revolución de julio en Alemania y restablecida la paz de los cementerios sobre el pueblo de los poetas y los pensadores, la nobleza prusiana se apresuró a seguir explotando el manoseado baratillo del romanticismo medioeval contra la moderna filosofía. Podía hacerlo con tanto más desembarazo cuanto que la adoración rendida a Hegel no era cosa suya, sino de la burocracia semiculta y, además, Hegel, aun glorificando el Estado burocrático, no hacía nada por conservarle al pueblo la religión, que era el alfa y el omega de la tradición feudal, como, en el fondo, de todas las clases explotadoras.

Y aquí, en el terreno religioso, fué precisamente donde sobrevino el primer choque. Hegel había sostenido que las historias sagradas de la Biblia debían ser consideradas como profanas, pues a la fe no le compete el conocimiento de la historia real y corriente. Y David Strauss, un joven suavo de la escuela, tomó en serio e hizo buenas estas palabras del maestro, exigiendo que la historia evangélica se entregase a la crítica histórica y abonando la razón de sus pretensiones con una «Vida de Jesús» que apareció en 1835 y que provocó una enorme sensación. Strauss entroncaba en su obra con el racionalismo burgués, acerca del cual tan despectivamente se pronunciara Hegel. Pero el don de la dialéctica le permitía plantear el problema de un modo incomparablemente más profundo que lo había hecho el viejo Reimanus, el «Innominado» de Lessing. Strauss no veía ya en la religión cristiana un fruto del engaño, ni en los apóstoles una cuadrilla de estafadores, sino que explicaba los elementos míticos del Evangelio como obra incons-

ciente de las primeras comunidades cristianas. Pero reconociendo una gran parte de los Evangelios como relato histórico de la vida de Jesús, viendo en éste un personaje de la historia real e intuyendo siempre, en los puntos más importantes, un núcleo de verdad histórica.

Políticamente, Strauss era perfectamente inofensivo, como lo siguió siendo durante toda su vida. Un poco más recia resonaba la nota política en los «Anales de Halle», fundados en el año 1838 por Arnoldo Ruge y Teodoro Echtermeyer como órgano de los neohegelianos. Y aunque también esta revista tuviese su terreno propio en la literatura y en la filosofía y no se propusiese otra cosa, en un principio, que contrarrestar la obra de los «Anales berlineses para la crítica científica», órgano enmohecido de los hegelianos viejos, Arnoldo Ruge, que no tardó en hacer pasar en seguida a segundo plano a su compañero Echtermeyer, muerto prematuramente, había militado ya en las «Juventudes», purgando la atroz locura de la batida contra los demagogos con seis años de prisión en las cárceles de Köpenick y Kolberg. Cierto es que no lo había tomado en trágico, sino que, habiéndose incorporado como docente libre a la Universidad de Halle, disfrutaba, gracias a un matrimonio afortunado, de una existencia apacible, que le permitía reconocer, a pesar de todo, la libertad y la justicia reinantes en el Estado prusiano. Y no hubiera tenido nada que objetar si en él se hubiese realizado aquel dicho malévolo de los mandarines prusianos viejos de que en Prusia, para hacer una rápida carrera, no había como ser un demagogo resellado. Pero, desgraciadamente para él, no fué así.

Ruge, sin ser ningún pensador original, ni mucho menos un espíritu revolucionario, tenía, sin embargo, la cultura, la ambición, el celo y el ardor combativo que hacían falta para dirigir bien una revista o un periódico científico. El mismo se calificaba una vez, bastante acertadamente, de comerciante en espíritu al por mayor. Sus «Anales» se convirtieron en centro de reunión de todos los espíritus inquietos, que entre otras virtudes tienen—alejados como están, en interés, del régimen del Estado—, la de pasarse la mayor parte de la vida metidos en el chamizo de la prensa. Los artículos de David Strauss cautivaban a los lectores bastante más de lo que hubieran podido hacerlo todos los teólogos del reino debatiéndose con ganchos y tenazas para demostrar la infalibidad divina de los Evangelios. Y por mucho que Ruge asegurase que sus «Anales» seguían siendo «cristianos, hegelianos y prusianos de Hegel», Altenstein, a quien ya la reacción romántica traía acosado, no dió crédito a estas palabras, ni se prestó a colocar al servicio del Estado a Ruge en reconocimiento de su labor, como éste tan encarecidamente le suplicaba. Gracias a esto, los «Anales» empezaron a darse cuenta de que era necesario ir desatando las ataduras que tenían prisioneras, en Prusia, a la libertad y a la justicia.

Entre los colaboradores de los «Anales» figuraban aquellos neohegelianos de Berlín, entre los que pasó Carlos Marx tres años de su juventud. En este club doctoral había docentes, profesores y escritores de edad juvenil. Rutenberg, a quien Carlos Marx, en una de las primeras cartas a su padre, llamaba «el más íntimo» de sus amigos berlineses, había enseñado Geografía en la Academia de cadetes de Berlín, de donde le expulsaron bajo pretexto de que le habían encontrado una mañana borracho, tendido en la cuneta; la realidad era que recaían sobre él sospechas de haber publicado ciertos artículos «malignos» en periódicos de Hamburgo y Leipzig. Eduardo Meyen había pertenecido a la redacción de una efímera revista en la que Marx publicó dos de sus poesías; las únicas, afortunadamente, que llegaron a ver la luz. No ha podido saberse con fijeza si ya por aquellos años en que Marx estudiaba en Berlín, pertenecía a este cenáculo Max Stirner, profesor en un colegio de señoritas; nada hay que permita afirmar que llegaron a conocerse personalmente. La cuestión no tiene tampoco gran interés, ya que entre Marx y Stirner no medió nunca la menor afinidad espiritual. En cambio, fué muy fuerte la influencia que ejercieron sobre Marx los dos miembros más destacados de aquel club: Bruno Bauer, a la sazón docente libre en la Universidad de Berlín, y Carlos Federico Köppen, profesor de Instituto.

Carlos Marx no había cumplido aún los veinte años cuando se incorporó a este grupo, pero, como tantas veces había de acontecerle a lo largo de su vida siempre que se ponía en contacto con un nuevo sector de personas, acabó por convertirse en el centro animador del club. Bauer y Köppen, que le llevaban unos diez años, se dieron cuenta en seguida de la superioridad espiritual del nuevo afiliado, y no sabían apetecer alianza mejor que la de aquel muchacho que tanto podía aprender de ellos, como en efecto aprendió. «A su amigo Carlos Enrique Marx, de Tréveris», reza la dedicatoria de aquella turbulenta obra de polémica publicada por Köppen en 1840, en el centenario del rey Federico de Prusia.

Köppen tenía un extraordinario talento histórico, como todavía hoy lo acreditan sus artículos de los «Anales»; a él se debe el primer estudio verdaderamente histórico del terror rojo en la Gran Revolución francesa. Sus críticas contra los historiadores de la época, los Leo, Ranke, Raumer, Schlosser, etc., no pueden ser más felices ni más certeras. Probó su talento en los más variados campos de la investigación histórica, desde una introducción literaria a la mitología nórdica, que no desmerece de las investigaciones de Jacobo Grimm y de Luis Uhland, hasta una magna obra sobre Buda, alabada por el propio Schopenhauer, a pesar de que no sentía grandes simpatías hacia el antiguo hegeliano. No tenemos más que fijarnos en cómo una mentalidad como Köppen

imploraba al más terrible de los déspotas de la historia de Prusia, llamándole «espíritu redivivo» y conjurándole a «pulverizar con su espada de fuego a todos los adversarios que se interponen ante nuestro país y le cierran el paso a la tierra de promisión», para transponernos inmediatamente a la realidad del ambiente en que vivían estos neohegelianos berlineses.

Conviene, sin embargo, que no olvidemos dos cosas. La reacción romántica, con todo su cortejo, laboraba tenazmente por ensombrecer la memoria del «viejo Fritz». Era, como decía Köppen, «una verdadera cencerrada»: trompetazos del Viejo y del Nuevo Testamento, redobles morales de tambor, gaitas edificantes, flautas históricas y otros pitidos discordados, y, de cuando en cuando, algún que otro himno a la libertad, mugido en esa voz de bajo prototeutón repleto de cerveza». Además, no existía ni una sola investigación de ciencia crítica en que se juzgase con cierta imparcialidad la vida y la obra del rey de Prusia, ni podía tampoco haberla, no siendo accesibles todavía, como no lo eran, las fuentes más importantes y decisivas para su estudio. La figura de Federico el Grande aparecía envuelta en la fama de un «racionalismo» que desencadenaba los odios de unos y la admiración de otros.

En realidad, Köppen proponíase volver a impulsar, con su obra, el racionalismo del siglo XVIII; Ruge decía de Bauer, Köppen y Marx que su característica era empalmar con el racionalismo burgués, escribiendo, como nuevo partido filosófico de la Montaña, el *mene mene tekel upharsin* en el cielo tormentoso de Alemania. Köppen rebatía las «necias declamaciones» contra la filosofía del siglo XVIII y afirmaba que era mucho lo que se debía a los racionalistas alemanes, con toda su pesadez; que su única tacha era no haber sido bastante racionalistas. Köppen lanzaba este reproche ante todo a los devotos incondicionales de Hegel, a aquellos «cenobitas del concepto», a los «viejos bramanes de la lógica», que, sentados en cuclillas sin que nada turbase su descanso eterno, se pasaban la vida leyendo con monótono sonsonete nasal, una vez y otra, los tres sagrados Vedas, sin alzar la vista más que de tarde en tarde para echar una sensual mirada al mundo danzarín de las bayaderas. No es extraño que Varnhagen, desde el órgano de los hegelianos viejos, repudiase el libro de Köppen por «asqueroso» y «repugnante»; sentíase especialmente aludido, sin duda, en aquellas rudas palabras en que Köppen hablaba de las «ranas de charca, aquellos gusanos sin religión, sin patria, sin convicciones, sin conciencia, sin corazón, sin frío ni calor, sin alegrías ni dolores, sin amores ni odios, sin Dios y sin diablo, aquellas almas míseras que rondaban a las puertas del infierno, sin méritos siquiera para entrar en él».

Köppen no ensalzaba en el «gran rey» más que al «gran filósofo». Pero, al hacerlo, incurría en un desliz mucho mayor del que, aun dentro

de los conocimientos de la época, podía tolerarse. Escribía: «Federico no tenía, como Kant, una doble razón, una razón teórica que se alzaba con bastante sinceridad y valentía a decir sus escrúpulos y sus dudas y sus negaciones, y una razón práctica, tutelar, funcionaria pública, encargada de corregir todos los entuertos y de disculpar todas las muchachadas en que aquélla incurría. Sólo un estudiante en ciernes, inseguro de lo que dice, podría sostener que la razón filosófico-teórica de Kant se le antojaba demasiado trascendente a la razón práctica del rey, y que el viejo Federico se olvidaba con harta frecuencia del solitario de Sanssouci. Jamás desapareció en él el filósofo detrás del rey.» Cualquiera que hoy se atreviese a repetir esta afirmación se ganaría, aun entre los historiadores prusianos, el reproche de estudiante en ciernes poco seguro de lo que dice. Pero no hace falta llegar a estos tiempos; ya en 1840 era un poco exagerado postergar la obra racionalista que llena la vida de un Kant a los chistes más o menos racionalizadores de aquel déspota prusiano con los ingenios franceses que se prestaban a servirle de bufones palatinos.

Todo esto no revela más que la indigencia singular y el gran vacío de la vida berlinesa, fatal para los neohegelianos arraigados allí. Y era natural que estos peligros se destacasen más que en nadie en el propio Köppen, el que a la postre antes había de reaccionar contra ellos, y que se acusasen sobre todo en una obra polémica escrita con el corazón. A Berlín le faltaba aún el fuerte espinazo que la industria, ya bastante desarrollada, daba en el Rin a la conciencia burguesa de sí propia; la capital prusiana, en cuanto se vió apuntar prácticamente el combate de la época, no sólo quedaba por debajo de Colonia, sino de Leipzig e incluso de Konigsberga. «Se creen terriblemente libres—escribía Walesrode, un prusiano oriental, hablando de los berlineses de la época—por pasarse el día sentados en el café derrochando ingenio sobre los ciervos, el granizo, el rey, los sucesos del día, etc., etc., a la manera de los desocupados plantados en la esquina y en el mismo y consabido tono.» Berlín no era, por el momento, más que una corte y villa militar, cuya población pequeñoburguesa se vengaba con murmuraciones malignas y mezquinas del servilismo cobarde que en público testimoniaba a los carruajes y cortejos palatinos. El verdadero hogar de esta oposición era el salón murmuratorio de aquel Varnhagen que se santiguaba sólo con oir hablar del racionalismo fridericiano a la manera como lo entendía Köppen.

No hay ninguna razón para dudar que el joven Marx compartiese las ideas de aquella obra en que su nombre salió honrado por vez primera a la publicidad. Llevaba con su autor íntimas relaciones y se asimiló no poco del estilo de escritor de su viejo camarada. Siempre conservaron una buena amistad, aunque sus caminos en la vida se separasen rá-

pidamente; al volver de visita a Berlín, unos veinte años después, Marx encontró en Köppen «al de siempre», y pasó con él unas cuantas horas gozosas y límpidas. Poco después, en 1863, moría su amigo.

3. La filosofía de la propia conciencia.

Pero el verdadero jefe de los neohegelianos de Berlín no era Köppen, sino Bruno Bauer. Cuando más fervorosamente se le consagró como discípulo legítimo y maestro fué cuando, con un gesto de soberbia especulativa, se alzó contra la «Vida de Jesús» del suavo, provocando una ruda réplica de Strauss. Altenstein, ministro de Instrucción de Prusia extendió su mano protectora sobre aquella estrella henchida de esperanzas que empezaba a lanzarse en el firmamento.

Mas, a pesar de esto, Bruno Bauer no era ningún arribista, y Strauss no se acreditaba de buen profeta cuando pronosticaba que acabaría tomando tierra en el «escolasticismo fosilizado» del cabecilla ortodoxo Hengstenberg. Lejos de eso, Bauer, en el verano de 1839, hubo de reñir un duelo literario con este personaje, obstinado en erigir en Dios del cristianismo a aquel Dios colérico y vengativo del Antiguo Testamento, duelo que, aun sin salirse de los límites de una polémica de tipo académico, bastó para que el senil y asustadísimo Altenstein sustrajese a su pupilo a las miradas recelosas de la tan vengativa como ortodoxa escuela. En el otoño de 1839, mandó a Bruno Bauer a la Universidad de Bona, como docente libre por el momento, pero con la intención de nombrarle cuanto antes profesor en propiedad.

Mas ya por entonces había tomado Bruno Bauer, como revelan sobre todo sus cartas a Marx, un rumbo intelectual que había de remontarle por encima de Strauss. Inició una crítica de los Evangelios que le llevó a limpiar los últimos escombros que Strauss había dejado en pie. Bruno Bauer demostró, en efecto, que en los Evangelios no se contenía ni un átomo de verdad histórica, que todo en ellos era obra de la inventiva poética de los evangelistas; y demostró, asimismo, que la religión cristiana, religión secular de la antigüedad, no le había sido impuesta, como se pensaba, al mundo greco-romano, sino que era el más genuíno producto de este mundo. De este modo, abría la senda única por la que podían investigarse científicamente los orígenes del cristianismo. Se comprende perfectamente que ese teólogo palaciego, de moda y de salón, llamado Harnack, especializado en recomponer los Evangelios en interés de las clases gobernantes, dijese no hace mucho, en tono insultante, que el camino iniciado por Bruno Bauer era una «tontería».



Cuando estas ideas comenzaron a madurar en el espíritu de Bauer, era Carlos Marx su inseparable camarada, en quien aquél veía, a pesar de ser nueve años más joven que él, el aliado más capaz. Apenas había tenido tiempo para establecerse en Bona, cuando ya intentaba llevarse consigo a Marx, haciéndole llamamientos llenos de nostalgia. Un club profesoral de Bona, decíale, era «filisteísmo puro» comparado con el club doctoral de Berlín, en el que soplaba siempre, a pesar de todo, un interés intelectual; y le decía que aunque en Bona se reía mucho, no había vuelto a reírse nunca con tantas ganas como en aquellos días de Berlín, con sólo atravesar la calle con él. Aconsejábale que acabase de una vez con el «despreciable examen» para el que fuera de Aristóteles, Spinoza y Leibniz, no había nada en el mundo, y que no siguiese consagrando tanto tiempo y tanta paciencia a aquella farsa absurda. Añadía que con los filósofos de Bona no iba a serle difícil lidiar, pero que creía inaplazable la publicación de aquella revista radical que ambos habían de dirigir. Que no había manera de seguir soportando las murmuraciones y charlatanerías berlinesas, ni la languidez de los «Anales de Halle»; que Ruge le daba pena, pero ¿por qué no acababa de matar el gusano en su periódico?

Aunque estas cartas tengan a veces un tono revolucionario, conviene advertir que sólo se trataba de una revolución filosófica, para la que Bauer contaba más con la ayuda que con la oposición del Poder público. Acababa casi de escribirle a Marx, en diciembre de 1839, que Prusia parecía destinada a no avanzar más que por medio de una nueva batalla de Iena, batalla que sin duda no habría de librarse, por fuerza, en un campo sembrado de cadáveres, cuando, pocos meses después—muertos ya, casi a un tiempo, su protector Altenstein y el viejo rey—, conjuraba a la suprema idea del Estado prusiano, al espíritu familiar de la dinastía de los Hohenzollern que desde hacía cuatro siglos había puesto sus mejores fuerzas en esa empresa, a reglamentar las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Bauer afirmaba que la ciencia no se cansaría de defender la idea del Estado contra las intromisiones de la Iglesia, y aunque el Estado se equivocase alguna que otra vez y se mostrase receloso con la ciencia, acudiendo contra ella a medidas de fuerza, estaba demasiado consustanciado con la razón, para que sus equivocaciones fuesen duraderas. El nuevo rey agradeció el homenaje nombrando para ocupar la vacante de Altenstein al reaccionario ortodoxo Eichhorn, el cual se apresuró a sacrificar a las intromisiones de la Iglesia la libertad de la ciencia, allí donde ésta aparecía más entroncada con la idea del Estado: en la libertad de cátedra.

La inconsistencia política de Bauer daba quince y raya a la de Köppen, pues éste podía equivocarse respecto a un Hohenzoller determinado y concreto, cuya talla descollaba por sobre el resto de la fami-

lia, pero nunca en lo tocante al «espíritu familiar» de la dinastía. Köppen no se había adentrado como Bauer, ni mucho menos, en la ideología hegeliana. Pero no debe perderse de vista que la miopía política de Bauer no era otra cosa que el reverso de su agudeza de visión filosófica. Había descubierto en los Evangelios el precipitado espiritual de la época en que se crearon, y esto llevábale a pensar, con bastante lógica, desde un punto de vista puramente ideológico, que si la religión cristiana, con su turbia fermentación de filosofía greco-romana había conseguido superar la cultura antigua, a la crítica libre y clara de la dialéctica moderna le había de ser mucho más fácil sacudir la pesadilla de la cultura cristiano-germánica.

¿Qué era lo que le infundía esta imponente seguridad? La filosofía de la «propia conciencia». Bajo este nombre se habían agrupado en la antigüedad las escuelas filosóficas griegas que brotaron de la decadencia nacional de Grecia y contribuyeron más que ninguna otra a fecundar la religión cristiana: los escépticos, los epicúreos y los estoicos. En punto a hondura especulativa, no podían competir con Platón, ni compararse con Aristóteles en saber universal; Hegel los había tratado con bastante desdén. Su meta común era hacer al hombre individual, separado por un terrible cataclismo de cuanto hasta entonces le había vinculado y sostenido, independiente de todo lo exterior a él, retrotrayéndole a su vida interior, llevándole a buscar su dicha en la paz del espíritu y del ánimo, asilo inconmovible aunque el mundo se derrumbase.

Pero, al encontrarse solo entre las ruinas de un mundo derruído, este yo agotado—razonaba Bauer—había sentido miedo de sí mismo y de su suprema potencia, y este miedo habíale llevado a enajenar y ceder la conciencia de sí propio, erigiendo lo que era su propio poder universal como un poder ajeno y superior: el del soberano universal de Roma, del que irradiaban todos los derechos y que llevaba en sus labios la cifra de la vida y la muerte: el Señor de los Evangelios, que con el solo hálito de su boca subyugaba las rebeldías de la naturaleza o abatía a sus enemigos y que ya se anunciaba sobre la tierra como Señor y juez del mundo; en él, la conciencia del hombre se había creado un hermano, enemigo sin duda, mas no por ello menos hermano. La humanidad—continuaba razonando Bauer—había sido educada en la esclavitud de la religión cristiana, para de este modo preparar más concienzudamente el advenimiento de la libertad y abrazarla con tanta o mayor fuerza cuando por fin ese día llegase: la propia conciencia del hombre, al recobrar la conciencia de sí misma, comprendiéndose y ahondando en las raíces de su ser, recobraría un poder infinito sobre todos los frutos de su renunciamiento.

Si prescindimos del ropaje del lenguaje filosófico de la época, veremos de un modo bastante sencillo y claro qué era lo que encadenaba a



Bauer, a Köppen y a Marx a aquella filosofía griega de la propia conciencia. En el fondo, era el mismo nexo que los unía a la era del racionalismo burgués. Las viejas escuelas griegas cultivadoras de aquella idea estaban muy lejos de ostentar representantes tan geniales como los que en Demócrito y Heráclito podía ostentar la antigua escuela de los filósofos de la naturaleza o las que en Platón y Aristóteles había de revelar más tarde la filosofía de los conceptos; pero no obstante, habían dejado una huella bastante profunda en la historia. Habían abierto al espíritu humano nuevas perspectivas, rompiendo las fronteras nacionales del helenismo y las fronteras sociales de la esclavitud, en que todavía se movieran Platón y Aristóteles; habían fecundado de un modo decisivo el cristianismo primitivo, la religión de los dolientes y los oprimidos, que en mano de Platón y Aristóteles se trocaba en la Iglesia explotadora y opresora de los dominadores. Y aunque Hegel se expresase en términos bastante desdeñosos acerca de esta filosofía de la propia conciencia, no por ello dejaba de poner de relieve todo lo que la libertad interior del sujeto había representado para la dicha del hombre en medio de aquel gran infortunio del Imperio romano, en que el puño de hierro arrebataba al espíritu individual todo lo noble y todo lo bello. Los racionalistas burgueses del siglo XVIII habían movilizado también, al servicio de su idea, a la filosofía griega de la propia conciencia: la duda de los escépticos, el ateísmo de los epicúreos, la convicción republicana de los estoicos.

Köppen hacía resonar esta misma nota cuando, en su obra sobre el héroe del racionalismo cuyo culto abrazaba, Federico el Grande, decía: «El epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo son las fibras nerviosas y las entrañas del organismo antiguo cuya unidad natural y directa determinara la belleza y la ética de la antigüedad y que, al morir ésta, se desperdigaron. Federico el Grande supo asimilarse y practicar con una fuerza maravillosa estas tres virtudes, que son otros tantos momentos capitales de su ideario, de su carácter y de su vida.» Marx atribuía una «profunda importancia», por lo menos, a lo que Köppen dice en estas líneas acerca de la síntesis o unidad orgánica de los tres sistemas con la vida griega.

Pero Marx, a quien este problema interesaba tanto por lo menos como a sus amigos, lo atacaba de otro modo. El no buscaba la «propia conciencia del hombre como suprema y única divinidad» ni en el espejo cóncavo y deformador de la religión ni en los ocios filosóficos de un déspota, sino remontándose hasta las fuentes históricas de esta filosofía, cuyo sistema era también para él la clave de la verdadera historia del espíritu helénico.

4. La tesis doctoral.

Cuando Bruno Bauer, en otoño de 1839, insistía sobre Marx para que terminase de una vez el «despreciable examen», no dejaba de asistirle cierta razón, pues ya llevaba cursados ocho semestres. Pero no es que supusiese en él miedo al examen, en el más deplorable sentido de esta palabra, pues de ser así no le hubiese incitado a lanzarse de sopetón contra los profesores de filosofía de Bona.

El carácter de Marx y su afán acuciante e insaciable de saber, que le impulsaba a atacar apresuradamente los problemas más difíciles, unido a aquel espíritu crítico inexorable que le impedía resolverlos atropelladamente, imprimía ya entonces, como había de imprimir a lo largo de su vida, un ritmo de lentitud a sus trabajos. Fiel a esta manera de ser, tuvo que hundirse, antes de comenzar a escribir, en las simas más profundas de la filosofía griega; además, la exposición de aquellos tres sistemas de conciencia no era materia que pudiera despacharse en un par de semestres. Bauer, que producía con una rapidez asombrosa, demasiado asombrosa, no podía comprender la lentitud con que Marx trabajaba, y se impacientaba más todavía de lo que, andando el tiempo, había de impacientarse alguna que otra vez Federico Engels, cuando Marx no encontraba medida ni tope para su afán crítico.

Además, el «despreciable examen» tenía su pro y su contra, que Bauer no veía, pero que veía Marx. Este habíase decidido, ya en vida de su padre, por la carrera académica, sin que por ello se esfumase totalmente, allá en el fondo, la idea de abrazar una profesión práctica. Ahora, después de muerto Altenstein, comenzaba a desaparecer el mayor encanto de la carrera universitaria, el único que compensaba sus muchos inconvenientes: la relativa libertad que se reconocía a las enseñanzas de cátedra. Y Bauer no se cansaba de describir, bastante pintorescamente, desde su puesto de Bona, lo deplorable que era aquel mundo de las pelucas académicas.

Pronto el propio Bauer había de tener ocasión de ver por sí mismo que las prerrogativas de investigación científica de un profesor prusiano tenían también sus límites. Al morir Altenstein, en mayo de 1840, quedó encargado del ministerio, durante varios meses, el director general Ladenberg, que fué lo bastante piadoso para con la memoria de su difunto jefe para no olvidarse de la promesa hecha por éste de «confirmar» a Bauer con carácter definitivo en su cátedra de Bona. Pero, apenas sentarse Eichhorn en la poltrona ministerial, la facultad teológica de Bona, a la que Bauer pertenecía, se opuso a su confirmación con el pretexto de que perturbaría la cohesión de la Facultad, con ese heroísmo

admirable que despliegan los profesores alemanes cuando están seguros de interpretar los recónditos deseos de sus superiores jerárquicos.

Bauer supo la decisión tomada cuando se disponía a regresar a Bona después de las vacaciones de otoño, que había pasado en Berlín. En el cenáculo de amigos se deliberó acerca de si no debía darse ya como realidad una ruptura insoldable entre las tendencias religiosas y las científicas, ruptura que incapacitaba a quien abrazase las segundas para seguir perteneciendo, en conciencia, a la Facultad teológica. Pero Bauer, obstinado siempre en su opinión optimista del Estado prusiano, no quiso ceder, ni aceptó tampoco la propuesta oficiosa que se le hizo de dedicarse a sus tareas de escritor, para lo cual contaría con la ayuda financiera del Estado.

Retornó, lleno de ardor combativo a Bona, donde confiaba en provocar la crisis y hacerla culminar, en unión de Marx, que habría de seguirle de allí a poco.

El plan de una revista radical editada por ambos, seguía en pie, pero Marx no podía cifrar ya grandes esperanzas en la carrera académica que se le abría en la Universidad renana. Como amigo y cómplice de Bauer tenía que dar por descontada, desde el primer momento, una acogida hostil por parte de las comadres profesionales de Bona, y nada estaba más lejos de su ánimo que insinuarse zalameramente a Eichhorn o a Ladenberg, como Bauer le aconsejaba, en la esperanza, perfectamente infundada por otra parte, de que una vez en Bona, «todo se arreglaría». En cuestiones de estas, Marx mostraba siempre un gran rigor. Pero aunque se hubiese prestado a dejarse ir por este camino resbaladizo, puede asegurarse con toda certeza que no habría conseguido nada. Eichhorn había de demostrar en seguida quién era y cómo pensaba. Trajo a la Universidad de Berlín al viejo Schelling, que se había hecho creyente en la revelación, para dar con él, por si todavía hiciera falta, el golpe de muerte a aquel tropel senil de hegelianos fosilizados y castigó a los estudiantes de la Universidad de Halle, que en un respetuoso memorial dirigido al rey, como rector honorario suyo, se permitieron pedir que se diese una cátedra a Strauss en aquella Universidad.

Ante perspectivas tan poco alentadoras, Marx, con sus ideas neohegelianas, no tenía más remedio que renunciar al examen prusiano para el profesorado. Pero, aunque decidido a no dejarse maltratar por los fáciles cómplices de un Eichhorn, no por ello se retiró de la lucha. Todo lo contrario. Decidió doctorarse en una pequeña Universidad y publicar luego la tesis doctoral como testimonio de sus dotes y de su capacidad de trabajo, acompañada de un prólogo retadoramente audaz, para luego instalarse en Bona y editar allí, con Bauer, la proyectada revista. Además, la Universidad no podría cerrarle tampoco sus puer-

tas, por mucho que quisiese; por lo menos, según sus Estatutos, no tenía, como *doctor promotus* de una Universidad «extranjera», más que llenar unos cuantos trámites formales para que se le permitiese profesar desde la cátedra enseñanzas libres.

Marx llevó a término estos planes. El 15 de abril de 1841 recibió la investidura de doctor por la Universidad de Iena, sin su presencia personal, previa presentación de una tesis que versaba sobre el tema de las diferencias entre la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro. No era más que un fragmento de aquella obra magna en que se proponía estudiar, en su totalidad, el ciclo de la filosofía epicúrea, estoica y escéptica, poniéndolo en relación con toda la filosofía griega. Por el momento, se limitaba a exponer sobre un ejemplo aquellas relaciones, circunscribiéndose además a la filosofía primitiva.

Entre los antiguos filósofos griegos de la naturaleza, Demócrito era el que con más rigor lógico había desarrollado el materialismo. De la nada no sale nada; nada de cuanto existe puede ser destruído. Toda transformación no es más que una unión y separación de partes. Nada acaece casualmente, sino respondiendo a un fundamento y con una ley de necesidad. Nada existe fuera de los átomos y del vacío del espacio; todo lo demás es sólo figuración. Los átomos son infinitos en número y de una variedad infinita de formas. Arrastrados eternamente por un movimiento de caída en el espacio infinito, los grandes, que ruedan con velocidad mayor, se precipitan sobre los pequeños; y los movimientos laterales y los torbellinos que esto produce son el comienzo de la creación del mundo. Infinitos mundos se forman y tornan a desaparecer, simultánea y sucesivamente.

Epicuro hizo suya esta concepción de la naturaleza de Demócrito, pero introduciendo en ella ciertas alteraciones. La más célebre de todas consistía en la llamada «declinación de los átomos»; Epicuro afirmaba que los átomos «declinaban en su caída»; es decir, que no caían en línea recta, sino desviándose un poco de la perpendicular. Esta imposibilidad física le había valido las burlas de muchos de sus comentadores, desde Cicerón y Plutarco hasta Leibniz y Kant: todos se mofaban de él, sin ver en esta figura más que al discípulo desfigurador de las doctrinas del maestro. Al lado de esta corriente, discurría otra para quien la filosofía de Epicuro era el sistema materialista más acabado de la antigüedad, debido a la circunstancia de haber llegado a nosotros en la poesía erudita de Lucrecio, a diferencia de la filosofía de Demócrito, de la que sólo se conservaban unos cuantos fragmentos insignificantes, arrancados a la tormenta de los siglos. Aquel mismo Kant que daba de lado a la declinación de los átomos como una «descarada» invención, veía en Epicuro, a pesar de todo, el filósofo más destacado de los sentidos, por oposición a Platón, el más destacado filósofo del intelecto.



Marx, por su parte, no entra a discutir en modo alguno la equivocación física de Epicuro; antes bien, reconoce su «inmensa impericia en la explicación de fenómenos físicos», haciendo ver que para Epicuro la perfección de los sentidos es la única piedra de toque de la verdad, y si los sentidos le decían que el sol no tenía más que dos pies de diámetro, no le reconocía otra magnitud. Pero Marx no se contentaba con despachar estas torpezas manifiestas dándoles un título honorífico cualquiera, sino que aspiraba a indagar la razón filosófica que andaba detrás de aquella sinrazón física. Y procedió ajustándose a aquella hermosa frase suya estampada en una de las notas de la tesis, en honor de su maestro Hegel, a saber: que la escuela de un filósofo que incurriese en una acomodación, no debía proponerse por cometido recelar del maestro acomodaticio, sino explicar su acomodación por las imperfecciones del principio que la inspira o debe inspirarla, convirtiendo de este modo en un progreso de la ciencia lo que se quiere hacer pasar por un progreso de la conciencia.

Lo que para Demócrito era el fin, no era, para Epicuro, más que el medio para este fin. No se trataba, para él, de conocer la naturaleza, sino de formarse una visión de la naturaleza que su sistema filosófico pudiese apoyar. Si la filosofía de la propia conciencia, tal como la formara la antigüedad, se había escindido en tres escuelas, los epicúreos representaban, según Hegel, la autoconciencia abstracto-individual, mientras que los estoicos daban expresión a la abstracto-general, ambos como dogmatismos unilaterales, frente a los cuales tenía que alzarse inmediatamente, por su misma unilateralidad, el escepticismo. Un historiador moderno de la filosofía griega ha expresado esta misma concatenación del modo siguiente: en el estoicismo y el epicureismo se enfrentaban irreconciliablemente el lado individual y el lado general del espíritu subjetivo, el aislamiento atómico del individuo y su entrega panteística al todo, con idénticas pretensiones, y esta contradicción venía a cancelarse en el campo neutral del escepticismo.

Pese a su meta común, entre los epicúreos y los estoicos mediaban grandes diferencias, informadas por su distinto punto de partida. La entrega al todo convertía a los estoicos, filosóficamente, en deterministas, para quienes la necesidad de cuanto acaecía comprendíase por sí misma, y políticamente en decididos republicanos, mientras que en el terreno religioso no acertaban a emanciparse de un misticismo servil y supersticioso. Se acogían a Heráclito, en quien la entrega al todo había adoptado la forma de la más brusca autoconciencia y con quien, por lo demás, procedían con el mismo desembarazo que los epicúreos con Demócrito. Estos, en cambio, llevados de su principio del individuo aislado, veíanse convertidos filosóficamente en indeterministas, que profesaban el libre arbitrio de cada hombre individualmente, y en lo

político en mártires pacientes—el apotegma bíblico: someteos a la autoridad que tiene poder sobre vosotros, es un legado de Epicuro—; en cambio, los libertaba de todas las ligaduras de la religión.

En una serie de agudas investigaciones, Marx expone cómo se explica «la diferencia entre la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro». Para Demócrito, se trata tan sólo de la existencia material del átomo; en cambio, Epicuro pone de relieve el concepto del átomo al lado de su realidad, la forma al lado de la materia; no le basta la existencia: investiga también la esencia, y no ve en el átomo solamente la base material del mundo de los fenómenos, sino que ve también el símbolo del individuo aislado, el principio formal de la propia conciencia individual y abstracta. Y si Demócrito deducía de la caída perpendicular de los átomos la necesidad de cuanto acaecía, Epicuro los desviaba un poco de la línea recta, pues ¿dónde quedaba si no—como en su poesia didáctica dice Lucrecio, el más autorizado intérprete de la filosofia epicúrea—el libre arbitrio, la voluntad arrancada a los hados de los seres vivos? Esta contradicción entre el átomo como fenómeno y como esencia se nos revela a través de toda la filosofía de Epicuro y la arrastra a aquella explicación ilimitadamente arbitraria de los fenómenos físicos que ya fuera objeto de burla en los tiempos antiguos. Sólo en los cuerpos celestes se resuelven las contradicciones todas de la filosofía epicúrea de la naturaleza, pero contra su existencia general y eterna se estrella también el principio de la autoconciencia abstracta e individual. Este principio no tiene más remedio que abandonar todo disfraz y toda envoltura, y Epicuro; «el más grande racionalista griego», como Marx le llama, lucha contra la religión, que con su mirada amenazadora atemoriza desde lo alto del cielo a los mortales.

Ya en su obra primeriza se nos revela Marx como espíritu original y creador, aun cuando—y precisamente por ello—tengamos que discutir en ciertos respectos su interpretación de Epicuro. Pero de lo único de que podemos protestar es de que Marx, llevando a sus últimas consecuencias lógicas con gran agudeza, el principio fundamental de Epicuro, llegase a conclusiones más claras que su propio autor. Hegel había llamado a la filosofía epicúrea la vaciedad en principio, y es posible que su autor, que, como autodidacta que era, daba gran importancia al lenguaje llano de la vida, no fundamentase sus principios en el ropaje especulativo de la filosofía hegeliana con que Marx lo explica y comenta. Con este estudio, el discípulo de Hegel se extiende a sí mismo el certificado de mayoría de edad: su pulso firme domina el método dialéctico, y el lenguaje acredita esa fuerza medular de expresión que había tenido, a pesar de todo, el maestro, pero que hacía mucho tiempo que no se veía en el séquito de sus discípulos.

Y sin embargo, en estas páginas Marx sigue manteniéndose todavía de lleno en el terreno idealista de la filosofía hegeliana. Lo que al lector actual más choca, a primera vista, es el juicio desfavorable que formula sobre Demócrito. Dice de él que no hizo más que aventurar una hipótesis que era el resultado de la experiencia, pero no su principio enérgico, una hipótesis que no cobra realidad ni informa la investigación real de la naturaleza. En cambio, ensalza a Epicuro como creador de la ciencia de la atomística, a pesar de su arbitrariedad en la explicación de los fenómenos naturales, y a pesar de su autoconciencia abstracto-individual, que, como el propio Marx reconoce, da al traste con toda verdadera ciencia, con toda ciencia real, allí donde la individualidad no impera en la naturaleza de las cosas.

Hoy no necesita ya demostrarse que, en la medida en que rige una ciencia de la atomística, en la medida en que la teoría de las moléculas elementales y de los orígenes de todos los fenómenos por su movimiento ha pasado a ser la base de la física moderna y nos permite explicarnos las leyes del sonido, de la luz, del calor, de las transformaciones físicas y químicas de las cosas, esta teoría tiene por precursor a Demócrito y no a Epicuro. Pero, para el Marx de entonces, la filosofía, y, más concretamente, la filosofía de los conceptos, era hasta tal punto la ciencia por antonomasia, que esto le llevó a una concepción que hoy apenas comprenderíamos, si en ella no se revelase la esencia de su ser.

Para él, vivir fué siempre trabajar, y trabajar luchar. Lo que le alejaba de Demócrito era la ausencia de «un principio enérgico»; era, como él mismo había de decir más tarde, el «defecto capital de todo el materialismo anterior», a saber: que el objeto, la realidad, la sensoriedad, no acertaban a captarse más que bajo una forma corporal o intuitiva, no subjetivamente, no como práctica, no como actividad humana sensible. Por lo que Epicuro le atraía era por aquel «principio energético» con el que este filósofo se alzaba contra el peso oprimente de la religión y osaba desafiarlo:

Sin que los rayos le aterrasen, ni los gruñidos de los dioses,
Ni la sorda cólera del cielo...

Es maravilloso el indomable ardor combativo que llamea en el prólogo con el que Marx se proponía publicar su estudio, dedicándolo a su suegro. «La filosofía, mientras por su corazón absolutamente libre y domeñador del mundo circule una gota de sangre, gritará siempre a sus adversarios, con Epicuro: «No es ateo el que desprecia los dioses del vulgo, sino quien abraza las ideas del vulgo acerca de los dioses.» La filosofía no puede silenciar la confesión de Prometeo:

Dicho en pocas palabras, odio a todos los dioses.»



Y a aquellos que se lamentan de que su posición burguesa ha empeorado, replica lo que replicaba Prometeo a Hermes, servidor de los dioses:

Jamás por tu servidumbre trocaría yo
Mi desdichado sino, puedes estar seguro.

Prometeo es el santo y el mártir más sublime del calendario filosófico: así terminaba este altanero prólogo de Marx, que hasta a su amigo Bauer infundió miedo. Pero lo que a éste se le antojaba «un exceso de petulancia» no era más que la confesión sencilla y recogida del hombre que había de ser con el tiempo, otro Prometeo, así en la lucha como en el martirio.

5. «Anécdota» y «Gaceta del Rin».

Apenas se había graduado Marx de doctor, cuando los planes que se había forjado a base de esto para su vida se vinieron a tierra, ante los nuevos desafueros de la reacción romántica.

En el verano de 1841, Eichhorn azuzó desde el Ministerio a todas las Facultades de Teología de Prusia, en una intriga infame contra Bruno Bauer, por su crítica de los Evangelios; con excepción de Halle y Konigsberga, todas ellas traicionaron el principio protestante de la libertad de cátedra, y Bauer no tuvo más remedio que abandonar el campo. Con ello se le cerraba también a Marx toda perspectiva de actividad académica en la Universidad de Bona.

A la par que esto ocurría, hundíase también el plan de sacar a luz una revista radical. El nuevo rey era partidario de la libertad de prensa, y mandó preparar un decreto de censura más suave del que regía; el nuevo decreto fué promulgado a fines del año 1841. Pero poniendo por condición que la libertad de prensa no se saldría, por el momento, de los cuadros de su capricho romántico. Por si no estaba bastante claro, todavía lo aclaró más, durante el verano de 1841, en una orden de Gabinete, por la que se conminaba a Ruge a redactar en lo sucesivo bajo la censura prusiana sus «Anales», editados e impresos en Leipzig (ed. Vigand), pues de otro modo serían retirados de la circulación dentro del país. Con esto, Ruge pudo ya saber a qué atenerse respecto a su «libre y justiciera Prusia», y decidió trasladarse a Dresde, donde su revista reapareció el 1.º de julio de 1841, con el nombre de *Anales Alemanes*. A partir de este momento, empezó a emplear el tono enérgico que Bauer y Marx habían echado de menos en él hasta entonces,



y ambos se decidieron a colaborar en su órgano, en vez de fundar una revista propia.

Marx no llegó a publicar su tesis doctoral. La finalidad inmediata que con ello perseguía no tenía ya razón de ser; y, según indicó más tarde su autor, decidió esperar para refundirla con su estudio de conjunto sobre la filosofía epicúrea, estoica y escéptica, propósito de cuya ejecución le tenían apartado una serie de «ocupaciones políticas y filosóficas de índole muy diversa».

Entre estas ocupaciones contábase, en primer término, la de demostrar que no sólo el viejo Epicuro, sino también el Hegel de los viejos tiempos había sido un ateo arquetipo. En noviembre de 1841 se publicó en las Prensas de Vigand un «Ultimatum» con este título: «Los trompetazos del Juicio final sobre Hegel, el ateo y el anticristo». Bajo la máscara de un autor creyente, este panfleto anónimo se lamentaba en un tono de profeta bíblico del ateísmo de Hegel, demostrándolo de la manera más convincente por medio de citas tomadas de sus obras. El panfleto produjo una gran sensación, sobre todo porque nadie, ni el propio Ruge, supo ver en un principio lo que había debajo de aquella careta ortodoxa. Los «Trompetazos» habían salido de la pluma de Bruno Bauer, que se proponía continuarlos, en colaboración con Marx, para demostrar sobre otros aspectos de la obra de Hegel, la estética, la filosofía del derecho, etc., que el verdadero espíritu del maestro no vivía en los hegelianos viejos, sino en los jóvenes.

Pero, entretanto, fueron prohibidos los «Trompetazos», y el editor puso dificultades para continuar su publicación; además, Marx cayó enfermo, y su suegro hubo de guardar también cama, presa de una enfermedad que le llevó a la tumba después de tres meses, el 3 de marzo de 1842. En estas condiciones, era imposible, para Marx, «hacer nada derecho». No obstante, envió a Ruge una «pequeña colaboración» el 10 de febrero de 1842, a la par que se ponía a disposición de su revista, en cuanto sus fuerzas se lo permitiesen. El artículo de Marx versaba sobre el novísimo decreto de censura, en que el rey ordenaba métodos más suaves. Este artículo inicia la carrera política de Marx. Punto por punto, va poniendo al desnudo, con una crítica tajante, el contrasentido lógico que se ocultaba en aquel decreto bajo el ropaje de un romanticismo confuso, apartándose bruscamente de aquellos filisteos «seudoliberales», llenos de júbilo, y hasta más de un neohegeliano que ya veía «remontarse el sol en el cenit», ante las nuevas «intenciones reales» a que daba expresión el citado decreto.

En la carta que acompañaba al artículo, Marx rogaba que lo publicasen cuanto antes, «si es que la censura no censura mi censura», y sus temores no eran infundados. Ruge le contestó con fecha 25 de febrero, diciéndole que sobre los «Anales Alemanes» se había desencadenado la

censura más despiadada: «imposible publicar su artículo». Decíale también que con los artículos rechazados por la censura había «ido reuniendo una selección de cosas muy bonitas y picantes» que quisiera publicar en Suiza con el título de *Anecdota philosophica*. Marx contestó el 5 de marzo dando su consentimiento entusiasta. «Dado el súbito renacimiento» de la censura sajona, decíale que no había que pensar en que se publicase su estudio sobre el arte cristiano, que habría de aparecer como segunda parte de los «Trompetazos». En vista de esto, se la brindaba a la «Anécdota» modificando su redacción, y le brindaba también una crítica del Derecho natural en Hegel, en lo que afectaba a la constitución interior del país, con la tendencia a combatir la Monarquía constitucional como algo híbrido que se contradecía y destruía a sí mismo de medio a medio. Ruge se prestó a publicarlo todo, pero lo único que recibió fué el artículo contra el decreto de censura.

El 20 de marzo, Marx se decidió a arrancar el artículo sobre el arte cristiano al tono de los «Trompetazos» y a la gravosa servidumbre a que lo tenía sujeto el estudio de Hegel, trocándolo por una exposición más libre y, por tanto, más concienzuda; prometía tener listo el artículo para mediados de abril. El 27 de abril escribía diciendo que estaba «casi terminado», que Ruge «le perdonase unos pocos días más», añadiendo que el artículo que mandaría no sería más que un extracto sobre el arte cristiano, pues, sin darse cuenta, se le había ido convirtiendo entre las manos casi en un libro. El 9 de julio, Marx volvía a escribir diciendo que renunciaba a disculparse, si las circunstancias, «hechos desagradables», no le disculpaban y daba palabra de que no pondría mano en nada mientras no diese cima a los artículos para la «Anécdota». Por fin, el 21 de octubre Ruge le avisó de que la «Anécdota» estaba imprimiéndose, editada por la «Oficina literaria de Zurich» y que le había reservado un espacio, si bien hasta la fecha le había estado entreteniendo más con esperanzas que con realidades; pero él sabía tan bien como nadie todo lo que Marx podía realizar en cuanto se ponía a ello.

Como Bruno Bauer y Köppen, Ruge, que le llevaba dieciséis años, sentía el mayor respeto por este valor joven que hacía pasar por tan duras pruebas a su paciencia de director de revista. Marx no fué nunca lo que se llama un autor cómodo, ni para sus colaboradores ni para sus editores; pero a ninguno de ellos se le pasó nunca por las mientes achacar a morosidad o indolencia lo que sólo era fruto de aquella plétora arrolladora de ideas y de aquel afán crítico acuciador que nunca se veía satisfecho.

En este caso concreto, había otra circunstancia que venía a justificar a Marx, aun ante los ojos de Ruge: un interés incomparablemente más potente que el filosófico comenzaba a cautivarle. Con su artículo contra



el decreto de cultura, había iniciado una campaña política que ahora proseguía desde la «Gaceta del Rin», sin que le quedase tiempo para seguir hilando en la «Anécdota» la hebra filosófica.

La «Gaceta del Rin» había empezado a publicarse en Colonia el 1.° de enero de 1842. En sus comienzos, había figurado más bien al lado del Gobierno que en la oposición. Desde los líos episcopales ocurridos en aquella región, allá por los años de mil ochocientos treinta y tantos, la «Gaceta de Colonia», con sus ocho mil suscriptores, mantenía las pretensiones del partido ultramultano, que en el Rin era muy potente y daba mucho que hacer a la política policíaca del Gobierno. Mas no se crea que obraba por un impulso sagrado de entusiasmo hacia la causa católica, sino como negocio, por dar gusto a los lectores, a quienes no había que hablarles de las bendiciones de la providencia prusiana. El monopolio ejercido en la prensa de la región por la «Gaceta de Colonia» era tan fuerte, que su propietario eliminaba sistemáticamente, cerrándoles el paso, a cuantos periódicos surgían queriendo hacerle la competencia, aunque fuesen fomentados desde Berlín. Y la misma suerte amenazaba a la «Gaceta general del Rin», autorizada en diciembre de 1839 por el departamento de censura—regía entonces para los periódicos el sistema de la concesión—, con el fin de romper aquel monopolio del periódico clerical. Pero a última hora, cuando ya todo parecía perdido, se formó una sociedad de vecinos pudientes, y entre todos reunieron un capital por acciones destinado a transformar fundamentalmente el periódico. El Gobierno alentó el propósito y confirmó provisionalmente para la «Gaceta del Rin», que así había de llamarse, la concesión otorgada al periódico anterior.

La verdad era que la burguesía de Colonia estaba muy lejos de querer plantear ningún género de dificultades al régimen prusiano, al que la masa de la población renana seguía considerando como un régimen intruso. Como los negocios marchaban bien, la burguesía abandonó su vieja francofilia, y, después de fundada la Liga aduanera, llegó hasta a pedir que se implantase la supremacía de Prusia sobre toda Alemania. Sus pretensiones políticas no podían ser más moderadas, y aún quedaban por debajo de sus reivindicaciones económicas, las cuales tendían a que se diese facilidades al régimen capitalista de producción, muy desarrollado ya en aquellos territorios: plan de ahorros de la Hacienda pública, fomento de la red ferroviaria, rebaja de las costas judiciales y de las tasas postales, una bandera común y cónsules comunes para la Liga aduanera, amén de todas esas otras peticiones que suelen figurar en las listas de deseos de la burguesía.

Resultó que dos de sus representantes jóvenes, a quienes se había encomendado el reclutamiento del cuerpo de redactores, dos abogados, Jorge Jung y Dagoberto Oppenheim, eran dos entusiastas neohegelia-

nos, muy influídos por Moses Hess, hijo también de un comerciante renano, que, además de estar familiarizado con la filosofía de Hegel, se había familiarizado ya con el socialismo francés. Como era natural, buscaron los colaboradores del periódico entre sus correligionarios, y principalmente entre los neohegelianos de Berlín, uno de los cuales, Rutenberg, se encargó incluso de redactar con carácter permanente el artículo alemán; Rutenberg fué recomendado para ese puesto por Marx, pero sin empeñar su honor por él.

Personalmente, Marx parece que estuvo desde el primer momento muy cerca del periódico. A fines de marzo, se dispuso a trasladarse de Tréveris a Colonia, pero se le hacía demasiado ruidosa la vida de esta ciudad y se instaló a vivir, provisionalmente, en Bona, de donde entretanto había desaparecido Bruno Bauer: «sería una lástima que no se quedase aquí nadie, a corromperles un poco las oraciones a estos santos». Desde aquí, comenzó a escribir sus artículos para la «Gaceta del Rin», con los que pronto había de descollar sobre los demás colaboradores.

Aunque las relaciones personales de Jung y Oppenheim fuesen la causa inmediata de que el nuevo periódico se convirtiese en palenque de los neohegelianos, no es fácil que la publicación tomase este sesgo sin la aquiescencia, ni mucho menos sin el conocimiento, de los verdaderos accionistas. Por poco astutos que fuesen, no se les ocultaría que en la Alemania de entonces no podían encontrar colaboradores más capaces para el periódico. A estos neohegelianos, no les ganaba nadie en su devoción por Prusia, y si la burguesía de Colonia encontraba algo de ininteligible o sospechoso en sus manejos, lo desdeñaría seguramente como inocente muchachada. Lo cierto es que no creyó oportuno intervenir, aunque ya desde las primeras semanas llegaran de Berlín quejas acerca de la «tendencia subversiva» del periódico, amenazando con prohibirlo en cuanto finalizase el trimestre. A la providencia berlinesa la asustó sobre todo el nombramiento de Rutenberg, a quien se tenía por un terrible revolucionario, sujeto a severa vigilancia política. Todavía en las jornadas de marzo de 1848, Federique Guillermo IV temblaba ante él, creyéndole el verdadero promotor de la revolución. Si, a pesar de todo esto, el Gobierno no fulminó sobre el periódico su rayo mortífero debióse, sobre todo, a la actitud del ministro de Instrucción; a pesar de sus ideas reaccionarias, Eichhorn mantenía la necesidad de contrarrestar las tendencias ultramultanas de la «Gaceta de Colonia», y aunque las de la «Gaceta del Rin» fuesen «casi más condenables», había que tener en cuenta — argumentaba el ministro — que este periódico sólo manejaba ideas que no podían tentar a nadie que tuviese algo que perder.

Si era así, la culpa de ello no recaía precisamente en los artículos de

Marx, cuyo corte práctico y cuya manera de atacar los problemas probablemente reconciliaría a los accionistas del periódico mucho más con el neohegelianismo que los de Bruno Bauer y Max Stirner. De otro modo, no se explica que a los pocos meses de colaborar en él, en octubre de 1842, le colocasen ya a la cabeza del periódico.

Marx acredita aquí, por vez primera, aquel talento incomparable que poseía para arrancar de las cosas tal y como eran: al son de su melodía, hasta los sucesos más fosilizados cobraban vida y rompían a bailar.

6. La Dieta renana.

Marx emprendió, en una serie de cinco extensos estudios, la crítica de los debates de la Dieta provincial renana, que, un año antes, había funcionado durante nueve semanas en Duseldorf. Las Dietas provinciales eran representaciones ficticias e impotentes del pueblo, con las cuales la Corona prusiana había querido disfrazar su violación de la Carta constitucional en el año 1815; deliberaban a puerta cerrada y se les reconocía competencia, cuando más, en asuntos comunales de menor cuantía. Desde que en el año 1837 habían estallado en Colonia y en Posen los conflictos con la Iglesia católica, no se las había vuelto a convocar; de la Dieta renana y de la de Posen, había que esperar, más que de ninguna otra, tendencias de oposición, aunque se mantuviesen dentro de los cuadros ultramontanos.

Estas dignísimas corporaciones estaban a salvo de toda tentación liberal ya por el hecho mismo de su composición, pues sólo podían figurar en ellas, por ser condición inexcusable, los terratenientes, siendo la proporción de la mitad de los mandatos para la gran propiedad señorial, la tercera parte para la propiedad urbana, y la sexta parte para la propiedad campesina. Sin embargo, no en todas las provincias pudo implantarse este edificante principio en su íntegra belleza: en los territorios del Rin, recién adquiridos, no hubo más remedio que hacer algunas concesiones al espíritu de los tiempos; pero, con todo, los terratenientes de la nobleza seguían teniendo más de los dos tercios de los puestos, y, como los acuerdos se tomaban por dos terceras partes de mayoría, nada se interponía ante su voluntad. A la propiedad urbana se le ponía por condición llevar diez años en las mismas manos para poder ser sus titulares elegibles; además, el Gobierno se reservaba el derecho a poner el veto a la elección de todo funcionario local.

Estas Dietas eran objeto del más general desprecio. Sin embargo, Federico Guillermo IV, al subir al trono, volvió a convocarlas para el año 1841. Incluso llegó a ampliar un poco sus derechos, claro está que

con el solo fin de engañar a los acreedores del Estado, con quienes la Corona se había comprometido, en el año 1820, a no solicitar nuevos empréstitos que no estuviesen autorizados y garantizados por la representación popular. En un manifiesto famoso, Juan Jacoby intimó a las Dietas provinciales a que reclamasen como un derecho propio el cumplimiento de la promesa constitucional del rey, pero sus palabras cayeron en el vacío.

Hasta la Dieta renana falló, incluso en las cuestiones de política eclesiástica, en que tanto temor infundía al Gobierno su futura actitud. Por dos tercios de mayoría, desechó la propuesta, tan lógica desde el punto de vista liberal como desde el ultramontano, de que se llevase ante los tribunales al arzobispo de Colonia, arbitrariamente detenido, o se le repusiese en su dignidad. El problema constitucional no fué ni siquiera tocado por la Dieta, y una petición suscrita por más de mil firmas que se le envió desde Colonia, reclamando que las sesiones de la Dieta fuesen públicas, que sus debates se insertasen íntegra y diariamente en la prensa, que ésta pudiera comentar líbremente sus deliberaciones, así como los demás asuntos interiores del país, y finalmente, que se promulgase una ley de prensa para sustituir a la censura, fué despachada por ella del modo más mezquino y lamentable. La Dieta se limitó a solicitar del rey permiso para poder publicar los nombres de los oradores en las actas de las sesiones y, en vez de reclamar una ley de prensa y la supresión de la censura, se limitó a pedir una ley de censura que cerrase el paso a las arbitrariedades de los censores. Como suele ocurrir, merecidamente, a todos los cobardes, sus modestas y serviles peticiones fueron desatendidas también por la Corona.

Cuando únicamente revivía la Dieta era cuando se trataba de proteger los intereses de la gran propiedad. Claro está que ésta ya no podía soñar con restaurar, en los tiempos que corrían, las magnificencias del feudalismo. La población renana guardaba tal odio de aquella época, que la más leve tentativa de restaurarla la ponía en pie; con esto, no había juegos, y así lo hicieron saber en Berlín los funcionarios que habían sido mandados de las provincias orientales para informar acerca de la situación. Los renanos no permitían que se tocase, principalmente, a la libre divisibilidad del suelo, ni a favor de la «nobleza» ni a favor de los «labriegos», aun a trueque de que la parcelación de la propiedad hasta el infinito se tradujese en un verdadero desmoronamiento, como, no sin su razón, temía el Gobierno. La Dieta, unánime en esto con la provincia, desechó por 49 votos contra 8 la propuesta que el Gobierno hacía de poner ciertas trabas a la parcelación «para asegurar la existencia de una clase vigorosa de labradores». Para resarcirse de esta rebeldía, la Cámara votó con gran fruición las leyes que el Gobierno le propuso acerca de los robos de leñas y los atentados cometidos

contra la propiedad en los cotos de caza, bosques, campos y tierras; en estas leyes, el interés privado de los propietarios convertía al Poder legislativo en su barragana regalada, sin sentir por ello la menor vergüenza.

Marx arremetió contra la obra legislativa de la Dieta con arreglo a un plan de gran envergadura. En el primer estudio, compuesto de seis largos artículos, analizó los debates sobre la libertad de prensa y la publicidad de las sesiones de la Dieta. El permiso de publicar los debates sin dar el nombre de los oradores era una de aquellas pequeñas reformas con que el rey había querido infundir un poco de vida a las Dietas, sin contar con que éstas habían de ser las primeras que se opusiesen resueltamente a la aplicación de semejante medida. Cierto es que la Dieta renana no fué tan allá en esto como las de Pomerania y Brandemburgo, que se negaron en redondo a publicar las actas de sus sesiones. Pero también en ella se revelaba esa necia arrogancia que hace de los elegidos una especie de seres divinos a quienes hay que guardar a salvo de toda crítica, y muy principalmente de la de sus electores. «La Dieta no soporta la luz del día, le son mucho más gratas la penumbra y el recogimiento de la vida recoleta. Si toda una provincia se confía en unos cuantos individuos, hasta el punto de encomendarles la defensa de sus derechos, podrá ocurrir que estos individuos afortunados se rebajen a aceptar la confianza que la provincia les otorga, pero sería un disparate exigir que le pagasen en la misma moneda, entregándose confiadamente ellos mismos, sus vidas y sus personalidades, al juicio de la provincia que acaba de darles su confianza.» Véase con qué delicioso humorismo se burlaba Marx, ya desde el primer momento, de eso que más tarde había de bautizar con el nombre de «cretinismo parlamentario» y que jamás pudo soportar.

Marx rompe por la libertad de prensa una lanza tan brillante y afilada como jamás se había esgrimido ni había de volver a esgrimirse nunca. Sin asomo de envidia, confiesa Ruge: «No se ha dicho nunca, ni podría decirse, nada más profundo ni más fundamental acerca de la libertad de prensa y en favor suyo. Hemos de felicitarnos por la profundidad, el genio y el dominio soberano de ideas generalmente tan embrolladas con que desde ahora cuenta nuestro público.» En estos artículos, Marx hablaba incidentalmente, del clima alegre y libre de su tierra, y todavía es hoy el día en que los baña un resplandor suave, como el sol que se derrama sobre las colinas cargadas de viñedos del Rin. Hegel había fustigado la «miserable subjetividad de la mala prensa, que tiende a corroerlo todo»; Marx, en sus artículos se remontaba al racionalismo burgués—no en vano había dicho en la «Gaceta del Rin» que la filosofía de Kant no era más que la teoría alemana de la Revolución francesa—, pero lo hacía equipado con todas aquellas perspectivas po-

líticas y sociales que abría ante su espíritu la dialéctica hegeliana. Basta comparar sus artículos de la «Gaceta del Rin» con las «Cuatro preguntas», de Jacoby, para darse cuenta de todo el progreso que aquellos significaban; Marx no hace la más ligera alusión, ni de pasada, a aquella promesa de Constitución formulada por la Corona en el año 1815, a la que Jacoby estaba apelando constantemente como el alfa y el omega de todo el problema constitucional.

Pero, aun ensalzando a la prensa libre y viendo en ella el ojo siempre abierto del espíritu público, frente a la prensa sujeta a censura, con su vicio cardinal, la hipocresía, fuente de todos los demás, de todos esos vicios repugnantes aun desde un punto de vista meramente estético, que tienen su común denominador en la pasividad y en el apoltronamiento, no desconocía los peligros que también acechaban a la prensa libre. Un orador del estamento de la ciudad había reclamado la libertad de prensa como parte integrante de la libertad de industria. He aquí la réplica de Marx: «¿Acaso es libre la prensa degradada a industria? Es innegable que el escritor tiene que ganar con el trabajo de su pluma para poder existir y escribir, pero jamás existir y escribir para ganar... La primera libertad de la prensa consiste precisamente en no ser una industria. Al escritor que la prostituye convirtiéndola en medio material, le está bien empleada, como castigo a esa esclavitud interior, la esclavitud exterior de la censura; o por mejor decir, ya su propia existencia es su castigo.» Durante toda su vida, Marx había de corroborar prácticamente lo que aquí exige de todo escritor: sus trabajos fueron siempre fin y jamás medio; hasta tal punto lo fueron, para él y para cuantos le rodeaban, que llegó a sacrificarles, siempre que fué necesario, su propia existencia.

El segundo estudio comentando los debates de la Dieta renana versaba sobre la «historia arzobispal», como Marx hubo de escribir a Jung. Este estudio fué suprimido por la censura, y se quedó inédito, a pesar de que Ruge se ofreció a darle acogida en su «Anécdota». A Ruge escribíale Marx, el 9 de julio de 1842: «No crea usted que aquí en el Rin vivimos en ninguna Jauja política. Le aseguro que se necesita una tenacidad a prueba de todo para sacar adelante un periódico como el nuestro. Mi segundo artículo acerca de la Dieta, el referente a los líos eclesiásticos, ha sido tachado. En él, demostraba cómo los defensores del Estado se habían colocado en el punto de vista clerical y los defensores de la Iglesia en el punto de vista del Poder civil. Este incidente es bastante desagradable para el periódico, entre otras razones porque los bobos católicos de Colonia hubieran caído en la trampa, y la defensa del arzobispo nos habría valido nuevos suscritores. Por lo demás, no tiene usted idea de lo villanamente, y de lo estúpidamente además, que han procedido los agentes de la fuerza con este

figurón ortodoxo. Y el éxito ha coronado su obra, no puede negarse. Prusia ha tenido que besarle la sandalia al Papa a los ojos de todo el mundo, y nuestras máquinas gobernantes salen a la calle tan tranquilas, sin enrojecer de vergüenza.» La alusión final se refiere a que Federico Guillermo IV, fiel a sus aficiones románticas, se había embarcado en negociaciones de paz con la Curia, que agradeció la buena voluntad dándole un bofetón con arreglo a todas las normas del arte vaticano.

Pero no vaya a creerse, interpretando equivocadamente estas palabras de Marx a Ruge, que en ese artículo asumiese seriamente la defensa del arzobispo, para hacer caer en la trampa a los católicos de Colonia. Nada de eso. Cuando, comentando la detención, perfectamente arbitraria, del arzobispo por actos de carácter eclesiástico y la petición de los católicos, que reclamaban que se le procesase judicialmente, decía que los defensores del Estado abrazaban el punto de vista clerical, mientras que los defensores de la Iglesia se mantenían en el punto de vista del Poder civil, razonaba con una lógica absoluta. Para la «Gaceta del Rin» era fundamental adoptar la actitud justa en aquel mundo revuelto, precisamente por las razones—entre otras—que Marx aducía también en su carta a Ruge, a saber: porque el partido ultramontano, duramente combatido con el periódico, era el más peligroso en el Rin y la oposición se había ido habituando demasiado a librar sus campañas dentro de la Iglesia.

El tercer estudio, formado por cinco grandes artículos, analizaba los debates reñidos en la Dieta en torno a una ley sobre los robos de leña. Con este tema, Marx descendía a la «tierra llana» o como hubo de decir en otra ocasión, expresando la misma idea: se veía sujeto a la perplejidad de tener que tratar de intereses materiales que no estaban previstos en el sistema ideológico de Hegel. Y no puede negarse que en estos artículos, el problema planteado por aquella ley no aparece tratado con la precisión con que la hubiera enfocado años después. Tratábase de la batida de la era capitalista en ciernes contra los últimos vestigios de la propiedad comunal sobre el suelo, de una cruel guerra de expropiación contra las masas populares; baste decir que de los 207.478 procesos criminales seguidos por el Estado prusiano en 1836, unos 150.000, o sea cerca de las tres cuartas partes, referíanse a robos de leña y a transgresiones contra la propiedad forestal, cotos de caza y guardería.

En los debates sobre la ley a que nos referimos había triunfado en la Dieta renana, del modo más desvergonzado, superando incluso el proyecto del Gobierno, el interés expoliador de la gran propiedad privada. Enfrentándose con él, Marx, con su crítica tajante, tomaba partido «por la muchedumbre pobre y política y socialmente desposeída»,

pero no por razones económicas todavía, sino con argumentos jurídicos. Pedía que a los pobres, amenazados de ruina, se les garantizasen sus derechos consuetudinarios, cuya base veía él en el carácter oscilante de una propiedad que no tenía el sello manifiesto y claro de propiedad privada, pero tampoco de dominio comunal, en esa mezcla de derecho privado y derecho público con que nos encontramos en todas las instituciones de la Edad Media. Y aunque la inteligencia hubiese destruído estas modalidades híbridas y vacilantes de propiedad, aplicándoles las categorías abstractas del derecho privado tomadas de la legislación romana, en la práctica consuetudinaria de la clase pobre vivía un sentido jurídico instintivo cuyas raíces eran positivas y legítimas.

Aunque, en punto a visión histórica, este estudio presente también, todavía, un «cierto carácter vacilante», revela a pesar de eso, o acaso precisamente por ello, qué era lo que en último término espoleaba a este gran campeón de las «clases pobres». Por todas partes, en la pintura que hace de las granujadas con que los propietarios de los bosques pisoteaban, en su provecho personal, la razón y la lógica, la ley y el derecho, atentando también muy directamente contra el interés público, para lucrarse a costa de los pobres y los miserables, se ve rechinar los dientes, en este artículo, a toda la personalidad interior de quien lo escribiera. «Para capturar a los que atentan contra la propiedad de los bosques, la Dieta no se ha contentado con romperle al derecho brazos y piernas, sino que le ha atravesado también el corazón.» Sobre este ejemplo, proponíase Marx demostrar qué era lo que daba de sí una representación por estamentos de los intereses privados puesta al frente de la obra legislativa.

En este análisis, Marx seguía ateniéndose firmemente a la filosofía hegeliana del derecho y del Estado. Pero no reverenciando al Estado prusiano como el Estado ideal, al modo de sus pedantescos seguidores, sino contrastando la realidad del Estado prusiano con la pauta del Estado ideal que se desprendía de los supuestos filosóficos de que arrancaba el maestro. Marx veía en el Estado el gran organismo en que debían encarnar y realizarse la libertad jurídica, la libertad política y la libertad moral y en que el ciudadano, súbdito suyo, al someterse a las leyes del Estado, no hacía más que obedecer a las leyes naturales de su propia razón, a la razón humana. En este punto de vista se colocaba todavía Marx para enjuiciar los debates de la Dieta relativos a la ley por los robos de leña, y si pudo poner fin a su cuarto estudio, que versaba sobre una ley relativa a los delitos forestales y a los cometidos en los cotos de caza y en las tierras, no logró ya dar remate al quinto, que había de coronar la serie, tratando de la «cuestión terrena verdaderamente vital»: el problema de la parcelación.

Compartiendo el punto de vista de la burguesía renana, Marx abo-

gaba por la libre divisibilidad del suelo; restringirle al labriego la libertad de parcelación equivaldría a añadir a su pobreza física la pobreza jurídica. Pero el problema no quedaba liquidado con este punto de vista jurídico; el socialismo francés había puesto de relieve hacía mucho tiempo que la libre divisibilidad del suelo creaba un proletariado inerme, colocado en el campo en el mismo aislamiento atómico del artesanado en la ciudad. Para poder afrontar este problema, Marx no tenía más remedio que debatirse con el socialismo.

Seguramente que él mismo estaba convencido de esta necesidad, y no la hubiera rehuído, ni mucho menos, de haber podido llevar a término el plan que se había propuesto. Mas no lo logró. A la par que veía la luz en la «Gaceta del Rin» el tercer estudio, Marx era nombrado redactor del periódico, y el enigma socialista se alzaba ante él cuando aún no estaba preparado para resolverlo.

7. Cinco meses de lucha.

En el transcurso del verano, la «Gaceta del Rin» habíase permitido hacer dos o tres pequeñas salidas al campo social; su autor era seguramente Moses Hess. Una de ellas consistió en reproducir un artículo tomado de una revista de Weitling sobre las casas de vecindad de Berlín como aportación a un «problema importante de actualidad», tomando además de esa revista la reseña de un congreso científico celebrado en Estrasburgo, en el que se habían tratado también cuestiones socialistas, y añadiendo la observación bastante incolora de que la lucha de la clase desposeída por conquistar para sí las riquezas de la clase media podía compararse a la lucha de las clases medias contra la nobleza en el año 1789, si bien esta vez no dejaría de encontrarse una solución pacífica.

Estas inocentes manifestaciones bastaron para que la «Gaceta general de Augsburgo» acusase a la «Gaceta del Rin» de coquetear con el comunismo. La acusadora no tenía tampoco la conciencia muy limpia, en este punto, pues en sus columnas habían aparecido artículos de Heine mucho más atrevidos acerca del socialismo y del comunismo francés. Lo que ocurría era que la «Gaceta del Rin» empezaba a minar su situación de prepotencia nacional e internacional dentro de la prensa alemana. Pero, aunque los fundamentos de su violento ataque no fuesen muy sólidos, no dejaba de estar formulado con cierta pérfida habilidad. Después de diversas alusiones a los hijos de comerciantes ricos que se entretenían jugando inocentemente con las ideas socialistas, sin pensar ni por asomo en compartir sus fortunas con los canteros

de la catedral de Colonia y los cargadores del puerto, se arrancaba diciendo que era un extravío pueril, en un país tan atrasado económicamente como Alemania, amenazar a la clase media, que apenas empezaba a respirar desahogadamente, con la suerte de la nobleza francesa en 1789.

La réplica contra esta explosión venenosa fué el primer cometido que hubo de afrontar Marx ya como redactor; un cometido nada fácil, por cierto, para él que no era hombre capaz de amparar cosas que creía «chapucerías», pero tampoco podía decir, desde las columnas del periódico, lo que opinaba del comunismo. Lo que hizo, pues, fué desplazar la batalla, dentro de lo posible, al campamento enemigo, acusando al propio acusador de antojos comunistas y confesando honradamente que la «Gaceta del Rin» no era periódico capaz de conjurar con una frase problemas por cuya solución se debatían dos pueblos. Lejos de ello, sometería a una crítica fundamental, «tras estudios detenidos y profundos», esas ideas comunistas, a las que ahora, en su forma actual, no podía reconocer ni siquiera realidad teórica, y mucho menos, por tanto, desear ni aun tenerla por posible, realización práctica: obras como las de Leroux, Considerant, y sobre todo el agudo libro de Proudhon, no podían despacharse fácilmente con unas cuantas ocurrencias superficiales de ocasión.

Es cierto que, andando el tiempo, Marx había de decir que aquella polémica le había hecho tomar ojeriza a sus trabajos de redacción, aferrándose «codiciosamente» a la ocasión que se le deparaba para retornar a su cuarto de estudio. Pero cuando decía esto, en su recuerdo se entretejían más de lo que fuera realidad, como suele acontecer, la causa y el efecto. La verdad era que Marx vivía todavía, por el momento, entregado en cuerpo y alma a aquella causa, a la que atribuía demasiada importancia para no romper en gracia a ella con los viejos camaradas de Berlín. Con éstos, ya no había nada que hacer, desde que el decreto suavizando la censura había convertido el club doctoral, en el que, a pesar de todo seguía soplando «un interés por los problemas del espíritu», en una sociedad de «hombres libres», en la que se congregaban, sobre poco más o menos, todos los literatos premarcianos de la capital prusiana para juzgar a los revolucionarios políticos y sociales con la máscara de filisteos sublevados. Ya durante el verano le habían inquietado a Marx estos manejos; decía que una cosa era explicar su emancipación—deber de conciencia—, y otra cosa ponerse a gesticular y a vociferar desde el primer momento de un modo jactancioso. Pero aún abrigaba la esperanza de que, estando en Berlín Bruno Bauer, éste evitaría, por lo menos, que hiciesen ninguna «tontería».

Pero Marx se equivocaba, desgraciadamente, al pensar así. Según noticias fidedignas, Köppen manteníase al margen de aquellos mane-



jos, pero no así Bruno Bauer, que no tuvo inconveniente en servir de abanderado a las huestes tartarinescas. Sus procesiones mendicantes por las calles, sus escenas de escándalo en los burdeles y en las tabernas, aquellas burlas de mal gusto de que hicieron objeto a un sacerdote indefenso, a quien Bruno Bauer, en la boda de Stirner, alargó las anillas de latón de su bolsa de punto diciéndole que para anillos nupciales eran bastante buenos: todo esto, hizo que se concentrasen en los compadres las miradas de todos los filisteos domesticados, asombrados unos y otros llenos de espanto, pero puso al desnudo incurablemente la causa que decían representar.

Como no podía menos, estas botaradas de los antiguos amigos de Berlín contagiaban también su producción espiritual, y Marx sufría lo indecible con los artículos que mandaban a la «Gaceta del Rin». Muchos de ellos caían bajo el lápiz rojo del censor, pero «tanto por lo menos como el censor—escribía Marx a Ruge—era lo que yo mismo me permitía tachar, en aquellos montones de mamarrachadas escritas en un estilo repugnante, preñadas de subversión universal y vacías de ideas, salpicadas de ateísmo y comunismo (que estos caballeros no han estudiado jamás), que nos enviaban Meyer y consortes, acostumbrados con Rutenberg a una ausencia total de crítica, de independencia y capacidad de juicio, y acostumbrados también a considerar a la «Gaceta del Rin» como órgano sumiso suyo; pero yo no he creído que debía seguir tolerando, como hasta entonces, toda esta avalancha insustancial». He aquí la primera causa de que se «ensombreciese el cielo de Berlín», según frase del propio Marx.

La ruptura se declaró en noviembre de 1842, con ocasión de una visita hecha por Herwegh y Ruge a Berlín. Herwegh estaba recorriendo Alemania, en aquel famoso viaje triunfal en que tuvo ocasión de conocer a Marx en Colonia, trabando con él rápida amistad; en Dresde se reunió con Ruge, e hicieron juntos el viaje a Berlín. En Berlín, no les hicieron ninguna gracia, como era natural, los manejos de los «libres»; Ruge tuvo un encuentro muy duro con su colaborador Bruno Bauer porque éste le quería «hacer tragar las cosas más ridículas», como por ejemplo la tesis de que había que destruir en el terreno de los conceptos el Estado, la propiedad y la familia, sin preocuparse para nada del aspecto positivo del asunto. Tampoco Herwegh demostró gran complacencia hacia aquellos caballeros, los cuales se vengaron de su desdén pintando y criticando a su modo la conocida audiencia del poeta cerca del rey y su casamiento con una muchacha rica.

Ambas partes litigantes apelaron de su pleito a la «Gaceta del Rin». Herwegh, de acuerdo con Ruge, rogó al periódico que insertase una noticia en que se reconocía que, si bien los de Berlín, individualmente, eran casi todos excelentes personas, con su romanticismo político, sus

genialidades y sus jactancias estaban comprometiendo gravemente, como Ruge y él les habían dicho ya de palabra, la causa y el partido de la libertad. Marx publicó esta noticia y se vió luego asaltado por una serie de cartas groseras de Meyen, portavoz del grupo.

Marx contestó, a lo primero, con una absoluta objetividad, sin entrar en el pleito e intentando encauzar debidamente la colaboración de los de Berlín. «Les rogué que se dejasen de razonamientos vagos, frases altisonantes y narcisismos, dando pruebas de mayor precisión, ahondando más en las situaciones concretas y revelando mayor conocimiento de las otras. Les declaré que reputaba inadecuado, más aún inmoral, deslizar de contrabando, de pasada, en críticas de teatro, etc., los dogmas comunistas y socialistas, es decir, ideologías nuevas, y que me parecía obligado tratar del comunismo muy de otro modo y de una manera más fundamental, si se creía necesario hacerlo. Les invitaba, además, a que no criticasen tanto la política en la religión como la religión en la política, por cumplir así mejor a la naturaleza del periódico y a la cultura del público, ya que la religión carece en sí de contenido, no vive del cielo, sino de la tierra y se derrumba por sí misma, al derrumbarse la realidad invertida cuya teoría es. Y finalmente quería que, ya que se hablase de filosofía, dejasen de jactarse tanto de ateísmo (como los niños que andan diciendo a todo el mundo, venga o no a cuento, que no tienen miedo al coco), y se preocupasen más de difundir sus ideas entre el pueblo.» Estas manifestaciones nos permiten echar una ojeada muy instructiva a las normas fundamentales a que Marx se atenía para regir el periódico.

Antes de que estos consejos tuviesen tiempo de llegar a su destino, recibió una «carta insolente» de Meyen, en que éste exigía—ni más ni menos—que el periódico no «frenase», sino que diese «lo más que pudiera dar de sí»; es decir, que se expusiera a ser recogido en gracia a ellos. Marx, perdiendo ya la paciencia, escribió a Ruge: «Detrás de todo esto hay una aterradora dosis de vanidad, incapaz de comprender que, para salvar un órgano político, se pueden sacrificar, sin gran pérdida, a unos cuantos fanfarrones berlineses que no piensan más que en sus chismes personales... Ya puede usted imaginarse lo irritado que estaré y los términos, bastante duros, en que habré contestado a Meyen, sabiendo cómo estamos aquí, teniendo que soportar desde por la mañana hasta por la noche los tormentos más terribles de la censura, avisos ministeriales, quejas de autoridades, protestas de la Dieta, los lamentos de los accionistas, etc., etc., y que si sigo en este puesto es porque considero un deber estorbar la realización de las intenciones del Poder, en la parte que a mí me toca.» En rigor, esto equivalía a romper con los antiguos amigos de Berlín, que habían tomado todos, quien más quien menos, un triste giro político, desde Bruno Bauer,

futuro colaborador de la «Gaceta de la Cruz» y del «Correo», hasta Eduardo Meyen, que habría de morir de redactor de la «Gaceta de Danzig», riéndose de su vida perdida con aquel lamentable chiste de que sólo podía burlarse de los ortodoxos protestantes, porque el propietario del periódico, un liberal, le había prohibido criticar el Syllabus del Papa, para no perder a sus suscriptores católicos. Otros se sumieron en la prensa oficiosa, y algunos hasta en la oficial, como Rutenberg, que murió, corriendo el tiempo, de redactor del «Boletín Oficial» del Estado de Prusia.

Pero por entonces, en otoño de 1842, era todavía el hombre temido, y el Gobierno exigía que se le alejase. Se había pasado el verano torturando al periódico lo indecible con la censura, pero dejándole vivir, en la esperanza de que perecería por sí mismo; el 8 de agosto, una de las autoridades superiores renanas, von Schaper, informaba a Berlín que el número de suscritores no pasaba de 885. Pero el 15 de octubre habíase Marx hecho cargo de la redacción, y el 10 de noviembre Schaper podía comunicar ya que la cifra de suscritores aumentaba continuamente, habiendo subido de 885 a 1.820, y que la tendencia del periódico era cada día más hostil e insolente. Añádase que la «Gaceta del Rin» pudo conseguir, por no se sabe qué medios, un proyecto de ley matrimonial extraordinariamente reaccionario, cuya publicación prematura indignó enormemente al rey, pues las nuevas trabas que pretendía poner al divorcio provocaron una violenta resistencia por parte de la población. El rey exigió que se amenazase al periódico con la suspensión inmediata, si no daba el nombre del que hubiese facilitado el proyecto, pero los ministros no se prestaron a tejer la corona del martirio para el odiado periódico, sabiendo con seguridad que rechazaría tan indigna sugestión. Se contentaron con alejar a Rutenberg de Colonia, ordenando, so pena de suspensión, que se nombrase un redactor que asumiese la responsabilidad por el periódico en lugar del editor Renard. Al mismo tiempo, nombraron para desempeñar las funciones de censor, en sustitución del que lo venía haciendo y que era ya célebre por su cerrazón mental, un tal Dolleschall, a un asesor llamado Wiethaus.

Marx escribía a Ruge, el 30 de noviembre: «Rutenberg, a quien ya se le había retirado el artículo de asuntos alemanes (en que su misión venía a consistir, sustancialmente, en puntuar), y a quien, gracias a mis instancias, se le había encargado del artículo francés, tuvo, merced a la estupidez inmensa de nuestros provinciales gobernantes, la suerte de pasar por peligroso, aunque no lo era para nadie más que para el periódico y para sí mismo. Fué exigido violentamente su alejamiento del periódico. La providencia prusiana, este *despotisme prussien, le plus hypocrite, le plus fourbe,* ahorró al gerente [Renard] un paso desagra-

dable, y el nuevo mártir, que ya por su fisonomía, su conducta y su lenguaje, sabía representar con cierto virtuosismo la comedia del martirio, Rutenberg, explota la ocasión que se le depara, escribe al mundo entero, escribe a Berlín diciendo que en él vive, desterrado, el principio de la «Gaceta del Rin» y que el periódico pone proa a una nueva actitud respecto al Gobierno.» Marx menciona el incidente desde el punto de vista de lo que contribuyó a agudizar su desavenencia con los antiguos amigos de Berlín, aunque no tendría nada de particular que exagerase un poco al burlarse del «mártir» Rutenberg.

Su observación de que el alejamiento de Rutenberg fué «exigido violentamente», con lo cual se le ahorró a Renard, editor del periódico, un «paso desagradable», sólo admite, a nuestro juicio, la interpretación de que la empresa se allanó a la «violencia», sin aventurar la menor tentativa para retener al expulsado. Claro es que estas tentativas hubieran resultado infructuosas, aparte de que había razones para ahorrarle al editor todo «paso desagradable»; es decir, la necesidad de ser oído oficialmente, trance para el cual no era el más indicado aquel librero, totalmente ajeno a la política. La protesta escrita que hubo de formularse contra la prohibición del periódico con que se amenazaba y que aparece suscrita por Renard, era obra de Marx, como lo acredita el borrador manuscrito que se conserva en la ciudad de Colonia.

En esta protesta «sometiéndose a la fuerza» se accede al alejamiento provisional de Rutenberg y al nombramiento de un redactor responsable. La «Gaceta del Rin» muéstrase asimismo dispuesta a hacer cuanto esté de su parte para librarse de la suspensión, siempre y cuando que ello sea compatible con el carácter y la misión de un periódico independiente. Promete que en lo sucesivo se impondrá, en lo tocante a la forma, una mayor moderación que hasta allí, siempre, se entiende, que así lo consienta el contenido. El escrito aparece redactado con una cautela diplomática de que probablemente no hay otro ejemplo en la vida de su autor; pero si bien sería injusto poner cada palabra en la balanza de precisión, no lo sería menos decir que Marx, en este documento de su juventud, violenta visiblemente sus convicciones. No hay tal, ni siquiera allí donde habla de las intenciones de amistad hacia Prusia que abriga el periódico. Sus simpatías prusianas habíanse revelado, no sólo en sus artículos polémicos contra las tendencias prusófobas de la «Gaceta general de Agsburgo» y en su campaña de agitación por que la Liga aduanera se hiciese extensiva al Noroeste de Alemania, sino también, y muy principalmente, en sus constantes alusiones a la ciencia alemana del Norte por oposición a la superficialidad de las teorías francesas y de las mantenidas en el Sur de Alemania. La «Gaceta del Rin», decía, era el primer «periódico renano y el único meridional de Alemania» que abogaba aquí por el espíritu nórdico alemán,

con lo cual contribuía a la unificación espiritual de las ramas separadas.

La suprema autoridad gubernativa renana, von Schaper, contestó a este escrito bastante desabridamente, diciendo que, aun cuando se apartase inmediatamente a Rutenberg y se diese el nombre de un redactor perfectamente aceptable, el otorgamiento o denegación de la concesión definitiva, dependería de la conducta que el periódico siguiese. Unicamente para el nombramiento de nuevo redactor se les daba un plazo hasta el 12 de diciembre. Pero antes de que el nombramiento se efectuase, a mediados de diciembre, volvieron a romperse las hostilidades. Dos correspondencias enviadas al periódico desde Bernkastel acerca de la mísera situación de los campesinos del Mosela, movieron a Schaper a enviar al periódico dos rectificaciones, tan poco convincentes por su contenido como desmedidas e intolerables por su forma. La «Gaceta del Rin» dispúsose a poner una vez más a mal tiempo buena cara, y ensalzó la «serena dignidad» de aquellas rectificaciones, una lección para los hombres del Estado policiaco secreto, que serviría «para destruir recelos y consolidar la confianza». Pero, después de reunir todos los materiales necesarios, empezó a publicar, desde mediados de enero, una serie de cinco artículos, con pruebas documentales abundantísimas de que el Gobierno había reprimido con una terrible crueldad los gritos de angustia de los campesinos del Mosela. Esto dejaba en muy mal lugar, desautorizada hasta los huesos, a la suprema autoridad provincial del Rin. Tuvo, sin embargo, el dulce consuelo de saber que el 21 de enero de 1843 el Consejo de ministros reunido en Berlín, bajo la presidencia de S. M., había acordado la suspensión del periódico. Una serie de acaecimientos ocurridos al final del año habían irritado la cólera del rey: una carta porfiada y sentimental que aparecía dirigiéndole Herwerg desde Konisberga y que la «Gaceta general de Leipzig» había publicado sin conocimiento suyo y contra su voluntad, el fallo del Supremo Tribunal absolviendo a Juan Jacoby del delito de alta traición y del de lesa majestad de que se le acusara, y, finalmente, la confesión de Año nuevo, en que los «Anales» abrazaban «la democracia, con sus problemas prácticos», hizo que los «Anales» fuesen inmediatamente prohibidos, al igual que—dentro del territorio de Prusia—la «Gaceta general de Leipzig». Ahora, llegábale también la hora a la «hermana de prostitución del Rin», con tanta más razón cuanto que la Gaceta renana había fustigado duramente la represión contra los otros dos periódicos.

Para tramitar formalmente la suspensión del periódico, se invocó su carencia de concesión—«como si en Prusia, donde ni un perro puede vivir sin su correspondiente chapa policiaca, la «Gaceta del Rin» hubiera podido aparecer un solo día sin llenar los trámites oficiales», comentaba Marx—, y como «razón de fondo» se daba la consabida

murmuración de «las tendencias subversivas» del periódico; «la vieja cantinela de intenciones malignas, teorías sin base, ideas perniciosas, etc., etc., según palabras de Marx. Por miramiento hacia los accionistas, se autorizaba al periódico para seguir publicándose hasta el final del trimestre. «Durante este período de agonía, en capilla ya, tenemos doble censura. Nuestro censor, un hombre honorable, está bajo la censura de von Gerlach, presidente del Gobierno del Rin, un mentecato sin más virtud que la obediencia pasiva; una vez compuesto el periódico, hay que presentárselo a la nariz policiaca para que lo huela, y si ventea en él algo que no le parezca cristiano o prusiano, el periódico no sale a la calle.» Así le escribía Marx a Ruge. En efecto, el asesor Wiethaus, fué lo suficientemente honrado para renunciar a la censura, y la sociedad filarmónica de Colonia le premió el hecho con una serenata. Para sustituirle, fué enviado de Berlín el secretario ministerial Saint-Paul, y tan a conciencia cumplió con su oficio de verdugo, que la doble censura pudo ya ser suprimida el 18 de febrero.

La provincia del Rin tomó la suspensión del periódico como una injuria que a ella misma se le infería. El número de suscritores subió rapidísimamente a 3.200, y en Berlín no cesaban de recibirse pliegos cubiertos con miles de firmas, solicitando la revocación de aquella medida. Una comisión de accionistas que se trasladó a Berlín y solicitó audiencia del rey, no fué recibida por éste; tampoco aquellas peticiones llegaban a sus manos, y hubieran ido a parar, sin dejar huella, al cesto de los papeles, a no ser porque era menester tomar nota de los funcionarios firmantes para amonestarlos severamente. Lo que ya no estaba tan bien era que los accionistas pretendiesen conseguir, suavizando la actitud del periódico, lo que con sus gestiones no habían logrado; esta conducta fué, principalmente, la que movió a Marx a dimitir su puesto de redactor-jefe el 17 de marzo, sin que esto fuese obstáculo, naturalmente, para que hiciese todo lo posible por amargar la vida a la censura hasta el último momento.

Saint-Paul era un joven bohemio, que en Berlín había rodado por las tabernas con los «libres», y en Colonia tenía reyertas delante de los prostíbulos con los serenos. Pero era, a pesar de todo, un jovenzuelo astuto que no tardó en descubrir dónde estaba el «eje doctrinal» de la «Gaceta del Rin» y la «fuente viva» de sus teorías. En los informes que enviaba a Berlín, hablaba con un respeto involuntario de Marx, cuyo carácter y cuyo espíritu se veía a todas luces que le imponía, a pesar del «profundo error especulativo» que decía haber descubierto en él. El 2 de marzo, Saint-Paul pudo notificar a Berlín que Marx había decidido, «en las actuales circunstancias», romper todo contacto con la «Gaceta del Rin» y abandonar el territorio prusiano. Los genios berlineses tomaron nota de esto, acotando que no se perdería nada con la marcha de

Marx, ya que sus «tendencias ultrademocráticas eran irreconciliables con el principio del Estado prusiano», contra lo cual no había nada que objetar. El día 18, el digno censor escribía, jubiloso: «El *spiritus rector* de la empresa, el Dr. Marx, se separó definitivamente ayer, haciéndose cargo de la redacción del periódico Oppenheim, persona realmente moderada, y por lo demás insignificante... Yo estoy satisfechísimo con el cambio, y hoy apenas he invertido en la censura ni una cuarta parte del tiempo que antes le venía dedicando.» Y haciendo a Marx, en el momento de separarse del periódico, un rendido homenaje, informó a Berlín que ahora podían dejar seguir publicando el periódico, sin miedo alguno. Pero sus amos, que le ganaban en cobardía, le dieron instrucciones para que comprase secretamente al redactor-jefe de la «Gaceta de Colonia», un tal Hermes, intimidando al editor de este periódico, a quien la «Gaceta del Rin» había demostrado la posibilidad de una peligrosa competencia: la jugada de ventaja prosperó.

El 25 de enero, es decir, el mismo día en que había llegado a Colonia la noticia de la suspensión del periódico, Marx escribía a Ruge: «A mí, no me ha sorprendido nada. Ya sabe usted cómo interpreté, inmediatamente de decretarse, la instrucción de censura. No veo en esto más que una consecuencia, y reputo la suspensión del periódico como un progreso de la conciencia política, razón por la cual dimito. Además, ya se me hacía un poco sofocante aquella atmósfera. No tiene nada de agradable el prestar servicios de esclavo, ni aun para la libertad, teniendo que luchar con alfileres en vez de luchar con mazas. Estaba cansado ya de tanta hipocresía, de tanta tontería, de tanta brutal autoridad, y de tanto silencio, tanto zigzagueo, tantas retiradas y palabrerías. El Gobierno se ha encargado, pues, de devolverme la libertad... En Alemania, ya no tenemos nada que hacer. Aquí, lo único que uno consigue es falsearse a sí mismo.»

8. Luis Feuerbach.

En esta misma carta, Marx acusa recibo de la antología en que aparece publicado su trabajo político primerizo. Esta antología formaba dos volúmenes bajo el título: «Anécdota de la novísima filosofía y publicística alemana», y había sido editada por la Oficina literaria de Zurich, fundada por Julio Fröbel como hogar para los fugitivos de la censura de Alemania. Había visto la luz a comienzos de marzo de 1843.

En ella, desfilaba una vez más la vieja guardia de los neohegelianos, aunque en sus filas no había ya la cohesión de antes, y en el centro aquel audaz pensador que había de enterrar toda la filosofía de

Hegel, presentando el «espíritu absoluto» como el espíritu ya dimitido de la teología; es decir, como la fe en un espectro, que veía todos los misterios de la filosofía resueltos en la observación del hombre y de la naturaleza. Las «tesis provisionales para una reforma de la filosofía» publicadas por Luis Feuerbach en la «Anécdota», fueron también para Marx una revelación.

Años más tarde, Engels había de señalar como punto de arranque de la gran influencia ejercida por Feuerbach en la formación espiritual del joven Marx, «La esencia del cristianismo», la obra más famosa de Feuerbach, publicada ya en el año 1841. Hablando de la «fuerza liberadora» de este libro, que era necesario haber vivido para poderse imaginar, decía Engels: «El entusiasmo fué general, y todos nos hicimos, por el momento, feuerbachianos.» Sin embargo, en los trabajos publicados por Marx en la «Gaceta del Rin» no se perciben todavía las influencias de Feuerbach: Marx no «saludó entusiasmado» la nueva concepción, a pesar de todas las reservas críticas, hasta los «Anales franco-alemanes» que empezaron a publicarse en febrero de 1844 y que ya en el título denotaban un cierto eco de las ideas feuerbachianas.

Ahora bien; como las tesis provisionales se contienen ya, indudablemente, en la «Esencia del cristianismo», pudiera pensarse que el error a que induce a Engels su recuerdo, es de poca monta. Sin embargo, tiene más importancia de lo que parece, pues desdibuja un poco las relaciones y los entronques espirituales entre Feuerbach y Marx. Feuerbach no dejaba de ser un militante por que le agradase la soledad del campo. Pensaba con Galileo que la ciudad era una cárcel para el espíritu especulativo, y la vida del campo, en cambio, el libro de la naturaleza, abierto ante los ojos de cuantos con su inteligencia sabían leer en él. Con estas palabras, Feuerbach defendía siempre contra todas las objeciones su vida de solitario en Bruckberg; él amaba la soledad del campo, no en el sentido apaciguador del que busca la «escondida senda», sino porque sacaba de ella las energías de luchador, inspirado por la necesidad del hombre de pensamiento que anhela concentrarse y que no quiere que el tumulto y el ajetreo le distraigan de la observación de la naturaleza, fuente, para él, alumbradora de toda vida y de todos sus secretos.

El aislamiento campesino en que vivía no era obstáculo para que Feuerbach riñese en primera línea la gran batalla de la época. Sus artículos daban a la revista de Ruge el filo más cortante y la punta más aguda. En la «Esencia del cristianismo» demuestra que no es el hombre quien hace la religión, sino la religión la que hace al hombre. Esos seres superiores que crea nuestra fantasía no son más que la proyección fantástica de nuestro propio ser. Coincidiendo con el momento en que aparecía este libro, Marx se lanzaba a la lucha política, y ésta

situábale en medio del tumulto de la plaza pública, en la medida en que era posible hablar ya de esto; para esta lucha, no valían las armas forjadas por Feuerbach en su obra. Pero ahora, después que la filosofía de Hegel se había demostrado incapaz para resolver los problemas materiales que se le plantearan en la «Gaceta del Rin», salían a la luz las tesis provisionales de Feuerbach para una reforma de la filosofía, y venían a dar al hegelianismo como último refugio, último asidero racionalista de la teología, el golpe de muerte. Estas tesis no podían menos de producir en Marx una profunda impresión, aunque se reservase sus críticas.

En su carta de 13 de marzo, decíale a Ruge: «Los aforismos de Feuerbach me parecen desacertados en un punto: hace demasiado hincapié en la naturaleza, sin preocuparse en los debidos términos de la política. Sin esta alianza, la filosofía actual no llegará a ser nunca una verdad. Ocurrirá, sin duda, lo que en el siglo XVI, en que a los entusiastas de la naturaleza correspondía otra serie de entusiastas del Estado.» En efecto, Feuerbach, en sus tesis, no tocaba la política más que con una observación de pasada, que, lejos de superar a Hegel, quedaba por debajo de él. En este punto se interpuso Marx, investigando la filosofía del derecho y del Estado en Hegel tan concienzudamente como Feuerbach investigara su filosofía de la naturaleza y la religión.

En la carta dirigida a Ruge con fecha 13 de marzo hay otro pasaje que demuestra cuán profundamente estaba influído Marx, en aquellos momentos, por Feuerbach. Tan pronto como llegó a la conclusión de que ya no podía vivir sujeto a la censura de Prusia, ni respirando aire prusiano, tomó la resolución de marcharse de Alemania, pero no sin la que era su novia. El 25 de enero había escrito ya a Ruge preguntándole si tendría trabajo en el «Mensajero alemán», una revista que Herwegh se proponía editar en Zurich; pero sus planes salieron frustrados antes de poder ejecutarse, expulsado Herwegh de la ciudad suiza. Ruge le hizo otras propuestas de colaboración, entre ellas la de redactar en común los antiguos «Anales», transformados y bautizados de nuevo, pidiéndole que, en cuanto se viese libre de su «tormento de redacción» en Colonia, se acercase a Leipzig para tratar de palabra acerca del «lugar de nuestro renacimiento».

Marx asentía a esto, en su citada carta de 13 de marzo, adelantándose a expresar «provisionalmente» sus convicciones acerca de «nuestro plan» del modo siguiente: «Cuando hubieron conquistado París, algunos de los invasores propusieron para el trono al hijo de Napoleón bajo regencia; otros, a Bernardotte, y otros, por fin, a Luis Felipe, pero Talleyrand contestó: «O Luis XVIII o Napoleón, no hay más principio que éste, todo lo demás es intriga». Lo mismo digo yo: «Fuera de Estrasburgo (o a lo sumo, Suiza), lo demás no es principio, sino mera intri-

ga. Libros de más de veinte pliegos no son libros para el pueblo. A lo más a que podríamos aventurarnos sería a lanzar cuadernos mensuales. Suponiendo que los «Anales alemanes» fuesen autorizados de nuevo, a lo sumo que llegaríamos sería a hacer mascullar unas cuantas palabras al difunto, y eso, hoy en día, no basta. En cambio, unos «Anales franco-alemanes», serían ya un principio, un acontecimiento de consecuencias, una empresa con la que podría uno entusiasmarse.» En estas palabras, se percibe un eco de las tesis de Feuerbach, donde se dice que el verdadero filósofo, el filósofo identificado con la vida y con el hombre, tenía que llevar en sus venas sangre galo-germana. Su corazón tenía que ser francés y su cerebro alemán. El cerebro reforma, pero el corazón revoluciona. Sólo hay espíritu donde hay movimiento, hervor, pasión, sangre, sensualidad. Fué el *esprit* de Leibniz, su principio sanguíneo materialista-idealista, el que sacó a los alemanes de su pedantería y de su escolasticismo.

En su carta de 19 de marzo, Ruge se mostró plenamente de acuerdo con este «principio galo-germánico», pero la tramitación del asunto hubo de dilatarse todavía varios meses.

9. Boda y destierro.

En aquel agitado año de sus primeras campañas públicas, Marx tuvo que luchar también con algunas dificultades de carácter doméstico. No gustaba de hablar de estas cosas, y sólo lo hacía cuando la amarga necesidad le obligaba a ello; muy al contrario de esos míseros filisteos a quienes la preocupación de sus pequeñas miserias hace olvidarse de Dios y del mundo, él ponía siempre por encima sus necesidades, por apremiantes que éstas fuesen, «los grandes problemas de la humanidad». La vida había de depararle abundante ocasión para ejercitarse en esta virtud.

Ya en la primera manifestación suya que ha llegado a nosotros acerca de sus «miserias privadas» se revela de un modo significativo la idea que él tenía de estas cosas. Disculpándose con Ruge por no haberle podido enviar los artículos que le prometiera para la «Anécdota», escribíale el 9 de julio de 1842, después de enumerar otros obstáculos: «el resto del tiempo se me pasó desperdigado y malhumorado por las más repelentes controversias de familia. Mi familia me puso una serie de dificultades en el camino, que, a pesar de su holgura, me exponían momentáneamente a las angustias más agobiadoras. Pero no voy a importunarle a usted con el relato de estas miserias privadas; es una verdadera fortuna el que los asuntos públicos incapaciten a toda perso-

na de carácter para irritarse por los asuntos privados». Esta prueba de extraordinaria fortaleza de carácter es la que tanto indigna a los filisteos de hoy y de siempre, con su irritabilidad para todo lo privado, contra el «descorazonado» y frío Marx.

No conocemos nada en concreto acerca de aquellas «repelentes controversias familiares» a que Marx hace alusión; sólo volvió sobre ellas, en términos muy generales, al tratar de la fundación de los «Anales franco-alemanes». Escribióle a Ruge que, tan pronto como el plan tomase cuerpo y fuese firme, se trasladaría a Kreuznach, donde, desde la muerte de su marido, residía la madre de su novia y allí se casaría, quedándose a vivir algún tiempo en casa de su suegra, «ya que, antes de poner manos a la obra, conviene que tengamos terminados algunos trabajos... Puedo asegurarle a usted, sin ningún género de romanticismo, que estoy enamorado de los pies a la cabeza, pero muy seriamente. Llevamos siete años prometidos, y mi novia ha librado por mí los más duros combates, hasta sentir resentida su salud, unas veces con sus parientes pietistas y aristocráticos, para quienes el «Señor del cielo» y el «señor de Berlín» son dos objetos igualmente adorables, y otras veces con mi propia familia, en la que anidan algunos curas y otros enemigos míos. Mi novia y yo hemos tenido en estos años más conflictos innecesarios y dolorosos que mucha gente tres veces más vieja, de esa que está hablando siempre de su experiencia en la vida». Esta sobria alusión es lo único que ha llegado a nuestro conocimiento acerca de aquellas luchas en la época de su noviazgo.

No sin esfuerzo, aunque relativamente pronto, y sin necesidad de que Marx se trasladase a Leipzig, fué asegurada la publicación de la nueva revista. Fröbel se decidió a asumir las funciones editoriales, una vez que Ruge, persona acomodada, le prometió interesarse con 6.000 tálers, como comanditario, en la Oficina literaria. En el proyecto, fueron consignados 500 tálers para Marx como sueldo de redactor. Con esta perspectiva, se casó con su Jenny el 19 de junio de 1843.

Aun faltaba decidir el sitio en que habrían de aparecer los «Anales franco-alemanes». La elección oscilaba entre Bruselas, París y Estrasburgo. La capital de Alsacia hubiera llenado mejor que ninguna otra los deseos del joven matrimonio, pero la decisión recayó a favor de París, después que Fröbel y Ruge hicieron allí y en Bruselas algunas gestiones personales. Aunque en Bruselas la prensa tenía un margen de libertad mayor que en París, con sus garantías y sus leyes septembrinas, la capital francesa ofrecía mayores ventajas que la belga para dominar la vida alemana. Ruge escribía, dándole ánimos a Marx, que podría vivir en París con 3.000 francos o poco más.

Conforme a sus planes, Marx pasó los primeros meses de su matrimonio en casa de su suegra; en noviembre, trasladó su residencia a

París. El último signo de vida que de él se conserva en su tierra natal, al cerrarse este período de su vida, es una carta dirigida desde Kreuznach a Feuerbach el 23 de octubre de 1845, pidiéndole un artículo para el primer cuaderno de los nuevos «Anales», y concretamente una crítica de Schelling: «De su prólogo a la segunda edición de la «Esencia del cristianismo» creo poder inferir que tiene usted guardado *in petto* no poco acerca de esa bolsa de aire. Sería un magnífico *dêbut*. Schelling ha sabido poner el cebo con gran habilidad a los franceses, empezando por el flojo y ecléctico Cousin y acabando por el genial Leroux. Pierre Leroux y sus iguales siguen teniendo a Schelling por el hombre que ha sustituído al idealismo transcendente por el idealismo racionalista, a la idea abstracta por la idea de carne y hueso, a la filosofía profesional por la filosofía universal... Prestaría usted un gran servicio a nuestra empresa, y mayor aun a la verdad, si nos diese una característica de Schelling ya para el primer número. Es usted el hombre indicado para hacerlo, por ser precisamente el reverso de Schelling. El pensamiento sincero—hay que creer lo que hay de bueno en nuestros enemigos—de la juventud de Schelling, que no había en él madera para realizar, fuera de la imaginación, más energía que la vanidad, más impulso que el ocio, más órgano que la irritabilidad de una asimilación femenina, este pensamiento de su juventud, que en él no pasó de ser un sueño juvenil fantástico, ha cobrado en usted cuerpo de verdad, de claridad, de seriedad varonil... Por eso yo le tengo a usted por el adversario necesario y natural, por el legítimo adversario de Schelling, ya que a ello le hacen acreedor sus dos majestades, la de la naturaleza y la de la historia». ¡Cuánta amabilidad hay en esta carta y cómo resplandece en ella la alegre esperanza de una gran campaña!

Pero Feuerbach no accedió a lo solicitado. Ya se había negado con Ruge, después de aplaudir la nueva empresa, sin que la invocación a su «principio galo-germánico» hubiese bastado a reducirle. Sus escritos habían provocado ya la cólera de los poderosos; el bastón policíaco cayó sobre todo lo que había en Alemania de libertad filosófica y los filósofos de la oposición que no querían rendirse cobardemente hubieron de huir al extranjero.

Feuerbach no era hombre que se rindiese, pero no era tampoco hombre que se lanzase audazmenfe a las olas que empezaban a alzarse en torno a aquel paraje de muerte. El día en que Feuerbach contestó, lleno de afectuoso interés, pero con una repulsa, a las palabras fogosas en que Marx le reclamaba, fué el día negro de su vida. A partir de aquel día, vivió ya enterrado para siempre en el más completo aislamiento espiritual.

CAPITULO III

DESTERRADO EN PARÍS

1. Los «Anales franco-alemanes».

La nueva revista no nació bajo buena estrella; no llegó a ver la luz más que un número doble, publicado a fines de febrero de 1844.

El «principio galo-germano» o, según la transcripción que Ruge hacía de él, la «alianza intelectual entre alemanes y franceses», no logró realizarse; el «principio político» de Francia repudiaba abiertamente la dote que Alemania aportaba a aquella unión, el «golpe de vista lógico» de la filosofía hegeliana, que había de servirle de brújula segura en las regiones metafísicas, en las que Ruge veía navegar a los franceses sin timón, desafiando al viento y a la tempestad.

Cierto es que si—según nos dice—se pensó, en un principio, en ganar para la causa de la revista a Lamartine, Lamennais, Luis Blanc, Leroux y Proudhon, la lista no podía ser más abigarrada. Sólo Leroux y Proudhon tenían alguna idea de lo que era la filosofía alemana; el segundo vivía recoleto en su rincón provinciano, y el primero había colgado, por el momento, los hábitos de escritor, para cavilar sobre el invento de una máquina de componer. Los demás se negaron, por unas figuraciones religiosas o por otras, incluso Luis Blanc, que veía nacer del ateísmo filosófico la anarquía política.

En cambio, la revista se conquistó una pléyade prestigiosa de colaboradores alemanes. Además de los dos editores, figuraban entre ellos Heine, Herwegh, Juan Jacoby, nombres todos de primer rango, y en segunda fila pueden mencionarse los de Mosses Hess y F. C. Bernay, un joven jurista del Palatinado, a los que venía a unirse el más joven de todos, Federico Engels, que por vez primera, después de varias tentativas literarias, entra en la palestra de la lucha desde estas columnas, con la visera alta y bruñida armadura. Mas también esta pléyade era harto heterogénea; en ella, había quienes no sabían nada o sabían muy poco de la filosofía hegeliana, y menos todavía del «golpe de vista lógico»; pero lo más grave fué que entre los dos directores de la revista se produjo en seguida una discordia que imposibilitaba toda colaboración.

El primer número doble de la revista, que había de ser el único que se publicase, empezaba con una «correspondencia» mantenida entre

Marx, Ruge, Feuerbach y Bakunin, un joven ruso que se había unido a Ruge en Dresde, publicando en los «Anales alemanes» un artículo muy comentado. Son, en conjunto, ocho cartas, firmadas con las iniciales de sus respectivos autores; tres corresponden a Marx, tres a Ruge, una a Bakunin y otra a Feuerbach. Más tarde, Ruge confesó, que aquella «correspondencia» era una pieza dramática compuesta por él, aunque utilizando «fragmentos de cartas auténticas»; y en efecto, la recogió en sus «Obras completas», si bien—cosa significativa—con notables mutilaciones, suprimiendo la última carta, firmada por Marx, donde se encierra la clave de toda la correspondencia. El contenido de las cartas no permite dudar ni un momento que proceden de los autores cuyas iniciales llevan al pie y, en cuanto cabe enfocarlas como una composición armónica, puede asegurarse sin miedo que es Marx quien lleva la batuta en este concierto, sin que, por otra parte, entremos a discutir las modificaciones que haya podido hacer Ruge en sus cartas, así como en las de Bakunin y Feuerbach.

Marx, que cierra el capítulo de la «Correspondencia», es también quien lo inicia, con un breve presagio lleno de fe: la reacción romántica lleva a la revolución; el Estado es una cosa demasiado seria para convertirlo en una mojiganga; por mucho que un barco cargado de necios parezca navegar por las aguas impulsado por el viento, adonde corre es a estrellarse contra su destino, precisamente porque los necios de la tripulación no lo creen así. Ruge contesta a esta carta con una larga tirada jeremíaca hablando de la imperecedera paciencia ovejuna de los filisteos alemanes, en un tono «acusador y desesperado», como el propio autor hubo de decir más tarde, o como Marx le replicó inmediatamente, en los siguientes corteses términos: «Su carta es una buena elegía, un canto funeral que corta el respiro, pero dista muchísimo de ser política.» Si el mundo pertenece al filisteo, merece la pena que nos preocupemos de estudiar a este rey de la creación, que lo es llenando el mundo con sus huestes, como los gusanos el cadáver; mientras la monarquía no tenga otro material, tampoco el monarca podrá ser más que el rey de los filisteos. Más despierto y animoso que su padre, el nuevo rey de Prusia había pretendido cancelar sobre sus propias bases aquel Estado filisteo, pero mientras siguiesen siendo lo que eran, no tenía que pensar en convertir en hombres verdaderos y libres ni a sus súbditos ni a sí propio. El retorno al viejo Estado fosilizado de esclavos y servidores había sido inevitable. Pero esta situación desesperada infundía esperanzas nuevas. Marx apuntaba a la incapacidad de los señores y a la pereza de los esclavos y los súbditos, que dejaban marchar las cosas como Dios quería que marchasen; afortunadamente, pues de ese modo marchaban hacia la catástrofe. Y apuntaba también a los enemigos del filisteísmo, a todos cuantos pensaban y sufrían en el

reino y que habían llegado a una inteligencia, aunque sólo fuese sobre el sistema pasivo de perpetuación de los viejos súbditos, pues no pasaba día sin que enrolasen a nuevos reclutas al servicio de la nueva humanidad. Y aun era más rápido el proceso con que la red de las ganancias y del comercio, de la propiedad y de la explotación de los hombres conducía a una ruptura en el seno de la actual sociedad, ruptura que el actual sistema no conseguiría soldar, porque, incapaz como era de curar ni de crear nada, no hacía más que existir y disfrutar. No había, pues, más misión que poner el mundo viejo a la luz cruda del día y construir positivamente el nuevo.

Bakunin y Feuerbach escriben a Ruge, cada uno a su modo, pero los dos infundiéndole ánimos. A continuación, éste se declara convencido «por el nuevo Anacarsis y el nuevo filósofo». Feuerbach había comparado la muerte de los «Anales alemanes» a la tragedia de Polonia, donde los esfuerzos de unos cuantos hombres se demostraban impotentes, en medio de la charca que era la vida de un pueblo putrefacto. Comentando estas palabras, dice Ruge, en una de sus cartas a Marx: «Es verdad. Y así como a Polonia no la salva la fe católica ni la libertad aristocrática, a nosotros no nos emancipará tampoco la filosofía teológica ni la ciencia noble. Sólo podremos continuar nuestro pasado rompiendo resueltamente con él. Los «Anales» han desaparecido, la filosofía de Hegel pertenece al pasado. Fundemos un nuevo órgano en París, para juzgarnos a nosotros mismos y a toda Alemania con una absoluta libertad y una sinceridad inexorable.» En esa carta, le promete ocuparse del aspecto mercantil del asunto y pide a Marx que se manifieste acerca del plan de la revista.

Marx, que había pronunciado la primera palabra, pronuncia también la última. Dice que es evidente la necesidad de crear un nuevo centro en que se congreguen las cabezas verdaderamente pensantes e independientes. Pero, si acerca de la razón de ser no puede reinar mayor claridad, la confusión que reina acerca de la meta es grandísima. «No sólo se ha declarado entre los reformadores una anarquía general, sino que todos tienen que confesarse a sí mismos que no abrigan la menor idea clara acerca de lo que quieren y a lo que aspiran. Y sin embargo, es este otro de los méritos de las nuevas corrientes, que no aspiran a anticipar dogmáticamente el mundo, sino que pretenden descubrir el nuevo por la crítica del antiguo. Hasta ahora, los filósofos habían guardado la solución de todos los enigmas en el cajón de su mesa, y el necio mundo exotérico no tenía más que abrir la boca, para que le cayesen en ella, ya fritas y todo, las palomas de la ciencia absoluta. La filosofía se ha secularizado, y la prueba más contundente de ello es que la conciencia filosófica desciende al palenque de la lucha, con todos sus tormentos, y no sólo exteriormente, sino de un modo intrínseco. Pero



si la construcción del futuro y la creación acabada y definitiva para todos los tiempos no es cosa nuestra, no podemos vacilar un momento acerca de nuestro deber de la hora: la crítica despiadada de cuanto existe, despiadada incluso en la ausencia de preocupación por los resultados a que conduzca y por el conflicto con los poderes existentes.» Marx no pretende izar ninguna bandera dogmática; el comunismo, tal y como lo profesaban Cabet, Dezamy, Weitling no podía ser, para él, más que una abstracción dogmática. El interés capital de la Alemania de entonces estaba concentrado en la religión, a cuya zaga venía la política: era vano pretender oponerles ningún sistema, cualquiera que él fuese, el «Viaje a Icaria» por ejemplo; lo que había que hacer era arrancar de ellas y de su verdadera realidad.

Marx desecha la opinión de los «socialistas crasos», para quienes las cuestiones políticas no eran dignas de atención. El entendía que del conflicto del Estado político, de la contradicción entre su destino ideal y sus supuestos reales se podía deducir dondequiera la verdad social. «Nada hay, pues, que nos impida empalmar nuestra crítica a la crítica de la política, a la adopción de posiciones en política; es decir, a las luchas reales. Haciéndolo así, no nos enfrentamos con el mundo doctrinalmente, esgrimiendo un nuevo principio y exclamando: ¡He aquí la verdad, póstrate de hinojos ante ella! Brindamos al mundo, deducidos de los principios del mundo, nuevos principos. No le decimos: déjate de tus luchas, que son tiempo perdido; nosotros te daremos la bandera de la verdad. Nos limitamos a demostrarle aquello por lo que verdaderamente lucha, y le obligamos a asignarse, aun contra su voluntad, esa conciencia.» De este modo, resume Marx el programa de la nueva revista: Infundirle a la época la conciencia (filosofía crítica) de sus luchas y sus deseos.

Esta «conciencia crítica», clara en Marx, no lo llegó a ser nunca para Ruge. Ya la «Correspondencia» demuestra bien claramente que Marx era el propulsor y Ruge el impulsado. Téngase en cuenta, además, que Ruge cayó enfermo al llegar a París y apenas pudo ocuparse de la redacción de la revista. Esto paralizó su principal capacidad, para la que Marx le parecía «demasiado minucioso». No pudo dar a la revista la forma ni la orientación que creía más adecuadas, ni publicar siquiera en ella un trabajo propio. No obstante, todavía no adoptó una repulsa completa ante el primer número. Encontró en él «cosas notabilísimas, que producirían en Alemania gran sensación», aun cuando censuraba que «se hubiesen servido también algunos platos poco sazonados», que él hubiera retocado un poco si no hubiese habido que publicar el número con aquellas prisas. De no haber surgido ciertos obstáculos exteriores, seguramente que la publicación de la revista se hubiera continuado.

En primer lugar, los recursos de la «Oficina literaria» se agotaron en seguida, y Fröbel declaró que no podía llevar adelante la empresa. En segundo lugar, el gobierno prusiano, en cuanto tuvo noticia de la publicación de los «Anales franco-alemanes», movilizó contra ellos todas sus fuerzas.

Cierto es que sus pretensiones no encontraron gran acogida ni siquiera por parte de Metternich; y mucho menos, naturalmente, en Guizot. Los prusianos hubieron de contentarse con oficiar, el 18 de abril de 1844, a las autoridades gubernativas de todas las provincias, notificándoles que los «Anales» constituían figura de delito, por tentativa de alta traición y de lesa majestad; en ese oficio se ordenaba que se diesen instrucciones a la policía, procurando hacer el menor ruido posible, para que Ruge, Marx, Heine y Bernay fuesen detenidos y secuestrados sus papeles, en cuanto pisasen territorio prusiano. La medida era bastante inocente, mientras el pájaro volase fuera de la jaula. Pero la conciencia remordida del rey de Prusia empezaba a ser peligrosa, por el miedo maligno con que montaba la guardia en las fronteras. En un vapor del Rin fueron confiscados cien ejemplares y cerca de Bergzabern, en la frontera franco-palatina, más de doscientos; dada la tirada relativamente pequeña de la revista, eran dos reveses bastante sensibles.

Sabido es que los rozamientos interiores suelen agudizarse y complicarse cuando a ellos se unen las dificultades externas. Según la referencia de Ruge, fueron éstas las que aceleraron, e incluso provocaron, su ruptura con Marx. Y es posible que haya algo de verdad en ello, ya que Marx, en cuestiones de dinero, era de una indiferencia soberana, mientras que Ruge se caracterizaba por su recelo de tendero. No tuvo reparo en aplicar al sueldo que a Marx se le había señalado el sistema del «truck», pagándole en ejemplares de la revista; en cambio, se indignó ante la pretendida sugestión de aventurar su fortuna en la continuación de la empresa, ignorando como ignoraba todo lo referente al negocio editorial. No creemos que Marx hubiese apuntado a Ruge esta sugestión, que él se hizo a sí mismo, imponiéndosela como deber, en una situación parecida. Le hablaría, seguramente, de no lanzar la carabina al desván por un primer fracaso, y Ruge, que ya había montado en cólera ante la pretensión de que contribuyese con unos cuantos francos a la impresión de los trabajos de Weitling, ventearía en ello un atentado peligroso contra su bolsa.

Además, el propio Ruge deja entrever las verdaderas causas de la ruptura, diciendo que fué directamente provocada por una disputa en que se empeñaron acerca de Herwegh, a quien él, «con demasiada violencia acaso», había llamado «miserable», mientras que Marx insistía en augurarle un «gran porvenir». En el fondo del asunto, fué Ruge y no Marx quien acertó: Herwegh no tuvo ningún «gran porvenir», y la



vida que ya entonces hacía en París parece que era, en efecto, bastante dudosa; el propio Heine la fustigaba duramente, y Ruge conviene en que Marx no estaba tampoco satisfecho de ella. No obstante, el cordialísimo error honra al «mordaz» y «avinagrado» Marx, más que al «honorable» y «noble» Ruge, que no debía jactarse tanto de su instinto para las cosas malas. Aquél ponía todas sus esperanzas en el poeta revolucionario; éste no veía, cuando juzgaba a las personas, más que al burgués intachable.

Y esta era, en realidad, la raíz profunda de aquel accidente insignificante que separó para siempre a los dos amigos. La ruptura no tuvo, para Marx, la importancia objetiva, de principio, que habían de tener, por ejemplo, andando el tiempo, sus rompimientos con Bruno Bauer o con Proudhon. Como revolucionario, refrenaría durante mucho tiempo, seguramente, su indignación contra Ruge, hasta que la disputa sobre Herwegh, suponiendo que se desarrollase tal y como Ruge la pinta, vino a colmar su irritación.

El que quiera conocer a Ruge en el aspecto mejor de su personalidad debe leer las Memorias publicadas por él veinte años después de esto. Sus cuatro volúmenes llegan hasta la muerte de los «Anales alemanes», época en que la vida de Ruge cobra el prestigio de una vida modelo para aquella avanzada literaria de maestros de escuela y estudiantes que abogaban por una burguesía alimentada de pequeñas granjerías y grandes ilusiones. Estas Memorias encierran una muchedumbre de graciosos cuadros costumbristas tomados de la infancia del autor, que hubo de desarrollarse en la tierra llana de Rügen y en la baja Pomerania, y nos dan una imagen viviente de aquella época de lozano movimiento juvenil y de batida contra la demagogia, sin igual en la literatura alemana. La desgracia de este libro fué haber aparecido en un momento en que la burguesía de Alemania se despedía de sus grandes ilusiones, para dedicarse a las grandes granjerías; esto hizo que las Memorias de Ruge pasasen casi desapercibidas, al tiempo que otro libro semejante, pero mucho más mediocre, histórica y literariamente, el libro de Reuter, desencadenaba una verdadera tempestad de aplausos. Ruge había sido verdadero miembro del movimiento de juventudes, con el que Reuter no había llegado nunca a identificarse; pero a la burguesía, que ya por entonces coqueteaba con las bayonetas prusianas, le hacía gracia el «aúreo humorismo» con que Reuter tomaba a chacota los desafueros infames de la batida contra los demagogos; mucha más gracia que aquel «humorismo desvergonzado» con que Ruge, según la frase acerba de Freiligrath, escribía que a él no le habían metido en el bolsillo los canallas y que los muros de la prisión le habían hecho libre.

Pero precisamente leyendo las plásticas páginas de Ruge comprende

uno, con una gran claridad, que el liberalismo anterior a marzo no era, pese a todas sus frases, más que pura farsa y que sus portavoces eran todos, y seguirían siendo mientras viviesen, unos consumados filisteos. Ruge era, de todos ellos, el que poseía más carácter, y, dentro de sus trabas ideológicas, no puede negarse que luchó valerosamente. Sin embargo, aquel mismo carácter fué el que reveló su verdadera personalidad, tan pronto como en París le salieron al paso los grandes contrastes de la vida moderna.

Y si con el socialismo había podido avenirse, viendo en él un juego de humanistas filósofos, el comunismo de los artesanos de París le infundió el terror pánico del buen burgués que no ve en peligro su pellejo precisamente, sino su bolsa. Olvidándose de que en los «Anales franco-alemanes» había extendido el certificado de defunción de la filosofía de Hegel, aún no hacía un año, saludaba ahora la aparición del libro de Stirner, el brote más maniático de aquella filosofía, viendo en ella la obra que venía a pulverizar la obra del comunismo, la más necia de todas las necedades, el nuevo cristianismo predicado por los simples, cuyo ideal era un miserable redil.

Entre Marx y Ruge se habían partido los manteles para siempre.

2. Lejana perspectiva filosófica.

Después de esto, los «Anales franco-alemanes» eran ya una criatura muerta. Si sus dos directores no podían seguir juntos mucho tiempo, poco importaba el cuándo y el cómo se separasen; más aún, cuanto antes sobreviniese la ruptura, mejor. Bastaba con que Marx, en ellos, hubiese dado un gran paso hacia adelante, con su «conciencia crítica».

Marx publicó en la revista dos artículos: la Introducción a una Crítica de la Filosofía del Derecho en Hegel, y un comentario a dos trabajos de Bruno Bauer sobre la Cuestión judía. A pesar de la gran diferencia de tema, estos dos artículos guardan entre sí, por su contenido de ideas, una gran afinidad. Algún tiempo después, Marx había de resumir su crítica de la filosofía jurídica hegeliana diciendo que la clave para la inteligencia del proceso histórico no había que buscarla en el Estado, que tanto ensalzaba Hegel, sino en la sociedad, que él tanto desdeñaba; pues bien, este tema aparece tratado más a fondo en el segundo artículo que en el primero.

Bajo otro punto de vista, estos dos artículos guardan entre sí una relación de medio a fin. El primero nos da un resumen filosófico de la lucha proletaria de clases; el segundo un resumen filosófico de la sociedad socialista. Pero ni uno ni otro surgen como pistoletazos, sino



que ambos revelan, con una rigurosa disciplina lógica, el proceso mental de su autor. El primero entronca directamente con Feuerbach, de quien dice que ha apurado sustancialmente la crítica de la religión, condición previa de toda crítica. Es el hombre quien hace la religión, no la religión la que hace al hombre. Pero el hombre—apunta Marx—no es ningún ser abstracto, que flote fuera del mundo. El hombre es el mundo de los hombres, el Estado, la sociedad, que hacen brotar la religión como una conciencia invertida del mundo, porque también ellos son un mundo al revés. Luchar contra la religión es por tanto, indirectamente, luchar contra este mundo de que la religión es el aroma espiritual. Y surge así como misión de la historia establecer la verdad del más acá, después de borrado el más allá de la verdad. Por donde la crítica del cielo se convierte en la crítica de la tierra, la crítica de la religión en la crítica del derecho y la crítica de la teología en la crítica de la política.

Mas en Alemania—prosigue Marx—esta misión histórica sólo puede cumplirla la filosofía. Si negamos la situación alemana de 1843, apenas habremos llegado, contando por la era francesa, al año 1789, ni mucho menos al foco de la época actual. Sometiendo a crítica la realidad político-social moderna, se ve que queda al margen de la realidad alemana; aplicada a ésta, no captaría su objeto. Para probar sobre un ejemplo que la historia alemana, semejante en esto a un recluta torpe, no había tenido hasta entonces otra misión que repetir los movimientos de sus instructores, Marx pára su atención sobre uno de los «problemas capitales de los tiempos modernos», el de las relaciones entre la industria y el mundo todo de la riqueza con el mundo político.

Este problema ocupa a los alemanes, bajo la forma de los aranceles aduaneros, el sistema prohibitivo, la economía nacional. Alemania empieza por donde Francia e Inglaterra acaban. El estado de cosas añejo y putrefacto contra el que estos países se revuelven teóricamente y que sólo soportan como se soportan las cadenas, es saludado en Alemania como la aurora de un risueño porvenir. Mientras que en Francia y en Inglaterra el problema es: economía política, o sea, predominio de la sociedad sobre la riqueza, en Alemania se plantea así: economía nacional, es decir, predominio de la propiedad privada sobre la nación. Inglaterra y Francia pugnan por desatar el nudo: Alemania aspira a apretarlo.

Pero los alemanes, ya que no vivan históricamente en la actualidad, moran filosóficamente en ella. La crítica de la filosofía alemana del derecho y del Estado, que ha tenido en Hegel su más consecuente encarnación, la sitúa en el foco de sus problemas más candentes. Marx adopta aquí una actitud resuelta ante las dos corrientes que habían discurrido paralelas en la «Gaceta del Rin» y ante Feuerbach. Este había arrinco-

nado la filosofía como hierro viejo; Marx dice que si se quiere cultivar los gérmenes reales de vida, no debe olvidarse que el verdadero germen de vida del pueblo alemán ha residido siempre en su cerebro. Y a los «caballeros del algodón y héroes del hierro» les dice: tenéis razón en querer extirpar la filosofía, pero no podréis extirparla sino realizándola. Para contestar a su viejo amigo Bauer y a cuantos le siguen, no tiene más que invertir los términos: hacen bien en querer realizar la filosofía, pero sólo podrán realizarla extirpándola.

La crítica de la filosofía del derecho plantea problemas para cuya solución no hay más que un medio: la práctica. ¿Cómo puede Alemania llegar a una práctica que esté a la altura del principio, es decir, a una revolución por medio de la cual no sólo se vea elevada al nivel de los pueblos modernos, sino a la altura humana que estos pueblos se habrán de proponer como cercano porvenir? ¿Cómo puede, dando un salto mortal, dejar atrás, no sólo sus murallas, sino también las murallas de los pueblos modernos, que ahora, vistas desde la realidad, le tienen que parecer una liberación de las que a ella la ciñen?

El arma de la crítica no puede, naturalmente, suplantar la crítica de las armas; el poder material sólo puede derrocarse con otro poder material, pero también la teoría se convierte en fuerza efectiva en cuanto se adueña de las masas, y se adueña de las masas tan pronto como se hace radical. Sin embargo, una revolución radical necesita de un elemento pasivo, de una base material; en los pueblos, la teoría no se ha realizado nunca más que en la medida en que da realización a sus necesidades. No basta que la idea clame por realizarse; es necesario que la realidad misma clame por la idea. Y precisamente por aquí es por donde parece quebrarse Alemania, donde las distintas esferas no se enfrentan unas con otras dramáticamente, sino épicamente, donde hasta la propia satisfaccion moral de la clase media no descansa más que en la conciencia de ser la representante general de la mediocridad burguesa de todas las demás clases, donde no hay una sola esfera, dentro de la sociedad burguesa, que no haya sufrido una derrota antes de haber tenido tiempo a festejar la victoria, que no revele su mezquindad antes de haber tenido tiempo a revelar su grandeza; y así, no hay en todo el país una sola clase que, antes de entablar luchas con la clase que está por encima de ella, no se vea arrastrada a la lucha con la que queda por debajo.

Pero esto no demostraba que en Alemania fuese imposible la revolución radical, la revolución general humana, sino que lo era la revolución a medias, la meramente política, aquella que deja en pie las columnas del edificio. Era imposible, porque en este país no se daban las condiciones previas de que esos movimientos necesitan: de un lado, una clase que, arrancando de su situación concreta, emprenda la eman-

cipación general de la sociedad y libere a la sociedad en conjunto, aunque sólo sea bajo el supuesto de que la sociedad toda se encuentre en la situación que hoy es específica de esta clase, poseyendo, por ejemplo, dinero o cultura, o pudiendo adquirirlo cuando se le antoje; de otro lado, una clase en que se concentran todas las faltas de la sociedad, una esfera social específica que necesariamente tiene que ser considerada como el crimen notorio de la sociedad toda, de tal modo que la liberación de esta esfera se identifique con la propia liberación de cuantos componen la sociedad. La significación general-negativa de la nobleza y de la clerecía francesas condicionaba la significación general-positiva de la burguesía, entonces rebelde y al margen.

De la imposibilidad de la revolución a medias infiere Marx la «posibilidad positiva» de la revolución radical. Y preguntándose en qué reside esta posibilidad, contesta: «En la formación de una clase cargada de cadenas radicales, de una clase de la sociedad burguesa que no es clase alguna de la sociedad burguesa, de un estamento que implica la disolución de todos los estamentos, de una esfera a quien sus sufrimientos universales prestan un carácter universal y que no puede reivindicar para sí ningún derecho aparte, porque el desafuero que contra ella se comete no es ningún desafuero específico, sino la injusticia por antonomasia; que no puede invocar ningún título histórico, sino solamente el título humano; que no es parcialmente incompatible con las consecuencias, sino totalmente incompatible con los fundamentos del Estado alemán; de una esfera, en fin, que no puede emanciparse sin emanciparse de todas las demás esferas de la sociedad, emancipándolas al mismo tiempo a ellas; que representando, en una palabra, la total pérdida del hombre, sólo puede volver a encontrarse a sí misma encontrando de nuevo totalmente al hombre perdido. Esta disolución de la sociedad es el proletariado.» En Alemania, el proletariado empieza a formarse con el naciente movimiento industrial, pues esta clase no se alimenta de la miseria natural y espontánea, sino de la pobreza artificialmente producida; no es la masa humana oprimida mecánicamente por la gravitación de la sociedad, sino la que brota de su disolución aguda, y muy principalmente de la disolución de la clase media, si bien paulatinamente van formando también en sus filas, como es natural, la miseria espontánea y primitiva y la servidumbre cristiano-germana de la gleba.

Si la fisonomía encuentra en el proletariado sus armas materiales, al proletariado le brinda la filosofía las armas espirituales, y tan pronto como el rayo de la idea haya prendido bien en este candoroso suelo popular, sonará la hora de la emancipación de los alemanes como hombres. La emancipación del alemán es la emancipación del hombre. La filosofía no podrá realizarse sin la extirpación del proletariado, ni el

proletariado se extirpará sin hacer realidad la filosofía. Cuando todas estas condiciones internas se hayan cumplido, el gallo galo cantará la aurora de la resurrección alemana.

Por su forma y su contenido, este artículo se destaca sobre los primeros de cuantos se han conservado, entre los trabajos de la juventud de Marx; el seco esbozo que dejamos hecho de sus ideas capitales no puede dar ni siquiera una remota idea de la riqueza rebosante de pensamientos que expresa y domeña con su forma epigramática y concisa. Los profesores alemanes que no veían allí más que un estilo grotesco y un increíble mal gusto, limitábanse, con ello, a poner al desnudo, impúdicamente, su propio estilo grotesco y su mal gusto lamentable. También Ruge encontraba los «epigramas» de este artículo «demasiado artificiosos» y censuraba aquel estilo «informe y superforme», pero por debajo de él veía acusarse un gran «talento crítico», aunque «a veces degenerase en dialéctica un tanto petulante». El juicio no va del todo descaminado. No puede negarse que, en sus años jóvenes, Marx se complacía a veces en oir resonar sus armas recias y aceradas. Es natural, la petulancia es una de las notas de todo genio juvenil.

Por ahora, no es más que una perspectiva filosófica lejana, la que este artículo descubre en el porvenir. Andando el tiempo, Marx había de demostrar con insuperable fuerza lógica, como nadie, que ninguna nación podía remontar de un salto mortal las etapas necesarias de su proceso histórico. Pero estos esbozos primerizos salidos de sus manos no puede decirse que sean falsos: son sencillamente vagos, desdibujados. Y aunque en detalle las cosas se hayan desarrollado de otro modo, en conjunto no han hecho más que confirmar la verdad de su previsión. Esta verdad aparece atestiguada, a la par, por la historia de la burguesía y la del proletariado.

3. Sobre la cuestión judía.

El segundo artículo publicado por Marx en los «Anales franco-alemanes», aunque no tan cautivador en la forma, casi supera incluso al otro, en lo tocante al talento de análisis crítico. En él, investiga la diferencia entre la emancipación humana y la emancipación política, tomando por base dos estudios de Bruno Bauer sobre la cuestión judía.

Este problema no había caído todavía, por entonces, en las simas del antisemitismo y filosemitismo de mesa de café en que hoy se debate. Una clase de la población, cuya pujanza como titular principalísima del capital comercial y usurario crecía de día en día, veíase despojada, por razones religiosas, de todos los derechos civiles, salvo de

aquellos que a título de privilegio se le otorgaban para el ejercicio de la usura. El más famoso representante del «despotismo ilustrado», el filósofo de Sanssouci, dió el edificante ejemplo, confiriendo la «libertad de banqueros cristianos» a los judíos adinerados que le ayudaban a fabricar moneda falsa y a realizar otras operaciones financieras bastante sospechosas; en cambio, a un filósofo como Moses Mendelssohn, le toleraba, aunque a duras penas, en sus Estados, y no precisamente porque fuese un filósofo que se esforzaba en introducir a su nación en la vida espiritual alemana, sino porque desempeñaba el cargo de tenedor de libros de uno de aquellos judíos palatinos privilegiados. Si el banquero le despedía, el filósofo quedaba proscrito.

Tampoco los racionalistas burgueses—con contadas excepciones—se escandalizaban mayormente viendo fuera de la ley por motivos religiosos a toda una clase de la población. La fe israelita les repelía como modelo de intransigencia religiosa, de la que el cristianismo había aprendido su oficio de «corretaje humano». Y los judíos, por su parte, no demostraban mayor interés por el racionalismo. Se regocijaban viendo a los racionalistas hundir el escalpelo crítico en el cuerpo de la religión cristiana, por ellos tan aborrecida, pero cuando le llegaba el turno a la religión judía, ponían el grito en el cielo, clamando traición contra la humanidad. Y reclamaban la emancipación política de los judíos, pero no en un sentido de equiparación de derechos, ni con la intención de renunciar a su posición privilegiada, sino, antes al contrario, atentos a reforzarla y dispuestos en todo momento a sacrificar los principios liberales en cuanto éstos se opusieran a sus intereses de casta.

La crítica religiosa de los neohegelianos habíase hecho extensiva, naturalmente, al judaísmo, en el que ellos veían la avanzada del cristianismo. Feuerbach había analizado la fe judía como la religión del egoísmo. «Los judíos se han mantenido con su fisonomía característica hasta los tiempos actuales. Su principio, su Dios, es el principio más práctico del mundo: el egoísmo bajo forma de religión. El egoísmo aglutina, concentra al hombre sobre sí mismo, pero le hace teóricamente limitado, imbuyéndole indiferencia hacia cuanto no toca directamente a su propio bienestar.» De modo semejante se expresaba también Bruno Bauer, quien reprochaba a los judíos el haber anidado en los resquicios y juntas de la sociedad burguesa para explotar sus elementos inseguros, semejante en esto a los dioses de Epicuro, que moraban en espacios intermedios del mundo, libres de todo trabajo concreto. La religión judía—proseguía Bauer—era toda ella astucia animal para satisfacer las necesidades de los sentidos; y acusaba a los judíos de haberse opuesto desde el primer momento al progreso histórico, creándose, en su odio a todos los pueblos, la más aventurera y mezquina de las vidas nacionales.

Pero, a diferencia de Feuerbach, que pretendía explicar la esencia de la religión judaica por el carácter del pueblo judío, Bauer, a pesar de toda la hondura, la audacia y la agudeza que Marx elogiaba en sus estudios sobre la cuestión judía, no acertaba a enfocarla más que a través del cristal teológico. Los judíos, decía, sólo podrán remontarse a la libertad, igual que los cristianos, superando su religión. El Estado cristiano no podía, por su carácter religioso, emancipar a los judíos, ni éstos podían tampoco, por su carácter religioso, mientras no cambiasen, ser emancipados. Cristianos y judíos tenían que dejar de ser lo que eran por su religión, cristianos y judíos, para convertirse en hombres libres. Y como el judaísmo, en cuanto religión, había sido superado por el cristianismo, el judío tenía que recorrer un camino más largo y espinoso que el cristianismo para llegar a la libertad. A juicio de Bauer, los judíos no tenían más remedio que someterse a la disciplina del cristianismo y de la filosofía hegeliana, si querían llegar a ser libres.

Marx, por su parte, replicaba que no era suficiente investigar quién había de ser el emancipador y quién el emancipado, sino que la crítica debía indagar de qué clase de emancipación se trataba, si de la emancipación política meramente o de la emancipación humana. Había Estados en que los judíos vivían emancipados políticamente, en el mismo plano de los cristianos, sin que por ello estuviesen humanamente emancipados. Tenía, pues, que mediar alguna diferencia entre la emancipación política y la humana.

La sustancia de la emancipación política—proseguía—era el Estado moderno, en su fase más acabada, el Estado cristiano perfecto, pues el Estado cristiano-germano, el Estado de los privilegios, no era más que un Estado imperfecto, teológico todavía, sin la pureza política de aquél. Ahora bien: el Estado político en su fase más acabada no exigía de los judíos la abjuración del judaísmo, como no exigía de hombre alguno el abandono de su religión; este Estado había emancipado a los judíos y no tenía más remedio, por su propia esencia, que emanciparlos. Allí donde la Constitución del Estado proclama el ejercicio de los derechos políticos independiente del credo religioso, nos encontramos, al mismo tiempo, con que los hombres sin religión son considerados al margen del decoro. Eso quiere decir que la existencia de la religión contradice a la realización acabada del Estado. Emancipar políticamente al judío, al cristiano, al hombre religioso en general, equivale a emancipar al Estado del judaísmo, del cristianismo, de la religión en general. El Estado puede liberarse de esa traba sin que el hombre, como tal, se vea libre de ella, y esto es precisamente lo que traza sus fronteras a la emancipación política.

Marx sigue devanando esta idea. El Estado, como tal Estado, niega



la propiedad privada: el hombre proclama, en el terreno político, abolida la propiedad privada, al abolir el requisito de un censo de fortuna para ser elector o elegido, como en muchos Estados norteamericanos libres se ha hecho. El Estado proclama abolidas las diferencias de nacimiento, de profesión, de cultura, de ocupación, y lo hace a su modo, proclamándolas como diferencias no políticas, y llamando a cuantos forman el pueblo, sin atender a ninguna de esas diferencias, a participar por igual de la soberanía. Mas esto no quiere decir que el Estado no deje subsistir la propiedad privada, la cultura, la ocupación a su modo; es decir, como propiedad privada, como cultura, como ocupación, permitiéndoles que sigan viviendo y manifestándose con su carácter peculiar. Muy lejos de abolir estas diferencias de hecho, el Estado existe gracias a ellas, aunque sólo se sienta y se crea Estado político y aunque proclame su carácter de generalidad en oposición a esos elementos que lo integran. El Estado político acabado y perfecto es, por su esencia, la vida genérica de la humanidad, por contraposición a su vida material. Pero todos los elementos que condicionan esta vida egoísta siguen bullendo al margen del Estado y de su esfera en la sociedad burguesa como otras tantas cualidades y características de esta sociedad. La relación que guardan entre sí el Estado político y sus elementos condicionantes, ya sean éstos de carácter material, como la propiedad privada, o de índole espiritual, como la religión, es la pugna entre el interés general y el interés privado. El conflicto del hombre como creyente de una determinada religión y como ciudadano de un Estado, el conflicto entre la religión que profesa y su ciudadanía y los demás hombres como miembros de la comunidad, se reduce, en último término, al divorcio entre el Estado político y la sociedad burguesa.

La sociedad burguesa es la base del Estado moderno, como la esclavitud era la base del Estado antiguo. El Estado moderno reconoce esta genealogía al proclamar los derechos del hombre, que al judío le competen, lo mismo que le compete el goce de los derechos políticos. Los derechos del hombre reconocen y sancionan al individuo egoísta de la sociedad burguesa y la dinámica desenfrenada de los elementos espirituales y materiales que forman su contenido vital en la actual situación, el contenido de la vida burguesa actual. No emancipan al hombre de la religión, sino que le confieren la libertad religiosa; no le emancipan de la propiedad, sino que le confieren la libertad de ser propietario; no le emancipan de la infamia de la ganancia, sino que le confieren la libertad industrial. La revolución política ha creado la sociedad burguesa, reduciendo a escombros el abigarrado régimen feudal, todos aquellos estamentos, gremios y corporaciones que eran otras tantas expresiones del divorcio que mediaba entre el pueblo y su



colectividad; creó el Estado político como incumbencia general, el verdadero Estado.

Marx se resume así: «La emancipación política es la reducción del hombre, de una parte, a miembro de la sociedad burguesa, a individuo egoísta e independiente; de otra parte, su reducción a ciudadano del Estado, a persona moral. Sólo cuando el hombre individual y verdadero absorba en sí al ciudadano abstracto del Estado, para tornarse en ser genérico como tal hombre individual, con su vida empírica, su trabajo individual y sus condiciones individuales; sólo cuando el hombre haya reconocido y organizado sus fuerzas propias como fuerzas sociales, sin que, por tanto, separe ya de su persona la fuerza social bajo forma de fuerza política, sólo entonces, podremos decir que la emancipación humana se ha consumado.»

Quedaba aún examinar la afirmación de que el cristiano era más susceptible de ser emancipado que el judío, afirmación que Bauer había pretendido explicar por las características de la religión judaica. Marx arranca de Feuerbach, quien había interpretado la religión semita por el carácter judío, y no a la inversa. Pero supera incluso a Feuerbach, al indagar el elemento social específico que se refleja en la religión judaica. ¿Cuál es, se pregunta, la razón secular del judaísmo? Es, contesta, la necesidad práctica, el provecho propio. ¿Cuál es el culto secular del judío? La granjería. ¿Cuál su Dios terrenal? El dinero. «Ahora bien, la emancipación de la granjería y del dinero, es decir, del judaísmo práctico y real, sería la propia emancipación de nuestra época. Una organización social que suprimiese las condiciones que informan la granjería, es decir, la posibilidad de la granjería misma, haría imposible al judío. Su conciencia religiosa se evaporaría como una nube en la atmósfera real de la sociedad. Por otra parte, si el judío reconoce como nulo este modo suyo práctico de ser y labora por cancelarlo, trabajará, arrancándose a su anterior desarrollo, por la emancipación humana pura y simplemente, volviéndose contra la suprema expresión práctica de la humana degradación.» Marx reconoce en el judaísmo un elemento general, presente, antisocial, exaltado hasta el grado que hoy presenta y en el que necesariamente se disolverá, por la evolución histórica, a la que tan celosamente han contribuído, en este deplorable respecto, los propios judíos.

Con este artículo, Marx consiguió dos cosas. En primer término, poner al desnudo las raíces de las relaciones entre la sociedad y el Estado. El Estado no es, como pretendía Hegel, la realidad de la idea moral, la razón absoluta y el absoluto fin en sí, sino que tiene que contentarse con el papel, mucho más modesto, de amparar la anarquía de la sociedad burguesa, que le erige en guardián suyo: la lucha general de unos hombres contra otros, de unos individuos contra otros individuos,



la guerra de todos los individuos, destacados unos frente a otros por su sola individualidad, la dinámica general y desenfrenada de las fuerzas vitales elementales desencadenadas de las trabas del feudalismo, la esclavitud efectiva del individuo, encubierta bajo su libertad e independencia aparente, de ese individuo de la sociedad burguesa que toma por su libertad personal aquella dinámica desenfrenada de sus elementos vitales sueltos, la propiedad, la industria, la religión, cuando en realidad es su inhumanidad y su esclavitud más refinada.

En segundo término, Marx descubre que las cuestiones religiosas del día no tienen, en el fondo, más que una significación social. Para indagar el desarrollo del judaísmo, no acude a la teoría religiosa, sino a la práctica industrial y comercial, de que la religión judía es, a su juicio, un reflejo imaginativo. El judaísmo práctico no es más que la consumación del mundo cristiano. En una sociedad burguesa comercial y judaizada como la nuestra, el judío tiene un puesto de derecho propio y puede reclamar la emancipación política, como el goce de los derechos generales del hombre. Pero la emancipación humana implica una nueva organización de las fuerzas sociales, que haga al hombre dueño y señor de sus fuentes de vida; en trazos borrosos, empieza a dibujarse ya, en este artículo, la imagen de la colectividad socialista.

En los «Anales franco-alemanes», Marx sigue sembrando todavía en tierra filosófica, pero en los surcos que abre su arado crítico germina ya la simiente de una concepción materialista de la historia que pronto, bajo el sol de la civilización francesa, va a ser fruto sazonado.

4. Civilización francesa.

Dado el modo como trabajaba Marx, es muy probable que los dos artículos sobre la filosofía del derecho en Hegel y la cuestión judía los hubiese esbozado ya en Alemania, durante los primeros meses de su feliz matrimonio. Pero en ellos se ve ya una cierta preocupación por la Gran revolución francesa, lo cual parece indicar que Marx se lanzó al estudio de su historia tan pronto como su estancia en París le permitió ponerse en contacto con sus fuentes, a la vez que con las fuentes que informan su historia preliminar, el materialismo francés, y su historia posterior, el socialismo.

París podía jactarse, a la sazón, pues tenía títulos para ello, de ir a la cabeza de la civilización burguesa. En la revolución de julio de 1830, la burguesía francesa, tras una serie de ilusiones y catástrofes que trascienden a la historia universal, consolida por fin las conquistas de la gran revolución de 1789. Sus talentos se desperezan placenteramente,

pero aún no está vencida, ni mucho menos, la resistencia de los viejos poderes, cuando se alzan en el horizante otros nuevos, y se entabla, en incesante vaivén, una lucha de espíritus sin precedente en ningún otro país de Europa, y mucho menos, naturalmente, en Alemania, donde reina un silencio de tumba.

Marx se lanza a este oleaje, de que su espíritu saldrá acerado, a pecho descubierto. No en son de alabanza precisamente, lo cual refuerza la virtud probatoria, escribía Ruge a Feuerbach, en mayo de 1844, que Marx leía mucho y trabajaba con una intensidad extraordinaria, pero sin acabar nada, dejándolo todo empezado y debatiéndose sin cesar en un mar de libros. Y añade que está en un estado de irritación y violencia, sobre todo cuando ha trabajado hasta enfermar, pasando tres y hasta cuatro noches seguidas sin acostarse. Ha vuelto a abandonar la crítica de la filosofía hegeliana y se propone aprovechar la estancia en París, cosa que Ruge encuentra muy acertada, para escribir una historia de la Convención, para la que tiene reunidos los materiales y concebidos una serie de puntos de vista muy interesantes.

Marx no llegó a escribir la historia de la Convención, lo cual no quita crédito, sino que más bien se lo da, a las noticias de Ruge. Cuanto más ahondaba Marx en la historia de la revolución de 1789, más movido tenía que sentirse a renunciar a la crítica de la filosofía hegeliana como clave para explicarse profundamente las luchas y las aspiraciones de aquellos tiempos, y tanto menos podía reducirse a la historia de la Convención que, aun representando un máximum de energía política, de poder político y de inteligencia política, se había demostrado impotente para poner coto a la anarquía social.

Fuera de las exiguas noticias de Ruge, no poseemos, desdichadamente, testimonio alguno que nos permita seguir en detalle la marcha de los estudios acometidos por Marx durante la primavera y el verano del año 1894. Pero a grandes rasgos, no es difícil decir el curso que siguieron las cosas. El estudio de la Revolución francesa puso a Marx en contacto con aquella literatura histórica del «tercer estado» que había brotado bajo la restauración borbónica, cultivada por grandes talentos, y que se remontaba a investigar la existencia histórica de su clase hasta el siglo XI, presentando la historia de Francia desde la Edad Media como una serie no interrumpida de luchas de clases. A estos historiadores—entre los cuales menciona a Guizot y a Thierry—debía Marx el conocimiento del carácter histórico de las clases y de sus luchas, cuya anatomía económica le habían de revelar luego los economistas burgueses, y principalmente Ricardo. Marx protestó siempre contra el hecho de que se le atribuyera a él el descubrimiento de la teoría de la lucha de clases; lo que reivindicaba para sí era, pura y simplemente, el haber demostrado que la existencia de las clases va apa-



rejada a determinadas luchas históricas que informan el desarrollo de la producción, poniendo en claro que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado y que esta dictadura no representa más que el tránsito a la abolición total de las clases y a la instauración de una sociedad sin clases. Estas ideas fueron formándose en Marx durante su destierro en París.

El arma más brillante y más afilada que el «tercer estado» esgrimía contra las clases gobernantes en el siglo XVIII era la filosofía materialista. Marx se aplicó también celosamente a su estudio durante su estancia en París, preocupándose menos de aquella corriente que arrancaba de Descartes y que conducía a las ciencias naturales que de aquella otra que, arrancando de Locke, desembocaba en la ciencia social. Helvetius y Holbach, los que transportaron el materialismo a la vida social, destacando como puntos de vista capitales de su sistema la igualdad natural de las inteligencias humanas, la unidad entre el progreso de la razón y el progreso de la industria, la bondad natural de la humanidad y la omnipotencia de la educación, fueron también los astros que iluminaron los trabajos del joven Marx en París. Este bautizó su doctrina con el nombre de «humanismo real», como había hecho también con la filosofía de Feuerbach; mas el materialismo de Helvetius y Holbach habíase trocado ya en la «base social del comunismo».

El París de aquella época ofrecía una ocasión maravillosa para realizar el propósito, ya anunciado por Marx en la «Gaceta del Rin», de estudiar el comunismo y el socialismo. Aquí, sus miradas se encontraban con un cuadro de una riqueza de ideas y de figuras que casi turbaba. La atmósfera espiritual estaba saturada de gérmenes socialistas, y hasta el *Journal des Débats,* el periódico clásico de la aristocracia financiera gobernante, al que el Gobierno pasaba una lucida subvención anual, no acertaba a sustraerse a esta corriente, aunque se limitase a publicar en su folletón las que podríamos llamar novelas socialistas espectaculares de Eugenio Sué. En el polo contrario estaban los pensadores geniales como Léroux, alumbrados ya por el proletariado. Y entre uno y otro polo se alzaban las ruinas de los saint-simonianos y la secta activísima de los fourieristas, que tenían en Considérant a su caudillo y en la Democracia pacífica su órgano, los socialistas cristianos, tales como el sacerdote católico Lamennais, el antiguo carbonario Buchex, los socialistas pequeñoburgueses como Sismondi, Buret, Pecquer y Vidal, sin olvidar la amena literatura, sobre la que de vez en cuando ciertas obras importantes, como las canciones de Beranger, o las novelas de Jorge Sand, proyectaban luces y sombras socialistas.

Pero lo característico de todos estos sistemas socialistas era que contaban siempre con el buen sentido y la benevolencia de las clases poseedoras, a quienes esperaban poder convencer, por la propaganda

pacífica y las armas de la persuación, de la necesidad de las reformas o transformaciones sociales que predicaban. Y aun cuando todos ellos habían salido de los desengaños de la Gran revolución, aborrecían la senda política que les había llevado a estos desengaños; era menester ayudar a las masas oprimidas, ya que ellas no podían ayudarse a sí mismas. Las sublevaciones obreras de la década del treinta habían fracasado todas, y la verdad era que sus caudillos más resueltos, hombres como Barbes y Blanqui, carecían de toda teoría socialista y de medios prácticos concretos para una revolución social.

Mas esto hacía que el movimiento obrero creciese rapidísimamente; Enrique Heine, con la mirada profética del poeta, expresaba del modo siguiente el problema planteado: «Los comunistas son el único partido de Francia que merece ser tomado en consideración sin reservas. La misma atención reclamaría yo para las ruinas del saint-simonismo, cuyos partidarios viven todavía, escudados bajo los más extraños nombres, y para los fourieristas, que siguen actuando y agitándose afanosamente. Pero a estos hombres honorables no les mueve más que el nombre, la cuestión social como tal cuestión, el concepto tradicional; no les impulsa la necesidad demoniaca, no son los siervos predestinados de que se vale la suprema voluntad universal para realizar sus inmensos designios. Más tarde o más temprano, la familia dispersa de Saint-Simon y todo el estado mayor de los fourieristas se pasarán a las filas cada vez más nutridas de los ejércitos comunistas y, siguiendo el mandato de la áspera necesidad, asumirán el papel de los padres de la Iglesia.» Estas líneas fueron escritas por Heine el 15 de junio de 1843, y aún no había transcurrido el año desde que fueran estampadas, cuando llegaba a París el hombre que, obedeciendo el mandato de la áspera realidad, había de realizar lo que el poeta, en su lenguaje metafórico, esperaba de los saint-simonianos y de los fourieristas.

Aún no había salido de Alemania, seguramente, ni abandonado el terreno filosófico, cuando Marx condenaba la construcción del porvenir y la tendencia a plasmar conclusiones acabadas para todos los tiempos, a plantar banderas dogmáticas, votando también contra el parecer de esos «crasos socialistas» para quienes el ocuparse de cuestiones políticas era incompatible con la dignidad. Recordemos que decía que no bastaba que la idea clamase por hacerse realidad, sino que era necesario que la realidad gritase también por erigirse en idea, y en su doctrina se cumplía esta condición. Desde la represión de la última sublevación obrera en el año 1839, el movimiento obrero y el socialismo comenzaban a converger, partiendo de tres puntos distintos.

El primero era el partido democrático-socialista. Su socialismo no tenía nada de vigoroso, pues el partido se componía de elementos pequeñoburgueses y proletarios, y los tópicos inscritos en sus banderas:



organización del trabajo y derecho al trabajo, eran otras tantas utopías pequeñoburguesas irrealizables dentro de la sociedad capitalista. En ésta, el trabajo se halla organizado como necesariamente tiene que estarlo en semejante tipo de sociedad: como trabajo asalariado que presupone la existencia del capital y que sólo puede abolirse con éste. Lo mismo acontece con el derecho al trabajo, aspiración solamente realizable mediante la propiedad colectiva sobre los instrumentos de trabajo, es decir, con la abolición de la sociedad burguesa, en cuyas raíces se negaban solemnemente a meter el hacha los caudillos de este partido, Luis Blanc, Ledru-Rollin, Fernando Flocon, muy preocupados de no pasar por comunistas ni por socialistas.

Pero, por muy utópicas que fuesen las metas sociales que se proponía, este partido representaba, a pesar de todo, un notable avance, puesto que pisaba la senda política que había de llevar a ellas. Este partido declaraba que toda reforma social sería imposible sin una reforma política, y que la conquista del Poder político era la única palanca que podía salvar a las masas oprimidas. El partido democrático-socialista reclamaba la implantación del sufragio universal, y este postulado encontró vivo eco en el seno del proletariado, que, cansado ya de conspiraciones y golpes de mano, aspiraba a esgrimir armas más eficaces para sus luchas de clases.

Mayores eran las huestes que se congregaban en torno a la bandera del comunismo obrero desplegada por Cabet. Cabet, que había empezado siendo jacobino, se pasó al campo del comunismo por la senda literaria, influído por la utopía de Tomás Moro. Cabet abrazaba esta doctrina abiertamente, con la misma decisión con que el partido democrático-socialista la repudiaba, si bien coincidía con él en cuanto afirmaba que la democracia política era necesaria como etapa de transición. Esto hizo que el viaje a Icaria, donde Cabet intentó delinear la sociedad del mañana, fuese mucho más popular que las geniales fantasías futuristas de Fourier, con las que aquella mezquina concepción no podía ni siquiera compararse.

Finalmente, del seno del propio proletariado empezaron a alzarse algunas voces claras y vibrantes, que denotaban inequívocamente que esta clase empezaba a salir de la tutela. Marx conocía ya a Leroux y a Proudhon, cajistas de imprenta ambos y pertenecientes, por tanto, a la clase obrera, desde los tiempos de la «Gaceta del Rin», donde había prometido estudiar a fondo sus obras. Su interés por estos autores se explica, a mayor abundamiento, sabiendo que ambos pretendían entroncar con la filosofía alemana, aunque incurriendo los dos en grandes errores. De Proudhon nos dice el propio Marx, que se pasaba largas horas, noches enteras a veces, pretendiendo explicarle la filosofía hegeliana. Permanecieron unidos durante algún tiempo, para separarse

en seguida otra vez, pero al morir Proudhon, Marx reconoció de buen grado el gran impulso que su primera actuación había dado al movimiento y que había influído, indudablemente, en él mismo. En la obra primeriza de Proudhon, en la que, renunciando ya a toda utopía, se somete la propiedad privada, considerada como causa de todos los males sociales, a una crítica fundamental y despiadada, veía Marx la primera manifestación científica del proletariado moderno.

Todas estas corrientes encauzaron el movimiento obrero y lo llevaron a fundirse con el socialismo. Pero, además de estar en contradicción unas con otras, todas incurrían en nuevas contradicciones consigo mismas, cosa natural ya que estaban dando los primeros pasos. A Marx, lo que más le interesaba, después del estudio del socialismo, era el estudio del proletariado. En julio de 1844, Ruge escribe a un amigo común de Alemania: «Marx se ha lanzado al comunismo alemán que bulle aquí; socialmente se entiende, pues mal podría encontrar nada interesante políticamente en estos tristes manejos. Una herida tan leve como la que aquí puedan inferirle estos aprendices y artesanos, que además no pasan de media docena, bien puede Alemania resistirla sin necesidad de tratamiento.» Pronto había de ver Ruge por qué Marx tomaba tan en serio «los manejos» de aquella «media docena de aprendices».

5. El «Vorwaerts» y la expulsión.

Acerca de la vida personal de Marx en el destierro de París no poseemos grandes datos. Allí tuvieron el primer niño, una hija, y su mujer hizo un viaje para ver a su familia y presentársela. Marx seguía manteniendo el antiguo trato con los amigos de Colonia, quienes contribuyeron con una ofrenda de mil tálers a que este año fuese tan fecundo para él.

Marx mantenía estrechas relaciones con Enrique Heine y contribuyó en su parte a que el año 1844 representase un punto de apogeo en la vida del poeta. El fué quien le ayudó a sacar de la pila bautismal el «Cuento de Invierno» y la «Canción de los tejedores», así como las sátiras inmortales contra los déspotas de Alemania. Su trato con el poeta no fué largo, pero le guardó siempre fidelidad, a pesar de que los clamores escandalizados de los filisteos acerca de Heine eran todavía más fuertes que los que provocaba Herwegh; Marx calló incluso, generosamente, cuando el poeta, en su lecho de muerte, le invocó de testigo falso para justificar la inocencia de la pensión anual que le había estado pasando el gobierno de Guizot. Marx, que de muchacho había soñado en vano con ceñir a su cabeza el laurel de la poesía, guardó siempre



una viva simpatía por el gremio de los poetas y una gran indulgencia para sus pequeñas debilidades. Entendía que los poetas eran seres raros a quienes había que dejar marchar libremente por la vida, y que no se les podía medir por el rasero de los otros hombres; no había más remedio que mimarlos un poco, si se quería que cantasen; con ellos, no valían las críticas severas.

Pero en Heine, Marx no veía sólo al poeta, sino que veía también al luchador. En la polémica entre Börne y Heine, que había acabado por ser, en aquellos días, una especie de piedra de toque de los espíritus, tomó resueltamente partido por el segundo. Decía que el trato necio que se le había dado a la obra de Heine sobre Börne por los asnos cristiano-germanos no tenía precedente en ninguna otra época de la literatura alemana, con haber abundado en todas aquella fauna. A Marx no le desvió jamás de su camino el clamor que se alzaba contra la pretendida traición del poeta y que llegó a contagiar hasta a hombres como Engels y Lassalle, aunque fuese en su temprana juventud. «Nosotros no necesitamos de muchos signos para comprendernos», escribía Heine a Marx en una ocasión, disculpando «los enredosos garabatos de su escritura», pero la frase tenía un sentido más profundo que aquel en que se empleaba.

Marx estaba todavía sentado en los bancos de la escuela cuando Heine descubría ya, en el año 1834, que el «sentido liberal» de nuestra literatura clásica se revelaba «mucho menos entre los eruditos, los poetas y los literatos» que «en la gran masa activa, entre los artesanos y los industriales»; diez años más tarde, viviendo ya Marx en París, descubría que «los proletarios, en su asalto contra lo existente, poseían como caudillos a los espíritus más avanzados, a los grandes filósofos». Para comprender en todo su alcance la libertad y la seguridad de este juicio, hay que saber que, hasta entonces, Heine venía derramando sus sátiras más mordaces sobre aquellos políticos de mesa de café de los conventículos de emigrados, en los que Börne representaba el papel del gran tiranicida. Heine supo comprender el abismo de diferencia que había entre aquellas murmuraciones y la obra de Marx.

Lo que le atraía en Marx era el espíritu de la filosofía alemana y el espíritu del socialismo francés, su repugnancia irreductible contra la poltronería cristiano-germana, aquel falso teutonismo que quería modernizar un poco con sus tópicos radicales el ropaje de la vieja estupidez germánica. Los Massmann y los Venedey, que siguen viviendo en las sátiras de Heine, pisan sobre las huellas de Börne, por mucho que éste descollase sobre ellos en espíritu y en ingenio. Börne carecía de todo sentido para el arte y la filosofía, fiel a su célebre frase de que Goethe había sido un siervo en verso y Hegel un siervo en prosa. Pero no se crea que, al romper con las grandes tradiciones de la historia

alemana, entroncaba por ninguna afinidad espiritual con las nuevas potencias culturales del occidente de Europa. Heine, por su parte, no podía renunciar a Goethe ni a Hegel sin destruirse a sí mismo y se abalanzó sobre el socialismo francés con sediento afán, como sobre una fuente nueva de vida espiritual. Sus obras siguen viviendo, frescas y lozanas, despertando la cólera de los nietos, como en su tiempo despertaran la de los abuelos; en cambio, las obras de Börne han caído en el olvido, y no tanto por el «trotecillo de can» de su estilo como por su tenor.

«No me había imaginado a Börne, a pesar de todo, tan repugnante ni tan mezquino», dice Marx, saliendo al paso de los chismes y murmuraciones que ya hacía correr contra Heine cuando todavía eran amigos, y que los herederos literarios de aquél fueron lo bastante torpes para publicar, arrancándolos al secreto de sus papeles póstumos. Sin embargo, Marx, pese a todo, no hubiera puesto en duda el carácter indiscutiblemente honrado del murmurador si hubiera llegado a escribir acerca de esta polémica, como era su intención. No hay en la vida pública, seguramente, jesuítas mayores que esos radicales ilimitados y apegados a la letra que, embozándose en el delgado manto de sus virtudes, no retroceden ante ninguna sospecha, cuando se trata de poner en duda la honradez de los espíritus más capaces y más libres, a quienes es dado penetrar en las profundas raíces de la vida histórica. Marx estuvo siempre al lado de éstos y nunca junto a aquéllos; conocía a fondo, por propia experiencia, a esa raza cargada de virtudes.

Años más tarde, Marx hablaba de algunos «aristócratas rusos» que le habían llevado en palmitas en París, durante su destierro, aunque añadiendo que no era precisamente para envanecerse. La aristocracia rusa, decía, educábase en las Universidades alemanas y se iba a París a pasar los años de juventud. Por todas partes acechaba afanosamente, buscando los mayores extremismos que podía ofrecerle la civilización occidental, lo cual no era obstáculo para que en cuanto entraban al servicio del Estado se portasen como unos bandoleros. Al decir esto, Marx debía de aludir a un tal conde Tolstoy, agente secreto del gobierno ruso, o a otros pájaros parecidos; no quería aludir, con seguridad, a aquel aristócrata ruso en cuya formación espiritual tanto influyó él por aquellos tiempos: Miguel Bakunin. Este confesó el ascendiente en momentos en que ya sus caminos se habían separado radicalmente; en el pleito entre Marx y Ruge, Bakunin tomó partido resueltamente a favor de Marx y en contra de Ruge, que había sido hasta entonces su protector.

Este pleito volvió a encenderse en el verano de 1844, ahora de un modo público. En París publicábase, desde primero de año, bisemanalmente, el *Vorwaerts,* periódico que no tenía, por cierto, un origen muy



escogido. Lo había creado para sus fines un tal Enrique Börnstein, personaje que se dedicaba a negocios de teatro y de *réclame,* poniendo a contribución una larga propina que había recibido del compositor Meyerbeer; por Heine sabemos cuánta importancia daba a la *réclame* en gran escala, sin duda porque necesitaba de ella, este músico palatino prusiano, tan aficionado a vivir en París. Pero, como buen comerciante que era, el fundador del periódico creyó oportuno tender sobre él una capita patriótica y puso al frente de su dirección a Adalberto von Bornstedt, un antiguo oficial prusiano, a la sazón espía universal, confidente de Metternich y agente a sueldo del Gobierno de Berlín, todo en una pieza. El hecho es que, al aparecer los «Anales franco-alemanes», el *Vorwaerts* los saludó con una salva de insultos, que no sabe uno cómo calificar más acertadamente, si de estúpidos o de repugnantes.

Pero el negocio, a pesar de sus buenas artes, no prosperaba. Para sacar adelante una expeditiva fábrica de traducciones creada por Börnstein, cuya misión era poner a disposición de los teatros alemanes, con una increíble celeridad, las últimas novedades de la escena parisina, no hubo más remedio que buscar el modo de denostar a los jóvenes talentos dramáticos de Alemania, lo cual exigía a su vez, si se quería conseguir lo que se buscaba cerca de los buenos burgueses, ahora en rebeldía, que el periódico balbuciese algo de «progreso moderado», renunciando a los «extremismos» de izquierda y de derecha. En la misma situación de necesidad se encontraba el propio Bornstedt, si no quería alarmar a los círculos de emigrantes, en los que tenía que seguir bullendo con aire sospechoso para poder cobrar su sueldo de confidente. Pero el Gobierno prusiano fué tan ciego, que no comprendió sus propias necesidades, ni los esfuerzos de los que pretendían salvarle, y prohibió la circulación del *Vorwaerts* en sus territorios, medida que transplantaron también a los suyos otros gobiernos alemanes. En vista de esto, Bornstedt renunció, a comienzos de mayo, a seguir representando la comedia, pero no así Börnstein. Este quería sacar adelante sus negocios fuese como fuese, y se dijo, con esa sangre fría del especulador avezado, que ya que el gobierno de Prusia prohibía el periódico, no había más camino que aderezarlo con todas las especias propias de un periódico clandestino, que ya el buen burgués se las arreglaría para recibirlo por debajo de cuerda. Vió, pues, el cielo abierto cuando el exaltado y juvenil Bernay le ofreció un artículo salpimentado y, después de algunas escaramuzas, le encomendó al articulista la dirección literaria del periódico, en la vacante del ex oficial prusiano. A falta de otro periódico, empezaron a colaborar también en él diversos emigrados, pero sin connivencia alguna con la redacción, cada cual bajo su propia y exclusiva responsabilidad.

Entre los primeros que acudieron, estaba Ruge. También éste tuvo,

al principio, unas cuantas escaramuzas, firmadas con su nombre, con Börnstein, en las cuales llegó incluso a defender los artículos publicados por Marx en los «Anales franco-alemanes», como si estuviese plenamente identificado con él. Dos meses después de esto, volvió a publicar otros dos artículos, un par de acotaciones breves acerca de la política prusiana, y un largo artículo lleno de murmuraciones sobre la dinastía de Prusia, en que hablaba del «rey bebedor» y de la «reina coja», de su matrimonio «puramente espiritual», etc.; estos artículos ya no aparecían firmados con su nombre, sino por «un prusiano», lo que podía echar sobre los hombros de Marx su paternidad. Ruge era concejal en Dresde, y así había sido inscrito en la embajada sajona de París; Bernay era bávaro, del palatinado renano, y Börnstein natural de Hamburgo; aunque había vivido mucho en Austria, no había residido jamás en Prusia.

¿Qué fines perseguía Ruge, con aquella firma confusionista puesta al pie de su artículo? No es posible saberlo ya, hoy. Lo cierto es que se había ido despertando en él, como lo revelan sus cartas a sus amigos y parientes, un odio furioso contra Marx, a quien cubría de insultos, tales como un «verdadero miserable», «judío desvergonzado», y otros por el estilo; otro hecho indiscutible es que, dos años más tarde, dirigía una súplica arrepentida al ministro prusiano del Interior, delatando a sus compañeros de destierro en París y echando encima de estos «jóvenes anónimos», a sabiendas de que mentía, los pecados cometidos por él mismo desde el *Vorwaerts*. Mas cabe también, a pesar de todo, que Ruge firmase así sus artículos para dar mayor fuerza y evidencia a sus afirmaciones sobre la política prusiana. En este caso, cometía, por lo menos, una gran ligereza, y se comprende que Marx se apresurase a parar el golpe del pretendido «prusiano».

Lo hizo, naturalmente, de una manera digna de él. Tomando pie de las dos o tres observaciones más o menos objetivas que Ruge había hecho acerca de la política prusiana, despachó todo aquel largo artículo lleno de murmuraciones antidinásticas con esta nota, puesta al pie de su réplica: «Razones especiales me obligan a declarar que el presente artículo es el primero que entrego a las columnas del *Vorwaerts*». Fué el primero y, dicho sea de pasada, el último también.

El problema que en el fondo se debatía era la sublevación de los tejedores silesianos en el año 1844, que Ruge había calificado de suceso sin importancia; habíale faltado, decía, el alma política, y sin alma política no cabía revolución social. Marx replicaba, con razones que ya había expuesto, sustancialmente, en su artículo sobre la cuestión judía. El Poder político no podía curar ningún mal social, por la sencilla razón de que al Estado no le era dado cancelar situaciones de que él mismo era un producto.

Marx se volvía severamente contra el utopismo, afirmando que era una quimera querer realizar el socialismo sin revolución, pero se volvía también, y con no menos rigor, contra el blanquismo, haciendo ver que la inteligencia política engañaba al instinto social cuando le quería hacer avanzar por medio de pequeñas intentonas estériles. Marx explica en este artículo, con concisión epigramática, lo que es la revolución: «toda revolución cancela la vieja sociedad; en este sentido, toda revolución es social. Toda revolución derroca el Poder antiguo, y al hacerlo, toda revolución es política.» No tenía sentido hablar, como Ruge, de una revolución social con alma política; lo racional era exigir una revolución política con alma social. La revolución de por sí—el derrocamiento del Poder existente y la cancelación de las condiciones tradicionales—era un acto político. El socialismo necesitaba de este acto político, en cuanto necesitaba de que lo existente se destruyese y cancelase. Pero allí donde comenzaba su actividad organizadora, donde apuntaba su fin en sí, su alma, el socialismo desgarraba ya la envoltura política.

Con estas ideas, Marx volvía a empalmar con el artículo sobre la cuestión judía y pronto la sublevación de los tejedores silesianos vino a confirmar lo que había dicho acerca de la languidez de la lucha de clases en Alemania. Su amigo Jung le había escrito desde Polonia que en la «Gaceta de esta ciudad había ahora más comunismo que antes en la del Rin»; que aquel periódico había abierto una suscripción para las familias de los tejedores caídos y presos, y que con el mismo fin se habían recaudado cien tálers entre los funcionarios principales y los comerciantes más ricos de la ciudad, en una comida de despedida dada al presidente del gobierno; que por todas partes se despertaban en la burguesía grandes simpatías hacia los rebeldes peligrosos; «lo que en usted era, hace todavía unos cuantos meses, una posición audaz y completamente nueva, se ha convertido casi en la evidencia del lugar común».

Marx ponía de relieve aquel movimiento general de opinión, favorable a los tejedores, contra el menosprecio de que Ruge hacía objeto a su sublevación. «Pero la pequeña resistencia de la burguesía contra las tendencias y las ideas sociales» no le movía a engaño. Preveía que el movimiento obrero ahogaría las antipatías y los conflictos en el seno de las clases gobernantes, conjurando sobre su cabeza, tan pronto como consiguiese un poder decisivo, la hostilidad toda de la política. Marx ponía al desnudo la profunda diferencia que mediaba entre la emancipación burguesa y la emancipación proletaria, demostrando que aquélla era un producto del bienestar social, mientras que ésta era un fruto de la miseria social. El vacío existente entre la comunidad política y el Estado era, según él, la causa de la revolución burguesa, el aislamiento entre el ser humano y la comunidad de los hom-

bres, la raíz de la revolución proletaria. Y como el aislamiento de este ser y de esta comunidad era incomparablemente más completo y más irresistible, más espantoso, más preñado de contradicciones que el aislamiento de la comunidad política, su extirpación, aunque no fuese más que como fenómeno parcial, como había acontecido en la sublevación de los tejedores silesianos, tenía mucho más de infinito; del mismo modo que el hombre tenía más de infinito que el ciudadano, miembro del Estado, y la vida humana mucho más que la vida política.

Partiendo de esta premisa, era natural que Marx juzgase aquella sublevación muy de otro modo que Ruge.

«En primer lugar, hay que traer al recuerdo la canción de los tejedores, este audaz estandarte de lucha, en que el proletariado grita desde el primer instante de un modo violento, tajante, acerado, despiadado, su incompatibilidad con la sociedad de la propiedad privada. El alzamiento silesiano comienza precisamente por donde terminan los alzamientos franceses e ingleses, por la conciencia de lo que es el proletariado. Y la propia acción lleva el sello de este carácter superior. Los tejedores sublevados no destruyen solamente las máquinas, rivales del obrero, sino que destruyen también los libros comerciales, los títulos de la propiedad; y mientras que todos los demás movimientos se enderezaban, en un principio, contra el señor industrial exclusivamente, contra el enemigo visible, éste se vuelve a la par contra el banquero, contra el enemigo solapado. Finalmente, no ha habido un solo alzamiento obrero inglés que se llevase con tanta bravura, serenidad y perseverancia.»

A este propósito, Marx recordaba los geniales escritos de Weitling, tan superiores en ciertos respectos, teóricamente, a los de Proudhon, aunque en su ejecución les fuesen a la zaga. «¿Dónde podía presentar la burguesía — sin excluir a sus filósofos ni a sus eruditos — una obra semejante a la de Weitling: «Garantías de la armonía y la libertad respecto a la emancipación de la burguesía, su emancipación política?» Si se parangona la tímida y pagada mediocridad de la literatura política alemana con estos comienzos literarios gigantescos y brillantes de los obreros alemanes; si se comparan estos gigantescos zapatos de niño del proletariado con la insignificancia de los zapatos políticos rotos de la burguesía alemana, hay que profetizar una talla atlética a nuestra Cenicienta. Marx llama al proletariado alemán el teórico del proletariado europeo, reservando al inglés el título de su economista y al francés el de su político.

La posteridad ha confirmado el juicio de Marx acerca de la obra de Weitling. Era una obra genial para su época, tanto más genial si se considera que el sastrecillo alemán abrió el cauce a la inteligencia del socialismo y el movimiento obrero, adelantándose a Luis Blanc, a



Proudhon, y más eficazmente que ellos. Lo que hoy nos sorprende es lo que Marx dice acerca de la significación histórica del alzamiento de los tejedores silesianos. Le atribuye tendencias que le eran manifiestamente ajenas, y Ruge, presentando el movimiento como una simple rebelión nacida del hambre, parece enfocarlo mucho más certeramente que él. Y sin embargo, vuelve a revelársenos aquí, de un modo más contundente, lo que ya habíamos visto en la disputa en torno a Herwegh, a saber: que lo peor que puede ocurrirles a los filisteos al enfrentarse con el genio es tener razón. Pues, en fin de cuentas, un corazón grande vence siempre sobre una inteligencia pequeña.

Aquella «media docena de aprendices» de que Ruge hablaba tan desdeñosamente, mientras Marx se aplicaba con celo a su estudio, habíanse organizado en la Liga de los Justicieros, formada allá por la década del treinta, cuando tanto se desarrolló en Francia el movimiento de las sectas, viéndose complicada en su última derrota del año 1839. Esta derrota fué beneficiosa en cierto modo para la Liga, puesto que los elementos desperdigados, batidos por ella, no volvieron a reunirse en su viejo centro de París, sino que transplantaron la organización a Inglaterra y a Suiza, donde la libertad de reunión y de asociación les brindaba un margen mayor de acción, infundiendo a estas ramas desprendidas mayor fuerza que al viejo tronco. El grupo de París estaba bajo la dirección de Hermann Ewerbeck, un alemán de Danzig, traductor de la utopia de Cabet y apresado entre las redes del utopismo moralizante de este autor. Weibling, que dirigía la agitación del grupo en Suiza, estaba muy por encima de él, en potencia espiritual, y, por lo menos, en punto a decisión revolucionaria, le ganaban también los jefes londinenses de la Liga: el relojero José Moll, el zapatero Enrique Bauer y Carlos Schapper, un antiguo estudiante de la escuela forestal, que se ganaba la vida unas veces como cajista de imprenta y otras veces como profesor de idiomas.

Marx debió de tener noticia, por vez primera, de la «impresión imponente» que causaban estos «tres hombres de verdad» por Federico Engels, quien le visitó en París en septiembre de 1844, de paso por esta capital, donde permaneció diez días en contacto con él. Durante esta visita, Marx y Engels pudieron comprobar los muchos puntos de coincidencia que había entre sus ideas, como ya habían revelado sus despectivos artículos en los «Anales franco-alemanes». Contra estas concepciones se había declarado posteriormente su amigo de otros tiempos, Bruno Bauer, en un periódico literario fundado por él, y su crítica llegó a conocimiento de ambos precisamente por los días en que estaban reunidos. Se decidieron sin más dilaciones a contestarle, y Engels puso inmediatamente por escrito lo que había de decir. Pero Marx, fiel a su modo de ser, tomó el asunto más por lo profundo de lo que en un

principio había pensado, y después de un trabajo esforzado de varios meses, reunió veinte pliegos impresos, a los que puso fin en enero de 1845, al tiempo que finalizaba también su estancia en París.

Al hacerse cargo de la dirección del *Vorwaerts,* Bernay arremetió de firme contra el «conglomerado cristiano-germano» de Berlín, sin pararse en delito de «lesa majestad» más o menos. Por su parte, Heine no cesaba de disparar sus flechas encendidas contra el «nuevo Alejandro» sentado en el trono de Berlín. La monarquía legítima hacía llover peticiones sobre la porra policíaca de la monarquía burguesa ilegítima, para que se descargase, con un acto de fuerza, sobre el periódico. Pero Guizot era duro de oído; a pesar de todas sus ideas reaccionarias, era un hombre culto y sabía, además, la alegría que iba a dar a la solapada oposición si se prestaba a servir de mastín de los déspotas prusianos. Pero empezó a ablandarse cuando el *Vorwaerts* publicó un «infame artículo» acerca del atentado del burgomaestre Tschech contra Federico Guillermo IV. Después de tratar del asunto en Consejo de ministros, Guizot se mostró dispuesto a proceder contra el *Vorwaerts* por dos conductos: por la vía policíaca, deteniendo al redactor responsable del periódico, por no haber prestado la garantía necesaria, y por la vía penal, procesándolo por instigación al regicidio.

En Berlín dieron su conformidad a la primera medida, pero, una vez que se hubo ejecutado, resultó ser un palo de ciego; Bernay fué condenado a dos meses de cárcel y a trescientos francos de multa, por no haber prestado la garantía exigida por la ley; pero el *Vorwaerts* declaró inmediatamente que en lo sucesivo se publicaría como revista mensual, para lo cual no se exigía garantía alguna. En cambio, el gobierno de Berlín desechó resueltamente el segundo ofrecimiento, inducido por el temor, probablemente fundado, de que el jurado de París no se prestase a violentar su conciencia por hacerle un favor al rey de Prusia. Los prusianos siguieron intrigando con Guizot para que se expulsase de Francia a los redactores y colaboradores del periódico.

Después de largas y trabajosas negociaciones, el ministro francés se rindió a discreción, gracias—como por entonces se dijo y como Engels subrayó, muchos años más tarde, en su discurso sobre la tumba de la mujer de Marx—a la fea mediación de Alejandro de Humboldt, emparentado con el ministro prusiano de Negocios extranjeros. Ultimamente, ha pretendido lavarse la memoria de Humboldt de esta acusación a pretexto de que en los archivos prusianos no ha aparecido huella alguna de aquellas negociaciones, pero esto no es prueba bastante, en primer lugar porque los documentos acerca de este triste asunto no se han conservado completos, y en segundo lugar porque de estas cosas no suele dejarse testimonio escrito. Todo lo que han aportado de realmente nuevo las investigaciones hechas en los archivos



demuestra más bien que tuvo que mediar necesariamente un acto decisivo entre bastidores. Con el que más furiosos estaban en Berlín era con Heine, que había publicado en el *Vorwaerts* once de sus más aceradas sátiras contra el régimen prusiano y contra el propio rey. Pero Heine era precisamente el punto más delicado del asunto, para Guizot. Tratábase de un poeta de fama europea, a quien los franceses consideraban casi como a un prestigio nacional. Esta grave objeción de Guizot debió de cantársela al oído del embajador prusiano en París—ya que el propio Guizot no la había de expresar en persona—algún pajarito, pues el 4 de octubre el señor embajador comunicaba de pronto a Berlín que no creía que hubiera razones para considerar como miembro de la redacción del periódico a Heine, el cual sólo había publicado en sus columnas dos poesías, y en Berlín no pusieron reparo alguno.

Gracias a esto, Heine quedó al margen de la maniobra, pero en cambio se dió la orden de expulsión, con fecha 11 de enero de 1845, contra una serie de emigrados alemanes por haber escrito en el *Vorwaerts,* o simplemente por sospecharse que lo habían hecho; entre los expulsados se encontraban Marx, Ruge, Bakunin, Börnstein y Bernay. Algunos de ellos pudieron salir a flote; Börnstein obligándose a renunciar a toda ulterior intervención en el periódico, Ruge subiendo y bajando escaleras, visitando al embajador de Sajonia y a varios diputados franceses para convencerles de que era un súbdito sumiso y leal. Estos manejos no estaban hechos, naturalmente, para Marx, que trasladó su residencia a Bruselas.

Su destierro de París había durado poco más de un año, pero, con ser tan corto, había sido la etapa más importante de sus años de aprendizaje y peregrinación; rica en sugestiones y experiencias, más rica todavía por la conquista de un compañero de armas, aquel de que tanto necesitaba, más y más cuanto más tiempo transcurría, para dar cima a la gran obra de su vida.

CAPITULO IV

FEDERICO ENGELS

1. Oficina y cuartel.

Federico Engels nació en Barmen, el 28 de noviembre de 1820. No fué precisamente el ambiente de familia el que le infundió las ideas revolucionarias, ni a ellas le arrastró tampoco la penuria personal, sino su clara inteligencia: le ocurrió como a Marx, en ambos respectos. Su padre era un fabricante bien acomodado, de ideas conservadoras y ortodoxas: en punto a religión, Engels tuvo que vencer mayores obstáculos que Marx.

Se dedicó al comercio, después de haber cursado en el Instituto de Elberfeld hasta un año antes del examen de bachiller. Como Freiligrath, se convirtió en un magnífico comerciante, sin que el «vil comercio» llegase a infiltrarse jamás en su corazón. Le vemos retratado por primera vez de cuerpo entero en las cartas que, a los dieciocho años, siendo meritorio en la oficina del cónsul Leopold de Brema, dirige a los hermanos Gräber, dos amigos del colegio, ahora estudiantes de teología. En estas cartas, no se habla apenas de comercio ni de negocios. Sólo alguna que otra vez, alusiones como éstas: «Dada en el pupitre de la oficina, hoy que no teníamos la garganta seca.» Ya en su juventud, como luego en sus años maduros, Engels era un buen bebedor; y aunque no fuese a la famosa «Taberna del Concejo» de Brema a soñar, como Hauff, ni a cantar, como Heine, no deja de hablarnos, con crudo humorismo, de las «grandes borracheras» que se tomó alguna que otra vez bajo aquellas bóvedas venerables.

También él, como Marx, hizo sus primeros ensayos poéticos, convenciéndose no menos aprisa que aquél de que en este jardín no crecían los laureles para su frente. En una carta fechada el 17 de septiembre de 1838, es decir, antes de cumplir los dieciocho años, declara que le han convencido los consejos de Goethe «para jóvenes poetas», curándole de sus ilusiones en esta carrera. Se refiere a los dos pequeños estudios de Goethe en que el viejo maestro explica que la lengua alemana ha llegado a tan alto grado de perfección, que a cualquiera le es dado expresarse, si le place, en ritmos y en rimas, sin que deba asignar al hecho demasiada importancia. Goethe cierra sus consejos con esta «frase rimada»:

Advierte joven, a tiempo,
que hay talentos muy notables
para acompañar las musas,
mas que como guías no valen.

El joven Engels se encontró perfectamente retratado en estos consejos, y comprendió que sus rimas no iban a aportar gran cosa al arte. Seguiría ejercitándose en ellas únicamente como «aditamento agradable», según la frase de Goethe, y estamparía alguna que otra poesía en un diario, «ya que otros tan asnos como yo, y aún más, lo hacen, y puesto que con ello no voy a alzar ni a bajar tampoco el nivel de nuestra literatura». El tono jocoso y campechano a que Engels fué siempre tan aficionado, no ocultaba tampoco ningún espíritu frívolo en aquellos años de juventud: en la misma carta a que acabamos de aludir, pedía a sus amigos que le enviasen desde Colonia libros populares, el Sigfredo, el Eulenspiegel, Elena, Octaviano, los Mentecatos, los Hijos de Heymon, el doctor Fausto, y decía que estaba estudiando a Jacobo Böhmes. «Es un alma sombría, pero profunda. La mayor parte de las cosas hay que estudiarlas con todos los cinco sentidos, para comprender algo.»

Aquella su tendencia a profundizar hízole aborrecible a Engels, ya en su temprana juventud, la superficial literatura de la «Joven Alemania». En una carta escrita poco después de aquélla, el 10 de enero de 1839, dedica unos cuantos dicterios a estos «caballeros», muy principalmente por lanzar al mundo en sus libros cosas que en el mundo no existen. «Este Teodoro Mundt ensucia el mundo con su señorita Taglioni, haciéndola bailar con Goethe, se adorna con plumas tomadas de Goethe, de Heine, de Rahel y Stiegletz, nos cuenta los más sabrosos absurdos acerca de Bettina; pero todo de un modo tan moderno, tan moderno, que por fuerza tiene que ser delicioso para las damas jóvenes, frívolas y vanidosas que le lean... ¡Y qué decir de este Enrique Laube! Este caballero produce sin inmutarse todo lo que se le ocurre, caracteres que no existen, cuentos de viaje que no lo son, absurdo tras absurdo, ¡es espantoso! El joven Engels hacía notar el «nuevo espíritu» en la literatura del «trueno de la revolución de julio», «la más bella expresión de la voluntad popular, desde la guerra de la Independencia para acá». Entre los representantes de este espíritu contaba a Beck, a Grün y a Lenau, a Immermamm, a Platen, a Börne y a Heine, y, finalmente, a Gutzkow, a quien ponía, con certero juicio, sobre todos los demás astros de la «Joven Alemania». En el «Telégrafo», una revista dirigida por este «magnífico y honrado hombre», publicó Engels, según una carta suya de 1.° de mayo de 1839, un artículo, pero rogando que se guardase la más estricta discreción, pues de otro modo podía costarle «infernales quebraderos de cabeza».

Si el joven Engels no se dejaba engañar acerca de la nulidad estética de las obras de la «Joven Alemania», ni por sus largas tiradas de libertad, no perdía tampoco de vista, pese a esta falta de valor estético, los ataques ortodoxos y reaccionarios que se dirigían contra el movimiento. En este terreno, abrazaba abiertamente el bando de los perseguidos, firmábase él mismo como «joven alemán», y amenazaba al amigo en estos términos: «Ten en cuenta, Fritz, tú, que vas para pastor, que podrás ser todo lo ortodoxo que quieras, pero si se te ocurre hacerte pietista, tendrás que habértelas conmigo.» Estos reflejos informaban también, indudablemente, la manifiesta predilección que sentía por Börne, cuya obra contra el denunciante Menzel consideraba, estilísticamente, como la primera obra de Alemania: Heine tenía que conformarse, en cambio, con verse tildado de «granuja» alguna que otra vez. Eran los días de la gran indignación contra el poeta, cuando el joven Lassalle escribía en su diario: «¡Y este hombre ha desertado de la causa de la libertad! ¡Y este hombre ha trocado el gorro jacobino que cubría sus nobles rizos por un sombrero de copa!»

Pero no fueron ni Börne ni Heine, ni ningún otro poeta, quienes trazaron a Engels, en su juventud, la senda de la vida, sino que fué su propia estrella la que le forjó hombre. Procedía de Barmen, y vivía en Brema, los dos grandes baluartes del pietismo en el Norte de Alemania: la emancipación de estas trabas abre la gran cruzada liberadora que llena su gloriosa vida. Siempre que pugna con la fe de su infancia, su voz cobra una ternura desacostumbrada en él. «Rezo diariamente, me paso casi el día entero rezando por la verdad, lo que he venido haciendo desde que apuntó en mí la primera duda, y, sin embargo, no puedo retornar a vuestra fe... Se me saltan las lágrimas al escribirte, me siento estremecido, pero presiento que no me perderé, que, tarde o temprano, encontraré a Dios, por el que clama todo mi corazón. También esto es un testimonio del Espíritu Santo, y bajo este signo viviré y moriré, aunque la Biblia diga una y mil veces lo contrario.» En este duelo espiritual, el joven Engels pasa de las manos de Hengstenberg y Krummacher, los jefes de la ortodoxia de la época, después de atravesar, con más asombro que otra cosa, por Schleiermacher, a manos de David Strauss, y confiesa a sus amigos teológicos que ya no hay retorno para él. Un verdadero racionalista podrá tal vez retornar de sus explicaciones naturales de los misterios y de sus superficiales escrúpulos de moral a la camisa ortodoxa de fuerza, pero la especulación filosófica no puede descender de las «alturas bañadas por el sol» a los «valles neblinosos» de la ortodoxia. «Estoy a punto de hacerme hegeliano. No sé todavía si me haré o no, pero Strauss me ha descubierto en Hegel luces que no me desagradan. Además, su filosofía de la historia (la de Hegel), parece como cortada para mí.» La ruptura con la

Iglesia le llevó de la mano a la herejía política. Ante un discurso clerical de homenaje al rey de Prusia, al hombre de la batida contra los demagogos, este joven exaltado exclama: «Yo no espero nada bueno más que de aquel príncipe en cuyos oídos resuenan todavía las bofetadas de su pueblo y las ventanas de cuyo palacio fueron apedreadas por la revolución.»

Con estas ideas, Engels se remontó, pasando por el «Telégrafo» de Gutzkow, a la región de los «Anales alemanes» y de la «Gaceta del Rin». En los dos órganos colaboró alguna que otra vez durante su año de servicio voluntario, que hubo de prestar desde octubre de 1841 hasta octubre de 1842 en el regimiento de artillería de la Guardia de Berlín, en el cuartel situado en el Kupfergraben, no lejos de la casa donde vivió y murió Hegel. Su nombre literario de guerra, Federico Oswald, tras el que se había refugiado sin duda por no herir los sentimientos conservadores y ortodoxos de su familia, hubo de retenerlo ahora, «sirviendo al rey», por razones de mucho más peso. Consolando a un escritor a quien había criticado duramente en los «Anales alemanes», escribíale Gutzkow, el 6 de diciembre de 1842: «El triste mérito de haber sacado de la pila literaria a F. Oswald me corresponde, desgraciadamente, a mí. Hace unos años, un aprendiz de comerciante llamado Engels me mandó de Brema varias cartas sobre el Wuppertal. Las corregí, taché las personalidades que me parecían demasiado claras, y las inserté. Después, me remitió varias cosas más, todas las cuales hubieron de ser arregladas por mí. De pronto, se opuso a estas correcciones, se dedicó a estudiar a Hegel y se pasó a otros periódicos. Poco antes de que apareciese la crítica contra usted, hube de enviarle 15 tálers a Berlín. Así son todos estos novatos. Lejos de estarnos agradecidos, ya que gracias a nosotros pueden pensar y escribir, el primer acto que cometen es un parricidio espiritual. Naturalmente que toda esta maldad no significaría nada, si la «Gaceta del Rin» y el periódico de Ruge no les diesen facilidades.» Es el cacareo de la gallina que ve saltar al agua al pato a quien empolló creyéndole polluelo de su raza.

Engels, que en la oficina era un buen comerciante, fué en el cuartel también un buen soldado; desde ahora y hasta el final de su vida, la ciencia militar se contará entre sus estudios favoritos. En este estrecho y constante contacto con la práctica de la vida diaria, se compensaba felizmente lo que a su conciencia filosófica pudiera faltarle de profundidad especulativa. Durante el año de voluntariado, alternó alegremente con los «libres» de Berlín y tomó parte, con dos o tres artículos, en sus luchas, cuando todavía su movimiento no había degenerado en lo que más tarde había de llegar a ser. En abril de 1842 apareció como trabajo anónimo, en una editorial de Leipzig, su obrita de 55 páginas, titulada: «Schelling y la Revelación», en que criticaba «la última tenta-

tiva de reacción contra la filosofía libre», la tentativa de Schelling, llamado a una cátedra en la Universidad de Berlín, para batir con su fe en la revelación la filosofía hegeliana. Ruge, que creía el escrito obra de Bakunin, saludó su publicación con un elogio muy halagador: «Este joven amable deja atrás a todos los asnos viejos de Berlín». Este pequeño escrito mantenía todavía, llevándolo a sus últimas consecuencias, el neohegelianismo filosófico; pero no iban tampoco descaminados otros críticos cuando veían en él una mezcla exaltada de poesía y filosofía.

Por aquella misma época, bajo la impresión, reciente todavía, de la destitución de Bruno Bauer, Engels publicó en Leumünster, cerca de Zurich, anónimo también, un «poema histórico cristiano» en cuatro cantos, que era una sátira al «triunfo de la fe» sobre el «diablo mayor», «enérgicamente debelado». En este poema, hacía también abundante uso del privilegio que tiene la juventud de desdeñar toda crítica transigente; sirvan de prueba de su arte los siguentes versos, en los que Engels se retrata a sí mismo y a Marx, a quien aún no conocía personalmente:

Pero el que más a la izquierda avanza, a grandes zancadas,
es Oswald, chaqueta gris, calzones color canela
—color canela por dentro, también; Oswald, montagnard
de pura cepa, vestida la zalea, aborrascadas
las greñas. Un instrumento tañe, y es la guillotina
en que sin descanso viene tañendo una cavatina;
sin cesar atruena el canto infernal, y la tonada
sin cesar ruge y resuena:
Formez vos bataillons! aux armes, citoyens!
. . . .
. . . .
¿Quién es el que avanza luego con estrépito salvaje?
Un moreno muchachote de Tréveris, un auténtico
monstruo, avanza, sin pararse, a grandes saltos avanza
y truena, lleno de ira, como si quisiera asir
la vasta lona del cielo y a puño traerla a tierra,
ambos brazos extendiendo a todo lo ancho del aire,
el recio puño cerrado, blandiéndolo sin descanso,
como si diez mil demonios tirasen de su chaqueta.

Al terminar el servicio militar, a fines de septiembre de 1842, Engels volvió a casa de sus padres, de donde, dos meses después, salió para Manchester como viajante de la fábrica de hilados Ermen & Engels, de que su padre era socio. De paso por Colonia, hizo una visita a

la redacción de la «Gaceta del Rin», donde vió por vez primera a Marx. El encuentro fué muy frío, pues coincidió precisamente con los días en que Marx había roto con sus antiguos amigos de Berlín. Engels tenía cierta prevención contra él por las cartas de los hermanos Bauer, y Marx veía en Engels un aliado y correligionario de los berlineses.

2. Civilización inglesa.

Engels pasó en Inglaterra, durante su primera estancia, veintiún meses seguidos, época que viene a representar en su vida lo que para Marx representó el año de destierro en París. Ambos se habían formado en la escuela de la filosofía alemana, y arrancando de ella habían llegado en el extrajero a resultados idénticos; Marx se compenetró con las luchas y las aspiraciones de la época a la luz de la revolución francesa; Engels estudiando la industria inglesa.

También Inglaterra había tenido su revolución burguesa; la había tenido, incluso, un siglo antes que Francia, y por tanto bajo condiciones incomparablemente menos propicias y desarrolladas. Esta revolución había tenido su remate en una transacción entre la aristocracia y la burguesía, instaurando una monarquía común a ambas. La «clase media» inglesa no tuvo que hacer a la monarquía ni a la nobleza una guerra tan larga y tan obstinada como el «tercer estado» en Francia. Pero, mientras que los historiadores franceses sólo comprendieron retrospectivamente que la lucha de «tercer estado» había sido una lucha de clases, en Inglaterra la idea de la lucha de clases brotó, por decirlo así, de las raíces vivas tan pronto como el proletariado, al dictarse el *bill* de reforma del año 1832, se lanzó a la lucha con las clases dominantes.

La diferencia se explica teniendo en cuenta que la gran industria removió el suelo inglés mucho más profundamente que el de Francia. Se la ve cómo, a través de un proceso histórico casi tangible, destruye las viejas clases y crea otras nuevas. La estructura interna de la moderna sociedad burguesa era mucho más transparente en Inglaterra que en Francia. La historia y el carácter de la industria inglesa enseñaron a Engels que los hechos económicos, a que los historiadores sólo venían asignando un papel insignificante, cuando le asignaban alguno, eran, a lo menos en el mundo moderno, una potencia histórica decisiva, que constituían la base sobre la que se erigía el moderno antagonismo de clases, y que este antagonismo, allí donde se había llegado a desarrollar plenamente, gracias a la gran industria, determinaba, a su vez, la formación de los partidos políticos, las luchas entre estos partidos y, por consiguiente, toda la historia política en general.

Era natural, dada su profesión, que Engels enfocase en primer término el terreno económico. En los «Anales franco-alemanes», donde Marx había comenzado publicando una crítica de la filosofía del derecho, él comenzó dando a luz una crítica de la Economía política. Este pequeño estudio, pletórico todavía de turbulencia juvenil, revela ya, sin embargo, una rara madurez de juicio. Sólo a un profesor alemán se le podía ocurrir calificarlo de «obrilla notablemente confusa»; Marx dijo de él, harto más certeramente, que era un «ensayo genial». Un «ensayo», pues lo que Engels dice en estas páginas acerca de Adam Smith y Ricardo no agota el tema ni es siempre exacto, y muchas de las objeciones que formula contra ellos habían sido ya formuladas antes de él, seguramente, por los socialistas ingleses o franceses. Pero, con todo era un ensayo genial, en el que se pretendía derivar todas las contradicciones de la Economía burguesa de su fuente real y verdadera: la propiedad privada. En este estudio, Engels está ya por encima de Proudhon, que sólo sabía combatir la propiedad privada desde el mismo terreno de esta institución. La exposición de Engels acerca de los efectos humanos degeneradores de la concurrencia capitalista, acerca de la teoría de la población de Malthus, acerca de la fiebre cada vez más ardiente de la producción capitalista, acerca de las crisis comerciales, de la ley del salario, de los progresos de la ciencia, que, sojuzgados por la propiedad privada, acaban siempre por convertirse, de medios de emancipación de la humanidad, en medios para reforzar el esclavizamiento de la clase obrera, etc., encerraba ya los gérmenes fecundos del comunismo científico en su aspecto económico, que Engels fué, en efecto, el primero en descubrir.

El se expresaba siempre, hablando de esto, en términos de excesiva modestia. Así, decía que había sido Marx el que había dado a sus tesis económicas «la forma clara y definitiva»; «Marx—decía, en otra ocasión—estaba por encima de todos nosotros, veía mucho más allá y su mirada abarcaba más y lo dominaba todo con más rapidez que nadie»; otra vez, aseguraba que sus descubrimientos los hubiera hecho también Marx por su cuenta, más tarde o más temprano. Pero lo cierto es que en aquel período inicial y en el terreno en que había de librarse, andando el tiempo, la batalla definitiva, las primeras sugestiones partieron de Engels, y Marx no hizo sino recibirlas. Indudablemente que Marx era, de los dos, la cabeza filosóficamente más clara, y sobre todo la más disciplinada, y, si nos empeñásemos en este juego de pro y contra, que no tiene absolutamente nada que ver con la investigación histórica, porque ello nos divirtiera, podríamos fantasear acerca de si Engels hubiera resuelto como lo resolvió Marx, en su forma francesa más complicada, el problema a que ambos dieron solución. Pero lo cierto es—aunque se haya negado sin razón—que Engels lo resolvió

también, con no menos fortuna, en su forma inglesa, harto más simple. Si enfocamos su crítica de la Economía política desde un punto de vista estrictamente económico, tendremos no poco que reprocharle; lo que hay en ella de característico y hace de sus páginas un notable progreso en el mundo de la ciencia, lo debía su autor a la escuela dialéctica de Hegel.

El punto filosófico de partida se revela también, casi tangible, en el segundo artículo publicado por Engels en los «Anales franco-alemanes». En él describe la situación de Inglaterra a la luz de una obra de Carlyle, que considera como el único libro digno de ser leído en la cosecha literaria de todo un año, pobreza que resalta también en significativo contraste con la riqueza de Francia. Engels hace, siguiendo a Carlyle, una observación acerca del agotamiento espiritual de la aristocracia y la burguesía inglesas; el inglés culto, en el que se fija el continente para juzgar del carácter nacional inglés, es—dice Engels—el esclavo más despreciable que hay bajo el sol, pues vive asfixiado entre prejuicios que son, principalmente, prejuicios religiosos. «La parte de la nación inglesa desconocida en el continente, los obreros, los parias de Inglaterra, los pobres, son los únicos verdaderamente respetables en este país, pese a todas sus asperezas y a su gran desmoralización. De ellos tiene que partir la salvación de Inglaterra, pues en ellos hay todavía materia moldeable; no poseen cultura, pero tampoco poseen prejuicios; tienen todavía energía que gastar por una gran causa nacional, tienen todavía un porvenir por delante.» Engels hacía notar cómo, para decirlo con Marx, la filosofía empezaba a aclimatarse en este «candoroso suelo popular»; la Vida de Jesús, de Strauss, que ningún escritor honorable se había atrevido a traducir ni ningún librero prestigioso había osado editar, había sido vertida al inglés por un maestro socialista y circulaba en cuadernos de a penique entre los obreros de Londres, Mánchester y Birmingham.

Engels traducía los pasajes «más bellos», «a trechos maravillosamente bellos», del libro de Carlyle, en que se pintaba la situación de Inglaterra con los más sombríos colores. Pero no podía compartir las medidas salvadoras propuestas por el autor: una nueva religión, un culto panteísta de los héroes y otras cosas por el estilo; en este punto, Engels se acogía a Bruno Bauer y a Feuerbach. Todas las posibilidades religiosas estaban agotadas, incluso la del panteísmo, que las tesis de Feuerbach en la «Anécdota» habían anulado para siempre. «El problema, hasta aquí, ha sido siempre éste: ¿Qué es Dios? La filosofía alemana ha resuelto este problema así: Dios es el hombre. Al hombre le basta con conocerse a sí mismo, con medir por sí mismo todas las condiciones de vida, juzgándolas por su ser y organizando el mundo de un modo verdaderamente humano, con arreglo a los postulados de su

propia naturaleza; de este modo, habrá resuelto el enigma de nuestra época.» Y así como Marx había interpretado inmediatamente el hombre de Feuerbach como el mundo de los hombres, el Estado, la sociedad, Engels veía en la esencia del hombre la historia, que es «para nosotros, el alfa y el omega», a la que «nosotros» colocamos más alto que ninguna otra corriente filosófica anterior; más alto incluso que Hegel, que, en el fondo, no la tomaba más que como piedra de toque para comprobar la verdad de sus cálculos lógicos.

Es extraordinariamente sugestivo seguir paso a paso los dos artículos publicados por cada uno de los dos, por Engels y por Marx, en los «Anales franco-alemanes» y ver cómo germinan en ellos las mismas ideas, aunque distintamente coloreadas, vistas aquí a la luz de la revolución francesa y allí a través de la industria inglesa, es decir, de las dos grandes conmociones históricas de que data la historia de la sociedad burguesa moderna; pero iguales, en el fondo, unas a otras. Marx había deducido de los derechos del hombre el carácter anárquico de la sociedad burguesa; Engels explicaba del modo siguiente la libre concurrencia, «la categoría capital del economista, su hija predilecta»: «¿Qué pensar de una ley que sólo es capaz de imponerse a costa de esas revoluciones periódicas que son las crisis comerciales? Sí, es cierto, se trata de una ley natural, de una ley que descansa en la inconsciencia de las partes interesadas.» Marx llegaba a la conclusión de que la emancipación humana no se llevaría a término mientras el hombre no se convirtiese en ser génerico mediante la organización de sus fuerzas personales como fuerzas de la sociedad; Engels, por su parte, decía: producid conscientemente, como hombres, no como átomos desperdigados sin la conciencia de pertenecer a un género, y acabaréis con todas estas contradicciones artificiosas e insostenibles.

Como se ve, la analogía rayaba casi en la coincidencia literal.

3. La Sagrada Familia.

Su primer trabajo en colaboración fué para liquidar con su conciencia filosófica, y revistió la forma de una polémica contra la «Gaceta General Literaria», que Bruno Bauer y sus hermanos Edgart y Egbert venían editando en Charlotemburgo desde diciembre de 1843.

En este órgano, intentaban los «libres» berlineses fundamentar su ideario, o lo que ellos llamaban su ideario. Bruno Bauer había sido invitado por Fröbel a colaborar en los «Anales franco-alemanes», pero, después de muchas vacilaciones, se abstuvo; al hacerlo, no se limitaba a ser fiel a su propia conciencia filosófica: era que la conciencia perso-

nal de sí mismo había sido sensiblemente herida por Marx y Ruge. Sus mordaces alusiones a la «Gaceta del Rin», «de santa memoria», a los «radicales», a los «listos del año 1842», etc., tenían, a pesar de todo, un fondo justo. La rapidez y la facilidad con que la reacción romántica había destruído los «Anales alemanes» y la «Gaceta del Rin», en cuanto estos órganos dejaron la filosofía para pasarse a la política, y la absoluta indiferencia con que la «masa» había contemplado este «ametrallamiento» del «espíritu», habían arraigado en él la convicción de que por este camino no se iba a ningún lado. Para él, la salvación estaba en volver a la filosofía pura, a la teoría pura, a la crítica pura; y en efecto, nada ni nadie se opondría a este plan de levantar un gobierno omnipotente del mundo en la esfera de las nubes ideológicas.

El programa de la «Gaceta General Literaria», en lo que tenía de tangible, aparece expresado en estas palabras de Bruno Bauer: «Hasta aquí, todas las grandes acciones de la historia fracasaron desde el primer momento y discurrieron sin dejar detrás ninguna huella profunda, por el interés y por el entusiasmo que la masa ponía en ellas; otras veces, acabaron de un modo lamentable porque la idea que albergaban era tal, que por fuerza tenía que contentarse con una reflexión superficial, no pudiendo, por tanto, concebirse sin el aplauso de la masa.» El abismo entre el «espíritu» y la «masa» informaba como un constante *leitmotiv* la labor de este periódico. Para él, según sus propias palabras, el espíritu no tenía más que un enemigo, que ya conocía: las ilusiones y la superficialidad de la masa.

No es, pues, extraño que la revista de Bauer, con esta ideología, juzgase de un modo despectivo todos los movimientos de «masa» de la época, el cristianismo y el judaísmo, el pauperismo y el socialismo, la revolución francesa y la industria inglesa. La semblanza que de esta revista hubo de trazar Engels es casi cortés: «Es—decía, retratando al periódico—y seguirá siendo, una vieja solterona, la filosofía de Hegel ajada y acartonada, que cubre de adornos y afeites su cuerpo reseco y marchito, convertido en la más repelente abstracción, y busca en vano un pretendiente por toda Alemania.» En realidad, lo que hacía era llevar al absurdo la filosofía hegeliana. Hegel, que sólo hacía cobrar conciencia en el filósofo *a posteriori* el espíritu absoluto, como espíritu universal y creador, venía a decir, en el fondo, que este espíritu absoluto hacía de la historia un reflejo proyectado en la imaginación, y se precavía con buen cuidado contra el equívoco de considerar como espíritu absoluto al propio individuo filosófico. Los Bauers y sus secuaces se tenían por encarnación personal de la crítica, del espíritu absoluto, que obraba en ellos y gracias a ellos, en contraposición consciente con el resto de la humanidad, la virtud del espíritu universal. Este vapor tenía que disiparse rápidamente, por fuerza, aun en la

atmósfera filosófica de Alemania. La «Gaceta General Literaria», no encontró gran acogida, ni siquiera en el sector de los «libres»; no colaboraban en ella ni Köppen, muy retraído por lo demás, ni Stirner, quien, lejos de ayudarla, conspiraba contra ella; tampoco se consiguió la colaboración de Meyen ni de Rutenberg, y los Bauers tuvieron que contentarse, salvo la excepción única de Faucher, con firmas de segunda o tercera fila, como la de un tal Jungnitz y la pseudónima de Sziliga, perteneciente a un oficial prusiano llamado v. Zychlinski, muerto en el año 1900 de general de infantería. No había pasado un año cuando toda esta fantasmagoría se vino a tierra, sin dejar huella; el periódico de Bauer no sólo estaba muerto, sino que había caído en el más completo olvido, cuando Marx y Engels salieron a la palestra de la publicidad a darle la batalla.

Este hecho no favoreció gran cosa a su primera obra de colaboración, aquella «crítica de la crítica crítica», como hubieron de bautizarla en un principio, cambiándole luego el título por el de «La Sagrada Familia», a propuesta del editor. Los adversarios se burlaron en seguida de ellos, diciendo que venían a matar lo que estaba ya muerto y enterrado, y también Engels, al recibir el libro ya impreso, opinaba que estaba muy bien, pero que era excesivamente voluminoso; que el soberano desprecio con que en él se trataba a la crítica crítica contrastaba visiblemente con los veintidós pliegos del volumen y que la mayoría de sus páginas serían inasequibles para el público y no interesarían, en general. Todos estos reparos son ahora, naturalmente, mucho más fundados que a raíz de publicarse el libro; en cambio, éste tiene hoy, con el tiempo transcurrido, un encanto que difícilmente podía percibirse en el momento de su publicación, o que por lo menos no podía percibirse al modo de hoy. Un crítico moderno dice, después de censurar todas las sutilezas escolásticas, los retorcimientos de palabras e incluso los retorcimientos monstruosos de pensamiento de la obra, que en ella se contienen algunas de las más bellas revelaciones del genio, que él pone, por la maestría de la forma, por la concisión apretada y broncínea del lenguaje, entre las páginas más maravillosas que jamás salieron de la pluma de Marx.

En estas partes de la obra, Marx se nos revela como maestro de aquella crítica productiva que sustituye la figuración ideológica por el hecho positivo, que crea destruyendo y construye derribando. A los tópicos críticos de Bruno Bauer contra el idealismo francés y la revolución francesa, Marx opone unos cuantos esbozos brillantísimos de estas manifestaciones históricas. Saliendo al paso de las charlatanerías de Bruno Bauer acerca del divorcio entre el «espíritu» y la «masa», la «idea» y el «interés», Marx contesta fríamente: «La idea ha quedado en ridículo siempre que se ha querido separar del interés.» Todo interés



de masa históricamente triunfante—prosigue Marx—ha sabido siempre, al pisar la escena del mundo en forma de idea, transcender de sus verdaderos límites para confundirse con el interés humano en general. Es la ilusión a que Fourier llama el tono de cada época histórica. «El interés de la burguesía en la revolución de 1789, lejos de «fracasar», lo «conquistó» todo y alcanzó el «triunfo más completo», pese a lo mucho que desde entonces se ha disipado el «pathos» y a lo que se han marchitado las flores «entusiastas» con que este interés enguirnaldó su cuna. Tan potente era, que arrolló victoriosamente la pluma de un Marat, la guillotina de los terroristas, la espada de Napoleón y el crucifijo y la sangre azul de los Borbones.» En 1830—continúa—, la burguesía realizó los deseos de 1789, con la diferencia de que, ahora, su formación política era completa; con el Estado representativo constitucional no aspiraba ya, precisamente, al ideal del Estado, ni a la salud del mundo, ni a ningún fin humano general, sino que, bajo ese manto oficial, aspiraba sencillamente a imponer su poder exclusivo y a sancionar políticamente su interés particular. La revolución no había fracasado más que para aquella masa que no abrigaba, bajo la idea política, la idea de su interés real, cuyo verdadero principio de vida no coincidía, por tanto, con el principio de vida de la revolución, cuyas condiciones reales de emancipación diferían sustancialmente de las condiciones bajo las cuales podían emanciparse la burguesía y la sociedad en general.

A la afirmación de Bruno Bauer de que el Estado mantenía en cohesión los átomos de la sociedad burguesa, Marx replicaba que lo que los mantenía en cohesión era el ser átomos solamente en la imaginación, en el cielo irreal en que se proyectaban, pero en la realidad algo radicalmente distinto de los átomos; no egoístas divinos, sino hombres egoístas. «Sólo la superstición política se imagina hoy que la vida social necesita del Estado para mantenerse en cohesión, cuando en realidad es el Estado el que debe su cohesión a la vida social.» Y recogiendo las manifestaciones despectivas de Bruno Bauer en punto a la importancia de la industria y la naturaleza para la ciencia histórica, Marx le pregunta si es que la «crítica crítica» creía poder ni siquiera plantear el conocimiento de la realidad histórica dejando al margen del movimiento histórico la actitud teórica práctica del hombre ante la naturaleza, ante las ciencias naturales y la industria. «Del mismo modo que separan el pensar de los sentidos, el alma del cuerpo, separan la historia de las ciencias naturales y de la industria, para ir a buscar la cuna de la historia, no a la tosca producción natural de la tierra, sino al reino vaporoso de las nubes, al cielo.»

La defensa que Marx hace de la Revolución francesa frente a la «crítica crítica», la asume Engels en lo tocante a la industria inglesa. Para ello, tenía que habérselas con el joven Faucher, el único de los

colaboradores del periódico de Bauer que daba un poco de importancia a la realidad terrena; y es divertido ver con qué justeza analizaba entonces aquella ley capitalista del salario que, veinte años más tarde, al aparecer en escena Lassalle, había de repudiar como un producto satánico, calificándola de «podrida ley ricardiana». A pesar de las muchas faltas graves que Engels hubo de descubrirle—Faucher ignoraba, por ejemplo, en el año 1844, que en 1824 habían sido derogadas las prohibiciones inglesas contra la libertad de coalición—, tampoco dejaba de incurrir en ciertos excesos escolásticos, y hasta caía en un error sustancial, si bien era muy distinto al de Faucher. Este se burlaba de la ley sobre la jornada de diez horas de lord Ashley, calificándola de «medida de ambiente», que no clavaba el hacha en ninguna de las raíces del árbol; Engels la tenía, con «toda la potente masa de Inglaterra» por la expresión, muy moderada ciertamente, de un principio absolutamente radical, puesto que no sólo ponía, sino que clavaba muy hondo el hacha en la raíz del comercio exterior, lo que equivalía a clavarla en la raíz del sistema fabril. Engels, y con él Marx, veía por entonces en el *bill* de lord Ashley la tentativa de poner a la gran industria una traba reaccionaria, que la sociedad capitalista se encargaría de hacer saltar cuantas veces tropezase con ella.

Engels y Marx no se han despojado todavía por completo de su pasado filosófico; ya en las primeras líneas del prólogo les vemos oponer el «humanismo real» de Feuerbach al idealismo especulativo de Bruno Bauer. Reconocen sin reservas las geniales doctrinas de Feuerbach y su gran mérito al esbozar de mano maestra los rasgos capitales de la crítica de toda metafísica, poniendo al hombre en el lugar que ocupaba el viejo baratillo, sin excluir la infinita conciencia de sí propio. Pero se les veía dejar atrás, una y otra vez, el humanismo de Feuerbach para avanzar hacia el socialismo, para pasar del hombre abstracto al hombre histórico; y es maravillosa la agudeza de percepción con que saben orientarse entre el oleaje caótico del socialismo. Ponen al desnudo el secreto de los devaneos socialistas en que se entretiene la burguesía satisfecha. Hasta la miseria humana, esa miseria infinita condenada a la limosna, le sirve a la aristocracia del dinero y de la cultura, de juguete para divertirse, de medio para satisfacer su amor propio, para cosquillear en su soberbia y su vanidad. No otra explicación tienen las interminables ligas de beneficencia de Alemania, las sociedades de beneficencia de Francia, los quijotismos filantrópicos de Inglaterra, los conciertos, los bailes, las representaciones teatrales, las comidas para pobres y hasta las suscripciones públicas a favor de los damnificados por catástrofes y accidentes.

Entre los grandes utopistas, es Fourier quien más aporta al acervo especulativo de la «Sagrada Familia». Pero Engels distingue ya entre

Fourier y el fourierismo; y dice que aquel fourierismo aguado que predicaba la Democracia pacífica no era más que la teoría social de una parte de la burguesía filantrópica. Tanto él como Marx hacen hincapié en lo que jamás habían sabido comprender ni los grandes utopistas: en el desarrollo histórico y en el movimiento autónomo de la clase obrera. Replicando a Edgar Bauer, escribe Engels: «La crítica crítica no crea nada, es el obrero quien lo crea todo, hasta el punto de sacar la vergüenza a la cara a toda la crítica, en punto a sus frutos espirituales; de ello pueden dar testimonio los obreros ingleses y franceses.» Y Marx demuestra que no existe tal divorcio irreductible entre el «espíritu» y la «masa», observando, entre otras cosas, que a la crítica comunista de los utopistas había respondido inmediatamente, en el terreno práctico, el movimiento de la gran masa; había que conocer—decía—el estudio, el afán de saber, la energía moral, el hambre insaciable de progreso de los obreros franceses e ingleses, para tener una idea de toda la nobleza humana de este movimiento.

Fácil es, pues, comprender, sentado esto, que Marx no podía dejar pasar sin una calurosa repulsa aquella deplorable traducción y aquel comentario, todavía más deplorable, con que Edgar Bauer había calumniado a Proudhon desde las columnas de su periódico. Es, naturalmente, una argucia académica eso de que Marx, en la «Sagrada Familia», glorificase al mismo Proudhon a quien, a la vuelta de doce años, había de criticar tan duramente. Marx limitábase a protestar de que el chismorreo de Edgar Bauer desfigurase las verdaderas ideas de Proudhon, ideas que él consideraba tan innovadoras en el terreno económico como las de Bruno Bauer en el terreno teológico. Lo cual no era obstáculo para que pusiese de relieve la limitación ideológica de uno y otro, cada cual en su campo.

Proudhon consideraba la propiedad como una contradicción lógica, desde el punto de vista de la Economía burguesa. Marx, en cambio, sostenía: «La propiedad privada, como tal propiedad privada, como riqueza, se ve forzada a mantenerse a sí misma en pie, manteniendo con ello en pie a su antítesis, el proletariado. He aquí el lado positivo de la antítesis, la propiedad privada, que encuentra en sí misma su propia satisfacción. Por su parte, el proletariado, como tal proletariado, vese forzado a superarse a sí mismo, superando con ello la antítesis que le condiciona y le hace ser lo que es. He aquí el lado negativo de la antítesis, su inestabilidad intrínseca, la propiedad privada corroída y corrosiva. De los dos términos de esta antítesis, el propietario privado es, por tanto, el partido conservador; el proletariado, el partido destructivo. De aquél arranca la acción encaminada a mantener la antítesis; de éste, la acción encaminada a destruirla. Es cierto que la propiedad privada se impulsa a sí misma, en su dinámica económica,

a su propia disolución, pero es por un proceso independiente de ella, inconsciente, ajeno a su voluntad, informado por la lógica de las cosas, pues ésta la lleva a engendrar el proletariado como tal proletariado, la miseria consciente de su miseria física y espiritual, consciente de su degradación humana, con la cual supera ya su propia degradación. El proletariado no hace más que ejecutar la sentencia que la propiedad privada decreta contra sí misma al engendrar el proletariado, como ejecuta también la que el trabajo asalariado decreta contra sí misma al engendrar la riqueza ajena y la miseria propia. El proletariado, al triunfar, no se erige, ni mucho menos, en dueño y señor absoluto de la sociedad, pues si triunfa es a costa de destruirse a sí mismo y a su enemigo. Con su triunfo, el proletariado desaparece, como desaparece la antítesis que le condiciona, la propiedad privada.»

Marx se defiende terminantemente de la objeción que se le hace de convertir a los proletarios en dioses, al asignarles esta misión histórica. «¡Todo lo contrario! El proletariado puede y debe necesariamente emanciparse a sí mismo, porque en él, en el proletariado culto, se ha consumado prácticamente la abstracción de toda humanidad, incluso de toda apariencia de humanidad, porque en las condiciones de vida del proletariado cobran su expresión más inhumana todas las condiciones de vida de la actual sociedad, porque el hombre, en su seno, se ha perdido a sí mismo, pero conquistando al mismo tiempo, no sólo la conciencia teórica de esta pérdida, sino también, directamente, por imperio de una necesidad absolutamente coercitiva, imposible de esquivar, el deber y la decisión—expresión práctica de la necesidad—de alzarse contra esa situación inhumana. Pero el proletariado no puede emanciparse sin superar sus propias condiciones de vida. Y no puede superar sus propias condiciones de vida, sin superar, al mismo tiempo, todas las condiciones inhumanas de vida de la sociedad que se cifran y compendian en su situación. No en vano tiene que pasar por la dura pero forjadora escuela del trabajo. No se trata de saber qué es lo que tal o cual proletario, ni aun el proletariado en bloque, se proponga momentáneamente como meta. De lo que se trata es de saber qué es el proletariado y qué misión histórica se le impone por imperio de su propio ser; su meta y su acción histórica están visible e irrevocablemente predeterminadas por la propia situación de su vida y por toda la organización de la sociedad burguesa actual.» Y Marx insiste una y otra vez en afirmar que una gran parte del proletariado inglés y francés tiene ya conciencia de su misión histórica y que labora incansablemente por llevar a esta conciencia la más completa claridad.

Junto a muchos pasajes verdes y lozanos de que mana, rebosante, la vida, la «Sagrada Familia» contiene también trechos resecos y agostados. Hay dos capítulos, principalmente, los dos largos capítulos con-



sagrados a analizar la increíble sabiduría del honorable señor Szeliga, que someten a dura prueba la paciencia del lector. Si queremos formarnos un juicio de esta obra, debemos tener presente que se trata, a todas luces, de una improvisación. Coincidiendo con los días en que Marx y Engel se conocieron personalmente, llegó a París el cuaderno octavo de la revista de Bruno Bauer, en que éste, aunque de un modo encubierto no por ello menos mordaz, combatía las ideas expuestas por ambos en los «Anales franco-alemanes». Entonces, se les ocurriría seguramente la idea de contestar al antiguo amigo en un tono alegre y burlesco, con un pequeño panfleto que habría de aparecer rápidamente. Así parece indicarlo el que Engels escribiese inmediatamente su parte, que abarcaba menos de un pliego impreso, quedándose asombrado cuando supo que Marx había convertido el folleto en una obra de veinte pliegos; le parecía «curioso» y «cómico» que, siendo tan pequeña su aportación, su nombre figurase en la portada del libro, y hasta en primer lugar. Marx debió de acometer el trabajo a su manera, concienzudamente, como todo lo que hacía, faltándole seguramente, según la conocida y harto verdadera frase, tiempo para ser breve. Cabe también que se extendiese todo lo posible para acogerse a la libertad de censura de que gozaban los libros de más de veinte pliegos.

Por lo demás, los autores anunciaron esta polémica como precursora de otras obras en que, cada uno por su cuenta, fijarían su actitud ante las nuevas doctrinas filosóficas y sociales. Cuán seriamente lo prometían, lo demuestra el hecho de que Engels tenía ya terminado el original de la primera de estas obras a que se aludía al recibir el primer ejemplar impreso de la «Sagrada Familia».

4. Una fundamentación socialista.

La obra a que nos referimos era: «La situación de las clases obreras en Inglaterra», publicada en el verano de 1845 por el editor Wigand, de Leipzig, el antiguo editor de los «Anales alemanes», en cuya casa había aparecido también hacía unos meses «El Unico», de Stirner. Stirner, uno de los últimos retoños de la filosofía hegeliana, fué rápidamente devorado por la estúpida sabiduría de la concurrencia capitalista; Engels, en cambio, echó con sus libros los cimientos para aquellos teóricos alemanes—que eran casi todos—a quienes la corrosión de las especulaciones hegelianas por Feuerbach arrastraron al campo del comunismo y el socialismo. En este libro se describía la situación de la clase obrera inglesa en toda su espantosa realidad, típica del régimen de la burguesía.

Alrededor de cincuenta años más tarde, cuando Engels hubo de reeditar su trabajo, lo calificó de fase en el proceso embrional del socialismo internacional moderno. Añadiendo: así como el embrión humano sigue reproduciendo, en su fase evolutiva más incipiente, las branquias de nuestros antepasados, los peces, mi libro descubría por todas partes huellas de uno de los antepasados que cuenta en su árbol genealógico el socialismo moderno: la filosofía clásica alemana. Y es cierto, pero estas huellas son ya mucho menos acusadas que eran en los artículos publicados por Engels en los «Anales franco-alemanes»; en este libro, no se menciona ya para nada a Bruno Bauer ni a Feuerbach, y al amigo «Stirner» sólo un par de veces, para burlarse un poco de él. En esta obra, la filosofía alemana no ejerce ya una influencia retardataria, sino francamente progresiva.

El verdadero centro de gravedad de la obra no reside precisamente en la pintura de la miseria proletaria engendrada en Inglaterra bajo el imperio del régimen capitalista de producción. En este terreno, Engels había tenido ya algún otro precursor: Buret, Gaskell y otros, a quienes cita reiteradas veces. Tampoco era la auténtica indignación contra un sistema social que castigaba a las masas obreras a los más atroces sufrimientos, ni el relato conmovedoramente verídico de estos sufrimientos y la compasión verdadera y profunda hacia sus víctimas, lo que daba a esta obra su nota peculiar. Lo más asombroso, a la par que lo más importante históricamente que había en ella, era la agudeza y el certero golpe de vista con que el autor, que no contaba más que veinticuatro años, captaba el espíritu del régimen capitalista de producción y acertaba a deducir de él, no sólo el auge, sino también la crisis de la burguesía, no sólo la miseria, sino también la salvación del proletariado. La medula de la obra estaba en demostrar que la gran industria creaba la clase obrera moderna, haciendo de ella una raza humanamente degradada, condenada intelectual y moralmente a la animalidad y físicamente expoliada, a la par que demostraba cómo esta clase obrera moderna, por imperio de una dialéctica histórica cuyas leyes se ponen al descubierto en detalle, conducía y necesariamente tenía que conducir, mediante su desarrollo, al derrocamiento del poder que la creaba. En la fusión del movimiento obrero con el socialismo, veía esta obra el triunfo del proletariado sobre Inglaterra.

Sólo quien se había asimilado en su sangre y en su carne la dialéctica hegeliana, sacándola de la cabeza para echarla a andar, podía ser capaz de escribir una obra como aquella. Su autor consiguió lo que se proponía: hacer de su libro una fundamentación socialista. Sin embargo, la gran impresión que produjo al publicarse no obedecía precisamente a esto, sino a su interés puramente material; y si esta obra —como hubo de decir, con engreimiento cómico, un pedante acadé-



mico—hizo al socialismo «apto para la cátedra universitaria», sería tal vez por las lanzas roñosas que tal o cual profesor rompió contra ella. Pero cuando la crítica erudita más se hinchó fué cuando vió que no se producía la revolución que Engels creía oir ya llamar a las puertas de Inglaterra. El mismo había de decir, y con razón, cincuenta años más tarde, que lo maravilloso no era que se hubiesen frustrado muchas de las profecías hechas por él, en su «ardor juvenil», sino el que se hubieran realizado tantas, aunque él las hubiese enfocado en un «porvenir demasiado próximo».

Este «ardor juvenil», que enfocaba tantas cosas en un «porvenir demasiado próximo» no es, hoy, el menor de los encantos de este libro precursor. Sin estas sombras no sería concebible su luz. La mirada genial que sabe ver en el porvenir traspasando el presente, ve el futuro, por verlo más claro, más cercano que el sano sentido común, incapaz de hacerse a la idea de que puede llegar un día en que no le sirvan la sopa humeante a las doce en punto. Además, no era Engels el único que oía, entonces, los aldabonazos de la revolución llamando a las puertas de Inglaterra; también los oía el «Times», órgano director de la burguesía inglesa, con la diferencia de que el temor de la conciencia remordida sólo veía incendios y asesinatos donde la profética mirada social veía alzarse de los escombros una vida nueva.

Pero no era esta la única obra en que Engels se sintió acuciado, durante el invierno de 1844 a 1845, por su «ardor juvenil». Aún estaba forjándola sobre el yunque, cuando ya tenía otros hierros caldeándose en el fuego; eran, además de la continuación de esta obra, que no pretendía ser más que un capítulo de un extenso trabajo sobre la historia social de Inglaterra, una revista socialista mensual que había de editar en colaboración con Moses Hess, una biblioteca de autores socialistas extranjeros, una crítica de Mist, y varias cosas más. No se cansaba de espolear a Marx, con quien se topaba repetidas veces en sus planes, para que desarrollase la misma afanosa actividad. «Procura dar remate a tus obras de Economía, aunque no estés del todo satisfecho; lo mismo da, el momento es propicio y hay que machacar el hierro antes de que se enfríe... no hay tiempo que perder. Procura, pues, terminar antes de abril; haz como yo, fíjate un plazo dentro del cual te obligues a terminar sea como sea, y cuídate de la rápida impresión. Si no puedes darlo a imprimir ahí, mándalo a Mannheim, a Darmstadt o a otro sitio. Lo importante es que sea pronto». Hasta de la «curiosa» extensión de la «Sagrada Familia» se consolaba Engels, pensando que estaba bien, pues de ese modo «saldrían a luz muchas cosas que de otro modo se hubieran quedado enterradas, quién sabe por cuánto tiempo, en los cajones de tu mesa». ¡Cuántas veces, a lo largo de la vida de Marx, habían de resonar en sus oídos estas llamadas del amigo!

Pero si Engels era impaciente en sus conminaciones, era en cambio el más paciente de los amigos cuando el genio, en sus duras luchas consigo mismo, se veía además acosado por las grandes miserias de la vida ruin. En cuanto llegó a Barmen la noticia de que Marx había sido expulsado de París, Engels creyó necesario abrir inmediamante una suscripción «para repartirnos entre todos, comunistamente, los gastos extraordinarios que eso te ocasione». Y después de informarle de la «buena marcha» de la suscripción, añadía: «Pero como no sé si ello bastará para ayudar a tu instalación en Bruselas, no hay que decir que pongo con el mayor placer a tu disposición los honorarios de la primera cosa inglesa, que espero cobrar, en parte al menos, de un momento a otro y de que, por el momento, puedo prescindir, sacándole algún dinero al viejo. Por lo menos, esos perros no tendrán la fruición de causarte apuros pecuniarios con su infamia.» Engels había de proteger infatigablemente a su amigo contra aquella «fruicion de los perros» durante toda una vida.

Este Engels, que en sus cartas juveniles se nos muestra tan rápido y expeditivo, no tenía nada de ligero. Aquella «primera cosa inglesa», de que hablaba tan superficialmente, ha resistido los embates de siete décadas; era una obra que hacía época, el primer gran documento del socialismo científico. Veinticuatro años contaba Engels cuando lo escribió, sacudiendo ya de firme el polvo de las pelucas académicas. Pero este hombre no era uno de esos talentos precoces que florecen rápidamente en el aire caliente de una estufa para marchitarse con la misma prisa. Su «ardor juvenil» brotaba del auténtico fuego solar de una gran idea que había de llenar con su calor toda su vida, como llenaba su juventud.

Por el momento, vivía en casa de sus padres; era «una vida tranquila y apacible, en un hogar honrado y lleno del santo temor de Dios», como «el más brillante filisteo» no la podría soñar mejor. Pronto se cansó de ella, y sólo las «caras tristes» de sus padres le movieron a aventurarse en una nueva tentativa comercial. De todos modos, tenía decidido marcharse en primavera; por de pronto, a Bruselas. Los «disgustos familiares» se agudizaron considerablemente a consecuencia de una campaña de propaganda comunista desarrollada en Barmen-Elberfeld, en la que él tomó una parte muy activa. Escribió a Marx informándole de tres mítines comunistas, el primero de los cuales había congregado 40 espectadores, el segundo 130 y el tercero 200. «La cosa marcha magníficamente. No se oye hablar más que de comunismo y no pasa día sin que recibamos nuevas adhesiones. El comunismo del Wuppertal es ya una *verité,* y casi casi una potencia.» Sin embargo, esta potencia se esfumó ante una simple orden de la policía, y el cariz que presentaba no podía ser más singular; el propio Engels decía que

sólo el proletariado se mantenía ausente de este movimiento comunista por el que casi empezaba a entusiasmarse la parte más necia, más indolente y más vulgar del pueblo, la que no se interesaba por nada en el mundo.

Esto no estaba muy a tono con lo que acababa de escribir acerca de las ideas del proletariado inglés. Pero así era este hombre; un magnífico muchachote de los pies a la cabeza, siempre en guardia, vivaz, con un certero golpe de vista, infatigable y no curado de ese bendito atolondramiento que tan bien sienta al entusiasmo y a la bravura juveniles.

CAPITULO V

DESTERRADO EN BRUSELAS

1. La ideología alemana.

Desterrado de París, Marx trasladóse con su familia a Bruselas. Engels temía que también en Bélgica le molestasen, como en efecto ocurrió, ya desde los primeros momentos.

Inmediatamente de llegar a Bruselas, hubo de suscribir—según informe suyo a Heine—en la *Administration de la Sûreté publique* una declaración comprometiéndose a no publicar nada sobre temas políticos dentro de las fronteras del reino. Y pudo llenar el trámite con la conciencia tranquila, pues no tenía ni la intención ni los medios de hacer semejante cosa. Como el gobierno prusiano continuase maniobrando sobre el ministerio belga respecto a su expulsión, Marx, antes de que acabase el año, el 1 de diciembre de 1845, renunció a su nacionalidad, dejando con ello de pertenecer al Estado de Prusia.

Mas ni entonces ni después había de abrazar la ciudadanía de ningún otro Estado, a pesar de serle ofrecida la de Francia, en condiciones muy honrosas, por el Gobierno provisional de la República, en la primavera de 1848. Marx se abstuvo siempre de dar este paso, lo mismo que Heine; en cambio, Freiligrath, que tantas veces se ha querido presentar como modelo de alemán y ostentoso reverso de aquellos dos «canallas sin patria», no tuvo ningún inconveniente en naturalizarse inglés en el destierro.

En la primavera de 1845, Engels se trasladó a Bruselas, y juntos Marx y él, emprendieron un viaje de estudios por Inglaterra, que duró unas seis semanas. En este viaje, Marx, que ya en París había empezado a estudiar a Max Culloch y a Ricardo, pudo sondear más concienzudamente las obras de los economistas ingleses, aunque sólo le fuese dado, según nos dice, consultar «los libros que tenía a mano en Manchester» y los extractos y obras que poseía Engels. Este, que ya durante su primera estancia en Inglaterra había colaborado en el *New Moral World,* órgano de Owen, y en el *Northern Star,* periódico de los cartistas, renovó las viejas relaciones, con lo cual ambos amigos entraron en contacto con los cartistas y con las figuras del socialismo.

Al regreso de este viaje, acometieron un nuevo trabajo en común. «Decidimos—dice Marx, volviendo más tarde sobre esto, bastante la-

cónicamente—analizar en común el contraste de nuestras doctrinas con las enseñanzas ideológicas de la filosofía alemana, lo cual equivalía en realidad a romper con nuestra conciencia filosófica del pasado. Llevamos a cabo nuestro propósito en forma de una crítica de la filosofía posthegeliana. Llevaba ya algún tiempo el original de la obra, que hacía dos grandes volúmenes en octavo, en poder de la editorial, cuando nos avisaron que la nueva situación producida no consentía dar el libro a la luz. En vista de esto, abandonamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, sin gran sacrificio, pues habíamos alcanzado lo que nos proponíamos: llegar a conclusiones claras ante nosotros mismos.» Los ratones cumplieron con su misión, en el sentido más literal de la palabra. Y los restos que de esta obra se conservan explican perfectamente que los autores no tomasen demasiado a pecho su mala suerte.

Si ya su polémica a fondo, y aun acaso demasiado a fondo, con los Bauers, era difícilmente digerible para el lector, estos dos nutridos volúmenes, de unos cincuenta pliegos en total, se les habrían hecho todavía de más difícil inteligencia. La obra llevaba por título: «La ideología alemana, crítica de la filosofía alemana novísima en sus representantes Feuerbach, Bruno Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en sus varios profetas». Años más tarde, Engels había de decir, acogiéndose a la memoria, que solamente la crítica dedicada a Stirner abarcaba, por lo menos, tanto espacio como el libro del propio autor criticado, y los fragmentos que luego se publicaron prueban que la memoria no le engañaba. Trátase, como nos los revela la misma «Sagrada Familia» en sus capítulos más áridos, de una prolija superpolémica, y aunque no falte algún que otro oasis en el desierto, el follaje no abunda. Allí donde aparece la agudeza dialéctica de los autores, es para degenerar en seguida en minucias y alardes pedantescos, a las veces bastante mezquinos.

Cierto es que el gusto moderno en estas materias es mucho más complicado que el de entonces. Pero esto no resuelve el problema, sobre todo si nos fijamos en que los autores habían dado ya pruebas, y las seguían dando y las darían siempre, de poseer un agudo sentido crítico, vena epigramática, y un estilo que no pecaba precisamente de prolijo. La razón está en el estrechísimo círculo en que se libraban aquellas batallas del espíritu; a lo cual hay que añadir, en la mayor parte de los casos, los pocos años de los contendientes. Es un fenómeno semejante al que la historia literaria tiene ocasión de observar en Shakespeare y los dramaturgos de su época: el autor se esfuerza por exprimir lo más que puede un giro o una expresión, por achacar a las palabras del adversario las mayores necedades mediante una interpretación equívoca o literal, propendiendo siempre a llevar a último término la

expresión; su ingenio no se encamina al gran público, sino a la inteligencia refinada de los profesionales. Muchas de las cosas que hoy no acertamos a gustar, ni siquiera a descubrir en la musa de Shakespeare, nacen de que, al crear, le guiaba siempre, aunque no tuviese conciencia de ello, la preocupación del juicio que su obra merecería de Green y Marlowe, de Jonson, de Fletcher, de Beaumont.

Acaso pueda explicarse de esta manera el tono que, consciente o inconscientemente, empleaban Marx y Engels para polemizar con los Bauer, los Stirner y demás viejos compadres de argucias. Nos interesaría mucho más, sin duda, conocer la parte dedicada a Feuerbach, que seguramente no se limitaría a la crítica negativa, pero, por desdicha, este capítulo de la obra no llegó a terminarse. Sin embargo, algunos aforismos sobre Feuerbach, escritos por Marx en 1845 y publicados por Engels andando el tiempo, son claro indicio de su actitud ante este autor. Marx echa de menos en el materialismo feuerbachiano lo mismo que de estudiante había echado de menos en Demócrito, el precursor materialista: el «principio enérgico»; para él, el defecto sustancial de todas las corrientes materialistas conocidas hasta entonces estribaba en no concebir la sensoriedad y la realidad más que bajo forma de intuición u objeto, pero no como actividad humana sensible, como práctica, es decir, subjetivamente. Así se explica, según Marx, que este aspecto activo que el materialismo abandona, sólo lo desarrolle el idealismo, pero nada más que de un modo abstracto, ya que esta corriente desconoce, como es lógico, la actividad real y sensible. O dicho de otro modo: Feuerbach se excedió repudiando por entero a Hegel, cuando lo indicado era arrancar la revolucionadora dialéctica hegeliana del mundo de las ideas para transportarla al mundo de la realidad.

Engels, siempre intrépido, había escrito a Feuerbach, estando todavía en Barmen, para ganarle para la causa del comunismo. Feuerbach le contestó en tono afectuoso, pero—de momento al menos—rehuyó la invitación. Si, como se proponía, venía al Rin durante el verano, Engels le «convencería» de que se trasladase a Bruselas. Provisionalmente, se contentó con enviar a Marx como «magnífico agitador», a Hermann Kriege, un discípulo del filósofo.

Pero Feuerbach no apareció por el Rin, y las obras que siguió publicando vinieron a demostrar que seguía siendo el mismo. Tampoco Kriege confirmó las esperanzas puestas en él; aunque llevó la propaganda comunista al otro lado del océano, había de producir trastornos incalculables en Nueva York, y sus perturbaciones influyeron también reflejamente en la colonia comunista que empezaba a formarse en Bruselas en torno a Marx.

2. El «verdadero» socialismo.

La segunda parte de la obra proyectada había de dedicarse a la crítica del socialismo alemán a través de sus varios profetas, analizando críticamente «todas las doctrinas insípidas y trasnochadas del socialismo germano».

Aludíase aquí a figuras como Moses Hess, Carlos Grün, Otto Lüning, Hermann Pütmann y otros, que habían ido formando una copiosa literatura, en la que abundaban, sobre todo, las revistas: el *Gesellschaftsspiegel*, publicado en cuadernos mensuales, desde el verano de 1845 hasta el de 1846, los *Rheinische Jahrbücher,* y el *Deutsches Bürgerbuch,* del que vieron la luz dos volúmenes anuales, correspondientes a los años 1845 y 1846, el *Westfälisches Dampfboot,* revista mensual que empezó a publicarse también en 1845, subsistiendo hasta la revolución alemana, y, finalmente, algunos diarios, como la «Gaceta de Tréveris».

El curioso fenómeno bautizado por Grün con el nombre de «verdadero socialismo», nombre que Marx y Engels emplean siempre en un sentido satírico, tuvo una vida fugaz. Desapareció, sin dejar huella, en 1848; el primer tiro de la revolución puso fin a su existencia. Esta corriente no contribuyó en nada a la formación espiritual de Marx, que se enfrentó con ella, superándola críticamente, desde el primer momento. Sin embargo, el brusco juicio que hace de estas doctrinas en el Manifiesto Comunista no refleja de una manera perfecta su actitud ante semejante socialismo; durante una época, lo tuvo por un mosto capaz, a pesar de todas aquellas absurdas gesticulaciones, de fermentar un vino. Y lo mismo, y más señaladamente aún, Engels.

Este formaba con Moses Hess la redacción del *Gesellschaftsspiegel,* en que Marx colaboró también con un artículo. Ambos colaboraron asimismo con Hess en la *Brüsseler Zeit* de diversos modos, y casi parecía como si este autor se hubiera compenetrado de lleno con sus ideas. Marx solicitó repetidas veces la colaboración de Heine para los «Anales Renanos», y si no suyos, esta revista, lo mismo que el *Deutsches Bürgerbuch,* dirigidas ambas por Püttmann, llegó a publicar algunos trabajos de Engels. En el *Westfalisches Dampfboot* colaboraron ambos amigos: Marx publicó en las páginas de esta revista el único fragmento de la segunda parte de la «Ideologia Alemana» que hasta hoy ha visto la luz: es la crítica aguda y profunda de un folletón de Carlos Grün acerca del movimiento social en Francia y Bélgica.

La circunstancia histórica de que el llamado «verdadero socialismo»

se formase también de los restos de la filosofía hegeliana ha movido a algunos a sostener que Engels y Marx habían abrazado también en un principio aquellas doctrinas, que luego, al separarse de ellas, criticaron con redoblada acritud. Pero esto no es verdad. Lo que ocurre es que ambas corrientes desembocaron en el socialismo arrancando de Hegel y Feuerbach, pero mientras que Marx y Engels se preocupaban de estudiar la esencia de este socialismo sobre la revolución francesa y la industria inglesa, los «verdaderos» socialistas contentábanse con traducir las fórmulas y los tópicos del socialismo a su «corrompido alemán de hegelianos». Marx y Engels se esforzaron cuanto pudieron por ennoblecer esas doctrinas, considerándolas, con harta equidad, como un producto de la historia alemana. Grün y consortes no tenían por qué quejarse, ante una comparación tan halagadora como era la que parangonaba sus doctrinas socialistas, consideradas como una especulación ociosa acerca de la realización de las esencias humanas, con la interpretación que daba Kant a los actos de la Gran revolución francesa, concebidos como leyes de la voluntad verdaderamente humana.

En sus esfuerzos pedagógicos por orientar el «verdadero socialismo», Engels y Marx no ahorraron la indulgencia ni el rigor. En el *Gesellschaftsspiegel* de 1845, Engels, en su calidad de codirector, dejó pasar al bueno de Hess deslices que no podían ocultársele; pero en el *Deutsches Bürgerbuch* de 1846, empezó a calentarle ya las orejas. «Una pequeña dosis de «humanidad», como modernamente la llaman; otra pequeña dosis de «realización» de esta humanidad, o, por mejor decir, monstruosidad; otra dosis, ya más pequeña, sobre la cuestión de la propiedad—de tercera o cuarta mano—, un puñadito de lástimas para el proletariado, de organización del trabajo, la miseria de la asociación para levantar el nivel de las clases menesterosas: todo esto, unido a una insigne ignorancia de la economía política y de la realidad social, forma el famoso sistema, al que aún vienen a chuparle la última gota de sangre, el último vestigio de energía y acometividad, la tan decantada imparcialidad teórica, el «equilibrio absoluto» de la idea. ¡Y con esta cosa tan aburrida hav quien pretende desencadenar en Alemania la revolución, poner en marcha el proletariado, hacer pensar y obrar a las masas! Su preocupación por el proletariado y las masas informaba muy de cerca la actitud adoptada por Marx y Engels ante el «verdadero socialismo». Y si de todos sus representantes, atacaban con mayor violencia que a ninguno a Carlos Grün, era, aparte de sus mayores flacos, porque, viviendo en París, sembraba la confusión entre aquellos obreros e influía en Proudhon de un modo fatal. Nada tiene de extraño que en el Manifiesto comunista volviesen la espalda al «verdadero» socialismo con una gran dureza y hasta con una alusión bastante clara a su antiguo amigo Hess, ya que aquellas páginas tenían por

misión provocar un movimiento práctico de agitación en el proletariado internacional.

Así se comprende también que, estando como estaban dispuestos a perdonar a estos autores la «inocencia pedantesca» con que «profesaban y trompeteaban a los cuatro vientos, tan solemnemente, «sus torpes ejercicios escolares», no lo estuviesen tanto a pasar por alto el apoyo que al parecer dispensaban a los gobiernos. La lucha de la burguesía contra el absolutismo y el feudalismo anteriores a las jornadas de marzo habría de brindarle, por lo visto, la «ocasión apetecida» para lanzarse por la espalda sobre la oposición liberal. «Los gobiernos absolutos de Alemania, con su cortejo de clérigos, maestros de escuela, hidalgüelos y burócratas, tenían en esas doctrinas un magnífico espantapájaros contra la burguesía, que comenzaba a levantar cabeza. Era el complemento dulzón de los terribles latigazos y las balas de fusil con que esos mismos gobiernos trataban las revueltas obreras.» Estas palabras eran duramente exageradas en lo tocante a la cosa, y perfectamente injustas en lo que atañía a las personas.

El propio Marx había aludido en los «Anales franco-alemanes» a la peculiar situación de Alemania, donde la burguesía no podía alzarse contra los gobiernos sin que ya el proletariado tomase partido contra la burguesía. La misión del socialismo, según esto, no podía ser otra que apoyar al liberalismo allí donde se mantuviese revolucionario y combatirlo donde degenerase en reacción. Este cometido no era fácil de cumplir; el mismo Marx y el mismo Engels defendieron como revolucionario al liberalismo en ocasiones en que abrigaba ya tendencias reaccionarias. Cierto es que, por su parte, los «verdaderos» socialistas caían no pocas veces en el pecado contrario, en el pecado de combatir el liberalismo en bloque, con lo cual no hacían más que dar gusto al gobierno; los que más se distinguieron en esto fueron Carlos Grün y Moses Hess, y el que menos Otto Lüning, director del *Westfälisches Dampfboot*. Pero estos pecados eran más de torpeza e ignorancia que nacidos de la intención de apoyar a los gobiernos. En la revolución, que firmó la sentencia de muerte de todas sus figuraciones, formaron siempre en el ala izquierda de la burguesía; ninguno de estos «verdaderos» socialistas desertó de su campo para entrar en el gobierno, y uno de ellos, Moses Hess, formó como militante en las filas de la socialdemocracia; entre todos los matices del socialismo burgués de entonces y aun del de hoy, seguramente no habrá ninguno que pueda tener, en este punto, la conciencia tan tranquila como éste.

Estos hombres sentían todos un gran respeto ante las figuras de Marx y Engels, para quienes estaban siempre abiertas las columnas de sus revistas, aun cuando a las veces se viesen zarandeados por ellos en su propia casa. No era la perfidia, sino la ignorancia franca y sincera la

que les impedía abandonar sus falsas posiciones. En sus labios florecía con especial predilección ese viejo cantar que tanto aman los buenos filisteos: ¡silencio, silencio, no hacer ruido! Era el consabido tópico de que en un partido nuevo había que levantar un poco el brazo y, cuando la discusión fuese obligada, guardar a lo menos el tono correcto, no herir, no repeler; prestigios como Bauer, Ruge, Stirner, no podían ser allí objeto de ataques demasiado duros. Ya podían irle con esas cantinelas a Marx, al hombre que dijo: «Lo característico de estas viejas comadres es el querer suavizar y azucarar los combates librados dentro del partido.» Mas también esta sana actitud encontraba comprensión en ciertos socialistas «verdaderos»; en José Weydemeyer, cuñado de Lüning, y redactor del *Westfälisches Dampfboot,* encontraron Marx y Engels uno de sus partidarios más leales.

Weydemeyer, un antiguo teniente de artillería prusiano, que había abandonado la carrera militar por sus convicciones políticas, formaba parte de la redacción de la «Gaceta de Tréveris», periódico influído por Carlos Grün, y esto le llevó a trabar contacto con los elementos del verdadero «socialismo». En la primavera de 1846 se trasladó a Bruselas, no sabemos si exprofeso, para conocer a Marx o Engels, o por otras razones: lo cierto es que intimó rápidamente con ambos, sin dejarse imponer por los clamores que despertaban sus críticas despiadadas, de las que tampoco se libraba Lüning, su cuñado. Weydemeyer, que era westfaliano, tenía algo de ese temperamento sereno y grávido, pero leal y tenaz, que se asigna a su raza. Como escritor, no se distinguió nunca por sus grandes talentos; de regreso en Alemania, aceptó un puesto de geómetra en las obras del ferrocarril de Colonia a Minden, colaborando accidentalmente en el *Westfälisches Dampfboot.* Con su sentido práctico, quiso ayudar a Marx y Engels a remediar una carencia que se les iba haciendo cada vez más sensible: la carencia de editor.

En el «Literarisches Kontor», editorial de Zurich, les cerró las puertas el rencor de Ruge: a pesar de reconocer, como lo reconocía, que era difícil que Marx pudiera escribir nada malo, le puso a su socio Fröbel el puñal al pecho para que se abstuviese de toda relación editorial con él. Wigand, casa de Leipzig en la que editaban la mayor parte de los neohegelianos, había ya rechazado en otra ocasión una crítica dirigida contra Bauer, Feuerbach y Stirner. Era, pues, una magnífica perspectiva la que abría Weydemeyer en su tierra westfaliana, reuniendo a dos comunistas ricos, Julio Meyer y Rempel, dispuestos a adelantar el dinero necesario para una empresa editorial. Tenían el plan de invertir el capital, inmediatamente, nada menos que en tres producciones: la «Ideología Alemana», una biblioteca de autores socialistas y una revista trimestral que había de ser dirigida por Marx, Engels y Hess.

Pero, al llegar la hora de desembolsar, los dos capitalistas fallaron,

no obstante haberse comprometido de palabra con Weydemeyer y con el propio Hess. Surgieron «dificultades económicas», que vinieron a paralizar en el instante oportuno su espíritu de sacrificio comunista. Amargo desengaño, que Weydemeyer agudizó todavía más al ofrecer el original de la «Ideología Alemana« a otros editores que se lo rechazaron. Y por si esto fuera poco, aún se puso a reunir entre los correligionarios de la región unos cuantos cientos de francos para remediar la extrema miseria de Marx. Sin embargo, como su carácter era noble y honrado, Marx y Engels no tardaron en olvidar estas pequeñas indiscreciones cometidas por él.

Por fin, el original de la «Ideología Alemana» quedaba entregado sin remedio a la crítica roedora de los ratones.

3. Weitling y Proudhon.

Mucho más emocionante, desde un punto de vista humano, y más importante también, que la crítica de los filósofos posthegelianos y de los «verdaderos» socialistas, son las polémicas entabladas por Marx contra aquellos dos proletarios geniales, que tanto influyeran sobre él en un principio.

Weitling y Proudhon tuvieron su cuna en las simas de la clase obrera; eran las suyas personalidades sanas y fuertes, ricamente dotadas, y tan favorecidas por el medio, que no les hubiera sido difícil escalar posiciones de excepción, esas raras posiciones de que se nutre el tópico filisteo de que las filas de la clase gobernante están abiertas para todos los talentos de la clase trabajadora. Pero ambos desdeñaron esta carrera, para abrazar voluntariamente la de la pobreza y luchar por sus hermanos de clase y de pasión.

Siendo como eran hombres robustos y fornidos, llenos de fuerza medular, predestinados por naturaleza al goce de la vida, se impusieron las más duras privaciones por consagrarse a sus ideales. «Una estrecha cama, compartida no pocas veces por tres personas entre las paredes de un angosto cuarto, una tabla por mesa de trabajo, y, de vez en cuando, una taza de café negro»: así vivía Weitling, cuando su nombre ponía ya espanto en los grandes de la tierra, y lo mismo moraba Proudhon en su cuartucho parisino, en momentos en que ya le ceñía la fama europea: «metido en un chaleco de punto y calzados los pies en zuecos».

En ambos se mezclaban la cultura alemana y la francesa. Weitling era hijo de un oficial francés, y acudió presuroso a París tan pronto como tuvo edad para ello, a beber en las fuentes del socialismo. Proudhon era oriundo del viejo condado libre de Borgoña, anexionado por

Luis XIV a Francia; y no era difícil echar de ver en él la cabeza germana. Lo cierto es que, tan pronto tuvo independencia de juicio, sintióse atraído por la filosofía alemana, en cuyos representantes Weitling no alcanzaba a ver más que espíritus confusos y nebulosos; Proudhon, en cambio, no tenía palabras bastante duras para fustigar a los grandes utopistas, a quienes aquél debía lo mejor de su formación.

Estas dos figuras del socialismo compartieron la fama y la mala estrella. Fueron los primeros proletarios modernos que aportaron una prueba histórica de que la moderna clase obrera es lo bastante fuerte e inteligente para emanciparse a sí misma; los primeros que rompieron el círculo vicioso a que estaban adscritos el movimiento obrero y el socialismo. En este sentido, su labor hace época; su obra y su vida fueron ejemplares y contribuyeron fructíferamente a los orígenes del socialismo científico. Nadie volcó mayores elogios que Marx sobre los comienzos de Weitling y Proudhon. En ellos, veía confirmado como realidad viviente lo que el análisis crítico de la filosofía hegeliana sólo le había brindado, hasta entonces, como fruto de especulación.

Pero, con la fama, aquellos dos hombres compartieron también la mala estrella. A pesar de toda su agudeza y del alcance de su visión, Weitling no llegó a remontar nunca los horizontes del aprendiz artesano alemán, como Proudhon tampoco superó los del pequeño burgués parisino. Y ambos se separaron del hombre que supo consumar gloriosamente lo que ellos habían iniciado de un modo tan brillante. No fué por vanidad personal ni por despecho, aunque ambas cosas apuntasen también, más o menos visibles, conforme la corriente de la historia les iba haciendo sentirse eliminados. Sus polémicas con Marx revelan que no sabían sencillamente hacia dónde navegaba éste. Fueron víctimas de una mezquina conciencia de clase, cuya fuerza era tanto mayor cuanto más inconscientemente actuaba en ellos.

Weitling se trasladó a Bruselas a comienzos del año 1846. Cuando su campaña de agitación en Suiza se hubo paralizado, por efecto de sus contradicciones internas y de la brutal represión de que luego fué objeto, buscó refugio en Londres, donde no pudo llegar a entenderse con los elementos de la «Liga de los Justicieros». Fué presa de su cruel destino precisamente por querer huir de él acogiéndose a un antojo de profeta. En vez de lanzarse de lleno al movimiento obrero inglés, en aquella época en que la agitación cartista alcanzaba gran altura, se puso a trabajar en la construcción de una gramática y una lógica fantásticas, preocupado con crear una lengua universal, que en lo sucesivo había de ser su quimera favorita. Se arrojó precipitadamente a empresas para las que no poseía capacidad ni conocimientos de ninguna especie, y así fué cayendo en un aislamiento espiritual que le separaba cada vez más de la verdadera fuente y raíz de su fuerza: la vida de su clase.



Al trasladarse a Bruselas, realizó el acto más razonable de su vida, pues si había alguien que pudiera curarle moralmente, ese hombre era Marx. La noble hospitalidad con que éste le recibió, no sólo nos la atestigua Engels, sino que la confirma y reconoce el propio Weitling. Pero pronto había de demostrarse que era imposible llegar a una inteligencia espiritual entre ellos; en una reunión de los comunistas de Bruselas celebrada el 30 de marzo de 1846, Marx y Weitling tuvieron un encuentro violentísimo; en una carta dirigida por éste a Hess, tenemos la prueba de que las ofensas partieron del segundo. Estaban en curso las negociaciones para fundar la editorial de que hemos hablado, y Weitling dejó asomar la acusación de que se trataba de apartarle de las «fuentes de ingreso» y reservar a otros las «traducciones bien pagadas». Sin embargo, Marx siguió haciendo por él todo lo que pudo. Por informes procedentes también del propio Weitling, sabemos que Hess escribió a Marx desde Verviers, con fecha 6 de mayo en estos términos: «Ya sabía yo, conociéndote, que tu aversión contra él no había de llegar hasta el punto de cerrarle herméticamente la bolsa, mientras tuvieses algo en ella.» Y Marx no nadaba precisamente en la abundancia.

Pocos días después, Weitling dió ocasión a la ruptura definitiva. La campaña de propaganda de Kriege en Norteamérica no colmó las esperanzas puestas en ella, entre otros por Marx y Engels. «El Tribuno del Pueblo», semanario publicado por Kriege en Nueva York, atizaba, en términos infantiles y pomposos, un fanatismo fantástico y sentimental que nada tenía que ver con los principios comunistas y que sólo podía contribuir a desmoralizar en el más alto grado a la clase obrera. Pero lo peor era que Kriege, no contento con esto, se dedicaba a dirigir grotescas cartas a los millonarios yanquis mendigando unos cuantos dólares para el periódico. Y como se hacía pasar por representante literario del comunismo alemán en Norteamérica, era natural que los verdaderos representantes de la organización protestasen contra una conducta que tanto les comprometía.

El 16 de mayo, Marx, Engels y sus amigos acordaron formular protesta razonada por medio de una circular dirigida a sus correligionarios, enviándola en primer lugar a Kriege con ruego de publicación en su periódico. Weitling fué el único que excusó su adhesión, con fútiles pretextos, alegando que «El Tribuno del Pueblo» era un órgano comunista perfectamente adecuado al ambiente norteamericano y que el partido comunista tenía enemigos harto potentes y numerosos para no necesitar enderezar los tiros contra Norteamérica, sobre todo contra amigos y correligionarios. No contento con esto, aun hubo de dirigir una carta a Kriege, precaviéndole contra los que suscribían la protesta, que eran todos, según él, unos «intrigantes redomados». «Todas las

preocupaciones de la «Liga», podrida de dinero y formada por unos doce a veinte individuos, están absorbidas por la lucha contra mí, pobre reaccionario. Después que me hayan decapitado a mí, decapitarán a otros, luego a sus amigos, y por último, cuando ya no tengan a quién matar, se cortarán el cuello ellos mismos... Para esta zarabanda no les falta dinero, disponen de sumas gigantescas; yo, en cambio, no encuentro editor. Me han dejado solo con Hess, a quien también niegan el agua y el fuego.» El propio Hess había de abandonar sin tardanza a este hombre cegado por la pasión.

Kriege reprodujo la protesta de los comunistas de Bruselas, tomada luego de sus columnas por Weydemeyer para el *Westfälisches Dampfboot,* pero publicando al pie la carta de Weitling, o por lo menos sus pasajes más duros, para que hiciesen de contraveneno. Luego, hizo que la «Asociación de Reformas sociales», una organización obrera alemana que había tomado por órgano su semanario, nombrase a Weitling redactor, enviándole el dinero para el pasaje. Así desapareció Weitling de Europa.

Por los mismos días del mes de mayo, empezó a dibujarse también la ruptura entre Marx y Proudhon. Para suplir la falta de un periódico, Marx y sus amigos se valían, como en el caso de Kriege, de circulares impresas o litografiadas; además, preocupábanse de mantener correspondencia periódica con las principales capitales en que existían centros comunistas. En Bruselas y Londres funcionaban ya oficinas de correspondencia de este tipo, hallándose en vías de organización la de París. Marx escribió a Proudhon, requiriendo su ayuda. Proudhon prometió prestarla, por carta fechada en Lyon el 17 de mayo de 1846, aun cuando—decía—no podía comprometerse a escribir mucho ni con cierta frecuencia. Valiéndose de la ocasión que le brindaba esta carta, creyó oportuno dirigirle a Marx una prédica moral en que a éste pudo revelársele ya bien patente el abismo abierto entre los dos.

Proudhon se mostraba ahora partidario de un «antidogmatismo casi absoluto» en cuestiones económicas. Marx, decíale, debía cuidarse mucho de no caer en la contradicción de su conciudadano Martín Lutero, quien, después de derribar la teología católica, no había sabido hacer nada mejor que fundar una nueva teología protestante, con gran alarde de anatemas y excomuniones. «No demos nuevo trabajo al género humano con nuevos desvaríos, brindemos al mundo el ejemplo de una sabia y sagaz tolerancia, no queramos pasar por apóstoles de una nueva religión, aunque ésta sea la religión de la razón y de la lógica.» Proudhon pretendía, pues, ni más ni menos que los «verdaderos» socialistas, mantener esa agradable confusión, cuya destrucción era para Marx el primer paso obligado de toda propaganda comunista.

Proudhon no quería ni oir hablar de aquella revolución en la que

tanto tiempo había creído: «Prefiero quemar la propiedad a fuego lento antes que dar nuevo pábulo a los propietarios por medio de otra noche de San Bartolomé.» A este problema prometía dar minuciosa solución en una obra que tenía ya a medio imprimir, sometiéndose de buen grado al látigo de Marx, en espera de su revancha. «Y ya que hablamos de esto, le diré que creo que las ideas de la clase obrera francesa coinciden con mi posición; nuestros proletarios sienten una sed tan grande de ciencia, que no saldría bien parado quien no supiese ofrecerles para beber otra cosa que sangre.» Para terminar, Proudhon rompía una lanza en defensa de Carlos Grün, contra cuyo hegelianismo mal digerido le precaviera Marx. Decíale que, por su ignorancia del alemán, tenía que acudir a Grün y Ewerbeck para estudiar a Hegel y Feuerbach, a Marx y Engels. Que Grün se proponía traducir al alemán su último libro, y que sería muy útil y honroso para todos que Marx le ayudase a sacar adelante esta traducción.

El final de la carta tenía un cierto dejo de burla, aunque no pretendiera serlo, indudablemente. Y a Marx no podía agradarle verse retratado en aquella jerga retórica de Proudhon como un vampiro ávido de sangre. Los manejos de Grün tenían que despertar en él cierto recelo, y a esto sin duda se debió, aun cuando hubiese otros motivos concomitantes, el que Engels se decidiese a trasladarse temporalmente a París en agosto de 1846, encargándose de informar del movimiento de aquella capital, que seguía siendo el centro más importante para la propaganda comunista. Era menester también informar a los comunistas de París de la ruptura con Weitling, de la aventura editorial wesfaliana y de todo cuanto levantase o pudiera levantar polvareda, tanto más cuanto que no podían fiarse para nada de Ewerbeck, y mucho menos de Bernay.

Al principio, los informes de Engels, dirigidos unos a la oficina de correspondencia de Bruselas y otros a Marx personalmente, venían henchidos de esperanza, pero, poco a poco, fué demostrándose que Grün había «envenenado» lastimosamente el asunto. Y cuando, al aparecer en el otoño la anunciada obra de Proudhon, se vió que no hacía más que hundirse en el pantano en que ya braceaba la carta, Marx dejó caer sobre él el látigo, como Proudhon lo apetecía, pero sin que éste llegase a realizar su prometida revancha más que con unos cuantos insultos groseros.

4. El materialismo histórico.

Proudon había dado a su libro este título: «Sistema de las contradicciones económicas», y por subtítulo: «La Filosofía de la Miseria». Marx tituló su obra polémica de contestación: «La Miseria de la Filosofía», escribiéndola en francés para de este modo triunfar más fácilmente sobre su adversario. Pero no lo consiguió. La influencia de Proudhon sobre la clase obrera francesa y el proletariado de los países latinos en general, lejos de disminuir se acentuó, y Marx hubo de luchar durante muchos años con el proudhonismo.

Esto no merma, sin embargo, ni mucho menos, el valor de su obra polémica, ni siquiera su importancia histórica. Esta obra es piedra angular no sólo en la vida de su autor, sino en la historia de la ciencia. En ella, se desarrollan científicamente por vez primera los puntos de vista fundamentales del materialismo histórico. En las obras anteriores, estos puntos de vista relucen con brillo de chispazo; más tarde, Marx había de resumirlos en forma epigramática; mas aquí, en este libro escrito contra Proudhon, los vemos desplegarse ante nosotros con toda la claridad persuasiva de una polémica victoriosa. Y la exposición y fundamentación del materialismo histórico es la aportación científica más considerable que debemos a Carlos Marx; representa para las ciencias de la historia lo que la teoría de Darwin para las ciencias naturales.

Engels tuvo una cierta participación en esta doctrina, mayor de lo que en su modestia se aviene a reconocer, si bien se ajusta a la verdad al asignar la fórmula clásica en que se recoge la idea fundamental a su amigo como obra exclusiva suya. Cuenta Engels que, al trasladarse a Bruselas en la primavera de 1845, Marx le expuso, ya perfectamente desarrollada, la idea capital del materialismo histórico, el pensamiento cardinal de que la producción económica y la estructuración social de cada época de la historia, calcada necesariamente sobre aquélla, forma la base sobre la que se erige la historia política e intelectual de ese período; que, por tanto, toda la historia de la humanidad es una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadas y explotadoras, dominadoras y dominadas, en los diferentes estadios de la evolución social, pero que esta lucha ha llegado por fin a una fase en que la clase explotada y oprimida, el proletariado, no puede emanciparse ya de la clase que la explota y oprime, de la burguesía, sin al mismo tiempo emancipar para siempre y por entero a la sociedad de la explotación y la opresión.

Este pensamiento cardinal es el que Marx endereza contra Proud-

hon en su obra polémica, como el foco en que vienen a converger una muchedumbre de rayos de luz. Apartándose bruscamente de la prolijidad tan fatigosa de que adolecían a veces sus polémicas contra Bruno Bauer y Stirner, el estilo tiene aquí una claridad y concisión incomparables; ya la barca no zozobra, traída y llevada por el oleaje limoso, sino que surca, con el velamen desplegado, las movidas aguas.

La obra se divide en dos partes: en la primera, Marx se nos revela, para citar una frase de Lassalle, como un Ricardo convertido al socialismo, en la segunda como un Hegel venido al campo de la Economía. Ricardo había demostrado que el cambio de mercancías en la sociedad capitalista se ajustaba a las horas de trabajo contenidas en ellas; este «valor» de las mercancías era el que Proudhon aspiraba a ver «constituído, de tal modo que, coincidiendo la cantidad de trabajo, hubiesen de cambiarse los productos de uno por los de otro, reformándose la sociedad para convertir a todos sus miembros en obreros, entre los que se estableciese un intercambio directo de cantidades iguales de trabajo». Esta deducción «igualitaria» de la teoría de Ricardo no era nueva; ya la habían establecido los socialistas ingleses, intentando llevarla a la práctica por medio de «Bancos de intercambio», que no tardaron en dar en quiebra.

Marx demostraba ahora que la «teoría revolucionaria» que Proudhon creía haber descubierto para la emancipación del proletariado no era más que una fórmula bajo la cual se escondía la moderna esclavitud de la clase obrera. De su ley del valor, Ricardo había deducido lógicamente la ley del salario; el valor de la mercancía fuerza de trabajo se mide por el tiempo de trabajo necesario para producir los objetos de que el obrero necesita como sustento de su vida y para la perpetuación de la especie. Es una ilusión burguesa, una quimera, creer que puede existir un intercambio individual sin antagonismos de clase, confiar en implantar dentro de la sociedad burguesa un estado de armonía y de justicia eterna en que nadie pueda enriquecerse a costa de otros.

Marx recoge la verdadera realidad en estas palabras: «En el instante mismo en que comienza la civilización, empieza la producción a erigirse sobre el antagonismo de las profesiones, los estamentos, las clases, reducidos todos en último término al que se alza entre el trabajo acumulado y el de cada día. Sin antagonismo, sin choque, no existe progreso: a esta ley ha obedecido hasta hoy toda la civilización. Hasta aquí, las fuerzas productoras de la sociedad se han desarrollado bajo el imperio de este antagonismo de clase.» Proudhon, por medio de su idea del «valor constituído», pretende asegurar al obrero el producto, cada vez mayor, que crea en cada una de sus jornadas de trabajo gracias al progreso del trabajo en común; pero Marx demuestra que

el desarrollo de las fuerzas productivas que permiten al obrero inglés de 1840 producir veintisiete veces más que el de 1770 responde a condiciones históricas, nacidas todas del antagonismo de clases: acumulación de capitales privados, régimen moderno de división del trabajo, concurrencia anárquica, sistema de salarios. No puede existir remanente de trabajo, concluye Marx, sin que existan unas clases que se beneficien y otras que perezcan.

Proudhon citaba el oro y la plata como las primeras pruebas de su «valor constituído», afirmando que era la consagración soberana del cuño del Estado la que convertía a estos metales en dinero. Marx refuta de plano esta tesis. El dinero, dice, no es un objeto: es una relación social que, como intercambio individual, corresponde a un determinado régimen de producción. «En efecto, hace falta ignorar en absoluto la historia, para no saber que los soberanos de los Estados se han tenido que someter siempre y en todas partes a los factores económicos, sin poder dictarles nunca su ley. La legislación política y la burguesa no hacen, en realidad, más que proclamar y protocolizar la voluntad de los factores económicos... El derecho es, sencillamente, el reconocimiento oficial del hecho.» El cuño del Estado no imprime al oro el valor, sino el peso; el oro y la plata sientan al «valor constituído» como al santo las pistolas; precisamente por su condición de signos de valor son las únicas mercancías que no se ajustan a su coste de producción, como lo demuestra el que puedan ser sustituídas en la circulación por el papel; es éste un punto puesto en claro por Ricardo hace ya mucho tiempo.

Marx alude a la meta comunista, demostrando que la «exacta proporción entre la oferta y la demanda», indagada por Proudhon, sólo era posible establecerla en tiempos en que los medios de producción tenían carácter limitado y en que el intercambio se desarrollaba dentro de confines extraordinariamente angostos, en que la demanda imperaba sobre la oferta y el consumo gobernaba la producción. Todo esto había desaparecido al nacer la gran industria, a la que ya sus propios instrumentos forzaban a producir en cantidades cada vez mayores, que no podía esperar a la demanda ni estar pendiente de ella, que tenía que recorrer por fuerza, fatalmente, en constante sucesión de estaciones, el tránsito de la prosperidad a la depresión, a la crisis, al colapso, de aquí a la nueva prosperidad, y así incesantemente. «En la sociedad actual, en la industria basada en un régimen de intercambio individual, la anarquía de la producción, fuente de tanta miseria, es a la par la causa de todo progreso. Tenemos, pues, por fuerza, que elegir uno de los dos términos del dilema: u optamos por guardar las proporciones justas del pasado con los medios de producción del presente, en cuyo caso seremos reaccionarios y utópicos en una pieza, o abrazamos el progreso sin



la anarquía, mas para esto no hay más remedio que renunciar al intercambio individual, si queremos conservar las fuerzas productivas.»

Todavía más importante que el primero es el segundo capítulo de la obra encaminada contra Proudhon. Si en aquél, Marx tiene que habérselas con Ricardo, frente al cual no adopta aún una actitud de completa independencia científica—todavía compartía sin asomo de crítica, entre otras ideas suyas, la ley del salario—, en éste se ve cara a cara con Hegel, es decir, en su propio elemento. Proudhon desfiguraba lamentablemente la dialéctica hegeliana. Aferrábase a su lado reaccionario, según el cual el mundo de la realidad se deriva del mundo de la idea, negando el lado revolucionario de la doctrina: la autonomía y libertad de movimientos de la idea, que pasa de la tesis a la antítesis, hasta desplegar a lo largo de esta lucha aquella superior unidad en que se armoniza el contenido sustancial de ambas posiciones, cancelándose todo lo que de contradictorio había en su forma. Proudhon, por su parte, distinguía en toda categoría económica un lado bueno, y otro malo, aspirando a llegar a una síntesis, a una fórmula científica que recogiese lo bueno y eliminase lo malo. Veía el lado bueno, ensalzado por los economistas burgueses, y el lado malo, fustigado por los socialistas, y con sus fórmulas y síntesis creía remontarse a la par sobre unos y otros.

He aquí lo que Marx tiene que objetar a esta pretensión: «M. Proudhon se jacta de ofrecernos a la vez una crítica de la Economía política y el comunismo, y no se da cuenta de que queda muy por debajo de una y de otro. De los economistas, porque, considerándose, como filósofo, en posesión de una fórmula mágica, se cree relevado de la obligación de entrar en detalles económicos; de los socialistas, porque carece de la penetración y del valor necesarios para alzarse, aunque sólo sea en el terreno de la especulación, sobre los horizontes de la burguesía. Pretende ser la síntesis y no es más que un error sintético; pretende flotar sobre burgueses y proletarios como hombre de ciencia, y no es más que un pequeño burgués, que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la Economía política y el socialismo.» Cuidando, naturalmente, de no leer necio donde Marx dice pequeño burgués, pues no es el talento de Proudhon lo que se pone en duda, sino su incapacidad para saltar sobre las fronteras de la sociedad pequeño-burguesa.

Nada más fácil, para Marx, que demostrar la precariedad del método seguido por Proudhon. Escindido el proceso dialéctico en un lado bueno y otro malo y concebida una de las categorías como contraveneno de la otra, la idea quedaba exánime, muerta, sin fuerza para trasponerse y descomponerse en categorías. Como auténtico discípulo de Hegel que era, Marx sabía perfectamente que ese lado malo que Proudhon quería extirpar, era precisamente el que hacía la historia, retando al otro a combate. Si se hubiera querido conservar lo que había de

bello en el feudalismo, la vida patriarcal de las ciudades, el esplendor de la industria doméstica en el campo, el desarrollo de la manufactura urbana, borrando del cuadro cuanto fuese sombra—la servidumbre de la gleba, los privilegios, la anarquía—no se habría conseguido más que destruir todos aquellos elementos que desencadenaron la lucha, matando así en germen la burguesía; pues esa aspiración equivale, en realidad, a la empresa absurda de borrar la historia.

Marx plantea el problema en sus verdaderos términos, del modo siguiente: «Para poder formarse un juicio exacto de la producción feudal, es menester enfocarla como un régimen de producción basado en el antagonismo. Es menester investigar cómo se producía la riqueza en el seno de este antagonismo, cómo las fuerzas productivas se iban desarrollando, a la par que se acentuaba la oposición entre las clases, cómo una de estas clases, el lado malo, el lado social, fué creciendo incesantemente hasta que llegaron a madurez las condiciones materiales para su emancipacion.» Este mismo proceso histórico lo descubre Marx en la burguesía. Las condiciones de producción en que ésta se desarrolla no tienen un carácter simple y uniforme, sino complejo y antagónico; en la misma proporción en que crece la riqueza, aumenta la miseria; al mismo ritmo en que se desarrolla la burguesía, va desarrollándose en su seno el proletariado, y pronto se define y acentúa también la posición mutua de lucha entre ambas clases. Los economistas son los teóricos de la burguesía, los comunistas y socialistas los teóricos del proletariado. Para que éstos dejen de ser unos soñadores utópicos entregados a la búsqueda fantástica de sistemas y preocupados por la posesión de una ciencia mágica que cure todos los males de las clases oprimidas, es menester que el proletariado adquiera el desarrollo suficiente para constituirse como clase, y que las fuerzas productivas existentes en el seno de la burguesía se desarrollen también en el grado necesario para dejar traslucir las condiciones materiales previas a la emancipación del proletariado y a la formación de la nueva sociedad. «Pero, a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse, con trazos cada vez más claros, la cruzada proletaria, aquéllos no tienen ya para qué ir a buscar la ciencia a sus cabezas; ahora, les basta con saber ver inteligentemente lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en órganos de esa realidad. Mientras se limitan a indagar la ciencia y a construir sistemas especulativos, mientras no han traspuesto los umbrales de la lucha, no ven en la miseria más que la miseria, sin penetrar en el fondo verdaderamente revolucionario que en ella se alberga y que viene a echar por tierra la vieja sociedad. A partir de este instante, la ciencia se convierte en fruto consciente del movimiento histórico, deja de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria.»

Las categorías económicas no son, para Marx, más que otras tantas expresiones teóricas, otras tantas abstracciones de la situación social. «Los factores sociales están íntimamente ligados a las fuerzas productivas. Con la adquisición de nuevas fuerzas productivas, el hombre cambia su régimen de producción, y al cambiar su modo de ganarse la vida, cambian también todas sus relaciones sociales... Y este mismo hombre que organiza sus relaciones sociales con arreglo a su régimen material de producción, modela también los principios, las ideas, las categorías con arreglo a su situación social.» Marx compara a esos economistas burgueses que hablan de las «instituciones eternas y naturales» de la sociedad burguesa con los teólogos ortodoxos, para quienes su religión, la religión creada por ellos, es una revelación divina, y las demás puras invenciones humanas.

Marx sigue demostrando sobre toda una serie de categorías económicas: división del trabajo y máquina, concurrencia y monopolio, propiedad del suelo y renta, huelgas y coaliciones obreras, que Proudhon adujera en comprobación de su método, la precaridad de éste. La división del trabajo no es una categoría económica, como Proudhon pretende, sino una categoría histórica que asume las formas más varias a través de los diversos períodos de la historta. Su existencia hállase condicionada en el sentido de la Economía burguesa, a la fábrica. Pero la fábrica no surge, como lo entiende Proudhon, por pacto amistoso de los trabajadores, ni brota siquiera en el seno de los antiguos gremios; el precursor del taller moderno hay que buscarlo en el comerciante y no en el viejo maestro gremial.

La concurrencia y el monopolio no son tampoco categorías naturales, sino sociales. La concurrencia no es acicate industrial, sino comercial; no lucha por el producto, sino por la ganancia; no es una necesidad del alma humana, como creía Proudhon, sino que nace de las necesidades históricas en el transcurso del siglo XVIII, del mismo modo que, por efecto de otras necesidades históricas, puede desaparecer en el XIX.

No menos falso es creer, como hace Proudhon, que la propiedad del suelo no tiene base alguna económica, sino que descansa en consideraciones de psicología y de moral, sólo remotamente relacionadas con la producción de la riqueza; la renta de la tierra tiende, según él, a atar al hombre con vínculos más fuertes a la naturaleza. «La propiedad se ha desarrollado de modo distinto y bajo condiciones sociales muy diferentes en cada período de la historia. Explicar la propiedad burguesa equivale, por tanto, a exponer las condiciones sociales de producción bajo la era de la burguesía. Sólo la metafísica y la jurisprudencia pueden hacerse la ilusión de concebir la propiedad como relación independiente y sustantiva.» La renta del suelo—o sea, el remanente que que-

da después de deducir del precio de los productos de la tierra el coste de producción, incluyendo las ganancias e intereses usuales del capital—surge bajo un determinado régimen social, y sólo puede surgir bajo él. No es otra cosa que la propiedad del suelo en su modalidad burguesa: la propiedad feudal sometida a las condiciones de producción de la burguesía.

Finalmente, Marx pone de relieve la importancia histórica de las huelgas y coaliciones, de que Proudhon no quería saber nada. Por mucho que los economistas y los socialistas, aunque inspirados en razones opuestas, quieran disuadir al obrero de manejar estas armas, las huelgas y las coaliciones se desarrollan paralelamente con la gran industria. No importa que la concurrencia venga a dividir al obrero por el lado de sus intereses: hay un interés común que los une, y es el interés de mantener el nivel de sus salarios; la idea común de la defensa los asocia en la coalición, que entraña todos los elementos para una batalla futura, lo mismo que la burguesía empezó a aglutinarse en coaliciones parciales contra el señor feudal, para constituirse al cabo como clase, y, una vez constituída como clase, transformar la sociedad feudal en burguesa.

El antagonismo entre el proletariado y la burguesía es la lucha de una clase contra otra, lucha que, al alcanzar su punto de apogeo, implica una total revolución. El movimiento social no excluye el político, pues no existe movimiento político que no tenga simultáneamente carácter social. Sólo en una sociedad sin clases dejarán las evoluciones sociales de representar revoluciones políticas. Hasta que ese momento llegue, la ciencia social, en vísperas de toda fundamental reorganización de la sociedad, no puede tener más lema que éste: «Luchar o morir; la guerra violenta o la nada. Es el dilema inexorable.» Con estas palabras de Jorge Sand termina la obra polémica de Marx contra Proudhon.

En esta obra, en que se desarrolla el materialismo histórico bajo toda una serie de criterios sustanciales y decisivos, Marx subraya también definitivamente su actitud ante la filosofía alemana, remontándose sobre Feuerbach para retornar a Hegel. La escuela hegeliana oficial estaba en quiebra. No había sabido hacer otra cosa que convertir la dialéctica del maestro en patrón rutinario, aplicándolo sin ton ni son a cuanto se le ponía por delante. De esos hegelianos podía decirse, como en efecto se dijo, que no sabían nada de nada y escribían de todo.

Feuerbach firmó su sentencia de muerte al liquidar con el concepto especulativo; el contenido positivo de la ciencia volvía a prevalecer sobre el lado formal. Pero el materialismo feuerbachiano carecía del «principio enérgico»; no acertaba a separarse del campo de las ciencias naturales, y sólo esclarecía el proceso histórico. Marx no podía darse

por satisfecho con esto, como aquellos viajantes y predicadores de materialismo, los Büchner y los Vogt, cuyo mezquino y ridículo modo de pensar hizo a Feuerbach decir que estaba de acuerdo con este materialismo en cuanto miraba hacia el pasado, pero no en lo que decía relación al futuro. «El pobre penco de mala muerte que arrastra el carromato de la inteligencia burguesa al uso se detiene perplejo, naturalmente, ante la trinchera que separa la esencia del fenómeno, la causa del efecto: es lógico, pero el que se vea forzado a cabalgar sobre este accidentado y peligroso terreno de los pensamientos abstractos, debiera procurar traer otra cabalgadura.» Son palabras tomadas de Engels.

Sin embargo, los hegelianos no eran Hegel; los discípulos podían ser modelo de ignorancia, pero el maestro figuraba entre las cabezas más claras y profundas de la humanidad. Había en su pensamiento un rasgo de sentido histórico que le diferenciaba de todos los demás filósofos y le había permitido formarse una concepción grandiosa de la historia, aunque fuese bajo forma puramente idealista, una forma que lo veía todo, por decirlo así, como reflejado en un espejo cóncavo, representándose la historia del mundo como una especie de experimento práctico, realizado para contrastar los progresos de la idea. Feuerbach no llegó a asimilarse totalmente este contenido positivo de la filosofía de Hegel, que los hegelianos dejaron luego perderse.

Marx lo recogió, pero dándole la vuelta para arrancar, no de la «idea pura», sino de los rudos hechos de la realidad, con lo cual dotó al materialismo de una dialéctica histórica a la par que de un «principio enérgico» que no se contentaba con explicar la sociedad, sino que aspiraba a transformarla.

5. «Deutsche Brüsseler Zeitung».

Marx encontró dos editores, uno para la versión alemana en Bruselas y otro para la francesa en París, que se avinieron a publicar su obrita polémica contra Proudhon, aunque los gastos de impresión corrieran de cuenta suya; la obra vió la luz a fines del verano de 1847, y coincidiendo con esto, le fueron abiertas las columnas de la *Deutsche Brüsseler Zeitung*, desde donde pudo hacer propaganda pública por sus ideas.

Este periódico había empezado a publicarse bisemanalmente a comienzos del año, dirigido por aquel mismo Adalberto N. Bornstedt que redactara en otro tiempo el *Vorwaerts* de Börnstein y que había estado a sueldo de los gobiernos austriaco y prusiano. El hecho aparece hoy documentado por datos de los archivos de Berlín y de Viena, sin de

jar lugar a dudas; lo que no sabemos es si este personaje seguía siendo en Bruselas agente de la policía. Las sospechas a que su actuación dió lugar viéronse centrarrestadas por las denuncias que la embajada prusiana de Bruselas formuló al gobierno belga contra su periódico. Cierto que esto podía ser también un ardid para acreditar a su director a los ojos de los elementos revolucionarios congregados en torno suyo, pues ya sabemos que los defensores del trono y el altar no suelen sentir grandes escrúpulos en la elección de medios para sus augustos fines.

De todos modos, Marx no creyó nunca que Bornstedt les traicionase. No se le ocultaban las faltas de su periódico, pero, a pesar de ellas, reconocía sus méritos, entendiendo que lo indicado era remediar sus defectos en vez de refugiarse detrás del cómodo pretexto que ofrecía el nombre dudoso de su director. El 8 de agosto, Marx escribía a Herwegh en los términos siguientes, llenos de reproches: «Unas veces porque no nos agrada el hombre, otras veces porque nos desagrada la mujer, cuándo es la tendencia, cuándo el estilo, cuándo el formato e incluso la distribuón lo que nos parece peligroso... Estos alemanes tienen siempre mil máximas y aforismos preparados para justificar la inacción y dejar pasar tontamente las ocasiones. En cuanto surge la ocasión de hacer algo, los gana la perplejidad.» Viene luego un suspiro de amargura, diciendo que a sus trabajos les ocurre lo mismo que a la *Brüsseler Zeitung,* y una enérgica maldición contra esos asnos que le toman a mal el que prefiera publicar en francés a quedarse inédito.

No sabemos si estas palabras de Marx deberán interpretarse en el sentido de que pasase un poco por alto las dudas que Bornstedt despertaba simplemente para «no desaprovechar la ocasión», pero aunque así fuese, no habría razón para reprochárselo. La ocasión se brindaba demasiado propicia, y hubiera sido necio dejarla escapar por una simple sospecha personal. En la primavera de 1847, la penuria de la hacienda había obligado al rey de Prusia a convocar la Dieta unificada, en que se refundían las representaciones provinciales que venían funcionando, y que era, por tanto, una corporación de tipo feudal y por estamentos, semejante a la que idénticas circunstancias obligaran a Luis XVI a convocar en la primavera de 1789. Las cosas de Prusia no se desarrollaron con la misma rapidez que en Francia; pero, no obstante, la Dieta no desataba los cordones de la bolsa y hacía saber al gobierno, sin andarse con rodeos, que no autorizaría ningún recurso en tanto no se ampliasen sus derechos y se regularizasen sus convocatorias. Y como la penuria financiera apremiaba, era evidente que la danza había de continuar, más temprano o más tarde; no había tiempo que perder.

En esta órbita de preocupaciones se mueven los artículos escritos

por Marx y Engels para el periódico de Bruselas. Comentando los debates de la Dieta prusiana sobre el librecambio y el régimen de protección arancelaria, apareció en sus columnas una crítica que, aunque anónima, procedía visiblemente, por su contenido y su estilo, de la pluma de Engels. Este había llegado por entonces al convencimiento de que la burguesía alemana necesitaba un arancel alto para no perecer entre las uñas de la industria extranjera y acumular las energías necesarias para sobreponerse al absolutismo y al feudalismo. Inspirándose en estas razones, Engels recomendaba al proletariado que apoyase la agitación arancelaria; pero no le movía, en esta recomendación, otro fundamento. Lejos de eso, y aun entendiendo que List, la mayor autoridad de los arancelarios, había producido siempre los mejores frutos de la literatura económica burguesa de Alemania, añadía que toda la obra gloriosa de este autor estaba copiada de Ferrier, escritor francés, autor teórico del sistema continental, y precavía a los obreros para que no se dejasen engañar por la retórica del «bienestar de la clase trabajadora» que alzaban como pomposo estandarte de sus campañas egoístas lo mismo unos que otros, los librecambistas y los partidarios del arancel. El salario del obrero no sufría alteración bajo ninguno de los dos sistemas, y si él defendía el arancel era simplemente como «medida burguesa progresiva». Tal era también la posición adoptada por Marx.

Obra común de ambos es un extenso artículo dedicado a repeler un ataque del socialismo cristiano-feudal. Este ataque habíase publicado en el *Rheinischer Beobachter,* órgano recientemente fundado en Colonia por el gobierno para soliviantar a los obreros contra la burguesía de la región renana. Fué en sus columnas donde recibió el espaldarazo, como él mismo cuenta en sus Memorias, el joven Hermann Wagener. Marx y Engels no podían ignorar, estrechamente relacionados como lo estaban con Colonia, de quién provenía el ataque; la sátira del «calvo consejero consistorial» es, por decirlo así, el ritornello constante de su artículo. Wagener formaba parte, a la sazón, del consistorio de Magdeburgo.

Esta vez, el órgano gubernativo se valía del fracaso de la Dieta prusiana como cebo para su campaña cerca de los obreros. La burguesía—decía el periódico—, al denegar sus créditos al gobierno, demostraba que no le preocupaba más que una cosa: alzarse con el Poder, y que el bienestar del pueblo le era indiferente; que echaba al pueblo por delante para intimidar al gobierno, tomándole de carne de cañón en la conquista del Poder. La contestación de Marx y Engels está, hoy, al alcance de la mano de cualquiera. El proletariado—replican—no se deja engañar por la burguesía ni por el gobierno; limítase a preguntar qué cumple mejor a sus fines propios, si el predominio de la burguesía

o la hegemonía del gobierno, y para contestar a esta pregunta le basta con establecer una sencilla comparación entre el estado actual de los obreros alemanes y el de los franceses o ingleses.

El periódico gubernamental lanzaba esta exclamación demagógica: «¡Oh, pueblo bienaventurado! Has triunfado en el terreno de los principios. No importa que no sepas lo que es eso, ya te lo explicarán tus re presentantes, y mientras les oyes hablar horas y horas, acaso llegues a olvidar el hambre que te aqueja.» Marx y Engels contestaban a esto, ante todo, con una sátira mordaz, diciendo que bastaba ver cómo quedaban impunes esas exteriorizaciones fustigadoras, para convencerse de la libertad de que gozaba la prensa alemana. Pero luego, advertían que el proletariado había sabido comprender tan certeramente la batalla librada en el terreno de los principios, que no reprochaba al parlamento el haberla ganado, sino el *no* haberla ganado. Si no se hubiese limitado a reclamar la ampliación de sus derechos corporativos, sino el tribunal del jurado, la igualdad ante la ley, la abolición de las prestaciones personales, la libertad de prensa, la libertad de asociación y una verdadera representación popular, habría encontrado en la clase proletaria el más decidido y resuelto apoyo.

Después de esto, los autores pasaban a pulverizar todas aquellas piadosas prédicas sobre los principios sociales del cristianismo que pretendían oponerse a las doctrinas comunistas. «Los principios sociales del cristianismo han tenido ya dieciocho siglos para desenvolverse, y no necesitan de que un consejero consistorial prusiano venga ahora a desarrollarlos. Los principios sociales del cristianismo justificaron la esclavitud en la antigüedad, glorificaron en la Edad Media la servidumbre de la gleba y se disponen, si necesario es, aunque arrugando un poco el gesto plañideramente, a defender la opresión moderna del proletariado. Los principios sociales del cristianismo predican la necesidad de que exista una clase dominadora y una clase dominada, contentándose con formular el piadoso deseo de que aquélla sea lo más benéfica posible. Los principios sociales del cristianismo dejan la desaparición «consistorial» de todas las infamias para el cielo, justificando con ello la perduración de esas mismas infamias sobre la tierra. Los principios sociales del cristianismo ven en todas las vilezas de los opresores contra los oprimidos el justo castigo del pecado original y de los demás pecados del hombre o la prueba a que el Señor quiere someter, según sus designios inexcrutables, a la humanidad. Los principios sociales del cristianismo predican la cobardía, el desprecio de la propia persona, el envilecimiento, el servilismo, la humildad, todas las virtudes de la canalla; y el proletariado, que no quiere que se le trate como canalla, necesita mucho más de su intrepidez, de su sentimiento de propia estimación, de su orgullo y de su independencia, que del pan



que se lleva a la boca. Los principios sociales del cristianismo hacen al hombre miedoso y trapacero, y el proletariado es revolucionario.» Este proletariado revolucionario es el que Marx y Engeis capitanean, dando con él batalla a todo ese fuego de artificio de las reformas sociales de la monarquía. Ese pueblo, que agradece los puntapiés y las limosnas con los ojos arrasados de lágrimas, no existe más que en la fantasía de los reyes; el verdadero pueblo, el proletariado, es, según la frase de Hobbe, un muchachote robusto y malintencionado, y el ejemplo de Carlos I de Inglaterra, y el de Luis XVI de Francia, demuestran la suerte que les aguarda a cuantos reyes le pretenden engañar.

El artículo cayó como una granizada sobre el sembrado feudal socialista, pero algunas piedras fueron a parar a cercados ajenos. Marx y Engels, que habían defendido siempre con gran razón la conducta del parlamento al negar todo recurso a un gobierno haragán y revolucionario como aquél, le hacían demasiado honor al sujetar a idéntico punto de vista la denegación de un impuesto sobre la renta propuesto por el gobierno. Se trataba, en realidad, de una celada tendida por el gobierno a la burguesía. La iniciativa de abolir los tributos de molienda y matanza, que tanto agobiaban a los obreros de las grandes ciudades, acudiendo, como medida principal para nivelar el desequilibrio financiero, a un impuesto sobre la renta que gravase sobre las clases acomodadas, partió primitivamente de la burguesía renana, que se inspiraba, al obrar así, en razones idénticas a las que movieran a la burguesía inglesa en su campaña contra el impuesto sobre los granos.

El gobierno aborrecía resueltamente esta petición, que iba contra los grandes terratenientes, sin que esta clase pudiera esperar, a cambio de la abolición de los impuestos de molienda y matanza—que sólo se cobraban en las grandes ciudades—una baja de salarios del proletariado, a quien explotaban. No obstante, el gobierno presentó al parlamento un proyecto de ley recogiendo aquellos deseos, pero fué con la pérfida intención de desprestigiarlo ante la opinión, haciéndose popular a costa suya, pues daba por descontado que una corporación feudal y por estamentos como era aquella, no había de acceder en modo alguno a una reforma fiscal que tendía a desgravar, aunque sólo fuese pasajeramente, a las clases trabajadoras a costa de las clases acomodadas. Ya la votación previa sobre el proyecto de ley, en que casi todos los príncipes, todos los «junkers» y todos los funcionarios votaron en contra, pudo convencer al gobierno del acierto de sus previsiones. Tuvo, además, la gran suerte de que una parte de la burguesía, temerosa de ver triunfar el proyecto, se pasase ruidosamente al otro campo.

Las plumas oficiosas se encargaron en seguida de explotar el caso, presentando la denegación de aquel impuesto como una prueba con-



cluyente del juego mentiroso de la burguesía; al *Rheinischer Beobachter* no había manera de apearle de esta argumentación. Marx y Engels tenían una gran razón al decirle a su «consejero consistorial», que era «el mayor y más desvergonzado ignorante en asuntos económicos» si afirmaba que un impuesto sobre la renta podía remediar ni un adarme de la miseria social, pero no tenían ninguna cuando defendían la denegación del impuesto solicitado como una medida legítima contra el gobierno. Al gobierno no le afectaba para nada este golpe, y, financieramente, más le fortificaba que le debilitaba el respetarle el tributo de molienda y matanza, que funcionaba admirablemente y daba gran rendimiento, en vez de sustituírselo por un impuesto sobre la renta, que le daría grandes quebraderos de cabeza, pues si bien habría de pesar sobre las clases acomodadas, no estaba exento, como nos revela la experiencia, la antigua y la moderna, de veleidades. En este caso concreto, Marx y Engels seguían considerando revolucionaria a la burguesía allí donde, en realidad, era ya reaccionaria.

Táctica contraria seguían con harta frecuencia los «verdaderos» socialistas, y es perfectamente explicable que, en momentos en que la burguesía empezaba a tener cubierto el riñón, Marx y Engels volvieran a enfrentarse con esta tendencia. Así lo hicieron en una serie de folletones publicados por Marx en la *Deutsche Brüsseler Zeitung* contra «el socialismo alemán en verso y en prosa», y en un artículo, inédito hasta hoy, escrito por Engel, pero redactado seguramente por ambos. En estos trabajos, le ajustan las cuentas al lado estético-literario del «verdadero» socialismo, su lado más flojo, o el más fuerte, según se mire. En esta crítica de Marx y Engels contra la obra artística de los socialistas alemanes, no siempre se guarda la consideración debida a los fueros del arte, sobre todo en aquel citado artículo inédito, donde se juzga con excesiva dureza el espléndido *Ça ira* de Freligrath. Las «Canciones del pobre», de Carlos Beck, no merecieron tampoco de Marx otro juicio que el severísimo de «ilusiones pequeñoburguesas». Sin embargo, en esta crítica se predice ya la triste suerte que había de correr, cincuenta años más tarde, el pretencioso naturalismo, con estas palabras: «Beck canta la cobarde miseria pequeñoburguesa, el *pauvre honteux,* con sus sórdidas, devotas e inconsecuentes aspiraciones, no el proletario orgulloso de sí mismo que se yergue, revolucionario y amenazador.» Al lado de Beck, hay que citar al desventurado Grün, quien, en un libro del que ya nadie se acuerda, maltrata a Goethe «desde el punto de vista humano», pretendiendo construir el «verdadero hombre» con todo lo que había de mezquino, de aburrido y de vulgar en el gran poeta.

Más importante que estas pequeñas escaramuzas es un extenso estudio en que Marx critica el radicalismo palabrero al uso con no menos



dureza que el socialismo fraseológico de los gobiernos. En una polémica con Engels, Carlos Heinzen explicaba por la teoría del poder la injusticia del régimen de la propiedad y llamaba cobarde y necio a todo el que, declarando la guerra al burgués por sus riquezas, dejaba en paz al monarca con su poder. Aunque Heinzen era un vocinglero vulgar y no merecía que se le prestase la menor atención, sus opiniones reflejaban fielmente los gustos del vulgo «ilustrado». La monarquía, según él, sólo debía su existencia al hecho de que los hombres hubiesen carecido durante siglos enteros de dignidad moral y de sano sentido común; mas ahora, recobrados estos preciosos bienes, todos los problemas sociales desaparecían ante este candente dilema: ¿monarquía o república? Esta ingeniosa concepción venía a completar justamente la ingeniosa idea de los príncipes, según la cual los movimientos revolucionarios eran siempre obra de la mala voluntad de unos cuantos demagogos.

Marx salía al paso de esto demostrando, a la luz de la historia alemana muy principalmente, que es la historia la que hace a los príncipes y no al revés, los príncipes la historia. Ponía de relieve los orígenes económicos de la Monarquía absoluta, que nace en el período de transición en que los viejos estamentos feudales tienden a desaparecer y el brazo villano de la Edad Media se va convirtiendo en la moderna burguesía. El que en Alemania se desarrollase tardíamente y se mantuviese en el poder por más tiempo que en otros sitios, se explica por el raquitismo de la clase burguesa alemana. Son, pues, razones económicas las que explican la exaltación de los príncipes a su poder reaccionario. La monarquía absoluta, que empezó favoreciendo el comercio y la industria, y alentando el desarrollo de la burguesía, como condiciones necesarias para el poder nacional de los reinos y el esplendor de la propia corona, se interponía ahora como un obstáculo, tan pronto como la industria y el comercio se convertían en armas peligrosas puestas en manos de una clase burguesa poderosa y fuerte. Apartando la vista, ya temerosa y empañada, de la ciudad, cuna de su esplendor, la volvía al campo, abonado con los cadáveres de sus gigantescos enemigos.

El estudio abunda en fecundos puntos de vista. Pero no era tan fácil dar la batalla al «sano sentido común» del buen burgués. Pasaron muchos años, y Engels hubo de volver a esgrimir contra Dühring en favor de Marx esta misma teoría del poder, desarrollada aquí por Marx contra Heinzen en defensa de Engels.

6. La Liga Comunista.

En 1847, la colonia comunista de Bruselas se había desarrollado considerablemente.

Cierto que entre los agrupados no figuraba ningún talento que pudiera parangonarse con los de Marx y Engels. A ratos, parecía como si Moses Hess o Guillermo Wolff, colaboradores ambos de la *Deutsche Brüsseler Zeitung,* fuesen a aportar el tercer elemento que faltaba. Pero no fué así. Hess no acertaba a emanciparse de sus maquinaciones filosóficas, y el juicio duro y zahiriente que sus obras encontraron en el Manifiesto comunista determinó su ruptura definitiva con los autores.

Su amistad con Guillermo Wolff era más reciente, pues no había llegado a Bruselas hasta la primavera de 1846, pero resistió a todos los vendavales, hasta la temprana muerte de Wolff. Sin embargo, éste no era un pensador original, y, como escritor no sólo llevaba a Marx y Engels la ventaja de su claridad y fácil comprensión. Descendía de la clase campesina de Silesia, sujeta a vasallaje hereditario, y a costa de sacrificios indecibles, había logrado ingresar en las aulas universitarias, donde nutrió el odio fogoso que le poseía contra los opresores de su clase, en el estudio de los grandes pensadores y poetas de la antigüedad. Después de rodar unos cuantos años como demagogo por las prisiones silesianas, se estableció a dar clases particulares en Breslau, donde hubo de reñir incesantes escaramuzas con la burocracia y la censura, hasta que la perspectiva de nuevos procesos le movió a salir al extranjero para no pudrirse en las cárceles prusianas.

De los tiempos de Breslau data su amistad con Lassalle; en el destierro, había de hacerse amigo de Marx y Engels, y los tres cubrieron su tumba con laureles inmarcesibles. Wolff era de esas naturalezas nobles que, como dijo el poeta, pagan con lo que son; su carácter firme como el roble, su lealtad inquebrantable, su conciencia escrupulosa, su altruísmo inmaculado, su modestia jamás desmentida, hacían de él un militante revolucionario modelo y explican el gran respeto con que, pese a todo el amor y todo el odio, hablan de él amigos y adversarios.

Aunque un poco más apartados, figuraban también en el grupo congregado en torno a Marx y Engels, Fernando Wolff y Ernesto Dronke, autor de un libro excelente sobre el Berlín anterior a marzo, condenado a dos años de fortaleza por un delito de lesa majestad que habían creído encontrar en sus páginas, y evadido de los muros de Wesel. Estaba asimismo en el grupo Jorge Weerth, conocido ya de Engels, desde los tiempos de Manchester, cuando aquél residía en Bradford

representando una casa alemana. Weerth era un poeta auténtico, libre por tanto de toda la pedantería del gremio de los poetas; también él murió prematuramente, sin que hasta ahora haya habido una mano devota que se preocupase de reunir los versos dispersos de este gran cantor del proletariado militante.

A estos trabajadores del espíritu vinieron a unirse luego unos cuantos obreros manuales muy capaces, a cuya cabeza figuraban Carlos Wallau y Esteban Dorn, ambos cajistas de la *Deutsche Brüsseler Zeitung*.

Bruselas, capital de un Estado que quería pasar por modelo de monarquía civil, era el centro más indicado para entablar relaciones internacionales, a lo menos durante el tiempo en que París, que seguía considerándose como foco de la revolución, se hallase bajo la amenaza de las célebres leyes de setiembre. Marx y Engels mantenían en Bélgica buenas relaciones con hombres de la revolución de 1830; en Alemania, sobre todo en Colonia, contaban con viejos y nuevos amigos, entre los que citaremos a Jorge Jung y a los médicos d'Ester y Daniels; en París, Engels trabó contacto con el partido socialista democrático y principalmente con sus representantes literarios, con Luis Blanc y Fernando Flocon, director de la «Reforma», órgano del partido. Relaciones más estrechas mantenían con la fracción revolucionaria de los cartistas ingleses, con Julián Harney, redactor del *Norther Star,* y Ernesto Jones, formado y educado en Alemania. Estos jefes cartistas influían espiritualmente en los «Fraternal Democrats», organización internacional en la que también estaba representada la «Liga de los Justicieros» en la persona de Carlos Schapper, José Moll y otros.

De esta «Liga» partió en enero de 1847 una iniciativa importantísima. Organizada como «Comité de correspondencia comunista en Londres», mantenía relaciones con el «Comité de correspondencia de Bruselas», pero en un plano mutuo de bastante frialdad. De un lado, reinaba en ella cierto recelo contra los «intelectuales», que no podían saber cuáles eran las necesidades del obrero; de otro, cierta desconfianza contra los «erizos», es decir, contra la limitación artesano-gremial de horizontes que cerraba, en buena parte, las perspectivas de la clase obrera alemana, por aquella época. Engels, que en París luchaba lo indecible por sustraer a los «erizos» franceses a la influencia de Proudhon y Weitling, tenía a los «erizos» de Londres por los únicos capaces de avenirse a razones. Sin embargo, cuando la Liga de los Justicieros, en otoño de 1846, lanzó una proclama sobre el conflicto del Schleswig-Holstein, le aplicó el calificativo de «porquería», afirmando que sus representantes habían aprendido de los ingleses el absurdo de ignorar las realidades y la incapacidad para enfocar una perspectiva histórica.

Más de diez años después, Marx se expresaba en los términos siguientes respecto a su actitud de entonces ante la Liga de los Justicieros: «Publicamos al mismo tiempo una serie de folletos impresos y litografiados, en que sometíamos a una crítica despiadada aquella mescolanza de socialismo o comunismo franco-inglés y de filosofía alemana, que formaba por entonces la doctrina secreta del grupo, proclamando el análisis científico y profundo de la estructura económica de la sociedad burguesa como la única base teórica posible, desarrollando en forma popular que no se trataba de implantar un sistema utópico cualquiera, sino de participar, con conciencia propia de ello, en el proceso histórico de transformación de la sociedad que se estaba desarrollando ante nuestros ojos.» A la eficacia de estas manifestaciones achaca Marx el que la Liga Comunista enviase a Bruselas, en enero de 1847, a uno de sus directivos, el relojero José Moll, para invitarles a él y a Engels a ingresar en la Liga, decidida a abrazar sus ideas.

Desgraciadamente, no se ha conservado ninguno de esos folletos de agitación de que habla Marx; sólo conocemos la circular dirigida contra Kriege, a quien, entre otras cosas, se moteja de profeta y emisario de una secta secreta, de la llamada «Liga de la Justicia». Kriege —se dice en esa circular—mixtifica el verdadero desarrollo histórico del comunismo en los distintos países de Europa, queriendo representar sus orígenes y progresos de un modo fabuloso y romántico, como obra de las inconsistentes intrigas de esa secta, y difundiendo qué sé yo cuántas fantasías megalómanas acerca de sus virtudes.

El hecho de que esta circular influyese, como influyó, en el ánimo de la Liga de los Justicieros, demuestra que sus afiliados eran algo más que «erizos», que habían aprendido de la historia inglesa más de lo que Engels quería reconocerles. Supieron juzgar la circular, a pesar de lo mal que en ella se trataba a su «secta», harto mejor que Weitling, el cual, aun no teniendo nada por qué dolerse, tomó inmediatamente partido por Kriege. La verdad era que el tráfico cosmopolita de Londres había sido más saludable para la Liga que el aire de Zurich y aun que el de París. Creada para la propaganda entre obreros alemanes, no tardó en asumir, trasplantada a la gran urbe, un carácter internacional. El contacto constante con los expatriados de todos los países del mundo y la observación directa del movimiento cartista inglés, cada vez más encrespado, fué aguzando las miradas de sus directivos, abriendo ante ellos horizontes nuevos y dejando atrás la ideología artesana. Al lado de los viejos caudillos Schapper, Bauer y Moll, y aun superándolos, empezaron a destacarse por sus dotes teóricas el miniaturista Carlos Pfänder, natural de Heilbronn y el sastre Jorge Eccarius, oriundo de la Turingia.

El poder, extendido de puño y letra de Schapper y fechado en 20 de

enero de 1847, con que Moll se presentó a Marx en Bruselas y luego a Engels en París, es un documento cauteloso; autoriza al portador para informar acerca de la situación del grupo y dar detalles concretos sobre todos los puntos de importancia. De palabra, el emisario se expresó más libremente. Invitó a Marx a ingresar en la organización y refutó las reservas que éste, en un principio, le expuso, asegurándole que la junta directiva se proponía reunir en Londres un congreso federal con objeto de aprobar y proclamar en un manifiesto, que se haría público como doctrina de la Liga, las ideas críticas expuestas por Marx y Engels. Pero era necesario que éstos saliesen al paso de los elementos reacios y anticuados, razón por la cual no tenían más remedio que incorporarse al grupo.

Así lo hicieron. Pero, en el congreso, celebrado durante el verano de 1847, no se consiguió, por el momento, más que una organización democrática de la Liga, propia de un grupo de propaganda que, si bien habría de actuar en secreto, manteníase alejado de todo manejo conspirativo. La Liga se organizó por comunas, en que los afiliados no podían ser menos de tres ni más de diez, en círculos, círculos dirigentes, junta directiva y congreso. Como fines de la organización, se proclamaban el derrocamiento de la burguesía, el triunfo del proletariado, la abolición de la sociedad antigua cimentada sobre el antagonismo de clase y la creación de una sociedad nueva sin clases ni propiedad privada.

Como cumplía al carácter democrático de la Liga, titulada a partir de ahora «Liga Comunista», los nuevos estatutos sometíanse a la deliberación de las distintas comunas, reservándose su discusión y aprobación definitiva para un segundo congreso, que habría de celebrarse a fines del mismo año y redactar el nuevo programa de la Liga. Marx no llegó a asistir al primer congreso, pero sí figuraron en él Engels, en representación de las comunas de París, y Guillermo Wolff, representando a las de Bruselas.

7. Propaganda en Bruselas.

La Liga Comunista proponíase por misión primordial fundar en Alemania asociaciones de cultura obrera que le permitiesen realizar una propaganda pública, a la par que completar y reforzar sus cuadros con los elementos más capaces de estas organizaciones.

La reglamentación era en todas partes la misma. Un día de la semana se destinaba a la discusión, otro a entretenimientos y diversiones sociales (canto, declamación, etc.). Además, se organizaban biblio-

tecas en el seno de la sociedad y, dentro de lo posible, clases para instruir a los obreros en los conocimientos más elementales.

Con arreglo a este mismo patrón, se fundó también la asociación obrera alemana, creada en Bruselas a fines de agosto, y que no tardó en contar con cien afiliados. La presidían Moses Hess y Wallau, y Guillermo Wolff desempeñaba las funciones de secretario. La asociación celebraba reuniones los miércoles y los domingos por la noche. Los miércoles se trataban problemas de importancia tocantes a los intereses del proletariado, los domingos, Wolff solía hacer un resumen político semanal, labor para la que pronto demostró grandes aptitudes; luego, se organizaban diversiones colectivas, en que tomaban parte también las mujeres.

El 27 de setiembre, esta asociación organizó un banquete internacional, para demostrar que los obreros de los diversos países abrigaban entre sí sentimientos fraternales. En aquellos tiempos, había cierta tendencia a elegir el banquete como forma de propaganda política, con objeto de sustraerse a la intromisión policiaca de los mitins. Pero el banquete del 27 de setiembre respondía a orígenes y fines particulares. Había sido organizado—según escribió Engels a Marx, ausente de allí a la sazón—por Bornstedt y otros elementos descontentos de la colonia alemana, «para rebajarnos a un papel secundario junto a los demócratas belgas y engendrar una sociedad mucho más universal y grandiosa que nuestra miserable Asociación obrera». Sin embargo, Engels supo desarmar a tiempo la maniobra; llegaron incluso—a pesar de lo mucho que se resistió «por su terrible aspecto de chico»—a nombrarle vicepresidente con el francés Imbert, dejando la presidencia de honor del banquete al general Mellinet y la presidencia efectiva al abogado Jottrand, viejos militantes ambos de la revolución belga de 1830.

Sentáronse a la mesa ciento veinte comensales, belgas, alemanes, suizos, franceses, polacos, italianos, y un ruso. Después de una serie de discursos, se decidió fundar en Bélgica una Asociación de reformistas, semejante a la de los «Fraternal Democrats» de Inglaterra. Para la comisión preparatoria de los trabajos fué elegido también Engels. Obligado a abandonar Bruselas días más tarde, dirigió una carta a Jottrand, recomendando a Marx para ocupar su puesto, para el que indudablemente le habrían elegido, de haber estado en el banquete. «En realidad, no será Marx quien pase a cubrir mi vacante en la comisión, ya que yo no hacía otra cosa que representarle.» En efecto, al constituirse definitivamente, en los días 7 y 15 de noviembre, la «Sociedad democrática para la unión de todos los países», fueron elegidos vicepresidentes Imbert y Marx, confirmándose a Mellinet y a Jottrand para la presidencia honoraria y efectiva, respectivamente. Los estatutos fueron firmados por demócratas belgas, alemanes, franceses y polacos,

en número de sesenta; las principales figuras alemanas, además de Marx, eran Moses Hess, Jorge Weerth, los dos Wolff, Guillermo y Fernando, Esteban Born y Bornstedt.

El primer acto público celebrado por la Sociedad democrática fué el que se organizó el 29 de noviembre para festejar el aniversario de la revolución polaca. En nombre de los alemanes, habló Esteban Born, que fué muy aplaudido. Marx hizo uso de la palabra como representante oficial de la sociedad, en el mitin organizado en Londres por los «Fraternal Democrats» en el mismo día y con el mismo objeto. Su discurso tuvo todo él un tono marcadamente revolucionario y proletario, «La vieja Polonia se ha hundido, y no seremos nosotros precisamente quienes anhelemos su resurrección. Pero no sólo se ha hundido la vieja Polonia, sino también la vieja Alemania, la vieja Francia, la vieja Inglaterra, toda la sociedad del pasado. Esta pérdida de la sociedad antigua no lo es para quienes nada tenían en ella que perder, que es lo que acontece a la gran mayoría de todos los países actuales.» En el triunfo del proletariado sobre la burguesía, Marx veía la señal para la emancipación de todas las naciones oprimidas, y en el triunfo de los proletarios ingleses sobre la burguesía de Inglaterra el paso decisivo para el triunfo de todos los oprimidos sobre sus opresores. No era en Polonia donde habían de emanciparse los polacos, sino en Inglaterra. Y si los cartistas lograban abatir a sus enemigos interiores, abatirían con ellos a toda la sociedad.

En su respuesta al mensaje transmitido por Marx, los «Fraternal Democrats» se expresaban en el mismo tono. «Vuestro representante, nuestro amigo y hermano Marx, os dirá con cuánto entusiasmo fué saludada aquí su persona y aclamada la lectura de vuestro mensaje. Todos los ojos resplandecían de gozo, todas las voces gritaban su alegría, todas las manos se alargaban fraternalmente hacia vuestro representante... Aceptamos con la más viva satisfacción la alianza que nos proponéis. Nuestra Asociación lleva más de dos años de vida sin otra divisa que ésta: todos los hombres son hermanos. En la fiesta celebrada con ocasión del último aniversario de nuestra fundación, abogamos por que se crease un congreso democrático de todas las naciones, y nos complace altamente ver que vosotros dais pública expresión a aspiraciones idénticas. Es necesario que contra la conspiración de los reyes se alce ya la conspiración de los pueblos... Estamos convencidos de que para hacer triunfar la fraternidad universal hay que dirigirse al verdadero pueblo, a los proletarios, a los hombres que vierten día tras día su sangre y su sudor bajo el avasallamiento de los sistemas sociales imperantes... Son los que habitan las cabañas, las buhardillas y los sótanos, los que empuñan el arado, los que trabajan en la fábrica, junto al yunque, los que recorrerán un día, los que ya empiezan a reco-

rrer hoy, juntos, la misma senda, como portadores de fraternidad y únicos salvadores posibles de la humanidad.» Los «Fraternal Democrats» proponían celebrar un congreso democrático general en Bruselas, en el mes de setiembre de 1848, para contrarrestar en cierto modo el congreso de librecambistas que se había reunido en setiembre del 47 en la misma capital.

Pero no era el mensaje aportado a los «Fraternal Democrats» la única misión que Marx llevaba a Londres. Inmediatamente después del mitin de homenaje a Polonia, en el mismo local, sala de reuniones de la Asociación comunista de cultura obrera, fundada en 1840 por Schapper, Bauer y Moll, celebróse el congreso convocado por la Liga Comunista para aprobar definitivamente los estatutos y discutir el nuevo programa. A este congreso asistió también Engels, que vino expresamente de París; el 27 de noviembre se reunió en Ostende con Marx y atravesaron juntos el Canal. Después de unos diez días de debate, recibieron ambos el encargo de resumir en un manifiesto para el público los principios comunistas.

A mediados de diciembre, Marx retornó a Bruselas y Engels, pasando por Bruselas, a París. Parece que no se dieron gran prisa a ejecutar el encargo que les fuera encomendado; por lo menos, la junta directiva de Londres dirigió el 24 de enero de 1848 una enérgica amonestación a los directivos de Bruselas, para que hiciesen saber al ciudadano Marx que se procedería contra él si para el primero de febrero no se había recibido aún en Londres el manifiesto del partido comunista de cuya redacción se le había encargado. No es posible saber con certeza a qué se debería aquella dilación: tal vez al modo concienzudo como trabajaba Marx o al alejamiento geográfico de Engels; también cabe pensar que los de Londres se impacientasen al tener noticias de que Marx seguía desarrollando activamente en Bruselas su campaña de propaganda.

El 9 de enero de 1849, Marx pronunció en la sociedad democrática un discurso sobre el librecambio. Ya lo había querido pronunciar antes, en el congreso de librecambistas celebrado en Bruselas, pero sin lograrlo. En él, demostraba y combatía la argucia de los librecambistas al levantar por bandera de agitación el «bienestar de la clase obrera». Pero, aunque el librecambio favoreciese en un todo al capital en detrimento de la clase trabajadora, Marx, a pesar de ello—o por ello mismo, precisamente—reconocía que ese sistema se ajustaba a los principios de la Economía política burguesa. Era la libertad del capital, que rasgaba las envolturas nacionales que lo oprimían, para poder desenvolver plenamente, sin trabas, su capacidad. El capital corroía las viejas nacionalidades y agudizaba el antagonismo entre burguesía y proletariado. Con ello, no hacía más que acelerar la revolución social, y en este sen-

tido revolucionario, Marx votaba por el sistema de la libertad de comercio.

Al mismo tiempo, se defendía contra la sospecha de abrigar tendencias arancelarias, y demostraba que al abogar por el librecambio no incurría ni mucho menos en contradicción con su defensa de los aranceles alemanes como «medida de progreso burgués». Marx, al igual que Engels, enfocaba el problema de los aranceles y del librecambio desde un punto de vista estrictamente revolucionario. La burguesía alemana necesitaba del arancel como arma contra el absolutismo y el feudalismo, como medio para concentrar sus fuerzas, para realizar el librecambio en el interior del país y para levantar la gran industria, que no tardaría en verse sometida al mercado internacional, es decir, al librecambio, en mayor o menor extensión. El discurso fué entusiastamente acogido por la Sociedad democrática, que acordó sufragar los gastos de su impresión en lengua francesa y flamenca.

Más importantes y trascendentales que este discurso fueron, sin embargo, las conferencias pronunciadas por Marx en la Asociación obrera alemana sobre el capital y el salariado. Marx arrancaba de la idea de que el salario no era precisamente la participación del obrero en la mercancía por él producida, sino la parte de mercancías ya creadas con que el capitalista compra una determinada suma de trabajo productivo. El precio del trabajo se determina ni más ni menos que el precio de otra mercancía cualquiera: por el coste de producción. El coste de producción del trabajo corriente incluye los gastos necesarios para asegurar la existencia y perpetuación del obrero. La suma de estos gastos forman el salario, sometido, como el precio de toda mercancía, a las oscilaciones de la concurrencia, que unas veces lo hacen subir por encima del nivel del coste de producción y otras veces lo ponen por debajo; compensadas estas oscilaciones, resulta el salario mínimo.

Marx pasa luego a investigar el capital. A la definición de los economistas burgueses, según los cuales el capital es trabajo acumulado, contesta en estos términos: «¿Qué es un esclavo negro? Un individuo de la raza negra. Las dos definiciones son iguales. Un negro es un negro. Pero, bajo determinadas condiciones, se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es, naturalmente, una máquina para hilar algodón. Han de concurrir condiciones especiales para que se convierta en capital. Desgajada de estas circunstancias, la máquina no tiene carácter de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar es todavía el precio del azúcar.» El capital es una relación social de producción, una relación de producción de la sociedad burguesa. Para que una suma de mercancías, de valores de cambio, asuman el carácter de capital, es necesario que se erijan en poder social autónomo; es decir, en poder de una parte de la sociedad,

incrementándose además por el intercambio con la energía de trabajo inmediata y viva. «La existencia de una clase que sólo posee su capacidad de trabajo es condición indispensable del capital. El imperio del trabajo acumulado, pretérito, materializado, sobre el trabajo inmediato y vivo, es lo que convierte el trabajo acumulado en capital. El capital no consiste precisamente en poner el trabajo acumulado al servicio del trabajo vivo como medio para fomentar la producción. Consiste en poner el trabajo vivo al servicio del trabajo acumulado como medio para conservar e incrementar su valor de cambio». Capital y trabajo se condicionan y hacen surgir recíprocamente.

Los economistas burgueses deducen de aquí la identidad de intereses del capitalista y del obrero, y es cierto que el obrero perece si el capital no le da ocupación, y que el capital se hunde si no explota al obrero. Cuanto más veloz sea la incrementación del capital productivo, cuanto más florezca la industria, y más se enriquezca la burguesía, más mano de obra necesita el capitalista y más caro se vende el obrero. Para que éste pueda vivir pasablemente es, por tanto, condición inexcusable que el capital productivo se desarrolle con la mayor pujanza posible.

Marx hace notar que, en este caso, toda alza sensible del salario presupone un incremento tanto más intenso del capital productivo. Si crece el capital, puede ocurrir que suban los salarios, pero lo que desde luego subirán velozmente, si así ocurre, son las ganancias. La situación material del obrero ha mejorado, pero ha sido a costa de su situación social; el abismo social que le separa del capitalista es ahora más hondo. Decir, pues, que la condición más propicia para los salarios es el rápido incremento del capital, equivale a decir que cuanto más rápidamente la clase obrera aumente y amplíe la riqueza del poder enemigo que la gobierna, más favorables serán las condiciones que se le brinden para seguir trabajando en la incrementación del capital y de su poder. ¡Y aún tiene que dar gracias de que la dejen forjarse las cadenas de oro con que la arrastra a la zaga de sí la burguesía!

Sin embrgo, sigue exponiendo Marx, el desarrollo del capital y el alza del salario no son hechos tan inseparables como pretenden los economistas burgueses. No es cierto que cuanto más engorda el capital mejor cebe a sus esclavos. El incremento del capital productivo implica la acumulación y concentración de capitales. Su centralización acarrea una división del trabajo más acentuada y un maquinismo cada vez mayor. La división del trabajo, al acentuarse, destruye las aptitudes especiales del obrero, suplantando su trabajo calificado por un trabajo que puede desarrollar cualquiera, con lo cual no hace sino aumentar la concurrencia dentro de la clase trabajadora.

Esta concurrencia se agudiza con un sistema de división del trabajo

que permite a un obrero trabajar por tres. Y al mismo resultado conducen, en grado todavía mayor, las máquinas. Al aumentar el capital productivo, el industrial capitalista se ve obligado a trabajar con medios cada vez mayores; de este modo, arruina al pequeño industrial, forzándolo a entrar en las filas del proletariado. Además, como el tipo de interés baja en la proporción en que se acumulan los capitales, una serie de pequeños rentistas, que ya no pueden vivir de sus rentas, tienen que abrazar el camino de la industria y convertirse en proletarios.

Finalmente, cuanto más crece el capital productivo, tanto más obligado se ve a producir para un mercado cuyas necesidades desconoce. La producción va anteponiéndose al consumo, la oferta tiende a imperar sobre la demanda, las crisis son cada vez más frecuentes y más intensas, cada vez se producen más terremotos industriales de esos en que el mundo comercial sólo puede salir a flote sacrificando a los dioses del averno una parte de la riqueza, de los productos e incluso de las fuerzas productivas. El capital no *vive* sólo del trabajo. Es un señor refinado y bárbaro al mismo tiempo, que arrastra consigo a la tumba los cadáveres de sus esclavos, hecatombes enteras de obreros que perecen en las crisis. Así, pues, concluye Marx, al crecer el capital, crece mucho más rápidamente la concurrencia entre los obreros, y con ella decrecen en la misma proporción la ocupación y los medios de vida de la clase trabajadora, a pesar de lo cual el rápido incremento del capital sigue siendo la condición más propicia para el trabajo asalariado.

Desgraciadamente, sólo se ha conservado este fragmento de las conferencias dadas por Marx a los obreros alemanes de Bruselas. Pero basta para juzgar de la seriedad y profundidad de espíritu con que realizaba esta propaganda. No era de esta opinión, sin embargo, Bakunin, que, expulsado de Francia por un discurso pronunciado en el aniversario de la revolución polaca, llegó a Bruselas por aquellos días. El 28 de diciembre de 1847, escribía a un amigo ruso: «Marx sigue perdiendo el tiempo lastimosamente y echando a perder a los obreros, a los que se empeña en convertir en razonadores. Las mismas locuras teóricas y la misma vanidad insatisfecha de siempre.» Y aún era más duro el juicio que formulaba sobre Marx y Engels en una carta dirigida a Herwegh: «En una palabra, mentira y necedad, necedad y mentira. No hay manera de respirar en esta sociedad ni una sola bocanada de aire fresco. Me mantengo alejado de ellos y he declarado de manera terminante que no quiero entrar en sus manufacturas comunistas ni tener nada que ver con ellas.»

Estas palabras de Bakunin son interesantes, no por la irritabilidad personal que en ellas parece leerse—Bakunin había formulado y aun



había de formular sobre Marx juicios muy distintos a éstos—, sino porque ya late en ellas aquel antagonismo que había de desatar luchas tan violentas entre los dos revolucionarios.

8. El Manifiesto comunista.

Entre tanto, fué enviado a Londres para su impresión el original del Manifiesto comunista.

Los autores habían comenzado sus trabajos preliminares después de acordarse en el primer congreso la redacción de un programa comunista, defiriendo al segundo su aprobación. Era natural que los teóricos del movimiento se ocupasen de esta labor. Marx, Engels y Hess redactaron anteproyectos encaminados a ese fin.

De ellos, sólo se ha conservado uno, acerca del cual Engels escribía a Marx el 24 de noviembre de 1847, o sea poco antes de reunirse el segundo congreso: «Medita un poco la profesión de fe. Creo que lo mejor sería prescindir de la forma de catecismo y darle el título de Manifiesto comunista. Como no habrá más remedio que hacer en él algo de historia, no podremos conservar la forma actual. Llevaré el que yo he hecho aquí, en estilo sencillo de relato, aunque muy mal redactado, con una prisa atroz.» Engels añadía que el proyecto no había sido sometido aún a las «comunas» de París, si bien confiaba en que, salvo algunos pequeños detalles, pasaría todo.

El proyecto a que Engels se refiere conserva todavía, íntegra, su forma catequística, la cual antes hubiera favorecido que perjudicado su fácil inteligencia para las masas. Para la agitación del momento reunía, indudablemente, mejores condiciones que el Manifiesto actual, con el que, por lo demás, coincide totalmente en cuanto a las ideas en él desarrolladas. Engels, al renunciar sin vacilación a sus veinticinco preguntas y respuestas, para dar preferencia a una exposición histórica del tema, acreditábase de hombre concienzudo; el Manifiesto en que se predicaba el comunismo como un hecho histórico universal debía ser—para decirlo con el historiador griego—una obra perenne y no un escrito polémico de lectura fugaz.

Su forma clásica es, en efecto, la que ha asegurado al Manifiesto comunista el puesto perdurable que ocupa en la literatura universal. No es que con esto queramos, naturalmente, hacer una concesión a esos pintorescos eruditos que, destacando unas cuantas frases sueltas, nos pretenden demostrar que los autores del Manifiesto plagiaron a Carlyle o Gibbons, a Sismondi o a no sabemos quién. Todo eso son puros desvaríos; el Manifiesto tiene, en este respecto, un carácter tan



propio y original como la obra que más. Claro está que no se encierra en él una sola idea que sus autores no tuviesen ya expuesta en anteriores obras. El Manifiesto no era una revelación; no hacía más que resumir el ideario de quienes lo habían escrito en un espejo cuyo cristal no podía ser más bruñido ni su marco más escueto. En cuanto cabe juzgar por el estilo, parece que Marx tuvo una parte principal en la redacción definitiva, si bien Engels, como nos lo demuestra su proyecto, no veía menos claras que aquél las ideas recogidas, debiendo considerársele copartícipe de la obra en el mismo plano.

Dos tercios de siglo van transcurridos desde que se publicó el Manifiesto, setenta años, durante los cuales el mundo ha pasado por potentes conmociones económicas y políticas; estos cambios no podían por menos de dejar su huella en el Manifiesto. El proceso histórico ha seguido, en ciertos aspectos, derroteros distintos, y sobre todo una marcha mucho más lenta que la prevista por sus autores.

Cuanto más se adentraba su mirada en la lejanía, tanto más cerca creían verla. Podemos afirmar, sin embargo, que estas sombras eran indispensables, pues sin ellas no hubiese brotado la luz. Es un fenómeno psicológico observado ya por Lessing en esos hombres «que saben mirar certeramente al porvenir»: «Transformaciones para las que la naturaleza necesita de milenios, han de consumarse, para ellos, en el instante de sus vidas». Marx y Engels no se equivocaron precisamente en milenios, pero sí en unas cuantas décadas. Al redactar el Manifiesto, enfocaban el sistema de producción capitalista y su desarrollo en una altura que apenas si ha llegado a alcanzar hoy. En el proyecto de Engels, esta idea encuentra expresión todavía más acentuada que en el Manifiesto, al decir que en los países civilizados se explotaban fabrilmente casi todas las ramas del trabajo, que en casi todas ellas la manufactura había sido desplazada por la gran industria.

Contrastan singularmente con esto los brotes relativamente pobres de partidos obreros reseñados en el Manifiesto comunista. El más importante de todos, el cartismo inglés, estaba todavía plagado, como los demás, de elementos pequeñoburgueses, y no digamos el partido socialista-demócrata de Francia. Por su parte, los radicales suizos y aquellos revolucionarios polacos que hacían de la emancipación campesina condición previa para la emancipación nacional, no eran más que sombras proyectadas sobre la pared. Los propios autores hacían notar, años más tarde, lo reducido que era por entonces el campo de acción del movimiento proletario, del que se hallaban alejados principalmente Rusia y los Estados Unidos. «Era la época en que Rusia formaba la última gran reserva de la reacción en Europa y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía las fuerzas sobrantes del proletariado europeo. Ambos países aprovisionaban a Europa de materias primas,

brindándole a la par mercado para sus productos industriales. Ambos representaban, por tanto, bajo uno u otro aspecto, pilares y puntos de apoyo del orden social de Europa.» ¡Cuánto y de qué modo cambió esto a la vuelta de una generación, hasta llegar a los tiempos presentes! Pero, ¿es que real y verdaderamente se puede decir que el Manifiesto haya fracasado porque aquel «papel altamente revolucionario» que asignara al régimen capitalista de producción resultase más extenso y potente de lo que previeron sus autores?

Es evidente, por otra parte, que la cautivadora y magnífica exposición que se hace en el capítulo primero del Manifiesto de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, aun siendo como es de una verdad insuperable en sus rasgos fundamentales, describe de modo harto sumario el proceso de esta lucha. Hoy, no podría sentarse en términos tan generales el hecho de que el obrero moderno—a diferencia de las clases oprimidas antiguas, a quienes se les garantizaba por lo menos las condiciones dentro de las cuales podían sustentar su vida de esclavos—lejos de ganar con los progresos de la industria, va hundiéndose más y más por debajo del nivel de vida de su clase. Por marcada que sea esta tendencia en el régimen capitalista de producción, no puede negarse que hay ciertos sectores de la clase obrera a quienes la sociedad capitalista garantiza un régimen material de vida superior, incluso, al de las capas pequeñoburguesas.

Debemos guardarnos, sin embargo, de concluir de aquí, como hacen los críticos burgueses, la falsedad de la «teoría de la depauperación», cuyos orígenes se achacan al Manifiesto comunista. Esta teoría, es decir, la tesis según la cual el régimen capitalista de producción depaupera a las masas de los países en que predomina, existía mucho antes de aparecer el Manifiesto comunista, antes de que sus autores pusieran la pluma sobre el papel. Esta tesis había sido sostenida por los pensadores socialistas, por los políticos radicales, y, antes que por nadie, por los economistas burgueses. La ley de la población de Malthus esforzábase por justificar la «teoría de la depauperación» como una ley natural y eterna. Esta «teoría» reflejaba una práctica en que tropezaba hasta la legislación de las clases gobernantes. Fabricábanse leyes de pobres y construíanse bastillas para pobres, donde la depauperación era considerada como culpa imputable a los propios depauperados y digna de castigo. Marx y Engels, lejos de haber inventado la «teoría de la depauperación», tomaron en un principio partido contra ella, pues, sin negar un hecho tan indiscutible y por todos comprobado como la depauperación de las masas, demostraban que este hecho no respondía a ninguna ley natural y eterna, sino que era un hecho histórico, el cual podría ser y sería, más tarde o más temprano, eliminado por efecto del mismo régimen de producción que lo provocaba.

En este respecto, sólo cabe hacer contra el Manifiesto comunista una acusación, a saber: que no supo librarse totalmente de las sugestiones de la «teoría de la depauperación» burguesa. Seguía inspirándose en el criterio de la ley del salario, tal como la desarrollara Ricardo bajo el influjo de la teoría malthusiana; de aquí el desdeñoso juicio que le merecen las luchas de subida de salarios y las organizaciones sindicales obreras, en que sólo ve, sustancialmente, un campo de maniobras donde la masa obrera se ejercita para la lucha política de clases. Los autores del Manifiesto comunista no veían todavía en el *bill* inglés de las diez horas, como habían de ver más tarde, el «triunfo de un principio»; en las condiciones capitalistas, no representaba, a sus ojos, más que una traba reaccionaria puesta a la gran industria. Resumiendo, el Manifiesto aún no reconocía las leyes de fábrica ni las organizaciones sindicales como otras tantas etapas en el camino de la emancipación proletaria que ha de conducir a la transformación de la sociedad capitalista en socialista y que es necesario recorrer, luchando, hasta la meta, si no han de ser estériles los primeros triunfos, arrancados a costa de tantos sacrificios.

El Manifiesto, llevado de esta preocupación, exagera al enfocar la reacción defensiva del proletariado contra las tendencias depauperadoras del régimen capitalista de producción exclusivamente desde el punto de vista de una revolución política. Tenía fija la vista en los precedentes de las revoluciones inglesa y francesa; esperaba que sobrevendrían unas cuantas décadas de guerra civil y de guerras de pueblos, en cuyo calor de estufa el proletariado conquistaría rápidamente su mayoría política de edad. Donde más claro relieve cobra el modo de ver de los autores es en las líneas dedicadas a destacar los cometidos del partido comunista en Alemania. Aquí, el Manifiesto aboga por la unidad de frente del proletariado y la burguesía, hasta donde ésta actúe revolucionariamente, contra la monarquía absoluta, el régimen feudal de la tierra y la pequeña burguesía, pero sin descuidar ni por un instante el infundir a la clase obrera la clara conciencia del antagonismo y la hostilidad que separan a la burguesía y el proletariado.

«Los comunistas—continúa el Manifiesto—tienen fija su mirada con especial atención en Alemania, pues saben que este país se halla en vísperas de una revolución burguesa y que este cambio se efectuará bajo las condiciones propicias de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, que por tanto la revolución alemana burguesa tiene que ser el preludio inmediato de una revolución proletaria.» En efecto, la revolución burguesa alemana se desencadenó apenas aparecer el Manifiesto, pero las condiciones en que hubo de realizarse surtieron efecto inverso al previsto: dejaron la revolución burguesa a me-

dio camino, hasta que, pocos meses más tarde, los combates parisinos de junio curaron a la burguesía, y muy principalmente a la alemana, de todo antojo revolucionario.

Los dientes del tiempo han hecho, pues, como no podía menos, cierta mella en alguno que otro pasaje de este Manifiesto, que se diría esculpido en mármol. Ya en 1872, en el prólogo a una nueva edición, reconocían sus propios autores que estaba «en parte anticuado», si bien podían añadir legítimamente que las ideas generales en él desarrolladas no habían perdido nada de su valor. Ni lo perderán mientras siga riñéndose en el mundo ese gran duelo histórico entre la burguesía y el proletariado. En el capítulo primero se desarrollan con una maestría insuperable los puntos de vista más salientes de este duelo; en el segundo se esbozan las ideas fundamentales del comunismo científico moderno, y en el tercero, consagrado a la crítica de la literatura socialista y comunista, aunque el examen no abarca más que hasta el año 1847, tan profundo es el análisis, que no ha surgido desde entonces ni una sola tendencia, dentro del socialismo o del comunismo, a la que no pueda hacerse extensiva la crítica allí desarrollada. Y hasta la predicción del cuarto y último capítulo sobre el desarrollo de las cosas en Alemania, ha venido a resultar confirmada por la realidad, aunque no fuese en el mismo sentido en que la formularan sus autores: la revolución burguesa alemana, ahogada en germen, no fué más que un preludio del pujante desarrollo de la lucha proletaria de clases.

Inconmovible en sus verdades fundamentales y rico en enseñanzas hasta en sus errores, el Manifiesto comunista es ya un documento incorporado a la historia universal, a través de la cual resuena, potente, el grito de guerra con que sella su página final: ¡Proletarios de todos los países, uníos!



CAPITULO VI

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION

1. Jornadas de febrero y marzo.

El 24 de febrero de 1848 la revolución arrojó del trono al rey de la burguesía francesa. La conmoción llegó, de rechazo, hasta Bruselas, pero el rey Leopoldo, un Coburgo, acosado por los cuatro costados, supo salir más hábilmente del trance que su suegro en París. Prometió a sus ministros, diputados y alcaldes liberales, que abandonaría el trono si así lo deseaba la nación, y este rasgo generoso bastó para conmover los corazones de los estadistas de la burguesía, alejando de ellos toda idea rebelde.

El rey, en vista de esto, ordenó a sus tropas que disolviesen todas las reuniones y asambleas del pueblo en la plaza pública y abrió una cruzada policiaca de persecución contra los refugiados extranjeros. Marx fué tratado con especial rudeza, pues, no contentos con detenerle a él, detuvieron también a su mujer, a la que tuvieron encerrada toda una noche, mezclada entre prostitutas. El comisario de policía autor de esta infamia fué luego destituído, y los detenidos puestos inmediatamente en libertad, dejando tan sólo subsistente la orden de expulsión.

Por lo demás, esta arbitrariedad era perfectamente superflua, pues Marx lo tenía ya todo preparado para trasladarse a París. El comité de Londres, en que residía el poder central de la Liga Comunista, transfirió sus facultades al comité de Bruselas inmediatamente de estallar la revolución de febrero. El comité belga las transmitió a su vez a Marx el día 3 de marzo, ya bajo el estado de guerra que de hecho regía, dándole poderes para que reuniese una nueva junta central en París, adonde Marx había sido invitado a reintegrarse por medio de una comunicación muy honrosa para él del Gobierno provisional, suscrita por Flocon y fechada en 1.° de marzo.

Ya el 6 de marzo, apenas llegado a París, tuvo Marx ocasión de demostrar su serena profundidad de visión, oponiéndose a los planes aventureros de los alemanes residentes en aquella capital, que, congregados en asamblea, acordaron pasar a Alemania, armados, para encender allí la revolución. El plan había sido forjado por Bornstedt, personaje equívoco, que desgraciadamente consiguió ganar para la idea a Herwegh. También se mostraba partidario de ella, aunque luego se

arrepintiera, Bakunin. El Gobierno provisional apoyaba estos planes, no por entusiasmo revolucionario, sino con la perversa idea de quitarse de encima a los obreros extranjeros, dada la gran crisis de trabajo reinante; asignó a cada repatriado alojamiento y 50 céntimos de plus de campaña por día hasta la frontera. A Herwegh no se le ocultaba el «motivo egoísta que animaba al gobierno, al querer desprenderse de muchos miles de braceros que hacían competencia a los franceses», pero, con su falta de sentido político, siguió llevando adelante la aventura, hasta que ésta encontró lamentable fin en Niederdossenbach.

Marx, oponiéndose resueltamente a este aventurerismo revolucionario, que no tenía razón alguna de ser triunfante ya la revolución en Viena desde el 13 de marzo y en Berlín desde el 18, no dejó por ello de contribuir a alentar de un modo eficaz la revolución alemana, de que estaban tan pendientes los comunistas. En uso de sus poderes, formó un nuevo comité central, integrado mitad y mitad por elementos procedentes de Bruselas (Marx, Engels, Wolff), y de Londres (Bauer, Moll, Schapper). Este comité acordó una proclama en que se contenían diecisiete reivindicaciones formuladas «en interés del proletariado alemán, de las clases humildes y de los campesinos pobres» y entre las cuales se contaban la implantación en Alemania de la República, una e indivisible, la entrega de armas al pueblo, la nacionalización de las propiedades de los príncipes y de los señores feudales, de las minas, canteras y medios de transporte, creación de talleres nacionales, educación general, pública y gratuita, etc. Estas reivindicaciones de la propaganda comunista sólo tendían a destacar, naturalmente, las líneas generales del movimiento, y nadie mejor que Marx sabía que no podrían realizarse de un día para otro, sino a vuelta de un largo proceso revolucionario.

La Liga Comunista era demasiado débil para poder acelerar, como organización autónoma, el movimiento revolucionario. Resultaba que su reorganización en el continente no había pasado de los comienzos. Pero esto no era tan grave, pues ahora que la revolución venía a brindar a la clase obrera los recursos y la posibilidad de una propaganda pública, la Liga no tenía realmente razón de ser. En vista de esto, Marx y Engels fundaron en París un club comunista alemán, en que disuadieron a los obreros de incorporarse a la columna de Herwegh, para retornar por su cuenta al país y laborar allí por el movimiento revolucionario.

Así lograron expedir a Alemania unos cuantos cientos de obreros, para quienes consiguieron, por intermedio de Flocon, los mismos beneficios concedidos por el Gobierno provisional a las huestes de Herwegh.

De este modo, volvieron a Alemania la mayoría de los afiliados,

gracias a los cuales pudo acreditarse la Liga como una magnífica escuela preparatoria de la revolución. Allí donde el movimiento tomaba un incremento cualquiera, había indefectiblemente un afiliado a la Liga impulsándolo: Schapper en Nassau, Wolff en Breslau, Esteban Born en Berlín, y así sucesivamente. Tenía razón Born cuando escribía a Marx: «La Liga está desperdigada, por doquier y en parte alguna.» Como organización en parte alguna, como propaganda por doquier, en cuantos sitios concurrían las condiciones efectivas para una lucha de emancipación del proletariado, cosa que, a decir verdad, sólo ocurría en una parte relativamente pequeña de Alemania.

Marx y sus amigos más allegados se lanzaron sobre la región del Rin, por ser la zona más avanzada de Alemania, donde además el Código de Napoleón les brindaba una mayor libertad de movimientos que las leyes prusianas vigentes en Berlín. En Colonia consiguieron adueñarse de los preparativos hechos por elementos demócratas y algunos comunistas para lanzar un gran periódico. Mas hubo todavía no pocas dificultades que vencer, y Engels pasó por el desengaño de comprobar que el comunismo, que creía arraigado en aquella comarca, distaba mucho todavía de ser una realidad, cuando más un poder: la revolución, al cobrar bulto corpóreo, lo había reducido a un espectro. Con fecha de 25 de abril, escribía desde Barmen a Marx, residente en Colonia: «Aquí va a ser difícil colocar ni una sola acción... Esta gente le teme más que a la peste a la discusión de los problemas sociales; llaman a esto espíritu de motín... Al viejo no hay manera de sacarle un cuarto. Para él, la *Kölner Zeitung* es ya el colmo de la sedición, y si pudiera, de mejor gana nos largaría mil balas de fusil que mil tálers para el periódico.» No obstante, Engels consiguió colocar catorce acciones, y el primero de junio empezó a publicarse la «Nueva Gaceta del Rin».

Como director figuraba Marx, y entre los redactores Engels, Dronke, Weerth y los dos Wolff.

2. Jornadas de junio.

Aunque la «Nueva Gaceta del Rin» se titulaba «órgano de la democracia», no lo era precisamente en el sentido de una oposición parlamentaria cualquiera. No era éste, por cierto, el honor a que aspiraba; lejos de eso, creía apremiantemente necesario vigilar de cerca a los demócratas, y no sólo no abrazaba como ideal la república tricolor, sino que anunciaba que, una vez implantada ésta, se situaría en el campo de enfrente.



Inspirándose en las normas del Manifiesto comunista, tomaba por cometido impulsar el movimiento revolucionario tal y como la realidad lo ofrecía. Esta táctica respondía a una inminente necesidad; en junio empezaba ya a desmoronarse el terreno revolucionario conquistado dos meses antes. En Viena, donde el antagonismo de clases no había cobrado todavía pleno desarrollo, imperaba una alegre anarquía; en Berlín, la burguesía sólo tenía el timón en la mano para volver a entregárselo a las potencias vencidas en marzo; en los pequeños y medianos Estados de Alemania montaban la guardia unos ministros liberales, que no se distinguían precisamente de sus antepasados feudales por el orgullo viril demostrado ante el trono, sino por una mayor flexibilidad de espinazo, y la Asamblea nacional de Francfort, órgano soberano a cuyo cargo corría el implantar la unidad de Alemania, resultó ser, desde que inauguró sus sesiones el 18 de mayo, un club de charlatanes impenitentes.

La «Nueva Gaceta del Rin», desde su primer número, ajustó las cuentas a todo este mundo de fantasmas, y lo hizo de modo tan concienzudo, que la mitad de sus accionistas, ya pocos de por sí, emprendieron la retirada. Y no es que el periódico pidiese mucho de la penetración y arrojo de los héroes parlamentarios. Criticando el republicanismo federal defendido por la izquierda del parlamento de Francfort, sostenía que una federación de monarquías constitucionales, pequeños principados y republiquitas, con un gobierno republicano a la cabeza, no podía aceptarse como estructura definitiva del país. Y añadía: «No es que nosotros levantemos la bandera utópica de que se vaya a proclamar desde luego la república alemana una e indivisible, pero exigimos del llamado partido radicaldemócrata que no confunda el punto de arranque de la lucha y del movimiento revolucionario con su meta. La unidad alemana y la constitución alemana sólo pueden surgir como resultantes de un movimiento en que tanto los conflictos interiores como la guerra con el Oriente acuciarán a llegar a una conclusión. La constitución definitiva del país no puede implantarse por decreto, pues va asociada al movimiento por que el país habrá de pasar. No se trata, pues, de poner por obra tal o cual opinión, tal o cual idea política; trátase de saber penetrar en los derroteros del movimiento. La Asamblea nacional no tiene, por ahora, más que dar los primeros pasos prácticamente factibles». Pero la Asamblea nacional hizo algo que parecía prácticamente imposible, según todas las leyes de la lógica: eligió al archiduque austriaco Juan regente del país, encauzando con ello el movimiento hacia el regazo de los príncipes.

Más importantes fueron los acontecimientos desarrollados en Berlín. El Estado prusiano era, dentro de las fronteras alemanas, el enemigo más peligroso de la revolución. Esta le había vencido en la jornada

del 18 de marzo; pero el fruto de la victoria fué a parar, por las condiciones históricas del momento, a manos de la burguesía, y a ésta le faltó tiempo para traicionar la revolución. Con objeto de mantener la «continuidad jurídica», o lo que es lo mismo, de negar sus orígenes revolucionarios, el ministerio burgués de Camphausen-Hansemann convocó una Dieta unitaria, encomendando a esta corporación feudal por estamentos la empresa de echar las bases para una constitución de tipo burgués. Así surgieron las leyes de 6 y 8 de abril, la primera de las cuales promulgó sobre el papel una serie de derechos civiles como normas directivas para la nueva constitución, mientras que la segunda decretaba el sufragio universal, igual, secreto e indirecto, para elegir unas Cortes que pactarían con la corona la nueva constitución del Estado.

Este famoso principio del «pacto» entre el rey y las Cortes venía, prácticamente, a escamotear la victoria alcanzada el 18 de marzo por el proletariado de Berlín sobre las tropas prusianas de la Guardia. Si los acuerdos de la nueva Asamblea necesitaban ser aceptados y refrendados por la corona, era que ésta seguía conservando sus prerrogativas; seguía dictando su voluntad, y no había más remedio que domeñarla por medio de una segunda revolución, que el ministerio de Camphausen-Hansemann hacía cuanto estaba de su parte por impedir. El gobierno obstruccionó del modo más mezquino las Cortes, reunidas el 22 de mayo, erigióse en «escudo de la dinastía» y dió a la contrarrevolución, todavía acéfala, una cabeza, trayendo de Inglaterra, adonde le había desterrado el 18 de marzo la ira de las masas, al príncipe de Prusia, heredero del trono y solapado reaccionario.

El Parlamento berlinés no estaba, ni mucho menos, a la altura de su misión revolucionaria, aunque no pudiera moverse tampoco, totalmente, en aquel mundo quimérico y ensoñado de la Asamblea nacional de Francfort. Se avino a reconocer el principio del «pacto», que le dejaba por entero a merced del trono, hasta que el 14 de junio, como la población de Berlín volviese a manifestarse, esgrimiendo de nuevo el puño con su asalto a la Armería, los diputados hubieron de tomar una actitud un poco resuelta, aunque siempre quedándose a medias. En la crisis, salió del Ministerio Camphausen, continuando Hansemann. La diferencia entre ellos estaba en que aquél aún se sentía atormentado por ciertos vestigios de ideología burguesa, mientras que éste servía sin vergüenza ni escrúpulo a los intereses materiales y escuetos de su clase. Para ello, no encontró mejor camino que arrastrarse a los pies del rey y de los terratenientes, corromper el Parlamento y maltratar violentamente a las masas, superando en todas estas actividades a sus antecesores. La contrarrevolución veíale actuar con buenos ojos, sin oponerse, naturalmente, a sus manejos.



El periódico de Marx se alza resueltamente, desde el primer momento, frente a este fatal proceso. Demuestra que Camphausen, sembrando la reacción en un sentido favorable a la gran burguesía, la cosecha de un modo que sólo puede favorecer al partido feudal. Fustiga al Parlamento de Berlín, y principalmente a la Izquierda, requiriéndola a que tome una actitud decidida y, enfrentándose con la indignación de los parlamentarios porque en el asalto de la Armería se hubiesen destruído unas cuantas banderas y armas, aplaude el certero instinto del pueblo, que no sólo se levanta revolucionariamente contra sus opresores, sino también contra las brillantes ilusiones de su propio pasado. Y precave a las izquierdas contra la fascinación de los triunfos parlamentarios, que los viejos poderes están siempre dispuestos a conceder, con tal de quedarse ellos con las posiciones de mando y los resortes de supremacía.

El periódico pronosticaba un lamentable fin al gabinete Hansemann, al pretender implantar el régimen de la burguesía, pactando con el viejo Estado policiaco y feudal. «En esta dual y contradictoria empresa, el régimen burgués a que se aspira y su propia existencia como gobierno, se hallan amenazados a cada instante por el imperio de la reacción absolutista y feudal y sucumbirán ante ella, más temprano o más tarde. La burguesía no podrá hacer triunfar su régimen sin tomar por aliado momentáneamente al pueblo todo, sin actuar con un carácter democrático más o menos marcado.» El periódico acogía también con punzante sátira los esfuerzos que hacía la burguesía para convertir en trotona apariencia la emancipación de los campesinos, el más legítimo cometido de una revolución burguesa. «La burguesía alemana de 1848 ha traicionado indecorosamente a los campesinos, sus más naturales aliados, carne de su carne, sin los cuales tendrá que rendirse impotente ante la nobleza.» La revolución alemana de 1848 venía, así, a quedar reducida a grotesca parodia de la revolución francesa de 1789.

Y por otra razón, además: porque esta revolución no había triunfado por sus propias fuerzas, sino como satélite de otro movimiento, el francés, que daba al proletariado participación en el gobierno. Y esto, que no justificaba ni siquiera disculpaba la traición de la burguesía alemana contra la revolución, la explicaba perfectamente. Pero en aquellos mismos días de junio, en que el gabinete Hansemann comenzaba a cavarse su fosa, empezó también a disiparse esta pesadilla que le oprimía el pecho. Vino aquella espantosa represión, que duró cuatro días y en que el proletariado de París fué desangrado por los partidos y las clases todas de la burguesía, coaligadas para brindar sus servicios de verdugo al capital.

La «Nueva Gaceta del Rin» levantó del polvo la bandera de los «victoriosos derrotados». Y Marx señaló a la democracia, con palabras

briosas, su puesto en la lucha de clases entre burguesía y proletariado: «¿Es que nosotros, se nos preguntará, no tenemos lágrimas, suspiros, palabras de condolencia para las víctimas sacrificadas a la ira del pueblo, para la Guardia nacional, para la Guardia móvil, para la Guardia republicana, para las tropas de línea? Ya se encargará el Estado de esas viudas y de esos huérfanos, ya vendrán decretos glorificando a esos héroes, solemnes cortejos acompañarán sus restos hasta la tumba, la prensa oficial los declarará inmortales, toda la reacción europea, de Oriente a Occidente, cantará sus hechos gloriosos. Pero, ¿y los plebeyos desgarrados por el hambre, insultados por la prensa, abandonados por los médicos, tildados de ladrones, de incendiarios, de forzados de galeras por las gentes honestas, con sus mujeres y sus hijos precipitados a una miseria sin nombre, con sus mejores supervivientes deportados al otro lado del mar? La prensa democrática tiene el derecho, tiene el privilegio de ceñir sus laureles a estas frentes sombrías y amenazadoras.»

Este magnífico artículo, en el que todavía hoy arde el fuego de la pasión revolucionaria, le costó al periódico la otra mitad de sus accionistas.

3. La guerra contra Rusia.

La guerra contra Rusia era el eje en torno del cual giraba la posición de la «Nueva Gaceta del Rin» en cuestiones de política extranjera. El periódico veía en Rusia al gran enemigo de la revolución, un enemigo poderoso y terrible, que se lanzaría infaliblemente contra ella en cuanto el movimiento se extendiese por toda Europa.

En esto, no andaba desorientado. Por aquellos días en que predicaba la guerra revolucionaria contra Rusia, el zar—cosa que por entonces no podían saber los redactores del periódico, pero que hoy atestiguan los documentos de los archivos—brindaba al príncipe de Prusia con la ayuda del ejército ruso para volver a implantar por la fuerza el despotismo destronado. Y en efecto, al año de esto, el oso ruso salvaba al despotismo austriaco, aplastando con su zarpa la revolución húngara. La alemana no lograría vencer sin destruir la autocracia prusiana y austriaca, y esta aspiración no podría nunca lograrse sin derribar previamente el poder zarista.

El periódico esperaba de la guerra contra Rusia un desencadenamiento de fuerzas revolucionarias semejante al que la revolución francesa de 1789 había logrado mediante la guerra contra la Alemania feudal. Tratando como trataban a la nación alemana *en canaille,* según la frase de Weerth, era lógico que sus redactores fustigasen con toda



energía los servicios lacayunos con que los alemanes venían atentando desde hacía setenta años contra la libertad y la independencia de otros pueblos: contra Norteamérica, contra Francia, contra Italia, contra Polonia, contra Holanda, contra Grecia. «Ahora, que los alemanes sacuden su propio yugo, es menester que cambie también radicalmente su política para con otros pueblos, si no queremos que en las cadenas echadas sobre otras naciones, quede prendida nuestra naciente y apenas barruntada libertad. Alemania se liberará conforme vaya dejando libres a los pueblos vecinos.» Y el periódico denunciaba aquella política maquiavélica, que, tambaleándose en el interior del país, en las bases de su poder, se complacía en provocar al exterior un mezquino odio de raza, repugnante con el carácter cosmopolita de los alemanes, para de este modo paralizar las energías democráticas, desviar hacia otro lado la atención, encauzar por un canal de desagüe la lava revolucionaria, forjando así las armas para la represión de fronteras adentro.

Sin oir «los bramidos y redobles patrióticos de la prensa alemana casi unánime», abogó desde el primer instante por la causa de los polacos en Polonia, por la de los italianos en Italia, por la de los húngaros en Hungría. Fustigó aquel «profundo maquiavelismo», aquella «paradoja histórica», de que en el mismo instante en que los alemanes luchaban contra sus gobiernos, emprendiesen bajo el mando de estos mismos gobiernos una cruzada contra la libertad de los países oprimidos de Polonia, Hungria, Italia. «Para la Alemania revolucionaria, no debe existir más que una guerra, la guerra contra Rusia, en la que puede purgar los pecados del pasado, adquiriendo vigor y venciendo en ella a sus propios autócratas; en la que puede, como cumple a un pueblo que sacude las cadenas de una larga y perezosa esclavitud, redimirse pagando la propaganda de la civilización con la sangre de sus hijos y emanciparse al emancipar a las naciones aherrojadas.»

Entre estas naciones, por ninguna abogaba tan apasionadamente el periódico como por Polonia. El movimiento polaco de 1848 limitábase a la provincia prusiana de Posen; la Polonia rusa había quedado postrada por la revolución de 1830, como la austriaca por la insurrección de 1846. La población polaca de Prusia se alzó bastante modestamente, sin llegar casi, en sus exigencias, a lo que ya le prometieran los tratados de 1815, jamás cumplidos: la sustitución de las guarniciones militares por tropas del país, y la provisión en los naturales de todos los empleos. En los primeros momentos de pánico que siguieron al 18 de marzo, las autoridades de Berlín les prometieron proceder a una «reorganización nacional». Aunque abrigando ya, naturalmente, la secreta intención de faltar a la promesa. Los polacos fueron lo bastante candorosos para creer en la buena voluntad de Berlín, desde don-

de, entretanto, se excitaban los ánimos de la población alemana y judía, atizando sistemáticamente una guerra civil, cuyos origenes se debieron en absoluto y cuyos horrores respondieron casi totalmente a la acción de Prusia. Los polacos, obligados a la violencia por la violencia, lucharon valerosamente, rechazando más de una vez, como ocurrió por ejemplo el 30 de abril en las cercanías de Miloslaw, a un enemigo muy superior en armas y número, hasta ponerlo en franca huída; pero a la larga, las guadañas polacas no tuvieron más remedio que rendirse a los cañones prusianos.

En la cuestión polaca, la burguesía alemana se comportó, como siempre, con la misma falta de inteligencia y de lealtad. Antes de los acontecimientos de marzo había sabido comprender certeramente la íntima relación que existía entre la causa alemana y la polaca, y todavía después del 18 de marzo sus sabios habían proclamado solemnemente, en el llamado Anteparlamento de Francfort, que la reconstitución de Polonia era deber sagrado de la nación alemana. Mas esto no podía ser obstáculo para que Camphausen, el presidente del Gabinete, esgrimiese también ante esta cuestión el látigo del junker prusiano. Faltó de la manera más infame a la promesa de «reorganización nacional», arrancando a la provincia de Posen un pedazo tras otro de territorio, más de dos terceras partes en total, para incorporarlos a la Federación Alemana, por acuerdo de la Dieta Federal, cuando ésta daba ya las últimas boqueadas bajo el desprecio del mundo entero. La Asamblea nacional de Francfort, tenía que decidir ahora si reconocía o no como miembros legítimos de su seno a los diputados elegidos por los territorios desmembrados de aquella provincia. Al cabo, después de tres días de debates, abrazó el partido que de ella era de esperar: este hijo espurio de la revolución, sancionaba la infamia de los poderes contrarrevolucionarios.

Los ocho o nueve artículos, algunos de ellos muy extensos, de la serie dedicados a comentar estos debates, y que contrastaban con la despectiva concisión en que solía mantenerse frente a los charlatanes parlamentarios, revela lo mucho que la «Nueva Gaceta del Rin» se interesaba por el asunto. Es el trabajo más extenso que vió la luz en sus columnas. A juzgar por el contenido y el estilo, debieron de redactarlo en colaboración Marx y Engels, llevando éste la mayor parte, como lo denotan las huellas clarísimas de su mano.

Lo que primero llama la atención en este trabajo, y lo que más lo honra, es la magnífica sinceridad con que pone al descubierto la maniobra estéril seguida con Polonia. Pero la indignación moral de que Marx y Engels eran capaces—mucho más capaces de lo que puede imaginarse el honesto filisteo—no tenía ni el más remoto parecido con aquella compasión sentimental que un Roberto Blum, por ejemplo, de-



dicaba en Francfort a la maltratada Polonia. El festejado y elocuente orador de la izquierda hubo de resignarse a ver calificados sus arrebatos, y no sin razón, de «necias vulgaridades», todo lo altisonantes y augustas que se quiera, pero vulgaridades. No se le alcanzaba que aquella traición cometida con Polonia era, al propio tiempo, una traición contra la revolución alemana, a la que se privaba de ese modo de un arma preciosa e insustituible contra el mortal enemigo zarista.

Marx y Engels englobaban también entre «las más necias vulgaridades» esas prédicas de «conciliación entre todos los pueblos del mundo», que, sin pararse a contemplar la situación histórica ni el grado de desarrollo social de los pueblos, no sabían más que fraternizar a todo trapo; para ellos, la «justicia», la «humanidad», la «libertad», la «igualdad», la «fraternidad», la «independencia de los pueblos», eran otras tantas frases más o menos morales, que sonaban muy bien, pero que no querían decir nada ni resolvían nada, histórica ni políticamente. Esta «mitología moderna» les sacaba de quicio. Sobre todo en aquellos arrebatados días de la revolución, en que no reconocían más que un lema: en pro o en contra.

Los artículos de la «Nueva Gaceta del Rin» sobre Polonia estaban animados de esa auténtica pasión revolucionaria, que los ponía muy por encima de toda la fraseología polacófila de la democracia al uso, y perduran todavía como elocuente testimonio de la penetrante agudeza de visión política de sus autores. No están, sin embargo, exentos de errores, en lo que a la historia polaca se refiere. Tenían razón al decir que la campaña por la independencia de Polonia sólo podía triunfar dando a la par el triunfo a la democracia agraria sobre el absolutismo patriarco-feudal; mas no era cierto afirmar que los polacos viniesen reconociéndolo así desde la constitución de 1791. También se equivocaban los autores al sostener que la vieja Polonia, aquella de la democracia noble, llevaba ya mucho tiempo muerta y sepultada en el año 1848, pero dejando en el mundo un robusto heredero en la Polonia de la democracia campesina. Marx y Engels veían en los nobles polacos, que luchaban con magnífica bravura en las barricadas europeas para arrancar a su pueblo del abrazo de las potencias orientales en que perecía, los representantes de la nobleza polaca, en tanto que los Lelewel y los Mieroslawski, endurecidos y purificados bajo el fuego de los combates, se alzaban sobre su clase, ni más ni menos que los Hutten y los Sickingen se habían alzado en otro tiempo sobre la clase caballeresca alemana o, menos remotamente, los Clausewtz y los Gneisenau sobre la nobleza rural de Prusia.

Marx y Engels no tardaron en rectificar este error; lo que Engels no llegó nunca a retirar fué el juicio despectivo formulado en el periódico sobre las guerras de independencia sostenidas por las nacio-



nes y nacioncitas eslavas del sur de Europa. Todavía en el año 1872, Engels seguía manifestándose en este punto lo mismo que en 1849 se manifestara en la polémica sostenida con Bakunin. El corresponsal de la «Nueva Gaceta del Rin» en París, Ewerbeck, manifestó en julio del 48, desde las columnas del periódico, la sospecha de que el revolucionario ruso fuese un agente de su gobierno, sospecha reiterada luego por una información de la Agencia Havas. Sin embargo, la noticia resultó ser falsa, y la Redacción rectificó inmediatamente en términos de absoluta lealtad. Poco después, a fines de agosto o comienzos de setiembre, Marx emprendió un viaje a Berlín y Viena, renovando aquí las viejas relaciones de amistad con Bakunin, cuya expulsión de Prusia, efectuada en octubre, combatió duramente desde el periódico. Engels encabezaba también su polémica contra una proclama de Bakunin dirigida a los eslavos con la declaración de que se trataba de «un amigo nuestro», mas sin que por ello dejase de arremeter con una gran dureza objetiva contra las tendencias paneslavistas de la proclama.

La pauta la daba también aquí el interés apasionado de la revolución. En las luchas sostenidas por el Gobierno de Viena contra los revolucionarios alemanes y húngaros, los eslavos de Austria habían abrazado—con la excepción de los de Polonia—el partido reaccionario. Ellos fueron los que tomaron por asalto la ciudad sublevada de Viena para entregarla a la despiadada venganza de S. M. Católica; por los días en que Engels publicaba su artículo contra Bakunin, esos mismos eslavos salían al campo a guerrear contra los húngaros insurrectos, cuyas campañas revolucionarias seguía y analizaba Engels, con gran dominio de la materia, en la «Nueva Gaceta del Rin», poniendo en sus artículos una apasionada simpatía, que le llevaba a exagerar el grado de desarrollo histórico de los pueblos magiar y polaco. Bakunin exigía que se garantizase a los eslavos austriacos su independencia, postulado que Engels comentaba de este modo: «¡Ni por asomo! A esa fraseología sentimental que nos habla de fraternidad en nombre de las naciones más contrarrevolucionarias de Europa, nosotros contestamos que la rusofobia, el odio contra Rusia, era y sigue siendo la primera pasión revolucionaria de todo alemán; que desde la revolución, a este odio ha venido a unirse la checofobia y la croatofobia, el odio contra esos pueblos eslavos, contra los cuales habremos de unirnos en decidida acción terrorista con los polacos y los magiares, si queremos asegurar la revolución. Ahora sabemos ya dónde están concentrados sus enemigos: en Rusia y en los pueblos eslavos de Austria, y no habrá frases ni apelaciones a ningún vago porvenir democrático de esos países bastantes a disuadirnos de que tratemos como enemigos a los que son nuestros enemigos. Engels terminaba jurando inexorable y mortal enemistad al «pueblo eslavo traidor a la causa de la revolución».

No era tan sólo un acceso de ira por los servicios de lacayo prestados por los eslavos a la reacción europea lo que dictaba estas líneas. Engels negaba a los pueblos eslavos—exceptuando a Polonia, a los rusos y tal vez a los eslavos de Turquía—todo porvenir histórico, «por la sencilla razón de que los demás carecían todos de las más elementales condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales, para gozar de independencia y viabilidad». La lucha por su emancipación nacional los convertía en instrumentos ciegos del zarismo, sin que las bien intencionadas ilusiones que se forjaban los paneslavistas demócratas pudieran nada contra esto. El derecho histórico de los grandes pueblos civilizados a desarrollarse revolucionariamente estaba—añadía Engels—por encima de las pugnas de esos pueblicos raquíticos e impotentes por lograr su independencia, aun cuando en aquel gran avance se marchitase, pisoteada, más de una dulce florecilla nacional; con esto, no se hacía más que capacitar a esas pequeñas naciones al incorporarse a un proceso histórico, que, de quedar abandonadas a su propia suerte, las dejaría al margen. En 1882, cuando los anhelos de emancipación de los países balcánicos vinieron a chocar con los intereses del proletariado europeo, Engels aconsejó a éste que prescindiese de aquellos instrumentos del zarismo, pues en política están de más las simpatías románticas.

Engels se equivocaba al negar a las pequeñas naciones eslavas todo porvenir histórico, pero la idea fundamental que inspiraba su posición era indiscutiblemente exacta, y la «Nueva Gaceta del Rin» hubo de mantenerla nuevamente con toda firmeza en un caso en que venía a resultar asociada con las «simpatías románticas del filisteo».

4. Las jornadas de setiembre.

Tratábase de la guerra que el Gobierno prusiano había declarado a Dinamarca después del 18 de marzo por mandato de la Confederación alemana, con motivo del pleito de Schleswig-Holstein.

Holstein era territorio alemán, enclavado dentro de la Confederación: Schleswig quedaba fuera de las fronteras de ésta, y era, por lo menos en su parte norte, predominantemente danés. Los dos ducados venían unidos desde hacía varios siglos, por la dinastía reinante, al reino de Dinamarca, cuya extensión y población no excedía gran cosa de las de aquéllos; pero había una diferencia, y era que en Dinamarca regía también la sucesión por línea femenina, mientras que en los ducados sólo se admitía la línea de varón. Éstos hallábanse unidos entre sí por una «estrecha unión real», y esta indivisibilidad les aseguraba la

independencia propia de un Estado. Tales eran las relaciones existentes entre Dinamarca y los dos ducados con arreglo a los pactos internacionales, pero en la práctica ocurría que el espíritu alemán había venido reinando en Copenhague hasta los confines del siglo XIX, el idioma alemán hallábase reconocido como idioma oficial del reino de Dinamarca, y la aristocracia de los dos ducados gozaba de un gran predominio en las cancillerías danesas. Durante las guerras napoleónicas, agudizáronse las diferencias nacionales: en los tratados de Viena, Dinamarca pagó la lealtad que guardara hasta última hora al heredero de la revolución francesa, con la pérdida de Noruega, y acosada, forzada a luchar por su existencia como Estado, se lanzó a la anexión de aquellos dos ducados, con tanta mayor premura cuanto que la extinción paulatina de los herederos varones de su dinastía hacía inminente la adjudicación de esos territorios a otra rama, separación definitiva a que el reino dinamarqués no podía resignarse. Dinamarca procuró ir emancipándose poco a poco de las influencias alemanas, y para ello, como era demasiado pequeña para alentar un nacionalismo propio, procuró cultivar artificialmente el escandinavismo, esforzándose por unirse a Noruega y Suecia hasta formar un mundo cultural independiente.

Los esfuerzos del Gobierno danés por apoderarse íntegramente de los ducados del Elba, encontraron aquí tenaz resistencia, que no tardó en convertirse en causa nacional alemana. Alemania, en aquella época de florecimiento económico, se dió cuenta, sobre todo después de fundarse la Unión Aduanera, de la importancia que aquella pequeña península, situada entre dos mares, tenía para su tráfico comercial y marítimo, y saludó con creciente entusiasmo el movimiento de oposición que venía formándose en los ducados contra la propaganda dinamarquesa. La canción «Schleswig-Holstein, bañados por los mares, vigías de la cultura alemana», convirtióse desde el año 1844 en una especie de himno nacional. Y aunque el movimiento no rompía el ritmo tedioso y somnoliento de una agitación como tantas anteriores a la revolución de marzo, los gobiernos alemanes no podían sustraerse por entero a él. En el año 47, cuando el rey Cristián VIII de Dinamarca, preparando un golpe de fuerza decisivo, en una carta abierta se dirigió al ducado de Schleswig y a una parte del de Holstein, como parte integrante del Estado danés, hasta el Consejo Federal se puso en pie para formular una tibia protesta, en vez de declararse incompetente, que era la práctica que seguía, siempre que se trataba de amparar a la población alemana contra las violencias y los desafueros de los príncipes.

La «Nueva Gaceta del Rin» no sentía, naturalmente, la menor afinidad con aquel entusiasmo burgués de mesa de cervecería por los territorios «bañados por los mares». Para ella, este movimiento no era más que el reverso de aquel escandinavismo al que fustigaba, como un «mo-



vimiento de admiración hacia la vieja nacionalidad nórdica, brutal, sucia y pirata, hacia aquel profundo y devoto recogimiento, incapaz para expresar en palabras sus sentimientos e ideas exaltados, pero muy capaz para expresarlos en hechos, en violencias y malos tratos contra mujeres, en borracheras permanentes y en una cólera furiosa alternada con lacrimosas sentimentalidades». La situación se complicaba por la curiosa circunstancia de que bajo las banderas reaccionarias del escandinavismo, luchaba en Dinamarca, el partido de la oposición burguesa, el partido de los «daneses juramentados», que aspiraban a la danificación del ducado de Schleswig y a la expansión de los dominios económicos de Dinamarca, para consolidar luego todo del Estado por medio de una Constitución moderna, mientras que la pugna de los ducados por sus fueros tradicionales representaba, en mayor o menor extensión, una pugna en torno a privilegios feudales y a zarandajas dinásticas.

En enero de 1848, subió al trono de Dinamarca Federico VII, último vástago de la línea masculina, y, siguiendo el consejo de su moribundo padre, se puso a preparar una Constitución liberal conjunta para Dinamarca y los dos ducados. Al mes de esto, estalló en Copenhague la revolución de febrero, desencadenando un turbulento movimiento popular. La revolución entregó el Poder al partido de los anexionistas, que se pusieron inmediatamente a trabajar con gran vehemencia por la realización de su programa, consistente en la anexión del Schleswig hasta la línea del Eider. Los ducados reaccionaron, desprendiéndose de la hegemonía de la corona danesa, con su ejército de 7.000 hombres a la cabeza, y formaron en Kiel un Gobierno provisional. En él predominaba la nobleza, y en vez de desencadenar las fuerzas del país, que hubieran podido enfrentarse perfectamente con la potencia dinamarquesa, se fué a implorar socorro al Consejo Federal y al Gobierno prusiano, de quienes no tenía por qué temer menoscabo alguno para sus privilegios feudales.

En ambos encontró amable acogida, ya que la «defensa de la causa alemana» que aquí se les brindaba venía a depararles un recurso excelente para reponerse de los golpes aplastantes de la revolución. El rey de Prusia sentía la apremiante necesidad de restaurar, en una brillante parada militar contra la inerme Dinamarca, los prestigios de su guardia, que en 18 de marzo había salido tan maltrecha de las barricadas. El monarca prusiano odiaba a los anexionistas daneses como engendros revolucionarios, mas sin simpatizar tampoco con los habitantes de los ducados, en quienes condenaba la rebeldía contra la autoridad instituída por Dios; así, pues, ordenó a sus generales que tramitasen del modo más expeditivo aquel «servicio de vasallaje a la revolución», haciendo saber en Copenhague, por medio de un emisario, el coronel von Wildenbruch, que su deseo era, por encima de todo, conservar

los ducados a su duque y rey, y que si intervenía, era solamente para impedir que en el movimiento se mezclasen, sembrando la indisciplina, los elementos radicales y republicanos.

Pero Dinamarca no se tragó el anzuelo. Apresuróse a invocar la protección de las grandes potencias, e Inglaterra y Rusia se la dispensaron muy de grado. Su auxilio permitió a la pequeña Dinamarca zarandear a la gran Alemania como a un mocosuelo. Mientras los barcos de guerra daneses inferían las más sensibles heridas al comercio alemán, las tropas de la Confederación, que habían invadido los ducados del Elba a las órdenes del general prusiano Wrangel y que, a pesar de su deplorable estrategia, habían dispersado a las fuerzas danesas, muy escasas en número, vieron sus esfuerzos totalmente contrarrestados por la intervención diplomática de las grandes potencias. A fines de mayo, Wrangel recibió órdenes de Berlín para que retirase a sus tropas de Jutlandia, y el 9 de junio la Asamblea nacional acordó reclamar el pleito de los ducados como asunto de su competencia en cuanto inherente a la nación alemana, y velar por el honor de ésta.

La guerra fué entablada, en efecto, en nombre de la Confederación Alemana, y lógicamente competía dirigirla a la propia Asamblea nacional y al príncipe de la casa de Habsburgo, instituído el 28 de junio como regente del Imperio. Pero el gobierno prusiano, sin parar mientes en esto, cediendo a las presiones de Inglaterra y Rusia, concertó con Dinamarca, el 28 de agosto, el armisticio de Malmó, con vigencia de siete meses, desdeñando por entero las condiciones formuladas por el regente y por su emisario. Las normas del armisticio no podían ser más desprestigiantes para Alemania: se disolvía el Gobierno provisional de Schleswig-Holstein, entregándose la suprema dirección a un danés, mientras durase el armisticio; además, se declaraban derogados los decretos del Gobierno provisional y se separaban las tropas de ambos ducados. Alemania salía también perjudicada militarmente, ya que el armisticio se pactaba para los meses invernales, en que la flota danesa quedaba inmovilizada para el bloqueo de las costas alemanas, mientras que los hielos hubieran permitido a sus enemigos atravesar las aguas heladas del pequeño Bell, tomar a Funen y poner en un grave aprieto a Dinamarca.

Las primeras noticias del armisticio concertado cayeron como un rayo en la Asamblea nacional de Francfort por los primeros días de diciembre, mientras los diputados, «embriagados en sus cháchara, como los escolásticos de la Edad Media», se entretenían en discutir horas y horas los «derechos fundamentales» que habría de garantizar sobre el papel la futura Constitución. El 5 de setiembre, en un arrebato de ira, la Asamblea acordó oponerse a la ejecución del armisticio, provocando con esto la dimisión del Gabinete.



La «Nueva Gaceta del Rin» acogió este acuerdo con viva satisfacción, aunque sin hacerse acerca de él ningún género de ilusiones. Remontándose por encima del régimen de los tratados internacionales, reclamaba la guerra contra Dinamarca, para plegarse al rumbo de la historia. «Los daneses son un pueblo que depende enteramente de Alemania, así en el aspecto comercial e industrial, como en el político y en el literario. Es harto sabido que la capital efectiva de Dinamarca no es Copenhague, sino Hamburgo; que Dinamarca recibe todos sus víveres, lo mismo los literarios que los materiales, de Alemania, y que la literatura dinamarquesa—con la única excepción de Holberg—no es más que un eco apagado de la alemana... Con el mismo derecho con que los franceses se han anexionado a Flandes, la Lorena y Alsacia y acabarán por anexionarse, más temprano o más tarde, Bélgica, con ese mismo derecho, que es el de la civilización contra la barbarie, el progreso contra el estancamiento, se apodera Alemania del Schleswig... La guerra que estamos sosteniendo en aquellos ducados es una verdadera guerra nacional. ¿Quién se puso desde el primer momento de parte de Dinamarca? Las tres potencias más contrarrevolucionarias de Europa: Rusia, Inglaterra y el Gobierno prusiano. Este mantuvo, mientras pudo, una guerra de apariencias; recuérdese la nota de Wildenbruch, la prontitud con que ordenó, obedeciendo a sus gestiones anglo-rusas, la evacuación de Jutlandia, y finalmente, el armisticio. Prusia, Inglaterra y Rusia, son las tres potencias que más tienen que temer de la revolución alemana y de su primer fruto, la unidad de nuestro territorio. Prusia, porque ello equivale a su muerte como Estado; Inglaterra, porque ya no podrá seguir explotando el mercado alemán; Rusia, porque ese triunfo llevará la democracia, no sólo hasta las orillas del Vístula, sino hasta las del Duna y el Niéper. Prusia, Inglaterra y Rusia, se han conjurado contra los ducados del Elba, contra Alemania y contra la revolución. La guerra que probablemente saldrá de los acuerdos de Francfort, será una guerra de Alemania contra Prusia, Inglaterra y Rusia. Y esta guerra precisamente es la que está necesitando apremiantemente el movimiento alemán, que empieza a adormecerse: una guerra contra las tres grandes potencias de la contrarrevolución, una guerra que permita a Alemania asimilarse de una vez a Prusia, que haga de la alianza con Polonia una inexcusable necesidad que provoque la inmediata emancipación de Italia, que se encamine directamente contra los viejos aliados contrarrevolucionarios de Alemania, desde 1792 hasta 1815, una guerra que ponga a la «patria en peligro» y, al ponerla, la salve, condicionando el triunfo de nuestro país al triunfo de la democracia.

Lo que la «Nueva Gaceta del Rin» praclamaba clara y escuetamente en estas líneas, lo sentían también, con su certero instinto, las masas

revolucionarias; de cincuenta millas a la redonda afluían a Francfort miles y miles de hombres, dispuestos a seguir luchando por la revolución. Pero, como había dicho muy bien el periódico, estas nuevas luchas hubieran bastado por sí solas para deshacer la Asamblea nacional, que al suicidio por heroísmo prefirió el suicidio por cobardía. El 16 de setiembre ratificó el armisticio de Malmó, y las izquierdas, con excepción de unos pocos diputados, no fueron tampoco capaces para reunirse en Convención revolucionaria. No hubo más que unas pequeñas escaramuzas y barricadas en Francfort, que el honrado Regente dejó con toda intención que se desarrollasen, tomando de ello pretexto para traer un fuerte destacamento de tropas concentradas en la fortaleza federal de Maguncia y poner al parlamento soberano bajo el poder de las bayonetas.

Al tiempo que esto ocurría, el Gabinete Hansemann veíase sorprendido en Berlín por el deplorable término que la «Nueva Gaceta del Rin» le tenía pronosticado. Al fortificar el «Poder del Estado» contra la «anarquía», contribuía a poner de nuevo en pie al viejo Estado prusiano burocrático, militar y policiaco, derrotado el 18 de marzo; sin poder arrancarle siquiera una concesión de respeto para aquellos intereses y beneficios materiales de la burguesía, en gracia a los cuales traicionaba a la revolución. Subsistía ante todo, según suspiraba un diputado del parlamento berlinés, «en su más total integridad, aquel viejo sistema militar, con el que había roto las jornadas de marzo» y, desde los sucesos parisinos de junio, volvía a florecer la espada en la vaina. Era un secreto a voces, que uno de los motivos primordiales que movían al gobierno prusiano a concertar el armisticio con Dinamarca, era traer a Wrangel con las tropas de la guardia a los alrededores de Berlín para dar la batalla decisiva a la contrarrevolución. El parlamento de Berlín, dándose cuenta del peligro, no tuvo más remedio que incorporarse un poco, y el 7 de setiembre acordó exigir del ministro de la Guerra una circular que precaviese a los oficiales contra todo manejo reaccionario, indicándoles como un deber de honor la separación del ejército, caso de que sus convicciones políticas no se aviniesen con el régimen constitucional.

No era mucho pedir, pues circulares como ésta se habían dirigido ya varias, sin conseguir nunca nada, a la burocracia civil, pero era desde luego más de la que el militarismo podía consentir a un ministerio burgués. El Gabinete Hansemann hubo de dimitir, encargándose de formar gobierno al general Pfuel, un gobierno puramente burocrático, que dirigió en seguida al cuerpo de oficiales, con toda tranquilidad, la circular solicitada, dando así al mundo entero una prueba de que el militarismo no tenía ya nada que temer de los primates burgueses, y podía permitirse el lujo de burlarse de ellos.

De este modo, se cumplió en el Parlamento de Berlín la predicción del periódico de Marx, y las izquierdas se encontraron una buena mañana con que su bello triunfo parlamentario equivalía en la realidad a una derrota. Al clamor que se alzó en la prensa revolucionaria, diciendo que el triunfo de las izquierdas no podía explicarse más que por la presión ejercida por las masas del pueblo de Berlín sobre la Asamblea, la «Nueva Gaceta del Rin», repudiando las tibias excusas de la prensa liberal, declaraba abiertamente «el derecho de las masas democráticas del pueblo a influir moralmente con su presencia en la actitud de las asambleas constituyentes. Es un viejo derecho revolucionario de los pueblos, al que desde las revoluciones inglesa y francesa jamás se ha podido renunciar. Al ejercicio de este derecho debe la historia casi todos los acuerdos un poco enérgicos de aquellas Asambleas»: alusión al «cretinismo parlamentario» que por aquellos días de setiembre del 48 se entronizaba en las Asambleas de Francfort y Berlín.

5. La democracia de Colonia.

Las crisis de setiembre planteadas en Berlín y Francfort ejercieron también, de rechazo, una fuerte influencia en Colonia.

La región del Rin constituía la preocupación más aguda de la contrarrevolución. Hallábase invadida por tropas reclutadas en las provincias orientales: una tercera parte de los efectivos del ejército prusiano estaban concentrados en la provincia del Rin y en Westfalia. Contra estas fuerzas no servían de nada las pequeñas sublevaciones: imponíase, por tanto, la necesidad de dar a la democracia una organización firme y disciplinada, para cuando llegase el momento en que de la revolución a medias brotase una verdadera revolución. La organización de la democracia concertada en Francfort, en un Congreso integrado por 88 Ligas democráticas, sólo llegó a cobrar una consistencia ósea y recia en Colonia: en el resto de Alemania carecía por completo de firmeza y cohesión. La democracia de Colonia componíase de tres grandes organizaciones, cada una de las cuales contaba con varios millares de afiliados: la Sociedad Democrática, dirigida por Marx y por el abogado Schneider; la Asociación Obrera, a cuya cabeza estaban Moll y Schapper, y la Liga de Obreros y Patronos, a cuyo frente se hallaba, en primer término, Hermann Becker. Estas tres organizaciones, al ser designada la ciudad de Colonia como capital del Rin y de Westfalia, eligieron de su seno un Comité Central, que a mediados de agosto convocó allí un congreso de todas las agrupaciones renanas y vestfalianas de tendencia democrática. En este Congreso, al que acu-

dieron 40 diputados, representando a 17 agrupaciones, le fueron confirmados los poderes al Comité Central como representante de todo el Rin y de Westfalia.

El alma de esta organización, como de la «Nueva Gaceta del Rin», era Carlos Marx. Marx tenía el talento de saber dirigir a los hombres, talento que la democracia al uso no le perdonaba. Carlos Schurz, que era a la sazón un estudiante de diecinueve años, le vió por vez primera en el Congreso de Colonia, y nos describe su impresión, años más tarde, del modo siguiente: «Marx tenía entonces treinta años, y era ya el jefe consagrado de una escuela socialista. Aquel hombre bajo y fornido, de ancha frente, pelo y barba negros como la pez, y ojos oscuros y chispeantes, atrajo en seguida la atención general. Tenía fama de hombre muy versado en su especialidad, y no puede negarse que cuanto decía era interesante, lógico y claro. Pero yo no he conocido nunca un hombre de presentación más mortificante ni de tan insoportable arrogancia.» Y este caudillo de la burguesía se acordó durante toda su vida de aquel tono mordaz y tajante con que, como escupiendo, pronunciaba Marx la palabra «burgués».

Era la misma canción, que, dos años más tarde, entonaba el teniente Techow, después de una conversación con Marx. «Marx me ha producido la impresión, no sólo de una superioridad poco común, sino de una gran personalidad. Si tuviese el corazón tan grande como la inteligencia, el amor tan grande como el odio, sería capaz de echarme al fuego por él, y eso que no se ha recatado nada para darme a entender de diversas maneras el absoluto desprecio que sentía por mí, llegando a declarármelo sin ningún género de ambajes. Es el primero, y el único de todos nosotros, a quien reconozco dotes para gobernar y el talento de no perderse en minucias ante los grandes problemas.» Luego, viene la consabida cantinela de que Marx es un hombre devorado por la más terrible ambición personal.

No coincide con éstos el juicio formulado por Alberto Brisbane, el apóstol norteamericano del fourierismo, que vino a Colonia en el verano de 1848, como corresponsal de la *New York Tribune* con Carlos Dana, director del periódico. «Allí conocí a Carlos Marx, jefe del movimiento democrático. Eran los tiempos en que empezaba a hacerse famoso; tendría poco más de treinta años, y era un hombre bajo y robusto, de trazos finos y abundante cabellera negra. Sus rasgos denotaban una gran energía, y, detrás de su actitud contenida y serena, no era difícil adivinar el fuego y la pasión de un alma intrépida.» No puede negarse, en efecto, sin faltar a la verdad, que Marx dirigió a la democracia de Colonia con serena y ponderada intrepidez.

A pesar de la gran efervescencia que las crisis de setiembre provocaron en sus filas, ni la Asamblea nacional de Francfort osaba lan-

zarse a la revolución, ni el Gabinete Pfuel declarar la contrarrevolución. Esto privaba de perspectivas a toda insurrección local, y no era extraño que las autoridades de Colonia estuviesen interesadas en provocar una intentona, para reprimirla sangrientamente sin necesidad de esforzarse mucho. Valiéndose de pretextos inventados, y a los que pronto habían de renunciar ellas mismas, empezaron a perseguir judicial y policíacamente a los miembros del Comité Democrático Central y a los redactores de la «Nueva Gaceta del Rin». Marx precavió a sus amigos contra la perfidia de las autoridades en acecho, sosteniendo que en momentos en que no se plantea ningún problema importante que afecte a todo el pueblo y que obligue a dar la batalla, estando, por tanto, cualquier intentona condenada de antemano al fracaso, había que reprimir toda tentativa de alzamiento, tanto más cuanto que muy pronto habrían de ocurrir acontecimientos trascendentales, y era menester no ponerse fuera de combate antes de que llegase el día decisivo: cuando la corona se atreviese a afrontar la contrarrevolución, sería llegada para el pueblo la hora de una nueva revolución.

Sin embargo, cuando el 25 de setiembre circuló la noticia de que iban a detener a Becker, Moll, Schapper y Guillermo Wolff, se produjo un pequeño tumulto. Y hasta se levantaron unas cuantas barricadas; al correrse la voz de que se acercaban tropas a disolver un mitin reunido en la plaza del Mercado Viejo; pero las tropas no aparecieron, y hasta que no se hubo restablecido plenamente el orden, no se atrevió el gobernador militar de la plaza a declarar en Colonia el estado de guerra. Inmediatamente fué suspendida la «Nueva Gaceta del Rin», que dejó de aparecer el 27 de setiembre. Seguramente que aquel inexplicable golpe de fuerza, revocado por el Ministerio pocos días después, no tenía otra finalidad que herir de muerte al periódico. Y aunque no de muerte, sí lo dejó malherido y fuera de combate hasta el 12 de octubre, en que pudo reanudar su publicación.

La redacción se dispersó, pues la mayoría de los redactores hubieron de pasar la frontera para no verse encarcelados. Dronke y Engels fueron a refugiarse a Bélgica, y Guillermo Wolff al Palatinado, para reintegrarse a Colonia, unos tras otros, al cabo de algún tiempo; en los primeros días de enero de 1849, Engels se encontraba todavía en Berna, adonde se trasladó, recorriendo a pie la mayor parte de Francia. Pero lo peor era que los recursos financieros del periódico no podían ser más escasos. Sus accionistas habían ido desertando poco a poco, y sólo había podido ir saliendo del atranco con los productos de la venta, que iba en aumento; después de este golpe, logró salir a flote gracias a que Marx se quedó con él «como propiedad personal suya», es decir, gracias a que sacrificó a él los escasos medios que había heredado de su padre y los medios que pudo conseguir liquidando su herencia futu-

ra. No es que él dijese una palabra de esto, pero el hecho aparece atestiguado por las cartas de su mujer y por las declaraciones públicas de sus amigos, que cifran en unos 7.000 tálers la cantidad sacrificada por Marx, durante los años de la revolución, a la labor de agitación y al periódico. Pero lo importante no es, naturalmente, la cuantía de la suma, sino el saber que se esforzó por defender la fortaleza hasta que se le agotasen las municiones.

Marx vióse también acorralado en otro aspecto de su vida. Después de estallar la revolución, el 30 de marzo, el Consejo federal había acordado conceder los derechos electorales activos y pasivos para la Asamblea nacional a todos los fugitivos alemanes que retornasen al país y manifestasen su voluntad de reintegrarse a la ciudadanía. Este acuerdo había sido expresamente reconocido por el gobierno prusiano. Marx llenó las condiciones que se le exigían para asegurarse la ciudadanía federal, considerándose con títulos tanto mayores para que no se le denegase la naturalidad prusiana. En efecto, el ayuntamiento de Colonia se la concedió inmediatamente, tan pronto como la hubo solicitado en abril de 1848, y el comisario de policía de la ciudad, a quien Marx hizo saber que no podía trasladar a su familia de Tréveris a Colonia sin que se le diesen ciertas garantías, le aseguró que las autoridades del distrito no pondrían tampoco obstáculos a su solicitud, ya que, según una antigua ley prusiana, era menester que ellas confirmasen el acuerdo municipal. Entretanto, reanudóse la publicación de la «Nueva Gaceta del Rin», y el 3 de agosto Marx recibió un oficio del comisario de policía en que éste le participaba que el Gobierno de S. M., apreciadas las circunstancias del caso, había decidido no hacer «por ahora uso de su facultad de reconocer a un extranjero la condición de súbdito prusiano, debiendo, por tanto, considerársele, o mejor dicho, seguirle considerando, como extranjero». El ministerio del Interior desechó un razonado y duro escrito de queja que el interesado interpuso contra esta resolución con fecha de 22 de agosto.

A pesar de todo, con ser un esposo y un padre que se desvivía por los suyos, trasladó a su familia a Colonia, sin ningún género de «garantías». Poco a poco, la familia había ido aumentando: a la primera hija, a la que pusieron el mismo nombre de la madre, Jenny, y que naciera en mayo de 1844, siguió, en setiembre de 1845, una segunda niña, Laura, y al cabo de algún tiempo, que no debió de ser mucho, a juzgar por ciertos indicios, un niño, Edgar, el único cuya fecha de nacimiento no ha sido posible averiguar. Acompañaba a la familia, ya como servidora inseparable desde los días de París, la fiel Elena Demuth.

Marx no era de esos que brindan la mano fraternal a cada nuevo conocido que les saluda, pero sí de los hombres que saben ser leales y hacen honor a la amistad. En aquel mismo Congreso en que, por lo



visto, repelió con su insoportable arrogancia a gentes que hubieran querido ser amigos suyos, conquistó en Schily un abogado de Tréveris, y en Imandt, un maestro de Krefeld, una amistad de por vida, y si es cierto que el severo hermetismo de su carácter asustaba a los falsos revolucionarios, como Schurz y Techow, no lo es menos que en aquellos mismos días de Colonia, supo atraer hacia sí, con la fascinación irresistible de su espíritu y de su afecto, a dos revolucionarios tan auténticos como Lassalle y Freiligrath.

6. Freiligrath y Lassalle.

Fernando Freiligrath le llevaba a Marx ocho años. En su juventud, habíase amamantado en las ideas piadosas y experimentó los golpes de la antigua «Gaceta del Rin», cuando, al ser expulsado Herwegh de Prusia, prorrumpió en una canción satírica sobre el fracasado viaje triunfal de este poeta. Pero pronto la reacción anterior a las jornadas de marzo le hizo cambiar de ideas y, desterrado en Bruselas, se encontró alguna que otra vez, de pasada, pero muy afectuosamente, con Carlos Marx, un «muchachote inteligente, simpático, afable y llano». Y conste que el juicio de Freiligrath era, en estas cuestiones, de mucho peso, pues aunque libre de toda vanidad, o acaso por ello mismo, tenía una sensibilidad muy fina para pulsar cuanto oliese de lejos a orgullo o pretensión.

Entre estos dos hombres no empezó a reinar una amistad verdadera hasta el verano y el otoño de 1848. Les unía el mutuo respeto ante la intrepidez y la firmeza con que ambos sabían mantener los principios revolucionarios comunes que profesaban en el movimiento de aquella región. «Es—escribía Marx con sincero respeto, en una carta a Weydemeyer, refiriéndose a Freiligrath—un revolucionario auténtico y un hombre honrado y noble a carta cabal, elogio que yo no concedería fácilmente a muchos»: al mismo tiempo, animaba a su corresponsal a que tirase un poco de las barbas al poeta, pues el mundillo de los poetas, decíale, no conviene tocarle más que cuando se le quiere arrancar alguna canción. Y Marx, que no solía sacar el corazón a los labios, escribía, dirigiéndose al propio Freiligrath en un momento de tensión. «Te diré sin rodeos que no me determino ni me resignaré a perder por un equívoco sin importancia a uno de los pocos hombres a quienes he querido como amigos, en el sentido más preciso de esta palabra.» Cuando vinieron los tiempos difíciles, Marx no contó con más amigos fieles que Engels y Freiligrath.

Era natural que esta amistad, tan auténtica y tan simple, irritase y

pareciese una necedad a los filisteos de todos los tiempos. Tan pronto es la imaginación calenturienta del poeta la que juega una pasada infame al político, seduciéndole a entrar en compañía de unos cuantos caballeros dudosos, como es el demagogo demoníaco el que envenena con su aliento al cantor inocente y le hace enmudecer. No merecería la pena pararse ni un minuto en estos reproches, si no se nos hubiera querido administrar como contraveneno de este absurdo la no menos absurda medicina de convertir a Freiligrath en un socialdemócrata moderno, desfigurando totalmente su imagen. Freiligrath no fué nunca un revolucionario por convicción científica, sino por intuición poética; veía en Marx al caudillo revolucionario y en la Liga Comunista la avanzada de la revolución, un caudillo y una avanzada sin par en la época, pero las argumentaciones e ideas históricas del Manifiesto Comunista no le fueron nunca del todo accesibles, y su ardorosa fantasía no era de las que se conquistan con ese baratillo, tan mísero y tan pobre generalmente, de la agitación.

Fernando Lassalle, que se unió tan íntimamente a Marx por aquellos mismos días, era otro tipo de hombre. Tenía siete años menos que Marx y se había hecho ya célebre por su ruidosa campaña a favor de la duquesa de Hatzfeldt, maltratada por su marido y traicionada por los de su casta; encarcelado en febrero del 48 por supuesta instigacion al robo de una arqueta, fué absuelto en 11 de agosto por el tribunal del jurado de Colonia, después de una brillante defensa, pudiendo entregarse ya a la lucha revolucionaria; dada «su infinita simpatía por toda fuerza grande», era natural que Marx, jefe del movimiento, ganase su admiración desde el primer instante.

Lassalle había pasado por la escuela de Hegel y dominaba perfectamente los métodos del maestro, sin dudar de su infalibilidad, pero sin incurrir tampoco en servilismo de catecúmeno; durante una visita a París, entró en contacto con el socialismo francés, y allí fué donde la gran mirada de visionario de Heine le auguró un gran porvenir. Sin embargo, las grandes esperanzas despertadas por este joven veíanse amortiguadas por los conflictos de su carácter, que aún no había llegado a vencer, empeñado como estaba, en una ruda batalla contra la herencia degradante de una raza oprimida; en su hogar paterno imperaba todavía la atmósfera oprimente del judaísmo polaco. Y en su cruzada por la condesa de Hatzfeldt hasta espíritus libres se resistían a veces a reconocer la verdad de lo que afirmaba y podía, desde su punto de vista, afirmar con perfecto derecho: que en este caso, como en todos los demás, no hacía más que combatir las miserias sociales de una época agonizante. Hasta Freiligrath, que no sintió nunca grandes simpatías por él, hablaba despectivamente de los «líos de familia» en torno a los cuales giraba, según Lassalle, toda la Historia universal.



El propio Marx había de expresarse, siete años más tarde, en parecidos términos, afirmando que Lassalle creía haber vencido al mundo por el sencillo mérito de haber procedido sin miramientos ni escrúpulos en una intriga privada, como si un hombre de verdadero valer pudiera sacrificar diez años de su vida a semejantes bagatelas. Unos veinte años después, Engels afirmaba que Marx había abrigado desde el primer momento una fuerte antipatía contra Lassalle, y que la «Nueva Gaceta del Rin» había procurado mantenerse lo más alejada posible de los procesos lassalleanos sobre el caso Hatzfeldt, para que no pareciese asociada en modo alguno, en estos asuntos, su nombre al de Lassalle. Pero en esto, la memoria no le era del todo fiel. La «Nueva Gaceta del Rin» publicó informes minuciosísimos acerca del proceso promovido por el supuesto robo de la arqueta, hasta el 27 de setiembre, día en que este asunto fué retirado de la circulación, y estos informes atestiguan que el proceso tuvo también su cara oscura. Por una carta del propio Marx a Freiligrath sabemos asimismo, que aquél contribuyó también, en cuanto sus escasas posibilidades se lo permitían, a socorrer a la condesa de Hatzfeldt y a sacarla de sus apuros en los momentos más difíciles, y cuando él mismo se vió en trance apurado, después de marcharse de Colonia, y estando como estaba en una ciudad en que tenía no pocos amigos antiguos, distinguió a Freiligrath y a Lassalle como los más íntimos de todos.

Engels tiene razón, seguramente, al decir que Marx le tenía, para emplear la palabra corriente, antipatía, lo mismo que él mismo a Freiligrath; esa antipatía que está por encima, o por debajo, de todo fundamento racional. Pero hay sobrados testimonios de que no se dejó arrastrar desde el primer momento por esa antipatía, hasta el punto de desconocer el profundo sentido que, pese a todo, inspiraba la conducta de Lassalle en el asunto de la condesa, ni mucho menos negar el fogoso entusiasmo por la causa de la revolución, sus grandes dotes para actuar en la lucha de clases del proletariado y, por fin, la apasionada amistad con que su juvenil aliado le seguía.

Es menester ponderar cuidadosamente las relaciones que mediaron entre estos dos hombres y ver cómo se desarrollaron desde un principio; pero no precisamente en gracia a Lassalle, cuyos títulos históricos hace ya mucho tiempo que están fuera de toda duda, sino para disipar las sombras que pudieran cernirse sobre Marx en este asunto, que es el problema psicológico más difícil que encierra su vida.

7. Las jornadas de octubre y noviembre.

Al reanudarse el 12 de octubre la publicación de la «Nueva Gaceta del Rin», anunciando como nuevo miembro de la redacción a Freiligrath, tuvo la suerte de poder saludar la presencia de una nueva revolución. El 6 de octubre el proletariado de Viena, asestó un rudo puñetazo a los pérfidos planes de la contrarrevolución habsburgiarna, que, después de los triunfos de Radetzky en Italia, aspiraba a aplastar a la Hungría rebelde con ayuda de los pueblos eslavos, para volverse luego contra la insurrección alemana.

Marx pasó en Viena varios días, desde el 28 de agosto hasta el 17 de setiembre, con objeto de ilustrar acerca de la situación a las masas de aquella capital. A juzgar por las escasísimas noticias de prensa que poseemos, no lo consiguió; cosa muy explicable, ya que los obreros vieneses se mantenían por entonces en un grado bastante incipiente de desarrollo. Por eso era mucho más de estimar el instinto verdaderamente revolucionario con que se opusieron a la marcha de los regimientos destacados para luchar contra Hungría. Con ello, atraían sobre sí los primeros golpes de la contrarrevolución, nobilísimo sacrificio de que no se sentía tan capaz, ni mucho menos, la nobleza húngara. Esta pretendía luchar por la independencia de su país, alegando sus fueros y privilegios, y el ejército húngaro sólo se atrevió hacer una salida mediocre y vacilante que, lejos de ayudar al arrojo heroico de los insurrectos vieneses, no hizo más que empeorar su situación.

No se comportó mejor tampoco la democracia alemana. No podía ocultársele la importancia que para ella tenía el triunfo de los sublevados de Viena. Si en la capital austriaca triunfaba la contrarrevolución, era evidente que ésta aventuraría también el golpe decisivo en la capital de Prusia, donde estaba en acecho, esperando al momento propicio. Pero la democracia alemana perdía el tiempo, embriagada con lamentos sentimentales, con estériles simpatías, con quejas y gritos de angustia al impotente regente del Imperio. El congreso democrático, reunido en Berlín por segunda vez a fines de octubre, aprobó una proclama redactada por Ruge, a favor de la sitiada Viena, de la cual hubo de decir muy certeramente la «Nueva Gaceta del Rin» que suplía la falta de arrojo revolucionario con un patetismo hipócrita de predicador que encubría una total ausencia de ideas y de pasiones. Sus llamamientos apasionados, vertidos por Marx en recia prosa y por Freiligrath en magníficos versos, apelando a la única ayuda que podía prestarse a los vieneses: domeñar la contrarrevolución en la propia casa, perdíanse en el vacío.



Con esto, la revolución vienesa quedaba ya condenada a muerte. Traicionados en su propio país por la burguesía y los campesinos, apoyados sólo por los estudiantes y una parte de la clase media, los obreros vieneses resistían heroicamente. Pero la noche del 31 de octubre, las tropas sitiadoras invadían la ciudad, y el primero de noviembre ya flotaba en lo alto de la torre de San Esteban una gigantesca bandera amarilla y negra.

A la emocionante tragedia de Viena siguió, pisándole los talones, la tragicomedia grotesca de Berlín. El gabinete Pfuel cedió el puesto al ministerio presidido por Brandemburg, que ordenó al Parlamento retirarse a la capital provinciana de Brandenburgo, y Wrangel entró en Berlín a la cabeza de los regimientos de la Guardia; dispuesto a imponer esta orden con la fuerza de las bayonetas, Brandenburg, un Hohenzoller espúrio, se complacía en compararse a sí mismo con un elefante que venía a aplastar la revolución; la «Nueva Gaceta del Rin» andaba más acertada al decir de él y su compinche Wrangel que eran «dos hombres sin cabeza, sin corazón, sin ideas, con bigotes nada más», pero, ya por este solo hecho, el polo opuesto más indicado para enfrentar con aquella venerable Asamblea de pactadores.

En efecto, los hombres de los «bigotes nada más» bastaron para intimidarlos. Es cierto que la Asamblea se negó a abandonar la capital, lugar de su residencia según la Constitución, y que, sobrecogida por los golpes de fuerza que se sucedían unos a otros, por la disolución de las milicias civiles y la declaración del estado de guerra, acabó por declarar a los ministros reos de alta traición, denunciándolos... al fiscal. Pero en cambio se negó a aceptar el requerimiento que le hacía el proletariado berlinés para que, con las armas en la mano, restaurase el derecho pisoteado, y se contentó con proclamar «la resistencia pasiva», es decir, con tomar la noble resolución de desnudar la espalda para recibir los golpes del enemigo. Luego, toleró que las tropas de Wrangel la hiciesen peregrinar de salón en salón, hasta que por último, en un momento de explosión de carácter, alzándose frente a las bayonetas que invadían la sala, denegó al gobierno el derecho a disponer de los fondos del Estado y a recaudar impuestos mientras no le consintiese celebrar libremente sus reuniones en Berlín. Pero, apenas se había dispensado, cuando su presidente von Unruh, temblando por su caro cadáver, convocó a toda prisa a la Mesa para certificar protocolariamente que el acuerdo de denegación de impuestos, que ya circulaba tranquilamente por todo el país, no era firme, por falta de no sé qué requisito formal.

Hubo de ser la «Nueva Gaceta del Rin» la encargada de salir, con una actitud históricamente digna, al paso del golpe de mano del gobierno. Para ella, era llegado el momento decisivo de dar la batalla a

la contrarrevolución con una nueva revolución, y no pasaba día sin que animase a las masas a contestar con la violencia a la violencia. Era menester que a la resistencia pasiva sirviese de cimiento la activa, si no quería verse reducida a los tirones de la ternera conducida al matadero. El periódico desenmascaraba despiadadamente todas aquellas sutilezas y argucias jurídicas de la teoría del pacto, que la cobardía de la clase burguesa no hacía más que encubrir. «La corona está en su derecho al proceder contra la Asamblea como monarquía absoluta. Pero la Asamblea falta a su deber no alzándose frente a la corona, a su vez, como parlamento absoluto... Es natural que la vieja burocracia no quiera rebajarse a ser servidora de una burguesía sobre la que hasta ahora ejerció despóticos poderes. Es lógico que el partido feudal no quiera sacrificar sus títulos y sus intereses en el altar de la burguesía. Y finalmente, lo es también, que la corona considere a los elementos de la vieja sociedad feudal, de que ella es remate y apogeo, como su solar natural propio, viendo en cambio en la burguesía un suelo extraño y artificial que sólo la sostiene a costa de menoscabarla. La fascinadora «gracia de Dios» truécase, en manos de la burguesía, en un vulgar título de derecho, los derechos de la sangre en un simple papel, el sol real en una modesta lámpara casera. Es, pues, lógico, que la corona no se deje engañar con palabras por la burguesía. Era lógico que contestase a su revolución a medias, con una contrarrevolución entera y de verdad. Repeliendo a la burguesía al grito de «Brandenburg al parlamento y el parlamento a Brandemburgo», vuelve a echarla en brazos del pueblo, en brazos de la revolución. La «Nueva Gaceta del Rin» traducía muy acertadamente la consigna de la revolución: el cuerpo de guardia al parlamento y el parlamento al cuerpo de guardia. Confiaba en que el pueblo triunfaría bajo esta consigna, y ya leía en ella el epitafio de la dinastía de Brandenburg.

Cuando el parlamento de Berlín hubo acordado decretar la ilegalidad de los impuestos, el comité central democrático, en una proclama firmada por Marx, Schapper y Schneider, y fechada en 18 de noviembre, invitó a las organizaciones democráticas de la provincia del Rin a poner por obra las siguientes medidas: negarse en todas partes a pagar los impuestos, oponiendo todo género de resistencia si trataren de hacerse efectivos por la fuerza; organizar en todas partes la reserva para rechazar los ataques del enemigo; entregar armas y municiones a los carentes de recursos, a costa del municipio o por medio de aportaciones voluntarias; caso de que las autoridades se nieguen a reconocer y ejecutar los acuerdos del parlamento, se instituirán comités de seguridad, a poder ser de acuerdo con los ayuntamientos; los ayuntamientos que traten de resistir a la Asamblea legislativa, se renovarán por medio de elecciones. Como se ve, el comité central democrático se lan-

zaba a hacer lo que el parlamento de Berlín hubiera hecho, si el acuerdo de denegación de impuestos no hubiera sido una farsa. Aquellos héroes parlamentarios, echáronse a temblar ante su propia valentía y corrieron a sus distritos a obstruccionar desde allí la ejecución de sus acuerdos: luego, fueron a reunirse con la cabeza gacha a Brandemburgo a continuar sus sesiones. Ya completamente desprestigiada la Asamblea con todas estas claudicaciones, el gobierno pudo disolverla tranquilamente de un puntapié, el día 5 de diciembre, confiriendo al país una nueva Constitución y una nueva ley electoral.

Con esto, quedaba tambien inmovilizado el Comité central renano, en una provincia como aquélla, abarrotada de armas. El 22 de noviembre, Lassalle, que había prestado entusiasta acogida a la proclama, fué detenido en Duseldorf; en Polonia, el fiscal procedió contra los firmantes del manifiesto, pero sin atreverse a apresarlos. El 8 de febrero comparecían ante el tribunal del jurado de Colonia, acusados de excitación a la resistencia armada contra el ejército y los funcionarios públicos.

En un discurso tajante, Marx repudió la argumentación del ministerio fiscal, demostrando que no era posible fundamentar en aquellas mismas leyes violadas por el gobierno con su golpe de Estado acusación alguna contra la Asamblea, ni mucho menos contra los procesados. El vencedor en una revolución, añadía, puede colgar a sus adversarios, pero no condenarlos, quitarlos de en medio como a enemigos vencidos, pero no juzgarlos como delincuentes. Era una cobarde hipocresía y ficción de legalidad querer, una vez triunfante la revolución o la contrarrevolución, aplicar las leyes derribadas contra los defensores de esas mismas leyes. Y afirmaba que el fallar cuál de los dos poderes, la corona o la Asamblea, había tenido razón, era, como pleito, histórico, de la competencia de la historia y no de un tribunal del jurado cualquiera.

Pero Marx iba más allá, y negábase en absoluto a reconocer las leyes de 6 y 8 de abril. Sostenía que eran producto de la arbitrariedad de la Dieta unitaria, hechas para ahorrar a la corona la concesión de la derrota que le fuera infligida en las jornadas de marzo. Que no podía juzgarse con arreglo a las leyes de una corporación feudal a un parlamento que representaba a la sociedad burguesa moderna. Que era una ilusión jurídica, creer que la sociedad descansaba en la ley, y no ésta en la sociedad. «Este Código Napoleón que tengo en la mano no ha creado la moderna sociedad burguesa. Es, por el contrario, la sociedad burguesa nacida en el siglo XVIII y desarrollada en el XIX la que encuentra en este Código simple expresión legal. En cuanto deje de ajustarse a las realidades sociales, dejará de ser un código para convertirse en un pedazo de papel. Será inútil que pretendan ustedes tomar las leyes viejas por fundamento de la nueva sociedad,

como lo sería pensar que aquellas leyes creasen las condiciones viejas de que brotaron.» El parlamento de Berlín, proseguía Marx, no supo comprender su misión histórica, tal como la revolución de marzo se la dictaba. El reproche que le dirige el ministerio fiscal de no haberse avenido a mediaciones, es tan injusto, que precisamente todas sus desdichas y desafueros radican en eso, en haber dejado de ser una convención revolucionaria para rebajarse a desempeñar el papel de una equívoca sociedad de mediadores y pactantes. «No estábamos ante ningún conflicto político de dos fracciones encontradas sobre el solar de *una* sociedad, sino ante el conflicto de *dos* sociedades, ante un conflicto social que revestía formas políticas: era la pugna entre la vieja sociedad burocrático-feudal y la moderna sociedad burguesa, la pugna entre la sociedad de la libre concurrencia y la sociedad de los gremios, la sociedad de los terratenientes y la sociedad de los industriales, la sociedad de la fe y la sociedad de la ciencia.» Entre estas dos sociedades no podía haber paz ni pacto, sino una guerra a vida o muerte. Y la negativa a cotizar los impuestos no amenazaba, como el fiscal había sostenido jocosamente, los cimientos de la sociedad, sino que era un medio de legítima defensa de la sociedad contra el gobierno, en quien aquélla veía sus cimientos amenazados. El parlamento no había procedido legalmente al denegar el pago de impuestos; la ilegalidad, de haberla, estaba en la proclamación de la resistencia pasiva. «Declarada fuera de la ley la percepción de impuestos, ¿no es natural y obligado que se rechace por la fuerza el ejercicio forzado de la ilegalidad?» Si los señores diputados, autores del acuerdo, rehuyeron la senda revolucionaria para no jugarse sus cabezas, el pueblo, puesto a ejercitar aquel derecho de negación de contribuciones, no tenía más remedio que situarse en el terreno revolucionario. La actitud de la Asamblea no podía trazar sus rumbos al pueblo. «La Asamblea no poseía ningún derecho propio, sino los que el pueblo le había transferido para que los ejerciese y afirmase. Y un mandato, cuando no se cumple, queda cancelado. El pueblo, entonces, sale a la escena en persona y obra por su cuenta, con plenitud de derechos. Cuando los reyes organizan una contrarrevolución, los pueblos, legítimamente, contestan con la revolución.» Marx concluye diciendo que sólo finaliza el primer acto del drama, cuyo resultado no puede ser más que uno: o el triunfo completo de la contrarrevolución, o una nueva revolución triunfante. Aunque acaso la revolución no pueda triunfar sino después de consumada la contrarrevolución.

Después de este discurso, henchido de orgullo revolucionario, el jurado absolvió a los acusados, y su presidente se acercó al orador para darle las gracias por su lección magistral.



8. Un golpe por la espalda.

Con el triunfo de la contrarrevolución en Viena y Berlín, quedaba decidida la suerte de Alemania. La única conquista revolucionaria que perduraba era la Asamblea de Francfort, desprestigiada políticamente desde hacía mucho tiempo y entretenida en debates inacabables en torno a una Constitución fantasmagórica, acerca de la cual sólo cabía una duda: la de si moriría en la punta del sable austriaco o del prusiano.

La «Nueva Gaceta del Rin», después de trazar, otra vez más, en una serie de brillantes artículos, la historia de la revolución y la contrarrevolución en Prusia, dirigía la mirada anhelante para el nuevo año de 1849 al alzamiento de la clase obrera inglesa, de la que esperaba una guerra mundial. «Ese país que convierte en proletarios suyos a naciones enteras, que abraza el mundo todo con sus ejércitos gigantescos, que ya una vez pagó de su bolsillo los gastos de la restauración europea, el país en cuyo seno más se han agudizado los antagonismos de clase, en que estos antagonismos revisten la forma más acusada y escandalosa del mundo: Inglaterra, parece la roca contra la que se estrellan los embates revolucionarios, en cuya matriz palpita ya la sociedad nueva. Inglaterra domina el mercado mundial. Una conmoción que sólo subvierta las condiciones económicas de un país del continente europeo, y aun el continente entero, sin comunicarse a Inglaterra, es una tempestad en un vaso de agua. Las condiciones industriales y comerciales que rigen dentro de las fronteras de una nación, hállanse informadas por sus relaciones con otros países, por su conexión con el mercado mundial. Ahora bien, el mercado mundial se halla bajo la hegemonía de Inglaterra, y en Inglaterra gobierna la burguesía.» Cualquier conmoción social desencadenada dentro de Francia se estrellará, pues, contra la burguesía inglesa, contra la hegemonía industrial y comercial de la Gran Bretaña en el mundo. Es una vana ilusión pensar que ninguna reforma social relativa pueda implantarse en Francia ni aun en el continente europeo con carácter definitivo. Por su parte, la vieja Inglaterra sólo puede derrocarse por medio de una guerra mundial que brinde al partido cartista, al partido obrero organizado de Inglaterra, las condiciones necesarias para levantarse triunfalmente en armas contra sus gigantescos opresores. Sólo un movimiento que coloque a los cartistas al frente del gobierno inglés, hará salir a la revolución social del reino de la utopía para traerla al terreno de la realidad.

Estas esperanzas quedaron fallidas al frustrarse la condición previa que las informaba; postrada y maltrecha desde las jornadas de junio,

la clase obrera de Francia no podía pensar en alzarse de nuevo. Después de la cruzada emprendida por la contrarrevolución europea, empezando por París y pasando por Francfort, Viena y Berlín, para cerrarse provisionalmente en las elecciones del 10 de diciembre con la exaltación del falso Bonaparte a la presidencia de la República francesa, la revolución sólo se refugiaba en Hungría, encontrando en Engels, reintegrado por aquellos días a Polonia, el más elocuente y experto abogado. Fuera de esto, la «Nueva Gaceta del Rin» tuvo que limitarse a hostilizar con su tiroteo la contrarrevolución que se desencadenaba, y en esta guerra de guerrillas desplegó la misma intrepidez y la misma tenacidad que en las grandes batallas campales del año anterior. El ministerio fiscal del Reich premió su celo con un manojo de procesos, en que se le calificaba como el peor de los periódicos de la peor prensa; la redacción agradeció el elogio saludando satíricamente en el gobierno del Reich al más cómico de todos los gobiernos cómicos del mundo. Y como los junkers del poder central se complaciesen en ostentar, después del golpe de Estado de Berlín, su jactancioso «prusianismo», el periódico les dedicó esta certera sátira: «Nosotros, los habitantes del Rin, hemos tenido la suerte de ganar, en aquella gran partida de ajedrez de Viena, un Gran Duque del Bajo Rin, que no ha cumplido las condiciones bajo las cuales se le asignó su «Gran Ducado». Para nosotros, sólo puede haber un rey de Prusia a través de la Asamblea de Berlín, y como para nuestro «Gran Duque del Bajo Rin», no existe tal Asamblea, es evidente que el rey de Prusia no existe para nosotros. Hemos venido a ser súbditos del «Gran Duque del Bajo Rin» por obra y gracia de una partida de ajedrez, en que las piezas eran pueblos. Llegará un día en que la venta de pueblos como esclavos no nos parezca tan natural, y entonces preguntaremos a este Gran Duque por sus títulos posesorios.» Así hablaba este periódico, en medio de las más desenfrenadas orgías de la contrarrevolución.

Algo echa uno de menos, sin embargo, a primera vista, en las columnas de la «Nueva Gaceta del Rin», con que se confiara tropezar en ellas muy en primer plano: noticias detalladas acerca del movimiento obrero de Alemania en aquella época. Este movimiento, que llegaba hasta los campos orientales del Elba, no era tan insignificante; tenía sus congresos, sus organizaciones, sus periódicos. Y su cabeza más capaz, Esteban Born, mantenía relaciones de amistad con Engels y con Marx desde los tiempos de Bruselas y de París; desde Berlín y Leipzig, seguía colaborando en el periódico. Born comprendía perfectamente el Manifiesto comunista, aunque no le fuese fácil infundir de un modo completo sus doctrinas en la conciencia de clase del proletariado, todavía demasiado incipiente en la inmensa mayoría de los obreros de Alemania; pasaron algunos años antes de que Engels condena-

se con injusta dureza la propaganda desarrollada en aquèllos tiempos por Born. Es perfectamente verosímil lo que Born cuenta en sus Memorias, de que Marx y Engels no llegaron a pronunciar nunca, durante los años de la revolución, una sola palabra de descontento acerca de su labor, lo cual no quiere decir tampoco que estuviesen identificados con ella en todas sus partes.

De todos modos, lo cierto es que, en la primavera de 1849, Marx y Engels empezaron a entablar contacto con el movimiento obrero producido al margen de sus influencias.

La poca atención que la «Nueva Gaceta del Rin» prestara en un principio a este movimiento, explicábase, en parte al menos, por la existencia de un órgano especial de la Asociación obrera de Colonia, que aparecía dos veces por semana, dirigido por Moll y Schapper, y sobre todo por el hecho de que aquélla se había fundado como «órgano de la democracia», es decir, para la defensa de los intereses comunes de la burguesía y del proletariado, frente al absolutismo y el feudalismo imperantes. Y era, evidentemente, lo que urgía, pues ante todo había que preparar el terreno en que el proletariado pudiera plantear su lucha contra el régimen burgués. Pero los elementos burgueses de esta democracia iban postrándose cada vez más; a cada nueva tentativa, por poco seria que fuese, veníanse a tierra. En el Comité central de cinco miembros, elegido por el primer Congreso democrático en junio de 1848, figuraban hombres como Meyen y Krieger, de vuelta ya de América, bajo cuya jefatura la organización iba degenerando rápidamente, degeneración que se reveló en proporciones aterradoras en el segundo congreso, celebrado en Berlín en vísperas del golpe de Estado. El nombramiento en este congreso de un nuevo Comité central, en el que figuraba d'Ester, amigo personal y político de Marx, no era, por el momento, más que una letra librada sobre el porvenir. En la crisis de noviembre se había visto ya cómo flaqueaba la izquierda parlamentaria de la Asamblea de Berlín, mientras la de Francfort se iba hundiendo más y más en un pantano de transacciones lamentables.

Así las cosas, sobrevino el 15 de abril, en que Marx, Guillermo Wolff, Schapper y Hermann Becker declararon que se separaban del Comité democrático de Colonia. Su decisión venía fundada en los términos siguientes: «Entendemos que la actual organización de las Ligas democráticas encierra elementos demasiado dispares para que pueda desarrollar una actividad provechosa al servicio de la causa. Somos de opinión de que debe darse preferencia a un organismo en que se unan estrechamente las asociaciones obreras, integradas por elementos homogéneos.» A la par que esto ocurría, la Asociación obrera de Colonia apartábase de la Agrupación de Ligas democráticas renanas y convocaba a un congreso provincial para el 6 de mayo a todas las sociedades

obreras y de otra índole que comulgasen en los principios de la democracia social. Este congreso se pronunciaría acerca de una organización de las sociedades obreras del Rin y de Westfalia y de la necesidad o conveniencia de acudir al congreso de todas las sociedades obreras alemanas, convocado en Leipzig para el mes de junio por la Confraternidad obrera de aquella capital, organización a cuyo frente se hallaba Born.

A estas declaraciones se había adelantado la «Nueva Gaceta del Rin», que ya en 20 de marzo comenzó a publicar aquellos fogosos artículos de Guillermo Wolff sobre los mil millones de Silesia, que tanto sacudieron al proletariado campesino, y a reproducir, desde el 5 de abril, las conferencias pronunciadas por Marx en la Asociación obrera de Bruselas, sobre el capital y el trabajo asalariado. Después de demostrar sobre las gigantescas acciones de masas del año 1848 que todo alzamiento revolucionario, por remota que pareciese su afinidad con la lucha de clases, sólo podía triunfar con el triunfo de la clase obrera revolucionaria, el periódico acometía ahora el análisis profundo y detallado de las condiciones económicas sobre que descansaba la existencia de la burguesía y la esclavitud de la clase trabajadora.

Sin embargo, estos prometedores trabajos hubieron de interrumpirse por las luchas libradas en torno a aquella Constitución fraguada sobre el papel por la Asamblea nacional de Francfort después de tan largos debates. De por sí, no merecía que nadie derramase por ella una gota de sangre; la corona imperial hereditaria que quería encasquetarle a toda fuerza al rey de Prusia, no se diferenciaba gran cosa de un gorro de bufón. El rey no la aceptaba, pero tampoco la rechazaba; prefería negociar con los príncipes alemanes para la constitución del Imperio, alentado por la secreta esperanza de que accederían a la hegemonía prusiana si acertaba a derribar con la espada de Prusia lo que todavía quedaba de ardor revolucionario en los pequeños Estados alemanes.

Este despojo del cadáver de la revoluciún volvió a atizar por un instante la llama revolucionaria. Provocó una serie de revueltas a que la Constitución daba nombre, ya que no contenido. Esta Constitución encarnaba, a pesar de todo, la soberanía de la nación, que era la que se quería estrangular en ella, para erigir de nuevo la soberanía de los príncipes. En el reino de Sajonia, en el Gran Ducado de Baden y en el Palatinado de Baviera se luchaba con las armas en la mano por aquella Constitución, y en todas partes el rey de Prusia hacía de verdugo, para luego verse defraudado, a la hora de recibir la paga, por los potentados a quienes salvara. También en la provincia del Rin estallaron algunos brotes de insurrección, pero fueron ahogados en germen por la superioridad arrolladora de las masas de ejército con que el gobierno había inundado la temida provincia.



Por fin, el gobierno sentíase con valor para asestar a la «Nueva Gaceta del Rin» el golpe de muerte. A medida que se multiplicaban en el país los indicios de nuevo alzamiento contra el régimen, las llamas de pasión revolucionaria se iban enseñoreando, cada vez más altas, de sus columnas: los números extraordinarios de abril y mayo fueron otras cuantas proclamas dirigidas al pueblo para que se preparase a dar el asalto: fué por entonces cuando la «Nueva Gaceta» mereció de la *Kreuzzeitung* el elogio, que la honraba, de haber llegado en insolencia a un punto culminante que no había alcanzado siquiera el «Moniteur» de 1793. Ya hacía mucho tiempo que el gobierno estaba anhelando clavarle la zarpa, pero le faltaba valor para ello. Los dos procesos entablados contra Marx sólo habían servido, ante el ambiente que reinaba entre los jurados del Rin, para facilitarle nuevos triunfos; el asustadizo gobernador de la plaza no se atrevió a recoger la sugestión que le hacían desde Berlín para que volviese a declarar el estado de guerra en Colonia. Se contentó con dirigirse a la dirección de policía invitándola a que expulsase a Marx como «hombre peligroso».

La dirección de policía se fué con la cuita a las autoridades gubernativas de Colonia, quienes, a su vez, acudieron a desahogarse al regazo de Manteuffel, como jefe suyo que era, en sus funciones de ministro del Interior. En 10 de marzo le notificaron que Marx seguía viviendo en Colonia sin permiso de residencia, y que el periódico que dirigía no cesaba en sus campañas subversivas, encaminadas a derribar el orden existente y a implantar la república social, haciendo burla y escarnio de cuanto el hombre tenía por santo y digno de respeto; añadiendo que la insolencia y el buen humor con que estaba escrito le conquistaban constantemente nuevos lectores. El comunicado daba cuenta de que la dirección de policía tenía ciertos reparos a expulsar a Marx, como el gobernador de la plaza se lo pedía, y que el gobierno no podía por menos de hacer suyos esos reparos, pues una expulsión como aquella «sin ningún motivo externo concreto», «basada sólo en las tendencias y campañas peligrosas del periódico», provocaría seguramente manifestaciones de protesta del partido democrático.

A la vista de este informe, Manteuffel acudió a Eichmann, presidente de la provincia del Rin, pidiéndole su opinión. Eichmann contestó, en 29 de marzo, que la expulsión, aunque legalmente válida, no era conveniente en tanto que Marx no incurriese en nuevas culpas. El 7 de abril, Manteuffel decidió no oponer reparos a la expulsión, pero dejando la elección del momento oportuno al arbitrio del gobierno, con la advertencia de que mejor sería que la expulsión se decretase a raíz de una culpa cualquiera. Por fin, se llevó a efecto el 11 de mayo, pero sin fundarla en culpa concreta alguna, sino en las tendencias peligrosas del periódico. Dicho en otros términos: el 11 de mayo, el gobierno

sentíase ya lo bastante fuerte para aventurar aquel golpe por la espalda a que no se había atrevido, por miedo, ni el 29 de marzo ni el 7 de abril.

El profesor prusiano que, no hace mucho, restableció sobre los documentos de los archivos este proceso histórico de la expulsión de Marx, no hizo más que confirmar documentalmente lo que ya la mirada profética del poeta le sugiriera a Freiligrath a raíz de decretarse la expulsión, en aquel verso en que habla de la «vileza reptante de los sucios calmucos de Occidente».

9. Otra maniobra cobarde.

Marx se encontraba fuera cuando se dictó la orden de expulsión. Aunque el periódico iba constantemente en auge y contaba ya con unos seis mil suscritores, no había vencido, ni mucho menos, sus dificultades financieras: con los suscritores aumentaban los desembolsos, que habían de hacerse al contado, mientras que los ingresos sólo se cotizaban periódicamente. Marx púsose al habla en Hamm con Rempel, uno de aquellos dos capitalistas que en 1846 se mostraran propicios a fundar una editorial comunista, pero el buen hombre seguía con los bolsillos abrochados, y se contentó con remitirle a un exteniente llamado Henze, que, en efecto, adelantó al periódico 300 táleres, de cuya deuda hubo de hacerse cargo personalmente Marx. Henze, que más tarde resultó ser un espía, se vino con Marx a Colonia, huyendo de la policía que le acosaba. En Colonia, Marx se encontró con la canallada del gobierno.

Con aquello, quedaba decidida la suerte del periódico. Otros dos redactores pudieron ser expulsados igualmente como «extranjeros»; los demás, hallábanse procesados. El 19 de mayo vió la luz el último número rojo con los famosos versos de despedida de Freiligrath y unas palabras en las que Marx, retadoramente, descargaba una lluvia de latigazos sobre las espaldas del gobierno. «¿A qué esas estúpidas mentiras, a qué esas frases oficiales? Nosotros, que carecemos de miramientos, no vamos a exigirlos de vosotros. Cuando nos llegue el turno, no nos molestaremos en disimular ni disfrazar nuestro terrorismo. No seremos como los terroristas realistas, como los terroristas por la gracia de Dios y de la ley, brutales, despreciables y viles en la práctica, cobardes, huidizos y llenos de doblez en la teoría, y en ambos terrenos carentes de honor.» El periódico precavía a los obreros de Colonia contra toda intentona que, dada la situación militar de aquella ciudad, los perdería irremisiblemente. La redacción les daba las gracias por su aco-



gida, y terminaba diciendo que «su supremo lema sería siempre y en todas partes el mismo: la emancipación de la clase obrera».

Después de esto, a Marx sólo le quedaba cumplir los deberes que le incumbían como capitán del buque náufrago. Los 300 tálers que le prestara Henze, los 1.500 tálers de suscriciones que recibió por giro postal, las prensas, de su propiedad: todo hubo de ponerse a contribución para salvar las deudas contraídas por el periódico con los cajistas, los impresores, los vendedores del papel, los corresponsales, el personal administrativo y de redacción, etc., quedándose él únicamente con los objetos de plata de su mujer. Estos fueron a parar a la casa de empeños de Francfort, y las 200 guldas, sobre poco más o menos, que sobre ellos obtuvo, eran todo el patrimonio con que contaba la familia al salir de nuevo para el destierro.

Desde Francfort, Marx se dirigió con Engels al teatro de la insurrección triunfante en Baden y en el Palatinado. Desde Karlsruhe se trasladaron a Kaiserslautern, donde se entrevistaron con d'Ester, alma del Gobierno provisional. D'Ester comisionó a Marx por el Comité central democrático para que en París representase al partido revolucionario alemán cerca de la oposición que en la Asamblea nacional ocupaba la socialdemocracia de entonces, en la que se confundían elementos pequeñoburgueses y proletarios, y en la que se preparaba una gran ofensiva contra los partidos del orden y su representante, el falso Bonaparte. De regreso, detenidos por las tropas adictas al gobierno, por sospechárseles participación en el movimiento rebelde, fueron transportados a Darmstadt y de aquí a Francfort, donde les pusieron en libertad. Marx salió para París, mientras Engels retornaba a Kaiserslautern, para incorporarse como ayudante al cuerpo de voluntarios formado por el exteniente prusiano Willich.

El 7 de junio, Marx escribió desde París, informando de que allí imperaba una reacción realista más pavorosa que la de los tiempos de Guizot, pero que tampoco había sido nunca tan inminente la erupción arrolladora del volcán revolucionario. Sin embargo, estas esperanzas resultaron fallidas; la ofensiva preparada por la oposición fracasó, y de un modo bastante lamentable por cierto. Un mes más tarde, había de cebarse en su persona la venganza del vencedor; el 19 de julio, el prefecto de policía le transmitió una orden del ministro del Interior, intimándole a fijar su residencia en el departamento de Morbihan. Era una maniobra cobarde, «la infamia de las infamias», como Freiligrath escribía a Marx al conocer la noticia. «Daniels me dice que Morbihan es la zona más insana de toda Francia, pantanosa y febril: son los pantanos pontínicos de la Bretaña.» Marx no se sometió a esta «tentativa velada de asesinato». Por lo pronto, procuró dilatar la ejecución de la orden, apelando de ella al Ministerio del Interior.

Estaba en una situación apuradísima, consumidos ya sus mezquinos ahorros, y acudió a Freiligrath y a Lassalle para que buscasen el modo de ayudarle. Los dos hicieron cuanto pudieron, pero el primero hubo de lamentarse cerca de Marx de la indiscreción con que el segundo llevaba el asunto, haciendo de él tema de comentarios y conversaciones. A Marx le dolió mucho esto; el 30 de junio decía, contestando a la carta de Freiligrath: «Prefiero cien mil veces pasar apuros antes que aparecer mendigando públicamente. Ya le he escrito diciéndole lo que viene al caso. Estoy verdaderamente indignado.» Lassalle supo disipar aquellas tinieblas, escribiéndole una carta, que rebosaba buena voluntad, aunque las seguridades que daba de haber llevado el asunto «con extremada delicadeza», dejasen cierto lugar a dudas.

El 23 de agosto, Marx notificaba a Engels que salía de Francia, y el 5 de septiembre escribía a Freiligrath que su mujer iría a reunirse con él el día 15, aunque no sabía de dónde iba a sacar el dinero necesario para hacer el viaje e instalarse en su nueva residencia. Emprendía el camino hacia su tercer destierro, acompañado por la negra penuria, y esta compañía fiel, demasiado fiel, ya pocas veces había de abandonarle.

CAPITULO VII

DESTERRADO EN LONDRES



1. Nueva Revista del Rin.

En la última carta que Marx escribió a Engels desde París le comunicaba que tenía grandes probabilidades de fundar en Londres un periódico alemán, habiendo asegurado ya parte de los fondos necesarios. Y le rogaba que saliese de Suiza, donde Engels se había refugiado después de fracasar el movimiento de Baden y el Palatinado, y se trasladase inmediatamente a Londres. Engels se puso en seguida en camino, emprendiendo el viaje desde Génova en un barco velero.

No ha podido averiguarse de dónde procedían los fondos con que contaban para la proyectada empresa, pero seguramente que no eran muy abundantes; además, los fundadores calculaban que la revista no necesitaría durar mucho tiempo; Marx confiaba en que el mundo se echaría a arder en plazo de tres o cuatro meses. El documento invitando a suscribir acciones para la «Nueva Gaceta del Rin, revista económico-política, dirigida por Carlos Marx», aparece fechado en Londres en 1.º de enero de 1850 y firmado por Konrad Schramm, como gerente de la empresa. En él se dice que la redacción de la nueva revista, después de haber participado en el Sur de Alemania y en París en los movimientos revolucionarios del verano último, volvía a congregarse en Londres, acordando continuar desde allí la publicación del periódico; que éste sólo podría aparecer por el momento en forma de revista y en cuadernos mensuales de unos cinco pliegos de extensión, pero que tan pronto como sus posibilidades financieras se lo permitiesen, saldría bimensualmente con el mismo formato y volumen, y de ser posible semanalmente, en forma de periódico, ajustándose al modelo de los grandes semanarios norteamericanos e ingleses, para luego, una vez que las circunstancias consintiesen el regreso a Alemania, convertirse inmediatamente en diario. La hoja terminaba invitando a suscribir una o varias acciones de 50 francos cada una.

No debieron de colocarse muchas acciones. La revista imprimíase en Hamburgo, donde una casa librera se encargó de editarla en comisión, quedándose el 50 por 100 de los 25 silbergrosen a que ascendía el precio de venta trimestral. No parece que el librero desplegase gran actividad en el asunto—cosa harto explicable, a la verdad, ya que la

guarnición prusiana destacada en Hamburgo le andaba a los alcances—, ni su celo hubiera rendido tampoco grandes frutos. Lassalle no llegó a reunir en Dusseldorf ni 50 suscritores, y Weydemeyer, que pidió que le enviasen 100 ejemplares para colocarlos en Francfort, sólo consiguió reunir, al cabo de medio año, 51 guldas; «por mucho que apremio a la gente, nadie se apresura a pagar». Con amargura muy explicable, la mujer de Marx escribía que el negocio había dado completamente en quiebra por la mala administración, sin que se supiese qué le había sido más dañino, si la remolonería del librero y de los gestores y amigos de Colonia, o el comportamiento de la democracia.

No dejó tampoco de tener su parte de culpa en el fracaso la falta de preparación de la empresa en lo referente a la redacción, confiada casi exclusivamente a Marx y Engels. El original para el número de enero no llegó a la imprenta hasta el 6 de febrero. La posteridad tiene razones sobradas para agradecer que el proyecto, bien o mal, se realizase, pues unos cuantos meses nada más que se hubiera demorado, habríase visto frustrado sin remedio por el rápido descenso de las aguas revolucionarias. En los seis números de la revista que llegaron a publicarse se guardan preciosos testimonios de «aquella magnífica energía, de aquella serena, clara y apacible conciencia propia que informaba todo su ser» y con las que Marx, según palabras de su mujer, sabía alzarse por sobre los mezquinos cuidados de la vida que le asaltaban «de un modo indignante» todos los días y a todas horas.

Marx, y lo mismo que él Engels—éste más todavía—, vieron siempre, sobre todo en su juventud, el futuro mucho más cercano que lo estaba en realidad, ¡y cuántas veces creyeron tocar ya los frutos sembrados, cuando apenas comenzaba a abrirse la flor! Esto les valió no pocas veces el reproche de falsos profetas, que no es precisamente el elogio mayor que pueda hacerse de un político. Conviene, sin embargo, no confundir las falsas profecías que brotan de la intrépida seguridad de una mente clara y aguda, y las que nacen de un vano espejismo de deseos acariciados. En el segundo caso, la decepción es enervante, al borrar sin dejar rastro un fuego de artificio; pero en el primero, el desengaño vigoriza, pues el espíritu razonador, acuciado por él, se echa a indagar las causas de su error y saca de ese análisis nuevos conocimientos.

Acaso no haya existido jamás un político que llegase en esta crítica de sí propio a extremos de una veracidad tan inexorable como Marx y Engels. Nada más lejos de ellos que esa mísera cominería que, colocada ante el más craso desengaño, todavía pugna por engañarse, haciéndose creer que no se habría equivocado si tal cosa o tal otra no hubiera acontecido como en realidad sucedió. Pero nada tampoco más lejos de ellos que esa barata sabiduría que adopta ante todo una posición

de estéril pesimismo. No; ellos aprendían de las derrotas y sacaban de los reveses fuerzas redobladas para preparar la victoria final.

Con el fracaso del 13 de junio en París, el fiasco de la campaña constitucional en Alemania y la represión del movimiento revolucionario húngaro por el zar, quedaba cerrado un gran capítulo de la revolución. Unicamente en Francia, donde, a pesar de todo, aún no estaban decididas las últimas jugadas, podía volver a prender su llama. Marx se aferraba a esta esperanza, pero esto no le impedía, antes bien le acuciaba a ello, someter a una crítica despiadada, desnuda de ilusiones y optimismos, el curso anterior de la revolución francesa. Y allí donde los políticos ideológicos veían una maraña más o menos inextricable de luchas, para él, que la pulsaba en sus resortes vitales, en los antagonismos económicos sucesivos, no había caos ni confusión.

En este estudio, publicado en los tres primeros números de la revista, los más embrollados problemas del día aparecían desenredados de vez en cuando con un par de frases epigramáticas. ¡Cuánto no habían hablado y discutido las cabezas más ilustres de la burguesía y aun del socialismo doctrinario, en la Asamblea nacional de París, acerca del derecho al trabajo! Pues bien, a Marx le bastaban unas cuantas líneas para plasmar íntegramente la razón y la sinrazón histórica de este tópico: «En el primer proyecto constitucional, redactado antes de las jornadas de junio, figuraba todavía el derecho al trabajo, como la primera forma desmañada en que se condensaban las reivindicaciones revolucionarias del proletariado. Este derecho veíase transmutado en el derecho a la asistencia pública, ¿y qué Estado moderno no sostiene, bajo una u otra forma, a sus pobres? El derecho al trabajo, entendido esto en un sentido burgués, es un contrasentido, un deseo piadoso bastante mísero, pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción, su sometimiento a la clase obrera asociada, que vale tanto como decir la abolición del trabajo asalariado, del capital y de su régimen de reciprocidad.» En la historia de Francia fué donde Marx descubrió por vez primera la lucha de clases como rueda motora del proceso histórico, viéndola destacarse allí con contornos perfectamente claros y clásicos desde los días de la Edad Media; nada tiene, pues, de extraño que sintiese por la historia francesa una especial predilección. Este estudio y los que habían de seguirle sobre el golpe de Estado bonapartista y sobre la Comuna de París, son las gemas de mayor valor que guarda el tesoro de sus obras históricas breves.

Como *pendant* jocoso, aunque no sin su desenlace trágico, los tres primeros números de la revista nos brindan, en el estudio que hace Engels de la campaña constitucional alemana, la estampa de una revolución pequeñoburguesa. Los resúmenes mensuales, en que se anali-



zaba principalmente la marcha económica de la política, eran obra de ambos. En el número de febrero apuntaban ya al descubrimiento de las minas de oro de California, como a un hecho que «encerraba bastante más importancia que la revolución de febrero» y alumbraría resultados más grandiosos todavía que el descubrimiento de América. «Una costa de treinta grados de latitud de larga, una de las más hermosas y feraces del mundo, hasta hoy poco menos que deshabitada, se convertirá ante nuestros ojos en un país rico y civilizado, densamente poblado por hombres de todas las razas, desde el yanqui al chino, desde el negro al indio y al malayo, desde el criollo y el mestizo al europeo. El oro californiano se desparrama a raudales por toda América y por las costas asiáticas del Océano Pacífico, empujando a los pueblos bárbaros y ariscos a la corriente del comercio mundial, a la civilización. Por segunda vez se va a imprimir al comercio mundial una dirección nueva... Gracias al oro californiano y a la incansable energía del yanqui, las dos costas del Mar Pacífico se verán pronto pobladas y abiertas al comercio y a la industria, como lo están hoy las costas del Atlántico, desde Boston hasta Nueva Orleans. Ese día, el Océano Pacífico representará la misma misión que hoy representa el Atlántico y que en la antigüedad y en la Edad Media representó el Mediterráneo; será la gran ruta marítima del comercio mundial, y el Océano Atlántico quedará reducido a la importancia de un mar interior, como el Mediterráneo hoy. La única salida que tienen los países europeos civilizados para no caer, cuando ese día llegue, en la misma postración industrial, comercial y política en que al presente se hallan Italia, España y Portugal, está en una revolución social que sepa transformar a tiempo el régimen de producción y de intercambio con arreglo a las necesidades de la propia producción, tal como se desprenden de las modernas fuerzas productivas, facilitando así el alumbramiento de fuerzas nuevas que garanticen la superioridad de la industria europea y compensen los inconvenientes de su situación geográfica.» Lo malo fué, y pronto habían de reconocerlo así los autores de esta perspectiva grandiosa, que la revolución se sumió en el descubimiento del oro californiano.

De Marx y Engels en colaboración proceden también las críticas de algunas obras en que unas cuantas lumbreras anteriores a marzo — el filósofo alemán Daumer, el historiador francés Guizot, y el genio original inglés Carlyle—se debatían con los problemas de la revolución. El primero, procedía de la escuela hegeliana, y Guizot y Carlyle habían influído bastante considerablemente, el primero en Marx, y el segundo en Engels. Ahora, pesados los tres en la balanza de la revolución, resultaba que ninguno de ellos daba el peso. Los increíbles lugares comunes en que Daumer predica «la religión de la

nueva era», se sintetizan en esta «conmovedora imagen»: la filosofía alemana se retuerce las manos y plañe junto al lecho de muerte de la madre que la amamantara, la cursi burguesía alemana. El caso de Guizot demuestra cómo hasta las personas más inteligentes del *ancien régime,* de quienes no se puede negar que poseen, a su manera, talento histórico, pierden la cabeza por los fatales sucesos de febrero, hasta el punto de empeñárseles, no sólo la conciencia histórica, sino incluso la conciencia de su modo anterior de obrar. Finalmente, si la obra de Guizot demostraba que las capacidades burguesas decaían, los dos o tres folletos de Carlyle revelaban la decadencia del genio literario, esforzado por afrontar con sus inspiraciones insospechadas y proféticas las luchas históricas, en un momento de aguda crisis como aquél.

Marx y Engels, al poner de relieve en estas brillantes críticas los efectos desoladores producidos por la revolución sobre aquellas personalidades literarias anteriores a los sucesos de marzo, estaban muy lejos de atribuir, como a veces se les ha achacado, ningún género de virtud mística a la revolución. La revolución no creaba aquel cuadro que infundía mortal pavor a los Daumer, a los Guizot y a los Carlyle: lo que hacía era desgarrar el velo que lo ocultaba. En las revoluciones, el proceso histórico no cambia de rumbo; lo que hace es acelerarse; en este sentido, llamó Marx una vez a las revoluciones «locomotoras» de la historia. Esa necia confianza del filisteo en las «reformas pacíficas por la vía legal», reputadas por muchos superiores a toda explosión revolucionaria, no podía ser, ni fué nunca, naturalmente, propia de hombres como Marx y Engels: para ellos, la violencia era también una potencia económica, la comadrona de toda sociedad nueva.

2. El caso Kinkel.

La «Nueva Revista del Rin» dejó de aparecer regularmente, a partir del cuarto número, en abril de 1850. A ello contribuyó, en parte al menos, un pequeño artículo publicado en ese número, y del que ya los propios autores pronosticaban que provocaría «la general indignación de los embaucadores sentimentales y de los charlatanes democráticos»: era una crítica, breve pero demoledora, del discurso de defensa pronunciado por Gotfried Kinkel el 7 de agosto de 1849, ante el Consejo de guerra de Rastatt, que falló su proceso como voluntario rebelde, y publicado a comienzos de abril del siguiente año en un periódico de Berlín.

De por sí, la crítica no podía ser más legítima. Kinkel había abjurado ante el consejo de guerra de la revolución y de sus compañeros de



armas, aclamando al «príncipe de los cartuchos» y «al Imperio de los Hohenzollern», ante el mismo consejo de guerra que había mandado a 26 camaradas suyos delante del pelotón, donde habían muerto todos valientemente. Pero Kinkel, cuando Marx y Engels le hicieron objeto de sus ataques, estaba recluído en presidio, y la opinión veía en él una víctima propiciatoria de la sed regia de venganza, de la que se decía que había trocado la pena de fortaleza impuesta en la sentencia, mediante un acto de justicia de gabinete, en la degradante pena de presidio. Era natural que a muchos, sin ser precisamente «embaucadores sentimentales y charlatanes democráticos», no les pareciera bien que, encima, se le atacase políticamente en aquellas circunstancias.

Hoy, abiertos ya los archivos y estudiado documentalmente el caso Kinkel, se ve que era un verdadero nido de confusiones tragicómicas. Kinkel había empezado siendo teólogo ortodoxo; al abjurar de su religión, casándose con una católica divorciada, desencadenó una oleada de odio irreconciliable por parte de los creyentes, que le rodeó de una aureola de «héroe de la libertad» que no merecía y de la que no era digno. Entró en el partido a que pertenecía Marx y Engels por una verdadera «confusión», pues políticamente no había quien le sacase de los tópicos de la democracia al uso, si bien la «maldita retórica»—según frase de Freiligrath—adquirida en sus tiempos teológicos, le impulsaba tan pronto a la extrema izquierda coma hacia la derecha más rabiosa; de lo segundo era testimonio el Consejo de guerra de Rastatt. Su modesto talento poético hizo que se destacase en la opinión por encima de otros demócratas de la misma calaña.

En el curso de la lucha constitucional, Kinkel se incorporó al cuerpo de voluntarios de Willich, en que se habían enganchado también Engels y Moll. Se comportó valientemente, y en los últimos encuentros junto al Murg, donde fué muerto Moll, cayó herido por un tiro de refilón en la cabeza, siendo cogido prisionero. El Consejo de guerra le condenó a reclusión perpetua en un castillo, pero al «príncipe de los cartuchos», o, como Kinkel le llamaba respetuosamente en su defensa, a «la Alteza real de nuestro heredero de la Corona», no le pareció bastante, y el auditor general de Berlín solicitó del rey que casase la sentencia, puesto que el reo había incurrido en pena de muerte, para someter el proceso a revisión.

Contra esto se pronunció el gobierno en pleno, alegando que, si bien reconocía que la pena impuesta era demasiado suave para aquel delito de alta traición, creía aconsejable que se confirmase «indulgentemente» la sentencia, en gracia a la opinión pública. Al mismo tiempo, entendía que era «conveniente» que se ordenase el cumpliento de la pena en un «establecimiento civil», ya que causaría «gran sensación» el que se tratase al reo como recluso de fortaleza. El rey accedió a las peticio-

nes del gobierno, y con ello la «gran sensación» que precisamente se trataba de evitar. A la «opinión pública» parecióle una sangrienta burla que el rey, «indulgentemente», mandase a presidio a un reo de alta traición, a quien el mismo Consejo de guerra se contentaba con encerrar en un castillo.

Pero la opinión, desconocedora de las sutilezas del régimen penal prusiano, se equivocaba. Kinkel no había sido condenado a un *arresto* militar en fortaleza, sino a una *pena* militar de reclusión en un castillo, pena que revestía en su ejecución formas harto más duras y repugnantes que la de presidio. A los reclusos en fortalezas hacinábanlos en lóbregas mazmorras, diez y veinte en cada una, con una dura tarima por cama, mal alimentados, obligábanles a ejecutar los trabajos más viles, a limpiar los retretes, barrer los suelos, etc., y al menor descuido se ceñía a sus carnes el látigo. De esta vida horrible era de la que el gobierno, por miedo a la «opinión pública», quería librar al preso Kinkel, pero de la «opinión», interpretándolo al revés se alzaron murmullos de protesta; no se atrevió, ahora por miedo al «príncipe de los cartuchos» y a su rencoroso partido, a confesar abiertamente sus intenciones «humanas» y prefirió dejar al rey bajo el peso de una sospecha, que por fuerza había de dañar, como en efecto dañó notablemente, su prestigio, aun ante los ojos de los leales.

Bajo la impresión de este fracaso, el gobierno no quiso dar pábulo a nuevas «sensaciones» con las torturas presidiarias de Kinkel, aunque sólo osó dar orden de que no se le aplicasen castigos corporales por ningún concepto. También le hubiera complacido eximir al preso de los trabajos forzados, y así, hizo saber al director del presidio de Naugard, donde Kinkel estuvo primeramente recluído, que se atuviese en este punto a su personal responsabilidad. Pero aquel burócrata militarizado, que tenía otras instrucciones, sometió al recluso a los trabajos de la prisión. Al saberse, se levantó por el país una gran oleada de indignación; por todas partes corrían coplas y estampas del poeta martirizado. Mas pronto había de confirmarse la vieja máxima de que la «indignación moral» del filisteo suele acabar en un gran ridículo. Alarmadas por los clamores de la opinión y más decididas que el ministerio, aunque eso les valiese una denuncia fulminante por «ideas democráticas», las autoridades gubernativas de Stettin ordenaron que se ocupase al recluso en trabajos de escritura. Pero el preso declaró espontáneamente que deseaba seguir trabajando como hasta entonces, pues le convenía realizar un pequeño esfuerzo físico, no incompatible con la labor del pensamiento; lo prefería a pasarse el día copiando, con riesgo a picarse del pecho y enfermase.

No era, pues, cierto que en el presidio le maltratasen con especial perversidad por orden del rey, aun cuando la prisión se le hiciese harto



dolorosa. Schnuchel, el director de la penitenciaría, era un burócrata militarizado, pero no tenía nada de monstruo; tuteaba al preso, pero dejábale moverse durante unas cuantas horas al aire libre y tenía una comprensión humana para los infatigables esfuerzos de la mujer del recluso, que no sosegaba pensando en libertar a su marido. En cambio, en Spandau, adonde trasladaron a Kinkel en mayo de 1850, le trataban de usted, pero le hicieron afeitarse la barba y raparse la cabeza; y el director, que era un reaccionario beato, le estaba atormentando a todas horas con sus tentativas de conversión y, apenas ingresar en la prisión aquel recluso «perdido», empezó a liarse con él en las querellas más repugnantes. No obstante, este traficante de almas no opuso tampoco grandes reparos cuando el gobierno le pidió dictamen para resolver acerca de la solicitud cursada por la mujer del preso para que le permitiesen emigrar a Norteamérica, dando su palabra de honor de que renunciaría a toda labor política y de que no retornaría jamás a Europa. El director llegaba a sostener que, por lo que él podía juzgar de lo que conocía al preso, la residencia en América contribuiría a redimir rápidamente su alma. Pero añadía que era necesario tenerle, por lo menos, un año recluído, para que la espada de la autoridad no quedase tan roma y tan mellada; que, transcurrido este plazo, no había inconveniente en permitirle emigrar, a menos que su salud padeciese por la larga reclusión, si bien hasta entonces no se le notaba nada. Este dictamen fué ante el rey, quien demostró ser más rencoroso que sus ministros y los directores de sus prisiones; Su Majestad falló que al recluso Kinkel no se le autorizase a emigrar transcurrido el año de prisión, pues era menester humillarlo más aún mediante nuevos procedimientos.

Si nos fijamos en el culto populachero de que se había hecho objeto a Kinkel, comprenderemos la repugnancia que tenía que provocar en hombres como Marx y Engels, que jamás pudieron resistir espectáculos ridículos de ese género. Ya en sus artículos sobre la campaña constitucional se había expresado Engels bastante duramente respecto a las «víctimas cultas» de los sucesos de mayo, mientras nadie se acordaba de los cientos y miles de obreros que cayeron luchando, que se estaban pudriendo en los calabozos de Rastatt o que, refugiados y aislados en el extranjero, apuraban hasta las heces el cáliz de la miseria. Pero, aun dejando esto a un lado y limitándonos a las «víctimas cultas», había muchos que tenían que soportar, y los soportaban con viril entereza, destinos harto más terribles que Kinkel, sin que nadie se acordase de ellos. Citaremos tan sólo a Augusto Röckel, que como artista no tenía nada que envidiarle a Kinkel; recluído en el presidio de Waldheim, le maltrataron del modo más cruel, hasta llegar a las penas corporales, sin conseguir, después de doce años de indecibles torturas,

que implorase misericordia ni con la insinuación más leve, hasta que la reacción, estrellándose desesperada contra su orgullo, no tuvo más remedio que expulsarle casi por la fuerza de la prisión. Y Röckel no era, ni mucho menos, el único caso dentro de su género. Sí lo fué, en cambio, Kinkel dentro del suyo, cuando, a los pocos meses de un régimen de reclusión bastante soportable, hizo acto de contrición ante el mundo entero publicando en los periódicos su discurso de defensa, tan adulador para la corona. La crítica dura y despiadada que Marx y Engels hicieron de este discurso, no podía ser más legítima; y tenían razón al decir que con ello antes favorecían que perjudicaban a su autor.

Los derroteros que había de seguir el asunto confirmaron su predicción. El entusiasmo producido en torno a la persona del preso aflojó los cordones de las bolsas burguesas, hasta el punto de que, sobornado un vigilante del presidio de Spandau, Kinkel pudo ser libertado en noviembre de 1850 por Carlos Schurz. He ahí lo que el rey había conseguido con su rencor. Si, aceptando la palabra de honor que había dado de apartarse para siempre de la política, le hubiera dejado emigrar, Kinkel hubiera caído rápidamente en el olvido de las gentes, como hasta Jeserich, el director del presidio, era capaz de comprender; ahora, la evasión rodeaba al preso de una nueva aureola y ponía al rey en ridículo.

Este supo, sin embargo, rehacerse, a su real manera. Al recibir los informes sobre la evasión de Kinkel, tuvo una inspiración que él mismo, denotando con esto cierta honradez, calificó de poco honrada. La idea consistía en ordenar a su Manteuffel que, valiéndose de la «preciosa personalidad» de Stieber, descubriese y reprimiese un complot. Este Stieber había caído ya por entonces hasta tal punto en el desprecio de las gentes, que el mismo director general de policía de Berlín, Hinckeldey, bastante expeditivo de conciencia cuando se trataba de perseguir a los enemigos políticos, se resistía obstinadamente a que se volviese a dar entrada a ese personaje en los servicios policiacos. Pero la voluntad real triunfó, y Stieber pudo poner en escena, como ensayo, una bonita comedia de robo y perjurio: el proceso de los comunistas de Colonia.

Por sus muchas villanías, esta maniobra dejaba chico al caso Kinkel, pero no sabemos ni de un solo burgués honorable que protestase contra ella. Es posible que esta agradable clase se propusiera demostrar con su silencio lo acertadamente que Marx y Engels habían sabido analizarla y definirla.



3. Escisión de la Liga Comunista.

Por lo demás, el caso Kinkel tenía más importancia sintomática que efectiva. Ponía de relieve con gran claridad las diferencias pugnantes que separaban a Marx y Engels de los emigrados de Londres, pero no era su manifestación más importante, ni mucho menos su causa.

Para saber qué era lo que unía a Marx y Engels con los demás emigrados y lo que de ellos les separaba, basta fijarse en los dos organismos a que, además de la redacción de la «Nueva Revista del Rin», consagraron su esfuerzo durante el año 1850: uno era el Comité de refugiados, fundado por ellos en unión de Bauer, Pfänder y Willich, para socorrer a los emigrados que afluían a Londres en número cada vez mayor, conforme Suiza empezaba a enseñar las uñas a los refugiados; otro, la Liga Comunista, cuya reconstitución se imponía con tanta mayor urgencia cuanta mayor era la falta de escrúpulos con que la contrarrevolución triunfante despojaba a la clase obrera de libertad de prensa, reunión y asociación, y de todos los recursos de propaganda en general. Puede decirse que Marx y Engels se solidarizaban humanamente con los emigrados, pero no políticamente; que compartían sus penalidades, pero no sus ilusiones e ideas; que se sacrificaban hasta el último céntimo, pero sin hacerles gracia de la más pequeña partícula de sus convicciones.

Los refugiados alemanes, y mucho más los internacionales, formaban una masa confusa de elementos los más diversos y contradictorios. Todos confiaban en una nueva revolución que les permitiera volver a sus países, y todos laboraban con los ojos fijos en esa meta, lo cual parecía imprimir cierta unidad a su movimiento. Pero todos los esfuerzos por poner en marcha la acción, fracasaban irremisiblemente; traducíanse, a lo sumo, en declaraciones sobre el papel, muy pomposas y retóricas, pero carentes de fundamento. Apenas se iniciaba la acción, empezaban las discordias intestinas, en términos verdaderamente lamentables. Estas discordias no nacían de las personas, aun cuando la apurada situación en que éstas se encontraban las agudizase; su verdadera causa estaba en las luchas de clases, que habían trazado el rumbo a la revolución y subsistían en la emigración, por muchos esfuerzos que se hiciesen para descartarlas mentalmente. Marx y Engels, comprendiendo desde el primer momento la esterilidad de estas tentativas, mantuviéronse al margen de ellas, lo cual bastó para que las fracciones y fraccioncillas existentes entre los emigrados, se uniesen todas, ya que no en otra cosa, en la firme convicción de que Marx y Engels eran los verdaderos e incorregibles perturbadores de la armonía.

Ellos, por su parte, proseguían en Londres la lucha de clases proletaria que habían comenzado ya antes de la revolución. Desde el otoño de 1849, volvían a congregarse en la capital inglesa, casi en su totalidad, los antiguos miembros de la Liga Comunista, salvo Moll, muerto en la lucha, Schapper, que no llegó hasta el verano de 1850, y Guillermo Wolff, que no se trasladó de Suiza a Inglaterra hasta un año después. A los viejos afiliados, había que añadir nuevos nombres, entre los cuales se destacaba el de Augusto Willich, un antiguo oficial prusiano que en la campaña de Baden y el Palatinado se había revelado como un gran jefe de milicias y al que Engels, ayudante suyo en aquella campaña, había traído al grupo; era un elemento valioso, pero teóricamente confuso. Y con él, un puñado de gente joven: el comerciante Conrado Schramm, el maestro Guillermo Pieper y, sobre todo, Guillermo Liebknecht, un estudiante universitario que había salido airoso de sus exámenes en las revueltas de Baden y en el destierro suizo. Todos ellos se congregaron durante aquellos años en torno a Marx, aunque el más devoto y leal de todos fuese Liebknecht. De los otros dos, no siempre tiene Marx cosas agradables que decir; pero, aunque le diesen algunos malos ratos, no debemos tomar al pie de la letra cuanto dice de ellos en sus arrebatos de indignación. Cuando Conrado Schramm se murió, joven todavía, arrebatado por la tisis, Marx le llamó, ensalzando sus virtudes, el «Percy Heissporn» del partido; de Pieper decía también que era, «a pesar de todo, un buen chico». Por mediación de Pieper, empezó a cartearse con Marx el abogado de Gotinga Juan Miquel, que ingresaba poco después en la Liga Comunista. Marx sentía cierta estimación por él, por sus dotes de inteligencia. Miquel se mantuvo durante varios años bajo la bandera de la Liga, hasta que retrocedió, con su amigo Pieper, al campo liberal, de donde procedía.

Marx y Engels redactaron, con fecha de marzo de 1850, una circular del Comité directivo, que Enrique Bauer se encargó de llevar a Alemania como emisario y que se proponía por finalidad reconstituir la Liga Comunista. En ella, sentábase la idea de que era inminente una nueva revolución, «ya la provocase el alzamiento del proletariado francés o la invasión de la Santa Alianza contra la Babel revolucionaria». Y así como la revolución de marzo había llevado a la burguesía al poder, la nueva revolución daría el triunfo a la pequeña burguesía, la cual volvería a traicionar a la clase obrera. Las relaciones entre el partido obrero revolucionario y los demócratas pequeñoburgueses se resumían en los términos siguientes: «La clase obrera se une a ellos para derribar a la fracción a cuyo derrocamiento aspira, alzándose contra ellos en todo aquello en que pretendan afirmarse por sí propios. Los pequeñoburgueses se aprovecharían de la revolución que les diese el triunfo para reformar la sociedad capitalista, haciéndola más cómoda y



más útil para su propia clase y hasta cierto punto para los mismos trabajadores. Pero el proletariado no podía darse por satisfecho, con esto solo. Mientras que los demócratas pequeñoburgueses, una vez cumplidas sus modestas aspiraciones, se esforzarían por poner pronto término a la revolución, los obreros deberían cuidar de hacer ésta permanente, «en tanto que no sean desplazadas del gobierno todas las clases más o menos poseedoras, conquistado el poder para el proletariado y tan avanzada, esté, no sólo en un país, sino en todos los países importantes, la asociación de los proletarios, que cese entre ellos toda concurrencia, concentrándose en sus manos, por lo menos, las fuerzas productivas de primera importancia».

Consecuente con estos principios, la circular aconsejaba a los obreros que no se dejasen engañar por las prédicas de unión y reconciliación de los demócratas pequeñoburgueses, encaminadas a engancharlos al carro de la democracia burguesa, sino que, manteniéndose en su propio terreno, se organizasen con la mayor fuerza y firmeza posibles para, una vez que triunfase la revolución, gracias a su energía y a su bravura, poder dictar a la pequeña burguesía condiciones tales, que el régimen de los demócratas burgueses albergase ya el germen de su fracaso y facilitase notablemente su ulterior desplazamiento por el régimen del proletariado. «Los obreros deberán ante todo, durante el conflicto y a raíz de la lucha, oponerse por todos los medios a la estabilización burguesa, obligando a los demócratas a llevar a la práctica las frases terroristas que hoy lanzan desde la oposición... Y, lejos de oponerse a los que llaman excesos, a la ejemplaridad de la venganza del pueblo sobre determinados individuos y edificios públicos que son blanco del odio popular y que sólo guardan recuerdos sombríos, la clase obrera, no sólo deberá tolerarlos, sino asumir, incluso, su dirección.» La circular aconsejaba, además, que los obreros proclamasen en todas partes candidatos propios para las elecciones a la Asamblea nacional, aun allí donde no se les ofreciese perspectiva ninguna de triunfo, sin preocuparse para nada de la fraseología democrática. Claro está que en los comienzos del movimiento no podrían proponer todavía ninguna medida directamente comunista, pero sí obligar a los demócratas a atacar por el mayor número posible de lados el orden social vigente, perturbando su marcha normal y comprometiéndose a centralizar en manos del Estado el mayor número posible de fuerzas productivas, transportes, fábricas, ferrocarriles, etc. Y sobre todo, los obreros no deberían tolerar que, al abolirse el feudalismo, las tierras feudales se asignasen en libre propiedad a los campesinos, como en la revolución francesa, pues esto mantendría el proletariado del campo y formaría una clase labradora pequeñoburguesa condenada a recorrer el mismo calvario de depauperación y agobio de deudas del

campesino francés. No; la clase trabajadora debería exigir que las tierras feudales confiscadas se declarasen propiedad del Estado y se convirtiesen en colonias obreras, para que el proletariado campesino organizado las pudiera cultivar, aplicándoles los métodos agrícolas de las grandes explotaciones. Con esto, se conseguiría que el principio de la propiedad colectiva echase raíces inmediatamente en el régimen tambaleante de la propiedad burguesa.

Equipado con esta circular, el viaje de Bauer por Alemania fué muy fructífero. Bauer consiguió reanudar los cabos sueltos y tejer otros nuevos. Y conquistó, sobre todo, gran ascendiente sobre los residuos de las sociedades obreras, campesinas, de jornaleros y de deportes que habían logrado hacer frente a todas las furias de la contrarrevolución. Los miembros más influyentes de la Confraternidad obrera fundada por Esteban Born uniéronse también a la Liga, la cual, según el informe enviado a Zurich por Carlos Schurz—que estaba recorriendo por entonces Alemania por encargo de una organización de refugiados suizos—, había «sabido atraerse a todos los elementos aprovechables» En una segunda alocución, fechada en junio de 1850, la junta directiva, pudo ya hacer saber que la Liga había echado raíces en una serie de ciudades alemanas, habiéndose formado comités directivos en varias de ellas: en Hamburgo para el territorio de Sleswig-Holstein, en Swerin para Meclemburgo, en Breslau para la Silesia, en Leipzig para Sajonia y Berlín, en Nuremberg para Baviera, en Colonia para las provincias del Rin y de Westfalia.

En esta misma alocución, se señalaba el distrito de Londres como el más fuerte de toda la Liga y el que subvenía casi exclusivamente a sus gastos. Ese Comité era el encargado de dirigir, con carácter permanente, la Asociación de cultura obrera de Londres, en que se concentraban los elementos más resueltos de la emigración; la directiva hallábase asimismo en estrecho contacto con los partidos revolucionarios de Inglaterra, Francia y Hungría. Pero, desde otro punto de vista, el sector de Londres era el centro más débil de la Liga, ya que se hallaba expuesto constantemente a los debates y las rivalidades cada vez más agudos y más desesperados de los emigrados políticos.

En el transcurso del verano de 1850, la esperanza de que volviese a estallar pronto la revolución fué decayendo visiblemente. Al pueblo francés le fué arrebatado el sufragio universal sin que la clase obrera se levantase; ahora, el dilema ya sólo giraba entre el pretendiente Luis Bonaparte y la Asamblea nacional monarco-reaccionaria. En Alemania, la pequeña burguesía democrática abandonó la escena política, mientras la burguesía liberal tomaba parte en el despojo que Prusia estaba cometiendo sobre el cadáver de la revolución alemana. Pero Prusia veíase acosada en el reparto por los pequeños y medianos Es-

tados, que bailaban todos al son que les tocaba Austria. Y al fondo, dibujábase el zar esgrimiendo el látigo sobre todo este panorama social alemán. Conforme iban bajando de nivel las aguas de la verdadera revolución, aumentaban los febriles esfuerzos de los emigrados por fabricar una revolución de artificio; cerrando los ojos a todos los síntomas que amenazaban, ponían sus esperanzas en no sé qué hechos milagrosos que ellos habían de conseguir con la energía de su voluntad. Paralelamente con esto, iba aumentando el recelo contra todo género de crítica intestina. Y así, Marx y Engels, que observaban la marcha de las cosas con mirada fría y serena, fueron enfrentándose cada vez más abiertamente con los demás emigrados. Era difícil que la voz de la lógica y la razón pudiera contener el torbellino de las pasiones, en aquella masa de hombres desesperados. Mucho más difícil desde el instante en que el vértigo general se adueñó también del sector londinense de la Liga Comunista, llevando la disensión hasta los elementos directivos.

En la sesión de 15 de setiembre de 1850 quedó planteada abiertamente la escisión. Eran seis miembros contra cuatro: Marx y Engels, y con ellos Bauer, Eccarius, Pfänder, todos de la vieja guardia, y entre los jóvenes Conrado Schramm, contra Willich, Schapper, Fränkel y Lehmann, de los cuales sólo tenía tradiciones Schapper, un protorrevolucionario, como le llamó Engels, de quien se adueñara la pasión revolucionaria después de haber contemplado de cerca durante todo un año los horrores de la contrarrevolución, y que acababa de desembarcar en Inglaterra.

En aquella sesión decisiva, Marx definió el conflicto en los términos siguientes: «La minoría suplanta la posición crítica por la dogmática, la materialista por la idealista. Para ella, el motor de la revolución no es la realidad, sino la voluntad. Allí donde nosotros decimos a la clase obrera: tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, no sólo para cambiar la realidad, sino para cambiaros a vosotros mismos, capacitándoos para el Poder, vosotros les decís: ¡O subimos inmediatamente al Poder o nos echamos a dormir! Allí donde nosotros hacemos ver, concretamente, a los obreros de Alemania el desarrollo insuficiente del proletariado alemán, vosotros les aduláis del modo más descarado, acariciando el sentimiento nacional y los prejuicios de casta de los artesanos alemanes, lo cual no negamos que os dará más popularidad. Hacéis con la palabra *proletariado* lo que los demócratas con la palabra *pueblo:* la convertís en un icono.» Estallaron discusiones violentísimas, y tan acalorados estaban los ánimos, que Schramm llegó a desafiar a Willich; el duelo—reprobado por Marx—se celebró en Amberes, saliendo levemente herido el primero de los dos. No hubo manera de restablecer la concordia.

La mayoría pretendió salvar la Liga, desplazando su dirección a Colonia; este distrito se encargaría de elegir una nueva directiva, y el distrito de Londres se dividiría en dos, independientes el uno del otro y relacionados ambos directamente con el Comité directivo. El distrito de Colonia aceptó el encargo y eligió una nueva junta directiva, pero la minoría negóse a reconocerla. El mayor contingente de sus partidarios se concentraba en el sector de Londres, y sobre todo en la Asociación alemana de cultura obrera, de la que Marx y sus allegados se salieron. Willich y Schapper fundaron una Liga aparte, que no tardó en degenerar en un juego de aventureros revolucionarios.

Marx y Engels fundamentaron su posición, más detenidamente que en la citada sesión de 15 de setiembre, en el cuaderno quinto y sexto de su Revista, número doble con que terminó su publicación en noviembre de 1850. Además del extenso estudio en que Engels analizaba desde puntos de vista histórico-materialistas la guerra campesina de 1525, este número publicaba un artículo de Eccarius sobre el ramo de sastrería en Londres, que Marx saludaba con estas palabras de alegría: «El proletariado, antes de arrancar su triunfo en las barricadas y en los frentes de batalla, anuncia el advenimiento de su régimen por una serie de victorias intelectuales». Eccarius, que trabajaba en uno de los talleres de sastrería de Londres, apuntaba a la derrota de la manufactura por la gran industria como a la obra del progreso histórico, a la par que reconocía en los frutos y creaciones de la gran industria las condiciones reales para la revolución proletaria, condiciones que la propia historia se encargaba de engendrar y que crecían incesantemente. En esta concepción netamente materialista, libre de todo sentimentalismo, y en este modo de enfocar la sociedad burguesa y su dinámica, Marx ensalzaba el gran progreso que suponía respecto a aquella crítica sentimental, moral y psicológica, que tanto habían ejercitado Weitling y otros obreros aficionados a escribir contra la realidad social. Era un fruto de su incansable trabajo, el más grato de cuantos podía apetecer.

Pero lo más importante que contenía este último número de la Revista era el resumen político-económico de los meses de mayo a octubre. En una extensa investigación, Marx y Engels ponían de manifiesto las causas económicas de la revolución y la contrarrevolución política, demostrando que, así como la primera había brotado de una aguda crisis económica, la segunda tenía su raíz en un nuevo incremento de la producción. Y llegaban a esta conclusión: «Mientras dure esta prosperidad general en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan con toda la opulencia que la sociedad burguesa permite, no puede hablarse de verdadera revolución. Las revoluciones de verdad sólo estallan en aquellos períodos en que chocan entre sí estos dos

factores: las fuerzas productivas modernas y el régimen burgués de producción. Las discordias en que están empeñados al presente los representantes de las diversas fracciones del orden, en el continente europeo, distan mucho de dar base a una nueva revolución; lejos de eso, existen por la misma estabilidad momentánea de la situación y por el carácter tan burgués que ésta tiene, aunque la reacción lo ignore. Contra ella se estrellarán todos los esfuerzos de la reacción por contener el proceso de la dinámica burguesa, como se estrellarán tamtién todas las explosiones de indignación moral y todas las proclamas apasionadas de los demócratas. La nueva revolución sólo podrá desencadenarse a la sombra de la nueva crisis. Y tan inevitable serán la una como la otra.»

A esta clara y convincente posición se contraponía, como remate, un resumen del llamamiento hecho por un Comité central europeo, firmado por Mazzini, Ledru-Rollin, Darasz y Ruge, en el que se condensaban todas las ilusiones de los emigrados pretendiendo explicar el fracaso de la revolución por los celos y egoísmos de sus caudillos y las opiniones personales encontradas de los diferentes conductores de pueblos y profesando, por último, su fe en la libertad, la igualdad, la fraternidad, la familia, el municipio, el Estado, la patria; en una palabra, en un régimen social que, teniendo al pueblo por base, culminase en Dios y en su ley.

Este resumen lleva fecha dé 1.º de noviembre de 1850. Con él terminaba la colaboración local de los dos autores, para reanudarse a la vuelta de veinte años: Engels se trasladaba a Manchester, para entrar de nuevo en las oficinas de la gran fábrica de hilados Ermen & Engels, mientras Marx permanecía en Londres, consagrado de lleno a sus trabajos científicos.

4. Vida de emigrados.

Aquellos días de noviembre señalan casi matemáticamente el tránsito de la primera a la segunda mitad de su vida, e interiormente representan también un viraje muy importante en la vida y en la obra de Marx. El mismo tenía la sensación viva de que era así, como la tenía también Engels, con percepción todavía más clara, tal vez.

«Cada vez se convence uno más—escribía a Marx en febrero de 1851—de que la emigración acaba por convertir fatalmente en mentecato, idiota y vil bellaco a todo el que no se retrae por completo de ese ambiente y se refugia en la posición del escritor independiente, sin andar preguntando por el que llaman partido revolucionario a diestra y siniestra.» Contestación de Marx: «A mí me agrada mucho este aisla-

miento público en que nos encontramos ahora tú y yo. Se ajusta totalmente a nuestra posición y a nuestros principios. Eso de andarse haciendo concesiones mutuas, de tener que aguantar por cortesía todas las mediocridades y de compartir ante el público con todos estos asnos el ridículo que echan sobre el partido, se ha acabado.» Y Engels, otra vez: «Por fin, volvemos a tener—por vez primera, desde hace mucho tiempo—ocasión de demostrar que nosotros no necesitamos de popularidad ni del apoyo de ningún partido de ningún país, y que nuestra posición está por entero al margen de todas esas miserias. En adelante, sólo seremos responsables de nosotros mismos... Por lo demás, en el fondo no tenemos grandes razones para lamentarnos de que esos *pétits grands hommes* nos huyan; pues ¿no nos hemos pasado tantos y tantos años aparentando que Fulano y Mengano eran de nuestro partido, cuando en realidad no teníamos partido alguno, y gentes a quienes tratábamos como si fuesen del nuestro, oficialmente al menos, ignoraban hasta los primeros rudimentos de nuestros trabajos?» Claro está que lo de «mentecatos» y «bellacos» no hay que tomarlo muy al pie de la letra; trátase de explosiones de pasión, y como tales deben considerarse; pero, lo que en ello hay de cierto es que Marx y Engels veían, y con razón, una determinación salvadora en el hecho de apartarse radicalmente de las estériles disputas de los emigrados para dedicarse, según la expresión de Engels, a investigar científicamente en una «cierta soledad», hasta que llegasen hombres y tiempos capaces de comprenderles.

Sin embargo, el apartamiento no fué tan rápido, tan nítido, ni tan profundo como podría parecer, vistas las cosas retrospectivamente. En las cartas cambiadas entre Marx y Engels durante los años que siguieron al retraimiento, siguen encontrando un eco harto sonoro las luchas intestinas entre los emigrados. Era una consecuencia inevitable de los incesantes rozamientos entre las dos fracciones en que se escindiera la Liga Comunista. Además, Marx y Engels no tenían, ni por asomo, la intención de apartarse totalmente de las luchas políticas, aunque no quisieran mezclarse en las discordias de los emigrados. No abandonaban su colaboración en los órganos cartistas ni pensaban tampoco, ni mucho menos, en resignarse a la desaparición de la «Nueva Revista del Rin».

Las negociaciones entabladas con el editor Schabelitz, de Basilea, que se mostraba dispuesto a tomar en sus manos la continuación del periódico, no dieron resultado alguno; Marx púsose al habla con Hermann Becker para la edición de sus obras completas y, más adelante, de una revista trimestral que habría de aparecer en Lieja; Becker había fijado su residencia en Colonia, donde, después de serle suprimida la *Westdeutsche Zeitung,* que dirigía, regentaba una pequeña

empresa editorial. La detención de Becker, en mayo de 1851, hizo fracasar estos planes, cuando ya se había iniciado con un cuaderno la publicación de los «escritos completos, editados por Hermann Becker», que habían de llenar dos volúmenes de veinticinco pliegos cada uno. Los que se suscribiesen a ellos antes del 15 de mayo, los recibirían en 10 cuadernos de a 8 silbergrosen; luego, cada tomo se vendería a razón de un táler y 15 silbergrosen. El primer cuaderno, único publicado, se agotó rápidamente, si bien la indicación que hace Weydemeyer de haberse colocado 15.000 ejemplares no es verosímil, pues en aquellos tiempos ya hubiera representado un éxito muy considerable la décima parte de esa cifra.

No dejaba de contribuir a estos planes editoriales la «imperiosa necesidad de un trabajo lucrativo» en que Marx se encontraba. Vivía estrechísimamente. En noviembre de 1849 le nació el cuarto hijo, un niño, al que pusieron por nombre Guido. Le criaba la propia madre, y he aquí lo que escribía: «El pobre angelito me ha bebido en la leche tantas penas y amarguras calladas, que no hace más que estar enfermo, presa de dolores los días y las noches. Desde que ha venido al mundo, no ha dormido bien una sola noche, dos o tres horas a lo sumo.» La pobre criatura murió al año de nacer.

La familia de Marx vióse brutalmente desahuciada de su primera casa de Chelsea porque, aunque habían pagado puntualmente las rentas a la señora que se la alquilara, ésta, arrendataria ella misma, estaba en descubierto con el casero. Tras muchos esfuerzos y penalidades, lograron acomodarse en un hotel alemán situado en la Leicester Street, Leicester Square, de donde no tardaron en trasladarse al número 28 de la Deanstreet, Soho Square. Durante una media docena de años encontraron aquí quietud y sosiego en un par de cuartitos.

Pero, con esto, no estaban conjurados, ni mucho menos, los agobios. Todo lo contrario; cada vez era más angustiosa su situación. A fines de octubre de 1850, Marx se dirigió a Weydemeyer, residente en Francfort, para que les sacase de la casa de empeños de aquella ciudad unos cuantos objetos de plata que tenía allí y se los vendiese; con excepción de un cubierto de niño, que pertenecía a la pequeña Jenny y que había que salvar a todo trance. «Mi situación actual es tan apurada, que no tengo más remedio que sacar dinero de donde sea, para poder seguir trabajando.» Era por los días en que Engels se trasladaba a Manchester para dedicarse al «aborrecido comercio», y seguramente que en esta determinación no dejaba de influir el deseo de poder ayudar a su amigo.

Por lo demás, ya se sabe que los amigos, cuando se necesitan, no abundan. «Lo que me duele verdaderamente hasta en lo más íntimo y me hace sangrar el corazón—escribía la mujer de Marx a Weydemeyer, en 1850—es tener que ver a mi marido pasar por tantos trances mez-

quinos, verle aquí solo, sin ayuda de nadie, a él, a quien con tan poco se le ayudaría y que a tantos ha ayudado generosa y alegremente. Y no crea usted, querido Weydemeyer, que exigimos nada de nadie para nosotros mismos. Lo único que mi marido exigiría seguramente de aquellos que tantas ideas, tantos ánimos y tanto apoyo tuvieron en él, sería un poco más de energía, de celo y de entusiasmo para la Revista. Tengo el orgullo y el atrevimiento de decirlo así. Para él, no necesita nada. Y creo que nadie hubiera salido perdiendo nada tampoco con ello. A mí, estas cosas me duelen, pero él piensa de otro modo. Jamás, ni en los momentos más terribles, pierde su seguridad en el porvenir, ni su buen humor siquiera, y para estar contento no necesita más que verme a mí un poco alegre y a los niños rodeando y haciendo caricias a su pobre madre.» Y así como ella se preocupaba de él cuando los amigos enmudecían, él velaba por ella cuando aquellos mismos amigos hablaban más de lo necesario.

Al propio Weydemeyer escribía Marx, en agosto de 1851: «Mi situación es, como puedes suponerte, bastante fastidiosa. Si esto dura mucho tiempo, acabará con mi mujer. Los desvelos constantes y toda esta mezquina y ruin campaña burguesa la traen abatida. A esto, viene a añadirse la infamia de mis enemigos que, incapaces para atacarme objetivamente, se vengan de su impotencia volcando sobre mí sus viles sospechas burguesas y las infamias más inconcebibles... Yo, por mí, me echaría a reír de todas esas basuras, naturalmente, que no me quitan el sueño ni interrumpen un instante mis trabajos, pero ya comprenderás que a mi mujer, que no está bien de salud, que pasa los días enteros sumida en todas estas ingratas miserias burguesas, con el sistema nervioso destrozado, no le sirve precisamente de alivio el que todos los días desfilen por aquí mentecatos a traer y llevar las apestosas emanaciones de las cloacas democráticas. Es increíble la indiscreción a que llega en esto cierta gente.» Hacía algunos meses (en marzo) que habían tenido una niña, Francisca: el parto, aunque feliz, había postrado a su mujer unos días en cama, «más por preocupaciones burguesas que por causas físicas»; no había un céntimo en toda la casa «y eso que, por lo visto, no hace uno más que explotar a los obreros y querer alzarse con la dictadura», escribía Marx a Engels, con tono de amargura.

Para él, encontraba refugio y consuelo inagotable en los trabajos científicos. Se pasaba los días, desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde, en la biblioteca del British Museum. Refiriéndose a los devaneos de Kinkel y Willich, escribía: «Esos simplones democráticos a quienes les viene la inspiración «de lo alto» no necesitan, naturalmente, imponerse semejantes esfuerzos. ¿Para qué van a torturarse, esos hombres afortunados, con el estudio de los materiales económicos e históricos? ¡Es todo tan sencillo!, como solía decirme aquel pobre dia-

blo de Willich. ¡Sí, es todo muy sencillo! En sus cabezas vacías. Ellos, ellos sí que son sencillos.» Marx confiaba en dar remate a su Crítica de la Economía política en espacio de pocas semanas, y se echó inmediatamente a buscar editor, sin que sus esfuerzos hiciesen más que acarrearle nuevas decepciones.

En mayo de 1851 se trasladó a Londres un amigo fiel, en quien Marx podía confiar y con el que se mantuvo en estrecho contacto durante varios años: Fernando Freiligrath. Pero a este acontecimiento feliz no tardó en seguir una mala noticia. El 10 de mayo fué detenido en Leipzig, durante un viaje de propaganda como enviado de la Liga Comunista el sastre Nothjung, y los papeles que llevaba encima delataron a la policía la existencia de la organización. Inmediatamente fueron detenidos en Colonia los miembros del Comité central; Freiligrath pudo escapar a duras penas de la misma suerte, sin sospechar siquiera el peligro que le amenazaba. A su llegada a Londres, no hubo fracción ni fraccioncilla entre los emigrados alemanes que no quisiera tener por suyo al famoso poeta, pero éste declaró que sólo estaba con Marx y con sus leales. Asimismo se negó a acudir a una Asamblea convocada para el 14 de julio y encaminada a vencer las diferencias existentes entre los emigrados. La tentativa fracasó, como habían fracasado todas las anteriores, y no sirvió más que para provocar nuevas discordias. El 20 de junio fundóse la «Liga de agitación», bajo el influjo espiritual de Ruge, y el 27 de junio el «club de la emigración», dirigido espiritualmente por Kinkel. Entre los dos organismos empezó a librarse desde el primer día un duelo encarnizado, principalmente en los periódicos de Norteamérica.

Marx vertía, naturalmente, sátiras mordaces sobre esta «guerra de ranas y de ratas», cuyos caudillos le repelían, al igual el uno que el otro, con sus procedimientos y todo su modo de pensar. En 1848, la «Nueva Gaceta del Rin» había comentado, con una especie de cariño artístico, los esfuerzos de Ruge por «redactar la razón de los sucesos», aunque tampoco faltaran en sus columnas algunas recias andanadas contra «Arnoldo Winkelried Ruge», el «pensador pomeranio», cuyas obras eran «el albañal» en que venían «a refluir toda la pringue fraseológica y todas las contradicciones de la democracia alemana». Pero, pese a todo su confusionismo político, Ruge era, desde luego, otra clase de hombre que Kinkel, quien, desde su evasión del presidio, no hacía más que darse aires de personaje en Londres, «tan pronto en las tabernas como en los salones», según la frase de Freiligrath. Para Marx, este personaje cobró cierto interés al asociarse con Willich para especular fantásticamente sobre una nueva revolución organizada a base de una sociedad por acciones. El 14 de setiembre de 1851 desembarcaba Kinkel en Nueva York, con el encargo de atraerse a los refugiados

prestigiosos como fiadores de un empréstito nacional alemán, «por la suma de dos millones de dólares para fomentar la revolución republicana inminente» y la formación de un fondo provisional de 20.000 tálers. Kossuth tuvo en un principio la genial idea de cruzar el Océano con aquel revolucionario mendicante. Pero, aun entregado modestamente a sus fuerzas, Kinkel llevó la campaña con todas las de la ley; tanto el maestro como el discípulo predicaban en unos Estados contra la esclavitud y en otros en pro de ella.

Mientras los otros perdían el tiempo en esas aventuras, Marx iba entablando relaciones serias y eficaces con el Nuevo Mundo. En medio de sus agobios, cada vez mayores —«es casi imposible seguir viviendo de este modo», le escribía a Engels el 31 de julio—, todavía le quedaba tiempo para pensar en editar, en unión con Guillermo Wolff, una correspondencia litografiada para los periódicos americanos; en este pensamiento se ocupaba cuando, pocos días después, recibió de la *New York Tribune,* el periódico más leído de Norteamérica, por medio de uno de sus redactores, Dana, a quien conocía de los tiempos de Colonia, la invitación a colaborar de un modo constante en sus columnas. Como no dominaba todavía el inglés lo bastante para escribir en ese idioma, Engels hubo de sustituirle en los comienzos, redactando una serie de artículos sobre la revolución y la contrarrevolución alemana. A poco de esto, Marx, por su parte, daba a la luz un trabajo alemán en el mercado norteamericano.

5. «El 18 Brumario».

José Weydemeyer, el viejo amigo de Bruselas, había pasado los años de la revolución luchando bravamente como redactor de un periódico democrático de Francfort. Pero el periódico había sido suprimido por la contrarrevolución, cada vez más insolente, y desde que la policía descubriera la Liga Comunista, entre cuyos afiliados más entusiastas se contaba él, Weydemeyer tenía a los sabuesos pisándole los talones.

Al principio, se ocultó «en una tranquila taberna de Sachsenhausen», dispuesto a esperar que pasase la tormenta y a emplear sus ocios en redactar una Economía política vulgarizada para el pueblo; pero la atmósfera, lejos de limpiarse, se iba recargando cada vez más, y, «a la larga, ni el diablo podía soportar aquello de andar escondido, rodando por los rincones». Como hombre casado y padre de dos criaturas, no le ofrecían grandes perspectivas para salir adelante Suiza ni Londres, razón por la cual se decidió a emigrar a Norteamérica.



Marx y Engels resistíanse a perder de vista al leal amigo. Era en vano que Marx se estrujase el cerebro, buscando el modo de colocarle como ingeniero, geómetra de los ferrocarriles o lo que fuese, «pues una vez allí, al otro lado del charco, ¿quién nos garantiza que no vas a perderte en el Far-West? No estamos tan sobrados de buenos elementos y de gentes capacitadas, para que vayamos a dejarte marchar tranquilamente». Sin embargo, si no podía ser de otro modo, también tenía sus ventajas el poseer un representante inteligente y capaz de la causa comunista en la metrópoli del Nuevo Mundo. «Una persona solvente como él es precisamente la que nos faltaba en Norteamérica, y, al fin y al cabo, Nueva York también está en el mundo, y Weydemeyer es hombre del que puede uno estar seguro de encontrarle siempre que se le necesite», escribía Engels. Aprobaron, pues, los planes del amigo y el 29 de setiembre Weydemeyer embarcaba en el Havre para tomar tierra en Nueva York, después de una travesía tormentosa de cerca de cuarenta días.

El 31 de octubre, Marx le había puesto ya una carta aconsejándole que se estableciese como editor, para publicar en tiradas aparte las mejores cosas de la «Nueva Gaceta del Rin» y de su Revista. Cuando Weydemeyer, después de maldecir en todos los tonos de aquel espíritu mercantilista que en ningún lado de la tierra imperaba con tan repugnante desnudez como en el Nuevo Mundo, le notificó que ya a comienzos de enero esperaba poder lanzar un semanario bajo el título de la Revolución y que le rogaba que le enviasen rápidamente trabajos. Marx, todo fuego y pasión, apresuróse a espolear todas las plumas comunistas, empezando por la de Engels, avisó a Freiligrath, del que Weydemeyer deseaba sobre todo una poesía, y comprometió también a Eccarius, a Weerth y a los dos hermanos Wolff. Censuró a Weydemeyer que en los prospectos anunciadores de su Revista no hubiese dado también el nombre de Guillermo Wolff: «Ninguno de nosotros posee un estilo tan popular como el suyo. Es un hombre extraordinariamente modesto; razón de más para evitar cuidadosamente toda apariencia de que se prescinde o se cree poder prescindir de su colaboración.» En cuanto a él, le anunciaba, además de un extenso estudio sobre una reciente obra de Proudhon, un trabajo acerca del «18 Brumario de Luis Bonaparte», comentando el golpe de Estado bonapartista de 2 de diciembre, que constituía por entonces el gran acontecimiento de la política europea y que había desencadenado una serie inacabable de publicaciones.

Entre ellas, había dos principalmente que se habían hecho famosas, valiendo a sus autores ingresos considerables; el propio Marx había de explicar más tarde las diferencias que separaban a estos comentarios del suyo, en los términos siguientes: «El *Napoleon le Pétit,* de Víctor

Hugo, se limita a lanzar unas cuantas invectivas crudas e ingeniosas contra el editor responsable del golpe de Estado. El hecho en sí es, para él, como un rayo que bajase del límpido cielo. No ve en él más que un acto despótico, obra del arbitrio individual de una persona. No advierte que, con esto, lo que hace es engrandecer a esa persona en vez de empequeñecerla, reconociéndole un poder personal de iniciativa que no tendría paralelo en la historia del mundo. Por su parte, el *Coup d'État* de Proudhon pretende explicar el golpe de Estado como producto de una evolución histórica que lo precede. Pero, sin saber cómo, resulta que la construcción histórica del golpe de Estado se convierte entre sus manos en una apología histórica del héroe de la jornada. Cae en el vicio de todos esos historiadores que se titulan objetivos. Yo demuestro, por el contrario, que la lucha de clases creó, en Francia, condiciones y circunstancias que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe.» Al publicarse, la obra de Marx pareció una pobre cenicienta, al lado de sus encumbradas hermanas, pero hoy éstas no son ya más que polvo y ceniza, mientras la de Marx resplandece con el verdor de lo perenne.

En este trabajo, en que destellan el espíritu y el ingenio, se aplica, con una maestría a que nadie hasta entonces había llegado, la concepción materialista de la historia para investigar hasta los más recónditos fondos de un suceso contemporáneo. La forma no desmerece en nada del contenido. Todo es maravilloso en este libro. Empezando por el parangón magnífico de las primeras páginas: «Las revoluciones burguesas, como lo fueron las del siglo XVIII, se precipitan velozmente de éxito en éxito, los efectos dramáticos se superan unos a otros, hombres y cosas parecen captados en brillantes de fuego, el éxtasis se convierte en un estado cotidiano de espíritu; pero todo lo que tienen de brillantes, lo tienen de fugaces, alcanzan en seguida su punto de apogeo y una larga modorra de embriaguez se apodera de la sociedad, antes de que pueda asimilarse con claridad de juicio los frutos de su período turbulento. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, critícanse constantemente a sí mismas, se detienen e interrumpen una y otra vez en su marcha, por propio impulso, vuelven sobre lo que parecía logrado, para acometerlo de nuevo, rechazan cruel y concienzudamente las medianías, las flaquezas y las lastimosas salvedades de sus primeros ensayos, parece que sólo abaten a su adversario para que éste, chupando nuevas fuerzas de la tierra, vuelva a alzarse gigantescamente frente a ellas, retroceden una vez y otra, constantemente, ante la inmensidad monstruosa e inaprehensible de su meta, hasta que llega la situación en que no hay que volverse atrás y en que las propias circunstancias se encargan de gritar: «Hic Rhodus, hic salta! ¡Aquí está la rosa, ahora a bailar!»» Y acabando con aquellas



palabras proféticas y contundentes del final: «Cuando por fin el manto imperial ciña los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la columna de Vendôme.»

¡Y en qué condiciones hubo de producirse esta obra admirable! El que Weydemeyer tuviera que «parar» su semanario por falta de recursos, a partir ya del primer número, no era lo peor. «La crisis de trabajo—escribía desde Norteamérica—que reina aquí desde el otoño, en proporciones jamás conocidas, opone grandes obstáculos a toda nueva empresa. A esto hay que añadir los diferentes procedimientos con los que se ha venido explotando a estos obreros de algún tiempo a esta parte: primero Kinkel, luego Kossuth, y la mayor parte de esta gente es lo bastante estúpida para entregar un dólar a sus enemigos antes que un céntimo a los defensores de sus intereses. El suelo americano ejerce una influencia corruptora sobre esta gente, y al mismo tiempo les da no sé qué arrogancia, haciéndoles mirar por encima del hombro a sus camaradas del Viejo Mundo.» Sin embargo, Weydemeyer aún no desesperaba del todo de poder resucitar su semanario como revista mensual; creía tener bastante con 200 miserables dólares para llevar a cabo la empresa.

Más grave era que Marx se sintiese enfermo, ya a raíz del 1.° de enero, pudiendo trabajar sólo a duras penas: «Hace muchos años que no me siento tan abatido, con este maldito padecimiento de los hemorroides, ni cuando caía sobre mí la lluvia de injurias francesas.» Pero lo que más le agobiaba era la «basura del dinero», que no le dejaba ni un instante de respiro: «Hace una semana—escribía el 27 de febrero—que me veo reducido a la agradable situación de no poder salir de casa por tener todas las chaquetas empeñadas, ni puedo tampoco probar un bocado de carne por falta de crédito.» Por fin, el 25 de marzo pudo enviar a Weydemeyer la última remesa de original, acompañada de una felicitación por el nacimiento de un pequeño revolucionario, que su amigo le anunciara: «¡Magnífico momento para venir al mundo! Cuando pueda irse en siete días de Londres a Calcuta, tú y yo estaremos ya decapitados o dando ortigas. ¡Y Australia, y California y el Océano Pacífico! Los nuevos ciudadanos del universo no acertarán a comprender cuán pequeño era nuestro mundo.» Las grandiosas perspectivas de la historia humana bastábanle a Marx para conservar la alegría y el equilibrio espiritual en medio de todas sus estrecheces personales.

Días tristes le aguardaban. En una carta fechada en 30 de marzo, Weydemeyer debió de hacerle comprender que no había ya esperanza de que su obra se publicase. Esta carta no se ha conservado, pero sí su eco, en otra, violentísima, de Guillermo Wolff, fechada el 16 de abril, el mismo día en que se enterró otro hijo de Marx, «rodeados de negrura por todas partes y abandonados del modo más horrible por casi

todos los amigos»; una carta llena de amargos reproches contra Weydemeyer, que tampoco vivía en un lecho de rosas y que hacía cuanto podía por su amigo.

Aquellas fueron unas Pascuas espantosas, para Marx y su familia. El hijo muerto era la niña que les naciera hacía un año; en el diario de su madre encontramos estas palabras conmovedoras: «En la Pascua de 1852 se nos enfermó la pobrecilla Francisca de una aguda bronquitis. Tres días estuvo luchando la pobre criatura entre la vida y la muerte. Sufrió mucho. Su cuerpecito inanimado yacía en el cuartito trasero; los demás nos pasamos todos juntos al de delante, y al caer la noche nos acostamos sobre el suelo. Allí estaban, con nosotros, los tres niños que aún nos vivían, y todos lloramos al angelito, cuyo cuerpo frío yacía allí al lado. Su muerte ocurrió por los días en que mayor era nuestra pobreza. Corrí a casa de un emigrado francés, que vivía cerca de nosotros y que nos visitara días antes. Me acogió con gran cariño y me dió dos libras esterlinas. Con ellas compramos la cajita en que mi pobre niña reposa en el cementerio. La pobrecilla se encontró sin cuna al nacer, y estuvo a punto de serle negado también el último refugio.» En este día negro llegó la carta de Weydemeyer, con su mensaje de desgracia. Marx estaba preocupadísimo por su mujer, que hacía dos años que veía fracasar todas sus empresas.

Sin embargo, en aquellas horas de infortunio, llevaba ya una semana navegando una nueva carta de Weydemeyer, fechada el 9 de abril y que comenzaba así: «Una ayuda inesperada ha venido a vencer, a la postre, las dificultades que se oponían a la impresión del folleto. Después de enviarte la última carta, me encontré con uno de nuestros obreros de Francfort, un sastre, inmigrado también este verano, que puso a mi disposición, inmediatamente, todos sus ahorros, unos cuarenta dólares.» Gracias a este obrero pudo ver la luz pública ya entonces, el «18 Brumario» .Weydemeyer no le nombra siquiera, ¿pero qué importa su nombre? Lo que guiaba a este obrero era la conciencia de clase del proletariado, que jamás se cansa de sacrificarse generosamente por su emancipación.

El «18 Brumario» formaba el primer cuaderno de la revista mensual «Revolución», dirigida por Weydemeyer; el segundo y último contenía dos poesías epistolares enviadas por Freiligrath a su director y en las que se fustigaban, con un magnífico humorismo, entre otras cosas, las peregrinaciones mendicantes de Kinkel por Norteamérica. Con esto dió fin la empresa; algunos trabajos entregados por Engels se extraviaron por el camino.

Weydemeyer hizo del «18 Brumario» una tirada de mil ejemplares, de los cuales una tercera parte pasó a Europa, pero sin ponerse a la venta en las librerías; estos ejemplares fueron distribuídos por amigos

del partido en Inglaterra y sobre todo en el Rin. No hubo ningún librero, ni aun los «radicales», bastante valiente para poner a la venta un libro tan «inoportuno», ni se encontró tampoco nadie que quisiera editar la traducción inglesa hecha por Pieper y retocada por Engels.

Una circunstancia vino a aumentar los apuros que pasaba Marx por encontrar editor: el proceso de los comunistas de Colonia, que siguió al golpe de Estado bonapartista.

6. El proceso de los comunistas de Colonia.

Desde las detenciones efectuadas en mayo de 1851, Marx había seguido con vivo interés el curso de la investigación, aunque, por el momento, apenas podía hacerse nada, pues la acción judicial se paralizaba a cada instante, por falta de «hechos objetivos para la acusación», como lo atestiguaba incluso el Ministerio fiscal del Tribunal de apelación de Colonia. A los once acusados no se les pudo probar sino que estaban afiliados a una sociedad secreta de propaganda, hecho que el Código penal no castigaba.

Pero era voluntad del rey que la «valiosa personalidad» de Stieber llevase adelante su «ensayo», brindando al público prusiano el espectáculo, tanto tiempo y con tanta justicia anhelado, de un complot descubierto y—sobre todo—reprimido, y Stieber era demasiado buen patriota para no plegarse a la voluntad de su señor y rey. Para comenzar dignamente, empezó por un robo con fractura, haciendo que uno de sus esbirros forzase la mesa del despacho de un tal Oswaldo Dietz, secretario en la Liga de Willich. Su certera intuición policiaca le decía que en los manejos irreflexivos e imprudentes de este grupo encontraría para el logro de su augusta misión posibilidades que el «partido de Marx» no le brindaba.

En efecto: valiéndose de algunos de los documentos robados y de todo género de espionajes, soplos y demás recursos policiacos, en que la policía bonapartista, en vísperas del golpe de Estado, le ayudó muy eficazmente, consiguió urdir una especie de «complot alemán-francés en París», que fué pretexto para que el jurado de París, en febrero de 1852, condenase a penas más o menos largas de prisión a unos cuantos desdichados obreros alemanes. Pero, por mucho que Stieber desplegó sus artes, no pudo conseguir establecer relación alguna entre esto y los acusados de Colonia; el «complot alemán-francés» no proyectaba sobre ellos ni la sombra de una prueba.

Por el contrario, lo que hacía era poner de relieve la enemiga existente entre el «partido de Marx» y «el partido de Willich-Schapper».

En la primavera y el verano de 1852, estas diferencias se agudizaron, tanto más cuanto que Willich seguía haciendo causa común con Kinkel, cuyo regreso de Norteamérica volvía a dar pábulo a las discordias, ya de suyo bastante grandes, que reinaban entre los emigrados. Los emisarios no habían conseguido reunir los 20 mil tálers, que se calcularan como fondo indispensable para el empréstito nacional revolucionario, sino solamente la mitad, y los emigrados democráticos no sólo se quebraban las cabezas, sino que incluso llegaban a estrellárselas materialmente, discutiendo a qué habían de destinarse esos fondos. Por último, se dispuso depositar las mil libras esterlinas—el resto se había ido en gastos de viaje y otras atenciones—en el Banco de Westminster, para las necesidades más apremiantes del primer Gobierno provisional que se instituyese. No pudo dárseles tal empleo, pero, por lo menos, todo aquel embrollo condujo, corriendo el tiempo, a un resultado bastante satisfactorio: quince años más tarde, los famosos fondos habían de ayudar a la prensa de la socialdemocracia alemana a vencer no pocas dificultades, en sus comienzos.

No se habían acallado todavía los clamores en torno a este tesoro de los Nibelungos, cuando Marx y Engels retrataron a los héroes de los dos bandos de unos cuantos plumazos, que desgraciadamente no han pasado a la posteridad. El motivo ocasional de esto fué un coronel húngaro llamado Banya, que se les presentó con una patente extendida de su puño y letra por Kossuth, en la que se le acreditaba como presidente de policía de los emigrados húngaros. En realidad, el tal Banya era un espía cosmopolita, y pronto había de desenmacarar su condición, entregando al gobierno prusiano el trabajo que Marx le confiara para un librero de Berlín. Marx le puso inmediatamente en evidencia por medio de una denuncia firmada por él y publicada en la «Gaceta criminal de Nueva York», pero el trabajo se perdió sin que, hasta la fecha, haya podido recuperarse. Si el gobierno prusiano pensaba, al apoderarse de él, encontrar allí datos comprometedores para el proceso de Colonia, perdió el tiempo.

En sus esfuerzos desesperados por encontrar pruebas contra los reos, había ido dilatando la vista pública del proceso de un término en otro, con lo cual no hacía más que aumentar la expectación del distinguido público, hasta que, por fin, en octubre de 1852, no tuvo más remedio que levantar el telón y dar comienzo al espectáculo. Como, a pesar de todos los perjurios convulsivos de la canalla policiaca, no había manera de probar que los acusados tuviesen nada que ver con «el complot alemán-francés», es decir, con un complot fraguado por los esbirros de la policía durante su prisión preventiva, en el seno de una organización con la que vivían en abierta hostilidad, Stieber se decidió a dar un golpe sensacional, exhibiendo el «libro original de actas del

partido de Marx»; es decir, el libro de actas de las sesiones en que Marx y sus correligionarios habían discutido aquellos planes infames para sacar de quicio el mundo entero. El tal libro de actas era una vil falsificación amañada en Londres por los esbirros Carlos Fleury y Guillermo Hirsch, bajo la dirección del teniente de policía Greif. No era necesario entrar en el análisis absurdo contenido, para comprender que se trataba de una falsificación: bastaba con fijarse en la forma y aspecto externo del documento; pero Stieber contaba con la estupidez burguesa de los jurados, cuidadosamente escogidos, y con la severa fiscalización del correo, para cortar todo posible esclarecimiento desde Londres.

Sin embargo, este indecente plan fracasó por la energía y la agudeza con que Marx supo hacerle frente, a pesar de no hallarse preparado, como no lo estaba, para una campaña agotadora, que había de durar varias semanas. El 8 de setiembre escribía a Engels: «Tengo a mi mujer enferma, a Jennita enferma, a Lenita con una especie de fiebre nerviosa. Al médico no podía ni puedo llamarle, pues no tengo dinero para medicinas. Hace ocho o diez días que vengo alimentando a mi familia con pan y patatas, y vamos a ver cuánto dura... He tenido que suspender los artículos para Dana, por no tener la perra gorda para comprar periódicos... Lo mejor que podría ocurrirme sería que la señora de la casa me lanzase a la calle. Por lo menos, de este modo me vería exento de una partida de veintidós libras. Pero, no hay que esperar de ella tanta complacencia. Pon encima el panadero, el lechero, el tío del te, el de las hortalizas, la vieja deuda con el carnicero. No sé cómo voy a salir de este atranco. En estos ocho o diez días últimos, no he tenido más remedio que pedir prestados unos cuantos chelines y peniques a obreros; es lo que más odio, pero he tenido que hacerlo para no perecer.» Así era de desesperada su situación por aquellos días, en que hubo de hacer frente a adversarios poderosísimos; pero luchando se olvidaba, como su mujer, de todas las angustias domésticas.

Aún era dudoso el triunfo, cuando la mujer de Marx escribía a un amigo norteamericano: «Todas las pruebas de la falsificación hubieron de aportarse desde aquí, con lo cual mi marido se pasaba trabajando los días y las noches. Luego, había que copiarlo todo hasta seis y ocho veces, enviando las copias a Alemania por los más diversos conductos, por Francfort, París, etc., pues todas las cartas dirigidas a mi marido y las enviadas por él a Colonia eran intervenidas y secuestradas. En realidad, toda la lucha gira entre la policía y mi marido, a quien se le quiere achacar todo, hasta la dirección del proceso. Perdone usted que le escriba de un modo tan confuso, pero también yo he tenido que trabajar en este negocio, y los dedos me arden de tanto copiar. A eso se debe el barullo de esta carta. En este momento llegan, mandados por

Weerth y Engels, paquetes enteros de direcciones de comerciantes y de cartas comerciales imaginarias, para poder expedir más seguros los documentos. Nuestra casa está convertida en una gran oficina. Dos o tres personas escriben, otras andan de acá para allá, otras se ocupan en afilar los lápices para que los copistas puedan seguir escribiendo y aportando las pruebas de este escándalo inaudito en que se halla complicado todo el mundo oficial. De vez en cuando, se oye cantar y silbar a mis tres pobres niños, y su señor papá los llama al orden con palabras severas. ¡Crea usted que es una hermosura!»

Marx salió vencedor de esta lucha; la falsificación de Stieber pudo probarse a tiempo, y el Ministerio fiscal no tuvo más remedio que renunciar al «desdichado libro de actas» como medio probatorio. Pero el triunfo fué fatal para una buena parte de los acusados. Aquellas cinco semanas de debates pusieron al desnudo un cúmulo tal de infamias policiacas, alentadas por las autoridades superiores del Estado prusiano, que la absolución de todos los acusados hubiera marcado ante el mundo con un hierro candente a ese gobierno. Para que esto no aconteciese, los jurados prefieren violentar su honor, condenando por tentativa de alta traición a siete de los once procesados: al tabaquero Röser, al escritor Bürgers, y al oficial sastre Nothjung a seis años, al obrero Reiss, al químico Otto, y al abogado Becker a cinco años, y finalmente a Lessner, del gremio de sastres, a tres años de presidio. Fueron absueltos el dependiente Ehrhardt y los médicos Daniels, Jacoby y Klein. Pero uno de estos cuatro, con salir absuelto, encontró el castigo más duro de todos: Daniel murió pocos años después de la tuberculosis que cogiera en la celda, durante el año y medio de prisión preventiva; Marx, a quien la viuda transmitió, en una carta conmovedora, el último saludo de su marido, experimentó un gran disgusto por aquella muerte.

Las demás víctimas de este vergonzoso proceso le sobrevivieron muchos años, y algunos volvieron a encontrar acomodo en el mundo burgués, como Bürgers, que llegó hasta diputado progresista del Reichstag, y Becker, alcalde de Colonia y diputado prusiano años más tarde, y elemento muy bien considerado en palacio y en el gobierno por sus elevados sentimientos patrióticos. Mas no todos desertaron de sus banderas; Nothjung y Röser, fieles a la causa, militaron todavía en el movimiento obrero moderno, en sus primeros tiempos, y Lessner sobrevivió bastantes años a Marx y Engels, entre cuyos camaradas más leales del destierro se contaba.

Después del proceso de Colonia, disolvióse la Liga Comunista, y tras ella, poco después, el grupo de Willich-Schapper. Willich emigró a Norteamérica, donde había de conquistar merecida fama como general de los Estados del Norte en la guerra de la secesión, y Schapper retornó arrepentido junto a sus antiguos camaradas.



Entretanto, Marx se disponía a fustigar ante el mundo aquel sistema que había triunfado de un modo tan poco airoso ante el jurado de Colonia. Para ello, puso por escrito las revelaciones del célebre proceso contra los comunistas, que se proponía publicar en Suiza y, a ser posible, en Norteamérica. El 7 de diciembre escribía a sus amigos norteamericanos: «Os hará cierta gracia el folleto sabiendo que su autor, al escribirlo, estaba poco menos que recluído en su propia casa por falta de zapatos y de prendas de vestir; amenazado, además, como lo está todavía, de ver estallar la miseria más espantosa sobre su familia. El proceso acabó de acorralarme, pues me obligó a dedicar cinco semanas enteras a trabajar por el partido contra las maquinaciones del gobierno, abandonando todo otro trabajo lucrativo. Además, espantó a los libreros alemanes con quienes yo esperaba cerrar trato para obtener algún dinero.» Pero el 11 de diciembre, Schabelitz, hijo, que se había hecho cargo de la editorial, escribíale a Marx desde Basilea, dándole cuenta de que estaba ya leyendo las primeras galeradas. «Tengo la convicción de que el folleto producirá una sensación enorme, pues es una obra maestra.» Schabelitz tenía proyectado tirar dos mil ejemplares y venderlos a 10 silbergrosen, dando por supuesto que, por lo menos, le secuestrarían una parte de la edición.

Desgraciadamente, se la secuestraron toda, al pretender pasarla desde un pueblecillo de la frontera de Baden, en que estuvo seis semanas enteras almacenada, al interior de Alemania. El 10 de marzo, Marx comunicaba a Engels la mala noticia, con estas amargas palabras de comentario: «¡Y todavía quieren que no pierda uno las ganas de escribir, en estas condiciones! ¿Va uno a pasarse la vida entera trabajando *pour le roi de Prusse?*» No pudo saberse cómo había ocurrido la cosa; los recelos que Marx abrigara en un principio contra el editor no tardaron en disiparse. Schabelitz le comunicó que se disponía a distribuir en Suiza 500 ejemplares que había retenido, aunque no parece haber llevado a la práctica la idea; además, el asunto dejó en Marx un amargo resabio cuando, tres meses más tarde, el socio del editor, Amberger, se descolgó pasándole una cuenta de 424 francos por los gastos de impresión.

Lo que no pudo conseguirse en Suiza se consiguió en Norteamérica, aunque claro está que aquí la publicación de las revelaciones no inquietaba tanto al gobierno prusiano. Aparecieron en las columnas de la «New England-Gaceta» de Boston, y Engels mandó hacer a su costa 440 tiradas aparte, para difundirlas con ayuda de Lassalle por la provincia del Rin. La mujer de Marx sostuvo con este motivo una correspondencia con Lassalle, el cual desplegó bastante entusiasmo, aunque por las cartas cruzadas no hay manera de comprobar si se alcanzó o no el fin perseguido.

La publicación encontró vivo eco en la prensa germano-americana, movilizada contra Marx por Willich, lo cual obligó a aquél a escribir un nuevo folleto polémico contra el atacante, publicado a fines de 1853 con este título: «El caballero de la noble conciencia». No vale la pena arrancar este escrito polémico del pasado en que yace. Como suele ocurrir en estos casos, ambas partes pecaron lo suyo, y Marx, triunfante en el empeño, no tuvo inconveniente en renunciar a su victoria. Ya en 1860 decía, hablando de los primeros años de la emigración, que su defensa más brillante no había sido otra cosa que una transacción entre su historia y la historia contemporánea de los gobiernos y de la sociedad burguesa; y que, exceptuadas unas cuantas personas, sólo podían reprochársele sus ilusiones, más o menos justificadas por las circunstancias, y sus tonterías, producto necesario de la extraordinaria situación en que de repente y sin esperarlo se había visto colocada.

Al preparar, en 1875, la segunda edición de sus revelaciones, Marx vaciló un instante acerca de si debía o no suprimir el capítulo dedicado a la fracción Willich-Schapper. Por fin, lo dejó estar, por parecerle que toda mutilación del texto equivalía a la falsificación de un documento histórico. Pero le añadió estas líneas: «La represión violenta de una revolución deja en las cabezas de sus actores, sobre todo de los lanzados por ella al destierro desde su escenario natal, una conmoción que turba, durante un período más o menos largo, el conocimiento, aun de los más capaces. No aciertan a encontrar el rumbo de la historia, no se resignan a ver que la forma del movimiento ha cambiado. Y así, se embarcan en aventuras conspirativas y en jugarretas pseudorrevolucionarias, igualmente comprometedoras para sí mismos y para la causa a que sirven; así se explican los errores de Schapper y Willich. Este ha demostrado en la guerra de secesión que era algo más que un fantaseador, y Schapper, campeón del movimiento obrero toda su vida, reconoció y confesó, a raíz de fallarse el proceso de Colonia, su momentáneo extravío. Muchos años después, en su lecho de muerte, un día antes de morir, hablaba con mordaz ironía de aquellos «tiempos atolondrados de la emigración». Por otra parte, las circunstancias en que estas revelaciones fueron escritas explican la dureza de ciertos ataques contra los que, sin darse cuenta de ello, estaban sirviendo al enemigo común. «En momentos de crisis, el perder la cabeza equivale a delinquir contra el partido, y este delito reclama pública expiación». Magníficas palabras, sobre todo en tiempos en que la preocupación del «buen tono» campea sobre el respeto a la claridad de los principios.

Reñida una batalla y ganada una victoria, Marx no era hombre de rencores mezquinos. En 1860, recogiendo algunas crudas alusiones de Freiligrath a los «elementos equívocos y repudiables» que se habían insinuado en la Liga, concedía más de lo que necesitaba conceder,

cuando replicaba de este modo: «Las tormentas levantan siempre basura, las épocas revolucionarias no huelen nunca a agua de rosas, y nadie puede librarse en ellas de verse salpicado de lodo; es natural. No hay escape.» Pero, en seguida, añadía, con harta razón: «Por lo demás, si se tienen en cuenta los esfuerzos sobrehumanos desplegados contra nosotros por todo el mundo oficial, y que, para aniquilarnos, vuelca sobre nosotros todo el Código penal, si paramos mientes en todas las injurias que sobre nosotros vierte el hocico de esa «democracia de la estupidez» que no podrá nunca perdonar a nuestro partido el tener más inteligencia y más carácter que ella, si nos detenemos a estudiar la historia contemporánea de todos los demás partidos y, por último, nos preguntamos qué es lo que, en realidad, se puede aducir contra el nuestro, llegaremos a la conclusión de que, en todo el siglo XIX, no hay ningún otro que se caracterice por su pureza.»

Disuelta la Liga Comunista, se rompieron los últimos lazos que unían a Marx a la vida pública de su país. A partir de ahora, el destierro, «la patria de los buenos», convertíase en su segunda patria.

CAPITULO VIII

ENGELS - MARX

1. Genio y sociedad.

Decimos que Marx encontró en Inglaterra su segunda patria; pero conviene no tomar demasiado al pie de la letra este concepto. Es cierto que mientras pisó territorio inglés, nadie le molestó en su obra de agitación revolucionaria, que en último término tampoco se dirigía contra Inglaterra. El gobierno de aquel «pueblo avaro y envidioso de mercaderes» poseía una dosis mayor de propia estimación y de conciencia de sí mismo que los gobiernos del continente; éstos, acusados por la voz de su conciencia, no sabían más que lanzar la policía, armada de picos y lanzas, en persecución de sus adversarios, aun cuando no se saliesen del terreno de la discusión y la propaganda.

Mas en otro sentido harto más profundo, Marx no podía tener allí una segunda patria, cuando con mirada genial había penetrado en la verdadera entraña de la sociedad burguesa. La suerte del genio en el seno de esta sociedad es un capítulo de por sí, un largo capítulo, acerca del cual corren las opiniones más dispares, desde la inocente confianza en Dios del filisteo, para quien el genio acaba siempre triunfando, hasta aquellas palabras melancólicas de Fausto:

¡Ay del que muerde el fruto de verdad
y, necio insigne, no acierta a callarse
sino que va ante el pueblo a confesarse:
acaba siempre en la hoguera o en la cruz!

El método histórico desarrollado por Marx nos permite ahondar bastante en la trabazón de las cosas ante este problema. El filisteo profetiza a todo genio el triunfo, más tarde o más temprano, precisamente por ser un filisteo, y si hay genios que no acaban en la cruz ni en la hoguera, es porque a la postre se resignan a no ser tampoco más que eso: filisteos. Jamás la sociedad burguesa se habría avenido a reconocer como prestigios a un Goethe o a un Hegel si no hubiesen vestido casaca.

La sociedad burguesa, que en este respecto no es más que la forma más representativa de una sociedad de clase, tendrá todos los méritos



que se quieran, pero nadie podrá afirmar que haya sido nunca una patria hospitalaria para el genio. Ni podría serlo aunque quisiera, pues precisamente en eso reside el rasgo intrínseco y característico del genio, en sacar a plaza el impulso creador de una fuerza humana original contra los hábitos y las tradiciones, asaltando las barreras de que tiene que rodearse toda sociedad de clase para poder vivir. Aquel solitario cementerio de la isla de Sylt que da albergue a los cadáveres anónimos arrojados por el mar en sus playas, ostenta esta inscripción piadosa: «La cruz del Gólgota es la patria de los expatriados». He ahí, retratada de un modo inconsciente, pero no por ello menos certero, la suerte del genio en nuestra sociedad: expatriado de ella, sólo encuentra una patria al pie de la cruz del Gólgota.

A menos que se concilie de una u otra manera con la sociedad de clase en que vive. Puesto al servicio de la sociedad burguesa para derribar la feudal, pareció conquistar un inmenso poder; pero este poder, que no lo era más que de apariencia, se desmoronó en cuanto quiso erigirse en autárquico, y el esplendor terminó en el peñón de Santa Elena. Otras veces, el genio va a guarecerse en la casaca del buen burgués y, debajo de ella, llega a ministro del gran duque de Sajonia en Weimar o a profesor del rey de Prusia en Berlín. Pero ¡ay del genio que se enfrenta, independiente e inasequible, con la sociedad burguesa, que sabe leer en su trabazón interna la inminencia de su ruina y forja las armas que han de asestarle el golpe de muerte! Para este genio, la sociedad burguesa no guarda más que suplicios y tormentos, menos imponentes acaso en su aspecto exterior, pero interiormente mucho más crueles que la cruz del martirio de la sociedad antigua y las hogueras de la Edad Media.

Entre los hombres geniales del siglo XIX ninguno sufrió tan terriblemente bajo este destino como Carlos Marx, el más genial de todos. Desde los primeros años de su labor pública, hubo de luchar a brazo partido con la miseria diaria, y en Londres le recibió el destierro con todo linaje de calamidades, pero lo que podemos llamar su suerte verdaderamente prometeica comenzaba ahora, cuando tras largos y agotadores esfuerzos por imponerse, en la plenitud de sus fuerzas viriles, hubo de pasarse años y décadas enteras acorralado día tras día por la privación más espantosa, por la degradante angustia del pan cotidiano. Y murió sin haber conseguido asegurarse una posición, por modesta que fuese, en el seno de la sociedad burguesa.

Y no es que llevase, ni mucho menos, una de esas vidas que el filisteo, en el sentido vulgar y orgiástico de la palabra, llama «genial». A su gigantesco vigor sólo igualaba su aplicación gigantesca. El exceso de trabajo que colmaba sus días y sus noches comenzó a minar muy pronto su salud de hierro. Decía que la imposibilidad de trabajar era

la sentencia de muerte para quien no fuese una bestia, y en sus labios estas palabras eran una amarga realidad. Una vez, enfermo de cuidado durante varias semanas, escribía a Engels: «En estos días, totalmente incapacitado para trabajar, he leído las siguientes obras: Fisiología de Carpenter, ídem de Lord, Histología de Kölliker, Anatomía del cerebro y del sistema nervioso, de Spurzheim, y la obra de Schwann y Schleiden sobre la grasa celular.» Y con todo este afán insaciable y acuciante de saber, Marx mantuvo siempre lo que había dicho de joven: que el escritor no podía trabajar para ganar, aunque se viera forzado a ganar para trabajar; jamás negó «la imperiosa necesidad de tener un trabajo lucrativo», que él sentía bien de cerca.

Pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la ira o el odio, en el mejor de los casos contra el miedo, de un mundo hostil. Editores alemanes que se pagaban de su independencia, retrocedían asustados ante el nombre del desacreditado demagogo. No había partido alemán que no contribuyese a difamarle, y si los trazos puros de su figura acertaban a destacarse entre aquella niebla artificial, la perfidia del silencio sistemático les hacía un vacío infame. Nunca el más grande pensador de una nación se le ocultó durante tanto tiempo y tan celosamente a los ojos de ésta como en el caso de Marx.

La única relación que le daba, en Londres, un poco de terreno firme en que poder pisar, era la que mantenía con la *New York Tribune* y que sostuvo durante más de diez años, a partir del de 1851. Con sus 200.000 suscritores, la *Tribune* era por entonces el periódico más leído y más rico de Norteamérica, que además se había destacado un poco del plano puramente crematístico de las empresas capitalistas con su campaña de agitación en pro del fourierismo. Las condiciones concedidas a Marx para su colaboración no eran, de por sí, desfavorables; se le encargaban dos artículos a la semana, señalándole por cada uno la cantidad de dos libras esterlinas. Esto hubiera sumado una renta anual de unos 4.000 marcos, con los cuales habría podido sostenerse, aun en Londres, sin excederse mucho por supuesto. Freiligrath, que se jactaba en broma de comer «el bistec del destierro», no sacaba mayores ingresos de su actividad industrial.

No se trataba, naturalmente, ni por asomos, de juzgar si los honorarios asignados a Marx por el periódico correspondían al valor literario y científico de sus colaboraciones. Una empresa periodística capitalista se atiene a los precios del mercado, cosa perfectamente lícita en la sociedad burguesa. Marx no exigía tampoco más, pero lo que sí podía exigir, aun de la sociedad burguesa, era que se le respetase el contrato de trabajo celebrado con él, y acaso también que se estimase un poco su labor. El comportamiento del periódico y de su director dejaba mucho que desear, en este respecto. Dana, que teóricamente se decía

fourierista, era, en la práctica, un yanqui acartonado; su socialismo se reducía, según hubo de decir Engels en un momento de cólera, a las bravatas y jactancias de un pequeñoburgués. Y aunque sabía perfectamente el colaborador que tenía en Marx, envaneciéndose no poco de él ante sus suscritores y plagiando muchas veces como obra suya, en notas de redacción, las cartas que aquél le dirigía, con lo que provocaba de vez en cuando la indignación legítima de su autor, no omitía ninguna de las desconsideraciones a que el explotador capitalista se cree autorizado con el trabajador a quien explota.

No sólo le ponía a medio sueldo cuando los negocios marchaban mal, sino que se negaba en redondo a pagarle los artículos no publicados, reservándose el derecho, que usaba largamente, de echar al cesto de los papeles cuanto no le placía. A veces, pasaban tres y hasta seis semanas enteras sin que ninguno de los trabajos enviados por Marx viera la luz. No se portaban tampoco mejor los dos o tres periódicos alemanes en que logró transitoria acogida, como la *Wiener Presse*. Con razón podía decir que sus trabajos periodísticos le rendían menos de lo que ganaba cualquier cajista de imprenta.

En 1853 anhelaba ya por un par de meses de soledad y recogimiento para poder trabajar científicamente: «Me parece que no voy a conseguirlo nunca. Ya estoy cansado de tanto emborronar periódicos. Me roba la mar de tiempo, me dispersa y no sirve de nada. Sí, todo lo inpendiente que se quiera, pero está uno sujeto al periódico y a su público, sobre todo cuando se cobran los trabajos al contado, como yo. La labor científica es algo completamente distinto a esto.» Otro era ya el tono de sus palabras, después de trabajar unos cuantos años bajo el suave cetro del director de la *Tribune:* «Es en verdad repugnante verse condenado a tener que considerar como una suerte el que le admitan a uno a trabajar en un papel secante de estos. Machacar huesos, molerlos y hacerlos sopa, como hacen los pobres en la *Workhouse:* a eso se reduce toda la labor política a que está uno condenado en tales empresas.» Marx compartió toda su vida la suerte del proletario moderno, no sólo por la penuria con que siempre vivió, sino también, y sobre todo, por la inseguridad y la zozobra de su existencia.

Cosas que antes sólo sabíamos de un modo vago, las conocemos hoy en detalle, con un detalle que emociona, por sus cartas a Engels; por ellas sabemos que una vez se vió recluído en casa por no tener zapatos que calzar ni chaqueta que vestir, que otra vez se pasó una temporada sin disponer de los céntimos necesarios para comprar papel de escribir y periódicos, que en otra ocasión tuvo que echarse a la caza de unos sellos de correos para poder enviar un original al editor. Añádanse las eternas disputas con los tenderos y revendedores que le suministraban lo estrictamente indispensable para vivir y a quienes no podía pagar.

Y no hablemos del casero, amenazándole a todas horas con embargarle los muebles. Y como último y constante refugio la casa de empeños, cuyos intereses usurarios venían, encima, a devorar los últimos recursos, aquellos que hubieran podido ahuyentar de los umbrales de su casa el fantasma negro de la miseria.

Pero la miseria no se detenía en el umbral, sino que se arrellanaba a su mesa. Habituada desde su infancia a una vida fácil, su generosa mujer tambaleábase entre las estrecheces de aquella vida de agobios y maldeciría seguramente alguna que otra vez de su suerte. En las cartas de Marx no faltan vestigios de escenas domésticas, y hay un pasaje en que dice que la mayor necedad que puede cometer un hombre de aspiraciones generales es casarse, atándose de pies y manos a las pequeñas miserias de la casa y la familia. Pero, siempre que los lamentos de su mujer le ponían impaciente, la disculpaba y justificaba, afirmando que ella sufría mucho más que él de todas las humillaciones, calamidades y tormentos de su vida, no pudiendo tampoco refugiarse en el asilo de la ciencia, donde él encontraba apaciguamiento. El ver a sus hijos privados de muchas de las alegrías inocentes de la niñez les angustiaba por igual a ambos.

Esta triste suerte del genio remontábase a las alturas de lo trágico por el hecho de que Marx abrazaba voluntariamente esta vida de tormento, sobreponiéndose a todas las tentaciones para arribar al puerto de salvación de una profesión burguesa, que hubiera podido desempeñar muy honrosamente. Por qué no lo hizo, nos lo dice él mismo con palabras sencillas y sobrias, sin asomo de afectación: «Yo necesito navegar hacia mi meta derechamente, y no puedo consentir que la sociedad burguesa me convierta en una máquina de hacer dinero.» Las cuñas de Efesto no clavaron a este Prometeo a la roca, sino a una voluntad de hierro, encaminada siempre a los fines más altos de la humanidad, con la seguridad inexorable de una aguja magnética. Todo él está hecho de acero flexible. Y es maravilloso ver cómo, en la misma carta en que acaba de hablarnos de la miseria que le oprime, se alza con asombrosa elasticidad para afrontar los problemas más difíciles, con la tranquilidad de espíritu del sabio a quien ni el más leve cuidado material pone un surco en la frente pensadora.

Mas esto no quiere decir que no sintiese los golpes que la sociedad burguesa le asestaba. Sería necio estoicismo preguntar: ¿Qué significan penalidades como las que Marx hubo de sufrir, para el genio llamado a imponerse a la posteridad? Sin incurrir en la vanidad tonta de esos literatos que no están contentos si no ven todos los días su nombre en el periódico, es evidente que toda energía productiva y creadora necesita que se le respete la órbita precisa para su desarrollo, y que el eco que despierta le infunde nuevas fuerzas para nuevas creaciones.

Marx no era uno de esos charlatanes adoctrinadores y cargados de virtudes que tanto abundan en los dramas y en las novelas de mal gusto, sino un hombre afable y cordial, como lo era Lessing, y también él hubiera podido escribir aquellas palabras que desde su lecho de muerte dirigía el gran crítico del teatro a su más viejo amigo de la infancia: «Sabes bien que no he sido nunca hombre ansioso de fama. Pero la frialdad con que el mundo suele manifestarse ante ciertas gentes, dándoles a entender que no hacen nada a su gusto, es algo que mata, o por lo menos paraliza, cualquier energía.» Es la misma amargura que tiñe las palabras de Marx cuando exclama, en vísperas del quincuagésimo cumpleaños: ¡Medio siglo de trabajo, y siempre pobre! Otra vez exclamaba que prefería mil veces hundirse cien brazas por debajo de tierra a seguir vegetando de aquel modo. O bien se escapaba de su pecho el grito desesperado de que no quisiera ver ni a su peor enemigo patalear en el lodazal en que él estaba hundido desde hacía ocho semanas, rabioso, sobre todo, de que aquellas infamias le destrozasen la inteligencia y la capacidad de trabajo.

Pero no se crea que Marx fué nunca, a pesar de todo, un «perro horriblemente triste», como alguna vez, en tono de burla, dijo de sí mismo; seguramente que lleva más razón Engels al asegurar que en su amigo no tuvo nunca albergue la tristeza. Marx se complacía en llamarse un carácter duro, y esta dureza se hubo de ir acerando más y más sobre el yunque del infortunio. El cielo risueño que se tendía sobre sus trabajos juveniles fué cubriéndose poco a poco de negras nubes de tormenta, de las que salían sus ideas como rayo incendiario, y sus juicios acerca de enemigos y aun, alguna que otra vez, de amigos, cobraron con el tiempo una agudeza afilada y cortante, que no hería sólo a las almas débiles.

Marx no era, pues, como algunos piensan, un frío y seco demagogo; mas no van menos descaminados los que, teniendo alma celosa de sargento, pretenden hacer de este gran luchador un fantoche refulgente de parada.

2. Una alianza sin igual.

Sin embargo, Marx no debió el triunfo de su vida a sus solas fuerzas, por poderosas que éstas fuesen. En cuanto puede humanamente juzgarse, hubiera sucumbido más temprano o más tarde y de un modo u otro, a no encontrar en Engels el amigo de cuya lealtad y espíritu de sacrificio podemos hoy formarnos una idea completa por su correspondencia, ya publicada.

La imagen de esta amistad no tiene par en la historia. Nunca falta-

ron, ni faltan tampoco en la historia alemana, esos amigos célebres, tan identificados, que entre ellos no hay mío y tuyo, pero siempre queda en el fondo un residuo arisco de obstinación o de independencia, aunque no sea más que una secreta y recatada repugnancia a renunciar a esa personalidad que es, según las palabras del poeta, «la suprema dicha de los hijos de la tierra». Así, un Lutero no veía en Melanchthon, en resumidas cuentas, más que al erudito flaco de ánimo, y éste en aquél al rudo labrador, y no hace falta tener gran agudeza de percepción para penetrar, en las cartas cruzadas entre Goethe y Schiller, en la secreta disonancia que reinaba entre el gran consejero de la corte de Weimar y el modesto poeta. La amistad que unía a Marx y Engels estaba libre de este fondo de miseria humana; cuanto más se entretejían sus ideas y su obra, más resaltaba la personalidad propia de cada uno de ellos.

La diferencia de personalidades se acusaba ya en su aspecto exterior. Engels era un germano, rubio, esbelto, con modales ingleses, según lo atestigua un observador de la época; pulcramente vestido siempre, veíase en él la disciplina, no sólo del cuartel, sino de la oficina en que trabajaba: decía que con seis viajantes de comercio se comprometía él a organizar una rama de la Administración mil veces mejor y más eficazmente que con sesenta jefes de negociado, los cuales no sabían siquiera escribir legiblemente y le hacían a uno tomar odio, con sus embrollos, a todos los libros; con toda la respetabilidad propia de un bolsista de Manchester, hecho a los negocios y a las diversiones de la burguesía inglesa, a sus cacerías de zorros y a sus banquetes de Navidad, Engels era el obrero de la inteligencia y el luchador que en una casita situada en las afueras de la ciudad tenía albergado un amor, una muchacha irlandesa de pueblo, en cuyos brazos iba a descansar cuando se sentía ya demasiado fatigado de las intrigas y las luchas de los hombres.

Marx era el reverso de esta medalla: recio, fornido, con sus ojuelos chispeantes y su melena de león, negra como el ébano y clara muestra de su origen semita; tardo en sus movimientos; un buen padre de familia agobiado, al margen de toda la vida social y mundana, en aquel centro cosmopolita, entregado al incesante trabajo de la inteligencia, comiendo aprisa para volver a él, absorbido por él hasta altas horas de la noche; pensador incansable, para quien no había placer más alto que el pensamiento, auténtico heredero, en esto, de un Kant, de un Fichte y sobre todo de un Hegel, de quien gustaba de repetir una frase: «El pensamiento más criminal de un malvado es más sublime y más grandioso que todas las maravillas del cielo», si bien sus pensamientos acuciaban infatigablemente a la acción; poco práctico para las cosas pequeñas y genialmente práctico para las grandes; incapaz para llevar un

presupuesto doméstico, pero de una capacidad incomparable para levantar y conducir un ejército que había de hacer cambiar la faz del mundo.

Y si el estilo es el hombre, también como escritores mediaban entre ellos grandes diferencias. Los dos eran, cada cual a su modo, maestros del lenguaje y los dos también genios para las lenguas, pues ambos dominaban toda una serie de idiomas y hasta de dialectos extranjeros. Engels superaba en esto a Marx, pero cuando escribía en su lengua materna, aunque sólo fuesen cartas — y mucho más, naturalmente, cuando eran otras obras—se ceñía al idioma propio, libre de todos los pliegues y modismos extranjeros, aunque sin caer nunca en las ridículas exageraciones de los puristas. Escribía lisa y llanamente, y con tal diafanidad y tersura, que se puede leer hasta en el fondo en la movida corriente de su discurso.

Marx escribía más premiosamente y en un estilo más difícil. En las cartas de su juventud, semejantes en esto a las de Heine, se le ve todavía claramente debatiéndose con el lenguaje, y en las escritas en sus años maduros, sobre todo las de Inglaterra, hay una jerga de alemán, inglés y francés, todo revuelto. También en sus obras abundan los términos extranjeros más de lo que fuera menester, sin que falten tampoco en ellas anglicismos y galicismos, pero su dominio del alemán es tan grande, que no se le puede traducir sin que sufra gran detrimento. Engels, leyendo un capítulo de su amigo traducido al francés, en una versión cuidadosamente retocada por Marx, se lamentaba de que aquellas páginas habían perdido toda la fuerza, la savia y la vida. Goethe escribía a Frau v. Stein: «En materia de metáforas, no tengo nada que envidiar a los refranes de Sancho Panza»; la plasticidad del lenguaje de Marx podía competir con los grandes «metafóricos», Lessing, Goethe y Hegel. Marx hacía suya aquella frase de Lessing de que en una expresión perfecta el concepto y la imagen formaban un todo como hombre y mujer; la sabiduría universitaria, empezando por el viejo magister Guillermo Roscher y acabando por el privatdocente más joven de nuestros días, había de castigarle duramente por este talento, echándole en cara el no haberse sabido expresar más que de un modo vago, «a fuerza de imágenes». Marx no acostumbraba a apurar hasta el fin los problemas tratados, sino que gustaba de dejar al lector un margen fecundo para la reflexión; su discurso era como el juego de las olas sobre el fondo purpúreo del mar.

Engels reconoció siempre en Marx la superioridad del genio; a su lado, no quiere destacarse nunca en primer plano. Pero en realidad, jamás fué mero intérprete o auxiliar suyo, sino que fué siempre su colaborador autónomo, pues su talento, si bien no se confundía con el de Marx, no era inferior a él. El propio Marx había de confirmar,

pasados veinte años, en una carta dirigida a su amigo, que, en los orígenes de su amistad y en una materia de decisiva importancia, Engels había aportado más que recibido: «Te constan dos cosas, primero, que a mí me llega todo más tarde, y segundo, que no hago más que seguir tus huellas.» Engels, más rápido y expeditivo, se movía con más desenvoltura, y, si bien su mirada era lo suficientemente aguda y penetrante para tocar en seguida el punto decisivo de un problema o de una situación, no era, en cambio, lo bastante profunda para ponderar todo el pro y el contra que la decisión podía llevar aparejados. Claro está que esta falta es, en un hombre de acción, una gran ventaja, y Marx no adoptaba ninguna resolución política sin antes aconsejarse de Engels, quien solía dar en seguida en el clavo.

Era natural, dada esta correlación de fuerzas, que los consejos de Engels no fuesen tan fecundos en el terreno teórico como en materia política. Aquí solía llevar Marx la delantera y nunca prestó oídos a las sugestiones de Engels para que terminase cuanto antes su obra científica capital. «No sé cuándo te convencerás de que no tienes por qué ser tan concienzudo con tus cosas y de que está sobradamente bien para el público. Lo principal es que lo escribas y se publique; las faltas que tú le encuentres no han de echarlas de ver los asnos.» En este consejo se retratan de cuerpo entero los dos, Engels dándolo y Marx no siguiéndolo.

Por lo dicho se comprende que Engels estaba mejor equipado que Marx para la labor periodística cotidiana; era—dice un amigo común de ambos—«una verdadera enciclopedia, presto siempre a trabajar a cualquier hora del día o de la noche, bien comido y bebido o en ayunas, ligero de pluma y versado como el diablo». Parece ser que, después de fracasada en otoño de 1850 la «Nueva Revista del Rin», todavía planearon una publicación sostenida por ambos: al menos, hay una carta de Marx a Engels, fechada en diciembre de 1853 en que le dice esto: «Si tú y yo hubiésemos acometido a tiempo en Londres el negocio de la correspondencia inglesa, ni tú estarías ahora en Manchester, atormentado en la oficina, ni yo aquí, atormentado por las deudas.» Si Engels optó por el puesto mercantil en la empresa de su padre, anteponiéndolo a las perspectivas de aquel «negocio», fué seguramente teniendo en cuenta la situación desoladora en que se encontraba Marx y en espera de tiempos mejores, pero no porque fuese propósito suyo entregarse para toda la vida al «maldecido comercio». En la primavera de 1854, volvió a asaltarle la idea de retornar a Londres, para abrazar la carrera de escritor; fué la última vez en que se vió acometido por ella; a partir de entonces, tomó la firme resolución de echarse encima para siempre el odioso yugo, no sólo para poder ayudar al amigo, sino para que el partido no perdiese su primera inteligencia. De otro modo

ni Engels hubiera podido realizar el sacrificio, ni Marx aceptarlo; pues no se sabe qué requería más firmeza de juicio en él, si el brindarlo o el recibirlo.

Antes de verse elevado a copartícipe de la empresa, Engels, como simple empleado, no disfrutaba, ni mucho menos, de una situación próspera; pero desde el primer día en que se instaló a vivir en Manchester, no hizo más que ayudar al amigo incansablemente. Los billetes de una libra, de cinco, de diez, y luego de cien, pasaban de sus manos a Londres sin cesar. Y Engels no perdía nunca la paciencia, aunque Marx y su mujer, cuyo talento administrativo para el presupuesto doméstico no debía de ser muy grande, le hiciesen pasar por duras pruebas. Ocurrió una vez que Marx se olvidó de avisarle de una letra librada sobre él, encontrándose desagradablemente sorprendido el día de su vencimiento; en casos como éste, Engels no hacía más que menear la cabeza con amistoso reproche. Otra vez, una de tantas veces en que se procedió a sanear su presupuesto doméstico, la mujer de Marx, con muy buena fe pero equivocadamente, silenció una partida importante, con objeto de irla saldando de sus ingresos caseros, echando así, a pesar de toda su buena voluntad, los cimientos para nuevos agobios; Engels dejó al amigo la fruición, un poco farisárica, de indignarse contra la «necedad de las mujeres», a las que «no se las podía dejar de la mano», contentándose con esta advertencia bondadosa: procura que en lo sucesivo no vuelva a ocurrir.

Pero Engels no se limitaba a trabajar para su amigo durante el día, en la mesa del despacho y en la Bolsa, sino que le sacrificaba también, en buena parte, las horas vespertinas de descanso, hasta bien entrada la noche. Al principio, hacíalo para redactar o traducir las correspondencias inglesas para la *New York Tribune,* cuando todavía Marx no manejaba literariamente el inglés; pero aquella colaboración callada y modesta continuó aun después de desaparecer el motivo originario.

Y sin embargo, todo esto no es nada, comparado con el sacrificio más doloroso que hubo de realizar Engels, renunciando a la labor científica para la que le capacitaban sus magníficas dotes y su capacidad de trabajo poco común. Para tener idea de esto, hay que leer la correspondencia cruzada entre los dos, y fijarse, por ejemplo, aunque sólo fuese esto, en los estudios filológicos y de ciencia militar a que Engels se consagraba con predilección, llevado de una «inclinación antigua» y de las exigencias prácticas de la cruzada de emancipación del proletariado. Odiando como odiaba a los «autodidactas», y siendo sus métodos científicos de trabajo sólidos siempre y concienzudos, distaba mucho de ser, como distaba Marx, un simple erudito de biblioteca, y cada nuevo conocimiento adquirido érale doblemente precioso con tal de que pudiese ayudar en seguida a aliviar al proletariado de sus cadenas.

Se consagró al estudio de las lenguas eslavas, llevado de la «consideración» de que «por lo menos, uno de nosotros», habrá de prepararse para la acción próxima conociendo el idioma, la historia, la literatura y las instituciones sociales de las naciones con las cuales vamos a entrar inmediatamente en colisión. Los conflictos orientales le llevaron al estudio de las lenguas orientales; el arábigo le asustaba, con sus cuatro mil raíces, pero «el persa es, como lenguaje, juego de chicos»; esperaba darle remate en tres semanas. Luego, vinieron las lenguas germánicas: «estoy metido de lleno en el Ulfilas, y ya tengo ganas de acabar de una vez con ese maldito gótico, que hasta ahora he estudiado a salto de mata. Con gran asombro, veo que sé mucho más de lo que creía, y si consigo una ayuda, espero que en dos semanas lo despacharé. Luego, les llegará el turno a las viejas lenguas nórdica y sajona, en las que tampoco estoy muy fuerte. Hasta ahora, trabajo sin diccionario ni ayuda ninguna, nada más que con el texto gótico y el Grimm, al que encuentro magnífico.» Al plantearse, allá por la década del sesenta, la cuestión del Sleswig-Holstein, Engels se puso a estudiar «algo de filología y arqueología friso-inglesa-jutlandesa-escandinava», al reencenderse la cuestión irlandesa, «algo de celta e irlandés», etc. En el Consejo permanente de la Internacional, sus grandes conocimientos lingüísticos habían de prestarle servicios valiosos. «Engels tartamudea en veinte idiomas», comentábase, en aquellos momentos de excitación en que se le oía chasquear la lengua, en medio de sus discursos.

Sus diligentes y concienzudos estudios de ciencia guerrera le valieron el sobrenombre de «general». También aquí se aliaban la «antigua inclinación» y las necesidades prácticas de la política revolucionaria. Engels contaba con la «enorme importancia que la *partie militaire* habría de cobrar en el próximo movimiento». Los oficiales que se pasaran al campo del pueblo durante los años de la revolución no habían dado muy buenos resultados. «No hay quien desarraigue de este hatajo de soldados—escribía Engels—su repugnante espíritu de cuerpo. Se odian unos a otros mortalmente; la más pequeña distinción obtenida produce en los demás una envidia de chico de escuela, pero contra la «paisanería» son todos unos.» La ambición de Engels, en sus estudios militares, era poder alzar la voz en los debates teóricos sin quedar en descubierto.

Apenas instalarse en Manchester, se puso a «empollar cosas militares», empezando por «lo más simple y ordinario, lo que exigían en los exámenes de ingreso de las Academias y que, por tanto, había que suponer sabido de todos». Púsose a estudiar la organización toda de ejército, hasta en sus detalles técnicos más minuciosos: estadística elemental, sistema de fortificaciones, desde Vauban hasta el sistema moderno de los fuertes aislados, construcción de puentes y atrincheramientos de campaña, ciencia de las armas y construcción de cureñas

de campo; sistema sanitario de los lazaretos, etc.; finalmente, se consagró al estudio de la historia general de las guerras, aplicándose con especial cuidado a las obras del inglés Napier, del francés Jomini y del alemán Clausewitz.

Lejos de clamar contra la inmoralidad de las guerras, siguiendo las huellas superficiales del liberalismo, Engels se dedicó a estudiar la razón histórica de estos fenómenos, con lo cual provocó más de una vez la cólera declamatoria de la democracia. Y si años antes un Byron había derramado su cólera en ascuas sobre los dos caudillos que en la batalla de Waterloo asestaran el golpe de muerte al heredero de la revolución francesa como abanderados de la Europa feudal, quiso el azar, de un modo muy significativo, que Engels, en sus cartas a Marx, trazase de Blücher y de Wellington dos siluetas históricas rapidísimas, pero tan claras y certeras, que no necesitan de rectificación ni retoque, aun dentro del estado actual de la ciencia de la guerra.

Engels sentía asimismo predilección por las ciencias naturales, sin que tampoco en este terreno le fuese dado llevar a término sus investigaciones durante aquellos años en que hubo de entregarse a la actividad comercial para dejar paso franco a los trabajos científicos más importantes de su amigo.

Todo esto era una tragedia, pero Engels no se lamentaba de ella, pues estaba curado, como su amigo, de todo sentimentalismo. Consideró siempre como la mayor dicha de su vida el haber podido vivir cuarenta años al lado de Marx, aun a costa de que la figura gigantesca de éste le ensombreciese. Y cuando, al morir su amigo, se le hubo de reconocer, durante más de diez años, como la figura preeminente del movimiento obrero internacional, no vió en ello una legítima reparación, sino que creyó, por el contrario, que se le atribuía un mérito al que no era acreedor.

La amistad de estos dos hombres, entregados de lleno a la causa común, a la que ambos ofrendaban un sacrificio, si no igual, igualmente grande, sin asomo de jactancia ni de lamentación, constituye una alianza sin par en la historia de todos los tiempos.

CAPITULO IX

LA GUERRA DE CRIMEA Y LA CRISIS

1. Política europea.

Hacia fines de 1853, por los días en que Marx, mediante su pequeño panfleto contra Willich, daba por liquidada su campaña contra el «barullo democrático de la emigración y los pujos revolucionarios», abríase, con la guerra de Crimea, un nuevo período de la política europea, al que había de consagrar su atención vigilante durante los próximos años.

Sus opiniones acerca de la situación hállanse expuestas principalmente en los artículos de la *New York Tribune*. Por mucho que este periódico se esforzaba por rebajarle a la categoría de simple corresponsal, Marx podía afirmar con razón que «sólo se ocupaba excepcionalmente en escribir correspondencias periodísticas en sentido estricto». Manteníase fiel a sí mismo, como en todo, y ennoblecía estos trabajos lucrativos de su pluma, construyéndolos sobre laboriosos estudios e infundiéndoles, así, un valor de perennidad.

En gran parte, estos tesoros siguen soterrados, y no será tarea fácil sacarlos a luz. La *New York Tribune* trataba los envíos de Marx como materiales en bruto, por decirlo así, echándolos al cesto de los papeles o lanzándolos a la mar bajo su propio pabellón, según su capricho, cuando no se le ocurría, que era con frecuencia, publicarlos como obra de la misma redacción. Todo esto dificulta extraordinariamente la identificación de los trabajos enviados por Marx al periódico norteamericano.

Desde hace relativamente poco tiempo, disponemos de una orientación preciosa para ello en la correspondencia cruzada entre Marx y Engels. Gracias a ella, sabemos, por ejemplo, que la serie de artículos sobre la revolución y la contrarrevolución en Alemania, que venían atribuyéndose a Marx, fueron, en su mayor parte, obra de Engels, y sabemos también que éste no se limitaba a redactar los artículos militares para la *New York Tribune,* como ya sabíamos, sino que colaboraba en el periódico con bastante asiduidad. Además de la ya mencionada serie de artículos, se han reunido también los publicados en las columnas del periódico sobre la cuestión oriental, pero esta colección es aún más dudosa que la otra, en lo que incluye y en lo que deja fuera, aunque no se atribuya, como ésta, a un falso autor.

Pero este análisis crítico no es el más difícil. Por mucho que Marx

levantase el nivel de la labor periodística cotidiana, no podía sacarla fuera de sus propios cauces. No hay genio, por grande que sea, capaz de hacer nuevos descubrimientos o de alumbrar nuevas ideas dos veces por semana, coincidiendo precisamente con la salida del vapor, cada martes y cada viernes. Además, esta labor diaria tiene que estar por fuerza pendiente de las noticias del día y del ambiente, si no quiere acartonarse y caer en el aburrimiento. ¿Qué serían los cuatro voluminosos tomos de la correspondencia entre Marx y Engels, sin las cien contradicciones en que se movían, a través de las cuales avanzaban las grandes líneas directivas de su pensar y batallar?

Hoy, estas grandes líneas directivas de su política europea, iniciada con la guerra de Crimea, están ya perfectamente claras, aun sin los materiales copiosísimos que aguardan en las columnas de la *New York Tribune* la mano que los saque de nuevo a luz. En un cierto sentido, podemos decir que los autores dieron un viraje en redondo. El Manifiesto comunista, como más tarde la «Nueva Gaceta del Rin», concentraban sus miradas en Alemania. Después, el periódico abogó apasionadamente por la independencia de Polonia, Italia y Hungría, y finalmente predicó la guerra contra Rusia, por ver en ésta la más fuerte reserva de la contrarrevolución en Europa, para dirigir luego los tiros de la guerra mundial contra Inglaterra, con lo cual la revolución social salía del reino de la utopía para entrar en el mundo de la realidad.

Esta «esclavitud anglo-rusa» que pesaba sobre Europa, es la que Marx toma de punto de partida para orientar su política europea ante la guerra de Crimea. Aclamaba esta guerra en cuanto prometía refrenar un poco la supremacía europea conquistada por el zarismo con la contrarrevolución victoriosa, pero distaba mucho de identificarse con los procedimientos que las potencias occidentales empleaban contra Rusia. Y lo mismo pensaba Engels, para quien la guerra de Crimea era una comedia gigantesca de equivocaciones, en que había que preguntarse a cada paso: ¿quién es aquí el engañado? Los dos veían en la guerra, tal como la llevaban Francia, y sobre todo Inglaterra, una simple guerra de mentirijillas a pesar del millón de víctimas humanas y de los millones de dinero que llevaba costados.

Y lo era, en efecto, en el sentido de que ni el falso Bonaparte ni Lord Palmerston, ministro de Negocios extranjeros de Inglaterra, aspiraban a tocar en el nervio vital al coloso ruso. Tan pronto como estuvieron seguros de que Austria detenía la ola rusa en la frontera occidental, desplazaron la guerra a la Crimea, donde, después de un año de asedio, lograron conquistar la mitad de la fortaleza de Sebastopol. Con estos laureles, bien pobres por cierto, hubieron de contentarse, para acabar «suplicando» al «vencido» que les permitiese embarcar a sus tropas y volverlas, indemnes, a su país.

De sobra se comprendía que el falso Bonaparte no se atreviera a retar al zarismo a vida o muerte, pero ¿y Palmerston, a quien los gobiernos del continente temían como a la «tea» revolucionaria y a quien los liberales de Europa admiraban como un modelo de ministro constitucional y liberal?

Marx despejó el enigma, sometiendo a un laborioso examen los libros azules y las actas parlamentarias de la primera mitad del siglo, y con ellas toda una serie de informes diplomáticos depositados en el *British Museum*, para demostrar que desde los tiempos de Pedro el Grande hasta los días de la guerra de Crimea, los Gabinetes de Londres y Petersburgo no habían dejado de colaborar secretamente, sin que Palmerston fuese más que un instrumento a sueldo de la política zarista. Los resultados de estos estudios no dejaron de promover críticas y discusiones, y todavía es hoy el día en que se discuten, sobre todo por lo que se refiere a Palmerston, aunque es indudable que Marx supo retratar la política lucrativa y falta de escrúpulos de este hombre, con todas sus mediocridades y contradicciones, harto más certeramente que los gobiernos y los liberales del continente, lo cual no quiere decir, necesariamente, que el ministro inglés estuviera a sueldo de Rusia. No nos importa tanto saber si Marx exageraba en esta afirmación como definir su verdadera actitud. Jamás había de apartarse de ella en lo sucesivo, entendiendo que era misión inexcusable de la clase obrera penetrar en los misterios de la política internacional, para parar las jugadas diplomáticas de los gobiernos, o por lo menos, ya que otra cosa no fuese posible, denunciarlas.

Para él, lo primordial era dar la batalla a la barbarie, cuya cabeza residía en San Petersburgo y cuyos tentáculos llegaban a todos los Gabinetes europeos. No sólo veía en el zarismo la gran bastilla de la reacción europea, que ya por el solo hecho de existir constituía una amenaza y un peligro permanentes, sino el enemigo principal, cuyas intromisiones constantes en los negocios del occidente de Europa obstruían y perturbaban la marcha normal de las demás naciones, con el solo fin de conquistarse posiciones geográficas que le asegurasen su hegemonía en el continente, para oponerse a la emancipación del proletariado europeo. La importancia, decisiva, atribuída por Marx a esto, había de influir en adelante, de un modo considerable, en su política obrera; mucho más de lo que ya la había influído en los años de la revolución.

Aunque Marx, con esto, no hacía más que seguir la senda que ya se trazara en la «Nueva Gaceta del Rin», ahora aquellas naciones por cuya gesta de independencia se habían entusiasmado tanto él como Engels desde las columnas de este periódico, pasaban a segundo plano. No es que ninguno de los dos dejasen de defender la independencia de Po-



lonia, Hungría e Italia, no sólo como un derecho de estos países, sino también como un interés de Alemania y de Europa. Pero ya en el año 1851, Engels dedicaba a los antiguos favoritos estas secas palabras: «Hay que hacer ver a los italianos, polacos y húngaros, que no pintan nada allí donde se discutan los problemas modernos». Meses después hacía saber a los polacos que eran una nación liquidada, útil sólo como instrumento hasta que Rusia fuese arrastrada a la revolución. Los polacos, decía, no habían hecho nunca en la historia más que necedades valientes y camorristas. Ni aun contra Rusia habían hecho nunca nada que tuviese un valor histórico y representase siquiera la función progresiva de la propia Rusia respecto al Oriente. La hegemonía rusa, con todas sus vilezas y toda su basura eslava, había llevado la civilización al Mar Negro y al Mar Caspio, al Asia central, a los baskires y a los Tátaros, y Rusia habíase asimilado muchos más elementos de cultura y sobre todo muchos más elementos industriales que la nación polaca, caballeresca y holgazana por naturaleza. Son estas afirmaciones teñidas en buena parte, sin duda, por la pasión de las luchas entre los emigrados. Más tarde, Engels había de expresar un juicio mucho más benevolente sobre Polonia, y en sus últimos años reconocía que había salvado por dos veces al menos la civilización europea: con su alzamiento de los años 1792 a 1793 y con su revolución de 1830.

He aquí el juicio que a Marx merecía el héroe mas celebrado de la revolución italiana: «Mazzini no ve más allá de las ciudades, con su nobleza liberal y sus habitantes cultivados. Las necesidades materiales de la población del campo italiano—tan esquilmada y sistemáticamente enervada y embrutecida como la irlandesa—quedan, naturalmente, fuera del horizonte fraseológico de sus manifiestos neocatólico-ideológico-cosmopolitas. Claro está que hace falta mucho valor para decirles a los habitantes de las ciudades y a la nobleza, que el primer paso para la independencia de Italia es la plena emancipación de los campesinos y la transformación de su sistema de semicolonato en un régimen de libre propiedad burguesa.» A aquel Kossuth que tan jactanciosamente se movía en Londres hízole Marx saber, por medio de una carta abierta dirigida a su amigo Ernesto Jones, que las revoluciones europeas no eran otra cosa que la cruzada del trabajo contra el capital. No podían, por tanto, degradarse al nivel social y espiritual de un pueblo oscuro y semibárbaro como eran los magiares, estancado todavía en la semicivilización del siglo XVI e ilusionado con la quimera de eclipsar la magnificencia de Alemania y de Francia y de arrancar un viva estentóreo a la crédula Inglaterra.

Pero donde más se apartaba Marx de las tradiciones de la «Nueva Gaceta del Rin» era en lo referente a Alemania, pues ahora, lejos de concentrar en ella su atención, la dejaba casi por completo al margen.

Cierto es que Alemania representaba por entonces un papel indeciblemente triste en la política europea, pudiendo pasar casi por un pachá ruso, pero, por explicable que ella sea, aquella falta de contacto íntimo de Marx y Engels con la realidad alemana, que duró varios años, fué, en cierto respecto, verdaderamente fatal. Y sobre todo, el desdén que ambos, como naturales de las provincias anexionadas del Rin, habían sentido siempre contra el Estado prusiano, se recrudeció en los tiempos de Manteuffel-Westphalen hasta extremos que no podían estar en desproporción más flagrante con su agudeza de visión para la realidad.

Testimonio elocuente de esto es el único caso en que por excepción Marx se detiene a analizar la actualidad prusiana. Fué hacia fines del año 1856, cuando Prusia se vino a las manos con Suiza por la cuestión de Neuenburg. Este episodio movió a Marx, como escribía a Engels con fecha 2 de diciembre de 1856, a completar sus «conocimientos, bastante defectuosos, de historia prusiana», para llegar a la conclusión de que la historia universal no había producido nunca nada más piojoso. Sus manifestaciones en aquella carta y las que, días después, había de reiterar más por extenso en el *Peoples Paper,* un órgano cartista, no nos revelan, ni mucho menos, el apogeo de la concepción histórica marxista, sino que tienen mucho todavía, desgraciadamente, de aquellas lamentaciones y quejas de la honesta democracia que el propio Marx parecía haber desterrado.

El Estado prusiano podía ser, y era sin duda, bocado indeglutible para cualquier hombre culto, mas no era fácil disolverlo con el corrosivo de la sátira, hablando del «derecho divino de los Hohenzollern», de sus tres «máscaras o personajes» constantes: el pietista, el sargento y el bufón, burlándose de la historia prusiana como de una «crónica de familia poco limpia» en comparación con la «epopeya diabólica» de la historia austriaca, etc.; cosas todas que, si bien explicaban el por qué, dejaban el porqué del por qué en el mayor de los misterios.

2. David Urquhart. Harney y Jones.

A la vez y en idéntico sentido que en la *New York Tribune,* Marx colaboraba en el periódico de Urquhart y en los órganos cartistas.

David Urquhart era un diplomático inglés que había conquistado cierto prestigio por sus grandes conocimientos de los planes rusos de hegemonía mundial y las campañas incansables libradas contra ellos; pero estos méritos hallábanse contrarrestados por su fanática rusofobia y su apasionamiento fanático por la causa turca. A Marx se le ha tildado muchas veces de urquhartista, pero sin razón; él, como Engels,

hicieron siempre resaltar más las exageraciones pintorescas de aquel hombre que sus verdaderos méritos. La primera vez que Engels le menciona, en marzo de 1853, es para decir de él: «tengo en mi casa al Urquhart ese, que presenta a Palmerston como a sueldo de Rusia. La cosa se explica fácilmente: se trata de un escocés celta, con la cultura propia de un escocés sajón, romántico por sus tendencias y por su formación librecambista. El buen hombre se plantó en Grecia como filohelénico, y después de rondar tres años entre turcos, se fué a Turquía, donde se le encendió el entusiasmo por esta nación. Está entusiasmado con el Islam y profesa el siguiente principio: si yo no fuese calvinista, no sería más que mahometano». Engels, como se ve, encontraba el libro de Urquhart extremadamente divertido.

El punto de contacto entre Marx y Urquhart era la campaña contra Palmerston. Marx había publicado en la *New York Tribune* un artículo contra este ministro que, reproducido por un periódico de Glasgow, llamó la atención de Urquhart, y en febrero de 1854, éste tuvo una entrevista con Marx, en la que le recibió con el elogio de que sus artículos eran tan excelentes, que parecían escritos por un turco. Como Marx replicase que él era «revolucionista», Urquhart sufrió una gran decepción, pues una de sus manías era que todos los revolucionarios europeos servían, consciente e inconscientemente, a la causa del zarismo, creando dificultades a los gobiernos de Europa. «Es un verdadero monomaníaco», escribía Marx a Engels, comentando la entrevista. Y añadía que no estaba de acuerdo con él en nada, y que así se lo había dicho, fuera del asunto Palmerston, en que no había necesitado de su ayuda.

No conviene, sin embargo, tomar estas manifestaciones confidenciales demasiado al pie de la letra. Marx, por muchas que fuesen sus reservas críticas, hubo de reconocer públicamente repetidas veces los méritos de Urquhart, y no se recató tampoco para decir que, si bien éste no le había convencido, había influído bastante en él. Era natural, pues, que no pusiera reparo en entregar de vez en cuando un artículo para el periódico de Urquhart, la *Free Press* de Londres, dando asimismo su consentimiento para que difundiese en tiradas aparte algunos de sus trabajos para la *New York Tribune.* Estos panfletos contra Palmerston, de que se hicieron varias tiradas de 15 y hasta 30.000 ejemplares, produjeron gran sensación. Pero lo cierto es que Marx no sacó del escocés Urquhart más utilidad que del yanqui Dana.

Había una razón que se oponía, ya por sí sola, a que pudieran establecerse relaciones de carácter permanente entre Marx y Urquhart, y era que aquél profesaba el cartismo, doblemente odiado por éste como librecambista y rusófobo que percibía en todo movimiento revolucionario el sonido del rublo. El cartismo no se repuso nunca de la grave

derrota que le infligiera el 10 de abril de 1848, pero mientras sus restos pugnaron por conquistar nueva vida, Engels y Marx los apoyaron leal y valientemente, colaborando de un modo desinteresado en los órganos dirigidos por Jorge Julián Harney y Ernesto Jones, a saber: el *Red Republican*, el *Friend of the People* y la *Democratic Review*, que dirigía el primero, y las *Notes of the People* y el *Peoples Paper*, redactados por el segundo; periódicos todos de corta vida, menos el último, que se sostuvo hasta 1858.

Harney y Jones figuraban en la fracción revolucionaria del cartismo y eran de los elementos menos contaminados por la cerrazón insular de horizontes; tenían un papel directivo en la agrupación internacional de los *Fraternal democrats*. Harney era hijo de marineros, formado en un medio proletario; habíase educado revolucionariamente en la literatura francesa y veía en Marat su ideal. Tenía un año más que Marx y, por los tiempos en que éste dirigía la «Gaceta del Rin», trabajaba en la redacción del *Northern Star*, órgano principal del cartismo. Aquí le conoció en el año 1843 Engels, «un hombre alto, joven, de una juventud casi adolescente, que ya entonces hablaba un inglés maravillosamente correcto». En 1847, Harney conoció también a Marx y se unió a él con gran entusiasmo.

Su *Red Republican* publicó una traducción inglesa del Manifiesto comunista con una nota marginal diciendo que era el documento más revolucionario que se había dado al mundo, y su *Democratic Review* tradujo los artículos de la «Nueva Revista del Rin» sobre la revolución francesa, presentándolos como la «verdadera crítica» de los acontecimientos de Francia. Pero pronto había de retornar a su primer amor, en medio del embrollo de la emigración, separándose violentamente de Jones, de Marx y de Engels. A poco de esto, trasladó su residencia a la isla de Jersey, para pasar luego a los Estados Unidos, donde Engels hubo de visitarle en el año 1888. Algún tiempo después, retornó a Inglaterra, donde murió en edad avanzada como último testigo de una gran época.

Ernesto Jones descendía de un viejo linaje normando, aunque había nacido y sido educado en Alemania, donde residía su padre como agregado militar del duque de Cumberland, que había de ser más tarde rey Ernesto Augusto de Hannover. Este calavera archirreaccionario, a quien la prensa inglesa acusaba de todos los crímenes, con la sola excepción del de suicidio, sacó de la pila al hijo de su agregado militar, pero sin que este padrinaje ni las relaciones palaciegas de su familia dejasen honda huella en el niño. Ya de muchacho, dió pruebas de un sentido liberal indomable, y de hombre, supo resistir todas las tentativas que se hicieron para apresarle en cadenas de oro. Unos veinte años contaría cuando su familia retornó a Inglaterra, donde se



consagró a la carrera de leyes y obtuvo el título de abogado. Sin embargo, sacrificó el porvenir que le aseguraban su gran talento y las relaciones aristocráticas de su familia para abrazar la causa del cartismo, y la defendió con tan ardoroso celo, que el año 1848 fué condenado a dos años de prisión. Como castigo por haber traicionado a su clase, sufrió el trato carcelario de los delincuentes comunes, no obstante lo cual abandonó la celda sin corregir, y desde el verano de 1850 mantuvo un trato constante, que duró cerca de veinte años, con Marx y Engels; por su edad, ocupaba un lugar intermedio entre los dos.

Cierto es que tampoco esta amistad dejó de empañarse en ciertos momentos: fueron desavenencias semejantes a las que enturbiaron las relaciones amistosas con Freiligrath, de quien Jones era afin por el talento poético, o con Lassalle, que merecía de Marx un juicio semejante, aunque mucho más severo todavía, al formulado por él acerca de Jones en 1855: «A pesar de toda la energía, perseverancia y dinamismo que hay que reconocer en Jones, lo echa todo a perder con su griterío, su falta de tacto para atrapar todos los pretextos posibles de agitación y su afán inquieto por anticipar las cosas.» Más tarde, cuando, al bajar incesantemente de nivel la agitación cartista, Jones se fué acercando al radicalismo burgués, habían de sobrevenir todavía choques más duros.

Pero, en el fondo, fué aquella una amistad auténtica y sincera. Ultimamente, Jones vivía en Manchester practicando la abogacía, y allí murió en 1869, inesperadamente, en la plenitud de sus fuerzas. Engels mandó la triste nueva a Londres, con unas cuantas líneas de condolencia: «¡Otro de los viejos que se nos va!» Marx contestó: «La noticia ha producido honda pena en esta casa, naturalmente, pues era uno de los pocos amigos antiguos». Poco después, Engels anunciaba que le habían enterrado, seguido de una enorme manifestación, en el mismo cementerio en que descansaba ya uno de sus leales, Guillermo Wolff. «¡Lástima de hombre!», añadía. Sus frases burguesas eran pura apariencia, y entre los políticos—terminaba—era el único inglés culto que había abrazado de lleno y verdaderamente la causa social.

3. Familia y amigos.

Durante estos años, Marx se mantuvo alejado de toda relación política y casi de todo contacto con el mundo de la sociedad. Se retrajo por entero a su cuarto de estudio, que sólo abandonaba para hacer vida de familia; ésta contaba desde enero de 1855, un miembro más, una niña, a quien pusieron por nombre Eleanor.

Marx era, como Engels, un gran amigo de la infancia, y las pocas

horas que podía arrancar a sus trabajos infatigables las dedicaba a jugar con sus niños. Estos le adoraban con verdadero endiosamiento, a pesar, o acaso por ello mismo, de que renunciaba sobre ellos a toda autoridad paterna; jugaban con él como con un camarada y le llamaban «el Moro», sobrenombre cariñoso al que le hacían acreedor su pelo negro y su tez morena. «Son los hijos los que tienen que educar a sus padres, y no al revés», solía decir. Imponíanle, quisiera o no, el descanso dominical, para tenerle por suyo el domingo entero, y aquellas excursiones de los domingos por el campo y aquellos descansos en cualquier taberna del camino, donde los excursionistas se sentaban a refrescar con un vaso de cerveza y a comer un pedazo de pan y queso, eran los pocos momentos en que el sol lucía entre las negras nubes apelotonadas sobre aquella casa.

El lugar predilecto para estas excursiones era Hampstead Heath, la pradera de Hamptead, una loma sin urbanizar situada al norte de Londres y salpicada de árboles y matas de retama. Guillermo Liebknecht nos describe con mucha gracia estas excursiones dominicales. Hoy, la pradera no es ya lo que era hace setenta años, pero desde la vieja hostería de «Jack Straws Castle», a cuya mesa se sentara tantas veces Marx, se disfruta todavía de una vista espléndida sobre aquel paisaje, con sus pintorescos cambios de valle y montaña, sobre todo en los domingos, cuando la colina está poblada de una muchedumbre de gente alegre. Hacia el sur, se alza la gigantesca urbe con sus masas de edificios, coronados por la cúpula de la catedral de San Pablo y las torres de Westminster, en el horizonte lleno de penumbra se dibujan los cerros de Surrey, por el norte divisamos una faja de tierra muy feraz y densamente poblada, salpicada de numerosos pueblecillos, y hacia occidente se levantan las dos colinas gemelas de Highgate, donde Marx duerme el sueño eterno.

En esta humilde dicha familiar vino a clavarse de pronto como un rayo una desgracia; el día de Viernes santo del año 1855, la muerte le arrebató a su único hijo, un muchacho de unos nueve años, llamado Edgar, y a quien daban el nombre cariñoso de «Musch». Este hijo, que daba ya muestras de su gran talento, era el favorito de la casa y de todos sus amigos. «Ha sido una desgracia tan terrible, que me ha encogido el corazón», escribía Freiligrath a Alemania.

Las cartas en que Marx informa a Engels de la enfermedad y la muerte de su hijo tienen un acento desgarrador. El 30 de marzo, le escribía: «Mi mujer lleva una semana enferma como jamás la he visto, de excitación moral. A mí, me salta el corazón y me arde la cabeza, aunque, naturalmente, tengo que hacerme el valiente. El niño no ha negado durante toda la enfermedad, ni un momento, su carácter original, bondadoso y a la par independiente.» Y el 6 de abril: «El pobre Musch



ya no existe. Se me quedó dormido —literalmente hablando— entre los brazos esta madrugada, entre las cinco y las seis. Jamás olvidaré el consuelo que nos ha proporcionado, en estos días espantosos, tu amistad. Ya comprenderás el dolor que ha tenido que causarme la muerte del niño.» Y el 12 de abril: «Como puedes suponer, la casa, desde la muerte de aquella querida criatura que la alegraba y le daba vida, es una desolación. No acierto a decírtelo, pero por todas partes le echamos de menos. Yo, que he pasado en la vida por tantos apuros, no he sabido hasta ahora lo que era sufrir de veras... Sólo una cosa me ha sostenido en pie, bajo todos estos tormentos espantosos: la idea de ti y de tu amistad y la esperanza de que, juntos los dos, aún hemos de hacer algo que merezca la pena en este mundo.»

La herida tardó mucho tiempo en cicatrizar. Contestando a una carta de pésame de Lassalle, Marx escribía el 28 de julio: «Dice Bacon que el hombre verdaderamente grande tiene tantos lazos que le atan a la naturaleza y al mundo, tantos objetos que solicitan su interés, que puede fácilmente perder uno sin dolor. Yo no me cuento entre esos hombres grandes. La muerte de mi hijo me ha sacudido el corazón y el cerebro, y sigo sintiendo la pérdida tan vivamente como si hubiese ocurrido ayer mismo. Mi pobre mujer está también destrozada.» Y Freiligrath escribíale, con fecha 6 de octubre: «Me da mucha, muchísima pena ver que no acabas de sobreponerte a esa pérdida. Son cosas, estas, en que no cabe hacer ni aconsejar nada. Comprendo y respeto tu dolor, pero procura dominarlo, para que no se apodere de ti. Haciéndolo, no cometerás ninguna traición a la memoria de tu pobre hijo.»

La muerte de aquel niño era la culminación de una serie inacabable de enfermedades que venían atormentando a la familia desde hacía varios años, y que desde la primavera habían clavado la zarpa en el propio Marx, para no dejarle ya nunca libre. Lo que más le atormentaba era un padecimiento del hígado, que creía herencia de su padre. A estas enfermedades contribuían también en buena parte la mísera vivienda y el barrio malsano en que estaba situada. Durante el verano de 1854 había hecho estragos allí el cólera, atribuyéndose a que los canales de desagüe practicados por entonces pasaban por las fosas en que estaban enterrados los muertos de peste del año 1665. El médico de la familia no cesaba de acuciarlos a que se saliesen de aquella «zona embrujada de Soho Square», cuyo aire venía respirando Marx sin interrupción desde hacía varios años. Un nuevo duelo familiar había de procurarles los recursos necesarios para hacerlo. En el verano de 1856, la mujer de Marx hizo un viaje a Tréveris con sus tres hijas, para abrazar por última vez a su vieja madre. Llegó a punto de cerrarle los cansados ojos, después de once días de sufrimientos.

La herencia no era grande; a la mujer de Marx le correspondieron

unos doscientos tálers, a los que vino a unirse, según parece, otra pequeñez heredada de los parientes de Escocia. Con todo esto, pudo la familia, en otoño de 1856, trasladarse a una casita nueva, no lejos de su amada pradera de Hampstead, situada en el 9 de la Graftonterrace, Maitland-park, Haverstockhill. El alquiler anual ascendía a 36 libras. «Comparada con nuestras antiguas madrigueras, es una casa verdaderamente principesca—escribía la mujer de Marx a una amiga—, y aunque toda la instalación, de los pies a la cabeza no había costado más de 40 libras (muchas de las cosas eran de segunda mano), al principio me daba gran aire en nuestro nuevo recibidor. Redimimos de manos «del tío» toda la ropa y los demás restos de la grandeza antigua, y pude darme el gusto de volver a contar, por una vez siquiera, aquellas servilletas de damasco procedentes todavía de Escocia. Y aunque toda aquella magnificencia duró poco, pues pronto hubieron de emigrar otra vez las prendas, pieza tras pieza, a la misteriosa casa de las tres bolas, por unos días pudimos gozar a nuestras anchas de todas nuestras riquezas burguesas.» Fué un respiro harto breve.

Tampoco los amigos se libraban de la guadaña de la muerte. Daniels murió en otoño de 1855, Weerth, en Haití, en enero de 1856, Conrado Schramm a comienzos de 1858, en la isla de Jersey. Marx y Engels se esforzaron por dedicarles unas breves necrologías en la prensa, pero sin éxito. No cesaban de quejarse de que la vieja guardia iba quedando reducida a un puñado de hombres, sin que viniesen nuevas promociones a reforzarla. Y aunque, en un principio, se hubiesen regocijado de su «aislamiento público» y fuese firme como la roca la seguridad en el triunfo con que aquellos dos solitarios seguían la política europea como una potencia más, la pasión de la política era en ellos demasiado fuerte para no sentir a la larga la falta de un partido, pues no lo eran, como el propio Marx dijo una vez, los pocos amigos que les rodeaban. Además, no había entre ellos ninguno que se acercase siquiera a la talla de sus ideas, salvo uno, que toda la vida les inspiró una invencible desconfianza.

En Londres, era visita diaria de Marx Guillermo Liebknecht, sobre todo mientras aquél vivió en la Deanstreet, pero también él tenía que luchar a brazo partido con las privaciones, en su cuartucho abuhardillado, y lo mismo les ocurría a los viejos camaradas de la Liga Comunista, a Lessner y al carpintero Lochner, a Eccarius y a Schapper, el «pecador arrepentido». Los demás habíanse diseminado: Dronke había ido a establecerse como comerciante en Liverpool, de donde pasó a Glasgow, Imandt era profesor en Dundee, Schily abogado en París, donde se contaba también entre el puñado de leales Reinhart, secretario de Heine en sus últimos años.

Mas también entre los más fieles, entre los elegidos, iba enfrián-

dose el ardor combativo. Guillermo Wolff, que vivía bastante bien en Manchester dando lecciones, seguía siendo el mismo, «el hombre leal, honrado, plebeyo», como le calificó una vez la mujer de Marx, pero con los años iban agudizándose en él las manías del solterón, y sus «principales batallas» las libraba ahora con la patrona por el te, el carbón y el azúcar. Intelectualmente, ya no representaba gran cosa en el destierro para sus viejos amigos. Freiligrath seguía siendo el amigo leal de siempre, y desde que, en el verano de 1856, le confiaron la agencia en Londres de un Banco suizo, procuraba ayudar financieramente a Marx en cuanto podía, sobre todo movilizándole los honorarios de la *New York Tribune,* poco puntual en sus pagos. Freiligrath seguía inconmovible en sus convicciones revolucionarias, pero iba sintiéndose cada vez más alejado de las luchas del partido. Y aunque era, seguramente, sincero al decir que ningún revolucionario podía ser enterrado dignamente más que en el destierro, no podía negarse que el poeta alemán echaba de menos su país. Y viendo a su mujer, a la que quería tanto, llena de nostalgia y a su tropel de hijos obligados a encender las velillas del árbol de Navidad bajo cielo extraño, empezaron a agotársele las fuentes de la inspiración. Sufría mucho con el olvido de su patria, y sintióse aliviado cuando ésta volvió, poco a poco, la vista a su poeta famoso.

¡Y no digamos la larga serie de los «muertos vivos»! Marx volvió a encontrarse en Londres con algunos de los compañeros de su primera época filosófica: con Eduardo Meyen, que seguía siendo el sapo venenoso de siempre, con Faucher, secretario de Cobden y que, como tal, pretendía «hacer historia» librecambista, con Edgar Bauer, que jugaba al agitador comunista y a quien Marx llamaba siempre el «clown». Con Bauer, que pasó una temporada en Londres con su hermano, se reunió Marx repetidas veces, recordando los viejos tiempos de su juventud. Pero entre Marx y aquel hombre que se entusiasmaba con la fuerza primigenia de los rusos y no veía en el proletariado más que «plebe», a la que había que gobernar por la fuerza y la astucia, acallándola con unos céntimos de aumento de jornal si las cosas venían mal dadas, no había inteligencia posible. Marx encontró al amigo de su juventud visiblemente envejecido, un poco calvo y con los modales de un profesor pedante, pero en sus cartas a Engels habla extensamente de las conversaciones que sostuvo con aquel «señor viejo y agradable».

No hacía falta ir tan lejos para encontrar otros «muertos vivos»; también abundaban en el pasado reciente, y cada año que pasaba engrosaba sus filas. Entre ellos se contaban los viejos amigos del Rin: Jorge Jung, Enrique Bürger, Hermann Becker y otros. Algunos de ellos, como Becker, y con él el honorable Miquel, se habían construído su esquema «científico». Para que el proletariado pudiera pensar en im-

ponerse era necesario, ante todo—decían—, que la burguesía triunfase en toda la línea sobre el feudalismo. He aquí la doctrina de Becker: «Mientras ese gusano que es la canalla de los intereses materiales siga trabajando, el andamiaje podrido del feudalismo se convertirá en polvo, y la historia, en cuanto el espíritu universal dé su primer aliento, derribará todo ese aparato externo para instaurar un orden de justicia.» Era una bonita teoría, que tenía la ventaja de no comprometer a nada. Años más tarde, Becker era nombrado alcalde de Colonia y Miquel ministro de Hacienda de Prusia, y desde sus cargos le tomaron tal afición a la «canalla de los intereses materiales», que no quisieron saber ya nada del «primer aliento del espíritu universal» ni de su «orden de justicia».

Marx difícilmente podía consolarse con la pérdida de aquellos dos hombres, porque en la primavera de 1856 se le presentase un tal Gustavo Lewy, comerciante en Duseldorf, a ofrecerle, como en una bandeja, una insurrección obrera en las fábricas de Iserlohn, Solingen, etc. Marx se expresó en términos de bastante dureza contra aquella necedad peligrosa y estéril y mandó decir a los obreros, por medio de su emisario real o supuesto, que se mantuviesen en contacto con Londres y no hiciesen nada sin previo acuerdo.

No adoptó Marx la misma actitud de reserva ante el otro encargo que el emisario decía traer de los obreros de Duseldorf, que era prevenirle contra Lassalle como hombre inseguro, haciéndole saber que, después de haber ganado el proceso de la Hatzfeldt, vivía bajo el infame yugo de la condesa, sostenido por ella y disponiéndose a acompañarla a Berlín y a formarle allí una corte de literatos, dejando a un lado a los obreros, como instrumentos inservibles ya, para pasarse a la burguesía, y qué sé yo cuántas cosas más. No es fácil que los obreros del Rin enviasen a Marx semejante embajada; aquellos mismos obreros que, años más tarde, suscribían solemnes y entusiastas documentos afirmando que, durante los años del terror blanco, la casa de Lassalle en Duseldorf había sido «el verdadero asilo donde el partido había encontrado ayuda decidida y valiente». Es más que verosímil que el emisario se hubiese sacado de la cabeza esta embajada, despechado contra Lassalle, quien se había negado a adelantarle más de 500 tálers, sobre los 2.000 que le pedía.

Seguramente que si Marx hubiera sabido esto, se habría mostrado más reservado con el tal Lewy. Pero ya la noticia de por sí sola era suficiente para despertar sospechas. Marx mantenía con Lassalle correspondencia bastante nutrida, aunque no frecuente; le había encontrado siempre como amigo y correligionario leal, lo mismo en lo personal que en lo político; él mismo había combatido los recelos que en la época de la Liga Comunista se manifestaban contra él entre los obreros del

Rin, por verle mezclado en el asunto de la condesa de Hatzfeldt. No hacía todavía un año que le contestara, en términos cordialísimos, sabiéndole en Paris: «Me sorprende, naturalmente, sobremanera ver que estás tan cerca de Londres y que no te acercas aquí por unos días. Todavía espero que reflexionarás y te darás cuenta de lo rápido y barato que es el viaje. Si a mí no me estuvieran cerradas las puertas de Francia, iría a sorprenderte en París.»

Teniendo en cuenta todo esto, no se explica uno que Marx transmitiese a Engels el 5 de marzo de 1856 todas aquellas murmuraciones de Lewy, añadiendo por su cuenta: «Todo esto no son más que cosas sueltas, destacadas y subrayadas. En conjunto, lo que nos ha contado nos produjo una sensación definitiva, a Freiligrath y a mí, a pesar de la debilidad que yo sentía por Lassalle y de los recelos que provocan siempre en mí las murmuraciones obreras.» Que le había dicho a Lewy que no podía llegarse a una conclusión sin oir más que a una parte, pero que la sospecha siempre era útil; que convenía vigilar a Lassalle, aunque evitando por el momento todo escándalo. Engels se manifestó conforme con todo, e hizo algunas observaciones que en su boca eran menos de extrañar, puesto que él conocía menos a Lassalle. Que era una lástima de hombre, por su gran talento, pero que aquello no podía ya tolerarse; que Lasalle había sido siempre un hombre de cuidado, que, como buen judío eslavo fronterizo, había procurado siempre, bajo el manto del partido, servirse de todo el mundo para sus fines particulares, etc.

Y Marx cortó toda correspondencia con quien, pocos años después, había de escribirle diciéndole esta verdad: no tienes en Alemania más amigo que yo.

4. La crisis de 1857.

Cuando Marx y Engels se retiraron, en otoño de 1850, de la vida de militantes en el partido, acompañaron el acto de esta declaración: «Una nueva revolución no podrá estallar hasta que estalle una nueva crisis. Pero tanto una como otra son inevitables.» Desde entonces, no hicieron más que acechar, y cada año con más impaciencia, los indicios de la crisis esperada. Liebknecht cuenta que Marx aventuraba, de vez en cuando, alguna profecía acerca de ella, entre las burlas de sus amigos. Y en efecto, al estallar la crisis, en el año de 1857, Marx hizo saber a Guillermo Wolff, por medio de Engels, que esa crisis, como iba a demostrar, hubiera debido producirse normalmente dos años antes.

La crisis comenzó en los Estados Unidos, y ya sus primeros síntomas se hicieron harto sensibles para Marx, al ver cómo la *New York*

Tribune le ponía a medio sueldo. Era un golpe muy doloroso, pues la familia, en su nuevo alojamiento, volvía a padecer de la misma penuria de antes, o tal vez mayor. Aquí, Marx no podía «ir tirando de un día para otro, como en la Deanstreet», pues el presupuesto familiar era mucho mayor. «No sé absolutamente nada respecto a lo que debo hacer y mi situación es, realmente, más desesperada que hace cinco años», escribía a Engels el 20 de enero de 1857. Para Engels, la noticia vino como «un rayo que cayese de un cielo limpio», pero apresuróse a ayudar al amigo, lamentándose tan solo de que no le hubiera escrito dos semanas antes. Acababa de comprarse, le decía, un caballo, para el que su padre le había mandado el dinero como regalo de Navidad; «y me da rabia tener un caballo para pasear, mientras tú en Londres estás pasando agobios con tu familia». Tuvo una gran alegría cuando, dos meses después, Dana solicitó de Marx colaboración, consistente sobre todo en unos cuantos artículos sobre materias militares para una enciclopedia que dirigía. El requerimiento, decíale Engels, venía «que ni pintado» y le daba una «alegría indecible», pues le ayudaría a salir de su eterna penuria de dinero; decíale que cogiese todos los artículos que pudiera y que fuera organizándose, poco a poco, una especie de oficina.

Pero el proyecto fracasó, entre otras razones por falta de gente. Además, las perspectivas distaban mucho de ser todo lo brillantes que Engels preveía. Resultó que los honorarios no pasaban de un penique la línea, y aunque mucho fuese simple trabajo de acarreo, Engels era demasiado concienzudo para hacer nada a la ligera. Por lo que podemos juzgar a través de su correspondencia, no está justificado el juicio despectivo que Engels había de formular, años más tarde, acerca de estos artículos, escritos unos por él y otros por Marx: «Simples trabajos comerciales, ni más ni menos; no hay por qué molestarse en desenterrarlos.» Poco a poco, estos trabajos accidentales fueron paralizándose, y creemos que la colaboración activa de ambos amigos en aquella enciclopedia no pasó de la letra «C».

Además, había tropezado desde el primer momento con un serio obstáculo: un padecimiento de las glándulas que obligó a Engels, en el verano de 1857, a pasarse una larga temporada junto al mar. La salud de Marx estaba también quebrantadísima. Había sufrido un nuevo cólico hepático, tan fuerte, que tenía que hacer esfuerzos indecibles para poder trabajar lo indispensable. En julio, su mujer dió a luz un niño muerto, en condiciones que dejaron una terrible huella en su imaginación y en su recuerdo. «Mal tienes que pasarlo, para escribir así», le contestó Engels, espantado; sin embargo, Marx dejaba la relación de lo sucedido para hacérsela de palabra, pues no quería escribir acerca de tales cosas.

Pero en el otoño, al estallar la crisis en Inglaterra, para pasar de aquí al Continente, olvidó como por ensalmo todas sus torturas personales. «A pesar de la crisis financiera que atravieso, no me he sentido nunca tan bien, desde 1849, como ahora», le escribía a Engels el 13 de noviembre. Engels, contestándole al día siguiente, no tenía más preocupación sino que el desarrollo de la crisis pudiera precipitarse. «Sería de desear que se produjese una «mejoría» en la crisis crónica, antes de que sobrevenga el segundo y decisivo ataque. La presión crónica es conveniente durante un cierto tiempo, para hacer entrar en calor a la gente. El proletariado ataca mejor, con un dominio mayor de la situación y con más armonía y unidad; ocurre como con los ataques de caballería, en los que conviene que los caballos puedan tomar carrera galopando un trecho antes. Sentiría que las cosas se precipitasen antes de que el movimiento abarcase toda Europa, pues ello iría en detrimento de la firmeza y duración de la lucha. Todavía sería demasiado temprano, a mi parecer, en mayo o junio. Las masas deben de estar tremendamente apoltronadas por efecto de la larga etapa de prosperidad... Por lo demás, a mí me pasa lo mismo que a ti. Desde que empezó la danza en Nueva York, no encontraba sosiego en Jersey, y me siento enormemente bien en medio de esta hecatombe general. Se le había ido pegando a uno al cuerpo toda la basura burguesa de los últimos años, pero ahora va a lavarse, y me siento otro. La crisis, ya lo estoy notando, me produce el mismo bienestar físico que un baño de mar. En 1848 decíamos: ahora llega la nuestra, y fué verdad que llegó en un cierto sentido, pero esta vez va de veras, esta vez nos jugamos la cabeza.»

No fué así, sin embargo. La crisis tuvo, a su modo, consecuencias revolucionarias, pero distintas a las que Marx y Engels habían previsto. No es que se entregasen atolondradamente a ningún género de esperanzas utópicas; lejos de eso, lo que hacían era estudiar día tras día, con celosa paciencia, el proceso de la crisis. «Trabajo de un modo colosal —escribía Marx el 18 de diciembre—, la mayor parte de los días hasta las cuatro de la mañana. Son dos trabajos los que traigo entre manos: 1.° Redacción de los rudimentos de la Economía (es absolutamente necesario para el público penetrar en el fondo de la cosa, y para mí personalmente quitarme esta pesadilla de encima). 2.° Estudio de la crisis actual. Acerca de esto—fuera de los artículos para la *Tribune*—, me limito a tomar notas, lo cual me lleva bastante tiempo. Quiero que para la primavera publiquemos los dos juntos un folleto sobre la historia de la crisis, a modo de nuevo llamamiento al público alemán, para que éste sepa que seguimos viviendo y que no hemos cambiado.» Este plan no llegó a realizarse, pues la crisis no removió a las masas, y ello dejó a Marx el tiempo libre que necesitaba para desarrollar la parte teórica de su plan.

Hacía diez días que la mujer de Marx había escrito a Conrado Schramm, tendido en su lecho de muerte en Jersey: «Aunque la crisis norteamericana nos toca dolorosamente al bolsillo, ya que Carlos, ahora, no puede mandar a la *Tribune* más que un artículo a la semana en vez de dos, siendo él, con Bayard Tailor, el único corresponsal europeo que no ha quedado cesante, ya puede usted imaginarse lo satisfecho que el «Moro» está. Han vuelto a él la capacidad y la facilidad de trabajo y la frescura y alegría de espíritu de sus mejores tiempos; hace varios años, desde nuestra gran desgracia, desde la pérdida de aquel hijo de mi corazón, al que nunca veré bastante llorado, que no habíamos vuelto a verle así. Carlos trabaja durante el día para ganar el pan y por las noches para llevar a término su Economía. Ahora, que este trabajo responde a una necesidad, puede que tampoco le falte un mísero editor.» Y no le faltó, en efecto, gracias a los esfuerzos de Lassalle.

Éste había vuelto a escribirle a Marx en abril de 1857, en el tono de amistad de los viejos tiempos, extrañado de que Marx guardase tanto tiempo silencio, pero sin sospechar la causa. Desoyendo los consejos de Engels, Marx dejó la carta sin contestar. En diciembre, Lassalle volvió a escribirle, pero esta vez con otro motivo: su primo Max Friedländer le suplicaba que ofreciese a Marx colaboración en la *Wiener Presse,* periódico a cuya redacción pertenecía Friedländer. Marx rechazó la oferta, alegando que, si bien era «antifrancés», no por ello era menos «antiinglés», no pudiendo en modo alguno escribir a favor de Palmerston. Y como Lassalle, a pesar de no tener nada de sentimental, se doliese de no haber recibido contestación a su carta de abril, Marx le replicaba «concisa y fríamente» que no le había contestado por razones que era difícil explicar por escrito. Añadía unas cuantas palabras, entre las cuales le daba cuenta de que pensaba publicar una obra sobre Economía.

En enero de 1858 llegó a Londres un ejemplar del «Heráclito» de Lassalle, cuyo envío le anunciaba su autor en la carta de diciembre, acompañando algunas observaciones acerca de la entusiasta acogida que la obra había tenido en el mundo intelectual de Berlín. Ya los dos chelines del porte «le prepararon una mala acogida». Mas tampoco el contenido de la obra mereció de Marx un juicio halagüeño. Aquella «exhibición enorme» de erudición no le imponía; decía que no había nada más fácil que amontonar citas cuando se disponía de tiempo y de dinero y de la posibilidad de llevarse a casa todos los volúmenes apetecibles de la Biblioteca universitaria de Bonn; y añadía que Lassalle se movía en aquel mundo filosófico hecho de retazos, con la gracia del que vestía por vez primera un traje elegante. Era juzgar con demasiada e injusta severidad de la auténtica erudición de un Lassalle; pero

se explica muy bien que aquel libro provocase la antipatía de Marx por la misma razón que le valía, según él, el favor de los grandes profesores berlineses: el encontrarse con un alma de historiador y de erudito en un hombre joven a quien se tenía por revolucionario. Como es sabido, la mayor parte de la obra había sido escrita más de diez años antes de publicarse.

A pesar de la «concisa y fría» contestación de Marx a su carta lamentatoria, Lassalle no echó de ver que había allí algo extraño. Interpretó mal—de buena fe sin duda, no de un modo intencionado, como Marx recelaba—la necesidad de un cambio verbal de impresiones, creyendo candorosamente que Marx deseaba contarle algo en reserva. Le contestó en febrero de 1858, con una carta exenta de malicia, pintándole con vivos rasgos la embriaguez de entusiasmo que se había apoderado de la burguesía berlinesa con ocasión de la boda del heredero de la corona de Prusia con una princesa de Inglaterra, y ofreciéndose a proporcionarle un editor para su obra de Economía. Marx accedió a esto, y ya a fines de marzo, Lassalle ultimó con su propio editor, Francisco Duncker, el contrato editorial, en condiciones más favorables que las que Marx pretendía. Éste había propuesto que la obra apareciese por entregas, prestándose a renunciar a los honorarios de los primeros cuadernos. Sin embargo, Lassalle le consiguió tres «federicos» por cada pliego impreso, uno más que la tarifa ordinaria de profesor. El editor reservábase únicamente el derecho a suspender la impresión a partir de la tercera entrega, si el público no respondía.

Más de nueve meses había de tardar Marx, sin embargo, en ultimar el original para la primera entrega. A su padecimiento del hígado venían a sumarse los agobios domésticos. Las Navidades de 1858 fueron «las más sombrías y desconsoladas» que viera aquella casa. Por fin, el 21 de enero de 1859 quedó listo el «desdichado original», sin que hubiera en toda la casa ni un céntimo para certificarlo y expedirlo. «Seguramente que es la primera vez que nadie escribe acerca del dinero con tanta falta de él. La mayoría de los autores que escribieron sobre este tema estaban en una magnífica armonía con el objeto de sus investigaciones.» Así le escribía Marx a Engels, al suplicarle que le enviase el dinero necesario para franquear el original.

5. Aportación a la Crítica de la Economía política.

Cuando Marx se puso a desarrollarlo prácticamente, hacía cerca de quince años que venía debatiéndose con el plan de una gran obra de Economía política, destinada a investigar hasta sus raíces el régimen capitalista de producción. Ya había concebido este plan antes de los sucesos de marzo, y la polémica contra Proudhon no había sido más que una especie de pago a cuenta. Volvió a ocuparse de él después de las campañas revolucionarias, y en 2 de abril de 1851, anunciaba a Engels: «Pronto daré remate a todas estas latas económicas. Luego, me dedicaré en mi casa a la Economía y en la Biblioteca del *British Museum* a otra ciencia. Esto empieza a cansarme. En el fondo, esta ciencia no ha hecho progreso alguno desde Adam Smith y David Ricardo, a pesar de las minuciosas investigaciones, supradelicadas muchas veces, que en ella se han hecho.» Engels contesta: «Me alegro mucho de ver que vas a dar remate a la Economía. Realmente, la cosa iba alargándose ya más de la cuenta»; pero, como hombre prudente que era, y buen conocedor del paño, añadía: «De sobra sé que, mientras exista un libro algo importante que no hayas leído, no te pondrás a redactar.» Él era de opinión que, por grandes y varias que fuesen las dificultades, la principal la constituían siempre sus «propios escrúpulos».

Pero estos «escrúpulos» tenían su razón de ser, cosa que tampoco desconocía, en el fondo, el mismo Engels. El propio Marx nos dice, en el prólogo del primer cuaderno, cuáles fueron las razones que en el año 1851 le movieron a no dar por terminados los trabajos, acometiéndolos de nuevo: «los inmensos materiales de historia de la Economía política acumulados en el *British Museum,* la magnífica plataforma que era Londres para observar la sociedad burguesa, y finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro australiano y californiano». Añadía que su labor de ocho años para la *New York Tribune* le había desviado notablemente de sus estudios. Pero, hasta cierto punto, agregamos nosotros, ese inconveniente resultaba compensado por la ventaja de que aquella colaboración le retrotraía al terreno de las luchas políticas, que siempre fueron para él lo más importante. No en vano era la esperanza de que renaciese un movimiento obrero revolucionario la que le clavaba en su escritorio a registrar por escrito lo que durante todos aquellos años no había cesado de ser el objeto de sus preocupaciones.

De ello son elocuente testimonio sus cartas a Engels, sucesión ininterrumpida de disquisiciones sobre problemas económicos, verdaderos ensayos de economía muchas veces, a los que bien podemos aplicar

nosotros mismos el epíteto de «supradelicados». Dos manifestaciones suyas tomadas al azar nos revelan el carácter que adoptaba, en esto, el intercambio de ideas entre los dos amigos. Engels habla en una de sus cartas de su «conocida pereza *en fait de théorie*», que se las arregla para apaciguar las protestas íntimas de su inquieto yo sin penetrar hasta el fondo de las cosas; en cambio, Marx, comentando en otra de sus cartas el «divertido» homenaje que un fabricante le rendía, diciéndole que tal parecía como si él lo hubiera sido también, por el dominio de la materia, no puede reprimir este suspiro: «¡Si la gente supiese lo poco que yo sé de todas estas cosas!»

Claro está que, en uno y otro caso, hay que descontar, como es justo, la exageración humorística; pero, con todo, siempre llegaremos al resultado de que Engels aportaba un conocimiento mayor en cuanto al mecanismo interno de la sociedad capitalista, mientras que Marx penetraba con fuerza lógica más aguda en sus leyes dinámicas. Al comunicar a su amigo el plan a que se ajustaba el primer cuaderno de la obra, Engels le contestó: «Es, realmente, un compendio harto abstracto, cosa difícil de evitar seguramente por la concisión, y a mí me cuesta trabajo encontrar los nexos dialécticos, pues ya sabes que vivo alejado de la labor abstracta del pensamiento.» En cambio, Marx tropezaba con sus dificultades para asimilarse bien los informes que Engels le facilitaba, contestando a su cuestionario respecto al régimen que seguían los industriales y los comerciantes para calcular la parte de ganancias que se apropiaban y la que aplicaban a amortización de la maquinaria y del capital circulante desembolsado. No cesaba de quejarse de que en la Economía política anduviesen tan divorciados lo prácticamente interesante y lo teóricamente necesario.

Hay una razón que demuestra que Marx no se puso a redactar su obra hasta los años 1857 y 1858, y es que, ya en esta fase, hubo de variar el plan. En abril de 1858 propiníase todavía estudiar en el primer cuaderno «el capital en general», pero, a pesar de haber adoptado ese cuaderno el doble o el triple del volumen proyectado, no se refiere para nada al capital, sino que incluye solamente dos capítulos referentes a la mercancía y al dinero. Marx veía en esto una ventaja, y es que de este modo la crítica no podía tachar el libro de tendencioso, sin comprender que tenía a su alcance el arma, mucho más eficaz, del silencio.

En el prólogo resume su proceso de formación científica. No podemos menos de reproducir aquí las famosas líneas en que sintetiza el materialismo histórico. «Mi investigación (de la Filosofía del Derecho de Hegel), me condujo a la conclusión de que las relaciones jurídicas, lo mismo que las formas de gobierno, no pueden explicarse por sí mismas ni por lo que se llama la evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida

que Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y los franceses del siglo XVIII, agrupa bajo el nombre de «sociedad civil», y que la anatomía de esta sociedad civil hay que buscarla en la Economía política. La conclusión general a que llegué y que, una vez obtenida, me sirvió ya de hilo conductor para mis estudios, puede resumirse brevemente así: en la producción social de su vida, los hombres se ajustan a determinadas condiciones necesarias, independientes de su voluntad, condiciones de producción que responden a una determinada fase de progreso de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas condiciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, su base real, sobre la que se erige el edificio jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas sociales de conciencia. El régimen de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual, en términos generales. No es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino por el contrario, su existencia social la que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las condiciones de producción imperantes o, para decirlo en los términos jurídicos equivalentes, con el régimen de propiedad dentro del cual se habían venido desarrollando. De formas propulsoras de las fuerzas productivas, aquellas condiciones se convierten en trabas para las mismas. Y así, se abre una época de revolución social. Al transformarse la base económica de la sociedad, se viene a tierra, más temprano o más tarde, el inmenso edificio levantado sobre ella. En un análisis de estas transformaciones, hay que distinguir los cambios materiales que afectan a las condiciones económicas de la producción y que cabe pulsar en todo momento por los procedimientos de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, ideológicas en una palabra, en que los hombres cobran conciencia de este conflicto y toman partido en él. Y del mismo modo que no se puede juzgar lo que es un hombre por lo que él piense de sí, no se puede tampoco formar juicio de una de estas épocas de transformación por la conciencia que ella se forme, sino que, por el contrario, hay que buscarle una explicación a esta conciencia en las contradicciones de la vida material, en el conflicto planteado entre las fuerzas sociales productivas y las condiciones de la producción. Una formación social no perece nunca hasta que no ha desarrollado íntegramente todas las fuerzas productivas de que es capaz, ni las nuevas etapas del régimen de producción entran en escena hasta que las condiciones materiales para su existencia no han germinado en el seno de la sociedad antigua. Por eso la humanidad no se plantea nunca problemas que no alcanza a resolver, pues, bien mirado, lo que ocurre es que esos problemas no brotan en tanto que no existen, o a lo menos se

están gestando, las condiciones materiales para su solución. A grandes rasgos, podemos destacar como etapas de progreso, en el cuadro de las formas económicas de la sociedad, el régimen de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. El régimen burgués de producción es la última forma antagónica del proceso de producción social; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que brota de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean, a la par, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.»

En este cuaderno, titulado por su autor «Aportación a la Crítica de la Economía política», Marx da ya el paso decisivo de superación de la Economía burguesa, que tiene sus principales representantes en Adam Smith y David Ricardo. Esta teoría culminaba en la determinación del valor de la mercancía por el tiempo de trabajo; pero, al concebir la producción burguesa como forma natural y eterna de la producción social, consideraba la creación de valor como una propiedad natural inherente al trabajo humano, propia del trabajo individual y concreto de cada hombre de por sí, con lo que caía en una serie de contradicciones que no acertaba a resolver. Marx, por el contrario, no ve en la producción burguesa la forma natural y eterna, sino una simple forma histórica dada de la producción social, a la que habían precedido muchas otras. Y colocándose en este punto de vista, somete la cualidad del trabajo como fuente de valor a un profundo y concienzudo análisis; investiga qué clase de trabajo es el que crea valor y cómo y por qué, para llegar a la conclusión de que el valor no es otra cosa que trabajo cristalizado de ese tipo.

De este modo, llega al «punto cardinal», en torno al cual gira toda la inteligencia de la Economía política: el doble carácter que presenta el trabajo en el seno de la sociedad burguesa. El trabajo individual, concreto, crea valores de uso; el trabajo social, abstracto, engendra valores de cambio. En cuanto creador de valores de uso, el trabajo es característica de todos los tipos de sociedad; como actividad inteligente encaminada a la apropiación de elementos de la naturaleza, bajo una u otra forma, el trabajo es condición natural de la existencia humana, una condición de asimilación entre el hombre y la naturaleza, independiente de toda forma social. Pero este trabajo tiene por supuesto previo la existencia de una materia y no es, por tanto, la fuente única y exclusiva de lo que produce; es decir, de la riqueza material. Por mucho que difiera en los diferentes valores la proporción entre el trabajo y la materia de la naturaleza sobre que versa, el valor de uso entraña siempre un substracto natural.



No acontece eso con el valor de cambio. Este no encierra materia natural alguna: no tiene más fuente que el trabajo, que es, por tanto, también, la única fuente de la riqueza, formada por valores de cambio. En función de cambio, los valores de uso valen tanto unos como otros, siempre y cuando que concurran en la proporción debida. «El valor de cambio de un palacio puede perfectamente expresarse en una determinada cantidad de cajas de betún. Los fabricantes de betún de Londres lo saben bien, pues sus palacios no son otra cosa que la expresión de los miles y miles de cajas de betún fabricadas.» El intercambio de mercancías, en que se truecan unas por otras sin atender para nada a sus propiedades naturales ni a las necesidades que tienden a satisfacer, refleja, a través de toda su pintoresca variedad, una unidad armónica: todas son fruto de un trabajo abstracto y uniforme, «que es siempre el mismo, actúe sobre oro, hierro, trigo o seda, como es siempre el mismo el oxígeno, ya se presente en el óxido del hierro, en la atmósfera, en el zumo de la uva o en la sangre humana». Y si la diferencia de los valores de uso responde a la diferencia del trabajo que los produce, es evidente que al trabajo creador de los valores de cambio le es indiferente la materia específica de los valores de uso, como se lo es también la forma específica del trabajo mismo. Trátase de un trabajo igual, homogéneo, abstracto, que no cabe distinguir ni fraccionar por el carácter, sino por la medida, por las diferentes cantidades que de él encarnan en valores de cambio de diferente magnitud. Estas diferentes cantidades de trabajo abstracto sólo pueden medirse por el tiempo, por las fracciones naturales de tiempo invertido: por horas, días, semanas, etc. El trabajo cobra existencia viva en la jornada de trabajo, independientemente de su forma, contenido e individualidad. Consideradas como valores de cambio las mercancías no son más que determinadas fracciones de trabajo cristalizado, el tiempo de trabajo en ellas invertido. Y esta misma cantidad de trabajo materializada en los valores de uso, que es la sustancia que los convierte en valores de cambio, o sea en mercancías, es la que determina la magnitud de su valor.

Este doble carácter del trabajo es la forma social característica que adopta en el régimen social de mercancías. En la fase de comunismo natural y primitivo con que nos encontramos en los umbrales de la historia de todos los pueblos cultos, el trabajo individual se halla directamente incorporado al organismo social. En los servicios y prestaciones naturales de la Edad Media, el lazo social del trabajo estaba en su carácter específico y no en su generalidad. En la familia rústico-patriarcal, donde las mujeres hilaban y los hombres tejían para el consumo familiar interno, el hilo y el lienzo eran productos sociales, el hilar y el tejer trabajos sociales dentro de las fronteras de la familia. Las relaciones familiares, con su régimen primitivo de división del

trabajo, imprimían al producto de éste su sello típico: el hilo y el lienzo no eran objeto de intercambio como expresiones equivalentes de la misma cantidad colectiva de trabajo. Tenemos que llegar al régimen de producción de mercancías para que el trabajo individual se convierta en trabajo social, al adoptar la forma de su reverso inmediato, la forma general y abstracta.

Ahora bien; la mercancía auna y conjuga en sí el valor de uso y el valor de cambio, y además, sólo es tal mercancía con relación a otras. La relación de las mercancías entre sí constituye el proceso de cambio. En este proceso, que los individuos, independientes unos de otros, contraen, la mercancía aparece y necesariamente tiene que aparecer a la vez como valor de uso y de cambio; es decir, como fruto de un trabajo concreto, destinado a satisfacer necesidades concretas, y como producto de un trabajo abstracto, susceptible de ser cambiado por otra cantidad igual de trabajo abstracto. El proceso de cambio de las mercancías tiene por fuerza que desarrollar y resolver esta contradicción, según la cual el trabajo individual materializado en una determinada mercancía, presenta, a la par con su carácter concreto, un carácter abstracto y general.

Considerada como valor de cambio, toda mercancía es medida de valor de las demás. Y viceversa, esa mercancía concreta que sirve de contraste de valor para todas las demás, cobra existencia propia y genuína como valor de cambio; es decir, que el valor de cambio se transforma en mercancía específica y exclusiva que, al convertir a sí todas las demás, viene a materializar de un modo directo el trabajo abstracto, o sea la cantidad o tiempo de trabajo, del dinero. Así, viene a resolverse en una mercancía típica, la contradicción que la mercancía como tal encierra, como valor específico de uso de equivalencia general, de utilidad para todo el mundo. Esta mercancía es el dinero.

En el dinero cristaliza el valor de cambio de las mercancías, formando una mercancía peculiar. El precipitado dinero es un producto necesario del proceso de cambio en que se equiparan de hecho unos con otros varios productos de trabajo, convirtiéndose con ello materialmente en mercancías. Ha ido desarrollándose instintivamente por cauces históricos. El régimen material de trueque o permuta, forma elemental y primitiva del proceso de cambio, representa más bien la conversion incipiente de los valores de uso de mercancías que la de éstas en dinero. Conforme se va desarrollando el valor de cambio y los valores de uso se van convirtiendo en mercancías, conforme se va emancipando y adoptando formas más libres el valor de cambio, sin depender directamente del de uso, va precipitándose la formación del dinero. Al principio, desempeñan esta función una mercancía o varias, las de valor de uso más general: el ganado, el trigo, los esclavos. En

este cometido turnan toda una serie de mercancías, más o menos idóneas. Hasta que, por último, la función se concreta en los metales preciosos, por la sencilla razón de que éstos poseen las propiedades físicas necesarias de esa mercancía específica en que debe cristalizar la expresión pecuniaria de todas las demás, por exigirlo así directamente la naturaleza del valor de cambio: permanencia de su valor de uso, fácil divisibilidad, uniformidad de las partes e identidad de todos los ejemplares.

De los metales preciosos, es el oro, a su vez, el que va monopolizando las funciones propias de la mercancía dinero. Sirve de medida de valores, de criterio determinante de precios y de medio de circulación de mercancías. El salto mortal de la mercancía al dinero revela que el trabajo en ella acumulado tiene, en efecto, carácter abstracto, general y social. Todo objeto que no admita esta transustanciación falta a su destino de mercancía, y aun al de producto, pues si por algo es mercancía es porque no tiene valor de uso para su poseedor.

Marx demuestra de este modo cómo y por qué, en virtud de la cualidad de valor que le es inherente, la mercancía y el cambio de mercancías tienen por fuerza que engendrar la antítesis de mercancía y dinero. En el dinero, que no es sino un objeto natural dotado de determinadas propiedades, Marx descubre una relación social de producción, y explica las confusas concepciones que de él se forman los economistas modernos por el hecho de que unas veces se representan como relación social la que creen, neciamente, aprehender como un objeto, y luego, en cuanto pretenden definirlo como relación social, vuelve a mostrárseles burlescamente como entidad material.

Al principio, el resplandor que despedían estas investigaciones críticas, cegó más que iluminó, incluso a los amigos del propio autor. Liebknecht dijo que no recordaba haber leído nada que tanto le hubiese decepcionado, y Miquel encontraba en la obra «pocas cosas realmente nuevas». Lassalle hizo observaciones muy hermosas acerca de la forma y el estilo, que ponía, sin atisbo de envidia, por encima de Heráclito, pero Marx, esta vez, no se equivocaba al deducir de estas «frases» la sospecha de que no había entendido «gran cosa de la parte económica». En efecto, Lassalle había de demostrar muy pronto que no había comprendido lo que era precisamente el «punto cardinal», la distinción entre el trabajo creador de valores de uso y el trabajo que se traducía en valores de cambio.

Y si esto eran los amigos, ¿qué podía esperarse de los adversarios? En 1885 decía Engels que Marx había desarrollado la primera teoría fundamental sobre el dinero, aceptada tácitamente por todo el mundo; a los siete años de esto, publicábase en la «Enciclopedia de las Ciencias sociales», obra maestra de la economía burguesa, un artículo sobre

el dinero que ocupaba cincuenta columnas y en el que, sin mencionar para nada a Marx, no se hacía más que repetir los tópicos de siempre, para llegar a la conclusión de que el enigma del dinero seguía sin resolver.

No tenía nada de extraño. Es natural que el dinero sea inescrutable para una sociedad que lo ha erigido en su dios.

CAPITULO X

CONMOCIONES DINÁSTICAS

1. La guerra italiana.

La crisis de 1857 no había conducido a la revolución proletaria que Marx y Engels habían esperado de ella. Mas no por eso dejó de acarrear ciertos efectos revolucionarios, aunque sólo consistiesen en conmociones dinásticas. Surgió un reino de Italia, al que siguió a poco un Imperio alemán, al paso que el Imperio francés se hundía sin dejar huella.

Estos cambios eran perfectamente explicables. La burguesía no da jamás las batallas revolucionarias con que se lucra, y la revolución de 1848 le había quitado las ganas de volver a llamar al proletariado para dirimir sus contiendas. En esta revolución, y sobre todo en las acciones de junio en París, los obreros habían roto con la tradición, no habían querido que se les siguiese considerando carne de cañón de la burguesía y habían reclamado para sí una parte, al menos, de los frutos de una victoria arrancada con su sangre y con sus puños.

Esto hizo que la burguesía concibiese, ya en los años de la revolución, la idea astuta de confiarse a otro poder que no fuese el proletariado, al cual ya no podía engañar, para que le sacase las castañas del fuego; sobre todo en Alemania y en Italia, es decir, en aquellos países en que no estaba instaurado siquiera el Estado nacional, de que las fuerzas de la producción capitalista necesitaban para poder desarrollarse prósperamente. Para concebir esta idea no hacía falta quebrarse mucho la cabeza. Nada mejor que brindar a un príncipe cualquiera el mando sobre todo el territorio nacional, con tal de que, en justa compensación, dejase a la burguesía vía libre para sus exigencias de explotación y expansión. Claro está que para esto la burguesía tenía que claudicar en sus ideales políticos y contentarse con la satisfacción de sus intereses materiales desnudos y escuetos, pues, al invocar la protección de un príncipe, se entregaba atada de pies y manos a su poder.

No tiene nada de extraño que fuesen precisamente los Estados más reaccionarios los que la burguesía eligió para coquetear con ellos durante los años de la revolución: en Italia, el reino de Cerdeña, aquel Estado «jesuítico-militar» donde, según la maldición del poeta alemán,

«soldados y curas chupaban el tuétano del pueblo»; en Alemania el reino de Prusia, sobre el que pesaba la sorda opresión de la aristocracia rural del Este del Elba. Por el momento, en ninguno de los dos países pudo llegarse a la meta. El rey Carlos Alberto de Cerdeña, que se erigió en «espada de Italia», fué derrotado en el campo de batalla por las tropas austriacas y murió en el extranjero, huído de su país. En Prusia, el cuarto Federico Guillermo rechazó la corona imperial alemana que la burguesía del país le brindaba en bandeja de plata como un cerco imaginario hecho de latón y arcilla; y prefirió despojar poco limpiamente al cadáver de la revolución, hasta que, no la espada austriaca, sino el látigo austriaco, le dió una buena lección en Olmütz.

Aquella misma prosperidad industrial que había informado la revolución de 1848 era una potente palanca en manos de la burguesía alemana e italiana, mas para manejarla necesitaban, de un modo cada vez más apremiante, la conquista de la unidad nacional. Cuando la crisis de 1857 vino a recordar la caducidad de todos los esplendores capitalistas, echó a rodar la bola. Primero, en Italia, sin que por ello deba pensarse que el proceso capitalista estuviese aquí más avanzado que en Alemania. Todo lo contrario. En Italia aún no existían ni vestigios de la gran industria, y el divorcio entre la burguesía y el proletariado no estaba todavía lo suficientemente acusado para despertar los recelos de ambas partes. Otra circunstancia que pesaba considerablemente en el platillo de la balanza era que la desmembración de Italia tenía su base en el régimen de una potencia extranjera, cuyo yugo era aspiración común de todas las clases sacudir. Austria tenía anexionadas directamente la Lombardía y Venecia, e indirectamente el imperio se extendía sobre la Italia central, cuyos principillos obedecían las órdenes de la Corte de Viena. La lucha contra esta potencia intrusa venía librándose sin interrupción desde la segunda década del siglo, dando lugar a las más crueles medidas de opresión, que a su vez no hacían más que revolver las iras de los oprimidos; el puñal italiano seguía, como la sombra al cuerpo, al látigo austriaco.

Pero los atentados, los motines y las conspiraciones no bastaban a derribar la supremacía de los Habsburgos, contra la que se habían estrellado también, en los años de la revolución, todos los alzamientos italianos. La profecía de que Italia se incorporaría y haría independiente por sus propias fuerzas—*Italia fara da se*—había resultado ser una ilusión. Italia necesitaba, para sacudir el yugo austriaco, la ayuda del extranjero, y volvió los ojos a Francia, la nación hermana. Es cierto que el conservar la desmembración de Italia y de Alemania era un principio tradicional de la política francesa, pero el aventurero que ocupaba por aquellos años el trono de Francia era hombre con quien se podía tratar. El segundo Imperio no podía atenerse decorosamente

a las fronteras que el extranjero había trazado al territorio francés después de la caída del primer emperador. Necesitaba hacer conquistas, aunque el falso Bonaparte no podía, naturalmente, seguir, como conquistador, el camino del Bonaparte de verdad. Hubo de contentarse con tomar de su pretendido tío el llamado «principio de las nacionalidades», presentándose en escena con el papel de Mesías de las naciones oprimidas y dando por supuesto que éstas le pagarían sus buenos oficios con propinas abundantes de hombres y territorios.

Pero su situación no le permitía grandes empresas. Carecía de poder para entablar una guerra europea, y no digamos revolucionaria; a lo más que podía llegar, contando con la venia de Europa, era a arremeter contra la cabeza de turco del continente, que a comienzos de la década del cincuenta había sido Rusia y al final de ésta era Austria. El ignominioso régimen de Bonaparte en Italia degeneró en un escándalo europeo, ya que la Casa de Habsburgo estaba reñida a muerte con los viejos amigos de la Santa Alianza: con Prusia por lo de Olmütz y con Rusia por lo de la guerra de Crimea. Atacando a Austria, Bonaparte podía estar seguro de la ayuda de Rusia.

La situación interior de Francia reclamaba apremiantemente una acción extranjera para remozar el prestigio bonapartista. La crisis comercial de 1857 había paralizado la industria francesa, y las maniobras del gobierno para impedir que la crisis explotase con carácter agudo, había convertido el mal en crónico, haciendo que durase años y años el estancamiento del comercio francés. Esto sembraba la rebeldía por igual en la burguesía y en el proletariado, y hasta la clase campesina, que era la verdadera columna del golpe de Estado y del régimen, comenzaba a gruñir; la gran baja de los precios del trigo producida en los años 1857 a 1859 le arrancaba la queja de que no era posible seguir trabajando la tierra en Francia, con aquellos precios tan bajos y las grandes contribuciones que sobre ella pesaban.

En esta situación, Bonaparte vióse calurosamente solicitado por Cavour, primer ministro del reino de Cerdeña, que venía a restaurar las tradiciones de Carlos Alberto, pero manteniéndolas con muchísima más habilidad. Sin embargo, como no disponía más que de las armas impotentes de la diplomacia, avanzaba lentísimamente, tanto más cuanto que el carácter retraído e irresoluto de Bonaparte no estaba hecho para las decisiones rápidas. Pero el partido italiano de acción se las arregló para poner rápidamente en pie a este libertador de pueblos. El 14 de enero de 1858, Orsini y los otros conjurados lanzaron en París sus bombas contra el coche imperial, que quedó acribillado por setenta y seis astillas de granada. Aunque los ocupantes salieron ilesos del atentado, el hombre de diciembre respondió al susto mortal, como era de rigor en gentes de su calaña, implantando inmediatamente un régi-

men de terror. Con ello, lo único que demostraba era que su imperio, después de siete años de gobierno, seguía erigido sobre pies de arcilla. Una carta que le dirigió Orsini desde la cárcel infundió nuevo terror a sus miembros podridos. «No olvide usted—le decía la carta—que la paz de Europa y la suya personal serán una quimera mientras Italia no sea independiente y libre.» Al parecer, Orsini le hablaba todavía más claro en una segunda carta. No era la primera vez que Bonaparte, en los extravíos de su vida aventurera, caía en manos de los conspiradores italianos, y sabía que su venganza no era cosa de broma.

En el verano de 1858 mandó llamar a Cavour al balneario de Plombieres, acordando con él la guerra contra Austria. Cerdeña obtendría la Lombardía y Venecia, redondeando sus territorios y extendiendo su reino a todo el Norte de Italia, a cambio de lo cual Francia se quedaría con Savoya y Niza. Era ésta una negociación diplomática en que la libertad y la independencia de Italia quedaban muy en segundo plano. Acerca de la suerte de la Italia central y meridional no se dispuso nada, aun cuando ambas partes abrigaban sus secretas aspiraciones respecto a estos territorios. Bonaparte no podía abandonar las tradiciones de la política francesa hasta el punto de laborar por una Italia unida; su aspiración—combinada, además, con la de mantener la soberanía pontificia—era implantar una federación de dinastías italianas que, obstruyéndose unas a otras, dejarían el paso libre a la influencia francesa; además, se debatía con el pensamiento de ofrecer a su primo Jeromo un reino en la Italia central. Cavour, por su parte, contaba con el movimiento nacional, que le permitiría contrarrestar todas las tendencias dinástico-particularistas tan pronto como la Italia del Norte se unificase y adquiriese un cierto poder.

En la alocución de año nuevo de 1859, Bonaparte descubrió sus planes al embajador austriaco en París; pocos días después, el rey de Cerdeña declaraba que no era sordo a los gritos de angustia de Italia. En Viena no pasaron desapercibidas las amenazas, y la guerra se echó rápidamente encima, siendo el gobierno austriaco tan torpe, que se dejó arrastrar al papel de agresor. Medio en quiebra como estaba, este gobierno, atacado por Francia y amenazado por Rusia, se encontraba en una situación harto precaria, de la cual no podía sacarle la tibia amistad de los tories ingleses. Intentó ganar para su causa a la Confederación alemana, que, si bien no estaba obligada por los tratados a defender los territorios de ningún Estado confederado situados fuera de las fronteras alemanas, mordería quizá en el cebo político-militar de que había que defender el Rin junto al Po, o lo que es lo mismo, que el interés de Alemania exigía la defensa del régimen intrusista de Austria en el Norte de Italia.

En Alemania se había iniciado también, desde la crisis de 1857, un

movimiento nacional, que no se distinguía gran cosa en ventaja suya del italiano. Le faltaba el acicate de un invasor, y la burguesía alemana, desde los sucesos de 1848, le tenía un miedo insuperable al proletariado, aunque, a la verdad, el riesgo que había corrido no era para temer. Pero las acciones de junio en París le habían abierto los ojos. Ahora, ya no era Francia su ideal, sino Inglaterra, donde la burguesía y el proletariado parecían llevarse muy bien. La boda del príncipe heredero de Prusia con una princesa británica llevó al apogeo su entusiasmo, y cuando, para colmo de delicias, en otoño de 1858, en que el rey, enfermo mental, hubo de entregar el trono a su hermano, éste se decidió a nombrar un gabinete liberal, por razones que tenían muy poco que ver con el liberalismo, estalló entre la burguesía prusiana aquel «júbilo bovino de la coronación» que Lassalle pinta con rasgos de tan amarga sátira. Aquella digna clase renegó de sus propios héroes de 1848 para no molestar al príncipe regente, y, lejos de acuciar cuando el nuevo ministerio lo dejaba todo tal y como lo había encontrado, o poco menos, lanzó la famosa consigna de «no empujar», por puro miedo a que el nuevo señor se enfadase y diese al traste con la «nueva era», que sólo vivía de su favor y que no era, en realidad, más que una sombra vana proyectada en la pared.

Conforme se iba cerniendo sobre las cabezas la tormenta de la guerra, iba creciendo en Alemania el oleaje. El camino seguido por Cavour para implantar la unidad en Italia, tenía mucho de tentador para la burguesía alemana, que ya hacía largo tiempo que había asignado a Prusia el papel representado por Cerdeña. Sin embargo, el ataque del enemigo secular francés contra la avanzada de la Confederación alemana evocaba en ella inquietudes y recuerdos que la turbaban. ¿Vendría a reanudar este falso Bonaparte las tradiciones del auténtico? ¿Retornarían las jornadas de Austerlitz y Jena, volverían a crujir sobre Alemania las cadenas del invasor? Las plumas a sueldo de Austria no se cansaban de dibujar sobre la pared este espectro de terror, a la par que pintaban la estampa paradisíaca y futurista de una «gran potencia centroeuropea», que abarcaría, bajo la influencia preponderante de Austria, la Confederación alemana, Hungría, los territorios eslavo-rumanos del Danubio, Alsacia-Lorena, Holanda y qué sé yo cuántas cosas más. Para contrarrestar esta campaña de propaganda, Bonaparte dió también suelta, naturalmente, a sus plumíferos, que juraban y perjuraban que nada estaba más lejos del alma cándida de su dueño y señor que el apetito de apoderarse de las orillas del Rin, y que la guerra contra Austria no tenía otro designio que los fines sublimes y augustos de la civilización.

En medio de este desconcierto de opiniones, el buen burgués no sabía a qué atenerse, si bien, poco a poco, empezaba a dar más crédito

a las cantinelas de los Habsburgos que a las de Bonaparte. Aquellas quimeras resultaban más acariciadoras para el patriotismo de cervecería, aparte de que hacía falta una fe demasiado potente para creer en la misión civilizadora del hombre de diciembre. Sin embargo, la situación era tan enmarañada, que hasta hombres que eran verdaderos políticos, y políticos revolucionarios, perfectamente identificados en los problemas sustanciales, discrepaban acerca de la política que Alemania debía seguir ante la guerra italiana.

2. La discordia con Lassalle.

De acuerdo con Marx, Engels se puso inmediatamente en campaña, con su folleto «Po y el Rin», para el que Lassalle le buscó editor (Franz Duncker). Este folleto se proponía por fin combatir la consigna austriaca de que había que defender el Rin junto al Po. Engels demostraba que Alemania no necesitaba ni un solo palmo de territorio italiano para su defensa y que Francia, si habían de decidir las razones puramente militares, tenía mucho más derecho al Rin que Alemania al Po. Engels dudaba, pues, que la anexión de la Italia del Norte por Austria respondiese, para Alemania, a ninguna necesidad militar; además, patentizaba que no le convenía tampoco políticamente; que, lejos de ello, podía serle muy peligrosa y atraer sobre su cabeza, por los abusos inauditos de que el látigo austriaco hacía objeto a los patriotas italianos, el odio y la fanática hostilidad de toda Italia.

Pero Engels entendía que la cuestión suscitada en torno a la posesión de la Lombardía se debatía entre Italia y Alemania, y no entre Austria y Luis Napoleón. Frente a un tercero como Bonaparte, que se inmiscuía movido por su propio interés, en cierto respecto antialemán, se trataba sencillamente de mantener el dominio de una provincia a que sólo debía renunciarse por la fuerza, de defender una posición militar que sólo se evacuaba cuando ya no pudiera defenderse. Frente a las amenazas bonapartistas, el tópico habsburgiano, tenía, pues, absoluta razón de ser. Si para Luis Napoleón el Po era un pretexto, su meta final tenía que ser necesariamente el Rin. Sólo haciéndose fuerte en el Rin como frontera podía consolidarse en Francia el régimen del golpe de Estado. Era lo que decía el viejo refrán: «miento el saco y pido el asno». Si Italia se prestaba, porque le conviniese, a hacer de saco, a Alemania no le placía, por esta vez, representar el papel de asno. Si, en el fondo, de lo que se trataba era de anexionarse la orilla izquierda del Rin, Alemania no podía, en modo alguno, abandonar sin lucha el Po, y con él una de sus posiciones más fuertes, más aún, la más fuerte

de todas. En vísperas de una guerra, como en el transcurso de la guerra misma, no había más remedio que ocupar todas aquellas posiciones, desde las cuales se pudiera amenazar y hostilizar al enemigo, sin pararse a reflexiones morales, ni a ver si esta conducta era o no compatible con la justicia eterna y con el principio de las nacionalidades. Lo primero era salvar la pelleja.

Marx estaba plenamente de acuerdo con esta tesis. Cuando hubo leído el manuscrito del folleto, escribió a su autor: «¡Magnífico! La parte política está también espléndidamente tratada, y eso que no era fácil, ni mucho menos. El folleto tendrá un gran éxito.» Lassalle, en cambio, declaró que no se explicaba aquella actitud. Poco después de aparecer el escrito de Engels, publicó, editado también por Franz Duncker, otro opúsculo, con este título: «La guerra italiana y la misión de Prusia». En él, partiendo de supuestos totalmente distintos, llegaba también a conclusiones radicalmente diferentes. Marx lo calificó de «increíble equivocación».

Lassalle no veía en el movimiento nacional alemán, producido bajo el signo de la guerra inminente, más que «absoluto odio contra Francia, pura francofobia (en que Napoleón no era más que el pretexto y el desarrollo revolucionario de Francia la verdadera causa secreta)». Una guerra nacional franco-alemana, en que los dos grandes países civilizados del continente se desgarrasen acuciados por fantasmas nacionales, una guerra popular contra Francia, que no desencadenaría ningún problema vital de carácter nacional, sino que se nutriría moralmente de un sentimiento nacionalista enfermizo y supersensible, de los extravíos del patriotismo y de una pueril y jactanciosa francofobia era, a los ojos de Lassalle, el más espantoso peligro que podía amenazar a la cultura europea, a todos los intereses, así nacionales como revolucionarios, de Europa, el triunfo más monstruoso e incalculable que el principio reaccionario habría arrancado desde marzo de 1848. Lassalle entendía que era misión vital de la democracia oponerse con todas sus fuerzas a semejante guerra.

Analizaba, punto por punto, que la guerra italiana no significaba ninguna amenaza seria para Alemania. La nación alemana estaba vivamente interesada en que el movimiento de la unidad italiana triunfase, y las buenas causas no dejaban de serlo porque pusiera la mano en ellas un ruin sujeto. Si Bonaparte aspiraba, con la campaña italiana, a lucrarse, escamoteando unos cuantos céntimos de popularidad para su persona, no había más que negárselos y hacer la obra a que le empujaban miramientos personales estéril para esos fines. Pero ¿cómo, por esa sola razón, se iba a luchar contra lo que siempre se había deseado y apetecido? «De un lado, Alemania se encontraba con un mal sujeto y una buena causa. De otro lado, con una mala causa y... ¡qué

sujeto!». Lassalle traía al recuerdo el asesinato de Blum, los sucesos de Olmütz, Holstein, Bronzell, todas las infamias con que se había manchado a costa de Alemania, no el despotismo bonapartista, sino la autocracia de los Habsburgos. El pueblo alemán no tenía el menor interés en impedir que se debilitase la potencia austriaca, ya que era necesario destruirla por completo para poder pensar en la unidad alemana. El día en que Italia y Hungría se emancipasen, les serían restituídos al pueblo alemán los doce millones de alemanes de Austria; hasta entonces, no podrían sentirse alemanes ni se podría pensar en una Alemania unificada.

Analizando en su totalidad la situación histórica de Bonaparte, Lassalle llegaba a la conclusión de que este hombre limitado, al que Europa daba, en general, tan excesiva importancia, no podía pensar en conquistas, ni siquiera en Italia; mucho menos, naturalmente, en Alemania. Pero, aun suponiendo que realmente se dejase llevar por fantásticos planes de conquistas y anexiones, ¿qué razón había para que los alemanes demostrasen un miedo tan indecoroso? Lassalle se burlaba de aquellos buenos patriotas que medían las energías nacionales por el rasero de las jornadas de Jena y a quienes el miedo hacía montar en loca intrepidez, pues, temerosos de un ataque sumamente inverosímil de Francia, se lanzaban a atacarla ellos. Era claro como la luz del día que en una guerra defensiva contra una agresión francesa, Alemania podría desplegar y desplegaría energías muy distintas a las que podría aplicar a una guerra de invasión, que además no conseguiría otra cosa que congregar en torno a Bonaparte a la nación francesa, y consolidar su trono.

Lassalle encontraría fundada una guerra contra Francia en el caso de que Bonaparte pretendiera retener para sí el botín arrancado a los austriacos o levantar a su primo un trono en el centro de Italia. Si no se daba ninguno de estos dos casos y, no obstante, el gobierno prusiano se obstinaba en entablar una guerra de odios contra Francia, la democracia debía oponerse. Mas la simple neutralidad no bastaba. La misión histórica que Prusia tenía que cumplir, en interés de la nación alemana, consistía, por el contrario, en mandar a sus tropas contra Dinamarca, pregonando: «Si Napoleón quiere modificar el mapa de Europa en el Sur con arreglo al principio de las nacionalidades, nosotros haremos lo mismo en el Norte. Y si Napoleón libera a Italia, nosotros daremos la independencia al Sleswig-Holstein.» Las vacilaciones y la inacción de Prusia, en este caso, no servirían más que para demostrar, una vez más, que la monarquía era ya incapaz, en Alemania, de sacar adelante una sola causa nacional.

Este programa le ha valido a Lassalle ser consagrado como profeta nacional y augur de la política que luego había de seguir Bismarck.

Pero la guerra dinástica de conquistas desatada por Bismarck en 1864 para adueñarse de los ducados del Norte, no tenía nada que ver con aquella guerra nacional revolucionaria que Lassalle predicaba en el año 1859; a lo sumo, guardaba con ésta el parecido del camello con el caballo. Lassalle sabía de sobra que el príncipe regente no afrontaría la misión que él le señalaba, mas no por ello dejaba de estar en su derecho al trazar un programa ajustado a los intereses nacionales, aun cuando este programa, por el solo hecho de formularse, se trocase en un reproche contra el gobierno; tenía perfecto derecho a evitar que las masas, excitadas, se aventurasen en un camino falso, señalándoles el verdadero.

Pero, además de lo que decía públicamente en su folleto, Lassalle tenía sus «argumentos subterráneos», que exponía en sus cartas a Marx y Engels. Sabía que el príncipe regente estaba interesadísimo en intervenir en la guerra a favor de Austria, y no tenía nada que objetar contra esto, dando por supuesto que la guerra habría de dirigirse muy mal y que de los vencimientos de estas letras saldría capital para la revolución. Mas, para esto era necesario que la guerra del príncipe regente apareciese desde luego, a los ojos del movimiento nacional, como una guerra dinástica de gabinete, totalmente ajena a los intereses de la nación. Una guerra impopular contra Francia sería, a juicio de Lassalle, una «inmensa fortuna» para la revolución; en cambio, de una guerra popular dirigida por la dinastía no podían esperarse, según él, más que aquellas consecuencias contrarrevolucionarias que tan elocuentemente exponía en su folleto.

Pensando así, era natural que no le pareciese clara la táctica que Engels aconsejaba en su opúsculo. Todo lo que tenía de brillante la argumentación de que Alemania no necesitaba del Po para su defensa militar, lo tenía de dudosa la conclusión de que, en caso de guerra, lo más urgente era defender esos territorios, estando obligada la nación alemana a apoyar a Austria contra la agresión francesa. Para Lassalle, era evidente que si Austria repelía el ataque bonapartista, esto no acarrearía más que consecuencias contrarrevolucionarias. Si Austria, haciéndose fuerte en los territorios anexionados del Norte de Italia y apoyada por la Confederación alemana, salía triunfante, nadie podría poner trabas a su imperio sobre los territorios italianos, aquel imperio que Engels censuraba tan duramente; además, con ello se consolidaría la hegemonía de los Habsburgos sobre Alemania, galvanizándose el mísero régimen de la Dieta federal, y aun suponiendo que Austria derribase al usurpador francés, lo único que conseguiría sería restaurar en el trono a la vieja dinastía borbónica, con lo cual no saldrían ganando nada los alemanes ni los franceses, y menos que nadie la causa revolucionaria.

Para comprender en todo su alcance la posición mantenida por Engels y por Marx, no hay que olvidar que también ellos tenían sus «argumentos subterráneos», y ambos obraban animados por la misma razón que Engels expone en una carta dirigida a Marx: «En Alemania es completamente imposible actuar de un modo directo, política y polémicamente, en el sentido de nuestro partido.» Sin embargo, los «argumentos subterráneos» de los amigos de Londres no aparecen tan patentes como los de Lassalle, pues si bien se conservan las cartas de éste, hasta hoy no se conocen las escritas por ellos. Pero, enfocando en bloque su labor de publicistas en la época, no es difícil adivinarlo. En su segundo folleto, «Savoya, Niza y el Rin», publicado por Engels un año después para combatir la anexión de Savoya y de Niza por Bonaparte, expone claramente los supuestos de que había partido en su primer folleto. Eran, sustancialmente dos; o mejor dicho, tres.

En primer lugar, Marx y Engels entendían que el movimiento nacional alemán era auténtico y genuíno, que tenía un origen «elemental, instintivo, inmediato» y que arrastraría consigo a cuantos gobiernos se le resistiesen. La intromisión de Austria en Italia y el movimiento italiano de independencia les eran, por el momento, indiferentes; creían que el instinto del pueblo se alzaba contra Luis Napoleón, contra las tradiciones del primer Imperio francés, y le daban la razón.

En segundo lugar, Marx y Engels arrancaban del supuesto de que Alemania corría serio peligro por la Alianza franco-rusa. Marx exponía en la *New York Tribune* que la situación financiera y de política interior del segundo Imperio había llegado a un punto crítico, en que solamente una guerra exterior podía prolongar el régimen del golpe de Estado en Francia y con él la primacía de la contrarrevolución en Europa. En estos artículos, expresaba sus temores de que la emancipación de Italia por Bonaparte no fuese más que un pretexto para mantener bajo el yugo a Francia, sometiendo a Italia al golpe de Estado, desplazando las «fronteras naturales de Francia hacia el interior de Alemania, convirtiendo a Austria en un instrumento ruso y forzando a los pueblos a una guerra de legítima e ilegítima contrarrevolución». Por su parte, Engels, como exponía en su segundo folleto, entendía que la Confederación alemana, al tomar partido por Austria, arrastraría a Rusia a los campos de batalla, con el fin de conquistar para Francia la orilla izquierda del Rin, a cambio de tener las manos libres en Turquía. Para él, la intervención de Rusia era un momento decisivo.

Finalmente, Marx y Engels suponían que los gobiernos alemanes, y sobre todo aquellos «supersabios» de Berlín que habían aclamado la paz de Basilea por la que se cedía a Francia la orilla izquierda del Rin y se frotaban las manos de gusto calladamente cuando los austriacos eran derrotados en Ulma y Austerlitz, dejarían a Austria en la estaca-

da. Opinaban que los gobiernos alemanes se verían impulsados por el movimiento nacional, y sus esperanzas eran las que Engels expresaba en una carta dirigida a Lassalle, en la que había un pasaje que conocemos por reproducirlo literalmente Lassalle en su contestación: «¡Viva la guerra, si los franceses y los rusos nos atacan al mismo tiempo y nos vemos con el agua al cuello, pues en esa situación desesperada no habrá partido que no se desgaste, desde los que ahora están en el Poder hasta Zitz y Blum, y la nación, si quiere salvarse, no tendrá más remedio que echarse, por fin, en brazos del partido más fuerte!» A lo cual observaba Lassalle que era muy cierto y que él se mataba en Berlín por demostrar que el gobierno prusiano, si se embarcaba en la guerra, no haría más que trabajar por la revolución, siempre y cuando que la guerra dirigida por el gobierno fuese reprobada por el pueblo como una aventura contrarrevolucionaria tipo Santa Alianza. Pero en todo caso, si sucedía como Engels opinaba, se hundiría a la par el régimen federal alemán, la intrusión de Austria en el Norte de Italia y el golpe de Estado francés; sólo enfocándola así, se comprendía en su verdadera significación la táctica propuesta por él.

Como se ve, entre las dos partes no mediaban discrepancias fundamentales de criterio, sino «opiniones contradictorias en cuanto a los supuestos de hecho», como Marx decía un año después. No existía entre ellos disparidad de ideas nacionales ni revolucionarias. Ambos se proponían como suprema meta la emancipación del proletariado, y, para alcanzar este fin, era condición ineludible la formación de grandes Estados nacionales. Como alemanes que eran, les tocaba más de cerca la unidad alemana, que reclamaba de un modo ineluctable la superación de aquel régimen de particularismos dinásticos. Por eso les traían sin cuidado los gobiernos alemanes y apetecían su derrota: llevados de su preocupación nacional, precisamente; la gloriosa idea de que, desencadenada una guerra entre los gobiernos, la clase obrera renunciaría a toda política propia para encomendar su suerte candorosamente en manos de las clases gobernantes no se les pasó jamás por las mientes a aquellos hombres. Su convicción nacional estaba demasiado arraigada en ellos, para dejarse aturdir por los tópicos dinásticos.

Lo que dificultaba y hacía compleja la situación era que la herencia de los años de la revolución empezaba a liquidarse en conmociones dinásticas. Para trazarse un camino certero, en medio de esta maraña de miras revolucionarias y apetitos reaccionarios, no bastaba atenerse a los principios, sino que había que mirar cara a cara a los hechos. La realidad no permitió contrastar ninguna de las dos posiciones, pero precisamente el curso que tomaron las cosas y que impidió que eso ocurriese, revela con harta claridad que Lassalle había sabido comprender los «supuestos de hecho», en el fondo, más acertadamente que

Engels y Marx. Estos pecaban sin duda por falta de contacto directo con la realidad alemana; también les inducía a error el exagerar acerca, ya que no de los apetitos de conquista, de las posibilidades conquistadoras del zarismo. Lassalle, por su parte, podía exagerar, reduciendo todo el movimiento nacional a la francofobia de los viejos tiempos, pero que ese movimiento no tenía nada de revolucionario lo demostró bien la criatura que, después de tan penoso parto, dió a luz: aquel engendro de la Liga nacional alemana.

También puede que Lassalle no apreciase debidamente el peligro ruso, del que su folleto sólo trata de pasada. Pero que este peligro era todavía bastante remoto, hubo de ponerse de manifiesto cuando el príncipe regente de Prusia, exactamente lo mismo que Lassalle había previsto, movilizó el ejército prusiano y solicitó de la Confederación alemana la movilización de las tropas de los Estados medianos y pequeños. Esta demostración militar bastó para infundir talante pacifista al hombre de diciembre y al zar. Espoleado por un general ruso que compareció inmediatamente en el cuartel general francés, Bonaparte ofreció la paz al derrotado emperador de Austria, renunciando incluso a la mitad de sus planes, hechos ya públicos; hubo de contentarse con la Lombardía, dejando a Venecia bajo el cetro de los Habsburgo. Confiado a sus propias fuerzas, no era quién para entablar una guerra europea, y Rusia se encontraba atada de pies y manos por los disturbios de Polonia, las dificultades de la emancipación de los siervos de la gleba y los golpes por la espalda de la guerra de Crimea, que aún no se había apagado del todo.

Con la paz de Villafranca terminó la disputa que venía sosteniéndose en torno a la táctica revolucionaria frente a la guerra de Italia, pero Lassalle, en sus cartas a Marx y a Engels, no se cansaba de volver sobre el tema, insistiendo una vez y otra en que su posición era la acertada, como había venido a confirmar el giro tomado por las cosas en la realidad. Como no poseemos sus contestaciones y Marx y Engels no llegaron a exponer sus ideas, como pensaban, en un manifiesto público, resulta difícil ponderar el pro y el contra de esta polémica. Lassalle podía remitirse con razón, en apoyo suyo, al curso seguido por el movimiento de la unidad italiana, a la eliminación de las dinastías del centro de Italia gracias al alzamiento de sus maltratados «súbditos», a la conquista de Sicilia y de Nápoles por las legiones de Garibaldi y a la cruz y raya que todos estos sucesos pusieron en los planes bonapartistas, aun cuando al fin y a la postre fuese la dinastía de Saboya la que sorbió la nata de la leche.

Desgraciadamente, la disputa con Lassalle hubo de agriarse considerablemente por el insuperable recelo que Marx abrigaba contra él. No es que Marx no hubiese apetecido conquistarse a «aquel hombre de

medio a medio». Decía de él que era un «hombre enérgico» que no tenía nada que buscar en el partido de la burguesía y opinaba que su «Heráclito», aunque desmañadamente escrito, era superior a todos los libros de que podían jactarse los demócratas. Pero por muy sinceramente que Lassalle le tendiese la mano y el corazón, Marx creíase obligado siempre a guardar con él ciertos miramientos diplomáticos, a tratarle de un modo «hábil» para que no se excediese, y el primer incidente que surgía bastaba para despertar otra vez sus recelos.

Cuando Friedländer hizo que Lassalle reiterase a Marx, esta vez sin condiciones, su invitación de colaborar en la *Wiener Presse,* pero sin insistir luego en la petición, Marx sospechó que Lassalle le había frustrado aquella perspectiva; al imprimirse su Economía política, como la tirada se demorase desde febrero hasta fines de mayo, vió también en ello una «jugada» de Lassalle, que jamás le perdonaría. El verdadero culpable de la demora era el editor, quien para disculparse, dió el pretexto de que había tenido que anteponer, por su carácter de actualidad, los opúsculos de Engels y Lassalle.

3. Nuevas luchas entre los emigrados.

El complejo carácter de la guerra italiana revolvió viejas discordias y provocó nuevos litigios entre los emigrados.

Mientras que los fugitivos italianos y franceses combatían la fusión del movimiento de la unidad italiana con el golpe de Estado francés, una gran parte de los emigrados alemanes se disponían a repetir aquellas torpezas cuya primera edición les había valido un destierro de diez años. No es que compartiesen, ni mucho menos, los puntos de vista de Lassalle, sino que se entusiasmaban con la «nueva era» por la gracia del príncipe regente, en la esperanza de que también a ellos les alcanzaría un rayo del nuevo sol; estaban poseídos de una verdadera «furia de amnistía», según la frase satírica de Freiligrath, y dispuestos a cualquier acto patriótico, si la «Alteza real», como Kinkel había pronosticado ya ante el consejo de guerra de Rastatt, se decidía a forjar con la espada la unidad del Imperio.

Kinkel se erigió nuevamente trompetero de estas tendencias, con su «Hermann», un semanario que empezó a publicarse el 1.° de enero de 1859 y cuyo título antedililuviano indicaba ya bien a las claras qué ideología era la suya. Pronto se convirtió en el órgano auténtico de aquella —para decirlo también con Freiligrath— «nostalgia patriotera», ansiosa de hundirse cuanto antes en el «barullo liberal de los suboficiales prusianos». Esto hizo que el semanario de Kinkel se impusiese rápidamen-

te, matando en seguida a los «Nuevos Tiempos», un periodiquillo obrero que editaba Edgar Bauer por encargo de la Liga de cultura obrera. Como los «Nuevos Tiempos» vivían casi exclusivamente del crédito del impresor, se vinieron a tierra tan pronto como Kinkel ofreció a éste la empresa mucho más provechosa y sólida del «Hermann». Sin embargo, esta jugada no encontró aplauso unánime ni aun en el seno de los emigrados burgueses; el librecambista Faucher fundó un comité de ayuda financiera para proseguir la publicación de los «Nuevos Tiempos», rebautizándoles con el título de «El Pueblo». De su redacción se encargó Elard Biskamp, un emigrado de Hesse que había colaborado en los «Nuevos Tiempos» desde provincias y que ahora abandonaba su puesto de maestro para consagrarse al renaciente periódico.

Biskamp fué a visitar inmediatamente a Marx, acompañado por Liebknecht, para solicitar su colaboración. Desde la hecatombe de 1850, Marx había roto todo contacto con la Liga de cultura obrera. Le disgustó incluso que Liebknecht reanudase personalmente relaciones con esta organización, si bien la opinión de Liebknecht de que un partido obrero sin obreros era una contradicción lógica tenía bastante peso. No obstante, se comprendía perfectamente que Marx no lograse sobreponerse tan pronto a los desagradables recuerdos del pasado, y dejó «estupefacta» a una comisión de la Liga que fué a visitarle con la declaración de que Engels y él no habían recibido sus títulos de representantes del partido proletario de nadie más que de sí mismos, refrendados por el odio general y personal con que les enaltecían los partidos todos del Viejo mundo.

Tampoco prestó grandes oídos en un principio a la invitación que le hacían para colaborar en «El Pueblo». Aunque aplaudía decididamente el que no se dejase vía libre a los manejos de Kinkel y autorizaba a Liebknecht para ayudar a Biskamp en las tareas de redacción del periódico, personalmente no quería intervenir de un modo directo en ningún periódico pequeño ni de partido que no estuviese dirigido por Engels y por él. Lo único que prometió fué hacer cuanto estuviese de su parte por ayudar a la difusión del periódico, poner a su disposición de vez en cuando artículos de la *Tribune* para que los reprodujese y facilitarle noticias e indicaciones verbales acerca de tales o cuales extremos. A Engels le escribió diciéndole que consideraba al «Pueblo» como un periodiquito de pasatiempo, por el estilo de lo que habían sido el *Vorwaerts* y «La Gaceta Alemana» de Bruselas. Pero que podía llegar el momento en que necesitasen apremiantemente disponer en Londres de un periódico. Y que Biskamp era merecedor de ayuda, tanto más cuanto que trabajaba sin recibir sueldo alguno.

Sin embargo, Marx era un luchador demasiado impetuoso para no lanzarse a la lucha con aquel «periodiquito de pasatiempo» cuando

empezó a demostrarse molesto para los manejos de Kinkel. Invirtió no pocas fuerzas y tiempo en mantenerlo a flote, no tanto con su colaboración, que parece haberse limitado, según él mismo dice, a unas cuantas noticias breves, como con sus esfuerzos por asegurar las condiciones materiales de existencia del periódico—que se publicaba, por cierto, en formato grande y con cuatro páginas—, para que pudiese vivir, por lo menos, al día. Ninguno de los pocos amigos del partido se libró de contribuir con su óbolo, el primero de todos Engels, que ayudaba también activamente con la pluma, aportando artículos militares sobre la guerra italiana y sobre todo un importante estudio sobre la obra científica de su amigo, recién publicada, del cual no pudieron ver ya la luz el tercero ni el último artículo. El periódico agonizó a fines de agosto, y todo el fruto práctico que dieron los esfuerzos de Marx por sostenerlo fué que el impresor, un tal Fidelio Hollinger, le hiciese responsable de los descubiertos. La pretensión no podía ser más infundada, pero «como la banda de Kinkel no esperaba otra cosa para echar las campanas a vuelo, dando un escándalo, y el personal que se había movido en torno al periódico no era el más indicado para una exhibición ante los tribunales», Marx salió del trance pagando unas cinco libras.

Sacrificios y cuidados indeciblemente mayores había de costarle otra herencia que le traspasó «El Pueblo». El 1.° de abril de 1859, Carlos Vogt había enviado desde Ginebra a varios emigrados de Londres, entre ellos Freiligrath, un programa político acerca de la actitud de la democracia alemana en la guerra de Italia, invitándoles a colaborar a tenor de aquel programa en un nuevo semanario suizo. Vogt, emparentado con los hermanos Follen, elementos destacados del movimiento juvenil alemán, había sido caudillo de las izquierdas, con Roberto Blum, en la Asamblea Nacional de Francfort, y en los últimos momentos del parlamento agonizante figuró entre los cinco regentes del Imperio nombrados por él. Actualmente, residía como profesor de Teología en Ginebra, ciudad a la que representaba con Fazy, el *líder* de los radicales ginebrinos, en el Senado suizo. En Alemania, mantenía vivo su recuerdo por medio de una intensa agitación a favor de un tipo de materialismo estrecho y científico-natural que desvariaba en cuanto pretendía pisar terreno histórico. Además, Vogt mantenía estas doctrinas, como Ruge acertadamente le reprochaba, con «atolondramiento de muchacho», tendiendo a indignar a los filisteos con sus tópicos cínicos, y, cuando por fin lo consiguió, al sostener que «las ideas guardaban la misma relación con el cerebro que la bilis con el hígado o la orina con los riñones», hasta Luis Büchner, su más íntimo correligionario, hubo de negar aquella especie de racionalismo barato.

Freiligrath solicitó un juicio de Marx acerca del programa político enviado por Vogt, y obtuvo esta lacónica respuesta: ¡política de mesa

de café! A Engels le escribía comentando el asunto en términos más explícitos: «Alemania renuncia a sus territorios extraalemanes. No apoya a Austria. El despotismo francés es transitorio, el austriaco permanente. A ambos déspotas se les permite desangrarse. (Hasta se percibe cierta propensión hacia Bonaparte.) Alemania, la neutralidad armada. Según Vogt dice saber de buena fuente, no hay que pensar en un movimiento revolucionario mientras vivamos. Por consiguiente, tan pronto como Austria se vea arruinada por Bonaparte, empezará a desarrollarse en la patria, espontáneamente, un proceso liberal-nacional moderado de tipo regencia, y nada tendría de particular que Vogt llegase a ser bufón de palacio en Prusia.» El recelo que habla en estas líneas tornóse en certeza para Marx cuando Vogt, que no pudo sacar adelante el semanario proyectado, editó sus «Estudios acerca de la situación actual de Europa», cuya afinidad espiritual con los tópicos bonapartistas era ya innegable.

Vogt habíase dirigido también, a la par que a Freiligrath, a Carlos Blind, un emigrado badense, amigo de Marx desde los años de la revolución y autor de un artículo publicado en la «Nueva Revista del Rin», aunque no se contase entre sus más íntimos correligionarios. Blind figuraba más bien entre aquellos republicanos «serios» para quienes el «cantón de Baden» seguía siendo el ombligo del mundo. Engels sobre todo se reía mucho viendo a aquellos «hombres de Estado» cuya ideología, pese a toda su sombría sublimidad, solía reducirse a un respeto ilimitado a su propio yo. Este Blind se acercó a Marx, a hacerle revelaciones acerca de los manejos de alta traición de Vogt, de los cuales decía tener pruebas. Le aseguró que Vogt cobraba una subvención bonapartista por sus campañas, que había pretendido sobornar con treinta mil guldas a un escritor del Sur de Alemania, habiendo hecho también tentativas de corrupción en Londres, y que ya en el verano de 1858, en una entrevista celebrada en Ginebra entre el príncipe Jeromo, Napoleón, Fazy y consortes, se había acordado la guerra de Italia, designándose al Gran Duque Constantino de Rusia como futuro rey de Hungría.

Marx le comunicó estas noticias de palabra a Biskamp, cuando éste fué a visitarle para pedirle colaboración para «El Pueblo», añadiendo que era muy propio de meridionales aquello de recargar las tintas. Biskamp hizo uso de algunos de los informes de Blind sin consultar a Marx e insertó en su periódico un artículo que pretendía ser ingenioso denunciando al «regente del Imperio como traidor al Imperio»; de este número envió un ejemplar a Vogt. Este contestó en el «Correo comercial» de Biel, «precaviendo» a los obreros contra aquellas «pandillas de emigrados», a quien los suizos, cuando se refugiaron en su país habían dado el nombre de «cuadrillas de incendiarios», y que en la actuali-

dad se habían vuelto a congregar en Londres bajo las órdenes de su jefe Carlos Marx, para entretenerse en hilvanar conspiraciones entre los obreros alemanes, conspiraciones conocidas de los agentes secretos del continente desde el primer momento y que no servirían más que para llevar a la perdición a los obreros. Marx no creyó oportuno contestar a este «sucio articulucho» y se contentó con que «El Pueblo» lo despachase.

Algún tiempo después, a comienzos de junio, habiéndose ausentado Marx para recaudar entre los amigos de Manchester algún dinero para «El Pueblo», Liebknecht encontró en la imprenta del periódico las galeradas de una hoja anónima contra Vogt, que recogía las revelaciónes de Blind y cuyo original, según testimoniaba el cajista Vögele, había dado a componer Blind de su puño y letra; las correcciones puestas en las pruebas eran también de su mano. Hollinger, el impresor, envió a Liebknecht, dos o tres días después, un ejemplar, que éste remitió a la «Gaceta General de Augsburgo», de la que era corresponsal hacía varios años, acompañando el envío de unas líneas en las que decía que la hoja tenía por autor a uno de los emigrados alemanes más respetables y que todos los hechos que en ella se aducían podían probarse.

Al aparecer la hoja inserta en la «Gaceta General», Vogt se querelló contra el periódico por calumnia. La redacción pidió a Liebknecht las pruebas prometidas, para preparar su defensa, y Liebnecht acudió a Blind. Pero éste se negó en redondo a mezclarse en los asuntos de un periódico extraño, y no sólo eso, sino que negó incluso que él fuese el autor de la mentada hoja, aunque reconociendo haber comunicado a Marx los hechos que en ella se relataban, algunos de los cuales había publicado también en la *Free Press,* órgano de Urquhart. A Marx, aquel asunto no le interesaba, por el momento, y Liebknecht habíase hecho a la idea de verse negado por él. Sin embargo, Marx creyóse obligado a hacer cuanto estaba de su parte por desenmascarar a Vogt, que tan por los pelos había querido mezclarle en el negocio. Mas sus esfuerzos por hacer a Blind confesar se estrellaron también contra la obstinación de éste, y Marx hubo de contentarse con un testimonio escrito del cajista Vögele acreditando que el original de la hoja en cuestión le había sido dado a componer de puño y letra de Blind, cuya escritura conocía, habiendo sido compuesto y tirado en la imprenta de Hollinger. Claro está que con esto no se aportaba ninguna prueba de la culpabilidad de Vogt.

Pero antes de que se viese procesalmente este asunto en Augsburgo, la fiesta de Schiller, con que se conmemoraba el 10 de noviembre de 1859 el centenario del nacimiento del poeta, dió lugar a nuevos litigios entre los emigrados de Londres. Sabido es cómo se festejó aquel



centenario entre los alemanes, lo mismo en el interior del país que en el extranjero, queriendo dar con ello, para decirlo con Lassalle, testimonio de la «unidad espiritual» del pueblo alemán y una «gozosa prenda de su resurgir nacional». También en Londres se proyectaba celebrar la fiesta. La solemnidad había de organizarse en el Palacio de Cristal, destinando el sobrante de los ingresos a crear una fundación Schiller con una biblioteca y ciclos de conferencias anuales, que se iniciarían todos los años, al cumplirse el aniversario del nacimiento del poeta. Desgraciadamente, la fracción de Kinkel se las arregló para tomar en sus manos los preparativos de la fiesta, explotándolos de un modo repugnante y mezquino en su propio interés. Procuró alejar a los elementos proletarios de la emigración, invitando a tomar parte en ella a un funcionario de la embajada prusiana, de fama harto dudosa desde los días del proceso contra los comunistas de Colonia; un tal Bettziech, que se firmaba Beta en sus artículos y que no era más que un instrumento periodístico de Kinkel, publicó en la *Gartenlaube* un repugnante reclamo de su dueño y señor, en el que pretendía poner en ridículo, de una manera no menos repugnante, a los miembros de la Liga de cultura obrera que tenían la intención de tomar parte en la fiesta del centenario de Schiller.

Así planteadas las cosas, Marx y Engls entendieron que era una pena que Freiligrath fuese a prestarse a hacer de poeta en la fiesta del Palacio de Cristal, en que había de actuar Kinkel de mantenedor. Marx pretendió disuadir a su viejo amigo de tomar parte en el «homenaje a Kinkel». Freiligrath convenía en que el asunto no era claro y en que se trataba de alimentar ciertas vanidades personales, pero entendía que como poeta alemán no le era lícito mantenerse alejado de aquella fiesta. Esta tenía un fin propio, que estaba por encima de todas las miras ocultas y las intrigas de una fracción, cualesquiera que ellas fuesen. Sin embargo, durante los preparativos de la fiesta hubo de pasar por «experiencias peregrinas», reconociendo a pesar de su innata tendencia, que no había quien desarraigase, a verlo todo, hombres y cosas, por el lado bueno, que Marx tenía probablemente razón en sus prevenciones. No obstante, insistía en que su presencia y el hecho de su intervención contribuían más que su alejamiento a desbaratar ciertos designios.

Pero Marx no estaba conforme con esto, y menos aún Engels, quien daba rienda suelta a su cólera hablando de la «vanidad de poeta y del intrusismo de literato de Freiligrath, y de su servilismo zapatillero». Estos reproches pasaban ya la línea de lo justo. En realidad, aquella fiesta de homenaje a Schiller no se parecía en nada a esas solemnidades acostumbradas con que el buen burgués alemán suele festejar a los poetas y pensadores que revolotean como las grullas en torno a su go-

rro de dormir. Aquella fiesta encontraba eco hasta en las izquierdas más extremas del país.

Marx se le quejó a Lassalle de la conducta del poeta. «Es posible —contestó Lassalle—que Freiligrath hubiese obrado más cuerdamente no asistiendo a la fiesta. Pero hay que reconocer que su cantata fué magnífica. Fué, con mucho, lo mejor de cuanto se publicó con este motivo.» En Zurich fué Herwegh quien compuso la poesía de homenaje, y en París el discurso de la fiesta corrió a cargo de Schily. En Londres, tomó también parte en la solemnidad del Palacio de Cristal la Liga de cultura obrera, después que en una fiesta celebrada la víspera en honor de Roberto Blum, en la que habló Liebknecht, dejó a salvo su conciencia política; más aún, en Manchester la fiesta fué principalmente organizada por Siebel, un poeta joven del Wuppertal, sin que Engels, que era pariente lejano suyo, le pusiese el menor veto. Cierto es que escribió a Marx diciéndole que él no tenía nada que ver con aquel asunto, aunque Siebel haría el epílogo, «una declaración vulgar, naturalmente, si bien en forma decorosa; además, este desocupado dirige la representación del «campamento de Wallenstein»; he estado dos veces en los ensayos, y si los muchacos no se asustan, puede salir la cosa pasadera». Más tarde, el propio Engels fué nombrado presidente de la fundación Schiller, creada por aquel entonces en Manchester, a la que Guillermo Wolff dejó un legado bastante considerable en su testamento.

Por aquellos días, en que se agriaban un poco las relaciones entre Freiligrath y Marx, se veía en el tribunal de primera instancia de Augsburgo la querella de Vogt contra la «Gaceta General». La querella fué desestimada, con imposición de costas, pero la derrota jurídica se trocó en un triunfo moral para el querellante. Los redactores acusados no lograron aportar la menor prueba contra la corruptibilidad de Vogt y rompieron, como Marx decía, con frase bastante suave, en una «jerga políticamente desdichada», que merecía la más dura condenación, no sólo desde el punto de vista político, sino también en el aspecto moral. Se descolgaron con la tesis de que para ellos el honor personal de un adversario político estaba fuera de la ley; ningún juez bávaro podía dar la razón a un hombre que había atacado violentamente al gobierno de Baviera y a quien sus manejos revolucionarios obligaban a vivir en el extranjero. El partido socialista democrático de Alemania, que hacía once años había ungido los sueños mañaneros de su libertad con el asesinato de los generales Latour, Gagern y Auerswald y del príncipe de Lichnowsky tendría un verdadero júbilo si el juez condenase a los redactores acusados. Si Vogt se salía con la suya, pronto desfilarían, también, como acusadores, por delante de los tribunales de Augsburgo, Klapka, Kossuth, Pulski, Teleki y Mazzini.

A pesar de su vulgar astucia, o acaso gracias a ella, esta defensa impuso a los jueces. Su conciencia jurídica fué lo bastante estrecha para no absolver libremente a aquellos acusados que no habían aportado la más insignificante prueba, pero fué también lo bastante ancha para despojar de su derecho a un hombre a quien tanto el gobierno como la población de Baviera odiaban ferozmente. En estas circunstancias, se agarraron ansiosamente a la idea salvadora que les echaba como un cable el fiscal: remitir el asunto por razones formales al tribunal del jurado, donde Vogt podía dar por segura su condena, ya que en esta instancia no se admitían pruebas ni los jurados necesitaban aducir razones para su veredicto.

No hay por qué reprocharle a Vogt el que no se quisiese aventurar en aquel juego desigual. Le convenía mucho más quedarse con aquella doble aureola de mártir: la de aquel sobre quien recae una sospecha infundada y la del que no consigue hacer valer su derecho. Hubo, además, algunas otras circunstancias episódicas que contribuyeron a realzar su triunfo. Produjo una impresión fatal el que sus contradictores en el proceso exhibiesen una carta de Biskamp, en la que éste, primer acusador público de Vogt, confesando no poseer ninguna prueba eficiente, apuntaba algunas sospechas vagas, para venir a concluir en la pregunta de si la «Gaceta General de Augsburgo» no le nombraría su segundo corresponsal en Londres, con Liebknecht, después de desaparecer «El Pueblo». El periódico augsburgués siguió murmurando, aun después de ponerse fin al proceso, que Vogt había sido juzgado ya por sus iguales, por Marx y por Freiligrath; que era bien sabido, desde hacía mucho tiempo, que Marx estaba muy por encima de Vogt como pensador, por su agudeza y consecuencia, y que Freiligrath sobresalía muy por encima de él en moralidad política.

En una defensa escrita entregada por el redactor Kolb se mencionaba ya a Freiligrath como colaborador de «El Pueblo» y acusador de Vogt; Kolb había interpretado mal una manifestación poco clara hecha en este sentido por Liebknecht en una de sus cartas. Tan pronto como la reseña de la «Gaceta General» acerca del proceso llegó a Londres, Freiligrath le envió una breve rectificación, haciendo constar que no había sido jamás colaborador de «El Pueblo» y que su nombre se había incluído, sin saberlo ni quererlo él, entre los acusadores de Vogt. De esta rectificación se quisieron sacar luego deducciones poco plausibles, haciendo resaltar que Vogt era íntimo de Fazy, de quien dependía la colocación de Freiligrath en el Banco suizo. Estas deducciones habrían tenido alguna razón de ser si Freiligrath hubiera estado obligado por algún motivo a proceder contra Vogt, pero no había tal. Hasta este momento, había permanecido totalmente ajeno a todo, y tenía perfecto derecho a exigir que Kolb no le mezclase en el asunto, para atrincherarse

detrás de su nombre cuando las cosas venían mal dadas. Y aunque en aquella lacónica y seca declaración de Freiligrath podía leerse, acaso, entre líneas, una repulsa indirecta contra Marx, éste no vió en ella ni la más leve alusión o apariencia de ruptura personal con él ni de divorcio público con su partido. La falta de esta nota podía, sin duda, explicarse por el equívoco de que era víctima Freiligrath: ya que Marx había pretendido prohibirle, en nombre del partido, que publicase una poesía inocente de homenaje a Schiller, justo era que él se mantuviese a la ofensiva, dispuesto a saltar, cuando Marx iniciaba una polémica a la que nadie le obligaba. A reforzar esta malévola apariencia contribuyó una declaración publicada por aquellos días por Blind en la «Gaceta General», en la cual, aunque «condenando resueltamente» la política de Vogt, desautorizaba como una necia mentira la especie que le hacía autor de la hoja contra Vogt. Aportaba, en apoyo de su aserto, dos testimonios: el de Fidelio Hollinger, quien calificaba de «maligna invención» la afirmación del cajista Vögele de que la hoja había sido tirada en su imprenta y redactada por Blind, y el del cajista Wiehe, corroborando el del impresor.

Un desgraciado suceso fortuito vino a amontonar la materia explosiva que iba acumulándose entre Marx y Freiligrath. En estas circunstancias, la *Gartenlaube* publicó un artículo de Beta, en que este botones literario de Kinkel daba un gran bombo al poeta Freiligrath, para acabar injuriando plebeyamente a Marx, diciendo que este infortunado virtuoso que chorreaba por todas partes el veneno de su odio, había robado a Freiligrath la voz, la libertad, el carácter; que desde que Marx había echado sobre él su aliento, el poeta no había vuelto apenas a cantar.

Todas estas cosas parecían haberse hundido en el mar del olvido con el agitado año de 1859, después de unos cuantos picotazos episcolares entre Marx y Freiligrath. Pero volvieron a aflorar con el nuevo año, atizados «para su desgracia» por los buenos oficios de Vogt.

4. Entreacto.

A fines de año, Vogt dió a luz un folleto titulado: «Mi proceso contra la «Gaceta General», en que se contenían la reseña taquigráfica de la vista del proceso y una serie de declaraciones y otros documentos que hubieron de salir a luz con ocasión de aquel litigio, todos completos y en su tenor literal.

Pero entre ellos figuraba también la reproducción *in extenso* de aquel chismorreo que acerca de la «cuadrilla de incendiarios» publica-

ra Vogt en el «Correo Comercial» de Biel. En este artículo se presentaba a Marx como jefe de una banda de estafadores, que vivía de comprometer a «gente dentro de la patria» para obligarla a comprarse con dinero el silencio de aquellos facinerosos. «No una—decía literalmente el artículo—, sino cientos de cartas ha escrito este hombre a Alemania amenazando descaradamente con denunciar la intervención del interesado en tal o cual acto de la revolución, si antes de una determinada fecha no se recibía una suma concreta en la dirección que se indicaba.» Era la calumnia más dura, aunque no la única, ni mucho menos, que Vogt echaba a volar contra Marx. Pero, por falso que fuese todo aquel relato, venía salpicado con una serie de hechos medio verdaderos y medio inventados, tomados de la historia de la emigración, que daban al artículo visos de haber sido escrito por una persona bien enterada, y hacía falta un conocimiento muy exacto de los detalles, que el buen burgués alemán estaba muy lejos de poseer, para no dejarse engañar.

Se explica, pues, que aquel folleto tuviese una gran resonancia y que fuese aclamado con gran júbilo, por la prensa liberal de Alemania principalmente. La «Gaceta Nacional» publicó dos largos artículos editoriales comentándolo, que, al llegar a Londres a fines de enero, causaron gran indignación en casa de Marx, disgustando profundamente a su mujer. Como en Londres no era posible conseguir el folleto, Marx se apresuró a dirigirse a Freiligrath preguntándole si su «amigo» no le había mandado un ejemplar. Freiligrath, muy molesto, contestó diciendo que ni Vogt era su «amigo», ni poseía ningún ejemplar del folleto.

Marx comprendió desde el primer momento que era necesario contestar a aquellos ataques, si bien no era hombre dado a salir al paso de injurias tan burdas; opinaba que la prensa tenía perfecto derecho a ofender a los escritores, los políticos, los comediantes y demás personajes públicos. Antes de que llegase a Londres el folleto de Vogt, Marx tomó la decisión de querellarse contra la «Gaceta Nacional». En ésta se le acusaba de toda una serie de actos criminales infamantes ante un público que, propenso como era ya de suyo, bajo sus prejuicios partidistas, a creer las mayores monstruosidades, carecía del menor punto de apoyo para juzgar personalmente la conducta de un hombre que llevaba once años ausente de Alemania. No sólo por razones políticas, sino por los miramientos que debía a su mujer y a sus hijos, creíase obligado a llevar ante los tribunales las acusaciones de la «Gaceta Nacional» atentatorias contra su honor, reservándose el contestar a Vogt por la vía literaria.

Lo primero que hizo fué liquidar sus cuentas con Blind, de quien seguía creyendo que tenía en el bolsillo las pruebas contra Vogt, aunque no se decidiese a sacarlas por estas consideraciones de com-

padrazgo que todo demócrata vulgar guarda, en fin de cuentas, a otro demócrata vulgar como él. Lo probable es que Marx se equivocase en esto y que estuviese más en lo cierto Engels al pensar que Blind no poseía prueba alguna en qué basar las acusaciones concretas de corrupción que había hecho contra Vogt, para refugiarse en la negativa cuando vió que la cosa iba en serio y hundirse cada vez más en el pantano. El 4 de febrero, Marx dirigió al redactor de la *Free Press* una circular, redactada en inglés, en la que afirmaba públicamente que la declaración de Blind, Wiehe y Hollinger, según la cual la hoja anónima contra Vogt no se había tirado en la imprenta del último de los tres, era una mentira infame, calificando al supradicho Carlos Blind de infame mentiroso e invitándole a que acudiese ante un tribunal inglés a reclamar si se creía injuriado por este calificativo. Pero Blind se guardó prudentemente de hacerlo e intentó escabullirse publicando en la «Gaceta General» un largo comunicado, en que se pronunciaba durísimamente contra Vogt; en él, volvía a hablar de sus corruptelas, aunque seguía negando la paternidad de la hoja.

Pero Marx no se dió por contento. Se las arregló para llevar ante los tribunales de policía al cajista Wiehe, obligándole a jurar—es decir, exponiéndole, si faltaba a la verdad, a todas las consecuencias penales del perjurio—, en vista de lo cual Wiehe corroboró que, en efecto, él mismo había ajustado en la imprenta de Hollinger la hoja para reproducirla en «El Pueblo», habiendo visto en las galeradas varias erratas corregidas por mano de Blind; declaró, además, que el anterior testimonio, contrario a la verdad, le había sido arrancado por Hollinger y Blind, por el primero mediante promesas de dinero, y por el segundo con promesas de agradecimiento futuro. Con esto, Blind quedaba bajo el peso de la ley inglesa, y Ernesto Jones se mostró dispuesto a gestionar inmediatamente, a base del juramento de Wiehe, una orden de prisión contra Blind, pero añadiendo que, una vez presentada la denuncia, no podría revocarse, por corresponder a la vía criminal; él mismo se expondría a una pena como abogado si luego intentase llegar a un arreglo.

Marx, por consideraciones a la familia de Blind, no quería ir tan allá. Se limitó a mandar a Luis Blanc, amigo de Blind, la declaración jurada de Wiehe, con una carta en la que le decía que deploraría, no por Blind, que se lo había merecido con creces, sino por su familia, verse obligado a entablar una denuncia criminal contra él. La carta dió resultado. El 15 de febrero de 1860 apareció en el *Daily Telegraph*, que había reproducido hacía poco las calumnias de la «Gaceta Nacional», una noticia en que un tal Schaible, que se decía amigo íntimo de Blind, se declaraba autor de la hoja. A pesar de que la maniobra no podía ser más burda, Marx no quiso ya insistir, pues con aquello que-

daba exento de toda responsabilidad, en lo que al contenido de la hoja se refería.

Antes de proceder contra Vogt, procuró reconciliarse con Freiligrath, a quien envió copia de la circular contra Blind y de la declaración jurada de Wiehe, sin obtener contestación. Volvió a dirigirse a él por última vez exponiéndole la importancia que había cobrado el caso Vogt para la justificación histórica del partido y su posición ante la posteridad, dentro de Alemania. En esta carta, se esforzaba en rebatir las quejas que Freiligrath pudiera abrigar contra él; «si alguna vez he faltado contra ti, estoy dispuesto a confesar mi falta en cuanto me lo pidas. Nada humano me es ajeno». Decíale que se explicaba perfectamente que, en su actual situación, el asunto se le hiciese repelente, pero que ya comprendería que era completamente imposible dejarle al margen de él. «Teniendo como tenemos ambos la conciencia de que, cada cual a su modo, posponiendo todo miramiento privado y por los motivos más puros, nos hemos pasado años y años levantando la bandera de la classe *la plus laborieuse et la plus misérable* por encima de las cabezas de los filisteos, me parecería que cometeríamos un pecado mezquino contra la historia si nos dejásemos llevar de pequeñeces —reductibles todas a equívocos— a una ruptura.» La carta terminaba con el testimonio de la más sincera amistad.

Freiligrath estrechó la mano que se le tendía, pero no con toda la cordialidad con que aquel hombre «duro de corazón» se la alargaba. Decíale que seguiría siendo fiel a la classe *la plus laborieuse et la plus misérable,* como siempre lo había sido y que seguiría guardándole a Marx la misma lealtad que le debía como amigo y correligionario. Pero añadía: «Durante estos siete años (desde que se disolvió la Liga Comunista) he estado alejado del partido, ausenté de sus asambleas, ignorante de sus acuerdos y de sus actos. De hecho, pues, mis relaciones con el partido hacía mucho tiempo que estaban rotas; ninguno de nosotros ignoraba esto: era una especie de convenio tácito. De mí, sé decirte que esta situación me era bastante grata. Yo, como todo poeta, necesito por naturaleza, de libertad. El partido es una jaula y canta uno mejor, incluso para el partido, fuera que dentro. Yo fuí poeta del proletariado y de la revolución antes de pertenecer a la Liga y a la redacción de la «Nueva Gaceta del Rin». En lo sucesivo, prefiero, pues, seguir moviéndome libremente, y disponiendo de mi persona, sin tener que dar cuentas a nadie.» En estas palabras, cobra viva expresión la vieja repugnancia de Freiligrath por las miserias de la agitación política, y esta repugnancia le hace ver cosas que jamás existieron: aquellas asambleas del partido, de las que él había estado ausente, aquellos acuerdos tomados y aquellos discursos pronunciados sin que él los conociese, eran una quimera suya.

Sobre esto le llamó la atención Marx al contestarle, y, después que hubo disipado una vez más todos los equívocos que podía haber entre ellos, decíale, en esta misma carta, tomando pie de una frase favorita de Freiligrath: «A pesar de todos los pesares, siempre será mejor lema para nosotros el del filisteo sobre mí mismo que el de por debajo del filisteo. Ya te he expuesto, sincera y francamente, mi opinión, y espero que tú la compartirás en lo sustancial. He procurado, además, disipar el equívoco de que yo entendía por partido una organización muerta desde hace ocho años o la redacción de un periódico extinguido hace doce. No; yo siempre he entendido por partido el partido, en el gran sentido histórico de esta palabra.» Era esta una frase tan exacta como conciliadora, pues, enfocados en un gran sentido histórico, ambos hombres formaban una unidad, a pesar de todos los pesares. Y la frase honraba a Marx tanto más cuanto que, después de aquellos ataques viles que Vogt le había dirigido, no hubiera sido mucho pedir que Freiligrath hubiese destruído públicamente toda apariencia de inteligencia o amistad con el calumniador. Pero Freiligrath se limitó a reanudar el comercio amistoso con Marx; por lo demás, obstinóse en su retraimiento. Marx, por su parte, procuró facilitárselo no volviendo a mezclar su nombre en aquel asunto más que en los casos estrictamente necesarios.

Curso distinto tomó la tirantez que se produjo entre Marx y Lassalle con motivo de este mismo episodio. Marx habíale escrito a Lassalle por última vez en noviembre del año anterior a propósito de su polémica italiana, en términos bastante «groseros», como él mismo confesaba, explicándose que Lassalle guardase silencio, pues necesariamente tenía que sentir herida su susceptibilidad. Después de los ataques de la «Gaceta Nacional», echaba de menos, como se comprende, una buena relación con Berlín y pidió a Engels que procurase arreglar el asunto de Lassalle, pues éste, comparado con los demás, era por lo menos «un caballo de vapor». Marx quiere referirse aquí al caso de un abogado prusiano llamado Fischel, que se le había presentado como urquhartista, brindándose para interponer sus buenos oficios en la prensa alemana. Lassalle, a quien el abogado, de vuelta de su viaje, llevó un saludo de Marx, no se prestó a entrar en ningún género de negociaciones con este «sujeto ignorante e incapaz», pues, cualquiera que la conducta de este hombre—que poco después había de desgraciarse mortalmente, en Londres—hubiera sido, en Alemania figuraba en la guardia literaria de corps del Duque de Coburgo, cuya fama era—y muy merecida—la peor del mundo.

Pero antes de que Engels tuviera tiempo a dirigirse a Lassalle, éste escribió directamente a Marx, excusando su largo silencio por falta de tiempo y pidiéndole encarecidamente que hiciese algo en aquel «asunto indeciblemente fatal» de Vogt, porque estaba adquiriendo una gran

resonancia y publicidad; en los que conocían a Marx, los ataques de Vogt no podían hacer ninguna mella, pero, en cambio, podían perjudicarle mucho en el juicio de quienes no le conocían, pues lo cierto era que estaban formulados muy hábilmente, a base de hechos verdaderos a medias, y hacía falta un ojo bastante aguzado para no tragárselo todo a pies juntillas. Lassalle hacía resaltar sobre todo dos puntos. El primero era que Marx no estaba del todo limpio de culpa, puesto que había prestado entero crédito, sin prueba alguna, a un mentiroso tan descalificado como había resultado ser luego Blind, recogiendo de sus labios las más graves acusaciones; y si no poseía ninguna otra prueba, no tendría más remedio que comenzar su defensa retirando la acusación de corruptibilidad formulada contra Vogt. Lassalle reconocía que hacía falta una fuerza de voluntad muy grande para hacer justicia a quien le había ofendido a uno de una manera tan injusta y tan desmedida, pero Marx—añadía—no tenía más remedio que dar esta prueba de buena fe, si no quería condenar a la ineficacia desde el primer momento su defensa. Otro de los puntos que hacía resaltar Lassalle, con la mayor indignación, era la colaboración de Liebknecht en un periódico tan reaccionario como la «Gaceta General»; esto tenía que provocar en público una explosión de asombro y descontento contra el partido,

Marx no había recibido aún el folleto de Vogt, cuando se encontró con esta carta, y no podía, naturalmente, formarse un juicio claro del asunto. Pero se comprende fácilmente que no le hiciese ninguna gracia aquella sugestión de empezar reconociendo la honorabilidad de Vogt, de cuyos manejos bonapartistas poseía él testimonios un poco más sólidos que las charlatanerías de Blind. Tampoco podía estar conforme con aquel juicio tan severo en lo que tocaba a la colaboración de Liebknecht en la «Gaceta General de Augsburgo». No podía decirse que él simpatizase grandemente con este periódico, con el que había tenido polémicas violentísimas en la época de las dos Gacetas del Rin; pero, pese a su carácter contrarrevolucionario, lo cierto era que en punto a política exterior daba honradamente acogida a los puntos de vista más diversos. En esto, había sido siempre una excepción en la prensa alemana.

Marx contestó, pues, malhumorado, diciendo que la «Gaceta General» no era peor, a sus ojos, que la «Gaceta Popular»; que se querellaría contra la «Gaceta Nacional» y escribiría contra Vogt, pero haciendo saber en el prólogo que le tenía sin cuidado el juicio del público alemán. Lassalle tomó demasiado al pie de la letra estas palabras, escritas en un momento de indignación, y replicó que no se explicaba que pudieran equipararse un periódico democrático vulgar como la «Gaceta Popular» y el «periódico más escandaloso y desprestigiado de Alemania». Volviendo al fondo del asunto, le aconsejaba que no acu

diese a los tribunales a querellarse contra el periódico, por lo menos antes de refutar los ataques de Vogt. Y terminaba expresando la confianza de que Marx no sacase de aquella carta la impresión de que había querido molestarle, sino la impresión de su «amistad sincera y cordial».

Pero Lassalle se equivocaba. Marx, al recibir esta carta, escribió a Engels en un tono fortísimo, y en su contestación a Lassalle aludía a las «acusaciones oficiales» que Lewy había transportado en su tiempo a Londres contra él. Lo hacía, claro está, para justificar de este modo su anterior falta de desconfianza, pretendiendo hacer ver que aquellas «acusaciones oficiales» y otras murmuraciones del mismo género contra Lassalle no le habían hecho perder la cabeza. Pero, dado el calibre de las denuncias, Lassalle no podía ver ningún mérito especial en el hecho de no hacerles caso, y se vengó de una manera digna de él: con un relato tan hermoso como convincente de los sacrificios y la lealtad a la causa que había demostrado a los obreros del Rin en los días de la más desenfrenada reacción.

Lassalle había sido tratado por Marx muy de otro modo que Freiligrath, y también su trato fué bastante distinto. Después de haber aconsejado con arreglo a su leal saber y entender, no se creyó excusado de intervenir con hechos en ayuda del amigo, porque éste hubiese desatendido el consejo.

5. «El señor Vogt».

Pronto se demostró la razón que llevaba Lassalle cuando pretendía disuadir a su amigo de impetrar justicia de los tribunales alemanes. Por mediación de Fischel, Marx dió poder al abogado Weber para que se querellase ante los tribunales de Berlín contra la «Gaceta Nacional», pero sin conseguir siquiera lo que Vogt había conseguido de los tribunales de Aubsburgo: que tramitasen su querella.

El tribunal competente declaró que la acción no podía sustanciarse por «falta de fundamentos de hecho», ya que las manifestaciones calumniosas no procedían del mismo periódico, sino que consistían en «simples citas tomadas de otras personas». El tribunal de instancia superior, al que se apeló, desechó esta necedad, pero para sustituirla por otra mayor, afirmando que Marx no podía darse por injuriado porque se le presentase como jefe «refrenador y reflexivo» de una banda de estafadores y monederos falsos. Habiendo apelado nuevamente, el Tribunal supremo no encontró ningún «error de derecho» en esta peregrina interpretación, y Marx hubo de retirar su querella, desechada por todas las instancias.

No le quedaba ya más camino que refutar los ataques de Vogt por la vía literaria, refutación que le llevó casi un año entero. Para salir al paso de todos los chismes y murmuraciones recogidos por Vogt, hubo de mantener una copiosa correspondencia a través de tres partes del mundo. Hasta el 17 de noviembre de 1860 no logró poner fin a su obra, a la que dió este sencillo título: «El señor Vogt». Es la única obra suya publicada aparte que no se ha vuelto a reeditar y de la que seguramente existen muy pocos ejemplares en el mundo; se explica, pues siendo ya extensa de suyo—doce pliegos de apretada letra, que en impresión corriente hubiera hecho el doble, según el propio Marx—, esta obra requeriría hoy, además, un comentario muy prolijo para hacer inteligibles al lector todas sus referencias y alusiones.

La cosa no merece la pena. Muchas de las historias de emigrados que en ella se cuentan y en que Marx no tenía más remedio que entrar, obligado por los ataques de su agresor, están hoy, y con razón, sepultadas en el más completo olvido, y le da a uno pena ver a aquel hombre obligado a defenderse contra especies calumniosas que no podían manchar ni la suela de sus zapatos. Claro está que estas páginas tienen también un raro encanto para lectores de paladar literario fino. Ya en la primera página, Marx ataca con el ingenio de un Shakespeare el tema del «prototipo de Carlos Vogt, aquel inmortal Sir John Falstaff, que en su renacimiento zoológico no se ha quedado corto ciertamente por falta de materia». Pero no incurre nunca en monotonía; su imponente cultura literaria antigua le va suministrando dardo tras dardo, que clava con mortal puntería en el insolente calumniador. La «cuadrilla de incendiarios» resultó ser una pequeña pandilla de estudiantes alegres que, después de fracasar el alzamiento de Baden y el Palatinado, se dedicaron, durante el invierno de 1849 a 1850, a cautivar a las bellas ginebrinas y a asustar a los buenos burgueses de Ginebra con su humorismo de condenados en capilla; pero la pandilla se había deshecho hacía diez años. Uno de aquellos mozalbetes, establecido ahora como comerciante de pro en la City de Londres, Segismundo Borkheim, había trazado un divertido cuadro de aquellos inocentes manejos, que Marx insertaba en el primer capítulo de su obra contra Vogt. En Borkheim tenía un amigo leal, como abrigaba también la satisfacción de que muchos de los emigrados, no sólo en Inglaterra, sino también en Francia y en Suiza, por alejados que estuviesen de él y aunque no le conociesen siquiera personalmente, le prestaban su ayuda, como ocurría singularmente con Juan Felipe Becker, el veterano bien probado del movimiento obrero suizo.

No podemos detenernos a contar aquí, punto por punto, cómo Marx iba poniendo al desnudo las alusiones e intrigas de Vogt, hasta no dejar en pie ni la más insignificante migaja de ellas. Más importante que esto

era el contraataque aplastante que le asestaba, al demostrar que toda la campaña de propaganda de Vogt era, así en su perfidia como en su ignorancia, un eco fiel de los tópicos lanzados por el falso Bonaparte. En los papeles encontrados en las Tullerías y publicados por el gobierno de la Defensa nacional después de la caída del segundo Imperio, figuraba un recibo de 40.000 francos abonados a Vogt en agosto de 1859 de los fondos secretos del emperador, por mediación tal vez de revolucionarios húngaros, para admitir la interpretación que puede serle más favorable. Vogt llevaba relaciones de amistad con Klap, sin comprender que la actitud de la democracia alemana para con Bonaparte no podía ser la misma que la húngara y que lo que en éste podía ser lícito era en aquél una infame traición.

Mas fuesen cuales fuesen los manejos de Vogt, y aun cuando no hubiese recibido dinero alguno de las Tullerías, Marx demuestra de la manera más concluyente e irrefutable que su campaña de propaganda no era más que un eco de las consignas bonapartistas. Estos capítulos, con los haces cegadores de luz que proyectan sobre la situación europea de la época, son los más interesantes de la obra, y todavía hoy pueden leerse con gran provecho; Lotario Bucher, que en aquel entonces más bien abrigaba enemistad que simpatía por Marx, dijo de ella, al ver la luz, que era un compendio de historia contemporánea. Y Lassalle, con su manera abierta y franca, después de saludar la aparición del libro «como una obra maestra en todos los respectos», afirmaba que ahora se explicaba perfectamente, y estaba justificado, que Marx estuviese convencido de la corruptibilidad de Vogt, pues en su libro quedaba expuesta «la prueba intrínseca con una evidencia inmensa». Engels pone la obra incluso por encima del «18 Brumario», y dice que es más sencilla de estilo, sin dejar por ello de ser también de efecto, allí donde hace falta, y desde luego el mejor trabajo polémico escrito por Marx. De todos modos, la historia no lo ha consagrado así; lo ha ido relegando, poco a poco, a la sombra, haciendo pasar, en cambio, a primer término, el «18 Brumario» y la polémica contra Proudhon. La razón de esto reside, en gran parte, en el tema, pues, en realidad, el caso Vogt no era más que un episodio relativamente insignificante; mas también contribuye a ello el propio Marx, con sus grandezas y sus pequeñas debilidades.

A él no le era dado descender a ese terreno mezquino de la polémica en que se convence al buen burgués, a pesar de que en este caso no se trataba realmente de esta cosa.

La obra no convenció, como su mujer dice en una carta, candorosa y certeramente, más que a las «personas importantes»; es decir, a todos aquellos que no necesitaban de que nadie les convenciese de que Marx no era aquel bribón que pintaba Vogt, pero que tenían la inteligencia

y el gusto suficientes para apreciar los méritos literarios de la obra. «Hasta Ruge, el viejo enemigo, decía de ella que era un buen trabajo», añade la mujer de Marx. Para los buenos patriotas alemanes, resultaba demasiado abstrusa, y no se infiltró por entre sus mallas; todavía en plena época de la ley contra los socialistas había escritores de pretensiones, como Bamberger y Treitschke, que sacaban a relucir lo de la «cuadrilla de incendiarios».

Añádase la especial mala suerte que Marx tenía en todos los negocios y de que no siempre, a lo menos en este caso, estaba él limpio de culpa. Engels insistió con él en que publicase y editase el libro en Alemania, cosa perfectamente factible ya en las condiciones de la época, y lo mismo le aconsejaba Lassalle. Este sólo lo hacía por la mayor baratura; Engels, en cambio, invocaba razones de más peso: «Ya hemos pasado cien veces por la experiencia de la literatura de la emigración, siempre la misma esterilidad, siempre dinero y trabajo tirados, y encima la rabia... ¿De qué nos sirve haber contestado a Vogt, si la contestación no llega a manos de nadie?» Pero Marx se obstinó en dar el libro a un joven editor alemán de Londres, yendo a medias en las pérdidas y las ganancias y adelantándole veinticinco libras para los gastos de impresión, de las que Borkheim puso doce y Lassalle ocho. Mas la nueva empresa era tan precaria, que no pudo organizar siquiera en debidas condiciones la expedición del libro a Alemania. A los pocos días, se hundió, y Marx no sólo no recibió ni un céntimo del anticipo, sino que, demandado por un socio del editor, tuvo que pagar casi otro tanto porque, no habiéndose cuidado de firmar un contrato, se le hizo responsable de todos los gastos de la edición.

Al empezar la polémica con Vogt, habíale escrito su amigo Imandt: «No quisiera yo verme en el trance de tener que manejar la pluma en ese asunto, y me dejarás admiradísimo si eres capaz de meter la mano en esa salsa». En el mismo sentido, disuadiéndole, se dirigieron a Marx otros emigrados rusos y húngaros. Hoy, casi se ve uno tentado a desear que hubiera seguido estos consejos. Aquella disputa le valió unos cuantos amigos nuevos, y gracias a ella entabló nuevas relaciones de amistad con la Liga londinense de cultura obrera, que intervino con gran entusiasmo y con toda energía a favor suyo. Pero esta polémica fué más bien un obstáculo que un acicate para la obra de su vida, por el gran sacrificio de fuerzas y de tiempo que de él exigió, sin darle nada a cambio, aparte de las grandes desazones que le causó en el seno de su familia.

6. Aspectos familiares y personales.

Mucho más que a Marx, «la horrible indignación por los infames ataques» de Vogt había afectado a su mujer, identificada con él en cuerpo y alma. Le costó muchas noches de insomnio, y aun cuando se resistiese valientemente, copiando todo el extenso manuscrito para mandarlo a la imprenta, se derrumbó apenas estampar la última línea. El médico dictaminó que eran las viruelas y que había que alejar inmediatamente a los niños de casa.

Siguieron días espantosos. De los niños se hizo cargo Liebknecht, y Marx se encargó de cuidar pensonalmente a su mujer, ayudado por Lenita Demuth. La enferma tenía dolores atroces, sufría de insomnio, estaba muerta de miedo por su marido, que no se apartaba de su lado, y tenía paralizados todos los sentidos, aunque conservaba lúcida la inteligencia. A la semana, se produjo la crisis salvadora, gracias a que la habían vacunado por dos veces. Ahora, el médico dijo que aquella espantosa enfermedad había sido, en el fondo, una suerte. La excitación nerviosa en que había vivido la mujer de Marx desde hacía dos meses era la causa de que hubiera cogido la infección en una tienda o en un tranvía, o donde fuese, pero, sin ella, aquel estado de nerviosidad hubiera conducido a una fiebre nerviosa mucho más peligrosa todavía, o a otra cosa semejante.

Apenas empezó su mujer a reponerse, cuando Marx cayó, a su vez, enfermo, por el gran susto que había pasado, los cuidados y las torturas de todo género. Por vez primera, se le presenta, en forma aguda, su padecimiento crónico del hígado. El médico atribuyó también la enfermedad a la constante excitación. Encima de no recibir un céntimo por el fatigoso trabajo de contestación a Vogt, la *New York Tribune* le pone a medio sueldo, y los acreedores asedian la casa. Después de curarse, Marx, según escribe su mujer a Frau Weydemeyer, decide hacer «un crucero pirata a Holanda, el país de los padres, del tabaco y del queso», a ver si consigue sacar algo de su tío.

Esta carta lleva fecha de 11 de marzo de 1861; es una carta llena de soleado humorismo, elocuente testimonio de la «vitalidad de la naturaleza», no menos fuerte en Jenny Marx, a su modo, que en su marido. Los Weydemeyer, a quienes también reservó el destierro norteamericano una buena cantidad de cuidados e inquietudes, habían vuelto a dar cuenta de sí después de largos años de silencio, y la mujer de Marx volcaba inmediatamente su corazón ante «la valiente y fiel compañera de sufrimientos, luchadora y mártir». Decíale que lo que la sostenía en medio de todos sus sufrimientos y miserias, «el punto brillante de su



existencia, el lado luminoso de nuestra vida», era la alegría que le daban sus hijos. Jenny, que tenía ya diecisiete años, parecíase más al padre, «con su pelo negro lustroso y abundante y sus ojos, negros también y brillantes, dulces, y aquella tez oscura de criolla, que poco a poco iba tomando un tinte sonrosado, auténticamente inglés». Laura, que tenía quince años, había salido a su madre, «con el pelo castaño, ondulado y rizoso, y aquellos ojos verdosos y tornasolados, que chispeaban como eternas luces de alegría». «Son dos muchachas lozanas y muy bonitas, y tan modestas, las pobres, que muchas veces me quedo, para mí, admirada de ellas, sobre todo pensando en lo que era su mamá cuando tenía sus años; seguramente que de ella no podía decirse lo mismo.»

Pero, por mucha alegría que las dos hijas mayores proporcionasen a sus padres, «el ídolo y la delicia de toda la casa» era la hijita más pequeña, Leonor o Tusy, como sus padres la llamaban. «Esta niña nació precisamente por los días en que perdimos a nuestro pobre y querido Edgar, y todo el amor que teníamos por su hermanito, todo el cariño y la ternura de aquella criatura, los trasladamos a esta niña, a quien sus hermanas mayores han cuidado con un celo casi maternal. Seguramente que no hay en el mundo criatura más deliciosa; es bonita como una estampa y tiene un carácter risueño y alegre. Es un encanto oirla hablar y contar cuentos. Esto lo ha aprendido de sus hermanos Grimm, que no se apartan de ella de día ni de noche. Todos tenemos que leerle, hasta cansarnos, del libro de cuentos, pero ¡ay de nosotros si nos comemos ni una sola sílaba de la Caperucita, del Rey Barba-de-estopa o de Copito de Nieve! Gracias a estos cuentos, la niña ha aprendido, además del inglés, que flota en el ambiente, el alemán, que habla con gran corrección. Esta niña es el encanto de Carlos, y con sus risas y charlas le aleja no pocas preocupaciones.» Luego, pasa a hablar de Lenita, su fiel servidora. «Pregunte usted a su bonísimo marido por ella, y él le dirá el tesoro que tengo en esta criatura. Lleva dieciséis años con nosotros, haciendo frente a todas las tormentas.» Esta deliciosa carta termina hablando de los amigos, y aquellos que no se han demostrado totalmente fieles a su Carlos son juzgados, como por auténtica mujer, más severamente que por su propio marido. «A mí no me gustan las cosas a medias»; he aquí por qué la mujer de Marx rompe con la parte femenina de la familia Freiligrath.

Entretanto, Marx había terminado su «crucero pirata» por Holanda, donde tuvo bastante suerte. Desde allí se dirigió a Berlín, para estudiar sobre el terreno un plan que Lassalle no cesaba de recomendar: la fundación de un órgano propio del partido, cuya necesidad había acreditado la crisis del año 1859 y cuya posibilidad creaba la amnistía decretada por el ya rey Guillermo, al subir al trono en el año 1861. Esta amnistía era bastante roñosa, llena de celadas y de puertas traseras,

pero con todo, permitía a los antiguos redactores de la «Nueva Gaceta del Rin» reintegrarse a Alemania.

En Berlín, Marx fué recibido por Lassalle «con gran afecto», pero el «lugar» seguía «repeliéndole personalmente». Nada de alta política, sino las discordias de siempre con la policía y la eterna pugna entre militares y civiles. «El tono que domina en Berlín es insolente y frívolo. Las Cámaras son objeto del desprecio general.» Aun comparadas con los regateadores de 1848, que no podía decirse que fuesen ningunos titanes, Marx veía en aquel parlamento prusiano, con sus Simsons y sus Vinckes, «una peregrina mescolanza de oficina y escuela»; las únicas figuras que, por lo menos, tenían un aspecto decoroso, en medio de aquella cuadra de pigmeos, eran Waldeck, de una parte, y de la otra Wagener y el Don Quijote de Blankemburgo. No obstante, Marx creía percibir en un gran sector de público un tufo general de racionalismo crítico y un gran descontento con la prensa burguesa; gentes de todos los rangos creían inevitable una catástrofe. Se daba por descontado que en las elecciones que habían de celebrarse en el otoño saldrían elegidos los antiguos regateadores, a quienes el rey temía como a republicanos rojos y que sacarían adelante los nuevos planes militares. En estas condiciones, Marx creía que merecía la pena de deliberar acerca del proyecto de periódico de Lassalle.

Mas no tal y como Lassalle se lo proponía. Éste aspiraba a ser redactor-jefe del periódico que se fundara, con Marx y Engels, pero a condición de que éstos no tuviesen más votos que él solo, pues entonces su opinión no prevalecería nunca. Seguramente que Lassalle sólo aventuraría esta idea, que condenaba de antemano al periódico a nacer muerto, en el curso de una charla superficial, pero lo interesante es ver cómo Marx se resistía a reconocerle una intervención decisiva en la empresa. Fascinado por el prestigio que en ciertos círculos eruditos le había valido su «Heráclito» y en otros sectores de opinión su bodega y su cocina, Lassalle ignoraba, naturalmente—dice Marx—, que estaba completamente desprestigiado ante el gran público. «Además, su afán de tener siempre razón, su obstinado «espíritu especulativo (el hombre sueña incluso con una nueva filosofía hegeliana de segunda potencia, que él escribirá), su infección de viejo liberalismo francés, su ampulosa pluma, su intrusismo, su falta de tacto, etc. Lassalle podría prestar buenos servicios, como uno de tantos redactores y sujeto a una severa disciplina. De otro modo, no hará nada más que ponernos en ridículo.» Tal era el informe que Marx daba a Engels de las negociaciones con Lassalle, añadiendo que, para no molestar a su huésped, había aplazado toda contestación definitiva hasta consultar el asunto con Engels y Guillermo Wolff. Engels, que tenía los mismos reparos que Marx, aconsejó negativamente.

Por lo demás, todo el plan era un castillo en el aire, como Lassalle hubo de calificarlo una vez, presintiendo lo que había de ocurrir. Entre las perfidias de la amnistía prusiana se contaba la de que, aun en aquellos casos en que consentía a los fugitivos de los años de la revolución, bajo condiciones aceptables a medias, el retorno impune al país, no les reintegraba, ni mucho menos, en su carta de naturaleza, que según las leyes prusianas habían perdido al residir más de diez años seguidos en el extranjero. De este modo, quien volviese a instalarse en Alemania, quedaba expuesto a que, de la noche a la mañana, cualquier pachá policiaco, en un rato de mal humor, le pusiese de patitas en la frontera. Y el caso de Marx era todavía más grave, puesto que, ya varios años antes de la revolución, aunque hubiese sido obligado por las molestias de la policía prusiana, había solicitado salirse del Estado de Prusia. Lassalle, como apoderado suyo, juntó los cielos y la tierra para gestionar que le reintegrasen en la ciudadanía prusiana; para conseguirlo, hizo la mar de carantoñas al director general de policía de Berlín y al ministro del Interior conde de Schwerin, pero fué todo en vano. El primero le dijo sin ambajes que no había más obstáculo que se opusiese a la naturalización de Marx que sus «ideas republicanas, o por lo menos no monárquicas», y el segundo, contestando a la objeción que Lassalle le hizo de que no incurriese en la misma «inquisición de ideas y en las mismas persecuciones por ideas políticas», que tanto había censurado en sus predecesores Manteuffel y Westfalia, formuló esta seca y escueta respuesta: «por el momento al menos, no existe razón alguna especial que aconseje conceder la naturalización a su recomendado Marx». Era natural que un Estado como el prusiano no tolerase en su seno al «recomendado Marx»; en eso, tenían razón aquellos oscuros ministros, lo mismo el conde de Schwerin que sus predecesores Kühlwetter y Manteuffel.

Desde Berlín, Marx hizo una excursión al Rin, visitó a los viejos amigos de Colonia y a su vieja madre, que aguardaba en Tréveris sus últimos días; a principios de mayo, estaba otra vez de vuelta en Londres. Esta vez, confiaba en poner fin a aquella vida hostigada que llevaba su familia, dando remate a su obra. En Berlín, había conseguido entablar las relaciones, tantas veces frustradas, con la *Wiener Presse*, que prometió pagarle los artículos editoriales a razón de una libra y las correspondencias por la mitad de este precio. Las relaciones con la *New York Tribune* parecían revivir también. Este periódico insertaba ahora reiteradamente sus artículos, poniendo de relieve su gran importancia. «Son curiosos estos yanquis—opinaba Marx—, que alaban los artículos de sus propios corresponsales.» También la *Wiener Presse* se daba «gran importancia con sus colaboraciones». Pero las viejas deudas seguían sin pagar, y la ausencia de todo ingreso durante

los días que había durado la enfermedad y el viaje a Alemania contribuyeron «a hinchar otra vez la basura de siempre»; el saludo de año nuevo dirigido por Marx a Engels fué, más que un saludo, una maldición: si el nuevo año iba a ser como el que terminaba, lo mandaba al diablo.

Y en efecto, el año de 1862 no sólo igualó a su antecesor, sino que incluso lo superó en miserias. La *Wiener Presse,* a pesar de todo lo que se jactaba de los artículos de Marx, se portaba más miserablemente aún, si cabía, que el periódico norteamericano. Ya en el mes de marzo, Marx escribía a Engels: «Me es indiferente que no me publiquen los mejores artículos (a pesar de que me esfuerzo en escribirlos de modo que puedan publicarlos). Lo que no puedo consentir, pecuniariamente, es que no me publiquen ni me paguen más que un artículo de cada cuatro o cinco. Esto me coloca muy por debajo de los cajistas.» Con la *New York Tribune* perdió todo contacto en el transcurso de este año, por razones que no han podido averiguarse en detalle, pero que dependerían, de seguro, más o menos directamente, de la guerra de secesión.

Marx saludó con la más viva simpatía aquella guerra, sin preocuparse de los grandes trastornos que le causaba. «No hay que perder de vista—escribía, años más tarde, en el prólogo a su obra científica «El Capital»—que la guerra de la independencia norteamericana fué, en el siglo XVIII, la campana que puso en pie a la clase media europea, como la de secesión puso en pie a la clase obrera de América.» En sus cartas a Engels, seguía con el mayor interés e indagaba minuciosamente el curso de esta guerra. Acerca de los detalles militares como en punto a ciencia guerrera, se consideraba profano y seguía gustoso las orientaciones de Engels, que todavía hoy conservan un gran interés, no sólo histórico, sino también político; en sus cartas aparece analizado hasta el fondo el problema militar y de las milicias, que sintetiza en esta profunda frase: «Sólo una sociedad organizada y educada comunistamente podrá acercarse al sistema de las milicias, y aun así sin realizarlo por completo.» Aunque en un sentido muy distinto al que tiene en boca del poeta, también aquí se confirma, una vez más, aquello de que en la limitación es donde se ve al maestro.

La maestría que Engels demanda en sus juicios sobre los problemas militares cerraba sus horizontes generales. La lamentación táctica con que los Estados del Norte combatían le hacía pensar, a veces, en su derrota. «Lo que me desorienta, en todos los éxitos de los yanquis—escribía Engels, en mayo de 1862—, no es la situación militar de por sí. Esta no es más que el resultado de la indolencia y la inacción que se nos revela en todo el Norte. ¿Dónde está, en aquel pueblo, la energía revolucionaria? Se dejan apalear, y aun se sienten orgullosos

de las palizas que llevan. ¿Dónde hay, en todo el Norte, un solo síntoma que demuestre que aquellas gentes toman algo en serio? Yo no me he encontrado nunca con nada semejante, ni siquiera en la Alemania de los peores tiempos. Tal parece como si los yanquis se alegrasen sobre todo de ir a fastidiar a los acreedores de su Estado.» En julio lo daba todo por perdido para los del Norte, y en setiembre, los del Sur, que por lo menos sabían lo que querían, parecíanle verdaderos héroes, comparados con el desastre de los otros.

Por su parte, Marx, estaba firmemente convencido de que triunfarían los del Norte. «Por lo que se refiere a los yanquis—decía en setiembre, contestando a Engels—, no hay quien me disuada de que triunfará el Norte... El modo que tiene de hacer la guerra es todo lo que podía esperarse de una República burguesa donde hasta ahora ha estado entronizado el desbarajuste. El Sur, que es una oligarquía en que todo el trabajo productivo corre a cargo de los negros y los cuatro millones de blancos son todos explotadores de profesión, saben hacer las cosas mejor. Y a pesar de eso, apostaría la cabeza a que esta gente lleva las de perder.» Y la realidad le dió la razón a Marx, confirmando que también la guerra está informada, en última instancia, por las condiciones económicas en que los beligerantes viven.

Para comprender todo lo que había de maravilloso en aquella lucidez de juicio, hay que leer el resto de la carta, en que se ve la miseria agobiadora en que Marx vivía. Según escribía a Engels, habíase decidido a dar un paso, al que no pudo decidirse jamás antes ni después: a gestionar un empleo, y tenía ciertas probabilidades de que le colocasen en una oficina inglesa de ferrocarriles. Pero la cosa fracasó—y no sabía si alegrarse o lamentarlo—por su mala letra. Entretanto, la penuria era cada día mayor. Marx se enfermaba a cada paso. Además de los ataques del viejo padecimiento de hígado, empezó a verse torturado por carbunclos y forúnculos dolorosísimos, que le duraban a veces años enteros, y su mujer, con todos los horizontes cerrados, no podría tenerse en pie mucho tiempo. Las niñas carecían hasta de vestidos y zapatos para ir a la escuela; era el año de la Exposición universal de Londres, y mientras sus amigas se divertían, ellas, hundidas en aquella miseria, temblaban a cada visita que llamaba a la puerta. La hija mayor, bastante grande ya para darse cuenta de la situación, sufría atrozmente; a espaldas de sus padres, hizo la tentativa de prepararse para el teatro.

Marx empezó a acariciar una idea con la que ya venía debatiéndose hacía largo tiempo, si bien iba demorando su ejecución, preocupado con la educación de las hijas. Dejaría sus muebles al casero, que ya le había mandado a casa los agentes ejecutivos, se declararía en quiebra con los demás acreedores, buscaría, por medio de sus amigos, al-

guna familia inglesa donde colocar de institutrices a las dos hijas mayores, pondría a Lenita Demuth a servir en otra casa, y él, con su mujer y su hija menor, se iría a vivir a una de aquellas casas de vecindad en que habitaban los pobres.

Gracias a Engels, no tuvo necesidad de acudir a este recurso heroico. En la primavera de 1860 se le había muerto su padre, dejándole una posición mucho más holgada, aunque llevase aparejados deberes mayores de representación, en la empresa Ermen & Engels, y además la expectativa de un puesto de socio. Pero la crisis norteamericana, que pesaba considerablemente sobre el mercado, restringió de un modo sensible sus ingresos. En los primeros días del año 1863 tuvo la desgracia de perder a Mary Burns, aquella hija del pueblo de Irlanda con quien llevaba diez años viviendo maritalmente. Profundamente conmovido, escribió a Marx: «No acierto a decirte lo que me pasa. La pobre me quería de todo corazón.» Pero Marx—y esto revela mejor que nada hasta qué punto estaba con el agua al cuello—no le contestó con la simpatía y el afecto que Engels esperaba; después de dedicarle unas cuantas palabras interiormente frías de pésame, pasaba a describirle minuciosamente la desesperada situación en que se encontraba, diciéndole que si no conseguía sacar de algún lado una suma de importancia, su casa no se sostendría en pie ni dos semanas más. Cierto es que declaraba cuán «repugnantemente egoísta le parecía a él mismo irle al amigo, en aquellos momentos, con tales cuitas». «Pero, ¿qué he de hacer? En todo Londres no hay una sola persona con quien pueda hablar a mis anchas, y en casa tengo que adoptar aires de silencio estoico, para contrarrestar un poco las explosiones de la otra parte.» Engels se sintió dolido por la «helada acogida» que había encontrado en Marx su desgracia, y no se recató para decírselo en su contestación, que retrasó unos días. Decíale también que no podía disponer de una suma de consideración, pero le hacía varias propuestas para sacarle del apuro.

Marx dilató también su contestación unos cuantos días, no porque se obstinase en su sinrazón, sino para dejar que se calmasen un poco los ánimos. En esta carta confesaba honradamente su culpa, aunque rechazando el reproche de «falta de corazón». En esta carta y en otra que la siguió le explica abiertamente, a la vez que de un modo conciliador y lleno de tacto—pues era evidente que Engels tenía que sentirse profundamente herido de que su mujer no le hubiese puesto ni una línea de condolencia por la muerte de su amada—, qué era lo que le había hecho perder la cabeza. «Las mujeres son unas criaturas la mar de cómicas, aun aquellas dotadas de gran inteligencia. Mi mujer se pasó toda la mañana llorando por Mary y tu desgracia, sin acordarse para nada de sus desdichas propias, que llegaron precisamente a su

apogeo aquel mismo día; por la tarde, ya creía que ningún hombre del mundo podía sufrir lo que nosotros, con todos nuestros hijos y los agentes de embargo en casa.» Pero Engels no necesitaba de muchas palabras de arrepentimiento para reconciliarse. «No es posible convivir largos años con una mujer sin que a uno le conmueva dolorosamente su muerte. Siento que con ella he enterrado todo lo que me quedaba de juventud. Cuando recibí tu carta, todavía tenía en casa su cuerpo. Te digo que esa carta no se me quitó en toda la semana de la cabeza; no había modo de olvidarla. Pero tu última carta la ha borrado; no sabes la alegría que me da de ver que con Mary no he enterrado también a mi viejo y mejor amigo.» Fué la primera y la última tirantez que hubo en la amistad de estos dos hombres.

Por medio de un «golpe audacísimo», Engels consiguió reunir cien libras esterlinas, que sacaron a Marx un poco a flote y le permitieron abandonar la idea de trasladarse a la casa de vecindad. Así fué debatiéndose trabajosamente a lo largo del año 1863, al acabar el cual murió su madre. La herencia no debió de ser muy lucida. Las que le procuraron algún sosiego fueron las 800 ó 900 libras que heredó de Guillermo Wolff, que le dejó de principal heredero.

Wolff murió en mayo de 1864, dejando apenadísimos a Marx y Engels. No había cumplido todavía cincuenta y cinco años; jamás había mirado por sí, entre las tormentas de una vida agitada, y Engels lamentábase de que el sentimiento obstinado del deber con que cumplía sus obligaciones de maestro había acelerado su muerte. La simpatía de que gozaba entre los alemanes de Manchester le había colocado, después de pasar en el destierro duras penalidades, en condiciones de vida bastante holgadas. La herencia paterna debió de llegar a sus manos poco tiempo antes de morir. Marx dedicó «a su amigo inolvidable, el valeroso, leal y noble campeón del proletariado», el primer tomo de su inmortal obra maestra, en la que le ayudó a trabajar reposadamente durante una temporada el último servicio de amistad que hizo por él Wolff.

Claro que esto no espantó para siempre los cuidados de la casa de Marx, pero la miseria no volvió a adueñarse de ella jamás con la crueldad y desolación de aquellos años, pues en setiembre de 1864 Engels cerró con los Ermen un contrato por cinco años, en que se le daba participación en la empresa, y esto le permitía venir en ayuda de su amigo, con manos que si siempre fueron infatigables ahora se veían más colmadas.

7. Las campañas de Lassalle.

En los días de mayor agobio, en julio de 1862, Lassalle fué a Londres a devolverle a Marx su visita.

«Para guardar ante él cierto decoro, mi mujer había procurado no trasladarlo todo, hasta el último clavo, a la casa de empeños», escribía Marx a Engels. Lassalle no tenía idea de la terrible situación por que Marx atravesaba y tomó por realidad la apariencia que él y su familia mantenían en torno suyo; Lenita Demuth, celosa abastecedora de la casa, no olvidó nunca el magnífico apetito de aquella visita. Todo esto produjo una «repugnante impresión», y en nada ensombrece la personalidad de Marx el que éste, sobre todo tratándose de Lassalle, entre cuyas virtudes no se contaba ciertamente la modestia, no se mantuviese muy alejado de aquel estado de ánimo en que se encontraba Schiller cuando decía de Goethe: ¡qué fácil se le hace todo a este hombre, cuando yo tengo que luchar duramente por todo!

Hasta el momento de partir, después de varias semanas, Lassalle no pareció darse cuenta de la verdadera realidad. Ofreció su ayuda y prometió enviar quince libras antes de fin de año; además, autorizó a Marx para que librase sobre él letras hasta la cantidad que quisiese, siempre y cuando que Engels u otra persona cualquiera garantizase su pago. Con ayuda de Borkheim, Marx intentó allegarse de este modo 400 tálers, pero ahora Lassalle, por carta, condicionó su aceptación, pidiendo que «para ponerse a salvo de cualquier contingencia imprevista, pues todos somos mortales», Engels se obligase por escrito a hacerle provisión de la suma librada ocho días antes del vencimiento de la letra. Como se comprende, aquella desconfianza respecto a su persona no podía agradarle nada a Marx, pero Engels le rogó que no hiciese caso de «esas necedades» y prestó inmediatamente la fianza solicitada.

El curso ulterior de esta operación financiera no aparece muy claro; el 29 de octubre, Marx escribía a Engels diciéndole que Lassalle, «indignadísimo» contra él, exigía que se le mandasen los fondos a sus señas personales, puesto que no tenía banquero, y el 4 de noviembre que Freiligrath estaba dispuesto a hacer llegar a Lassalle los 400 tálers. Engels contestó al día siguiente que «mañana» le enviaría a Freiligrath 60 libras. Ambos hablaban de la conveniencia de «renovar la letra», pero debió de terciarse alguna dificultad; por lo menos, el 24 de abril de 1864 Lassalle manifestaba a una tercera persona que hacía dos años que no se escribía con Marx, pues existía entre ellos cierta tirantez «por motivos financieros». La última carta escrita por Lassalle a Marx, acompañando su conferencia «¿Y ahora?», lleva fecha de fines del año

1862. La carta no se ha conservado, pero en otra dirigida por Marx a Engels el 2 de enero de 1863, le dice que en ella le rogaba la devolución de un libro, y el 12 de junio escribía nuevamente a Engels, después de criticar con dureza las campañas de Lassalle: «No he podido decidirme a volver a escribir a este sujeto desde principios de año»; según esto, debió de ser Marx quien rompió, por disconformidad política, las relaciones.

Esto no quiere decir que exista necesariamente incompatibilidad entre las dos diferencias; bien pudo ocurrir que las dos partes tomasen la misma decisión. Las condiciones extraordinariamente desagradables en las cuales se habían visto por última vez personalmente, contribuyeron sin duda a agudizar sus discrepancias políticas de opinión. Aparte de que estas discrepancias no habían disminuído en lo más mínimo desde el último viaje de Marx a Berlín.

En el otoño de 1861, Lassalle hizo una excursión a Suiza e Italia; en Zurich conoció a Rüstow y en la isla de Cabrera a Garibaldi; también en Londres hizo que le presentasen a Mazzini. Durante estos viajes, parece haberse interesado por un plan fantástico, que no llegó a realizarse, del partido italiano de acción, consistente en que Garibaldi se trasladase con sus milicias a Dalmacia, encendiendo desde aquí una insurrección en Hungría. En lo que a Lassalle se refiere, no se conserva ninguna prueba documental, y bien puede ser que todo se redujese, en el peor de los casos, a una ocurrencia pasajera. A Lassalle le bullían en la cabeza ideas harto distintas, que ya había comenzado a poner en práctica con dos conferencias antes de trasladarse a Londres.

El ganar en Marx a un camarada de lucha para esos planes le importaba indeciblemente más que todas aquellas historias italianas. Pero Marx se mostró más inasequible todavía que en el año anterior. No tenía inconveniente en ser corresponsal en Inglaterra del periódico que Lassalle seguía planeando, siempre que le pagasen bien, pero sin asumir ningún género de responsabilidad ni participación política alguna, toda vez que no estaba de acuerdo en nada con Lassalle, salvo en algunas remotísimas aspiraciones. La misma actitud negativa adoptó ante un plan de agitación obrera que Lassalle hubo de exponerle. Según él, Lassalle se dejaba guiar demasiado por las circunstancias imperantes del momento, queriendo convertir en eje de su agitación el enfrentamiento con un pigmeo como Schulze-Delitzsch: la iniciativa del Estado frente a la iniciativa individual. Con esto—añadía—Lassalle no hacía más que renovar la fórmula con que el socialista católico Buchez había combatido el verdadero movimiento de Francia, allá por la década del cuarenta. Al lanzar en Alemania el grito cartista del sufragio universal, no echaba de ver la disparidad que mediaba entre la situación alemana y la inglesa, ni tenía en cuenta tampoco las lecciones

del segundo Imperio respecto a los derechos electorales. Y finalmente, renegando de toda conexión natural con el movimiento anterior de Alemania, incurría en la torpeza de los fundadores de sectas, en la torpeza de Proudhon, consistente en no ir a buscar la base real a los elementos reales del movimiento de clases, pretendiendo trazarle a éste el rumbo con arreglo a una determinada receta doctrinal.

Pero Lassalle, sin desviarse de su camino por estas objeciones, prosiguió sus campañas, que ya en la primavera de 1863 tomaron un carácter genuinamente obrerista. No renunciaba a la esperanza de convencer a Marx de su razón, pues, aunque hubieran dejado de escribirse, seguía mandándole puntualmente sus publicaciones, discursos, etc. Claro está que él ignoraba la acogida que les dispensaba su destinatario. Marx comentaba estos envíos, en sus cartas a Engels, con una dureza que rayaba, a veces, en la más rabiosa injusticia. No hay para qué entrar aquí en detalles poco agradables y que además todo el mundo puede leer en la correspondencia entre Marx y Engels; baste decir que, para Marx, aquellas publicaciones, que habían de infundir nueva vida a cientos de miles de obreros alemanes, no eran, en los casos en que las leía, más que plagios de un estudiante de último año de carrera o tareas escolares en cuya lectura no había por qué perder el tiempo.

Hace falta ser un fariseo de cabeza lisa para pasar por alto todo esto, saliéndose por el necio registro de que Marx, como maestro suyo que era, tenía derecho a hablar así de Lassalle. Marx no era ningún superhombre; jamás pretendió ni quiso ser más que un hombre a quien nada humano le era ajeno, y si algo había que a aquel hombre le asquease era el culto ciego y servil. Quien quiera ser fiel a su memoria, no sólo tiene que sancionar las injusticias que contra él se cometieron, sino también nivelar las que él cometió. Y su figura antes saldrá enaltecida que desprestigiada si analizamos, con crítica exenta de todo prejuicio, sus relaciones con Lassalle, ahondando bien en ellas, y dejando a los fieles ortodoxos adoradores de la letra que sigan por el camino que él trazó, llevando sus zapatillas en la mano, para decirlo con la metáfora de Lessing.

Marx era y no era maestro de Lassalle. Desde cierto punto de vista, podía haber dicho de éste lo que Hegel dicen que dijo de sus discípulos al morir: sólo uno me ha entendido, y ese me ha entendido mal. Lassalle era, con mucho, el seguidor más genial que Marx y Engels tenían, pero este seguidor no llegó nunca a comprender con perfecta claridad lo que era el alfa y el omega de su nuevo ideario: el materialismo histórico. La verdad es que no logró emanciparse nunca del «concepto especulativo» de la filosofía hegeliana, y aunque comprendía clarísimamente la trascendencia que la lucha proletaria de clases tenía

para la historia universal, es lo cierto que esta comprensión se plasmaba en las dos categorías idealistas genuínas de la era burguesa, en las formas intelectivas de la filosofía y la jurisprudencia.

Añádase que, como economista, quedaba muy por debajo de Marx, cuyas ideas económicas no llegó nunca a comprender en todo su alcance. El propio Marx condenaba estas incomprensiones, con cierta indulgencia a veces, y otras, las más, con dureza excesiva. Marx no encontraba más que «errores importantes» en la exposición que de su teoría del valor hacía Lassalle, pero lo cierto es que Lassalle no la entendía en absoluto. Tomaba de ella únicamente aquello que entonaba con su ideología de filósofo del derecho: la prueba de que la jornada general de trabajo social que forma el valor postula necesariamente la producción colectiva de la sociedad para garantizar al obrero el producto íntegro de su trabajo. Para Marx, su teoría del valor era la clave de todos los enigmas que entraña el régimen capitalista de producción, el hilo conductor que permitía analizar la formación del valor y la plusvalía como el proceso histórico llamado a transformar necesariamente la sociedad capitalista en socialista. Lassalle pasaba por alto la distinción entre el trabajo plasmado en valores de uso y el trabajo que engendraba valores de cambio, aquel doble carácter del trabajo encarnado en la mercancía, que era para Marx el eje en torno al cual giraba la inteligencia de toda la Economía política. Ante este punto decisivo, se abre el profundo abismo que separa a Lassalle de Marx, el abismo entre la concepción filosófico-jurídica y la concepción económico-materialista.

Pero ante otros problemas económicos, Marx juzga con excesiva dureza los flacos de Lassalle, como por ejemplo acontece con las columnas económicas, capitales que sostenían su campaña: la que él llamó ley broncínea del salario y las asociaciones de producción con crédito del Estado. Marx entendía que Lassalle había tomado la primera de los economistas ingleses Malthus y Ricardo, y la segunda del socialista católico francés Buchez. No había tal. De donde en realidad las había tomado era del Manifiesto comunista.

De la ley de la población de Malthus, según la cual los hombres se multiplican siempre con más rapidez que los medios de subsistencia, Ricardo había derivado la ley de que el salario obrero medio se limitaba a lo estrictamente necesario, según la práctica establecida dentro de cada pueblo, para sostenerse y procrear. Lassalle no hizo suya jamás esta fundamentación de la ley del salario sobre una pretendida ley natural; combatió siempre la teoría de la población de Malthus con la misma dureza que Engels y Marx. El se limitaba a subrayar el carácter «broncíneo» de la ley del salario dentro de la sociedad capitalista, «bajo las condiciones actuales, bajo el imperio de la oferta y la demanda de trabajo», y, al hacerlo, seguía las huellas del Manifiesto comunista.

Tres años después de morir Lassalle, Marx demostraba el carácter elástico de la ley del salario tal y como se presentaba en el apogeo de la sociedad capitalista, descubriendo su límite máximo en las necesidades de creación de valor del capital, y su límite mínimo en el grado de miseria que el obrero podía soportar sin morir estrictamente de hambre. Dentro de estos límites, los salarios no oscilan informados por la dinámica natural de la población, sino por la resistencia que los obreros oponen a la tendencia constante del capital a exprimir de sus energías la mayor cantidad posible de trabajo no retribuído. Esto da a la organización sindical de la clase obrera para la lucha proletaria de emancipación una importancia muy distinta a la que Lassalle le quería asignar.

Y si en este punto Lassalle quedaba muy por debajo de Marx en percepción económica, con su fórmula de las asociaciones de producción incurría en un craso error. No es cierto que hubiese tomado esta idea de Buchez, ni la pregonaba tampoco como receta universal para todos los males, sino como un principio de socialización de la producción simplemente, que es el criterio que informa también al Manifiesto comunista al hablar de la centralización del crédito en el Estado y de la organización de fábricas nacionales. Claro está que, a la par con éstas, en el Manifiesto se pregonan toda otra serie de medidas, diciéndose de todas ellas que «aunque parezcan económicamente insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento ellas mismas empujarán a superarse, y se harán inevitables como otros tantos medios para revolucionar todo el régimen de producción». Lassalle, en cambio, veía en sus asociaciones de productores «el grano de mostaza orgánico que impulsaría inconteniblemente todo el proceso posterior y lo haría brotar de sí mismo». Es indudable que, con esto, Lassalle ponía al desnudo su «infección de socialismo francés», toda vez que creía que las leyes de la producción de mercancías iban a desaparecer de este modo sobre el propio terreno de la producción.

Reconocemos que estas fallas económicas de Lassalle—y aquí nos limitamos a destacar solamente algunas, las de mayor relieve—tenían que causar la indignación de Marx, viendo cómo se volvía a confundir y oscurecer lo que él se había esforzado, desde hacía tanto tiempo, por poner en claro. Muchas de aquellas frases despectivas que la lectura de Lassalle le arrancaba se explican perfectamente. Pero, en su explicable indignación, Marx no echaba de ver que, en el fondo, y pese a todos los errores teóricos, Lassalle no hacía otra cosa sino llevar a práctica su política. Empalmar con la cola de un movimiento ya en marcha para empujarlo hacia adelante era precisamente la táctica que Marx había aconsejado siempre y la que él mismo siguiera en el año 1848. Lassalle no se dejaba gobernar por las «circunstancias imperantes del

momento», ni más ni menos que lo había hecho el propio Marx en los años de la revolución. Aquello de que Lassalle, fundador de secta, renegaba de toda conexión natural con el movimiento anterior, no tenía más viso de realidad que el no mencionar jamás en sus campañas a la Liga de los comunistas ni al Manifiesto comunista. Hojéense los varios cientos de números de la «Nueva Gaceta del Rin» y no se encontrará tampoco una sola mención de ellos.

Después de morir ambos, Lassalle y Marx, Engels justificaba indirectameute, mas no por ello de modo menos rotundo, la táctica del primero. Al iniciarse en los Estados Unidos, allá por los años de 1886 y 1887, un movimiento proletario de masas con un programa muy confuso, Engels escribe a su viejo amigo Sorge: «El primer gran paso que tiene que dar todo país que se lanza al movimiento, es la constitución de los obreros en partido político aparte, sea como sea, con tal de que se trate de un partido obrero.» No importa—añadía—que el primer programa de ese partido sea todavía confuso y defectuosísimo, pues estos inconvenientes son inevitables y pasajeros. Y en términos semejantes, escribía a otros correligionarios de América. La teoría marxista—decíales—no era ningún dogma para alcanzar la felicidad eterna, sino la exposición de un proceso histórico; y no había que agravar todavía más la inevitable confusión de las primeras acciones obligando a la gente a tragarse cosas que de momento no podían todavía comprender, aunque pronto se las enseñaría la experiencia.

Engels remitíase, en apoyo de esto, a la conducta seguida por Marx y por él en los años de la revolución. «Al regresar a Alemania en la primavera de 1848, nos afiliamos al partido democrático, por ser aquel el único medio de que disponíamos para llegar a los oídos de la clase obrera; éramos el ala más avanzada de ese partido, pero ala suya al fin y al cabo.» Y Engels aconsejaba a sus amigos que no lanzasen al movimiento americano como bandera de lucha el Manifiesto comunista, que ellos habían silenciado, como queda dicho, en la «Nueva Gaceta del Rin», pues el Manifiesto, como casi todos los trabajos cortos de Marx y suyos eran todavía difícilmente inteligibles para América; los obreros del otro lado del Océano acababan de abrazar el movimiento, no estaban todavía bastante cultivados y su rezagamiento, sobre todo en teoría, era enorme. «Hay que apoyar la palanca directamente en la realidad, y para eso, hace falta una literatura totalmente nueva. Cuando la gente esté un poco encauzada, el Manifiesto podrá prestar buenos servicios; ahora, no surtiría efecto más que en unos pocos.» Y como Sorge objetase cuán profunda impresión le había causado el Manifiesto al aparecer, cuando no era todavía más que un muchacho, Engels replicaba: «Hace cuarenta años, vosotros erais todavía alemanes y poseíais el sentido teórico alemán, por eso el Manifiesto os impresiona-

ba; en cambio, en los demás países, a pesar de haberse traducido al francés, al inglés, al flamenco, al danés, etc., no causó absolutamente ninguna sensación.» En el año 1863, después de una larga época plomiza de opresión, la clase obrera alemana conservaba muy poco de ese sentido teórico de que habla Engels; también ella necesitaba de una larga educación para poder volver a comprender el Manifiesto comunista.

Enfocada desde el punto de vista que Engels, invocando siempre y con perfecta razón el nombre de Marx, reputa «lo primordial» de un movimiento obrero incipiente, la campaña de Lassalle era intachable. Y si como economista, éste quedaba muy por debajo de Marx, como revolucionario no tenía nada que envidiarle, a menos que se le quiera censurar el que el arrebato infatigable de sus energías revolucionarias desbordase en él la infatigable paciencia del investigador científico. Todas sus obras—con la única excepción del «Heráclito»—perseguían una eficacia práctica inmediata.

Lassalle basó toda su campaña sobre los cimientos recios y firmes de la lucha de clases y se propuso siempre por meta inconmovible la conquista del Poder político por la clase obrera. Y no trazaba al movimiento, ni mucho menos, como Marx le reprocha, el curso que había de seguir con arreglo a una determinada receta doctrinal, sino que se atenía a los «elementos reales», que ya por sí mismos, espontáneamente, habían puesto en marcha el movimiento entre los obreros de Alemania: el sufragio universal y el derecho de asociación. Lassalle supo ver en el sufragio universal una palanca de la lucha proletaria de clases, con un golpe de vista más certero que, en su época por lo menos, Marx y Engels, y en cuanto a sus asociaciones de productores con crédito del Estado, cualesquiera que sean las objeciones que a ellas se puedan oponer, es innegable que respondían, en su idea central, a una preocupación muy justificada, a saber, que—para decirlo en los términos en que el propio Marx había de expresarse años más tarde—«el trabajo cooperativo, si quería salvar a las masas obreras, tenía que tomar dimensiones nacionales y ser fomentado, por consiguiente, con medios públicos». Lassalle podrá parecernos un «fundador de secta» si nos fijamos única y exclusivamente en la veneración, a veces un poco exagerada, que sus secuaces le profesaban, pero de esto no era él, a lo menos, el verdadero y principal culpable. El se esforzaba cuanto podía por evitar que «el movimiento asumiese a los ojos de los necios los contornos de una simple persona»; hizo lo indecible por ganar para su campaña, no sólo a Marx y a Engels, sino a Bucher, a Rodbertus y a algunos otros, y si no consiguió traer a su lado a ningún camarada de armas que pudiera medirse con él, era natural que la gratitud de los obreros adoptase las formas, no siempre discretas, de un culto

personal. Por otra parte, él no era, verdaderamente, hombre que recatase sus méritos; la modestia con que Marx hacía pasar siempre su persona a segundo plano, posponiéndola a la causa, no se contaba, ciertamente, entre las virtudes de Lasalle.

Hay que tener en cuenta, además, otro punto decisivo para juzgar de su conducta: la pugna aparentemente violenta de la burguesía liberal con el gobierno prusiano, de la que había brotado la campaña de Lassalle. Marx y Engels venían prestando desde el año 1859 una gran atención a los asuntos de Alemania, pero las cartas cruzadas entre ellos hasta el año 1866 revelan de muy diversos modos que no se mantenían en contacto muy estrecho y fiel con aquella realidad. A pesar de toda la experiencia adquirida en los años de la revolución, seguían contando con la posibilidad de una revolución burguesa y hasta militar, y a la par que tendían a dar demasiada importancia a la burguesía alemana, no daban la importancia debida a la política prusiana de expansión. No llegaron a sobreponerse nunca a las impresiones primerizas de su juventud, en que los países renanos, orgullosamente conscientes de poseer una cultura moderna, miraban desdeñosamente a los viejos territorios prusianos, y cuanto más concentraban su atención en los planes de hegemonía mundial del zarismo, más propendían a ver en el Estado prusiano un viceimperio ruso. Para ellos, Bismarck no era, en el fondo, más que el instrumento de un instrumento ruso, de aquel «hombre misterioso de las Tullerías», de que ya en 1859 habían dicho que sólo bailaba al son que le tocaba la diplomacia moscovita; no podían concebir que la política de expansión prusiana, por aborrecible que fuese, pudiera llegar a términos dolorosamente inesperados, lo mismo para París que para San Petersburgo. Y creyendo todavía en la posibilidad de una revolución burguesa dentro de Alemania, era natural que la campaña de Lassalle les pareciese absolutamente prematura; nadie hubiera estado más dispuesto que este hombre a darles la razón, si sus juicios se hubiesen ajustado más fielmente a la realidad.

Pero Lassalle veía las cosas de cerca y las juzgaba más acertadamente. Arrancando de la realidad y bajo el signo de ella, no puede negarse que triunfó al afirmar que aquel movimiento filisteo de la burguesía progresista no podía conducir a nada, «aun cuando nos sentásemos a esperar siglos enteros, más aún períodos geológicos enteros». Descartada la posibilidad de una revolución burguesa, Lassalle comprendió certeramente que la unificación nacional de Alemania, suponiendo que fuese posible, sólo podía ser obra de una conmoción dinástica, en que el vértice propulsor sería, en su opinión, el nuevo movimiento obrero. Claro está que, al negociar con Bismarck para hacer marchar sobre carriles la política de expansión prusiana, infringía, sin

violar por ello ningún principio, los postulados del tacto político, cosa que tenía que indignar, como con razón les indignó, a Marx y a Engels.

Lo que en los años de 1863 y 1864 les separó de Lassalle fueron, en última instancia, las mismas «disparidades irreductibles de criterio respecto a los supuestos de hecho», que ya les habían distanciado en 1859, con lo cual se vienen a tierra las apariencias de antipatía personal que rodean los durísimos conceptos formulados por Marx por aquellos mismos días acerca de Lassalle. La verdad, sin embargo, es que Marx no llegó nunca a sobreponerse por completo a sus prejuicios contra el hombre a quien la historia de la socialdemocracia alemana mencionará siempre unido a su nombre y al de Engels. Ni la muerte, con su virtud conciliatoria, consiguió suavizar duraderamente estas esperanzas.

Marx tuvo noticia de la muerte de Lassalle por Freiligrath y se la telegrafió a Engels el 3 de setiembre de 1864. «Ya puedes imaginarte —le escribía Engels al día siguiente— cómo me habrá sorprendido la noticia. Lassalle podrá haber sido lo que fuese, personalmente y en el campo literario y científico, pero políticamente no se puede negar que era una de las cabezas más grandes de Alemania. Al presente, era, para nosotros, un amigo bastante inseguro, detrás del cual nos acechaba probablemente, para el porvenir, un enemigo bastante cierto, pero de todos modos es una pena ver cómo Alemania va acabando con cuanto tiene algún valor dentro del partido extremo. Hay que figurarse el júbilo que reinará hoy entre aquellos fabricantes y aquellos perros progresistas, pues Lassalle era la única persona de Alemania a quien temían.»

Marx dejó pasar unos cuantos días, antes de contestar, el 7 de setiembre: «La desgracia de Lassalle no se me ha ido estos días de la cabeza. Pese a todo, seguía siendo uno de los de la vieja guardia, y enemigo de nuestros enemigos... Es deplorable que en estos últimos tiempos se hayan empañado nuestras relaciones con él, claro está que por culpa suya. Hoy, me alegro mucho de haber sabido resistir a las inducciones de cierta gente, que me animaba a atacarle durante su «año de jubileo», cosa que no hice. ¡Cualquiera sabe, el puñado va disminuyendo, y las bajas quedan sin cubrir!» A la condesa de Hatzfeld, escribió Marx una carta de pésame, en que le decia: «Murió joven y luchando, como Aquiles.» Y cuando, a poco de su muerte, el charlatán de Blind quiso apuntarse un triunfo a costa de Lassalle, le despachó con estas ásperas palabras: «No tengo ningún interés en explicar lo que era Lassalle y cuáles eran las verdaderas tendencias de su campaña a un payaso grotesco a quien sólo le sigue su sombra. Lejos de eso, estoy firmemente convencido de que el señor Blind sólo puede cumplir con el oficio que le ha impuesto la naturaleza saliendo a escena después de muerto el león.» Años más tarde, en una carta dirigida a Schweitzer,

Marx reconocía el «mérito inmortal de Lassalle», que pese a los «grandes errores cometidos en sus campañas», había vuelto a poner en pie el movimiento obrero alemán, después de quince años de sopor.

Pero vinieron también los días en que Marx tornó a hablar del Lassalle muerto con dureza e injusticia mayores aún acaso que cuando juzgaba al Lassalle vivo. Queda, pues, en el análisis de estas relaciones, allá en su fondo, un penoso sedimento, el cual sólo se disuelve y volatiliza pensando que acaso el movimiento obrero moderno es demasiado imponente para que una sola cabeza, aunque ésta sea la más soberana del mundo, pueda agotarlo.

CAPITULO XI

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA INTERNACIONAL

1. Fundación.

A las pocas semanas de morir Lassalle, el 28 de setiembre de 1864, fué fundada en Londres, en un gran mitin celebrado en el St. Martin Hall, la Asociación obrera internacional.

Esta organización no era obra de un individuo, un «cuerpo pequeño con una gran cabeza», ni una banda de conspiradores errabundos; no era ni una sombra fingida, ni un monstruo voraz, como afirmaba, en pintoresca alternatividad, la fantasía de los heraldos capitalistas, aguijoneada por los escrúpulos de su conciencia. Era simplemente una forma transitoria de la cruzada de emancipación del proletariado, cuyo carácter histórico la hacía, a la par, necesaria y perecedera.

El régimen capitalista de producción, que es la más flagrante de las contradicciones, engendra los Estados modernos a la vez que los destruye. Fomenta y exalta las diferencias nacionales, y al mismo tiempo crea todas las naciones a su imagen y semejanza. Esta contradicción es irresoluble en su seno y contra él se han estrellado todos los movimientos de fraternidad de los pueblos, de que tanto hablan las revoluciones burguesas. La gran industria, predicando la libertad y la paz entre las naciones, convierte el planeta en un inmenso campo de batalla como jamás lo conociera la historia.

Con el régimen capitalista de producción, desaparece también la contradicción que entraña. Cierto es que las campañas de emancipación del proletariado sólo pueden plantearse dentro de las fronteras nacionales, ya que, desarrollándose el proceso de la producción capitalista por países, cada proletariado tiene que enfrentarse necesariamente con su propia burguesía. Pero sobre el proletariado no gravita esa concurrencia inexorable que mata en flor despiadadamente todos los sueños internacionales de libertad y de paz de la clase burguesa. Tan pronto como el obrero adquiere la conciencia—y la adquiere en cuanto empieza a alborear en él la de sus intereses de clase—de que no tiene más remedio que sobreponerse a la competencia intestina con los demás trabajadores, para poder oponer una resistencia eficaz a la supremacía del capital, da un gran paso hacia la etapa superior, consecuencia lógica de ésta, en que las clases obreras de los diferentes

países dejan de competir entre sí para cooperar, unidas todas, contra el imperio internacional de la burguesía.

Esta tendencia internacional empieza a despuntar muy pronto en el movimiento obrero moderno. Lo que ante la conciencia de la burguesía, obstruída por sus intereses egoístas, no era más que antipatriotismo, falta de inteligencia y de cultura, constituye una condición vital para la campaña de emancipación del proletariado. Sin embargo, el hecho de que esta campaña pueda superar la eterna discordia entre las tendencias nacionales e internacionales, de que no acierta a salir la burguesía, no quiere decir que disponga, ni en éste ni en ningún otro respecto, de una varita mágica capaz de convertir su sendero ascensional duro y escarpado en una calzada lisa y llana. La moderna clase obrera lucha bajo las condiciones que le ofrece la historia, y estas condiciones no pueden allanarse en un asalto arrollador, sino que han de superarse comprendiéndolas, según la frase hegeliana: comprender es superar.

Esta comprensión tropezaba con una dificultad muy grande, y era que los orígenes del movimiento obrero europeo, en que empezó a dibujarse en seguida una tendencia internacional, coincidían en gran parte y se entrecruzaban con la creación de grandes Estados nacionales por obra del régimen capitalista de producción. A las pocas semanas de proclamar el Manifiesto comunista que la acción armónica del proletariado en todos los países cultos era una de las condiciones inexcusables para su emancipación, estallaba la revolución de 1848, que, si bien en Inglaterra y en Francia hacía enfrentarse a la burguesía y al proletariado como potencias antagónicas, en Alemania y en Italia venía a desatar movimientos nacionales de independencia. Cierto es que allí donde el proletariado hubo de actuar en la lucha supo comprender certeramente que estas campañas de independencia eran, si no su meta final, una estación de tránsito hacia ella; el proletariado dió a los movimientos nacionales de Alemania e Italia sus luchadores más valerosos, y desde ningún órgano se orientaron mejor esos movimientos que desde la «Nueva Gaceta del Rin», dirigida por los autores del Manifiesto comunista. Claro está que estas campañas nacionales hicieron pasar a segundo plano la idea internacional, sobre todo cuando la burguesía alemana e italiana empezó a rendirse a las bayonetas reaccionarias. En Italia se organizaron asociaciones de solidaridad obrera bajo la bandera de Mazzini, que, si bien no tenía nada de socialista, era, por lo menos, republicana, y en Alemania, país más progresivo, cuyos obreros tenían ya conciencia de la solidaridad internacional de su causa desde los tiempos de Weitling, abrióse una guerra civil, que había de durar diez años, en torno al problema nacional.

La situación de Francia y de Inglaterra era distinta, pues aquí la

unidad nacional estaba ya perfectamente asegurada al iniciarse el movimiento proletario. Ya antes de las jornadas de marzo había empezado a cobrar cuerpo la idea internacional: París pasaba por ser la capital de la revolución europea, y Londres era la metrópoli del mercado mundial. Mas también aquí quedó esta idea rezagada después de las derrotas del proletariado.

La espantosa sangría de la matanza de junio paralizó las energías de la clase obrera francesa, y la férrea presión del despotismo bonapartista se interpuso ante su organización política y sindical. Los obreros volvieron a caer en el sectarismo de antes de marzo, y en esta confusión dibujábanse claramente dos tendencias, en que se escindían en cierto modo el elemento revolucionario y el socialista. Una de las corrientes seguía a Blanqui, que no ostentaba un verdadero programa socialista, sino que aspiraba a adueñarse del Poder mediante un audaz golpe de mano de una resuelta minoría. La otra—mucho más fuerte—respondía a las influencias de Proudhon, quien, con sus Bancos de intercambio, encaminados a la obtención de crédito gratuito, y otros experimentos doctrinales por el estilo, distraía a las masas de la lucha política; de este movimiento había dicho Marx en su «18 Brumario» que renunciaba a derrocar el régimen vigente, con todos sus grandes recursos, aspirando sólo a redimirse a espaldas de la sociedad, por la vía privada, sin salirse de las míseras condiciones trazadas a su existencia.

Una evolución bastante parecida, al menos en ciertos aspectos, fué la que se produjo en la clase obrera inglesa después del fracaso del cartismo. Owen, el gran utopista, seguía viviendo, cargado de años, pero su escuela iba convirtiéndose, cada vez más acentuadamente, en una secta religiosa de librepensadores. Al lado de ella, surgió el socialismo cristiano de Kingsley y Maurice, que—aunque resulte difícil identificarlo con sus caricaturas continentales—no quería saber nada tampoco de las luchas políticas, absorbido enteramente como lo estaba por sus aspiraciones cooperativas y de cultura. Mas también las organizaciones sindicales de las tradeuniones con que Inglaterra se anticipara a Francia, se encerraban en una actitud de indiferentismo político, para limitarse a la satisfacción de sus necesidades más elementales, actitud que impulsaba la fiebre industrial de aquella época (años 50 y siguientes) y la hegemonía inglesa en el mercado mundial.

Mas no por esto se borró repentinamente en Inglaterra el movimiento obrero internacional que venía gestándose. Todavía se conservan huellas de él hasta muy cerca del año 1860. Los *Fraternal Democrats* no se disolvieron hasta los tiempos de la guerra de Crimea y, al desaparecer esta entidad, todavía se formó un Comité internacional, seguido de una Asociación internacional, por obra principalmente de

Ernesto Jones. Aunque estas organizaciones no tuviesen gran importancia, demostraban por lo menos que la idea internacional no estaba del todo extinguida, sino que vivía como en rescoldo, que un golpe fuerte de viento podía volver a convertir en viva llamarada.

Golpes de viento de este género fueron, sucesivamente, la crisis comercial de 1857, la guerra de 1859, y sobre todo, la guerra civil desatada en 1860 en Norteamérica entre los Estados del Norte y del Sur. La crisis de 1857 asestó el primer golpe serio al esplendor bonapartista en Francia, y de nada sirvió querer parar este golpe con una aventura afortunada de política extranjera. La bola que había echado a rodar el hombre de diciembre no podía ya volver a sus manos. El movimiento de la unidad italiana podía ya más que él, y la burguesía francesa no engordaba con laureles tan menguados como los de las batallas de Magenta y Solferino. Para acortar un poco su soberbia creciente, había un camino muy fácil: dejar un poco más en libertad a la clase obrera; en realidad, la existencia del segundo Imperio dependía muy principalmente del talento con que supiera resolver el problema de enfrentar y neutralizar recíprocamente a la burguesía y al proletariado.

Claro está que Bonaparte no pensaba precisamente en concesiones políticas, sino en libertades sindicales. Proudhon, que era quien más influía entre la clase obrera francesa, contábase entre los adversarios del Imperio—aunque algunas de sus ocurrencias paradógicas pudieran hacer pensar lo contrario—, pero era también adversario de las huelgas. Precisamente del aspecto en que más cohibido se hallaba el obrero francés. A pesar de todas las recriminaciones de Proudhon y de las severas penas legales, durante los años 1853 a 1866 fueron condenados por lo criminal nada menos que 3.909 obreros, por haber tomado parte en 749 coaliciones. El César de caricatura inició su nueva política indultando a los obreros condenados. Luego, siguió dando muestras de su buena voluntad al apoyar el envío de trabajadores franceses a la Exposición universal de Londres de 1862. La elección de delegados corría a cambio de sus compañeros de oficio; en París fueron instaladas 50 oficinas electorales para 150 oficios, que mandaron a Londres, en total, a 200 representantes; los gastos los sufragaban el emperador y el municipio, a razón de veinte mil francos cada uno; además, se organizó una suscripción popular. A su regreso, los delegados podrían publicar informaciones detalladas de su viaje, y la mayoría de las que vieron la luz se salían bastante de las materias propias de sus oficios. La medida era de tal naturaleza, en aquellas circunstancias, que el prefecto de policía de París, hombre previsor, al conocerla, dijo que el emperador, antes de aventurarse a semejantes bromas, hubiera hecho mucho mejor en derogar las penas contra las huelgas y coaliciones.

En efecto, los obreros demostraron a su egoísta protector la gratitud

que merecía, y no la que buscaba. En las elecciones de 1863, los candidatos del gobierno no obtuvieron en París más que 82.000 votos, contra 153.000 que sacaron los de la oposición, mientras que en la votación de 1857 la diferencia había sido de 111.000, para los primeros, a 96.000 a favor de los segundos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el viraje no se debía, en su parte principal, a un desvío de la burguesía, sino a los nuevos rumbos de la clase obrera, que, ahora que el falso Bonaparte quería coquetear con ella, le daba esta lección de independencia, aunque por el momento se limitase a navegar bajo el pabellón del radicalismo burgués. Pronto los hechos vinieron a confirmar esta hipótesis; en las elecciones parciales celebradas en París en 1864, sesenta obreros presentaron la candidatura de Tolain, un cincelador, dando al país un manifiesto en que le anunciaban el nuevo alborear del socialismo. En este manifiesto se decía que los socialistas habían aprendido de las lecciones del pasado. Que en 1848 los obreros, huérfanos de un programa claro, habían aclamado, más por instinto que por reflexión, la primera teoría social que se les presentara, pero que ahora se mantenían alejados de toda exageración utópica para luchar por sus reformas sociales. Entre ellas, el candidato obrero pedía la libertad de prensa y de asociación, la derogación de las penas contra las huelgas y coaliciones, la enseñanza obligatoria y gratuita y la abolición del presupuesto de Culto y Clero.

Sin embargo, Tolain sólo consiguió unos cuantos cientos de votos. Proudhon, conforme sin duda con el contenido del manifiesto, condenó la lucha electoral, pues le parecía una protesta más eficaz contra el Imperio el votar con papeleta blanca; los blanquistas encontraban el Manifiesto demasiado moderado, y la burguesía de matiz liberal y radical, salvo raras excepciones, se burló sangrientamente de aquellos pujos de independencia de la clase obrera, aunque el programa electoral de su candidato no tenía por qué inquietarles en lo más mínimo. Fué un fenómeno bastante parecido al que se produjo en Alemania por la misma época. Envalentonado por esto, Bonaparte aventuró otro paso hacia adelante, y en mayo de 1864, si bien no se derogó la ley que prohibía las asociaciones profesionales—esto había de hacerse cuatro años más tarde—, fueron abolidos los artículos del Código penal en que se castigaban las coaliciones obreras para conseguir mejoras en sus condiciones de trabajo.

En Inglaterra, aunque las penas contra las coaliciones habían sido ya derogadas en el año 1825, las tradeuniones no gozaban todavía de una existencia consolidada, de hecho ni de derecho, y la masa de sus afiliados carecía del derecho político de sufragio que le hubiera permitido luchar por vencer los obstáculos legales que se interponían ante sus reivindicaciones. El auge del capitalismo en el continente europeo,

al desplazar a un sinnúmero de existencias, les amenazaba con una concurrencia desleal muy peligrosa, pues en cuanto hacían ademán de pedir aumento de salario o disminución de jornada, los capitalistas les hablaban de importar obreros franceses, belgas, alemanes o de otros países. A esto, venía a añadirse el cataclismo de la guerra de secesión, provocando una crisis algodonera que precipitó en la más espantosa de las miserias a los obreros de la industria inglesa textil.

Todo esto sacó a las tradeuniones de su actitud contemplativa. Se produjo una especie de nuevo-unionismo, dirigido principalmente por unos cuantos funcionarios expertos de las tradeuniones más importantes: por Allan, del gremio de constructores de máquinas, por Applegarth, del gremio de carpinteros, Lucraft, del de ebanistas, Grener, del de albañiles, Odger, del de zapateros, y algunos más. Estos hombres reconocieron la necesidad de que las organizaciones sindicales abrazasen la lucha política, concentrando desde el primer momento su atención sobre la reforma electoral. Ellos fueron los elementos animadores de aquel mitin monstruo que se celebró en St. James Hall bajo la presidencia del político radical Bright y que protestó ruidosamente contra los planes de Palmerston, partidario de intervenir en la guerra de secesión a favor de los Estados esclavistas del Sur; al presentarse Garibaldi en Londres, en la primavera de 1864, le prepararon un solemne recibimiento.

El nuevo despertar político de la clase obrera inglesa y francesa volvió a poner en pie la idea internacional. En la Exposición universal de 1862 habíase celebrado ya una «fiesta de fraternidad» entre los delegados franceses e ingleses. Vino a estrechar estos lazos la sublevación polaca de 1863. La causa de la independencia polaca había gozado siempre de gran popularidad entre los elementos revolucionarios del Occidente de Europa; la opresión y desmembración de Polonia convirtió en una sola a las tres potencias orientales, y la restauración de aquel país despedazado era un golpe asestado en el corazón de la hegemonía rusa sobre Europa. Los *Fraternal Democrats* venían celebrando ya con toda regularidad los aniversarios de la revolución polaca de 1830; en estas fiestas se aclamaba entusiastamente a Polonia, pero sin olvidar que la reconstitución libre y democrática de aquella nación era una condición previa para la emancipación del proletariado.

En los mitins de homenaje a Polonia celebrados aquel año en Londres, y a que los obreros franceses enviaron también representantes, la nota social resonó con más fuerza que nunca, y esta nota daba también el tono a un mensaje de salutación dirigido a los obreros franceses por un comité de trabajadores ingleses que presidía Odger, dándoles las gracias por haber tomado parte en aquellos mitins. En aquel documento se hacía hincapié en que la concurrencia desleal que el

capital inglés hacía al proletariado de este país importando obreros extranjeros podía llevarse a cabo por no existir una organización sistemática entre las clases trabajadoras de todos los países.

Este mensaje fué traducido al francés por el profesor Beesly, un gran simpatizante de la clase obrera, encargado de la cátedra de Historia en la Universidad de Londres, y provocó un vivo movimiento de agitación en los talleres y fábricas de París, que vino a culminar en la determinación de contestarlo personalmente enviando a Londres una diputación obrera. Para recibirla, el comité inglés convocó el 28 de setiembre de 1864 un mitin en el St. Martin Hall, presidido por Beesly; el local estaba abarrotado de público. Tolain dió lectura a la salutación con que los obreros franceses contestaban a sus camaradas de Inglaterra. Empezaba hablando de la insurrección polaca: «Nuevamente se ha visto ahogada Polonia por la sangre de sus hijos, y nosotros hemos tenido que ser espectadores impotentes», para exigir que la voz del pueblo fuese oída en todos los grandes problemas políticos y sociales. Era necesario, añadía, destruir el poder despótico del capital. La división del trabajo convertía al hombre en una máquina, y la libertad de comercio, si no se instauraba la solidaridad de la clase obrera, iba a engendrar una esclavitud industrial mucho más despiadada y terrible que la abolida por la gran revolución. Era menester que los obreros de todos los países se uniesen para alzar una frontera insuperable frente a este sistema criminal.

Después de un vivo debate en el que Eccarius llevó la voz de los alemanes, la asamblea acordó, a instancia del tradeunionista Wheeler, nombrar un comité, al que se otorgaron poderes para incorporarse nuevos miembros y redactar los estatutos de una Asociación internacional, que habrían de regir provisionalmente hasta que en el próximo año decidiese en definitiva un Congreso internacional que se celebraría en Bélgica. Y se eligió, en efecto, el comité, integrado por una serie de elementos de las tradeuniones y representantes extranjeros de la causa obrera, entre ellos, por los alemanes—la noticia publicada en los periódicos da su nombre al final—, Carlos Marx.

2. Alocución inaugural y Estatutos.

Hasta entonces, Marx no había tomado parte activa en el movimiento. Invitado por el francés Le Lubez a que interviniese en nombre de los obreros alemanes y designase a uno de ellos como orador, propuso a Eccarius; él se limitó a asistir al mitin desde la tribuna como personaje mudo.

Marx tenía sus trabajos científicos en demasiada estima, para ante-



ponerlos a cualquier aventura de organización, cuando ésta se revelaba estéril ya desde el primer momento, pero los posponía de buen grado, siempre que se tratase de una labor provechosa para la causa proletaria. Esta vez, se dió cuenta de que se debatían «valores efectivos». He aquí los términos en que escribía a Weydemeyer: «El Comité obrero internacional que acaba de fundarse no carece de importancia. Los vocales ingleses son, en su mayor parte, los jefes de las tradeuniones, es decir, los verdaderos reyes obreros de Londres, los mismos que prepararon a Garibaldi aquel recibimiento imponente y los que con el mitin monstruo de St. James Hall, celebrado bajo la presidencia de Bright, incapacitaron a Palmerston para declarar la guerra a los Estados Unidos, como se disponía a hacerlo. Los vocales franceses del Comité carecen de significación, aunque sean los órganos directos de los obreros más destacados de París. Se ha establecido también contacto con las sociedades italianas, que no hace mucho celebraron su congreso en Nápoles. Aunque hace varios años que me vengo negando sistemáticamente a tomar parte en todo género de «organizaciones», esta vez he aceptado la invitación, pues se trata de un asunto que puede tener importancia.» En términos semejantes escribía también a otros amigos. Reconocía que «las clases obreras volvían a dar, manifiestamente, señales de vida» y consideraba su mayor deber trazarles los nuevos derroteros.

Dió la feliz coincidencia de que las circunstancias viniesen a poner en sus manos, espontáneamente, la dirección intelectual. El Comité que se había elegido fué completado mediante incorporación de nuevos elementos; lo integraban unos cincuenta vocales, la mitad de ellos obreros ingleses. El país mejor representado, después de Inglaterra, era Alemania, con unos diez vocales, la mayoría de los cuales habían pertenecido, como Marx, Eccarius, Lessner, Lochner y Pfänder, a la Liga Comunista. Francia tenía en el Comité nueve representantes, Italia seis, Polonia y Suiza dos cada una. Una vez constituído, el Comité nombró de su seno una sección encargada de redactar un proyecto de programas y estatutos.

Para esta sección fué elegido también Marx, pero, fuese por enfermedad o por no recibir el aviso a tiempo, lo cierto es que no pudo tomar parte en ninguna de sus primeras sesiones. El comandante Wolf, secretario particular de Mazzini, el inglés Weston y el francés Le Lubez se debatieron en vano con las tareas asignadas a esta sección. Mazzini, a pesar de la popularidad de que gozaba por entonces entre los obreros ingleses, estaba muy poco enterado del movimiento obrero moderno para que su proyecto pudiera impresionar a aquellos disciplinados tradeunionistas. No comprendía, y por tanto la odiaba, la lucha de clases del proletariado. Su programa no pasaba de unos cuantos

alardes de fraseología socialista, superados desde hacía mucho tiempo por las masas proletarias. Sus estatutos estaban también inspirados en el espíritu de otra época; redactados con esa rigurosa centralización que caracteriza a las sectas políticas de conspiradores, eran incompatibles con las condiciones elementales de vida de las tradeuniones en particular, y en general de una organización internacional obrera que no aspiraba a provocar un nuevo movimiento, sino a unificar y articular el movimiento de clase del proletariado disperso en los distintos países. Tampoco los proyectos presentados por Le Lubez y Weston se salían de estos moldes fraseológicos al uso.

En este estado se hallaba el asunto cuando Marx hubo de tomarlo por su cuenta. Decidido a que, a ser posible, «no quedase en pie ni una sola línea del proyecto» y resuelto a emanciparse totalmente de él, trazó—sin que estuviese previsto en los acuerdos que se tomaran en el mitin de St. Martin Hall—un proyecto de alocución a las clases trabajadoras, una especie de mirada retrospectiva a sus vicisitudes desde el año 1848, con lo cual le quedaba el camino libre para redactar unos estatutos mucho más claros y concisos. La sección aprobó inmediatamente su idea, contentándose con deslizar en la introducción que precedía a los estatutos unas cuantas frases sobre «derechos, deberes, verdad, moral y justicia», pero Marx, según escribía a Engels, supo colocarlas de modo que no causasen ningún daño. Una vez hecha esta enmienda, el Comité en pleno aprobó por unanimidad y con gran entusiasmo la alocución y los estatutos.

De la alocución inaugural había de decir más tarde Beesly que era probablemente el alegato más imponente y más irrefutable de la causa obrera contra la clase media que jamás se había escrito, condensado en una docena de páginas bastante reducidas. Comenzaba patentizando el gran hecho de que la miseria y las privaciones de la clase obrera no habían disminuído en nada durante los años de 1848 a 1864, a pesar de tratarse de un período único en los anales de la historia por el desarrollo de su industria y el florecimiento de su comercio. Lo probaba comparando documentalmente la espantosa estadística oficial de los libros azules acerca de la miseria del proletariado inglés y las cifras que daba en sus discursos sobre el presupuesto el Canciller del Tesoro Gladstone para demostrar el incremento verdaderamente anonadador del poder y de riqueza experimetado durante aquel período, pero en el que sólo habían tenido parte las clases ricas. La alocución ponía de relieve este contraste clamoroso de la realidad inglesa, por ser Inglarerra el país que iba a la cabeza de la industria y el comercio de Europa, pero añadiendo que este contraste era, con diferente matiz local y con diversas gradaciones, el de todos los países del continente en que existía una gran industria.

El incremento imponente de poder y de riqueza sólo favorecía, en todas partes, a las clases acomodadas, y si en Inglaterra había un pequeño contingente de obreros que percibían jornales un poco más elevados, el alza general de los precios venía a nivelar en seguida la diferencia. «Por todas partes vemos que la gran masa de las clases obreras se hunde en una miseria cada vez más honda, en la misma proporción por lo menos en que las clases altas suben en la escala social. En todos los países de Europa es hoy una verdad inconmovible, que ningún investigador imparcial puede negar y que sólo discuten quienes tienen algún interés en despertar en otros esperanzas engañosas, que ni los progresos del maquinismo, ni la aplicación de la ciencia a la agricultura o a la industria, ni los recursos y artificios de los medios de comunicación, ni las nuevas colonias y la emigración, ni la conquista de nuevos mercados, ni el librecambio, ni todas estas cosas juntas, son capaces de acabar con la miseria de las masas trabajadoras, sino que, por el contrario, todo nuevo impulso que se imprima a la fuerza creadora del trabajo sobre la base falsa del régimen existente no conseguirá más que ahondar las divergencias sociales y agudizar el conflicto social. Durante este período de florecimiento económico incomparable, la muerte por hambre llegó casi a instaurarse como una institución social, en la capital del Imperio británico. Este período quedará caracterizado en los anales de la historia por la acelerada reiteración, el dilatado radio de acción y los efectos mortíferos de esa peste social a que se da el nombre de crisis del comercio y de la industria.»

La alocución pasaba luego revista a los reveses experimentados por el movimiento obrero en la década del 50, llegando a la conclusión de que también este período tenía rasgos característicos esenciales. Dos grandes hechos se hacían resaltar sobre todo. El primero era la jornada legal de diez horas, que había tenido efectos tan benéficos para el proletariado inglés. Las luchas sostenidas por la reducción legal de la jornada venían a interponerse en el gran duelo que se estaba librando entre la regla ciega, que era la ley de la oferta y la demanda, base de la Economía política burguesa, y la producción reglamentada y presidida por la sociedad, por la que abogaba la clase obrera. «Por eso la ley de las diez horas fué algo más que un gran triunfo práctico, fué el triunfo de un gran principio: por vez primera en la historia, la Economía política de la burguesía sucumbió aquí ante la Economía política de la clase obrera.»

Pero la Economía política del proletariado arrancó un triunfo todavía mayor con el movimiento cooperativo, con las fábricas creadas sobre el principio de la cooperación. La importancia de estos grandes ensayos sociales era extraordinaria. «Ya no eran las razones, sino la realidad, quien venía a demostrar que la producción, montada en gran

escala y obedeciendo a los postulados de la ciencia novísima, puede organizarse sin necesidad de que exista la clase de los empresarios como alimentadora de trabajo de la clase obrera, que los instrumentos de trabajo, para rendir fruto, no necesitan ser monopolizados precisamente como instrumentos de explotación y de dominio sobre los obreros, que el trabajo asalariado no es, como antes el trabajo de los esclavos y de los siervos, más que una forma condicionada y transitoria, condenada a desaparecer ante el trabajo cooperativo, el único que cumple su difícil cometido con mano pronta, inteligencia propicia y corazón alegre.» No obstante, el trabajo cooperativo, limitado a estos ensayos ocasionales, no acabaría nunca con el monopolio capitalista. «Acaso sea precisamente por esto por lo que unos cuantos aristócratas de ideología aparentemente noble, unos cuantos retóricos humanitarios de la burguesía y hasta un puñado de economistas, buenos conocedores del negocio, se han descolgado de pronto haciendo una serie de elogios verdaderamente repugnantes de este mismo sistema cooperativo que al principio se esforzaran por ahogar en germen, burlándose de él como de una utopía de soñadores o difamándolo como una locura insensata de socialistas.» Sólo haciéndole cobrar dimensiones nacionales, podría el trabajo cooperativo salvar a las masas. Pero los grandes señores de la tierra y del capital procurarían acogerse en todo momento a sus privilegios políticos, para eternizar sus monopolios económicos. Por eso el primer deber de la clase obrera es conquistar el Poder.

Los obreros parecían haberlo comprendido así, como lo demostraba el hecho de que volviesen a dar señales de vida simultáneamente en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, aspirando en todas partes a una reorganización política del partido obrero. «Tienen en sus manos un factor para el triunfo: el número. Pero el número sólo pesa en esta balanza cuando la organización le da unidad y lo proyecta hacia un fin consciente.» La experiencia del pasado enseñaba que el desdén hacia la fraternidad que debía reinar entre los obreros de todos los países, espoleándolos a mantenerse estrechamente unidos en todas sus cruzadas de emancipación, se traducía en el fracaso constante de sus esfuerzos dispersos. Esta consideración había llevado al mitin de St. Martin Hall a fundar la Asociación obrera internacional.

Pero en este mitin había reinado, además, otro convencimiento. Si la emancipación de las clases obreras exigía de ellas una solidaridad fraternal, ¿cómo iban a alcanzar esta gran meta con la política exterior de sus gobiernos, encaminada toda ella a objetivos criminales, cimentada sobre prejuicios nacionalistas y proyectada hacia guerras de rapiña en las que se dilapidaban la sangre y el dinero del pueblo? No había sido la prudencia de las clases gobernantes, sino la resistencia heroica



del proletariado contra su ceguera criminal, la que había evitado que el Occidente de Europa se lanzara a una cruzada infame, encaminada a eternizar y trasplantar la esclavitud al otro lado del Océano Atlántico. El aplauso escandaloso, la fingida simpatía o la estúpida indiferencia con que las clases acomodadas habían contemplado cómo Rusia se apoderaba de las montañas del Cáucaso y asesinaba a la heroica nación polaca, trazaban a las clases trabajadoras su deber de insinuarse en los secretos de la política internacional, de acechar las intrigas diplomáticas de sus gobiernos y de oponerse a ellas por todos los medios, saliéndoles al paso si no podían impedirlas, solidarizándose mediante manifestaciones de ambos lados de las fronteras e imponiendo como supremas leyes del mundo internacional las leyes escuetas de la moral y el derecho que debían regir las relaciones entre personas. No había más remedio que luchar por esta política extranjera, identificada con la cruzada general de emancipación de la clase trabajadora. La alocución terminaba con las mismas palabras del Manifiesto comunista: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

A la cabeza de los Estatutos figuraba una exposición de motivos, que puede resumirse en los términos siguientes: La emancipación de la clase obrera ha de ser conquistada por los obreros mismos; luchar por ella no es luchar por nuevos privilegios de clase, sino por la abolición de todo régimen de clase. La sumisión económica del obrero al usurpador de los instrumentos de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, entraña la esclavitud en todas sus formas: miseria social, raquitismo intelectual y mediatización política. La emancipación económica de la clase obrera es, por tanto, la gran meta a la que todo movimiento político debe servir. Hasta ahora, todos los esfuerzos encaminados hacia esa meta han fracasado por falta de unidad entre los diferentes grupos obreros de cada país y entre las clases obreras de los diferentes países. La emancipación de la clase obrera no es un problema local ni nacional, sino social: afecta por igual a todos los países que integran la sociedad moderna y no puede resolverse sin una cooperación sistemática y organizada de todos ellos. En esta argumentación clara y concisa venían a interpolarse aquellos lugares comunes de orden moral acerca de la justicia y la verdad, los deberes y los derechos, a que Marx había dado acogida en su texto tan de mala gana.

La organización de la Internacional tenía su órgano supremo en un Consejo general, que había de estar integrado por obreros de los diferentes países representados en la Asociación. Provisionalmente, hasta que se celebrase el primer Congreso, las funciones de este Consejo general pasaron a manos del Comité elegido en la Asamblea de St. Martin Hall. Sus atribuciones consistían en servir de órgano internacional de enlace entre las organizaciones obreras de los diversos países, en tener

constantemente informados a los obreros de cada país acerca de los movimientos de su clase en las demás naciones, en abrir investigaciones estadísticas sobre la situación de las clases obreras, en someter a debate en todas las sociedades obreras problemas de interés general, en iniciar y encauzar en caso de conflictos internacionales una acción uniforme y simultánea de las organizaciones unidas, en publicar informes periódicos, etc. El Consejo general era de elección del Congreso, que había de reunirse una vez al año. El Congreso determinaría la residencia del Consejo general, así como el lugar y la fecha para el Congreso siguiente. Sin embargo, el Consejo quedaba autorizado para completar el número de sus vocales y para variar el lugar de reunión del Congreso, en caso de necesidad, pero sin poder dilatar por ningún concepto la fecha de convocatoria. Las sociedades obreras de los diferentes países afiliadas a la Internacional conservaban intacta su organización. No se prohibía a ninguna sociedad local independiente mantener relaciones directas con el Consejo general, si bien se abogaba, como condición necesaria para la mejor eficacia de este organismo, por que las sociedades obreras de cada país se agrupasen, dentro de lo posible, en las corporaciones nacionales representadas por el órgano central.

Sería falso decir que la Internacional fué obra de una «gran cabeza», pero es evidente que tuvo la fortuna de encontrarse, en el momento de nacer, con una gran cabeza que supo trazarle desde el primer momento su camino, librándola de extravíos y aberraciones. Marx no hizo ni pretendió tampoco hacer otra cosa. La maestría incomparable de la alocución y de los Estatutos consistía precisamente en eso, en atenerse estrictamente a la situación y a las exigencias de la hora, sin dejar por ello de entrañar, como Liebknecht hubo de decir acertadamente en una ocasión, las últimas consecuencias del comunismo, ni más ni menos que lo había hecho el Manifiesto comunista.

Sin embargo, ambos documentos se distinguían de éste por la forma y por el fondo. «Hay que dejar tiempo al tiempo—escribíale Marx a Engels—, hasta que el movimiento vuelva a despertar y consienta la audacia de expresión de antaño. Ahora, se impone lo de fuerte en el fondo, pero suave en la forma.» Aparte de esto, la finalidad propuesta era muy distinta. Esta vez, tratábase de fundir en un gran cuerpo de ejército a toda la clase obrera militante de Europa y América, de levantar un programa que—son palabras de Engels—no cerrase la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles, ni a los lassalleanos alemanes. En cuanto al triunfo final del socialismo científico, tal como se establecía en el Manifiesto comunista, Marx remitíase por entero a la evolución intelectual de la clase obrera, a la que había de servir de cauce su organización internacional.

Pronto estas esperanzas suyas habían de pasar por una dura prueba; apenas había comenzado su campaña de propaganda por la nueva organización, cuando tuvo un choque grave con aquella clase obrera europea precisamente a quien los principios de la Internacional eran más accesibles.

3. La repulsa a Schweitzer.

Es tradición, no por antigua menos reprobable y falsa, que los lassalleanos alemanes se negaron a entrar en la Internacional, adoptando frente a ella una actitud hostil.

En primer lugar, no se ve qué razones tenían para obrar así. Los estatutos de la Internacional no hubieran menoscabado en lo más mínimo su rígida organización, a la que ellos daban tanta importancia, y la alocución inaugural hubieran podido suscribirla sin quitarle una coma; había en ella un capítulo, el referente al trabajo cooperativo, del que se decía que sólo podía salvar a las masas haciéndole cobrar dimensiones nacionales y fomentándolo mediante los recursos del Estado, que les debía procurar una especial satisfacción.

La verdad es que los lassalleanos se mantuvieron desde el primer momento en una actitud perfectamente cordial ante la nueva organización, si bien en el momento de crearse ésta tenían bastante que hacer con atender a sus propios asuntos. Al morir Lassalle, y siguiendo su consejo testamentario, habíase elegido presidente de la Asociación general de Obreros alemanes a Bernardo Becker, pero éste se mostró incapaz para aquel cargo y se produjo un horrible desbarajuste. No existía más órgano de cohesión que el periódico «El Socialdemócrata», que desde fines de 1864 se venía publicando bajo la dirección espiritual de J. B. V. Schweitzer. Este hombre, tan enérgico como capaz, gestionó calurosamente la colaboración de Marx y Engels, metió a Liebknecht en la redacción del periódico, a lo que nadie le obligaba, y en el segundo y tercer número reprodujo el mensaje de fundación de la Internacional.

Moses Hess, corresponsal del periódico en París, envió un artículo en que recelaba de la conducta de Tolain, acusándole de ser un agente del Palais Royal, donde Jeromo Bonaparte se hacía pasar por demagogo rojo, pero Schweitzer no se prestó a publicarlo sino después de obtener la aprobación expresa de Liebknecht. Como Marx se quejase de aquellas acusaciones, el director del periódico fué todavía más allá, ordenando que en lo sucesivo se encargaría el propio Liebknecht de redactar personalmente cuanto se refiriese a la Internacional; el 15 de febrero de 1865 escribía a Marx, anunciándole que iba a proponer a su organización, la Asociación general de Obreros alemanes, que se soli-

darizase plenamente con los principios de la Internacional y prometiese enviar representantes a sus congresos, absteniéndose de afiliarse de un modo formal pura y simplemente en atención a las leyes federales alemanas que prohibían la articulación de dos o más asociaciones diferentes. A esta oferta ya no recibió Schweitzer contestación; y Marx y Engels hicieron una declaración pública desligándose de colaborar en «El Socialdemócrata».

Basta la sola relación de los hechos para comprender que aquella penosa ruptura no obedecía en modo alguno a desavenencias surgidas con motivo de la Internacional. En su declaración, Marx y Engels exponían abiertamente las causas. Ellos no ignoraban la difícil situación del periódico de Schweitzer, ni exigían de él nada que no fuese congruente con el meridiano de Berlín. Lo único que pedían, y así lo hicieron saber reiteradamente, era que tratase al partido feudal absolutista con la misma dureza, por lo menos, que a los progresistas. Entendían que la táctica seguida por «El Socialdemócrata» no les permitía a ellos seguir colaborando en aquel periódico. Seguían manteniendo, sin quitarle una tilde, cuanto habían expuesto en la «Gaceta Alemana de Bruselas» acerca del socialismo gubernamental de la corona de Prusia y de la actitud del partido obrero ante semejante obra de artificio, contestando a un periódico renano en que se proponía una «alianza» del «proletariado» con el «gobierno» contra la «burguesía liberal».

La táctica del periódico de Schweitzer no tenía nada que ver con tales «alianzas» ni con semejante «socialismo gubernamental prusiano». Frustradas las esperanzas de Lassalle, que había querido poner en pie a la clase obrera alemana, imprimiéndole un potente impulso, la Asociación general fundada por él veíase comprimida, con sus dos mil afiliados, entre dos adversarios poderosos, cada uno de los cuales era lo bastante fuerte para aplastarla. En las circunstancias de aquella época, el incipiente partido obrero no tenía absolutamente nada que esperar del odio idiota de la burguesía; en cambio, de la diplomacia astuta de Bismarck podía esperar, por lo menos, una cosa: que no pudiera llevar a cabo su política prusiana de expansión sin hacer ciertas concesiones a las masas. A Schweitzer no se le escaparon nunca el verdadero valor y finalidad de tales concesiones, ni se hacía ilusiones acerca de ellas, pero en una época en que la clase obrera alemana carecía casi en absoluto de las condiciones legales necesarias para organizarse, en que no poseía derechos electorales eficaces, y en que la libertad de prensa, de reunión y asociacion estaba a merced del capricho burocrático, un periódico como «El Socialdemócrata» no podía avanzar atacando con igual violencia a ambos adversarios, sino lanzando al uno contra el otro. Sin embargo, esta política tenía una condición inexcusable, y era que el joven partido obrero se mantuviese independiente frente a uno y otro

bando, procurando a la par conservar viva en las masas la conciencia de ello.

Esto precisamente era lo que se esforzaba por hacer Schweitzer, y no puede negarse que lo consiguió. En vano se buscará en el periódico una sola sílaba de la que se infiera la existencia de una «alianza» con el gobierno contra el partido progresista. Si analizamos la actuación pública de Schweitzer, relacionándola con la marcha general de la política en aquella época, nos encontraremos con algunos errores, que tampoco trata de encubrir su propio autor, pero comprobaremos que su política era, en lo sustancial, una política hábil y consecuente, inspirada tan sólo en los intereses de la clase obrera, y que ni Bismarck ni ningún otro reaccionario podía haber dictado.

Schweitzer les llevaba de ventaja a Marx y Engels, ya que otra cosa no fuese, su conocimiento exacto de la realidad prusiana. Ellos la veían siempre a través del color de su cristal, y Liebknecht les falló en la función informadora y mediadora que las circunstancias le habían asignado. Retornó a Alemania en 1862, llamado por Brass, un republicano rojo, repatriado también del destierro, para fundar la «Gaceta general Alemana del Norte». Pero, apenas se había incorporado Liebknecht a la Redacción, cuando se descubrió que Brass tenía vendido el periódico al Gobierno de Bismarck. Liebknecht se separó inmediatamente, pero esta aventura, la primera que experimentó al volver a su país, dejó en él una desventurada huella. No por las consecuencias materiales, porque volviera a verse en medio del arroyo, como en los largos años del destierro, pues esto era lo que menos preocupaba a quien como él ponía el interés de la causa por encima de su persona, sino porque aquella lamentable experiencia ya no le permitió orientarse certeramente ante la nueva situación con que se encontraba en Alemania.

Al pisar de nuevo tierra alemana, Liebknecht seguía siendo, en el fondo, el hombre del 48. Aquel hombre de la «Nueva Gaceta del Rin», para quien la teoría socialista y hasta la lucha proletaria de clases quedaban todavía rezagadas ante la cruzada revolucionaria de la nación contra el régimen de las clases retrógradas. La teoría socialista, aunque penetrase bien en sus ideas fundamentales, no fué nunca, en lo que a la armazón especulativa se refiere, el fuerte de Liebknecht; lo que de Marx había adquirido, en los años del destierro, era la tendencia a escrutar los horizontes de la política internacional, acechando todo germen revolucionario. Ante estas perspectivas, Marx y Engels, que como renanos natos que eran, despreciaban en demasía todo lo que viniese del Elba, el Estado prusiano no tenía gran importancia, y aún tenía menos para Liebknecht, que procedía del mediodía de Alemania y que sólo había tomado parte, como militante, en los movimientos de Baden

y de Suiza, cunas de la política cantonal. Prusia seguía siendo, para él, como antes de marzo, un Estado vasallo del zarismo, un Estado que se alzaba frente al progreso histórico con los recursos abominables de la corrupción y que había que derribar antes de nada, pues sin eso no podía ni pensarse en las modernas luchas de clases, dentro de Alemania. Liebknecht no se daba cuenta de lo mucho que el proceso económico de los años 50 y siguientes había transformado el Estado prusiano, creando también dentro de él realidades nuevas que imponían como necesidad histórica el que la clase obrera se desglosase de la democracia burguesa.

En estas condiciones, no era posible que la inteligencia entre Liebknecht y Schweitzer fuese duradera. A los ojos del primero, vinieron a colmar las medidas cinco artículos que Schweitzer publicó acerca del gabinete Bismarck, artículos que si bien trazaban un paralelo magistral entre la política de expansión prusiana y la política proletario-revolucionaria ante el problema de la unidad alemana, tenían el «defecto» de describir la peligrosa pujanza de la política de Prusia con tal elocuencia, que más parecían ensalzarla que condenarla. Por su parte, Marx incurrió en el «error» de exponer a Schweitzer, en una carta de 13 de febrero, que el gobierno prusiano haría todas las concesiones frívolas y todas las piruetas que se quisieran en materia de cooperativas de producción, pero que no llegaría nunca a abolir las leyes contra las huelgas y coacciones, ni a menoscabar su régimen burocrático y policíaco. Al decir esto, Marx parecía olvidarse de lo que, años antes, él mismo alegara tan elocuentemente contra Proudhon, a saber, que no son los gobiernos los que mandan sobre las realidades económicas, sino éstas las que trazan el camino a los gobiernos. No habían de transcurrir muchos años antes de que Bismarck se viese obligado, bien contra su voluntad, a derogar las leyes contra las coaliciones. En su contestación de 15 de febrero—en aquella misma carta en que Schweitzer prometía impulsar la incorporación de su organización obrera a la Internacional, volviendo a insistir en que Liebknecht quedada encargado de redactar personalmente cuanto se refiriese a los asuntos de ésta—, Schweitzer apuntaba que atendería de buen grado a cuantos consejos teóricos Marx creyese oportuno darle, pero que, para juzgar acertadamente acerca de los problemas prácticos que planteaba la actuación del momento, era necesario estar en el foco del movimiento y conocer de cerca la realidad. Esta carta hizo que Marx y Engels consumasen la ruptura que ya se venía dibujando de atrás.

Para comprender bien todos estos enredos y extravíos, es necesario no perder de vista los manejos, verdaderamente deplorables, de la vieja condesa de Hatzfeldt. La amiga de Lassalle ofendió gravemente, con esta conducta suya, la memoria del hombre que salvara su vida de



la infamia. Quiso convertir la obra de Lassalle, su organización obrera, en una secta fanática en que las palabras del maestro se erigían en dogma, pero no tal y como él, en vida, las había pronunciado, sino como a la condesa le cumplía interpretarlas. Hay una carta dirigida por Engels a Weydemeyer, con fecha 10 de marzo, por la que podemos juzgar de lo fatal que era la actuación de esta señora. En ella, después de aludir a la fundación del «Socialdemócrata», se dice lo siguiente: «El periodiquito se dedicó a rendir un culto verdaderamente insoportable a Lassalle, mientras nosotros averiguábamos de un modo positivo (la vieja Hatzfeld se lo contó así a Liebknecht, invitándole a trabajar en ese sentido) que Lassalle estaba mucho más comprometido con Bismarck de lo que nosotros creíamos. Existía entre ellos una alianza formal por la que Lassalle se comprometía a ir a Sleswig-Holstein y abogar allí por la anexión de los ducados, mientras que Bismarck, por su parte, hacía unas cuantas promesas vagas respecto a la implantación de una especie de sufragio universal, y menos vagas en lo referente al régimen de coaliciones y concesiones sociales, ayuda del Estado para las asociaciones obreras, etc. El tonto de Lassalle no se aseguraba garantía alguna contra Bismarck, que podía quitárselo de encima, sin miedo a nada, en cuanto le fuese gravoso. Los caballeros del «Socialdemócrata» sabían esto, y sabiéndolo, no tenían inconveniente en seguir rindiendo culto, cada vez más desaforadamente, a Lassalle. Además, esos mentecatos, intimidados por las amenazas de Wagener y de su periódico (la *Kreuzzeitung*), se prestaron a hacerle la corte a Bismarck, a coquetear con él, etc., etc. En vista de todo esto, hicimos pública una declaración y nos separamos del periódico, como lo hizo también Liebknecht.» Se hace difícil de creer que Marx, Engels y Liebknecht, que habían conocido a Lassalle y leían el periódico, diesen crédito a las fábulas de la condesa de Hatzfeldt. Pero, si creían en ellas, era natural, naturalísimo, que se apartasen del movimiento iniciado por aquél.

Sin embargo, su repulsa no tuvo consecuencias prácticas para este movimiento. Un antiguo afiliado a la Liga Comunista, como Röser, elocuente mantenedor de los principios del Manifiesto comunista ante el tribunal de Colonia, votó por la táctica de Schweitzer.

4. La primera conferencia de Londres.

Como se ve, los lassalleanos quedaron apartados desde el primer momento de la nueva organización, y la propaganda por la Internacional no daba tampoco grandes frutos, en un principio, cerca de los sindicatos ingleses ni de los proudhonistas de Francia. Por el momento, no era más que un puñado de directivos sindicales el que comprendía la necesidad de abrazar la lucha política, sin que por otra parte viesen tampoco en la Internacional más que un simple medio para los fines de sus organizaciones. Pero, por lo menos, estos hombres tenían una gran experiencia práctica en materias de organización; no así los proudhonistas franceses, que carecían de toda experiencia, como carecían también de una visión clara en lo tocante a los derroteros históricos del movimiento obrero. La nueva organización proponíase un cometido imponente, y para cumplirlo hacían falta dos cosas: un celo inagotable y una incansable energía.

Marx puso en la obra ambas cosas, la energía y el celo, a pesar de que se veía atormentado sin descanso por dolorosas enfermedades y de que ardía en deseos de seguir trabajando en su obra capital de investigación. «Lo peor de estas agitaciones es que le perturban a uno demasiado, en cuanto se mete en ellas», suspiraba en una de sus cartas; en otra, decía que la Internacional y cuanto con ella se relacionaba pesaba «como un íncubo» sobre él, y que le gustaría poder sacudírselo. Pero ya no había escape; comenzada la obra, había que continuarla, y Marx no habría sido quien era si, en realidad, el tener que soportar esta carga no le causase más contento y satisfacción que el verse libre de ella.

Pronto se puso de manifiesto que la verdadera «cabeza» de todo el movimiento era él. Y no porque se hubiese insinuado, ni mucho menos, pues sentía un desprecio sin límites por la popularidad barata y por esa manera democrática de darse importancia públicamente y no hacer nada; todo su afán, para noser de esos, era trabajar entre bastidores, desapareciendo de la escena. Pero ninguno de los que actuaban en la reducida organización poseían, ni con mucho, las elevadas dotes que aquella vasta labor de agitación exigía: una penetración clara y profunda para adentrarse en las leyes de la marcha histórica, energía para aspirar a lo necesario y paciencia para contentarse con lo asequible, una condescendencia generosa para los errores de buena fe y mano dura inexorable contra todo lo que fuese ignorancia obstinada. Marx podía ejercitar ahora, en un plano incomparablemente más amplio que en la colonia revolucionaria de otros tiempos, su gran talento para dominar a los hombres, a la par que los dirigía y enseñaba.

Los litigios y tiranteces personales que suelen ser inseparables de los comienzos de todo movimiento de esta índole, le llevaban «una enormidad de tiempo»; los afiliados italianos y sobre todo los franceses no cesaban de plantearle dificultades inútiles. En París, reinaba desde los años de la revolución una profunda antipatía entre los «obreros intelectuales y manuales»; los proletarios no se olvidaban fácilmente de las traiciones frecuentísimas de los literatos, y los literatos excomulgaban todo movimiento obrero que se desentendiese de ellos. Además, en el seno de la clase obrera, bajo la presión del despotismo militar bonapartista, iba echando raíces la sospecha de que pudiera haber por medio manejos de arriba, recelo tanto más explicable cuanto que se carecía de todo recurso de información por medio de periódicos o asociaciones. Estos conflictos franceses robaron más de una preciosa velada y absorbieron más de un paciente y detenido acuerdo, en la labor del Consejo general.

En cambio, Marx podía encontrar satisfacción y fruto en los trabajos de la sección inglesa. Los obreros ingleses, que habían combatido la solidaridad de su gobierno con los Estados rebeldes del Sur en la guerra de secesión, tenían ahora perfecto derecho a felicitar a Abrahán Lincoln, reelegido para la presidencia de los Estados Unidos. Fué Marx quien redactó el proyecto de mensaje al «sencillo hijo de la clase obrera a quien había correspondido la misión de dirigir a su país en aquella lucha augusta por la liberación de una raza esclavizada»; mientras los obreros blancos de la Unión no comprendieron que la esclavitud infamaba a su República, mientras se jactaban ante el negro, vendido sin preguntarle por su voluntad, del gran privilegio del obrero blanco, que no es otro que el de poder venderse a sí mismo eligiendo a su dueño y señor, mientras esto ocurría, habían estado incapacitados para conquistar la verdadera libertad y apoyar la campaña de emancipación de sus hermanos de Europa. Pero el mar rojo de sangre de la guerra civil había barrido estos obstáculos. El mensaje estaba escrito con una evidente satisfacción y amor a la causa, aunque Marx, que, como Lessing, gustaba de hablar en tono despectivo de sus trabajos personales, escribía a Engels que había tenido que redactar aquel papel con mucho más esfuerzo que si se hubiera tratado de un trabajo serio, procurando, al menos, que la fraseología a que semejantes documentos se limitaban siempre, se distinguiese de la fraseología democrática vulgar. Lincoln se dió muy bien cuenta de la diferencia, y contestó en un tono amistosísimo y cordial, con gran asombro de la prensa de Londres, pues el «old man» acostumbraba a contestar los mensajes y felicitaciones de la democracia burguesa con unos cuantos cumplimientos protocolarios.

Como «trabajo serio» era mucho más importante, sin duda, una dis-

quisición sobre «el salario, el precio y la ganancia», que Marx hubo de desarrollar ante el Consejo general de la Internacional el 26 de junio de 1865, para refutar la opinión mantenida por algunos vocales de que un alza general de los salarios no favorecería en nada a los obreros y perjudicaría, por tanto, a las tradeuniones. Este modo de ver partía del error de que el salario determinaba el valor de las mercancías y de que si hoy el capitalista pagaba a sus obreros cinco chelines en vez de cuatro, mañana, al aumentar la demanda, sus mercancías subirían también de cuatro chelines a cinco. Marx entendía que, por vulgar que la explicación fuese, y por mucho que quisiera atenerse al lado superficial y aparente de los fenómenos, no era fácil hacer comprender a un público ignorante todos los problemas económicos con esto relacionados; no podía condensarse en una hora todo un curso de Economía política. Y sin embargo, logró de un modo excelente la finalidad que se proponía, y las tradeuniones le expresaron su gratitud por el gran servicio que les había prestado.

Pero los primeros éxitos notorios de la Internacional debiéronse al movimiento que empezaba a cundir en torno a la reforma electoral inglesa. Ya en 1.º de mayo de 1865 escribía Marx a Engels: «La reforma de League es obra nuestra. En el Comité de los doce (integrado por seis representantes de la clase media y seis de la clase obrera), todos los obreros son vocales de nuestro Consejo general (entre ellos, Eccarius). Todas las tentativas mediocres de los burgueses por desorientar a los obreros, las hemos hecho fracasar nosotros... Si conseguimos galvanizar de nuevo así el movimiento político de la clase obrera inglesa, nuestra asociación, sin meter ruido, habrá hecho ya más por los trabajadores europeos que lo que en cualquier otro terreno hubiera podido conseguirse. Y hay razones para pensar que triunfaremos.» A esta carta contestaba Engels, el 3 de mayo: «La Asociación Internacional ha ganado, realmente, un terreno colosal, en tan poco tiempo y sin ostentación. No sale perdiendo nada con concentrarse, por ahora, en Inglaterra, en vez de consagrarse interminablemente a los líos franceses. Ya tienes ahí en qué ocuparte.» Pronto había de demostrarse, sin embargo, que también este triunfo tenía su reverso.

En general, Marx no creía que la situación estuviese aún lo suficientemente consolidada para ir a un congreso público, como se había previsto para el año 1865 en Bruselas. Temía, y no sin razón, que aquello se convirtiese en una verdadera Babilonia de lenguas. Con grandes esfuerzos y venciendo sobre todo la resistencia de los franceses, consiguió convertir el proyectado congreso público en una conferencia provisional que habría de celebrarse en Londres a puerta cerrada y a la que sólo podrían acudir los representantes de los Comités directivos; en ella, se prepararía el congreso futuro. Marx expuso como razones

en abono de su idea la necesidad de establecer una inteligencia previa, la campaña electoral inglesa, las huelgas que empezaban a estallar en Francia, y finalmente una ley de extranjería que acababa de promulgarse en Bélgica y que imposibilitaba la celebración del congreso en aquella capital.

La conferencia de Londres deliberó desde el 25 al 29 de setiembre de 1865. El Consejo general destacó, con su presidente Odger, su secretario general Cremer y algunos otros vocales ingleses, a Marx y a sus dos principales colaboradores en los asuntos de la Internacional: Eccarius y Jung, un relojero suizo residente en Londres, que hablaba a la perfección el alemán, el inglés y el francés. De Francia, acudieron Tolain, Fribourg y Limousin, todos los cuales habían de desertar años después de la Internacional, y con ellos Schily, un viejo amigo de Marx ya desde el 48, y Varlin, uno de los héroes y mártires de la Comuna de París. De Suiza, vinieron el encuadernador Dupleix, en representación de los obreros latinos, y Juan Felipe Becker, un antiguo cepillero y agitador incansable, representando a los obreros alemanes. De Bélgica, César de Paepe, que se había dedicado al estudio de la medicina siendo aprendiz de cajista de imprenta, hasta alcanzar el título de médico.

La conferencia de Londres se ocupó, ante todo, de la situación financiera. Resultó que el primer año no había sido posible reunir más que unas 33 libras. No recayó acuerdo, por el momento, acerca del pago de una cuota periódica, decidiéndose solamente que, para fines de propaganda y para costear los gastos del congreso, se reuniría un fondo de 150 libras, distribuídas en la siguiente forma: Inglaterra 80, Francia 40, Alemania, Bélgica y Suiza, 10 cada una. El presupuesto no llegó a adquirir gran vitalidad, pues «el nervio de las cosas» no fué nunca el nervio de la Internacional. Años después, Marx decía con amargo humorismo que el presupuesto del Consejo general se componía de cantidades negativas y en progresión ascendente; a la vuelta del tiempo, Engels escribía que, a pesar de los famosos «millones de la Internacional», aquel Comité no había dispuesto casi nunca más que de deudas, añadiendo que seguramente no se había hecho nunca tanto con tan poco dinero.

El informe acerca de la situación en Inglaterra corrió a cargo de Cremer, el secretario general. Dijo que en el continente se tenía a las tradeuniones por organizaciones riquísimas, con posibilidades para ayudar a una causa que era también la suya propia, pero que se hallaban cohibidas por estatutos mezquinos y muy rigurosos. Que, excepción hecha de unos cuantos hombres, no querían saber tampoco nada de política y que la inteligencia de ésta les era casi inasequible. No obstante—continuaba—, advertíase un cierto progreso. Años antes, no

se hubieran dignado siquiera oir a los emisarios de la Internacional; hoy, se les recibía cordialmente, se les escuchaba y se asentía a sus principios. Era el primer caso de que una organización que tuviese nada que ver con los problemas de la política hubiera logrado insinuarse en las tradeuniones.

Fribourg y Tolain hicieron el informe de Francia, exponiendo que la Internacional había encontrado allí un ambiente propicio; aparte de París, tenía afiliados en Rouen, Nantes, Elbeuf, Caen y otras localidades, habiendo conseguido colocar un número considerable de *carnets* de socios con una cuota anual de 1,25 francos, si bien el fondo formado con estas cotizaciones se había invertido en fundar una Oficina Central en París y en subvencionar el viaje de los delegados. Como consuelo, aseguraron al Consejo general que esperaban colocar todavía otros 400 *carnets* de afiliados. Los delegados franceses se lamentaron del aplazamiento del congreso, entendiendo que era un gran obstáculo para la marcha de la organización, y lamentáronse también de la intimidación de los obreros por el régimen policíaco bonapartista; por todas partes se oía este reproche: cuando nos demostréis que sois capaces de hechos, nos afiliaremos.

Los informes de Becker y Dupleix acerca de Suiza eran muy halagüeños, a pesar de que allí la labor de agitación no había comenzado hasta hacía seis meses. En Ginebra existían ya 400 afiliados, 150 en Lausana y otros tantos en Vevey. La cuota mensual ascendía a 50 peniques, aunque los afiliados pagarían hasta el doble, pues estaban penetrados en todo y por todo de la necesidad de cotizar para mantener la organización. Tampoco los delegados suizos aportaban dinero, pero sí el consuelo de que hubieran reunido una bonita suma a no ser por sus gastos de viaje.

En Bélgica la agitación no llevaba más de un mes de desarrollo. Sin embargo, el delegado informaba que existían ya 60 afiliados, con el compromiso de cotizar tres francos al año como mínimo, de cuya suma se destinaría la tercera parte al Consejo general.

Marx, en nombre de aquel organismo directivo, propuso que el congreso proyectado se celebrase en Ginebra, en setiembre u octubre de 1866. El sitio se aprobó por unanimidad, pero la fecha hubo de adelantarse, a vivísimas instancias de los franceses, hasta la última semana del mes de mayo. Los franceses exigieron también que todo aquel que exhibiese el *carnet* de afiliado tuviera voz y voto en el congreso, declarando que esto era, para ellos, una cuestión de principio, pues así había que entender el sufragio universal. Tras un reñido debate, prevaleció el sistema de representación por medio de delegados, por el que abogaron principalmente Eccarius y Cremer.

El orden del día redactado por el Consejo general para este con-

greso abarcaba una larga serie de puntos: trabajo cooperativo; reducción de jornada; trabajo de la mujer y del niño; pasado y porvenir de las organizaciones sindicales; influencia de los ejércitos permanentes en los intereses de las clases obreras, etc. Todos ellos fueron aprobados por unanimidad, y no hubo más que dos puntos que provocasen disparidades de criterio.

Uno de ellos no había sido iniciativa del Consejo general, sino de los franceses. Estos exigieron que en el orden del día figurase el tema siguiente: «Las ideas religiosas y su influencia en el movimiento social, político e intelectual.» Lo mejor y lo más breve, para saber qué les llevaba a plantear este problema y qué actitud adoptó Marx ante él, es citar unas cuantas líneas de la necrología de Proudhon, publicada por éste pocos meses antes en «El Socialdemócrata» de Schweitzer (el único artículo, dicho sea entre paréntesis, que envió a este periódico): «Los ataques dirigidos por Proudhon contra la religión, la Iglesia, etcétera, tenían un gran mérito local, en una época en que los socialistas franceses juzgaban oportuno anteponer el sentimiento religioso al voltairianismo burgués del siglo XVIII y al ateísmo alemán del siglo XIX. Y si Pedro el Grande reprimía la barbarie rusa a fuerza de barbarie, Proudhon se esforzaba por dar la batalla a la fraseología francesa a fuerza de frases.» Los delegados ingleses no eran tampoco partidarios de que se lanzase esta «manzana de la discordia»; pero la propuesta de los franceses prevaleció por 18 votos contra 13.

El otro punto litigioso del orden del día había sido propuesto por el Consejo general, y afectaba a un problema de política europea, a que Marx concedía especial importancia, a saber: «necesidad de poner trabas a la creciente influencia de Rusia en Europa, restaurando por virtud del derecho de las naciones a gobernarse por sí mismas, una Polonia independiente sobre bases democráticas y socialistas». Ahora, eran los franceses quienes se oponían: ¿por qué confundir las cuestiones políticas con las sociales, por qué divagar sobre problemas tan lejanos, cuando había tanta opresión que combatir a las puertas de casa, por qué empeñarse en salir al paso de la influencia del gobierno ruso, teniendo mucho más cerca a los gobiernos prusiano, austriaco, francés e inglés, cuyo poder no era menos funesto? También el delegado belga se manifestó con gran energía en contra de la propuesta, entendiendo que la restauración de Polonia sólo podía favorecer a tres clases: la alta nobleza, la baja nobleza y el clero.

Aquí es donde se ve más patente la influencia de Proudhon. Este habíase manifestado reiteradas veces adverso a la restauración de Polonia; la última vez con ocasión del alzamiento polaco de 1863, ante el cual, según las palabras de Marx en su necrología, desplegó un cinismo de cretino a la mayor gloria y honra del zar. En Marx y Engels,

aquel alzamiento remozó, por el contrario, las viejas simpatías que habían exteriorizado por la causa polaca en los años de la revolución, y hasta tuvieron el propósito de lanzar los dos un manifiesto de homenaje a Polonia, pero sin llegarlo a realizar.

Sin embargo, estas simpatías no estaban exentas de crítica; el 21 de abril de 1863, escribía Engels a Marx: «Hay que reconocer que para entusiasmarse con los polacos de 1772 se necesita ser un búfalo. Cierto es que la nobleza de entonces sabía morir con dignidad, y hasta con su poco de ingenio, en la mayor parte de Europa, aunque tuviese por máxima general la de que el materialismo consiste en comer, beber, dormir, ganar en el juego y hacerse pagar por las canalladas; sin embargo, tan imbécil en el modo de venderse a los rusos como los polacos, no había nobleza alguna.» Pero, mientras no fuese posible pensar en una revolución dentro de la misma Rusia, no había más posibilidad de contrarrestar la influencia zarista en Europa que la restauración de Polonia; por eso Marx veía en la cruel represión del alzamiento polaco y en la penetración simultánea del despotismo zarista en el Cáucaso los dos acontecimientos europeos más importantes desde el año 1815. Ya había hecho hincapié en ello en el capítulo de la alocución inaugural consagrado a la política exterior del proletariado; pasaron varios años, y todavía se lamentaba amargamente de la oposición que este punto del orden del día había encontrado por parte de Tolain, Fribourg y otros. Sin embargo, de momento logró vencer su resistencia, ayudado por los delegados ingleses, y la cuestión polaca se mantuvo en el orden del día.

La conferencia deliberaba por las mañanas a puerta cerrada, bajo la presidencia de Jung, y por las noches en sesiones semipúblicas, que presidía Odger. En estas reuniones nocturnas, se debatían, ante un público obrero, los puntos esclarecidos en las sesiones privadas. Los delegados de París publicaron un informe acerca de la conferencia y del programa trazado para el congreso, que encontró vivo eco en la prensa parisina. Con visible satisfacción, acota Marx: «Los de París se han quedado un poco sorprendidos, cuando han visto que el asunto de Rusia y de Polonia, que ellos no querían que se tocase, era el que más sensación causaba.» Y a la vuelta de los años, gustaba de remitirse al «comentario entusiasta» que estos puntos en particular y todo el programa del congreso en general merecieran de Henri Martin, el conocido historiador francés.

5. La guerra alemana.

Personalmente, para él, la atención absorbente que hubo de consagrar a la Internacional tenía una consecuencia dolorosa y era que, al paralizar sus trabajos lucrativos, conjuraba sobre sí y los suyos todas las penurias de antes.

El 31 de julio escribía a Engels, diciéndole que hacía dos meses que vivía de la casa de empeños. «Ten seguro que de buena gana me hubiera dejado cortar el dedo gordo, antes de escribirte esta carta. Es verdaderamente anonadador, esto de pasarse media vida dependiendo de otro. Lo único que me sostiene, cuando pienso en esto, es la idea de que los dos formamos una especie de sociedad, a la que yo aporto mi tiempo para el lado teórico y organizador del negocio. Es cierto que tenemos una casa demasiado cara para nuestros posibles, y que además este año hemos vivido mejor que otros. Pero no hay más remedio, si queremos que los niños, aparte de lo mucho que han sufrido y de lo que hay que indemnizarles, aunque sólo sea por un poco de tiempo, puedan hacerse conocimientos y relaciones que les aseguren un porvenir, el día de mañana. Creo que tú mismo convendrás conmigo en que, aun considerado el asunto en su aspecto puramente mercantil, no podemos meternos a vivir en un cuarto estrictamente proletario, como podríamos hacerlo si no fuésemos más que mi mujer y yo, o las chicas siguiesen siendo pequeñas.» Engels prestó inmediatamente su ayuda, pero a la vuelta de un par de años, la penuria volvía a reproducirse con todo su cortejo de preocupaciones.

Pocos meses después de esto, se le brindaba a Marx una nueva fuente de ingresos, gracias a una oferta tan singular como inesperada que le hizo por carta Lotario Bucher, con fecha 5 de octubre de 1865. Por los años en que Bucher vivió emigrado en Londres, no trabó relación alguna de conocimiento, ni mucho menos de afecto, con Marx; éste siguió manteniendo una actitud crítica frente a él cuando Bucher, habiéndose destacado con cierto relieve en medio del barullo de la emigración, se unió a Urquhart, como partidario entusiasta suyo. En cambio, Bucher habló muy bien a Borkheim de la obra polémica de Marx contra Vogt, diciendo que se disponía a hacer una reseña de ella en la *Allgemeine Zeitung;* la reseña, sin embargo, no llegó a publicarse, bien porque no la escribiese o porque el periódico se negase a insertarla. Decretada la amnistía por el gobierno prusiano, Bucher retornó a Prusia y trabó amistad en Berlín con Lassalle; en 1862, fueron juntos a la Exposición universal de Londres, donde el antiguo desterrado conoció personalmente a Marx, a quien le presentó su amigo. Marx

guardó de él la impresión de «un hombrito muy fino, aunque embrollado», de quien no creía que estuviese de acuerdo con la «política exterior» de su amigo. Al morir Lassalle, Bucher se enganchó al servicio del gobierno de Prusia, y hablando de él y de Rodbertus, Marx empleaba en una carta a Engels esta enérgica expresión: «Son una canalla, toda esa gentuza de Berlín, las Marcas y Pomerania.»

Ahora, Marx se encontraba con esta carta de Bucher: «¡Ante todo, el negocio! El periódico *Staatsanzeiger* desea un resumen mensual acerca de la marcha del mercado de dinero (incluyendo, naturalmente, el de mercancías, cuando no sea posible separarlos). Me han preguntado si podía recomendar a alguien, y yo contesté que nadie podría hacerlo mejor que usted. En vista de ello, me pidieron que le escribiese, solicitándole esta colaboración. En punto a la extensión de los artículos, no se le ponen a usted límites; cuanto más extensos y concienzudos sean, tanto mejor. Por lo que respecta al contenido, se sobreentiende que no tiene usted más norma que sus convicciones científicas; sin embargo, dado el público de lectores del periódico (la *haute finance)*, no sería aconsejable, en punto a redacción, que tocase usted demasiado la medula de los problemas, como si se tratase de gente especializada, ni se enzarzase en polémicas.» Seguían unas cuantas indicaciones respecto a la parte material del asunto, el recuerdo de una excursión que habían hecho juntos con Lassalle, cuya muerte seguía siendo un «enigma psicológico para él», y la noticia de que, como sabría, había retornado a su primer amor, el papel sellado. «Nunca estuve de acuerdo con Lasalle en que la marcha de las cosas hubiera de ser tan rápida como él pensaba. El progreso tiene que mudar todavía muchas veces de piel, antes de morir, y quien en vida quiera hacer algo dentro del Estado, no tiene más remedio que agruparse en torno al gobierno.» La carta terminaba con saludos respetuosos para la señora de Marx y para las jóvenes damas de la casa, sobre todo para la pequeña, y con la fórmula protocolaria y usual de «su atento y seguro servidor».

Marx contestó rechazando la oferta, aunque no poseemos datos concretos acerca de su contestación ni del juicio que le mereció la carta de Bucher. Poco después de recibirla, hizo un viaje a Manchester, donde debió de tratar verbalmente del asunto con Engels; en la correspondencia cruzada con éste no se toca para nada ese punto, y en las cartas escritas por Marx a otros amigos, por lo menos en aquellas de que tenemos noticia, sólo una vez y de pasada se habla de él. Pero, a la vuelta de catorce años, cuando, después de los atentados de Hödel y Nobiling, se desencadenó en Berlín una persecución furiosa contra los socialistas, lanzó la carta al campo de los azuzadores, donde explotó con la fuerza arrasadora de una bomba. Bucher era a la sazón secretario del Congreso de Berlín y autor, según el testimonio de su biógrafo

oficioso, del proyecto de la primera ley contra los socialistas presentada al Reichstag después del atentado de Hödel y desechado por el parlamento.

Desde entonces es tema favorito de discusión el de si Bismarck se proponía comprar a Marx, por medio de aquella carta de Bucher. Es cierto que el Canciller, en el otoño de 1865, en que el tratado de Gastein puso una pequeña cataplasma sobre la rotura inminente con Austria, se inclinaba, para decirlo con su propia metáfora de cazador, a «soltar todos los perros que quieren ladrar». Bismarck llevaba demasiada sangre de junker prusiano en sus venas para coquetear con el problema obrero a la manera de un Disraeli, ni siquiera de un Bonaparte; y conocida es la pintoresca idea que tenía formada de Lassalle, a pesar de haber estado varias veces en relación personal con él. Pero entre sus colaboradores había dos personas harto mejor orientadas que él en este punto tan delicado: el propio Lotario Bucher y Hermann Wagener. Wagener hizo, por su parte, todo lo posible por echar cebo al movimiento obrero alemán, valiéndose para ello, entre otros recursos, de la condesa de Hatzfeldt. Pero Wagener, como director espiritual que era del partido de los junkers y amigo viejo de Bismarck, ya anterior a los días de marzo, ocupaba una posición mucho más independiente que Bucher; éste sólo podía vivir de la buena voluntad del Canciller, pues la burocracia le miraba de reojo como a intruso poco grato, y el rey, acordándose de lo del 48, no quería saber tampoco nada de él. Además, Bucher era hombre de carácter débil, un «pez sin espinazo», como solía llamarle su amigo Rodbertus.

Es evidente, por todo esto, que si Bucher, con su carta, quería comprar a Marx, Bismarck no era ajeno a esta maniobra. ¿Pero es que, realmente, existía aquel designio? El proceder de Marx, utilizando la carta de Bucher contra las persecuciones socialistas de 1878, era una jugada hábil y perfectamente lícita, pero no prueba ni siquiera que Marx interpretase la carta de Bucher desde el primer momento como una tentativa de corrupción, ni mucho menos que esta tentativa realmente existiese. Bucher sabía perfectamente que Marx, desde su repulsa a Schweitzer, no era persona grata a los lassalleanos, aparte de que aquel resumen mensual acerca del mercado internacional de dinero y de mercancías para el más aburrido de todos los periódicos alemanes, no parecía el medio más adecuado para conjurar el ambiente hostil que tenía la política bismarckiana entre los obreros, ni mucho menos para atraérselos a esta política. Cuando Bucher afirma que al recomendar a su antiguo compañero de destierro a la dirección del periódico no abrigaba ninguna intención política, dice probablemente la verdad, con la reserva acaso de que la dirección seguramente pondría el veto desde el primer momento a un progresista manchesteriano. Después

de la repulsa de Marx, Bucher se dirigió a Dühring; éste accedió, pero pronto hubo de suspender la colaboración, al comprobarse que el director del periódico no daba, ni mucho menos, pruebas de aquel respeto a las «convicciones científicas» que Bucher ensalzaba en él.

Peor todavía que el agobio material en que hundían a Marx sus trabajos fatigosísimos de la Internacional y sus investigaciones científicas, era el quebranto cada día mayor que iba experimentando su salud. El 10 de febrero de 1866, Engels le escribía: «Ya es hora de que hagas algo razonable por salir de esos malditos carbunclos... Deja de trabajar por las noches durante una temporada y procura hacer una vida más normal.» Marx le contestaba, el 14 de febrero: «Ayer volví a estar inutilizado, pues me salió un perverso perro de carbunclo en el costado izquierdo. Si tuviese bastante dinero para mi familia y el libro estuviese terminado, me daría lo mismo estirar la pata y ser arrojado al muladar hoy que mañana. Pero, en las circunstancias dichas, no puede ser.» Una semana después, Engels recibía la aterradora noticia: «Esta vez me he jugado el pellejo. Mi familia no sabía lo serio que era el caso. Y si el negocio vuelve a repetirse tres o cuatro veces en la misma forma, ya estoy listo. Me siento asombrosamente decaído y terriblemente débil todavía, no de la cabeza, sino de los muslos y las piernas. Los médicos tienen mucha razón cuando dicen que la causa principal de la recaída es el trabajo excesivo por las noches. No voy a contarles a esos caballeros—aparte de que no me serviría de nada—cuáles son las razones que me obligan a esta extravagancia.» Esta vez, Engels pudo conseguir que Marx se tomase unas semanas de descanso y se retirase a Margate, a la orilla del mar.

Marx recobró en seguida su buen humor. En una carta alegre dirigida a su hija Laura, le decía: «Estoy muy contento de haberme alojado en una casa particular y no en una fonda, donde, quieras o no, te están torturando a todas horas con querellas de política local, escándalos de familia y murmuraciones de vecindad. Sin embargo, no puedo cantar con el molinero de Dee aquello de «No me ocupo de nadie, y nadie pregunta por mí», pues ahí está mi patrona, sorda como una tapia, y su hija, atacada de ronquera crónica. Pero es una gente muy simpática, atenta y nada intrusa. A mí, me tienes convertido en un bastón de paseo viviente, no hago más que andar de un lado para otro la mayor parte del día, sorbiendo aire, me meto en la cama hacia las diez, no leo nada, escribo menos y voy acercándome a ese estado de ánimo de la nada que el budismo considera como el apogeo de la humana felicidad.» Al final de la carta, venía una observación cariñosa, apuntando ya, sin duda, al futuro: «Ese maldito de Lafargue me está atormentando con su proudhonianismo, y no va a dejarme en paz hasta que no le siente bien el puño sobre su cabezota de criollo.»



En aquellos días en que Marx descansaba en Margate, rasgaron el cielo los primeros rayos de la tempestad guerrera que se cernía sobre Alemania. El 8 de abril, Bismarck había pactado con Italia una alianza ofensiva contra Austria, y al día siguiente presentaba a la Dieta federal una propuesta pidiendo que se convocase un Parlamento alemán elegido por sufragio universal, para deliberar acerca de una reforma de la Confederación, sobre la base de la cual habrían de unirse los Gobiernos alemanes. La actitud adoptada por Marx y Engels ante estos sucesos venía a demostrar que habían perdido el contacto con la realidad alemana. Vacilaban en sus juicios. El 10 de abril, Engels escribía, refiriéndose al proyecto de Bismarck sobre la elección de un Parlamento alemán: «¡Qué bestia tiene que ser ese hombre, para creer que eso le va a servir de nada!... Si el proyecto llega a realizarse, por primera vez en la historia dependerá la marcha de las cosas de la actitud que tome Berlín. Si los berlineses se echan a la calle en el momento oportuno, puede la cosa tomar un rumbo favorable, ¿pero quién puede fiarse de ellos?»

Tres días después, volvía a escribir, con una clarividencia maravillosa: «A juzgar por las apariencias, el buen burgués alemán, después de resistirse un poco, se aviene a ello (al sufragio universal), pues no en vano el bonapartismo es la verdadera religión de la burguesía. Cada vez veo más claro que la burguesía es incapaz de adueñarse directamente del Poder y que allí donde una oligarquía no se hace cargo del Estado y la sociedad, como ocurre aquí en Inglaterra, para regentarlos en interés de la burguesía y cobrándose bien el servicio, la forma normal de gobierno es una semidictadura bonapartista que lleve adelante los intereses materiales de la burguesía, aun contra ella misma, pero sin dejarla participar en el Poder. Por otra parte, esta dictadura se ve forzada a abrazar de mala gana los intereses materiales de la burguesía. Ahí tenemos, sin ir más allá, a monsieur Bismarck, adoptando el programa de la Liga nacional. Claro está que una cosa es adoptarlo y otra llevarlo a práctica, pero es difícil que Bismarck se estrelle contra el buen burgués alemán.» Contra lo que se estrellaría, a juicio de Engels, era contra el ejército austriaco. Benedek era, por lo menos, mejor general que el príncipe Federico Carlos; y Austria podría forzar a Prusia a firmar la paz, pero no ésta a aquélla, razón por la cual cada triunfo prusiano sería un requerimiento hecho a Bonaparte para que interviniese.

Marx pintaba la situación planteada casi con las mismas palabras, en una carta que dirigía a un nuevo amigo, el médico Kugelmann de Hannover, que ya de muchacho, en el año 48, había sido un gran entusiasta de Marx y Engels, y venía reuniendo cuidadosamente todos susescritos, pero sin haberse dirigido personalmente a Marx hasta el

año 1862, por medio de Freiligrath; al poco tiempo, era uno de sus íntimos. En cuestiones militares, Marx se sometía por entero a los juicios de Engels, renunciando a toda crítica personal, lo que no solía hacer nunca, en otros aspectos.

Más asombrosa todavía que la idea exagerada que Engels tenía formada del poder austriaco, era su opinión respecto al estado interno del ejército de Prusia. Asombrosa, porque acababa de estudiar en una obra magnífica la reforma militar que había encendido el conflicto constitucional prusiano, con una profundidad de visión que le ponía muy por encima de todos aquellos charlatanes democráticos burgueses. El 25 de mayo, escribía: «Si los austriacos son lo bastante discretos para no atacar, pronto empezará la danza en el ejército de Prusia. Jamás se han mostrado estos mozos más rebeldes que en esta movilización. Desgraciadamente, sólo se sabe una parte pequeñísima de lo que ocurre, pero bastante para asegurar que con estas tropas no hay guerra ofensiva posible.» Y el 11 de junio: «La reserva va a ser en esta guerra tan peligrosa para Prusia como en 1806 lo fueron los polacos, que formaban también hacia una tercera parte de los contingentes y que lo desorganizaron todo. Con la diferencia de que la reserva, en vez de dispersarse, se rebelará después de la derrota.

La batalla de Königgrätz disipó todas las nieblas que ocultaban a los emigrados la realidad, y ya al día siguiente escribía Engels: «¿Y qué me dices de los prusianos? Han sabido aprovecharse de sus triunfos con una energía enorme. Es la primera vez que se presencia una batalla decisiva tan considerable liquidada en ocho horas. En diferentes circunstancias, hubiera durado dos días. Pero el fusil de aguja es un arma mortífera, y además, no puede negarse que aquellos mozos se batieron con una bravura que rara vez se ve en tropas como estas, acostumbradas a la paz.» Engels y Marx podían equivocarse, y se equivocaban no pocas veces, pero jamás se obstinaban en hacer frente a la realidad, tal como se la imponían los acontecimientos. La victoria de las armas prusianas fué, para ellos, un bocado difícil de digerir, pero no se atragantaron con él. El 25 de julio, Engels, que era quien llevaba la batuta en estas cuestiones, resumía la situación en los términos siguientes: «Las perspectivas, en Alemania, me parecen, ahora, muy sencillas. Desde el punto y hora en que Bismarck sacó adelante, con las armas prusianas y un éxito tan colosal, los planes de la burguesía pequeño-alemana, la marcha de las cosas ha tomado allí otros derroteros de un modo tan decisivo, que no tenemos más remedio, nosotros y los demás, que reconocer el hecho consumado, lo mismo si nos place que si nos molesta... La cosa tiene la ventaja de que simplifica la situación, facilitando la revolución al eliminar todo aquel lío de pequeñas capitales, y acelerando desde luego el proceso. Al fin y al cabo, no

puede negarse que un Parlamento alemán no es precisamente lo mismo que una Dieta prusiana. Toda esa muchedumbre de Estados en miniatura se verán arrastrados al movimiento, cesarán las lamentables tendencias localistas, y los partidos dejarán de ser locales para adquirir una envergadura verdaderamente nacional.» A lo que Marx replicaba, dos días después, con gran sequedad y sangre fría: «Comparto en un todo tu opinión de que hay que tomar esa basura tal y como es. De todos modos, es agradable poder ver las cosas desde lejos, durante estos días inexpertos y románticos del primer amor.»

Por aquellos mismos días, Engels comunicaba a su amigo, y no en un tono laudatorio precisamente, que «el hermano Liebknecht se estaba dejando llevar de una fanática austrofilia»; era casi seguro que procedía de él una «furibunda correspondencia» enviada desde Leipzig a la *Frankfurter Zeitung;* este periódico principicida llegaba, en sus excesos, hasta a reprochar a los prusianos el trato infame que habían dado al «venerable Elector de Hesse», mostrando sus simpatías por el pobre güelfo ciego. En cambio, Schweitzer, desde Berlín, se manifestaba del mismo modo que Marx y Engels en Londres, por idénticas razones y en los mismos términos; pero su política «oportunista» valió y sigue valiendo aun hoy a este desventurado la indignación moral de los mismos jactanciosos estadistas que convierten a Marx y Engels, aunque no los entiendan, en objeto de adoración.

6. El Congreso de Ginebra.

Contra lo proyectado, no se había celebrado todavía el primer congreso de la Internacional, cuando la batalla de Königgrätz decidió de los destinos alemanes. Hubo de ser aplazado nuevamente hasta el mes de setiembre de aquel mismo año, cuando ya llevaba dos de vida y a pesar de que el segundo había comunicado nuevos y mucho más potentes impulsos a la organización.

La ciudad de Ginebra empezó a destacarse en el continente como su centro más importante, y las secciones latina y alemana allí domiciliadas rompieron la marcha, lanzando cada una su órgano propio de prensa. El alemán era el *Vorbote,* periódico mensual fundado y dirigido por el viejo Becker; se publicó durante seis años, y su colección sigue siendo una de las fuentes más importantes para estudiar la historia de la Internacional. El primer número del *Vorbote* apareció en enero de 1866, con el subtítulo de «órgano central de la sección de habla alemana». Los afiliados alemanes de la Internacional, pocos o muchos, se concentraban también en Ginebra, para esquivar las leyes alemanas sobre

asociaciones, que prohibían la creación de secciones de la Internacional dentro del país. Por razones análogas, la sección latina de Ginebra extendía su radio de acción a una buena parte de Francia.

En Bélgica publicábase también un periódico, la *Tribune du peuple,* que Marx incluía asimismo entre los órganos oficiales de la Internacional, con los dos de Ginebra. En cambio, no contaba como tales a una o dos hojitas que salían en París y que defendían también, a su modo, la causa obrera. La Internacional iba extendiéndose también por Francia, pero más como fugaz llamarada que como fuego de hogar. Era dificilísimo crear, al margen de toda libertad de prensa y de reunión, verdaderos centros de dirección del movimiento, y, en un principio, la equívoca tolerancia de la policía bonapartista más bien adormecía que despertaba las energías de la clase obrera. A esto, hay que añadir la influencia predominante del proudhonismo, que no era la más indicada para infundir al proletariado fuerza organizadora.

La principal tribuna desde la que se predicaban estas doctrinas era la «Joven Francia», que llevaba una vida fugaz entre Bruselas y Londres. En febrero de 1866, una sección francesa formada en Londres atacó violentamente al Consejo general por haber incluído la cuestión polaca en el programa del congreso de Ginebra. Muy a la manera de Proudhon, estos afiliados preguntaban cómo podía pensarse en contrarrestar la influencia rusa con la restauración de Polonia en un momento en que Rusia emancipaba a sus siervos, mientras que los nobles y sacerdotes polacos se habían resistido siempre a dar a los suyos la libertad. Al estallar la guerra alemana, los afiliados franceses de la Internacional, e incluso los de su Consejo general, promovieron también gran ruido con su «stirnerianismo proudhoniano», como Marx lo llamó una vez, declarando caducas todas las nacionalidades y pidiendo que se desintegrasen en pequeños «grupos», los cuales se asociarían para formar una «Liga», pero nunca un Estado. «Supongo que esta «individualización» de la humanidad y su correspondiente «mutualismo» se implantarán de tal modo que se detenga la historia en todos los países y el mundo entero se siente a esperar, hasta que sus habitantes hayan adquirido la capacidad suficiente para hacer una revolución social. Una vez conseguido esto, se hará el experimento, y el mundo, asombrado y convencido por la fuerza del ejemplo, seguirá la misma senda.» Esta sátira la dirigía Marx principalmente a sus «buenísimos amigos» Lafargue y Longuet, que habían de ser sus yernos, pero que por el momento le proporcionaron más de una desazón con sus «creencias proudhonianistas».

El centro de gravedad de la Internacional seguían siendo las tradeuniones. Así lo entendía también Marx; en una carta dirigida a Kugelmann con fecha 15 de enero de 1866, expresaba su satisfacción por ha-

ber conseguido ganar para el movimiento aquella organización obrera, la única verdaderamente considerable; le produjo gran alegría un mitin gigantesco celebrado unas semanas antes en St. Martin Hall a favor de la reforma electoral y bajo los auspicios de la Internacional. En marzo de 1866, el Gabinete whyg de Gladstone redactó un proyecto de reforma electoral que pareció demasiado radical a un sector de su propio partido; esto produjo la dimisión del gobierno, subiendo al Poder el Gabinete tory de Disraeli, quien intentó dar largas a la reforma. Todos estos sucesos hicieron que el movimiento cobrase forma turbulenta. El 7 de julio, Marx escribía a Engels: «Las manifestaciones obreras de Londres, maravillosas, comparadas con lo que veníamos viendo en Inglaterra desde 1849, son en todo obra de la Internacional. Lucraft por ejemplo, el caudillo de Trafalgar Square, es vocal de nuestro Consejo.» En Trafalgar Square, donde se habían reunido unos 20.000 hombres, Lucraft convocó a la multitud a un mitin en los *White Hall Gardens,* donde «en tiempos, cortamos la cabeza a uno de nuestros reyes»; poco después, producíase un conato de levantamiento franco en el *Hyde Park,* donde estaban congregados 60.000 hombres.

Las tradeuniones reconocieron sin reservas los méritos de la Internacional, en este movimiento, que abarcaba todo el país. En una conferencia de todas las tradeuniones reunida en Sheffild se tomó el siguiente acuerdo: «La Conferencia, reconociendo en todo lo que valen los esfuerzos de la Asociación obrera internacional por unir a los trabajadores de todos los países con un lazo de fraternidad, recomienda calurosamente a todas las sociedades aquí representadas que se incorporen a esa organización, en la seguridad de que, haciéndolo, contribuirán de un modo eficacísimo al progreso y a la prosperidad de toda la clase obrera.» Esto hizo que se afiliasen a la Internacional toda una serie de nuevos sindicatos, pero este éxito, grande en el terreno político-moral, no lo era tanto en su aspecto material. Los sindicatos afiliados quedaban en libertad para cotizar con la cuota que creyesen conveniente o con ninguna, y, los que lo hicieron, no entregaban más que cantidades modestísimas. Así por ejemplo, los zapateros, que contaban con 5.000 afiliados, no pagaban más que cinco libras al año; los carpinteros, cuyo censo de afiliados era de 9.000, dos, y los albañiles, que tenían de 3 a 4.000 miembros, una solamente.

Además, Marx se dió cuenta en seguida de que en aquel «movimiento de reforma» volvía a asomar la oreja «el maldito carácter tradicional de todos los movimientos ingleses». Ya antes de fundarse la Internacional, las tradeuniones se habían puesto en contacto con los radicales burgueses para la reforma electoral. Y los lazos fueron estrechándose más todavía, conforme el movimiento prometía frutos tangibles; «pagos a cuenta», que antes se hubieran rechazado con la mayor de las

indignaciones, pasaban ahora por ser objetivos conquistados. Marx echaba de menos el ardor combativo de los antiguos cartistas. Censuraba la incapacidad de los ingleses para hacer dos cosas al mismo tiempo. Cuanto más avanzaba el movimiento electoral, más se enfriaban los dirigentes londinenses «en nuestro propio movimiento»; «en Inglaterra, el movimiento de reforma a que nosotros dimos vida, casi nos ha arrollado». Marx, que hubiera podido interponerse vigorosamente con su actuación personal ante esta marcha de las cosas, se vió incapacitado para intervenir en el movimiento durante una temporada, por su enfermedad y por su descanso en Margate. También le causaba grandes desvelos y preocupaciones *The Workmans Advocate,* un semanario elevado a órgano oficial de la Internacional por la conferencia de 1865 y que a partir del mes de febrero de 1866 se rebautizó titulándose *The Commonwealth.* Marx figuraba en el Consejo de administración del periódico, que estaba luchando a todas horas con sus agobios financieros y se veía remitido, por tanto, a la ayuda de los reformistas electorales burgueses; esforzábase cuanto podía por contrarrestar esas influencias burguesas y por suavizar los pequeños celos y las intrigas desatadas en torno a la reacción; durante una temporada, ésta corrió a cargo de Eccarius, que publicó allí su conocida polémica contra Stuart Mill, en que se ve, muy señalada, la ayuda de Marx. Por último, después de mucho luchar, éste no pudo impedir que *The Commonwealth* se convirtiese «provisionalmente, en un órgano puramente reformista», como hubo de decir a Kugelmann en una de sus cartas, «por razones mitad económicas y mitad políticas».

Ante esta perspectiva, se explica muy bien que Marx viese acercarse el primer congreso de la Internacional con grandes temores, preocupado con el peligro de que la nueva organización fuese a quedar en ridículo ante Europa. Como los de París insistiesen en el acuerdo de la Conferencia de Londres, en que se fijaba la fecha del congreso para fines de mayo, Marx habló de ir personalmente a convencerles de la imposibilidad de respetar este plazo; pero Engels le disuadió, por entender que aquello no valía la pena de que fuese a caer en las garras de la policía bonapartista, donde no se le guardaría la menor consideración; decíale, además, que el hecho de que el congreso tomase o no acuerdos razonables era secundario, con tal que se evitasen los escándalos, cosa que él creía posible conseguir. En cierto sentido, concluía, cualquier manifestación de ese género los desacreditaría; a lo menos, ante ellos mismos, aunque no ocurriese así a los ojos de Europa.

Vino a deshacer aquel nudo una petición de los ginebrinos para que el congreso se aplazara hasta setiembre, alegando que ellos no tenían ultimados sus preparativos. La petición encontró buena acogida

en todas partes, menos en París. Marx no pensaba acudir personalmente al congreso, pues la labor científica de preparación de su obra no permitía ya grandes interrupciones, y le parecía que aquellos trabajos tenían más importancia para la clase obrera que todo lo que personalmente pudiera hacer en ningún congreso. Invirtió, sin embargo, muchísimo tiempo en preparar el terreno para sus tareas y en redactar una memoria para los delegados de Londres, en que con toda intención se limitaba a tocar aquellos puntos «que permitían una inteligencia y cooperación directas entre los obreros y que alimentaban y daban impulso de un modo inmediato a las necesidades de las luchas de clases y a la organización de los trabajadores como clase». De esta memoria podemos decir lo mismo que Beesly dijo del mensaje inaugural: en ella se condensan, recogidas en unas cuantas páginas, de un modo fundamental y tajante, como nunca se había hecho hasta entonces, los postulados más inmediatos del proletariado internacional. En representación del Consejo general, fueron a Ginebra Odger, su presidente, y Cremer, secretario general, acompañados de Eccarius y Jung, en cuya compenetración con él podía confiar más que ningún otro Marx.

El congreso estuvo reunido desde el 3 al 8 de setiembre bajo la presidencia de Jung, y acudieron a él 60 delegados. Marx manifestaba que «había resultado mucho mejor de lo que se esperaba». Sólo hablaba en términos muy duros de los «caballeros de París». «Tenían la cabeza llena de las frases proudhonianas más vacías. No apeaban de los labios la palabra ciencia y no sabían nada de nada. Repugnaban toda acción revolucionaria, es decir, basada en la lucha de clases, todo movimiento social concentrado, planteado por tanto, entre otros, con medios políticos (como lo era por ejemplo la reducción legal de la jornada de trabajo). Bajo capa de libertad y de antigubernamentalismo o individualismo antiautoritario—esos señores, que desde hace dieciséis años vienen soportando y soportan tan pacientemente el más desaforado despotismo—; lo que predican en realidad es la vulgar Economía burguesa, aunque idealizada proudhonianamente.» Y por ahí adelante, con frases todavía más duras. Este juicio es bastante severo, pero Juan Felipe Becker, que tomó parte en el congreso y fué una de sus principales figuras, hablaba, años más tarde, con más severidad todavía, si cabe, del barullo que allí reinó. Con la única diferencia de que Becker zarandeaba con igual dureza a los franceses y a los alemanes, y no se olvidaba de los schulze-delitzschianos por censurar a los proudhonistas. «¡Cuántas cortesías hubieron de malgastarse con aquella gentecilla, para evitar un poco decorosamente el peligro de que se largasen!» En términos muy distintos se expresaban las reseñas publicadas en el *Vorbote* de Suiza sobre las sesiones del congreso, que conviene leer con cierto cuidado.

Los franceses tenían una mayoría bastante grande en el congreso, disponían de unas dos terceras partes de los mandatos y no dejaron de desplegar gran elocuencia, pero no les sirvió de mucho. Su propuesta de que en la Internacional no se admitiesen más que obreros manuales, y no intelectuales, fué desechada, como lo fué asimismo la que pedía que en el programa de la Internacional se diese entrada a los problemas religiosos, con lo que quedaba eliminado para siempre este engendro. En cambio, se aceptó una propuesta, bastante inocente, que presentaron para que se estudiase el crédito internacional, con lo cual se tendía, siguiendo las huellas de Proudhon, a crear más adelante en la Asociación un Banco central. Más sensible fué que se acogiese una propuesta presentada por Tolain y Fribourg, en la que se reprobaba el trabajo femenino «como un principio de regeneración», señalando a la mujer su puesto en la familia. Sin embargo, esta propuesta tropezó con la oposición del propio Varlin y de otros franceses, y se votó en bloque con la ponencia del Consejo general acerca del trabajo de la mujer y del niño, con lo que quedó neutralizada. Fuera de esto, los franceses sólo consiguieron meter de matute en los acuerdos unos cuantos remiendos proudhonianos, y se comprende perfectamente la irritación que tenían que causar a Marx aquellos parches que desfiguraban su paciente trabajo, aunque reconociese que no podía menos de estar contento con la marcha del congreso, en general.

No salió derrotado más que en un punto que pudiera serle sensible, y que lo era, en efecto: en la cuestión polaca. Después del precedente de la Conferencia de Londres, la ponencia inglesa procuró razonar cuidadosamente este tema. Los obreros de Europa no tenían más remedio que hacer frente a este problema, pues las clases gobernantes, a pesar de todas sus simpatías por toda clase de nacionalidades, las oprimían, porque la aristocracia y la burguesía veían en aquella sombría potencia asiática que se alzaba al fondo, un último refugio contra los avances de la clase obrera. Para hacer inocuo aquel poder amenazador, no había más que un camino: la restauración de Polonia sobre una base democrática. De ello dependía el que Alemania fuese la avanzada de la Santa Alianza o la aliada de la República francesa. El movimiento obrero tropezaría constantemente con diques, interrupciones y dilaciones, mientras no se resolviese esta gran cuestión europea. Los ingleses abogaron enérgicamente por la ponencia, pero los franceses y una parte de los suizos latinos se opusieron a ella con no menos energía; por fin, las fracciones se unieron para aceptar la propuesta de Becker, que, aun manifestándose partidario de la ponencia, quería evitar una discrepancia abierta sobre este punto; el acuerdo tomado consistía en soslayar la cuestión, afirmando que la Internacional, como opuesta que era a todo régimen de fuerza, aspiraba a desterrar la in-



fluencia imperialista de Rusia y a restaurar a Polonia sobre una base socialdemocrática.

Fuera de esto, el memorial inglés triunfó en toda la línea. Los Estatutos provisionales fueron aceptados con pequeñas enmiendas; la alocución inaugural no se puso a debate, pero desde entonces se cita en todos los acuerdos y manifestaciones de la Internacional como pieza oficial. El Consejo general fué reelegido, con residencia en Londres; se le encargó de redactar una estadística amplia sobre la situación de la clase obrera internacional, haciendo, en cuanto sus recursos se lo permitiesen, un informe detallado de todo lo que a la Asociación obrera internacional pudiera interesar. Para cubrir sus gastos, el congreso impuso a cada afiliado como tributo extraordinario para el año entrante la cotización de 30 céntimos, aconsejando como cuota normal para la caja del Consejo la de uno o medio penique al año, aparte del precio señalado al *carnet* de socio.

Entre los acuerdos programáticos del congreso figuraban a la cabeza los referentes a legislación obrera y asociaciones sindicales. El congreso proclamó el principio de que la clase obrera debía luchar por imponer leyes de protección del trabajo. «La clase obrera, al imponer por la lucha estas leyes, no elimina el Poder público. Por el contrario, lo que hace es convertir ese poder, que hoy se ejerce contra ella, en instrumento suyo.» Con una ley de carácter general consigue lo que hubiera sido tentativa estéril pretender conseguir por medio de esfuerzos aislados e individuales. El congreso recomendaba la reducción de la jornada de trabajo como condición previa inexcusable, sin la que todas las demás aspiraciones del proletariado por emanciparse tenían por fuerza que fracasar. La reducción de la jornada era necesaria para reponer las energías físicas y la salud de la clase obrera, para permitirle formarse y perfeccionarse intelectualmente, tener una vida de relación y actuar social y políticamente. Como límite legal de la jornada, el congreso proponía las ocho horas, concentradas en una determinada parte del día, de tal modo que este período de tiempo abarcase las ocho horas de trabajo y las interrupciones necesarias para las comidas. La jornada de ocho horas debería regir para todos los adultos, hombres y mujeres, fijando como edad inicial la de los dieciocho años. El trabajo nocturno debía desecharse por razones de higiene, no admitiendo más que aquellas excepciones indispensables que señalase la ley. La mujer debería eximirse con toda severidad del trabajo nocturno y de todas aquellas otras actividades nocivas para el cuerpo de la mujer o inmorales para el sexo femenino.

En la tendencia de la industria moderna a dar entrada a los niños y a los jóvenes de ambos sexos en el mecanismo de la producción social, veía el congreso un avance saludable y legítimo, por repugnante que

fuese todavía la forma en que se ejecutaba bajo el imperio del capital. En una sociedad racional, todo niño, sin distinción, a partir de los nueve años, debería contribuir con su trabajo a la producción, sin que ninguna persona adulta pudiera tampoco exceptuarse de la ley universal de la naturaleza: trabajar para comer, y no sólo con la inteligencia, sino con el esfuerzo manual también. En la sociedad actual se imponía, según los acuerdos del congreso, dividir a los niños y jóvenes en tres clases, a cada una de las cuales debía aplicarse un régimen distinto: niños de 9 a 12 años, niños de 13 a 15, y jóvenes y muchachas de 16 a 17. La jornada de trabajo de la primera categoría, tanto industrial como casero, debía reducirse a dos horas, la de la segunda a cuatro y la de la tercera a seis, reservando a ésta una interrupción de una hora al menos para comer, divertirse y descansar. Además, no debía consentirse a los niños ni a los jóvenes ningún trabajo productivo que no fuese acompañado por una formación cultural, incluyendo en ésta tres cosas: el cultivo de la inteligencia, la gimnasia o cultura física y por último la educación técnica, que instruye en los principios científicos generales de todos los procesos de producción, a la par que inicia a la nueva generación en el empleo práctico de los instrumentos de trabajo más elementales.

En cuanto a las organizaciones sindicales, el congreso entendía que no sólo eran legítimas, sino necesarias. Eran el medio que se le ofrecía al proletariado para oponer al poder social concentrado en el capital el único poder social de que disponía: el número. Mientras existiese un régimen capitalista de producción, no podría prescindirse de las organizaciones sindicales; lejos de eso, sería necesario generalizar sus actividades mediante una unión internacional. Al oponerse de un modo consciente a los excesos continuos del capital, se convertirían sin saberlo en asideros de organización para la clase trabajadora, algo así como los municipios medioevales lo fueran para la burguesía. Librando incesantes guerras de guerrillas, en la lucha diaria entre el capital y el trabajo, los sindicatos tenían mucha más importancia todavía que si fuesen palancas organizadas para levantar el trabajo asalariado. Hasta entonces, las organizaciones sindicales—continuaba diciendo el congreso—se habían venido concentrando demasiado exclusivistamente en dar la batalla directamente al capital; en el porvenir, era menester que no se mantuviesen tan alejadas del movimiento general, social y político, de su clase. Cobrarían mucho más desarrollo y potencia cuando la gran masa del proletariado se convenciese de que sus miras, lejos de ser limitadas y egoístas, se encaminaban a la emancipación general de los millones de obreros oprimidos.

Inspirándose en el sentido de este acuerdo, Marx, a poco de terminar el congreso de Ginebra, hizo un intento, en el que tenía puestas

grandes esperanzas. El 13 de octubre de 1866 escribía a Kugelmann: «El Consejo londinense de las tradeuniones (su secretario es nuestro presidente Odger) está deliberando en estos momentos acerca de si debe declararse rama inglesa de la Asociación internacional. Si lo hace, la dirección de la clase obrera aquí pasa en cierto modo a nuestras manos, y podremos impulsar mucho el movimiento.» Pero el Consejo de aquellas organizaciones sindicales, a pesar de toda la simpatía que sentía por la Internacional, acordó mantener su independencia y además, si es que los historiadores de las tradeuniones están bien informados, se negó a que un representante de la Internacional tomase parte en sus sesiones para hacer un informe rápido acerca de las expulsiones de obreros en el Continente.

Ya en los primeros años, supo la Internacional que la esperaban grandes éxitos, pero que estos éxitos tenían, sin embargo, sus límites. Con todo, bien podía regocijarse entretanto de sus triunfos, y Marx hacía bien en registrar con una viva satisfacción en la magna obra a que estaba dando los últimos toques que, coincidiendo con el congreso de Ginebra, un congreso obrero general celebrado en Baltimore había destacado la jornada de ocho horas como primera reinvindicación para arrancar al trabajo de las garras del capitalismo.

Entendía que el trabajo no podía emanciparse en manos de los blancos mientras siguiese infamado en manos de los negros. Pero el primer fruto de la guerra civil norteamericana que había matado la esclavitud era la agitación por la jornada de ocho horas, impulsada por la rauda locomotora desde el Atlántico al Océano Pacífico, desde Nueva Inglaterra a California.

CAPITULO XII

EL CAPITAL

1. Los dolores del parto.

Cuando Marx se negaba a tomar parte en las tareas del congreso de Ginebra, por creer que era de más interés para la causa obrera que terminase su obra fundamental—hasta entonces no creía haberse ocupado más que de pequeñeces—, quería referirse al primer volumen de su libro, que venía revisando y poniendo en limpio desde el 1.° de enero de 1866. Por el momento, la cosa marchaba muy bien, ya que «después de tantos y tan largos dolores para parirla, le alegraba, naturalmente, poder lamer y pulir la criatura».

Aquellos dolores habían durado casi el doble de años de lo que en meses exige la fisiología para traer al mundo a un ser humano. Y con razón podía decir Marx que seguramente no se había escrito nunca una obra de aquella naturaleza en circunstancias tan difíciles. A cada paso se estaba poniendo plazos nuevos para terminarla, «en cinco semanas», como en 1851, o en «seis semanas», como en 1859; pero los propósitos se estrellaban siempre contra su afán crítico inexorable y aquella incomparable escrupulosidad de conciencia, que le acuciaba incesantemente a nuevas investigaciones y contra la que nada podían ni las amonestaciones incesantes de su más caro amigo.

Por fin, en los últimos días de 1865 puso término a su trabajo, pero sólo en la forma de un gigantesco manuscrito que, en aquellas condiciones, nadie, fuera de él mismo, ni el propio Engels, hubiera podido editar. Sobre esta masa imponente fué modelando, desde enero de 1866 hasta marzo de 1867, el primer volumen del «Capital» en su forma clásica, como un «todo artístico»; y estos meses acreditan de un modo insuperable la fabulosa capacidad de trabajo de su autor. Fueron quince meses en que a la labor de revisión y redacción de su obra venían a añadirse constantes enfermedades, que alguna vez, como en febrero de 1866, llegaran a poner en peligro su vida, un cúmulo de deudas que le «oprimían el cerebro», y por si todo esto fuera poco, el agobio de las tareas preparatorias para el primer congreso de la Internacional.

En noviembre de 1866 salió el primer manojo de cuartillas con destino a Otto Meissner, un editor hamburgués de obras democráticas que ya había publicado el opúsculo de Engels sobre el problema militar en

Prusia. A mediados de abril de 1867, Marx entregó personalmente en Hamburgo el resto de su obra, encontrando en el editor a un «hombre simpático», con quien se entendió sin dificultad, después de un breve cambio de impresiones. Esperando a las primeras pruebas de la obra, que había de imprimirse en Leipzig, se fué a visitar a su amigo Kugelmann de Hannover, donde aquella amabilísima familia le recibió de la manera más cordial. Pasó allí unas cuantas semanas felices, que él mismo contaba «entre los más hermosos y agradables oasis en el desierto de la vida». No dejó de contribuir con su parte a este estado de ánimo y a esta satisfacción el que los elementos cultos de Hannover le recibiesen, a él que tan poco acostumbrado estaba a esto, con respeto y simpatía: «tenemos los dos—le escribía a Engels, el 24 de abril—, muchas más simpatías entre la burguesía «culta» de lo que nos figuramos». Y Engels le contestaba el 27: «Siempre me pareció que ese maldito libro que has tenido sobre ti tantos años era el principal culpable de todas tus desdichas, y que jamás te sentirías libre mientras no te lo quitasen de encima. Esa cosa eternamente inacabada te agobiaba física, espiritual y financieramente, y me explico muy bien que ahora, después de sacudirte esa pesadilla, te sientas otro, sobre todo porque el mundo, como verás en cuanto vuelvas a internarte en él, no presenta ya un aspecto tan triste como antes.» Engels daba, por su parte, expresión a la esperanza de verse pronto redimido del «odiado comercio». Mientras no se saliese de él, no podría hacer nada; además, desde que estaba al frente del negocio, la gran responsabilidad había empeorado su situación.

A esta carta contestó Marx el 7 de mayo, en los términos siguientes: «Espero y creo firmemente que de aquí a un año volveré a alzar la cabeza, consolidando concienzudamente mi situación económica y volviendo, por fin, a hacerme independiente. Sin ti, jamás hubiera podido llevar a término mi obra, y te aseguro que siempre me pesaba sobre la conciencia como una pesadilla el ver que tenías que disipar en el comercio y dejar anquilosarse por mi causa, principalmente, tus magníficas energías, obligado encima a compartir como propias todas mis pequeñas calamidades.» Marx no llegó, como esperaba, a «levantar cabeza» ni en el año siguiente ni nunca, y Engels hubo de resignarse a continuar en el «odiado comercio» unos cuantos años más, pero no obstante, el horizonte empezó a iluminarse.

En Hannover, Marx cumplimentó por fin una antigua deuda epistolar que tenía con un correligionario, el ingeniero de minas Sigfredo Meyer, que había vivido hasta entonces en Berlín y que por aquellos días emigraba a los Estados Unidos; y le escribía en términos que, como tantas otras veces, son vivo testimonio de su «insensibilidad». «Muy mal—le decía—tiene usted que pensar de mí, y tanto peor

si le digo que sus cartas no sólo me ocasionaron una gran alegría, sino que fueron para mí un verdadero consuelo, en aquellos días terribles en que las recibí. Saber conquistado para nuestro partido a un hombre de valer, bien impuesto en los principios, es cosa que me indemniza de los peores sufrimientos. Además, sus cartas venían henchidas de afectuosa amistad personal hacia mí, y ya comprenderá usted que yo, que libro la más dura de las batallas con el mundo (el oficial, se entiende), sé estimar en lo que valen esos testimonios. ¿Por qué, entonces no le he contestado antes? Porque todo este tiempo he estado al borde de la tumba. Y no tenía más remedio que aprovechar todos los momentos en que me sentía capaz de trabajar para poner término a mi obra, a la que he sacrificado la salud, la felicidad y la familia. Confío en que esta explicación será suficiente. Yo me río de todos los que llaman hombres prácticos y de su sabiduría. Quien no tenga más aspiración que ser un buey, puede, naturalmente, volver la espalda a los dolores de la humanidad y atender a su propio provecho. Pero yo me hubiera tenido realmente por muy poco práctico, si hubiera muerto sin dejar mi obra terminada, al menos en forma de manuscrito.»

Por el talante levantado de aquellos días se explica también el que Marx tomase en serio lo que le dijo el abogado Warnebold, persona desconocida para él por lo demás, de que Bismarck anhelaba ponerle a él y a sus grandes talentos al servicio del pueblo alemán. No es que a Marx le entusiasmase ni le hiciese perder la cabeza esta indicación; seguramente que al oirlo, pensaría lo mismo que Engels: «¡qué bien retrata el modo de pensar y el horizonte de ese bandido, eso de que quiera juzgar a todo el mundo por él!» Pero, pensando sobriamente, como Marx lo hacía en circunstancias normales, no es fácil que hubiera dado crédito al mensaje del abogado. Dadas las circunstancias, poco sólidas, por las que atravesaba la Confederación alemana del Norte, conjurado apenas el peligro de una guerra con Francia por lo de Luxemburgo, era difícil que Bismarck pensase en volver a dar en la cabeza a la burguesía, que acababa de pasarse a sus filas y que ya miraba bastante de reojo a sus colaboradores Bucher y Wagener, tomando a su servicio a los autores del Manifiesto comunista.

Pero, si no personalmente con Bismarck, Marx, a su regreso a Londres corrió con una pariente del Canciller una pequeña y graciosa aventura, de la que informó a Kugelmann con cierta fruición. En el vapor, una señorita alemana, que ya le había llamado la atención por su prestancia militar, le rogó que le diese algunos detalles acerca de las estaciones de ferrocarril de Londres; como tenía que esperar varias horas por su tren, Marx, caballerososamente, se brindó a distraerla durante estas horas, paseando con ella por Hydepark. «Resultó llamarse Isabel von Puttkamer y ser sobrina de Bismarck, con quien

acababa de pasar unas cuantas semanas en Berlín. Llevaba encima todo el censo del ejército, al que esta familia ha dotado copiosamente de caballeros de honor y de talla. Era una muchacha viva y culta, pero aristocrática y nacionalista hasta la medula. Se quedó asombrada cuando supo que había caído en manos rojas.» Pero no por esto perdió la damita el buen humor. Escribió a su caballero un billete muy lindo, en que, con una «reverencia infantil», le daba «gracias de todo corazón» por todo lo que había hecho por ella como «criatura inexperta», y sus padres le transmitían también su gratitud, muy contentos de saber que todavía había hombres buenos viajando por el mundo.

De vuelta en Londres, Marx despachó las correcciones de su libro. Tampoco esta vez pudo reprimir algún que otro refunfuño por la lentitud con que llevaban la impresión. Pero el 16 de agosto de 1867 a las dos de la mañana pudo por fin comunicar a Engels que acababa de dar el «tírese» al último pliego (el 49) de la obra. «Este tomo está, por tanto, listo. Y esto ha sido posible gracias a ti. Sin lo que tú te sacrificaste por mí, jamás hubiera podido realizar los inmensos trabajos para los tres volúmenes. Te abrazo, lleno de agradecimiento. ¡Salud, amigo mío, mi caro amigo!»

2. El primer tomo.

En el capítulo primero de su obra, resume Marx nuevamente las ideas expuestas en 1859 acerca de la mercancía y el dinero. Y no lo hace tan sólo por razones sistemáticas, para que el estudio sea completo, sino porque incluso inteligencias claras no habían comprendido del todo el problema, lo cual indicaba que el estudio adolecía de algún defecto, especialmente en lo relativo al análisis de la mercancía.

Entre aquellas inteligencias claras no se contaban, por supuesto, las de los profesores alemanes, que repudiaron precisamente este mismo capítulo primero de la obra de Marx por su «confuso carácter místico». «A primera vista, una mercancía parece un objeto evidente y trivial. Mas si la analizamos, vemos que es un objeto bastante complicado y enredoso, preñado de argucia metafísica y de caprichos teológicos. Mientras no es más que valor de uso, no encierra nada de misterioso... La forma de la madera cambia cuando de ella se hace una mesa. No obstante, la mesa sigue siendo un trozo de madera, un objeto vulgar y corpóreo. Pero, en cuanto se nos presenta como mercancía, sufre una metamorfosis, y se convierte en un objeto a la par corpóreo y suprasensible. Por un lado, la vemos descansar tranquilamente con sus patas sobre el suelo, y por el otro ponerse de cabeza frente a todas las demás mercancías, y de su cabeza de madera empiezan a salir antojos

que causan mucha más maravilla que si de pronto la mesa se pusiese a bailar por su propio impulso.» Era natural que todas aquellas cabezas de madera que se pasan la vida produciendo en grandes cantidades argucias suprasensibles y quimeras teológicas, pero que son incapaces de producir un solo objeto corpóreo y tangible, ni siquiera una vulgar mesa de verdad, tomasen a mal estas disquisiciones.

Lo cierto es que este primer capítulo, juzgado desde un punto de vista puramente literario, se cuenta entre lo más importante de cuanto escribió Marx. De aquí pasa a investigar cómo el dinero se convierte en capital. Si en el proceso circulatorio de las mercancías se cambian entre sí valores iguales, ¿cómo puede el poseedor de dinero comprar mercancías por su valor, vendiéndolas también en lo que valen, y sin embargo, sacar de ellas más de lo que dió? Pues puede, gracias a una mercancía especial que le ofrecen en el mercado las condiciones sociales vigentes y que tiene como característica peculiar el que, al consumirse, engendra nuevo valor. Esta mercancía es el trabajo humano, y cobra existencia corpórea en el obrero, un ser viviente que para subsistir y mantener a su familia, encargada de perpetuar las fuerzas del trabajo después de su muerte, necesita de una determinada suma de víveres. El tiempo que para producirlos necesita trabajar representa el valor de su fuerza de trabajo. Pero este valor, que se le paga en forma de salario, es muy inferior al que el empresario, comprador de la fuerza de trabajo, puede extraer de ésta. El trabajo que el obrero rinde de más, después de haber trabajado el tiempo necesario para cubrir el jornal, constituye la fuente de la plusvalía, de donde toma constante incremento el capital. El trabajo no retribuído del obrero entra en los bolsillos de todos los miembros ociosos de la sociedad, y en él descansa todo el orden social bajo el que vivimos.

Cierto que el trabajo no retribuído no es de suyo característica específica de la moderna sociedad burguesa. Dondequiera que ha habido clases poseedoras y desposeídas, han tenido éstas que cargarse con las costas, rindiendo trabajo no remunerado. Y mientras una parte de la sociedad detente el monopolio de los medios de producción, el obrero, sea libre o esclavo, no tendrá más remedio que añadir al tiempo que trabaja para sostenerse, una cantidad de trabajo sobrante para alimentar a los monopolizadores de los medios de producción. El trabajo asalariado no es más que una forma histórica especial del sistema de trabajo no retribuído imperante desde que existe una separación de clases; una forma histórica especial y que como tal debe ser investigada, si se la quiere comprender en lo que es y significa.

Para convertir su dinero en capital, el poseedor de dinero necesita encontrar en el mercado obreros libres. Libres en un doble sentido; no basta que puedan disponer libremente de su fuerza de trabajo como de

una mercancía, sino que además hace falta que no tengan otras mercancías que vender, que estén desembarazados y libres de todos los instrumentos necesarios para trabajar por su cuenta. No se trata de un estado natural, pues la naturaleza no produce de una parte poseedores de dinero o mercancías y de otra simples poseedores de sus fuerzas de trabajo. Mas tampoco es un estado social común a todas las épocas de la historia, sino el resultado de una larga evolución histórica, producto de grandes y largas conmociones económicas en que perecen sepultados toda una serie de viejos tipos de producción social.

La producción de mercancías es el punto de partida del capital. La producción de las mercancías, su circulación, primero simple y luego compleja, y el comercio, forman las condiciones históricas previas bajo las cuales el capital nace. La historia de los destinos modernos del capital data de la creación del comercio y del mercado mundiales en el transcurso del siglo XVI. Esa creencia ilusoria de los economistas vulgares de que el capital empezó gracias a un puñado de hombres laboriosos que se dedicaron a acumular riquezas, mientras la masa seguía ociosa, sin tener nada que vender más que su pellejo, es una insulsa tontería; como lo es esa penumbra en que los historiadores burgueses se representan la caída del régimen feudal de producción como la emancipación del obrero, sin parar mientes en la transformación del régimen de producción feudal en el sistema capitalista. En el momento en que los obreros dejaron de figurar directamente entre los medios de producción, como figuraban los esclavos y los siervos, los medios de producción dejaron de pertenecerles, como pertenecen al labriego o al artesano que trabajan por su cuenta. Poniendo por obra una serie de métodos violentos y crueles, que Marx describe y detalla en el «Capital», al tratar de la acumulación originaria, con pruebas tomadas de la historia inglesa, la gran masa de la población fué desposeída de la tierra que cultivaba y de los medios de vida e instrumentos de trabajo. Y así, aparecieron en escena esos obreros libres, sin los cuales no podría existir el régimen capitalista de producción; el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo desde la cabeza hasta los pies, por todos sus poros. Y cuando ya pudo moverse por su cuenta, no sólo mantuvo la separación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de realización de su trabajo, sino que fué ahondándola más y más.

El trabajo asalariado se distingue de las modalidades de trabajo no retribuído que le precedieron en la historia por el hecho de que la dinámica del capital es desmedida y su hambre devoradora de plusvalía insaciable. En tipos económicos de sociedad en que el valor de uso del producto predomina sobre el valor de cambio, la plusvalía se circunscribe a un círculo más o menos amplio de necesidades, pero sin que ya

el mismo régimen de la producción engendre de por sí una necesidad irrefrenable de plusvalía. No acontece así donde impera el valor de cambio. Como productor y fomentador de la laboriosidad ajena, como poder absorbente de plusvalía y explotador del trabajo humano, el capital sobrepuja en energías, en impulso desmesurado y en eficacia a todos los anteriores procesos de producción, que se basaban directamente en el sistema de los trabajos forzados. A él no le preocupa el proceso del trabajo en sí, la creación de valores de uso, sino el proceso de explotación, la creación de valores de cambio de que pueda extraer mayor valor del invertido en ellos. El hambre de plusvalía no conoce la sensación de la saciedad; la producción de valores de cambio no se detiene ante ese límite que opone a la producción de los valores de uso la necesidad colmada.

Al igual que la mercancía, unidad de valor de uso y valor de cambio, el proceso de producción de la mercancía auna y resume el proceso del trabajo y el de creación de valores. El proceso de creación de valor termina allí donde el valor de la fuerza de trabajo invertida, saldado mediante el salario, es sustituído por otro valor igual. A partir de ahí, se convierte en proceso engendrador de plusvalía, en proceso de explotación. Así concebido, como unidad de proceso de trabajo y de explotación o formación de valores nuevos, tenemos ante nosotros el proceso capitalista de producción, la forma capitalista de producción de mercancías. En el proceso del trabajo cooperan las energías del obrero y los medios de producción; en el proceso creativo de valores, estos elementos integrantes del capital se nos presentan bajo la forma de capital constante y variable. El capital constante se invierte en medios de producción, en primeras materias, material auxiliar, instrumentos de trabajo, y la magnitud de su valor se mantiene inalterable durante el proceso de la producción. El capital variable se invierte en fuerza de trabajo, y su valor cambia en el proceso productivo; después de reproducir su valor propio, crea un superávit, la plusvalía, que puede, a su vez, variar y ser más grande o más pequeña. De este modo, Marx va preparando con gran claridad su investigación sobre la plusvalía, en la que distingue dos formas, la plusvalía absoluta y la relativa, que tienen un papel distinto, pero ambas fundamental, en la historia del régimen capitalista de producción.

La plusvalía absoluta se produce cuando el capitalista dilata la jornada de trabajo más allá del tiempo necesario para reponer lo invertido en la mano de obra. Si por él fuese, la jornada de trabajo tendría veinticuatro horas, pues cuanto más se prolongue, mayor es la plusvalía que arroja. Por el contrario, al obrero le dice su certero instinto de que cada hora de trabajo que se le retiene después de haber cubierto el salario, es una hora de trabajo de que se le despoja abusivamente, y

guarda en su cuerpo, grabadas en su carne, las pruebas de ese abuso. La lucha en torno a la disminución de la jornada de trabajo comienza en el mismo momento histórico en que aparece en escena el obrero libre, y llega hasta nuestros días, sin que esté ni mucho menos, liquidada. El capitalista lucha por su interés, y la competencia le obliga—dando lo mismo, para estos efectos, que se trate de hombres de una gran nobleza personal o de pícaros redomados—a prolongar la jornada de trabajo hasta el límite extremo de lo humanamente soportable. El obrero lucha por su salud, por arrancar un par de horas de descanso al día, en las que pueda sentirse también hombre, y no una bestia nacida para trabajar, comer y dormir. Marx describe con colores impresionantes la guerra civil que durante medio siglo estuvieron librando en Inglaterra la clase capitalista y los obreros, desde el nacimiento de la gran industria, que espoleó a los capitalistas a destruir todas las fronteras que la naturaleza y las costumbres, el sexo y la edad, el día y la noche, levantaban ante la explotación del proletariado, hasta la promulgación de la ley sobre la jornada de diez horas, arrancada por la clase obrera como un valladar social insuperable que le impedía, aunque quisiese, entregarse atada de pies y manos, ella y su descendencia, a la esclavitud y al suplicio del capital, mediante un contrato libremente pactado con esta potencia.

La plusvalía relativa se produce acortando el tiempo que es necesario trabajar para reproducir la fuerza de trabajo en provecho de la plusvalía. El valor de la fuerza de trabajo disminuye consiguiendo que la fuerza productiva del trabajo se intensique en aquellas ramas industriales cuyos productos determinan el valor de la mano de obra. Para esto, es necesario que el régimen de producción, las condiciones técnicas y sociales del proceso del trabajo experimenten una constante conmoción. Los desenvolvimientos históricos, tecnológicos y de psicología social que Marx hace a propósito de esto, en toda una serie de capítulos dedicados a estudiar la cooperación, la división del trabajo y la manufactura, el maquinismo y la gran industria, han sido reconocidos como riquísimo arsenal de la ciencia, aun por los propios científicos burgueses.

Marx no sólo demuestra que la maquinaria y la gran industria han engendrado una miseria tan espantosa como ningún otro régimen anterior de producción, sino que demuestra también, que, al revolucionar de un modo infatigable la sociedad capitalista, preparan una forma social superior. La legislación fabril es la primera reacción consciente y reflexiva de la sociedad contra los derroteros monstruosos que lleva su proceso de producción.

A primera vista, esta reglamentación del trabajo en las fábricas y manufacturas, sólo parece una intromisión de la ley en los derechos de

explotación del capital. Pero la fuerza de los hechos no tarda en obligarla a reglamentar también el trabajo domiciliario y a poner coto a la autoridad paterna, con lo cual patentiza al mismo tiempo que la gran industria, al destruir las bases económicas de la antigua sociedad familiar y del trabajo familiar reflejo suyo, destruye también la institución misma de la familia tradicional. «A pesar de todo lo espantosa y repugnante que nos parece la destrucción de la familia antigua dentro del régimen capitalista, no puede negarse que la gran industria, al asignar un papel fundamental en los procesos sociales de la producción fuera de las lindes domésticas, a las mujeres, a los jóvenes y a los niños de ambos sexos, echa las nuevas bases económicas para una forma más alta de familia y de relación intersexual. Sería, naturalmente, tan necio considerar inmutable la forma cristiano-germánico de la familia como lo sería reputar por absoluta la vieja forma patriarcal romana o griega, o la oriental, entre las cuales existe, por lo demás, una concatenación histórica progresiva. Asimismo es evidente que la reunión de personal combinado de obreros, compuesto por individuos de ambos sexos y diferentes edades, que, bajo la forma capitalista, primitivamente brutal, en que el obrero existe para el proceso de la producción y no éste para el obrero, es una fuente apestosa de corrupción y esclavitud, acabará siendo, bajo condiciones adecuadas, fuente de progreso humano.» La máquina, que degrada al obrero al convertirlo en accesorio suyo, crea a la vez la posibilidad de exaltar las fuerzas productivas de la sociedad a un grado tal de apogeo, que haga posible un desarrollo igualmente digno y humano para todos los miembros de la sociedad, en comparación con el cual todas las formas sociales anteriores resultarán mezquinas.

Después de investigar la producción de la plusvalía absoluta y relativa, Marx traza la primera teoría racional del salario que se conoce en la historia de la Economía política. El precio de una mercancía es su valor expresado en dinero, y el salario no es sino el precio de la fuerza de trabajo. No es el trabajo el que desciende al mercado, sino el obrero, que ofrece sus energías al mejor postor; el trabajo brota al consumirse la mercancía así adquirida, la energía del trabajador. El trabajo es la sustancia y medida inmanente de todos los valores, pero ella de por sí no tiene valor. Parece, sin embargo, como si el salario remunerase el trabajo, pero es porque al obrero no se le paga sino después de rendir su labor. La forma del salario borra toda huella de la división de la jornada de trabajo en trabajo remunerado y no retribuído. Ocurre al revés que con el esclavo. El esclavo parece que sólo trabaja para su señor, aun durante la parte de la jornada en que no hace más que saldar el valor de los víveres que consume; todo lo que el esclavo trabaja parece, a primera vista, trabajo no remunerado. Con el trabajo del jornale-

ro sucede lo contrario, el trabajo no remunerado parece compartir también la retribución. En la esclavitud, la relación de propiedad oculta el trabajo que para su propia subsistencia rinde el esclavo; en el asalariado, el dinero pagado por el patrono, el salario, disfraza el trabajo gratuito rendido por el jornalero. Fácil es, pues, dice Marx, comprender la importancia decisiva que tiene la transformación del valor y precio de la fuerza de trabajo en la forma del salario, o sea en el valor y precio del trabajo mismo. Bajo este modo de manifestarse, que oculta a la vista la verdadera realidad para no mostrarnos más que su reverso, descansan todas las mistificaciones del régimen capitalista de producción, todas las ilusiones liberales, todas las patrañas con que los economistas vulgares pretenden embellecer la realidad.

Las dos formas fundamentales del salario, son el salario por tiempo y el salario por piezas. Apoyándose en las leyes del salario por períodos de tiempo, Marx desenmascara principalmente la vaciedad interesada de todos esos tópicos según los cuales la reducción de la jornada de trabajo tiene necesariamente que acarrear una baja en los jornales. Lo que ocurre es precisamente lo contrario. La reducción transitoria de la jornada hace bajar los salarios, pero, implantada con carácter permanente, determina su subida; cuanto más larga sea la jornada de trabajo, más bajos serán los jornales.

El salario por piezas no es más que una modalidad del salario por tiempo; es la forma de salario más adecuada al régimen capitalista de producción. Adquirió gran predicamento durante el período genuíno de la manufactura, y al sobrevenir la época turbulenta de la gran industria, en Inglaterra, sirvió de resorte para alargar la jornada de trabajo y disminuir el salario. El salario por piezas es muy provechoso para el capitalista, porque permite suprimir en gran parte la vigilanc a del obrero, y además brinda múltiples ocasiones para hacerle descuentos en el salario y cometer toda suerte de escamoteos. En cambio, es altamente perjudicial para el trabajador: éste se mata trabajando para ganar más, y en realidad lo que hace es disminuir el salario real; agudiza la competencia entre los obreros y amortigua su sentimiento de solidaridad; desliza entre el capitalista y el trabajador una serie de parásitos intermediarios que echan al salario percibido bocados considerables, etc.

La relación entre la plusvalía y el salario hace que el régimen capitalista de producción, a la par que reproduce incesantemente su capital al capitalista, cree, también incesantemente, la miseria del obrero: de una parte, el capitalista, propietario de todos los víveres, materias primas e instrumentos de trabajo; de la otra, la gran masa obrera obligada a vender a este capitalista sus energías de trabajo por una determinada cantidad de víveres, que, en el mejor de los casos, alcanza a

sostener al trabajador en condiciones para seguir trabajando y para engendrar una nueva generación de proletarios en condiciones de trabajar. Pero el capital no sólo se reproduce, sino que se incrementa y multiplica incesantemente: a estudiar el «proceso de acumulación» del capital consagra Marx la última sección de este primer tomo.

Así como el capital rinde plusvalía, ésta, a su vez, crea capital. Una parte de la plusvalía que se produce cada año es consumida por las clases poseedoras, entre quienes se reparte a título de renta; el resto se acumula como capital. Y así, por esta vía, el trabajo no retribuído que se le extrae a la clase obrera viene a servir de medio para arrancarle nuevo trabajo no remunerado. En el caudal de la producción, todo capital inicial adelantado representa una partida insignificante y cada vez más rezagada, si se la compara con el capital directamente acumulado, o lo que es lo mismo, con la plusvalía o plusproducto reinvertidos en capital, ya opere en mano del mismo capitalista que lo acumuló o en manos ajenas. La ley de la propiedad privada, cimentada sobre la producción y circulación de mercancías, se trueca, por la fuerza inmanente e inexorable de su propia dialéctica, en lo contrario de lo que es. Las leyes de la producción de mercancías parecían fundamentar el derecho de propiedad sobre el trabajo propio. Dos poseedores de mercancías iguales en derechos se enfrentaban el uno con el otro; la apropiación de la mercancía del primero hallábase condicionada a la enajenación de la del segundo, que debía su mercancía propia a su trabajo. Ahora, la propiedad es, desde el punto de vista del capitalista, el derecho de éste a apropiarse el trabajo ajeno no remunerado o su producto; desde el punto de vista del obrero, la imposibilidad de apropiarse los productos de su trabajo personal.

Cuando los proletarios modernos empezaron a darse cuenta de esto y el proletariado urbano de Lyon tocó a rebato las campanas llamando a incendio y el proletariado campesino de Inglaterra levantó bandera de rebeldía, los economistas vulgares inventaron la «teoría de la abstinencia», según la cual el capital se forma por las «privaciones voluntarias» del capitalista, teoría que Marx fustiga tan implacablemente como ya antes de él hiciera Lassalle. Las que en realidad alimentan la acumulación del capital son las «privaciones» no precisamente voluntarias de los obreros, la depresión violenta de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, con el fin de convertir una parte del fondo necesario de consumo del obrero en fondo de acumulación del capitalista. Aquí, aquí es donde tienen su verdadera raíz esos gritos histéricos de angustia de los que se quejan de la vida «lujuriosa» de los obreros y prorrumpen en letanías inacabables a propósito de una botella de champán que, según dicen, tuvieron la osadía de beber unos albañiles, y aquí es también donde radican, en el fondo, todas esas rece-



tas baratas de los socialreformadores cristianos y demás remendones capitalistas.

La ley general de la acumulación capitalista es la siguiente: El incremento del capital incluye el incremento del capital variable, o sea del invertido en fuerzas de trabajo. Si la composición del capital se mantiene inalterable, y una determinada cantidad de medios de producción reclama siempre la misma masa de fuerzas de trabajo para ponerlos en movimiento, es evidente que la demanda de trabajo y el fondo de subsistencia de los obreros crecerán proporcionalmente al capital y con la misma velocidad con que éste aumente. Y así como la simple reproducción reproduce siempre, constantemente, la propia proporción del capital, la acumulación reproduce la proporción del capital en una escala mayor: cuantos más capitalistas se reunan en un polo o mayores sean sus capitales, más asalariados habrá en el otro. La acumulación del capital implica, pues, el incremento del proletariado, que, además, en el supuesto de que partimos, se realiza bajo las condiciones más favorables para el obrero. Una gran parte del plusproducto que éste engendra y que pasa a alimentar los nuevos capitales, revierte a él en forma de víveres, permitiéndole ampliar el horizonte de sus necesidades, disfrutar más de la vida, dotando mejor su fondo de consumo de ropas, muebles, etc. Pero esto no afecta para nada al régimen de sujeción en que viven, del mismo modo que un esclavo no deja de serlo mientras no se manumita, por muy bien vestido y comido que esté. Siempre tendrá que suministrar una determinada cantidad de trabajo no retribuído, cantidad que puede indudablemente disminuir, pero nunca hasta el punto de poner seriamente en peligro el carácter capitalista del proceso de producción. Al rebasar los salarios este límite, el aguijón de la ganancia se embota, y la acumulación del capital languidece, hasta que los salarios vuelven a bajar, retrotrayéndose al nivel que corresponde a las necesidades de explotación de aquél.

Sin embargo, la cadena de oro que el obrero se forja a sí mismo va cediendo en peso y longitud cuando en la acumulación del capital no varía la relación entre los elementos constantes y variables que lo integran. En cambio, al progresar la acumulación, se produce una gran revolución en la que Marx llama composición orgánica del capital. El capital constante aumenta a costa del capital variable; la productividad creciente del trabajo hace que la masa de los medios de producción se desarrolle más velozmente que la masa de las energías de trabajo puestas a su servicio; la demanda, en el mercado de trabajo, no experimenta un alza acompasada a la acumulación de capital, sino que guarda un nivel proporcionalmente más bajo. Idénticos efectos produce otra modalidad de concentración del capital independiente de su

acumulación y que se da por imperio de las leyes de la concurrencia capitalista que determinan la absorción de los pequeños capitalistas por el gran capital. A la par que el capital adicional formado en el transcurso de la acumulación va dando empleo cada vez a menos obreros en comparación con su cuantía, el capital primitivo, reproducido ahora bajo una nueva integración, tiende a eliminar a un número cada vez mayor de los obreros a quienes ocupaba. Y así, va formándose una población obrera relativa, es decir, sobrante para las necesidades de explotación del capital, un ejército industrial de reserva que en las épocas malas o regulares recibe salarios inferiores al valor de su fuerza de trabajo, y para eso si encuentra ocupación y no tiene que vivir de la beneficencia pública; en todo caso, este ejército obrero de reserva sirve para vencer la resistencia de los trabajadores ocupados y mantener sus salarios lo más bajos que sea posible.

El ejército industrial de reserva, producto necesario de la acumulación y desarrollo de la riqueza dentro del régimen capitalista es, además, una de las palancas del régimen capitalista de producción. Con la acumulación y el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo que lleva aparejado, crece la súbita fuerza expansiva del capital, necesitado de grandes masas humanas para lanzarse, con la mayor rapidez posible y sin que el coeficiente de producción sufra quebranto en otras esferas, sobre nuevos mercados o sobre nuevas ramas de la producción. Los derroteros característicos de la moderna industria, que forman ciclos de diez años, sólo interrumpidos por pequeñas oscilaciones y en que a períodos de mediana actividad suceden otros de producción a toda máquina, de crisis y estancamiento, tienen su explicación en estas constantes vicisitudes de absorción, según que ésta sea más grande o más pequeña, con la consiguiente formación de ejércitos industriales de reserva. Cuanto mayor es la riqueza social, el capital operante, el volumen y la energía de su desarrollo, y por tanto la magnitud absoluta de la población obrera y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor también la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva. Este crece paralelamente con las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor sea el ejército industrial de reserva en relación con el ejército obrero en activo, tanto más extensas serán también las masas obreras, cuya miseria está en razón inversa a su tormento de trabajo. Y cuanto mayor, finalmente, y más extendida la miseria de la clase obrera, y más nutridas las filas industriales de la reserva, tanto mayor será el pauperismo oficial. He ahí la ley general y absoluta de la acumulación capitalista.

De ella se deriva asimismo su tendencia histórica. A la par con la acumulación y concentración del capital se desarrolla la forma cooperativa del proceso de trabajo en una escala cada vez más alta, la apli-

cación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación sistemática de la tierra en común, la transformación de los medios de trabajo en forma tal, que sólo pueden utilizarse colectivamente, al igual que ocurre con los medios de producción, economizados al emplearse como medios de producción en común, y puestos al servicio de un trabajo social combinado. Al decrecer incesantemente el número de los magnates del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degradación, de la explotación, pero crece también y va fermentando la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y disciplinada, unida y organizada por el propio mecanismo del proceso capitalista de la producción. El monopolio del capital conviértese en grillete del régimen de producción que ha florecido con él y gracias a él. La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo, al desarrollarse, llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. A la propiedad privada del capitalismo le ha llegado su hora: los expropiadores son expropiados.

Vuelve a restaurarse la propiedad individual, basada en el trabajo propio, pero erigida sobre las bases de la era capitalista conquistada: ahora, es la cooperación de los obreros libres y su propiedad colectiva sobre la tierra y los medios de producción producidos por el propio trabajo. Claro es que la transformación de la propiedad capitalista, que ya de hecho descansa hoy en un régimen colectivo de producción, en un régimen de propiedad social no tendrá que recorrer, ni mucho menos, un camino tan largo, difícil y espinoso como hubo de seguir la propiedad capitalista para absorber el patrimonio desperdigado de los individuos, fruto de su trabajo personal. El capitalismo fué expropiación de la masa del pueblo por unos cuantos usurpadores; el socialismo será la expropiación de este puñado de usurpadores por la masa del pueblo.

3. El segundo y el tercer tomo (1)

Con el segundo y el tercer tomo de su obra, Marx corrió la misma suerte que con el primero; su autor esperaba poder publicarlos poco después de aparecer éste, pero pasaron largos años antes de que viesen la luz, sin que ya le fuese dado a él prepararlos para la imprenta.

Nuevos y cada vez más profundos estudios, que a todas horas le so-

(1) Este capítulo fué escrito por Rosa Luxemburg para esta obra, a petición de F. Mehring, como él mismo explica en el Prólogo a la primera edición (v. Apéndice).



licitaban, largas enfermedades, y por fin la muerte, le impidieron dar los últimos toques a la obra íntegra, y así, fué Engels quien hubo de formar los dos últimos volúmenes, reuniendo los materiales que había dejado sin construir del todo su amigo. Tratábase de copias, extractos, notas, capítulos enteros ya terminados y observaciones rápidas, hechas de pasada, como suelen hacerlas los investigadores para su uso e inteligencia personal: un trabajo verdaderamente imponente que se había ido desarrollando, con prolongados intervalos, durante la larga época que va de 1861 a 1878.

Todas estas razones explican por qué a los volúmenes segundo y tercero del «Capital» no debemos ir a buscar una solución ultimada y definitiva de todos los problemas fundamentales de la Economía política, sino, en parte al menos, un simple planteamiento de esos problemas, con orientaciones y puntos de vista acerca del camino en que nos debemos situar para buscarles solución. Bien entendido que la obra capital de Marx, como su ideología toda, no es ningún evangelio en que se nos brinden verdades de última instancia, acabadas y perennes, sino manantial inagotable de sugestiones para seguir trabajando con la inteligencia, para seguir investigando y luchando por la verdad.

Esas mismas razones explican también por qué, en su aspecto externo, en cuanto a la forma literaria, el segundo y el tercer volumen no son tan perfectos, ni en ellos tiene el espíritu destellos tan brillantes como en el primero. Y sin embargo, precisamente aquella labor sencilla del pensamiento que en ellos se ve discurrir sin aliño ni preocupación alguna de forma, los hace aún más gustosos que el primero para cierta clase de lectores. Por su contenido, estos dos volúmenes, que hasta hoy no han sido tenidos en cuenta desgraciadamente en ninguna de las vulgarizaciones y que permanecen, por tanto, ocultos a la gran masa de los obreros ilustrados, complementan y desarrollan de una manera esencial el primer tomo, siendo indispensables para la inteligencia del sistema en conjunto.

En el primer tomo, Marx se enfrenta con el problema cardinal de la Economía política: ¿De dónde brota la riqueza, cuál es la fuente de la ganancia? Antes de aparecer Marx, la contestación dada a esta pregunta adoptaba dos diferentes direcciones.

Los defensores «científicos» del mejor de los mundos, este que habitamos; hombres algunos que, como Schulze-Delitzsch, gozaban de prestigio y confianza en los medios obreros, explicaban la riqueza capitalista acudiendo a toda una serie de razones justificativas más o menos plausibles y de astutas manipulaciones: para unos, era el fruto del alza sistemática de precio de las mercancías, con que el empresario se «indemnizaba» del capital generosamente «cedido» por él a la producción; para otros, la remuneración del «riesgo» que todo empresario

corría; para otros, el pago a los servicios del empresario por su «dirección espiritual» de la empresa, y por ahí adelante. Como se ve, en estas explicaciones no se trata, cualesquiera que sean sus variantes, más que de presentar como una cosa «justa», y por tanto inmutable, la riqueza de los unos, con su obligado reverso: la pobreza de los otros.

Los críticos de la sociedad burguesa, es decir, las escuelas socialistas anteriores a Marx, declaraban, por su parte, reaccionando contra esto, que la riqueza del capitalista nacía, las más de las veces, de la estafa y aun del robo descarado contra el obrero, a que servía de agente el dinero o la desorganización del proceso productivo. Y arrancando de aquí, aquellos socialistas remontábanse a los más variados planes utópicos, encaminados a acabar con la explotación, mediante la abolición del dinero, la «organización del trabajo», etc.

En el primer volumen del «Capital», Marx descubre por fin la verdadera raíz del enriquecimiento capitalista. No pierde el tiempo buscando razones justificativas para el capitalista ni alegatos acusatorios contra su injusto proceder: se limita a poner de relieve, por vez primera, cómo nace la ganancia y cómo va a parar a los bolsillos del capitalista. Marx explica esto por dos hechos económicos de importancia decisiva: el primero es que la masa obrera está formada por proletarios que no tienen más remedio que vender sus energías de trabajo como mercancía, y el segundo que esta mercancía, la fuerza de trabajo, posee hoy un tan alto grado de productividad, que durante un cierto lapso de tiempo puede arrojar un producto muy superior al que se necesita para alimentarla y sostenerla durante ese mismo período. Estos dos hechos, puramente económicos, alumbrados por la marcha objetiva de la historia, hacen que el fruto creado por el trabajo del proletario caiga espontáneamente en el regazo del capitalista, incrementándose mecánicamente, mientras perdure el sistema del asalariado, hasta formar un capital cada día más imponente.

Es decir, que para Marx la riqueza capitalista no es, en modo alguno, la remuneración del empresario por sus supuestos desvelos e imaginarios beneficios, pero no es tampoco ningún producto de la estafa o el robo, en el sentido corriente de esta palabra, sino el fruto de un intercambio perfectamente legal y que el Código penal no castiga, entre el capitalista y el obrero, intercambio que se ajusta exactamente a las mismas leyes a que se ajusta toda compra y venta de mercancías. Para poner en claro concienzudamente este limpio negocio que vale al capitalista sus frutos de oro, Marx hubo de desarrollar hasta sus últimas consecuencias lógicas, para aplicarla al trabajo considerado como mercancía, la ley del valor formulada a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX por los grandes economistas clásicos ingleses Smith y Ricardo, o sea la explicación de las leyes inmanentes que rigen en

el mercado. La ley del valor, y como conceptos derivados de ella el salario y la plusvalía; es decir, la razón que explica cómo, sin ningún género de estafas ni violencias, espontáneamente, el producto del trabajo asalariado se convierte para el obrero en un mísero medio de vida, mientras que para el capitalista significa la riqueza ociosa, forma el contenido esencial del primer volumen. Y en esto reside su gran importancia histórica: en haber demostrado que la explotación sólo y únicamente podrá acabarse cuando se haya abolido la venta de las energías de trabajo, que vale tanto como decir cuando se haya abolido de raíz el sistema del asalariado que hoy impera.

Durante la lectura del primer volumen del «Capital» no traspasamos los umbrales del taller en que tiene su sede el trabajo: la fábrica, la mina o la explotación agrícola moderna. Las doctrinas aquí expuestas dicen relación a toda empresa capitalista. Nos encontramos ante el capital privado como tipo de todo este régimen de producción. Y al cerrar el libro, vemos desfilar claramente ante nuestros ojos los orígenes diarios de la ganancia e iluminarse hasta en sus simas más recónditas todo el mecanismo de la explotación. Delante de nosotros se alzan montañas de mercancías de todo género recién salidas del taller, húmedas todavía del sudor del obrero, y en todas ellas nuestra mirada, aguzada por la lectura, distingue ya nítidamente la parte de valor que proviene del trabajo no retribuído del proletario y que, con los mismos títulos legales que la mercancía toda, va a parar a manos del capitalista. Las raíces de la explotación se nos presentan aquí escuetas y tangibles.

Pero esto no basta. El capitalista no ha puesto todavía su cosecha a buen recaudo en el granero. Ha recogido los frutos de su explotación, pero bajo una forma que no le permite todavía disfrutarlos. ¿De qué le sirven a él aquellos almacenes abarrotados de mercancías? El capitalista no es precisamente el gran señor de esclavos del mundo antiguo, de Grecia o de Roma, ni es tampoco el señor feudal de la Edad Media, que sólo desollaban a la masa obrera para mantener su boato personal y el esplendor de su casa. El capitalista necesita acuñar su riqueza en dinero contante y sonante, para aplicarlo, no sólo a «mantener un nivel de vida como corresponde a su posición», sino también a ampliar incesantemente su capital. Para ello, necesita vender las mercancías paridas por el obrero asalariado, con la plusvalía que encierran. Necesita sacar de los almacenes y graneros las mercancías y lanzarlas al mercado; de las oficinas de su fábrica, el capitalista se traslada a la Bolsa, y de aquí al mostrador de la tienda, y nosotros con él siguiéndole los pasos, en el tomo segundo del «Capital».

En el reino del mercado o intercambio de mercancías, donde se desarrolla la segunda etapa de las hazañas del capitalista, éste tropieza

ya con ciertas dificultades. En su fábrica, en su baluarte, era dueño y señor. Allí imperaban la organización, la disciplina y la centralización más severas. No así en el mercado a que desciende con su mercancía, donde prevalece la anarquía más desenfrenada, bajo el nombre de libre concurrencia. Aquí, nadie se preocupa del otro ni hay una voluntad que todo lo gobierne. Y sin embargo, en medio de esta anarquía es precisamente donde el capitalista advierte sensiblemente hasta qué punto depende de otro, hasta qué punto depende, en todos los respectos, de la sociedad.

No tiene más remedio que apresurarse, para que no le dejen atrás sus competidores. Si se descuida en vender definitivamente sus mercancías y las tiene paralizadas más tiempo del estrictamente necesario, si no se aprovisiona con dinero suficiente para hacer a su debido tiempo las compras de primeras materias y de los demás elementos que necesite, para que la marcha de la industria no sufra interrupción, si no procura con el mayor cuidado que el dinero que produce la venta de sus mercancías vuelva inmediatamente a sus manos, y no para quedarse allí ocioso, sino para ser invertido sin demora donde produzca, se verá irremisiblemente arrollado. El que llega tarde no encuentra sitio, y el industrial que no se cuide de que su negocio, en ese constante vaivén del taller al mercado, funcione con la misma precisión que en la fábrica misma, por muy concienzudamente que saque el jugo a sus obreros, no alcanzará jamás la ganancia usual y apetecida. Una parte de esa «legítima» ganancia se quedará adherida a manos ajenas y no entrará en su bolsillo.

Pero no es esto todo. El capitalista sólo puede acumular riqueza produciendo mercancías, es decir, objetos útiles. Para eso, tiene necesariamente que lanzar al mercado aquellas clases y especies de objetos que la sociedad necesita y en la medida en que los necesita. De otro modo, las mercancías se quedarán sin vender y malograda la plusvalía contenida en ellas. Pero, ¿cómo se las arrregla el capitalista, por sí y ante sí, para saber lo que necesita, y en qué medida, la sociedad? Nadie se lo puede decir, por la sencilla razón de que nadie lo sabe. No se olvide que vivimos en una sociedad anárquica, sin norma ni plan. En la misma situación que este industrial se encuentran todos. Y sin embargo, de este caos, de este embrollo, tiene que salir una norma de conjunto que permita y haga posible los negocios individuales de cada capitalista de por sí y su enriquecimiento, así como la satisfacción de las necesidades y la subsistencia de toda la sociedad.

O, para expresarnos con mayor precisión, de ese barullo que reina en el actual mercado anárquico tiene necesariamente que salir, ante todo, el ritmo cíclico y permanente de los capitales aislados, la posibilidad de producir, vender, comprar y volver a producir, ciclo en que el

capital sufre la metamorfosis constante de dinero en mercancía y de mercancía en dinero; y no basta esto, sino que las fases de este proceso tienen que encajar perfectamente unas en otras, ha de haber siempre dinero disponible en cantidad para aprovechar cuantas coyunturas de compra ofrezca el mercado, y para cubrir los desembolsos constantes de toda industria; a su vez, el dinero que va refluyendo paulatinamente a la caja por la venta de las mercancías, no tiene que quedar paralizado, sino invertirse prestamente. De este modo, los capitales que nos parecieron aislados y perfectamente independientes unos de otros, forman en realidad una gran cadena fraternal, puesto que, mediante la red del crédito, de los Bancos, se están adelantando constantemente unos a otros el dinero necesario, a la par que ofreciendo salida para el sobrante, con lo cual hacen posible la persistencia ininterrumpida de la producción y venta de mercancías, así para el individuo como para la sociedad. Véase, pues, cómo Marx, en el segundo tomo de su obra, de pasada, explica sencillamente como condición de vida del capital y nexo que articula entre sí las dos fases vitales de éste, la producción y el mercado, aunando a la par la dinámica aparentemente autónoma de los diferentes capitales, la institución del crédito, en la que los economistas burgueses no habían sabido ver más que una sagaz institución creada para «facilitar el intercambio de mercancías».

Mas no basta esto. En esa algarabía de los capitales aislados tiene que haber, además, algo que impulse y alimente el ciclo constante de la producción y el consumo de la sociedad en conjunto, de manera tal, que a la sociedad se le garanticen las condiciones sobre que descansa la producción capitalista: creación de medios de producción, sostenimiento de la clase obrera y enriquecimiento progresivo de la clase capitalista, o sea, acumulación y empleo progresivos del capital social en bloque. ¿Cómo se logra articular en un todo orgánico las vicisitudes innúmeras e inconexas de los capitales aislados? ¿Cómo esta marcha de conjunto, desplazada constantemente, unas veces por la superabundancia de la coyuntura excesiva y otras por el colapso de las crisis, vuelve a entrar una y otra vez en su debido cauce, para salirse de él de nuevo al día siguiente? ¿Cómo de todo esto brota lo que para la actual sociedad no es más que un medio: su propio sostenimiento con el progreso económico consiguiente, y lo que constituye su fin: la acumulación progresiva del capital, en proporciones cada día más imponentes? Tales son los problemas que Marx, si bien no resuelve, plantea en el volumen segundo de su obra y que por vez primera desde hace cien años, desde Adam Smith, fundamenta sobre la firme roca de las leyes inmanentes que los rigen.

Pero no se crea que acaba aquí el calvario del capitalista. Ahora que

la ganancia está, por fin, al menos en gran parte, convertida en dinero, queda por resolver el gran problema: el reparto del botín. Son varios los acreedores que comparecen alegando derechos: el industrial, el comerciante, el capitalista que adelantó el dinero, el terrateniente. Todos han contribuído, cada cual con su parte, a la explotación del obrero y a la venta de las mercancías creadas por él, y todos reclaman su parte en la ganancia. Y este reparto es un problema más complicado de lo que a primera vista pudiera parecer. No se crea que todos los empresarios son iguales. También entre ellos hay grandes diferencias, según el tipo de empresa, con respecto a la ganancia obtenida, tal como sale, fresca todavía, de los talleres del trabajo.

En unas ramas de la producción, la elaboración de mercancías y su venta se desarrollan con gran celeridad, y el capital revierte rápidamente a manos del capitalista, incrementado con sus rendimientos; en estas industrias, la marcha del negocio y el fomento de la ganancia no pueden ser más halagüeñas. Pero hay otras ramas en que el capital se estanca años y años en la producción y no empieza a rendir frutos hasta pasado mucho tiempo. En determinadas industrias, el industrial tiene que inmovilizar la mayor parte del capital en medios de producción muertos: edificios, máquinas costosas, etc., que de suyo no rinden nada, no incuban ganancia alguna, por muy necesarios que sean para facilitarla. En cambio, en otras, el industrial puede reducir sus inversiones al mínimo y emplear casi todo el capital en adquirir obreros, que son las gallinitas humildosas y aplicadas que ponen en su regazo los huevos de oro.

Al liquidar las ganancias surgen, pues, grandes diferencias entre unos capitales y otros, diferencias que a los ojos de la sociedad burguesa representan una «injusticia» mucho mayor y más flagrante que el singular «reparto» entre el capitalista y el obrero. No hay más remedio que implantar aquí una transacción, un reparto «justo» del botín, para que cada capitalista obtenga «lo suyo», lo que le «corresponde». Pero, ¿cómo? Porque, además, no hay más remedio que resolver este conflicto al margen de toda reglamentación consciente y de todo plan reflexivo. En la sociedad actual, la distribución de la riqueza es tan anárquica como su producción. En rigor, no se trata de verdadera «distribución», que supondría un criterio social, una norma, cualquiera que ella fuese. Lo que hay es un mero intercambio, un simple tráfico de mercancías, compras y ventas. ¿Cómo, pues, por esta vía ciega y azarosa del intercambio de mercancías se consigue que cada grupo de explotadores y cada explotador individual dentro del grupo obtenga la parte «justa»—justa desde el punto de vista del capitalismo, naturalmente—en la riqueza arrancada a las energías activas del proletariado?

A estas cuestiones da Marx una solución en el tomo tercero de su

obra. Y del mismo modo que en el primer volumen había analizado la producción del capital, descubriendo en ella el secreto de la ganancia, y en el segundo sigue los pasos del capital entre la fábrica y el mercado, entre la producción y el consumo de la sociedad, en el tercero observa y estudia el reparto de la ganancia. Y siempre sin apartarse de las tres condiciones fundamentales, a saber: que cuanto acontece en la sociedad capitalista no es obra de la arbitrariedad, sino que obedece a determinadas leyes que actúan de una manera regular, aunque los interesados las ignoren en absoluto; que el régimen económico actual no descansa sobre el robo violento ni el hurto descarado, y finalmente, que todo este organismo no está presidido por ninguna razón social que trace una norma o un plan de acción a sus actividades. Marx va deduciendo todos los fenómenos y todas las condiciones de la Economía capitalista, con claridad y lógica penetrantes, uno tras otro, de la mecánica del cambio exclusivamente; es decir, de la ley del valor y del concepto de la plusvalía, corolario suyo.

En una ojeada de conjunto de esta magna obra, diríamos que el primer tomo, en que se desarrollan la ley del valor, el salario y la plusvalía, pone al desnudo los cimientos de la sociedad actual, mientras que el segundo y el tercero nos hacen recorrer los pisos del edificio social. También podíamos decir, empleando otra imagen, que el tomo primero nos presenta el corazón del organismo social, de donde parte la savia vivificadora, que luego, en el segundo y tercer volumen, vemos funcionar, regando el aparato circulatorio y nutritivo hasta las últimas células de la epidermis.

Con el contenido, cambia también en los dos últimos volúmenes, el terreno que pisamos. El primer tomo nos lleva a los talleres, a las profundas capas sociales del trabajo, donde se alumbran las fuentes de la riqueza capitalista. Con los tomos segundo y tercero, salimos a la superficie, nos movemos ya en el escenario oficial de la sociedad. El primer plano de la escena lo ocupan los almacenes abarrotados de mercancías, los Bancos, la Bolsa, las operaciones de crédito, la «penuria de los salarios», etc. El obrero no desempeña aquí ningún papel. Y la verdad es que tampoco se preocupa gran cosa de todas estas intrigas que los otros traman a sus espaldas, después de haberle curtido bien la pelleja. En medio de esta algarabía de la muchedumbre de banqueros, bolsistas, industriales y comerciantes entregados a sus negocios, nos topamos si acaso con los obreros que desfilan en grandes tropeles hacia sus fábricas bajo la luz insegura del amanecer o que se derraman sobre las calles, escupidos de nuevo por la fábrica, al caer la noche.

A primera vista, parece como si todos estos desvelos de los capitalistas que se liquidan y reparten sus ganancias, y todas estas discordias a que da lugar entre ellos el reparto del botín, no tuviesen el me-

nor interés para los obreros. Pero no hay tal. Los tomos segundo y tercero del «Capital» son tan necesarios como el primero para quien quiera tener un conocimiento perfecto del mecanismo de la Economía actual. Es cierto que no tienen para el movimiento obrero moderno la importancia histórica, fundamental y decisiva, del primer volumen. Pero contienen, en cambio, una gran riqueza de perspectivas de valor incalculable para equipar intelectualmente al proletariado, preparándolo para luchar prácticamente por sus intereses. Dos ejemplos tan sólo lo demostrarán.

En el volumen segundo, al tratar de cómo este movimiento caótico de los capitales aislados puede traducirse en la nutrición regular y constante de la sociedad, Marx toca, naturalmente, el problema de las crisis. No se trata de ningún estudio sistemático y doctrinal, sino de unas cuantas observaciones hechas de pasada. Su difusión entre los obreros conscientes e ilustrados sería de la mayor utilidad. Uno de los temas que podríamos llamar «clásicos» en las campañas de agitación socialista, y sobre todo en la sindical, es que las crisis se producen, ante todo, por la miopía del capitalista, incapaz de comprender que tiene en las masas de sus obreros a sus mejores consumidores y que con sólo subirles el jornal se asegurará una magnífica clientela, que le pondrá a cubierto de la crisis.

Esta idea, que ha llegado a hacerse popularísima, es completamente falsa, y Marx la refuta con las palabras siguientes: «Es una perfecta redundancia decir que las crisis se producen por falta de consumo o consumidores solventes. Consumidores que no paguen lo que consumen no los admite el sistema capitalista, como no sea dentro de los cuadros de la beneficencia pública o bajo forma de «rateros». Decir que una mercancía es invendible vale tanto como decir que no encuentra comprador solvente, o lo que es lo mismo, consumidor. Y si se quiere dar a esta redundancia una apariencia de fundamentación razonada diciendo que la clase obrera sólo recibe una parte insignificante de lo que produce y que el remedio más indicado para el mal es aumentarle esa participación, es decir, subirle el salario, nos limitaremos a observar que las crisis van siempre precedidas cabalmente por un período de alza general de salarios, en que la clase obrera obtiene una participación relativamente grande en la parte del producto anual destinada al consumo. Desde el punto de vista de esos paladines del sano y «sencillo» sentido común, parece que estos períodos, lejos de augurar la crisis, debieran alejarla. Y es que la producción capitalista entraña condiciones que nada tienen que ver con la buena o mala voluntad de nadie, y que sólo momentáneamente consienten una prosperidad relativa de la clase trabajadora, prosperidad que es siempre, por otra parte, un pájaro agorero de tormenta.»

Así es, en efecto; las investigaciones de los tomos segundo y tercero ahondan en las verdaderas causas de las crisis, que se producen como otras tantas consecuencias inevitables de esa dinámica del capital que, llevada de su impulso irrefrenable y de su sed insaciable de acumulación, de incremento, arrolla todos los diques del consumo, por mucho que éste se quiera dilatar reforzando el poder adquisitivo de una capa de la sociedad o conquistando mercados nuevos. No hay, pues, más remedio que renunciar también a la idea de una armonía de intereses entre el capital y el trabajo malograda por la miopía del capitalista, que late en el fondo de ese tema vulgarizado en las campañas sindicales de agitación, y desconfiar de todo lo que sea querer poner fin con paños calientes a la anarquía económica del capitalismo. Para luchar por las mejoras materiales de clase del proletariado, éste tiene en su arsenal de ideas mil armas harto mejores, y no necesita esgrimir un argumento teóricamente insostenible y prácticamente peligroso.

Otro ejemplo. En el tomo tercero de su obra, Marx nos da por primera vez una explicación científica de un fenómeno que la Economía política, hasta entonces, no había hecho más que admirar con asombro. Es éste: ¿Por qué los capitales, en todas las ramas de la producción, por mucho que difieran las condiciones en que se invierten, suelen arrojar todos una ganancia que acostumbra a calificarse «usual en el país»? A primera vista, este fenómeno parece contradecir una explicación dada por el propio Marx, la de que la riqueza capitalista sólo se nutre del trabajo no retribuído del proletario. En efecto, ¿cómo el capitalista, que tiene que inmovilizar una parte relativamente grande de su capital en medios de producción muertos, puede obtener la misma ganancia que aquel a quien, teniendo pocos desembolsos de esta naturaleza, le es dado enganchar a su carro una cantidad mayor de trabajo vivo? Marx nos explica este aparente enigma con una asombrosa sencillez, haciéndonos ver cómo, al ser vendidas unas clases de mercancías por encima de su valor y otras por debajo, se compensan las diferencias en las ganancias, dibujándose un «nivel medio de ganancias» para todas las ramas de la producción. Sin tener la menor idea de ello, sin que entre ellos medie inteligencia consciente de ningún género, los capitalistas proceden de tal modo en el intercambio de sus mercancías, que es como si trajesen a un montón común la plusvalía arrancada a sus obreros, repartiéndose como hermanos los frutos colectivos de la explotación, con arreglo al volumen de sus capitales. Es decir, que cada capitalista no disfruta precisamente de las ganancias personales obtenidas por él, sino de la parte que le corresponde en el acervo común. «Es como si los diversos capitalistas fuesen, en lo que a las ganancias se refiere, simples accionistas de una sociedad anónima, en que los beneficios se reparten siempre en forma de dividendos, razón



por la cual sólo varían con arreglo al volumen del capital aportado por cada uno de ellos a la empresa común, es decir, proporcionalmente a su participación relativa en la empresa social.»

¡Qué profundas perspectivas abre esta ley, tan seca aparentemente, de las «cuotas medias de ganancia» y cómo explica la firme base materialista en que descansa la solidaridad de clase de los capitalistas, que, aunque desgarrados en una diaria guerra civil, forman frente a la clase obrera una masonería indisoluble, pues cuando se trata de explotar colectivamente a esa clase se olvidan todas las discordias y reina, alentada por el supremo interés, la más firme unanimidad! Sin que los capitalistas tengan, naturalmente, la más leve conciencia de esta ley económica objetiva, en su instinto infalible de clase dominante se revela un sentido para los propios intereses de clase y su antagonismo con los del proletariado que, desgraciadamente, sale a flote de todas las tormentas de la historia mucho más indemne y seguro de sí mismo que la conciencia de clase de los obreros, iluminada y cimentada científicamente por las obras de Marx y de Engels.

Estos dos ejemplos, expuestos brevemente y recogidos al azar pueden darnos una idea de los tesoros de agudas sugestiones y profundos pensamientos capaces de remover la mente de los obreros ilustrados y que yacen abandonados todavía, esperando la mano que los divulgue, en los dos últimos volúmenes del «Capital». Inacabados como quedaron, estos dos tomos encierran valores infinitamente más preciosos que cualquier verdad definitiva y perfecta: el acicate para la labor del pensamiento y ese análisis crítico y de enjuiciamiento de las propias ideas, que es lo que hay de más genuino en la teoría que nos ha legado Carlos Marx.

4. Acogida de la obra.

La esperanza manifestada por Engels al acabar el tomo primero, de que Marx, después de «quitarse de encima la pesadilla» se sentiría remozado, sólo se cumplió en parte.

En lo tocante a la salud, la mejoría de Marx no fué duradera, y por lo que a la situación económica se refiere, siguió viviendo en la misma penosa inseguridad. Por entonces, concibió seriamente el plan de trasladarse a vivir a Ginebra, donde la vida era mucho más barata, pero el destino le ataba por el momento a Londres, a los tesoros del *British Museum;* además, confiaba en encontrar un editor para la traducción inglesa de su obra, y no podía tampoco, ni quería, dejar de la mano la dirección y asesoramiento de la Internacional, mientras el movimiento no entrase en cauces seguros.

Vino a depararle una alegría familiar la boda de su segunda hija Laura con Pablo Lafargue, su «criollo médico». Habíanse prometido ya en el mes de agosto de 1866, pero se convino que el novio acabase su carrera de médico antes de casarse. Lafargue había sido expulsado por dos años de la Universidad de París, por haber tomado parte en un congreso estudiantil de Lieja, y hubo de trasladarse a Londres para asuntos de la Internacional; como secuaz que era de Proudhon no mantenía grandes relaciones con Marx, en cuya casa se presentó a hacer una visita de cortesía, con una tarjeta de recomendación de Tolain. Y ocurrió lo que en estos casos suele ocurrir. «El muchacho empezó encariñándose conmigo—escribía Marx a Engels, después de formalizarse las relaciones—, pero pronto traspasó el cariño del padre a la hija. Su situación económica es regular; es hijo único de una antigua familia de plantadores.» Marx se lo describía a su amigo como un muchacho guapo, inteligente, enérgico y físicamente desarrollado, bueno como el pan, aunque un poco estragado por la falta de una buena educación y demasiado sujeto al imperio de la naturaleza.

Lafargue era natural de Santiago, isla de Cuba, pero le habían traído ya a Francia de niño, a los nueve años. Por sus venas corría sangre negra por el lado de su abuela paterna, que era una mulata; él gustaba de hablar de ello, y su tez mate, las grandes pupilas blancas de su cara, por lo demás muy bien formada, denotaban aquellos antecedentes. De esta mezcla de sangres provendría seguramente aquella obstinación que de vez en cuando hacía que Marx se enfadase, medio en serio, medio en broma, con su «negro». Pero el tono de bondadosa provocación con que se trataban, demuestra lo bien que se entendían. Marx encontró en Lafargue, no sólo al yerno que había de hacer feliz a su hija, sino también un auxiliar capaz e inteligente y un guardián fiel de su obra.

Por el momento, lo que más le preocupaba era el éxito de su libro. El 2 de noviembre de 1867, escribía a Engels: «La suerte que pueda correr mi libro me pone nervioso. No oigo ni veo nada. Los alemanes son buenos chicos. Sus trabajos propios sobre estas materias, al servicio de los ingleses, franceses e incluso los italianos, les autorizan realmente a ignorar mi obra. La gente que tenemos allí no entiende de agitar. En fin, no hay más remedio que hacer lo que los rusos: esperar. La paciencia es el nervio de la diplomacia rusa y de sus triunfos. Pero para uno, que no vive más que una vez, es cosa de reventar.» La impaciencia que habla en estas líneas era muy explicable, pero no estaba del todo justificada.

Aún no hacía dos meses que el libro había visto la luz, cuando Marx escribía en esos términos, y dos meses es plazo demasiado corto para escribir una crítica un poco seria de obra como la suya. En cuanto al

«ruido» producido por la aparición del libro, independientemente de las críticas serias, y que Marx estimaba también como lo más importante, de momento, por lo que pudiese influir de rechazo sobre Inglaterra, Engels y Kugelmann hacían todo lo humanamente posible por propagar la obra, sin caer, por otra parte, en una excesiva oficiosidad. Y lograron triunfos muy halagüeños. Se las arreglaron para meter, en toda una serie de periódicos, incluso burgueses, notas provisionales anunciando la aparición de la obra, y hasta llegaron a reproducir su prólogo en algunos. Ya tenían preparado un reclamo sensacional—para lo que entonces se usaba—, que era publicar un artículo biográfico sobre Marx, acompañado de su retrato, en una revista ilustrada, cuando el propio Marx les rogó que se dejasen de «bromas». «Para mí, esas cosas perjudican más que favorecen y no se avienen con el carácter de un hombre de ciencia. Hace mucho tiempo, por ejemplo, que los redactores del Diccionario enciclopédico de Meyer me escribieron pidiéndome una biografía. Y no sólo no se la entregué, sino que ni siquiera contesté a la carta. Cada cual es libre de entender la dicha a su modo.» El artículo biográfico escrito por Engels con destino a la revista ilustrada *Gartenlaube*—un «papelucho garrapateado a toda prisa y bajo la forma más «betaica» posible», como dice de él su propio autor—hubo de aparecer poco después en el *Zukunft,* el órgano de Johann Jacoby, que se publicaba en Berlín y que dirigía Guido Weiss desde 1867. Quiso el destino que, al reproducirlo en el «Semanario Democrático», Liebknecht no lo diese íntegramente; Engels escribió a Marx comentándolo muy enfadado: «Guillermo ha hecho tales progresos, que ya ni siquiera se atreve a decir que Lassalle no ha hecho más que copiarte y para eso, tergiversadamente. Después de castrar de ese modo la biografía, no sé para qué quería reproducirla.» Es innegable que las afirmaciones mutiladas reflejaban con toda fidelidad el propio parecer de Liebknecht; lo que ocurría era que no le parecía oportuno dar en la cabeza a un grupo de lassalleanos que acababan de separarse de Schweitzer y que contribuyeron a fundar, por aquellos mismos días, la fracción de Eisenach. Véase, pues, cómo hasta los simples artículos de periódico tienen también, como se dice de los libros, su estrella.

Aunque no en los primeros meses, Marx no tardó en recibir algunas críticas serias de su obra. Una, de Engels, que vió la luz en el «Semanario Democrático»; otra publicada por Schweitzer en el «Socialdemócrata», y otra, de José Dietzgen, también en el «Semanario Democrático». Prescindiendo de Engels, en quien la comprensión de la obra marxista era natural, Marx reconocía que también Schweitzer, a despecho de algunos errores sueltos, se había estudiado bien el asunto y sabía dónde estaban los puntos cardinales de la cosa; en Dietzgen, de quien no tenía hasta entonces la menor noticia, saludó a una inteli-

gencia filosóficamente dotada, sin darle, por otra parte, una importancia excesiva.

Tampoco la voz del primer «profesional» se dejó oir hasta el año 1867. Este profesional era Dühring, quien publicó una crítica de la obra en el Suplemento periódico del Meyer sin desentrañar, a juicio de Marx, lo que había de nuevo y de fundamental en su investigación, pero sin que Marx tuviera tampoco por qué sentirse descontento de su crítica. Lejos de eso, la calificó de «bastante correcta», aunque sospechaba que el crítico no la había hecho tanto movido por su interés y comprensión hacia la idea como por odio contra Roscher y demás astros universitarios alemanes. En cambio, Engels reprobó desde el primer momento el artículo de Dühring, y la agudeza de su visión hubo de comprobarse cumplidamente, cuando algún tiempo después el crítico alemán, virando en redondo, no tuvo palabras bastantes para condenar la obra que antes alabara.

No eran mejores tampoco las vicisitudes que Marx había de correr con otros «profesionales»; ya habían pasado ocho años desde la publicación de su obra, cuando uno de estos caballeros, ocultando discretamente su nombre, aventuró el edificante oráculo de que Marx era un «autodidacta» que se había pasado durmiendo toda una generación de la ciencia. Con tantas y tales experiencias, estaba plenamente justificada la dureza con que Marx solía hablar de estas gentes. Lo que ocurría era que acaso recargaba demasiado la cuenta de su mala fe, sin poner todo lo que debía en la columna de su ignorancia. La verdad era que su método dialéctico se les hacía incomprensible. Así lo demuestra el que hombres a quienes no faltaban la buena voluntad ni los conocimientos económicos no supieran orientarse en el libro, mientras que otros, sin saber gran cosa de economía ni sentir ningún género de simpatías por el comunismo, hablaban con gran entusiasmo de ella, por la sencilla razón de que estaban iniciados en la dialéctica hegeliana.

Así, Marx juzgaba con injusta dureza, cuando decía, refiriéndose a la segunda edición del libro de M.A.Lange acerca de la cuestión obrera, en que el autor se ocupaba detalladamente del tomo primero del «Capital»: «El señor Lange hace de mí grandes elogios, pero sólo es para darse importancia.» No era ésta, evidentemente, la finalidad perseguida por el autor, cuyo sincero interés por la cuestión obrera está fuera de toda duda. Pero Marx tenía razón en cambio, indudablemente, cuando afirmaba que Lange no entendía nada del método hegeliano y que aún entendía mucho menos de la aplicación crítica que le daba Marx. Es evidente que Lange volvía las cosas del revés, al decir que Lassalle adoptaba frente a Hegel, en lo tocante a la base especulativa de su doctrina, una posición más libre e independiente que Marx,

cuya forma especulativa se plegaba fielmente a las maneras de su modelo filosófico, y en algunas partes de la obra—como en la teoría del valor, a la que Lange no atribuía ninguna importancia perdurable—se adaptaba difícilmente a la materia.

Mucho más extraño todavía que éste era el juicio formulado por Freiligrath acerca del primer volumen, de que Marx le regaló un ejemplar. Las relaciones de amistad entre ambos venían manteniéndose desde el año 1859, aunque enturbiadas de vez en cuando por la intromisión de terceras personas. Freiligrath disponíase a volver a Alemania, donde la colección de publicaciones consabida le había asegurado una vejez libre de cuidados, después de haberse quedado en la calle, con sesenta años, al disolverse la sucursal del Banco que dirigía. La última carta que dirigió a su viejo amigo—ya después no volvieron a escribirse—fué para felicitarle cordialmente por la boda de su hija Laura y para agradecerle con no menos cordialidad el envío del primer tomo de su obra. Freiligrath reconocía que el estudio del libro le había valido grandes enseñanzas y que había disfrutado mucho con su lectura. Añadía que su éxito no sería acaso rápido ni ruidoso, pero que sus frutos, aunque callados, serían tanto más profundos y duraderos. «Me consta que en el Rin hay muchos comerciantes e industriales que están entusiasmados con el libro. Dentro de este sector, llenará su verdadero cometido. y además será indispensable como obra de consulta para el estudioso.» Aunque Freiligrath dijese que no era más que un «economista de corazón» y que toda su vida había aborrecido los «hegelianismos y devaneos filosóficos», no por ello resultaba menos peregrino que un hombre que había vivido casi veinte años seguidos en el mundo cosmopolita de Londres, no viese en el primer tomo del «Capital» más que una especie de vademécum para jóvenes comerciantes y, a lo sumo, una obra científica de consulta.

Muy otro era el juicio de Ruge, enemigo jurado del comunismo y desprovisto de toda ciencia económica, pero que no podía desmentir sus tradiciones neohegelianas. «Es una obra que hace época y derrama una luz brillante, cegadora a veces, sobre el desarrollo, las crisis, los dolores del parto y los espantosos sufrimientos mortales de las diferentes épocas de la sociedad. Las páginas en que expone y razona la plusvalía como producto del trabajo no retribuído, la expropiación de los obreros que trabajan para sí mismos y la expropiación inminente de los expropiadores, son clásicas. Marx posee una erudición extensísima y un talento asombroso. Y aunque el libro sobrepasa los horizontes de muchos lectores y periodistas, se impondrá sin ningún género de duda y alcanzará, a pesar de su gran envergadura, o mejor dicho, gracias a ella, poderoso influjo.» Y en términos semejantes se expresaba Luis Feuerbach, con la diferencia de que a él, como correspondía a sus

tradiciones, no le importaba tanto el método dialéctico del autor como los «hechos indiscutibles, interesantísimos, y espantosos también muchos de ellos, que llenan la obra» y que venían a confirmar su filosofía moral de siempre: allí donde falta lo necesario para vivir, no se conocen tampoco necesidades morales.

La primera traducción del tomo primero apareció en Rusia. Ya el 12 de octubre de 1868, Marx daba a Kugelmann la noticia de que un librero de San Petersburgo le había sorprendido con la noticia de que la traducción estaba ya en prensa y que desearía poder dar un autógrafo con su firma en la anteportada. No quise, seguía diciendo, negar esta pequeñez a sus «buenos amigos» los rusos; por una ironía del destino, resultaba que aquellos rusos a quienes venía combatiendo sin tregua desde hacía veinticinco años no sólo en alemán, sino también en francés e inglés, habían sido siempre sus «protectores»; su obra polémica contra Proudhon y su «Crítica de la Economía política» no habían encontrado tampoco mejor mercado que el ruso. Sin embargo, no había que darle demasiada importancia a la cosa; era seguramente—decía Marx—pura curiosidad de *gourmands* por conocer lo más extremista que producía el Occidente de Europa.

Pero Marx se equivocaba. La traducción, aunque no vió la luz hasta el año 1872, era un trabajo serio, verdaderamente científico y «maestramente» conseguido, como el propio Marx hubo de reconocer, cuando estuvo terminada. El traductor era Danielson, más conocido por su seudónimo de Nikolayon, con el que había colaborado en algunos de los capítulos más importantes Lopatin, joven e intrépido revolucionario, «una inteligencia crítica muy despierta, de carácter alegre, y estoico como un campesino ruso, que se contenta con lo que la suerte le depara». Así lo describía Marx, a quien Lopatin visitó en el verano de 1870. La censura rusa dió su consentimiento a que se editase la traducción, razonándolo del siguiente modo: «Aunque el autor es, por sus convicciones, un perfecto socialista y todo su libro presenta el mismo carácter marcado, habida cuenta de que sus doctrinas no son ni mucho menos accesibles a cualquiera y de que, además, revisten la forma de una argumentación científica rigurosamente matemática, la oficina de censura declara esta obra exenta de toda persecución judicial.» Fué lanzada la traducción al público el 27 de marzo de 1872, y para el 25 de mayo ya se habían vendido mil ejemplares, la tercera parte de la tirada.

Por la misma fecha empezó a publicarse una traducción francesa, por entregas, como la segunda edición alemana original. Era su autor J. Roy, que la hizo con la ayuda eficacísima del propio Marx; éste se quejaba de que la corrección le daba un «trabajo endiablado», tanto, que a veces decía que le hubiera valido más hacer la traducción por su

cuenta. Gracias a esto, la versión francesa tiene un valor científico propio, independiente del original.

En Inglaterra, el primer tomo del «Capital» no alcanzó el mismo éxito que en Alemania, Rusia y Francia. Parece que sólo dió lugar a un pequeño comentario en la *Saturday Review,* en que se hacía a la obra el elogio de prestar cierto encanto a los más abstrusos problemas económicos. La redacción de la *Fortnightly Review* rechazó, por parecerle «demasiado árido», un extenso artículo escrito por Engels para esta revista, a pesar de los esfuerzos que hizo Beesly, que tenía cierta influencia con ella, para conseguir que se publicase. Marx no alcanzó ya a ver la traducción inglesa de su obra, en la que tenía cifradas tantas esperanzas.

CAPITULO XIII

APOGEO DE LA INTERNACIONAL

1. Inglaterra, Francia, Bélgica.

Poco antes de aparecer el primer tomo del «Capital», celebróse en Lausana, del 2 al 8 de setiembre de 1867, el segundo Congreso de la Internacional. No rayó a la altura del Congreso de Ginebra.

Ya la alocución lanzada en julio por el Consejo general haciendo un llamamiento a los afiliados para que enviasen el mayor número posible de representantes, sorprendía por su gran sequedad al resumir la labor de la Asociación durante su tercer año de vida. Sólo señalaba un progreso constante del movimiento en Suiza, así como en Bélgica, donde la sangrienta represión de los huelguistas de Marchienne había aguijoneado al proletariado.

Fuera de esto, el mensaje se quejaba de los obstáculos con que, por diversas circunstancias, tropezaba la propaganda en los diferentes países. Alemania, que hasta 1848 había demostrado un interés tan profundo por el estudio del problema social, estaba actualmente absorbida por el movimiento de unificación del país. En Francia, dadas las pequeñas libertades que disfrutaba la clase obrera, la Asociación no se había desarrollado como pudo esperarse, a juzgar por el vigoroso apoyo que la Internacional prestara en este país a los conflictos obreros. Aludíase al gran *lock-out* de los broncistas de París en la primavera de 1867, que había ido desarrollándose hasta convertirse en una lucha de principio por la libertad de coalición, terminando con el triunfo de los obreros.

También a Inglaterra se le hacía un leve reproche porque, entregada a la reforma electoral, había perdido de vista por unos instantes el movimiento económico. Pero la reforma electoral estaba ya realizada. Disraeli, presionado por las masas, no había tenido más remedio que concederla, y más amplia aún de lo que primitivamente la concibiera Gladstone, haciéndola extensiva a todos los inquilinos de una finca urbana, cualquiera que fuese el importe de los alquileres. El Consejo general confiaba, en vista de esto, en que los obreros ingleses sabrían, por fin, apreciar la eficacia de la Internacional y laborar por ella.

Finalmente, la alocución apuntaba a los Estados Unidos, en algunos de los cuales los obreros habían impuesto ya la jornada de ocho horas.

Hacíase resaltar que toda sección, fuese grande o pequeña, podía enviar al Congreso un delegado, y las que tuviesen más de 500 afiliados uno por cada fracción de 500. En el programa del Congreso figuraban los siguientes puntos: 1.º ¿Mediante qué recursos prácticos puede la Internacional de la clase obrera crear un punto central común para sus luchas de emancipación? 2.º ¿De qué modo puede la clase obrera servirse, para los fines de su emancipación, del crédito conferido por ella a la burguesía y al Gobierno?

Este programa, que adolecía en cierto modo de excesiva generalización, no aparecía razonado ni desarrollado en ninguna memoria. El Consejo general estuvo representado en Lausana, principalmente, por Eccarius y por el constructor de instrumentos de música Dupont, secretario corresponsal de la Asociación en Francia, un obrero muy capaz, que hubo de ocupar la presidencia, ausente Jung. Asistieron 71 delegados: de los alemanes, Kugelmann, F. A. Lange, Luis Büchner, el de la fuerza y la materia, y Ladendorf, un buen demócrata burgués, enemigo irreconciliable del comunismo. En este Congreso predominaba el elemento latino, principalmente los franceses y los suizos franceses, con unos cuantos belgas e italianos.

Esta vez, los proudhonianos se habían equipado mejor y más prestamente que el Consejo general: tres meses antes que éstos, lanzaron ya su programa, en que figuraban como puntos de debate los siguientes: la mutualidad como base del comercio social, la compensación en las prestaciones de servicios, el crédito y los Bancos populares, establecimientos de seguros mutuos, posición del hombre y de la mujer ante la sociedad, intereses colectivos e individuales, el Estado como vigía y defensor del derecho, el derecho a castigar, y otra docena de problemas por el estilo. Todo esto dió lugar a un desbarajuste en el que aquí no tenemos para qué entrar, ya que Marx nada tenía que ver con todo eso ni los acuerdos tomados en este Congreso cobraron cuerpo alguno de realidad.

En el terreno práctico, este Congreso fué más afortunado que en el mundo de la teoría. Confirmó los mandatos del Consejo general con domicilio en Londres, fijó en diez céntimos la cuota anual de cada afiliado y condicionó al pago puntual de esta cantidad el derecho a enviar delegados a los Congresos anuales. Además, acordó proclamar que la emancipación social de los obreros era inseparable de su acción política, y la conquista de la libertad política necesidad ineludible y primordial. Y tal importancia asignaba a esta declaración, que decidió reiterarla todos los años. Finalmente, supo adoptar una actitud acertada frente a la Liga burguesa de la paz y la libertad que acababa de desprenderse del regazo de la burguesía radical y se disponía a celebrar su primer Congreso en Ginebra. A los intentos de aproximación de

esta Liga, opuso el siguiente programa sencillo y escueto: os ayudaremos muy gustosos, siempre y cuando que así cumpla a nuestros propios fines.

Lo curioso, aunque quizá no lo sea tanto, fué que este Congreso tan poco feliz despertó en el mundo burgués una expectación mucho más grande que el primero, aunque no debe perderse de vista el ambiente en que éste se celebró, reciente todavía la guerra alemana. Sobre todo, la prensa inglesa, con el *Times*—informado por Eccarius—a la cabeza, mostró un vivo interés por el Congreso de Lausana, cuando casi había dejado pasar desapercibido el anterior. Y aunque no podían faltar, naturalmente, las chacotas burguesas de siempre, la Internacional empezaba a ser tomada en serio. «Comparado el Congreso de Lausana—escribía la mujer de Marx al *Vorbote*—con su hermanastro, el Congreso de la paz, se ve la superioridad innegable del primero y la tragedia fatal e inminente que se encierra en él, mientras que en el segundo no hay más que farsa y caricatura.» Con esto hubo de consolarse también Marx, a quien los debates de Lausana tenían que parecerle por fuerza lamentables. «La cosa marcha... ¡Y todo sin un céntimo! Pese a las intrigas de los proudhonistas de París, de Mazzini en Italia, de los envidiosos Odger, Cremer y Potter en Londres y Schulze-Delitzsch y los lassalleanos en Alemania. Tenemos motivos para estar contentos.» Por su parte, Engels, entendía que los acuerdos tomados en Londres serían letra muerta si el Consejo general continuaba en Londres. En efecto, así fué, pues al entrar en el tercer año, terminó el período pacífico de la Internacional y comenzó una época de luchas encarnizadas.

Ya a los pocos días de clausurarse el Congreso de Lausana ocurrió un episodio que había de tener consecuencias muy importantes. El 18 de setiembre de 1867 fué detenido en Manchester y asaltado en pleno día por un grupo de fenianos armados un coche de la policía que conducía a dos correligionarios suyos presos; los asaltantes forzaron el coche y pusieron en libertad a los dos presos, después de matar a tiros a los agentes de la policía que los escoltaban. Los autores del hecho no lograron ser descubiertos, pero de la gran masa de fenianos encarcelados fueron elegidos varios a quienes se acusó del crimen, ejecutándose a tres, a pesar de que en el proceso, que se llevó con una gran parcialidad, no pudo aducirse contra ellos prueba alguna concluyente. El asunto levantó gran sensación en toda Inglaterra, y acabó por convertirse en verdadero pánico cuando, en el mes de diciembre, estalló delante de los muros de la cárcel de Clerkenwell, barrio de Londres habitado casi exclusivamente por gente modesta y proletaria, una bomba lanzada por los fenianos, que costó la vida a doce hombres y causó más de cien heridos.

Con este complot no tenía nada que ver, de por sí, la Internacional,

y Marx y Engels condenaron la explosión de Clerkenwell como una gran torpeza que perjudicaría más que a nadie a los propios fenianos, haciendo que se enfriasen, y acaso matando en absoluto, las simpatías de los obreros ingleses por la causa irlandesa. Sin embargo, los métodos aplicados por el Gobierno inglés contra los fenianos, que no querían seguir soportando la descarada opresión secular de su patria irlandesa, aquel modo de tratarlos como a vulgares criminales, tenía que sublevar a toda conciencia revolucionaria. En junio de 1867, antes de los citados sucesos, escribíale Marx a Engels: «Estos bandidos se vanaglorian llamando humanidad a la inglesa al hecho de tratar a los presos políticos como si fuesen asesinos, salteadores de caminos, estafadores y pederastas.» Por lo que se refería a Engels, hay que tener en cuenta, además, que Lizzy Burns, a quien había traspasado el cariño que sentía por su difunta hermana Mary, era una patriota irlandesa entusiasta.

Sin embargo, el vivo interés que Marx denotaba por el problema de Irlanda tenía raíces más hondas que aquella simpatía hacia un pueblo oprimido. Sus estudios le habían llevado al convencimiento de que la emancipación de la clase obrera inglesa, de la que a su vez dependía la del proletariado europeo, no podría llevarse a cabo sin emancipar a los irlandeses. Llegó a la conclusión de que era imposible derrocar la oligarquía de los grandes terratenientes ingleses, mientras éstos tuviesen en Irlanda su baluarte inexpugnable. En cuanto el pueblo inglés se hiciera cargo de sus destinos, en cuanto recobrase sus poderes de legislación y de gobierno con la conquista de su autonomía, la destrucción de la aristocracia de la tierra, formada en gran parte por terratenientes ingleses, resultaría allí infinitamente más fácil que en la propia Inglaterra, puesto que Irlanda no era un simple problema económico, sino que era también un problema nacional, ya que allí los señores de la tierra no eran, como en Inglaterra, los dignatarios tradicionales, sino los grandes opresores de la nacionalidad, a quienes el pueblo odiaba a muerte. En cuanto se retirasen de Irlanda el ejército y la policía ingleses, estallaría la revolución agraria.

La burguesía inglesa estaba tan interesada como la aristocracia en convertir a Irlanda en un gran terreno de pastos que suministrasen al mercado inglés carne y lana baratos. Pero tenía también otros intereses mucho más importantes que defender en la Economía irlandesa vigente. Irlanda, por efecto de la concentración creciente e incesante de los arriendos de tierras, alimentaba constantemente el mercado inglés de mano de obra con su exceso de población, contribuyendo a mantener bajos los jornales y a deprimir el nivel material y moral de la clase obrera inglesa. Las masas obreras de todos los centros industriales y comerciales de Inglaterra se separaban en dos

bandos enemigos: el de los obreros ingleses y el de los irlandeses. En general, el obrero inglés odiaba al irlandés como a un competidor, sentía ante él el orgullo de pertenecer a la nación dominadora y, convirtiéndose de este modo en instrumento de los aristócratas y capitalistas contra Inglaterra, consolidaba el poderío a que él mismo se hallaba encadenado. El proletario inglés abrigaba contra el irlandés toda una serie de prejuicios, religiosos, sociales y nacionales; comportábase con éste como en los antiguos Estados esclavistas de la Unión el obrero blanco frente al negro. El irlandés le pagaba, y con réditos, en la misma moneda, no viendo en el obrero inglés más que al cómplice y al instrumento de la opresión inglesa sobre Irlanda. En este antagonismo, fomentado malignamente por la prensa, el púlpito, los periódicos satíricos, en una palabra, por todos los instrumentos de influencia de que disponían las clases dominadoras, radicaba la impotencia de la clase obrera inglesa, pese a su gran organización.

Y el mal se extendía al otro lado del Océano. Aquel antagonismo entre los ingleses y los irlandeses impedía que se estableciese una cooperación sincera y seria entre el proletariado inglés y los obreros norteamericanos. La Internacional tenía por misión principalísima acelerar la revolución social de Inglaterra, por ser ésta la metrópoli del capital, y para conseguirlo no había más medio que laborar por la independencia de Irlanda. La Internacional debía abrazar en todo momento y abiertamente la causa irlandesa y el Consejo general tenía el deber de despertar en la clase obrera inglesa la conciencia de que la emancipación nacional de Irlanda no era, para ella, un problema de justicia abstracta ni de sentimientos humanos, sino la condición primera para su propia emancipación social.

Marx, por su parte, procuró cumplir con este deber, y lo cumplió en efecto con toda energía, durante los años siguientes; y así como había visto en la cuestión polaca, borrada del orden del día de la Internacional desde el Congreso de Ginebra, la palanca para derribar el poderío mundial de Rusia, veía ahora en la cuestión irlandesa el medio para acabar con la supremacía mundial de Inglaterra. No le importaba que los «intrigantes» obreros que aspiraban a entrar en el próximo parlamento—entre los cuales contaba al propio Odger, presidente hasta entonces del Consejo general—tomasen de aquí pretexto para unirse a los liberales burgueses, pues Gladstone, ahora que la cuestión irlandesa era candente, hacía de ella una consigna para apoderarse otra vez del Gobierno. El Consejo general dirigió al Gobierno inglés una petición—desatendida, naturalmente—en la que se protestaba contra la ejecución de los tres fenianos condenados en Manchester, calificando la ejecución de asesinato judicial, y organizó en Londres varios mitins para defender los derechos de Irlanda.

A la par que se ganaba con esto el odio del Gobierno inglés, las autoridades francesas se disponían a dar la batida a la Internacional. Bonaparte había contemplado impasible durante tres años los progresos de la Asociación, mientras le sirvió para intimidar a la burguesía rebelde; al abrir en París sus oficinas, los afiliados franceses lo pusieron en conocimiento del prefecto de policía de París y del ministro del Interior, sin obtener respuesta de ninguno de ellos. Cierto es que las autoridades gubernativas procuraban molestar y hostilizar todo lo que podían a esta organización. Como, no fiándose del Gabinete negro del Correo bonapartista, se enviasen las actas del Congreso de Ginebra al Consejo general por medio de un emisario natural de Suiza y súbdito inglés, la policía se las arrebató al pasar la frontera francesa, sin que el Gobierno diese oídas a las protestas formuladas por el Consejo general. Pero el ministerio inglés de Negocios extranjeros tomó cartas en el asunto, y aquél no tuvo más remedio que devolver el botín. También erró el tiro el vice-emperador Rouher cuando se negó a autorizar la publicación del manifiesto leído por los afiliados franceses en el Congreso de Ginebra, a menos que se «insertasen en él algunas palabras de gratitud al emperador, que tanto había hecho por los obreros». Y aunque los afiliados franceses se guardaban siempre mucho de hostigar a la bestia en acecho, lo que les valía la sospecha de bonapartistas vergonzantes de que les tildaban los radicales burgueses, el gran estratega no consiguió lo que se proponía.

No interesa averiguar aquí si, como afirman ciertos escritores franceses, esos afiliados de la Internacional se dejaron arrastrar por estas acusaciones a la equivocación de apoyar unas cuantas protestas mansas de la burguesía radical contra el Imperio. Sea de esto lo que quiera, es evidente que las razones que movieron a Bonaparte a romper de un modo abierto con la clase obrera eran más profundas. El movimiento huelguístico provocado por la crisis asoladora de 1866 tomaba unas proporciones alarmantes; además, los obreros de París, influídos por la Internacional habían cambiado mensajes de paz con los obreros de Berlín cuando, en la primavera de 1867, parecía inminente la guerra entre Francia y la Confederación alemana del Norte por el asunto de Luxemburgo; y finalmente, la burguesía francesa alzaba un griterío tan ensordecedor pidiendo «venganza por lo de Sedova», que en las Tullerías surgió la idea ingeniosa, aunque poco agradable, de taparle la boca con unas cuantas concesiones «liberales».

En estas circunstancias, Bonaparte proponíase matar varios pájaros de un tiro, al proceder contra las oficinas de la Internacional en París bajo pretexto de haber descubierto en ellas un centro de conspiración feniana. La verdad era que, a pesar de todos los registros domiciliarios con que sus polizontes sorprendieron, en las horas más intempes-

tivas, a los afiliados de esta sección, no pudo encontrarse ni la más leve huella de semejante conspiración. Para no caer demasiado en ridículo con aquel palo de ciego, no quedaba más recurso que perseguir judicialmente al comité de París, por ser una asociación de más de veinte miembros no autorizada con arreglo a ley. La acusación fué ventilada en los días 6 y 20 de marzo contra quince miembros de la Internacional, y el juez condenó a una multa de 100 francos a cada uno de los acusados y decretó la clausura de las oficinas de París. Las instancias superiores, a las que se apeló, confirmaron el fallo.

Pero antes de que éste fuese firme, ya se había incoado un nuevo proceso. Tanto el fiscal como los jueces habían tratado a los acusados con guante blanco; éstos encomendaron su defensa colectiva a Tolain, que la llevó en tonos muy moderados. Sin embargo, no habían pasado más que dos días desde la primera vista, cuando el 8 de marzo se abrían en París otras nuevas oficinas de la Internacional, y esta burla manifiesta sepultó las últimas ilusiones que aún se forjaba Bonaparte. El día 22 de mayo sentáronse en el banquillo los nueve vocales del nuevo Comité y, después de un discurso tan brillante como duro de Varlin, fueron condenados a tres meses de cárcel. Con esto, quedaban deslindados los campos entre el Imperio y la Internacional, y la sección francesa salía vigorizada de esta ruptura definitiva y abierta con los asesinos de diciembre.

Otro gobierno con quien la Internacional tuvo un violento conflicto fué el de Bélgica. Los patronos de la cuenca hullera de Charleroi acabaron por obligar a sus obreros, míseramente pagados, a sublevarse, a fuerza de provocaciones, para luego lanzar a las tropas sobre la multitud inerme. En medio de un terror pánico, la sección belga de la Internacional hizo suya la causa de aquellos proletarios ametrallados, descubrió en la prensa y en una serie de mitins su angustiosa situación, socorrió a las familias de los muertos y heridos y asistió con su consejo procesal a los presos, a quienes el jurado puso en libertad.

El ministro de Justicia De Bara se vengó de todo esto prorrumpiendo ante la Cámara belga en grandes insultos contra la Internacional, amenazando con perseguirla por la fuerza y hablando, sobre todo, de prohibir el próximo Congreso, que había de celebrarse en Bruselas. Pero la Internacional no se dejó intimidar; contestó con una carta abierta en que decía que no obedecería jamás las órdenes de ningún personaje, quienquiera que fuese, y que el Congreso se celebraría en Bruselas, aunque al señor ministro de Justicia no le pareciese bien.

2. Suiza y Alemania.

La palanca más poderosa del gran auge experimentado por la Internacional durante estos años fué el movimiento general de huelgas producido en todos los países de desarrollo más o menos capitalista por el *crach* de 1866.

El Consejo general no fomentó este movimiento en parte alguna, pero allí donde surgía espontáneamente, intervenía con el consejo y la acción para asegurar el triunfo de la causa obrera, movilizando la solidaridad internacional del proletariado. Quitaba a los capitalistas de las manos aquel arma tan cómoda que consistía en paralizar las huelgas trayendo mano de obra de otros países. De aquellos batallones que venían a prestar, sin saberlo, un servicio al enemigo común, sacaba la Internacional aliados nuevos, prestos a la lucha y al sacrificio; infundía a los obreros de todos aquellos países adonde llegaba su influjo la conciencia de que era interés suyo apoyar las reivindicaciones de clase de sus camaradas extranjeros. Esta actividad de la Internacional rindió grandes frutos y le valió en toda Europa un prestigio que sobrepujaba, con ser éste grande, a su poder real. Pues como el mundo burgués no quería comprender, o acaso no comprendía en realidad, que aquellas huelgas que tanto se extendían tenían su verdadera raíz en la miseria de la clase obrera, las achacaban a los manejos secretos de la Internacional, con lo cual ésta venía a convertirse a sus ojos en una especie de monstruo demoniaco al que había que abatir. No había huelga importante que no se convirtiese inmediatamente en una lucha a vida o muerte por la Internacional, lucha de la que ésta salía siempre templada y robustecida.

Casos típicos de esto fueron la huelga de obreros de la construcción planteada en Ginebra en la primavera de 1868 y la de cinteros y tintoreros de la seda que hubo de estallar en Basilea en el otoño del mismo año, durando hasta la primavera siguiente. En Ginebra, los obreros de la construcción fueron a la huelga pidiendo un aumento de salario y una reducción de jornada; fueron los patronos quienes pusieron por condición para llegar a un arreglo el que los obreros se separasen de la Internacional. Los huelguistas rechazaron inmediatamente esta exigencia y, gracias a la ayuda que les prestó el Consejo general en Inglaterra, Francia y otros países, sacaron adelante sus pretensiones. Pero todavía fué más frívolo y antojadizo el proceder de los capitalistas de Basilea, al negar a los cinteros de una fábrica, sin razón ni pretexto alguno, un par de horas de descanso que venían disfrutando por tradición antiquísima al llegar el último día de la feria de otoño, con esta amenaza: el que no obedezca, se quedará en la calle. Una parte de

los obreros se resistió y fué arrojada violentamente de la fábrica por la policía al día siguiente, sin que se le respetasen las dos semanas de plazo reglamentarias para el despido. Este reto brutal fustigó y puso en pie a la clase obrera de Basilea, dando lugar a una lucha que duró varios meses y que culminó por fin en el intento del gobierno suizo de intimidar a los obreros por medio de medidas militares y de una especie de estado de guerra.

No tardó en comprobarse que tampoco aquellas viles provocaciones de Basilea perseguían más finalidad que dar la batalla a la Internacional. Para conseguirlo, los capitalistas no perdonaban ni los medios más crueles, poniendo en la calle por desahucio a los obreros sin trabajo y haciendo que el panadero, el carnicero y demás tenderos se negasen a venderles fiado; ni retrocedían tampoco ante medidas tartarinescas, como fué enviar un emisario a Londres a que investigase los recursos financieros con que contaba el Consejo general. «Si estos buenos cristianos ortodoxos hubieran vivido en los primeros tiempos del cristianismo, su primera medida habría sido investigar la cuenta corriente del apóstol San Pablo en su Banco de Roma.» Marx aludía, con esta sátira, a una frase del *Times* en que se comparaban las secciones de la Internacional con las primeras comunidades cristianas. Pese a todas aquellas persecuciones, los obreros de Basilea mantuviéronse fieles a la Internacional y cuando por fin los capitalistas no tuvieron más remedio que ceder, celebraron su triunfo con una gran manifestación por las calles de la ciudad. También ellos recibieron abundante y eficaz apoyo de otros países. Las olas levantadas por estas huelgas llegaron hasta los Estados Unidos, donde la Internacional empezaba ya a consolidarse; F. A. Sorge, fugitivo del 48, a la sazón profesor de música, conquistó en Nueva York una posición parecida a la de Becker en Ginebra.

Lo más importante de este movimiento huelguístico fué que abrió a la Internacional las puertas de Alemania, donde hasta entonces no había conseguido formar más que unas cuantas secciones aisladas. Después de grandes luchas y enredos, la Asociación general de obreros alemanes había ido tomando incremento y seguía desarrollándose de una manera magnífica, sobre todo desde que sus afiliados se habían decidido a abrazar abiertamente la jefatura de Schweitzer. Este ocupaba en el parlamento del Norte de Alemania un escaño representando al distrito de Elberfel-Barmen, al lado de su antiguo adversario Liebknecht, que representaba al distrito sajón de Stollberg-Schneeberg. Pronto hubieron de enfrentarse violentamente llevados de sus opiniones opuestas ante el problema nacional; mientras que el primero, fiel al criterio de Marx y Engels, se situaba en el terreno creado por la batalla de Königgrätz, el segundo combatía a la Confederación

alemana del Norte como instrumento de un poder despótico desvergonzado, que era menester destruir antes de nada, aun a riesgo de posponer por el momento las reivindicaciones sociales.

Liebknecht había ayudado a fundar en el otoño de 1866 el partido popular sajón, que tenía un programa democrático-radical, aunque no socialista todavía, y por órgano en la prensa, desde comienzos de 1868, el «Semanario Democrático», dirigido por él y publicado en Leipzig. Este partido estaba integrado en gran parte por la clase obrera sajona, en lo cual le llevaba una gran ventaja al partido popular alemán, en el que, junto a un puñado de ideólogos de buena fe por el estilo de Juan Jacoby, figuraban un tropel de demócratas bolsistas de Francfort, de republicanos cantonales suabos y de gentes moralmente indignadas por el desafuero horroroso cometido por Bismarck al quitar de en medio a unos cuantos principitos de menor cuantía. El partido popular sajón tenía una vecindad bastante más grata en la Liga de asociaciones obreras alemanas, fundada por la burguesía progresista frente a las primeras actuaciones de Lassalle y para contrarrestar su agitación y que, luchando contra los lassalleanos, había ido derivando a la izquierda, sobre todo desde que Augusto Bebel, en quien Liebknecht tenía a un aliado fiel, fué exaltado a la presidencia de esta organización.

En su primer número, el «Semanario Democrático» pintaba ya a Schweitzer como un hombre a quien todos los caudillos de la causa democrática habían vuelto la espalda. Sin embargo, todas estas eran querellas viejas, pues la repulsa que Schweitzer recibiera tres años antes de Marx y Engels no le había desviado en lo más mínimo de su intención, que era amenazar el movimiento obrero alemán guardando fidelidad al espíritu de Lassalle, pero sin permitir que se convirtiese en una secta, servilmente aferrada a las palabras de su fundador. El fué quien primero, y más concienzudamente que el propio Liebknecht, intentó divulgar entre los obreros alemanes el primer tomo del «Capital», y en abril de 1868 se dirigió personalmente a Marx, pidiéndole consejo sobre una reducción de los aranceles del hierro, que proyectaba el gobierno prusiano.

Aunque sólo fuese en su calidad de secretario corresponsal del Consejo general para Alemania, Marx no podía negarse a contestar a una pregunta que le dirigía el representante obrero en el Parlamento de un distrito industrial. Aparte de esto, había llegado a formar una opinión bastante distinta a la que antes tenía de la actuación de Schweitzer. Aunque no la seguía más que de lejos, reconocía «sin reservas la inteligencia y energía» con que Schweitzer actuaba en el movimiento obrero, y en los debates del Consejo general le trataba como a hombre de su partido, sin aludir nunca para nada a sus diferencias.

No es que éstas se hubiesen borrado, ni mucho menos. Marx y Engels no depusieron siquiera el recelo personal que les animaba contra Schweitzer, y aunque no sospechasen ya de él connivencias con Bismarck, recelaban de que su acercamiento a Marx tuviese por finalidad hacer saltar a Libknecht; no acertaban a sobreponerse a la idea de que la Asociación general de obreros alemanes era una «secta», ni a la sospecha de que lo que sobre todo importaba a Schweitzer era tener «su» movimiento propio. Mas no por ello dejaba de reconocer que su política era muy superior a la de Liebknecht.

Marx entendía que Schweitzer era, sin ningún género de duda, el más inteligente y el más enérgico de todos los dirigentes obreros alemanes de la época, y que, a no ser por él, Liebknecht habría olvidado que existía un movimiento obrero independiente del movimiento democrático pequeñoburgués. Engels pensaba también, coincidiendo sustancialmente con esto, que aquel «sujeto» veía mucho más claro que todos los demás la situación politica y exponia más hábilmente en general su actitud respecto a los otros partidos. «Calificaba a todos los partidos viejos que se enfrentaban con el nuestro como una sola masa reaccionaria, cuyas diferencias apenas tenían importancia para nosotros. Y aun reconociendo que los acontecimientos de 1866 y sus consecuencias habían echado por tierra la monarquía parcelaria, minado el principio legitimista y socavado la reacción poniendo al pueblo en pie, ahora arremete también contra las demás consecuencias, la opresión fiscal, etc., y adopta ante Bismarck una actitud mucho más «correcta», como dicen los berlineses, que la que adopta, por ejemplo, Liebknecht frente a los «ex príncipes». Hablando de esta táctica de Liebknecht, Engels dice en otra ocasión que ya está cansado de que le den mascada todas las semanas la peregrina teoría de que «no podemos pensar en hacer una revolución sin antes haber restaurado la Dieta federal, al güelfo ciego y al honrado Gran Elector de Hesse y haber tomado una venganza legitimista y cruel contra ese atrevido de Birmarck». Aunque en estas palabras se deslizase una buena dosis de irritada exageración, no puede negarse que encierran también una gran parte de verdad.

Marx hubo de decir en una ocasión que hasta entonces se había creído que la formacion del mito cristiano en Roma había sido posible gracias a que aún no estaba inventada la imprenta. No había tal cosa, sino todo lo contrario. La prensa diaria y el telégrafo, difundiendo sus invenciones como el rayo sobre la faz de la tierra, fabricaban más mitos—mitos que el buey cree y propaga—en un día que antes pudieran formarse en todo un siglo. Una prueba bastante contundente de que esto es así la tenemos en la leyenda, mantenida durante muchos años, y a la que seguramente no prestaban crédito tan sólo los

«bueyes burgueses», de que Schweitzer había traicionado el movimiento obrero poniéndolo en manos de Bismarck, hasta que Liebknecht y Bebel volvieron a traerlo a sus propios cauces.

No hay más que volver la cosa del revés, y tendremos la verdad. Schweitzer mantenía la verdadera posición socialista de principio, mientras que el «Semario Democrático» de Liebknecht coqueteaba con las huestes particularistas de los «ex príncipes» y con la corrupción de los liberales en Viena de un modo que no puede tener justificación a los ojos socialistas. Lo que dice Bebel en sus Memorias de que hubiera sido de desear el triunfo de Austria sobre Prusia, ya que la revolución se hubiera adueñado más fácilmente de un Estado interiormente débil como Austria que de un Estado fuerte como Prusia, es una declaración añadida, de la que, cualquiera que sea su fondo de verdad, no encontramos rastros en las manifestaciones de la época.

Marx, a pesar de toda la amistad personal que tenía por Liebknecht y de sus recelos contra Schweitzer, supo percibir la realidad. A la consulta que éste le hiciera sobre la rebaja de los aranceles del hierro, le dió una contestación concienzuda y completa, aunque llena, en lo que a la forma se refería, de reservas cautelosas. Schweitzer; llevando a la práctica la intención que había abrigado ya tres años antes, propuso a la asamblea general de la Asociación de obreros alemanes, reunida en Hamburgo a fines de agosto de 1868, la incorporación a la Internacional, aunque no pudiera efectuarse formalmente, por no infringir las leyes alemanes de asociación, sino bajo la forma de un mensaje de solidaridad y simpatía. A esta asamblea había sido invitado Marx como huésped de honor, para que los obreros alemanes le rindiesen un homenaje de gratitud por su obra científica. Preguntado provisionalmente por Schweitzer, le contestó cordialmente, pero no llegó a comparecer en la asamblea de Hamburgo, a pesar de la insistencia con que fué requerido para que acudiese.

En la carta que escribió dando las gracias por la «honrosa invitación», alegaba que no podía ir en persona por impedírselo los trabajos preparatorios del Consejo general para el Congreso de Bruselas, pero «se alegraba», sin embargo, de ver que en el orden del día de la asamblea de Hamburgo se contenían aquellos puntos de los que, en efecto, todo movimiento obrero serio tenía que arrancar: campaña de agitación por la libertad política plena, reglamentación de la jornada de trabajo y cooperación internacional sistemática de la clase obrera. Marx escribía a Engels diciéndole que con esta carta felicitaba a los lassalleanos por haber abandonado el programa de Lassalle, pero no es fácil que éste hubiera tenido nada que objetar a ninguno de estos tres puntos.

El que en realidad rompió con las tradiciones lassallistas fué el pro-

pio Schweitzer en la asamblea de Hamburgo, arrancando para sí y su colega en el Reichstag Fritzsche, después de un violento debate en el que tuvo que acabar planteando la cuestión de confianza, autorización para convocar en Berlín, a fines de setiembre, un congreso general de obreros alemanes con el fin de crear una organización obrera extensa y potente que dirigiese el movimiento de huelgas. Schweitzer no perdía de vista las experiencias huelguísticas de Europa, y, aunque no exageraba su importancia, comprendía perfectamente que un partido obrero consciente de su misión no podía dejar que se desarrollasen sin norma ni concierto las huelgas, producidas por la fuerza de lo inevitable. No retrocedía, pues, ante el temor de tener que fundar asociaciones sindicales, pero sin formarse una idea clara de sus exigencias, ya que pretendía organizarlas con la misma rigidez de la Asociación de obreros alemanes y sometidas, en cierto modo, como fuerzas de choque, a su dirección.

Fué en vano que Marx pretendiera disuadirle de este grave error. De la correspondencia cruzada entre los dos se conservan todas las cartas de Schweitzer, pero de Marx sólo la de 13 de octubre de 1868, seguramente la más importante de todas. En esta carta, impecable de forma y llena de sincera cordialidad, Marx desarrolla las principales objeciones que tiene que oponer a la organización sindical proyectada por Schweitzer, si bien la impresión de esta crítica resulta menoscabada al calificar la Asociación fundada por Lassalle como una «secta» que debiera decidirse de una vez a disolverse en el movimiento de clases. En su carta de contestación, la última que había de dirigir a Marx, Schweitzer hacía constar, con razón, que siempre había procurado mantenerse al unísono con el movimiento obrero de Europa.

Pocos días después de celebrarse la asamblea de Hamburgo, reuníase en Nuremberg la Liga de asociaciones obreras alemanas. También esta organización supo comprender lo que exigía la hora; la mayoría abrazó como programa político los puntos principales de los estatutos de la Internacional y señaló como órgano suyo el «Semanario Democrático»; la minoría, derrotada, se retiró para no volver. Luego, la mayoría desechó una propuesta sobre fundación de cajas de socorro de vejez para obreros bajo la inspección del Estado, optando por otra sobre fundación de cooperativas sindicales, que eran, como la experiencia demostraba, las que mejor atendían a las cajas de socorro de vejez, enfermedades y traslados. Sin embargo, esta razón no era tan poderosa como la que invocaba la lucha entre el capital y el trabajo, de la que brotaban las huelgas; en Hamburgo, la incorporación a la Internacional habíase razonado también por el interés común de todos los partidos obreros; en Nuremberg, la situación no fué tan clara y definida. Pocas semanas después, el «Semanario Democrático» subraya-

ba la aceptación del programa de Nuremberg votada por el partido popular alemán, reunido en Stuttgart.

No obstante, habíase conseguido un acercamiento entre la asociación general de obreros alemanes y la Liga de asociaciones obreras, y Marx se esforzó cuanto pudo por unificar el movimiento obrero alemán, sirviendo de mediador imparcial entre Liebknecht y Schweitzer. No lo consiguió, sin embargo. Las asociaciones de Nuremberg se negaron, bajo un pretexto infundado, a mandar delegados al congreso sindical de Berlín. Este congreso, muy concurrido, determinó la fundación de una serie de «grupos», reunidos en una «Liga de grupos obreros», a cuyo frente estaba, de hecho, Schweitzer.

Por su parte, las asociaciones de Nuremberg, tomando por base unos estatutos redactados por Bebel, mucho más plegados a las exigencias sindicales que los de Schweitzer, procedieron a la fundación de «cooperativas sindicales internacionales»—así rezaba su pomposo título—, y se ofrecieron a negociar una fusión con la otra tendencia, de la cual recibieron una repulsa brusca. En ésta se le reprochaba haber sido ellas las quebrantadoras de la unión, diciéndoseles que se podían ahorrar el intento de restablecer la unidad por ellas quebrantada, mediante aquella oferta de contrato, y que si les guiaba realmente el interés por la causa se afiliasen a la Liga de grupos obreros, actuando desde dentro por implantar las reformas que estimasen procedentes.

A Marx no le fué dado, como vemos, evitar la escisión del movimiento obrero alemán, pero sí pudo ver con satisfacción que ambas ramas se adherían a la Internacional, y así nació en él la idea de trasladar el Consejo general para el año siguiente a Ginebra, ahora que la organización iba ya invadiendo, aunque sólo fuese levemente, su principal campo de acción.

A ello contribuían también los malos ratos que le hacía pasar la sección francesa de Londres, reducida en número, pero no por ello menos escandalizadora; el aplauso tributado por esta sección a aquel comediante loco de Pyat, que predicaba el asesinato de Bonaparte, le valió a la Internacional más de un disgusto. Y como el Consejo general se esforzase por poner coto a sus desmanes, aquél le acusó de «dictador» y preparó un pliego de cargos contra él para el congreso de Bruselas.

Por fortuna, Engels disuadió calurosamente a Marx de dar aquel paso aventurado. Por culpa de unos cuantos asnos, no iba a ponerse la cosa en manos de gentes que, por mucha que fuese su buena voluntad y su certero instinto, no reunían condiciones para dirigir el movimiento. Cuanto más se desarrollase éste y más trascendiese a Alemania, más obligado estaba Marx a no quitar mano de él. Y en efecto, pronto

había de demostrarse, y precisamente en aquella misma Ginebra, que la buena voluntad y el instinto no bastaban para dirigir un movimiento como éste.

3. Las campañas de Bakunin.

El tercer Congreso de la Internacional reunióse en Bruselas durante los días 6 a 13 de setiembre de 1868.

Fué un congreso mucho más concurrido que ninguno de los que le precedieron y habían de seguirle, si bien presentaba un carácter marcadamente local; más de la mitad de los delegados procedían de Bélgica. Los franceses venían a representar una quinta parte. Entre los once delegados ingleses se contaban seis representantes del Consejo general; los más destacados eran Eccarius, Jung, Lessner y el tradeunionista Lucraft. De Suiza sólo habían acudido ocho representantes, y de Alemania tres, entre los cuales figuraba Moses Hess, de la sección de Colonia. Schweitzer, a quien se había invitado oficialmente, vióse imposibilitado para asistir en persona por la necesidad de atender a varias citaciones judiciales perentorias, pero hizo constar por escrito la adhesión de la Asociación general de obreros alemanes a las aspiraciones de la Internacional, si bien las leyes alemanas de asociación la impedían afiliarse formalmente a ella. Italia y España mandaron un delegado cada una.

En los debates de este congreso pudo advertirse bien claramente que durante el cuarto año que llevaba de vida, las pulsaciones de la Internacional habían sido mucho más fuertes. La resistencia opuesta en Ginebra y Lausana por los proudhonistas a las asociaciones sindicales y a las huelgas, se había trocado casi en lo contrario. Y aunque todavía presentaron una proposición académica de homenaje a los «Bancos de intercambio» y al «Crédito gratuito», a Eccarius no le fué difícil demostrar sobre la experiencia inglesa la imposibilidad práctica de estos remedios preconizados por los proudhonistas, a la par que Hess documentaba su endeblez teórica valiéndose de la obra polémica escrita hacía veinte años por Marx contra Proudhon.

En cambio, salieron completamente derrotados en la «cuestión de la propiedad». A propuesta de De Paepe fué votada una extensa resolución, minuciosamente razonada, en la cual se decía que en toda sociedad bien organizada las canteras, las minas de hulla y demás explotaciones mineras, al igual que los ferrocarriles, debían pertenecer a la colectividad, es decir, al Estado nuevo que se crease sobre la ley de la justicia social, y que, entretanto, su explotación debía entregarse a compañías obreras, con las garantías necesarias para la colectividad.

Asimismo debían pasar a ser propiedad común del Estado las tierras de labranza y los bosques, entregándose, bajo idénticas condiciones y garantías, a sociedades agrícolas de labriegos. Y finalmente, debían ser patrimonio colectivo de la sociedad todos los medios de transporte, canales, vías públicas, redes de telégrafos, etc. Con su violenta protesta contra este «comunismo en bruto», los franceses sólo consiguieron dejar la cuestión en pie para que se siguiese discutiendo en el próximo congreso, que había de reunirse en Basilea.

Marx no intervino personalmente, según él mismo dice, en la redacción de los acuerdos tomados en Bruselas, si bien no estaba descontento de la marcha de este congreso. No sólo por la satisfacción personal y objetiva de que en él la clase obrera, como ya antes en Hamburgo y en Nuremberg, le rindiese homenaje de gratitud por su obra científica, sino porque el congreso había desestimado también los cargos de la sección francesa de Londres contra el Consejo general. Unicamente calificaba de «necedad» el acuerdo, sugerido desde Ginebra, de salir al paso de cuantas guerras amenazasen por medio de paros generales, organizando la huelga de los pueblos. En cambio, nada tenía que objetar contra el hecho de que el congreso rompiese definitivamente con la Liga de la Paz y la Libertad, que celebró su segunda reunión en Berna poco después. Esta Liga había propuesto a la Internacional una alianza y el Congreso de Bruselas le contestó secamente que no tenía razón alguna de existir y que lo mejor que hacía era disolverse invitando a sus afiliados a entrar en la sección correspondiente de la Internacional.

De esta alianza era principal agente Miguel Bakunin, que había asistido ya al primer congreso de la Liga de la Paz en Ginebra, incorporándose a la Internacional dos meses antes del congreso de Bruselas. Después de rechazada la alianza por la Internacional, Bakunin intentó convencer al congreso de Berna de que la Liga de la Paz y la Libertad abrazase un programa que tendía a la destrucción de todos los Estados para levantar sobre sus ruinas una federación de asociaciones libres de productores en todos los países. Se quedó, sin embargo, en minoría, con el voto, entre otros, de Juan Felipe Becker, a quien se unió para fundar una nueva Alianza internacional de la democracia socialista que, aunque habría de refundirse de lleno con la Internacional, se propondría por misión propia estudiar los problemas políticos y filosóficos a base del gran principio de la igualdad humana y social de todos los hombres sobre la tierra.

Becker anunció en el número de setiembre del *Vorbote* este programa, cuya finalidad se dirigía a crear secciones de la Internacional en Francia, Italia, España y demás países a que llegase su influencia. Sin embargo, hasta pasados tres meses, el 15 de diciembre de 1868, no soli-

citó del Consejo general la admisión de la Alianza en la Internacional, después de denegada la petición por el Consejo general belga y el francés. A la semana siguiente, el 22 de diciembre, Bakunin escribía a Marx desde Ginebra: «Mi viejo amigo: Nunca he comprendido mejor que ahora cuánta razón tienes al abrazar la gran calzada de la revolución económica, invitándonos a seguirla y despreciando a cuantos se extravían por senderos nacionales o exclusivamente políticos. Yo hago ahora lo mismo que tú vienes haciendo desde hace más de veinte años. Desde aquella despedida pública y solemne con que me separé de los burgueses del congreso de Berna, no conozco más sociedad ni otro mundo circundante que el mundo de los obreros. Mi patria es ahora la Internacional, entre cuyos más destacados fundadores te cuentas tú. Ya ves, pues, querido amigo, que soy discípulo tuyo, y me siento orgulloso de serlo. Y no te digo más de mi posición y de mis ideas personales.» No hay razón alguna que nos permita dudar de la sinceridad de estas manifestaciones.

Para comprender bien la relación que mediaba entre estos dos hombres y ahondar en ella, nada mejor que leer aquel paralelo trazado por Bakunin años más tarde, entre Marx y Proudhon, cuando era ya decidida y franca su hostilidad contra el primero. «Marx—dice Bakunin—es un pensador serio y profundo de los problemas económicos. Le lleva a Proudhon la inmensa ventaja de ser un verdadero materialista. Proudhon, pese a todos los esfuerzos que ha hecho por desprenderse de las tradiciones del idealismo clásico, ha sido durante toda su vida un idealista incorregible, influído a ratos por la Biblia y a ratos por el Derecho romano, como yo mismo hube de decirle dos meses antes de su muerte, y metafísico siempre y en todo hasta la medula. Su gran desgracia fué no haber estudiado jamás ciencias naturales ni haberse asimilado sus métodos. Era un hombre de instinto y éste le trazaba alguna que otra vez el camino acertado, pero, arrastrado por los malos hábitos, es decir, por los hábitos idealistas de su espíritu, volvía a reincidir en seguida en los viejos errores. Así se explica que Proudhon fuese toda su vida una contradicción constante, un genio potente, un pensador revolucionario que no cesaba de revolverse contra los fantasmas del idealismo, pero sin llegar nunca a vencerlos.» Hasta aquí, la semblanza de Proudhon trazada por Bakunin.

A continuación, nos pinta las características esenciales de Marx, tal como él las veía. «Como pensador, Marx va por el camino derecho. Proclama por principio fundamental que los movimientos religiosos, políticos y jurídicos de la historia no han sido nunca las causas, sino los efectos de los movimientos económicos. Es ésta una idea grande y fecunda, que Marx no fué el primero en descubrir; ya antes la habían atisbado y en parte proclamado otros muchos, pero lo que no puede

negársele es el honor de haberla desarrollado científicamente, tomándola por base de todo un sistema económico. En cambio, la libertad supo comprenderla y sentirla Proudhon mucho mejor que Marx; aunque no fuesen tan grandes su doctrina y su imaginación, Proudhon poseía el verdadero instinto del revolucionario; llevaba dentro a Satán y predicaba la anarquía. Es muy posible que Marx se eleve a un sistema más racional aún de libertad que Proudhon, pero le falta el instinto de éste. Como alemán y judío que es, es un autoritario de los pies a la cabeza.» Así se expresa Bakunin.

Por lo que a él se refería, sacaba de este paralelo la consecuencia lógica de que había sabido elevarse a la unidad superior de estos dos sistemas. Él había desarrollado el sistema anárquico de Proudhon, liberándolo de todos sus aditamentos doctrinarios, idealistas y metafísicos y dándole por base el materialismo en la ciencia y la economía social en la historia. Pero esto era una exagerada ilusión de Bakunin. No puede negarse que éste estaba muy por encima de Proudhon, a quien ganaba en cultura europea, ni que comprendía a Marx mucho mejor que aquél. Pero no había pasado por la escuela de la filosofía alemana tan concienzudamente como Marx, ni había estudiado con la profundidad con que éste las luchas de clases de los pueblos occidentales. Y sobre todo, su desconocimiento de la Economía política era mucho más fatal todavía para él que para Proudhon la ignorancia de las ciencias naturales. Cierto es que esta laguna existente en la formación de Bakunin tenía una explicación honrosa, pues no en vano había tenido que pasarse los mejores años de su juventud purgando sus hazañas revolucionarias en las cárceles de Sajonia, Austria y Rusia y en las estepas siberianas, pero la laguna existía, y había que reconocerla.

Lo de llevar «dentro a Satán» era su fuerza, pero era también su flaco. El famoso crítico ruso Bielinski nos dice, vertido en palabras tan bellas como justas, lo que entendía Bakunin con esa expresión suya favorita: «Miguel tiene la culpa y el pecado de mucho de lo que le pasa, pero hay algo en él que sobrepuja todos sus defectos: es el principio eternamente propulsor que vive en lo hondo de su espíritu.» Bakunin era un carácter fundamentalmente revolucionario y poseía, como Marx y como Lassalle, el talento de hacerse escuchar por los hombres. ¿Cómo, si no, un pobre fugitivo que no poseía más fortuna que su espíritu y su voluntad, podía haber atado los primeros cabos del movimiento obrero internacional en una serie de países europeos, como España, Italia y Rusia? Pero basta con nombrar a estos países para poner el dedo en la profunda diferencia que mediaba entre Marx y Bakunin. Los dos veían a la revolución acercarse a pasos agigantados, pero mientras que Marx había estudiado sobre el proletariado de la gran industria, que tenía sus principales centros y efectivos en Inglaterra, Francia

y Alemania, Bakunin hacía sus cálculos con los batallones apelotonados de la juventud sin clase, las masas campesinas y el proletariado andrajoso. Y aun reconociendo derechamente que, como pensador científico, Marx era muy superior a él, no cesaba de incurrir con su actuación, una y otra vez, en los errores propios de los «revolucionarios de la pasada generación». Procuró, sin embargo, avenirse con su destino, reconociendo que la ciencia era indudablemente el compás de la vida, pero no la vida misma, y que sólo ésta creaba cosas y seres reales.

Es una torpeza, y además una injusticia, que alcanza por igual, en cierto modo, a Marx y a Bakunin, querer juzgar sus relaciones ateniéndose sólo a la discordia irremediable en que acabaron. Mucho más interesante, desde el punto de vista político, y sobre todo en el aspecto psicológico, es observar cómo en el transcurso de treinta años, estos dos hombres no cesaron de atraerse y repelerse mutuamente. Ambos empezaron siendo neohegelianos; Bakunin se contaba entre los padrinos de los «Anales franco-alemanes». Al sobrevenir la ruptura entre Ruge, su antiguo protector, y Marx, tomó partido por éste. Pero cuando en Bruselas vió qué era lo que Marx entendía por propaganda comunista, retrocedió aterrado, y, unos meses más tarde, se entusiasmó con la aventura de Herwegh y sus bandas de emigrados, para volver a reconocer y confesar en seguida sinceramente su equivocación.

Poco tiempo después, en el verano de 1848, la «Nueva Gaceta del Rin» le acusó de ser un instrumento a sueldo del Gobierno ruso, error a que se había visto inducido al periódico por dos conductos independientes el uno del otro y que en seguida rectificó, en términos tales, que satisficieron plenamente a Bakunin. En Berlín, donde coincidieron éste y Marx, reanudaron su vieja amistad, y la «Nueva Gaceta del Rin» abrazó enérgicamente la defensa del proscrito ruso, al ser éste desterrado de Prusia. Poco después, el periódico criticaba severamente su campaña de agitación paneslavista, pero echando por delante esta afirmación: «Bakunin es amigo nuestro» y reconociendo expresamente que procedía así de buena fe, por motivos democráticos y que sus errores en punto a la causa eslavista eran muy disculpables. Por lo demás, Engels, autor de estos artículos, se equivocaba en la objeción principal formulada contra Bakunin; las nacionalidades eslavas de Austria, a las que Engels negaba todo porvenir histórico, lograron imponerse. Marx y Engels fueron los primeros y los más entusiastas en reconocer la participación revolucionaria de Bakunin en el alzamiento de mayo, en Dresde.

Al batirse en retirada después de aquella acción de Dresde, Bakunin fué cogido prisionero y condenado a muerte por dos consejos de guerra, primero en Sajonia y luego en Austria, y en ambos casos «indultado» a cadena perpetua y enviado a Rusia, donde pasó años terri-

bles de tortura en la fortaleza de Pedro y Pablo. Fué por entonces cuando un urquhartista dió otra vez en el *Morning Advertiser* la noticia calumniosa de que Bakunin era un agente del Gobierno ruso y no estaba, ni mucho menos, encarcelado. Contra esta calumnia protestaron desde las columnas del mismo periódico Herzen, Mazzini, Ruge y Marx. Por una coincidencia desgraciada resultó que el calumniador se llamaba también Marx, y aunque el tal caballero se negase a dar públicamente su nombre, éste era conocido de las personas bien informadas. Herzen, aquel revolucionario de similor, se aprovechó de esta coincidencia de nombre para tejer una sucia intriga. Cuando Bakunin, a quien sacaron de la cárcel en 1857 deportado a Siberia, de donde logró evadirse en 1861, llegó a Londres, dando la vuelta por el Japón y atravesando el continente americano, a Herzen le faltó tiempo para insinuarle que Carlos Marx le había denunciado en la prensa inglesa como espía ruso. Fué la primera de las soplonerías que tanto habían de agriar las relaciones entre aquellos dos hombres.

Bakunin llevaba más de diez años alejado de todo contacto con la vida europea; así se explica que al llegar a Londres se acercase a los emigrados rusos del corte de Herzen con los que, en el fondo, no le unía la menor afinidad. Aun dentro de su paneslavismo, en cuanto podía hablarse de esto, Bakunin manteníase fiel a sus tradiciones revolucionarias, mientras que Herzen, maldiciendo de aquella «Europa podrida» y rindiendo un culto místico a la aldea rusa, no hacía más que gestionar los intereses del zarismo bajo la careta de un liberalismo blando de corazón. Nada dice contra Bakunin el que mantuviese hasta la muerte de Herzen las relaciones de amistad personal que le unían a este hombre, de quien en su juventud difícil había recibido ayuda; políticamente, ya le había repudiado en el año 1876, reprochándole que pretendiese hacer la revolución social sin la revolución política y que se lo perdonara todo al Estado con tal que no tocase al municipio ruso, del que Herzen esperaba no sólo la redención de Rusia y de todos los países eslavos, sino también la salvación de Europa y del mundo entero. Bakunin sometía este fantasma a una crítica demoledora.

Pero el hecho era que al volver, fugado, de Siberia, se fué a vivir a casa de Herzen, razón por la cual Marx le rehuyó. No obstante—y esto es característico de la personalidad de Bakunin—, éste tradujo al ruso el Manifiesto comunista y lo publicó en el *Kolokol,* órgano de Herzen.

La segunda vez que Bakunin se trasladó a Londres, por la época de fundación de la Internacional, fué Marx el que se adelantó, yendo a visitarle. No necesitó esforzarse para asegurarle que no sólo no había partido de él la calumnia aquella, sino que la había combatido del modo más enérgico. Se separaron amigos; Bakunin estaba entusiasmado con los planes de la Internacional, y Marx escribió a Engels, el 4 de

noviembre: «Bakunin me ha mandado saludarte. Ha salido hoy para Italia (Florencia) donde reside. No he de ocultar que me ha causado muy buena sensación, bastante mejor que antes... Es uno de los pocos hombres a quienes desde hace dieciséis años no veo desarrollarse hacía atrás, sino hacia adelante.»

La alegría con que Bakunin saludó el nacimiento de la Internacional había de durar poco. Su estancia en Italia despertó en él al «revolucionario de la pasada generación». Había elegido para vivir este país, por razón del clima y de la baratura, no teniendo, como no tenía, acceso a Francia ni a Alemania; pero también por razones políticas. Veía en los italianos los aliados naturales de los eslavos contra el Estado impuesto de Austria, y las heroicidades de Garibaldi habían inflamado ya en Siberia su imaginación, haciéndole creer que la marejada revolucionaria volvía a subir. En Italía se encontró con una muchedumbre de sectas políticas secretas; se encontró con una intelectualidad sin clase dispuesta a embarcarse en todo género de conspiraciones, con una masa campesina que vivía constantemente al borde del hambre, y finalmente, con un proletariado andrajoso, eternamente descontento, de que eran típica representación aquellos *lazzaroni* de Nápoles, adonde trasladó su domicilio desde Florencia y donde hubo de residir varios años. Estas clases eran, a sus ojos, las verdaderas fuerzas propulsoras de la revolución. Pero, si consideraba a Italia como el país en que la revolución social era más inminente, pronto hubo de reconocer su error. En Italia seguían prevaleciendo las campañas de Mazzini, y Mazzini era un adversario del socialismo; con aquellos sus gritos de guerra turbiamente religiosos y sus tendencias rígidamente centralistas, no luchaba más que por la república unitaria burguesa.

Durante estos años de residencia en Italia, la labor de agitación revolucionaria de Bakunin fué tomando formas más concretas. Dada su ausencia de formación teórica, a la que se unía un exceso de dinamismo espiritual y de vitalidad irrefrenable para la acción, era natural que cada vez fuese influyendo más en él el medio en que vivía. El dogmatismo político-religioso de Mazzini fué dando contornos cada vez más enérgicos a su ateísmo y a su anarquismo, a la negación de toda autoridad por parte del Estado. Por otra parte, las tradiciones revolucionarias de aquellas clases en quienes él veía los campeones de la revolución, iban afirmando más y más su propensión a las conspiraciones y a las revueltas locales. Bakunin fundó, llevado de estas inclinaciones, una liga secreta de socialistas revolucionarios, que había de estar integrada al principio por italianos solamente y se proponía en primer lugar combatir «la repugnante retórica burguesa de Mazzini y Garibaldi», pero que pronto cobró existencia internacional.

En Ginebra, adonde se trasladó en otoño de 1867, se esforzó por llevar a la Liga de la Paz y la Libertad las influencias de esta secta, y cuando hubo fracasado, buscó contacto con la Internacional, de la que apenas se había preocupado durante los cuatro años anteriores.

4. La Alianza de la Democracia socialista.

A pesar de todo, Marx conservó siempre su afecto por el viejo revolucionario y se opuso a los ataques que se dirigieron o pretendían dirigirse contra Bakunin por personas allegadas a él.

Estos ataques a que nos referimos partían de Segismundo Borkheim, un honrado demócrata, a quien Marx estaba obligado desde el asunto Vogt y por otros servicios de amistad. Pero Borkheim adolecía de dos flacos: se tenía por un escritor ingenioso sin serlo, y padecía de una barroca rusofobia, que no tenía nada que envidiar a la germanofobia barroca de Herzen.

Contra éste iban dirigidos, en primer término, sus tiros y le zarandeaba de lo lindo en una serie de artículos que publicó en el «Semanario Democrático» a poco de aparecer este periódico, a comienzos del año 1868. Hacía ya mucho tiempo que Bakunin había roto con Herzen, pero esto no fué obstáculo para que Borkheim le atacase, llamándole «cosaco» de Herzen y fustigándole, a la par que a éste, como «negación indestructible». En efecto, Borkheim había leído en Herzen este «notable aforismo», pronunciado hacía algunos años por Bakunin: «La negación activa es una fuerza creadora», y se preguntaba, en un arrebato de indignación moral, si semejante idea había podido ser concebida del lado de acá de los gendarmes que guardaban la frontera rusa, para irrisión de millares de chicos alemanes de la escuela. El bueno de Borkheim no sospechaba que aquella frase antigua de Bakunin «el placer de la destrucción es un placer constructivo», había sido tomada en su tiempo de los «Anales alemanes», cuando todavía Bakunin alternaba con los neohegelianos y sacaba de la pila bautismal, en unión de Marx y de Ruge, los «Anales franco-alemanes».

Es natural que Marx siguiese con secreto terror estas y otras escaramuzas escolásticas por el estilo y se resistiese desesperadamente cuando Borkheim se debatía por traducir a su jerga los artículos publicados por Engels contra Bakunin en la «Nueva Gaceta del Rin», ya que le venían «como anillo al dedo». No podía tolerarse, decía, que aquellos artículos se interpretasen ni utilizasen con fines injuriosos, puesto que Engels era un antiguo amigo personal de Bakunin. Engels protestó también contra lo que se tramaba, y el ataque quedó frustrado.

También Juan Felipe Becker rogó a Borkheim que no atacase a Bakunin, pero aquél le contestó con una «carta artillada» en que le decía, según Marx hubo de contar a Engels, con su «acostumbrada delicadeza», que seguiría brindándole su amistad y su ayuda pecuniaria (harto insignificante, por lo demás), pero que en lo sucesivo en sus cartas no se tocaría para nada la política. A pesar de la gran amistad que le unía a Borkheim, Marx comprendía que su «rusofobia» había tomado proporciones alarmantes.

Su afecto hacia Bakunin no cambió porque éste tomase parte en los congresos de la Liga de la Paz y la Libertad. El primero de estos congresos habíase celebrado ya en Ginebra cuando Marx le envió un ejemplar dedicado del «Capital», y como no recibiese contestación alguna ni acuse de recibo, preguntó a un emigrado ruso de Ginebra, a quien escribía sobre otros asuntos, por su «viejo amigo Bakunin», aunque deslizando ya una tenue duda de si lo seguía siendo. La respuesta a esta pregunta indirecta fué aquella carta de Bakunin, fechada el 22 de diciembre, en que le promete seguir en lo sucesivo la gran calzada que Marx venía recorriendo desde hacía veinte años.

Mas, por aquellas fechas en que Bakunin escribía a Marx, ya el Consejo general había decidido denegar la petición transmitida por Becker de que se admitiese en la Internacional a la Alianza de la Democracia socialista. La fuerza activa de esta resolución había sido el propio Marx. Conocía la existencia de la Alianza por haberla visto anunciada en el *Vorbote,* aunque seguía teniéndola por un engendro local ginebrino sin la menor viabilidad; conocía al viejo Becker, un poco aficionado a andar fundando siempre asociaciones, pero persona de fiar, por lo demás. Y he aquí que Becker cursaba el programa y los estatutos de la Alianza, escribiendo a título de recomendación que esta entidad se proponía suplir el «idealismo» de que carecía la Internacional. Esta pretensión provocó, según informaba Marx a Engels, la «furia» del Consejo general, sobre todo la de los franceses, y la solicitud fué inmediatamente desechada. Marx recibió el encargo de dar forma al acuerdo. La carta que escribió a Engels el 18 de diciembre «pasada la media noche» pidiéndole consejo, demuestra que tampoco él conservaba una absoluta serenidad. «Esta vez, tiene razón Borkheim», añadía. Los estatutos de la Alianza le indignaban más que su programa. Éste declaraba que la Alianza era, ante todo y sobre todo, atea y pedía la abolición de todo culto religioso, la sustitución de la fe por la ciencia y de la justicia divina por la humana. Luego, exigía la equiparación política, económica y social de ambas clases y de los individuos de ambos sexos, debiendo empezarse por la abolición del derecho hereditario; propugnaba porque a todos los niños de ambos sexos se les ofreciesen desde el momento en que nacían medios iguales para su formación y



desarrollo, o sea para su sostenimiento, educación y enseñanza en todos los grados de la ciencia, la industria y las artes. Finalmente, el programa repudiaba toda actividad política que no se propusiera por fin directo e inmediato el triunfo de la causa trabajadora sobre el capital.

Marx no juzgaba de un modo muy halagüeño que digamos este programa. Más tarde, hubo de decir que se trataba de «una olla podrida de manoseados lugares comunes», de «una charlatanería vacua, rosario de oquedades que pretendían infundir espanto, de una improvisación insípida a la que tan sólo preocupaba producir una cierta sensación». Pero en cuestiones teóricas, la Internacional empezaba desplegando, por naturaleza, un manto muy amplio de amor; no en vano su cometido histórico consistía precisamente en ir sacando de su actuación práctica un programa común para el proletariado internacional.

Esto hacía que su organización cobrase mayor importancia aún considerada como condición previa e inexcusable para alcanzar algún resultado práctico. Y en esta organización era donde venían a inmiscuirse de un modo fatal los estatutos de la Alianza. Esta, aun considerándose rama de la Internacional, cuyos estatutos generales aceptaba en bloque, pretendía tener una organización propia. Sus fundadores se constituyeron en Ginebra provisionalmente en Comité central. Habían de crearse oficinas nacionales en cada país, encargadas de organizar grupos en las diferentes localidades y que servían de vehículo para incorporar estos grupos a la Internacional. En los Congresos anuales de esta organización, los representantes de la Alianza, como rama de la Internacional, habrían de celebrar sus secciones públicas en un local aparte.

Engels decidió sin vacilación: no puede ser. Habría dos Consejos generales y dos Congresos. Al menor pretexto, el Consejo general de Londres, con su misión práctica, y el Consejo general de Ginebra, «idealista», se declararían incompatibles. Por lo demás, Engels recomendaba serenidad, pues una táctica violenta podía soliviantar inútilmente a los obreros de cabeza confusa (muy numerosos en Suiza) y perjudicar a la Internacional. Aconsejaba que se repudiase a aquella gente con firmeza, pero sin perder el aplomo, haciéndoles ver que se habían acotado un terreno independiente y que era mejor esperar hasta ver a qué resultados llegaban dentro de él, sin que por el momento hubiera inconveniente en que los afiliados a una asociación perteneciesen también a la otra. Respecto al programa teórico de la Alianza, Engels era también de opinión de que jamás había leído nada más lamentable. Bakunin, decía, parecía haberse vuelto un «perfecto buey», frase ésta que por el momento no abrigaba una gran enemiga contra Bakunin o que, por lo menos, no denotaba mayor hostilidad que la exte-

riorizada por Marx cuando llamaba a Becker, su amigo leal de siempre, un «viejo confusionista»; tanto uno como otro repartían títulos honoríficos de estos, en sus cartas íntimas, con gran prodigalidad.

Entretanto, Marx fué apaciguándose y redactó el acuerdo del Consejo general denegando la petición de la Alianza en términos de forma y de fondo contra los que nada había que objetar. En él hacíase notar, aludiendo a Becker, que algunos fundadores de la Alianza habían prejuzgado ya la cuestión al votar como miembros de la Internacional el acuerdo del Congreso de Bruselas que rechazaba la fusión de aquélla con la Liga de la Paz y la Libertad. El principal fundamento en que se apoyaba la negativa era que el admitir una segunda entidad internacional que actuase dentro y al margen de la ya existente sería el medio más infalible para destruir la organización de ésta.

No parece muy verosímil que Becker, al conocer este acuerdo del Consejo general, experimentase gran indignación. Es más de creer lo que dice Bakunin, de que siempre había querido disuadirles de fundar la Alianza, pero sin conseguir convencer a los afiliados a su secta secreta; su punto de vista era mantener esta organización secreta, cuyos miembros actuarían en un sentido uniforme dentro de la Internacional, pero aconsejando la incorporación incondicional a ésta, para evitar todo género de rivalidades. En todo caso, lo cierto es que el Comité central de Ginebra contestó al acuerdo del Consejo general de Londres ofreciéndose a disolver las secciones de la Alianza, para convertirlas en secciones de la Internacional caso de que el consejo directivo de ésta aceptase su programa teórico.

Entretanto, Marx había recibido la cordial carta de Bakunin que lleva fecha de 22 de diciembre, pero su indignación había tomado ya tales vuelos, que no dió mayor importancia a esta «entrada sentimental». También la nueva oferta de la Alianza despertó en él recelo, si bien no se dejó llevar por éste hasta el punto de faltar en su respuesta a los miramientos debidos a la objetividad. El Consejo general decidió, en 9 de marzo de 1869, que no era de su competencia analizar los programas teóricos de los diferentes partidos obreros que integraban la Internacional. La clase obrera de los distintos países se encontraba en una fase de evolución tan diversa, que su movimiento real tenía necesariamente que revestir diferente forma teórica. La comunidad en la acción que estaba creando la Internacional, el intercambio de ideas por medio de los diferentes órganos de las secciones en cada país, y finalmente, los debates directos mantenidos en los Congresos generales irían contribuyendo a formar poco a poco un programa teórico común para el movimiento obrero mundial. Por el momento, el Consejo general se limitaba a investigar si la tendencia general de los distintos programas obreros se ajustaba o no a la tendencia general que la Inter-

nacional perseguía, a saber: la completa emancipación de las clases trabajadoras.

Desde este punto de vista—seguía razonando el acuerdo—, en el programa de la Alianza aparecía una frase que podía dar lugar a peligrosos equívocos. La equiparación política, económica y social de las clases venía a traducirse, tomada al pie de la letra, en esa armonía del capital y el trabajo que predicaban los socialistas burgueses. El verdadero secreto del movimiento proletario y la gran meta de la Internacional no estaban ahí, sino en la abolición de las clases. Sin embargo, como el contexto del programa de la Alianza daba a entender que eso de «la equiparación de las clases» no era más que un desliz de pluma, el Consejo general no dudaba que la Alianza renunciaría a esta frase poco feliz, con lo cual quedaría el camino expedito para convertir las secciones de la Alianza en secciones de la Internacional. Hecho esto con carácter definitivo, deberían comunicarse al Consejo general de Londres, con arreglo a los estatutos de la Internacional, la residencia y número de afiliados de cada una de estas nuevas secciones.

En vista de esto, la Alianza corrigió la frase impugnada, ajustándose al sentido del Consejo general y anunció a éste, con fecha de 22 de junio, que se había disuelto invitando a sus secciones a convertirse en secciones de la Internacional. La sección de Ginebra, a cuyo frente se hallaba Bakunin, fué admitida por acuerdo unánime del Consejo general. La liga secreta de Bakunin decíase también disuelta, aunque seguía existiendo, con mayor o menor cohesión, y el propio Bakunin seguía actuando en ella a tenor del programa que la Alianza se había trazado. Desde el otoño de 1867 hasta el de 1869 vivió en las orillas del lago de Ginebra, parte de este tiempo en la misma capital, parte en Vevey y Clarens, llegando a conquistar gran prestigio entre los obreros latinos de Suiza.

Contribuía, en buena parte, a ello la especial situación en que estos obreros vivían. Para formarse un juicio exacto de los movimientos e incidencias de la época no debe olvidarse que la Internacional no era un partido con un programa teórico concreto, sino que en su seno convivían las más diversas tendencias, como el propio Consejo general lo había puesto de manifiesto en la carta dirigida a la Alianza. Todavía hoy, leyendo el *Vorbote,* podemos comprobar que hasta campeones tan probados y prestigiosos de la gran asociación como Becker descuidaban bastante los problemas teóricos. Así se explica que en las secciones ginebrinas de la Internacional se manifestasen dos tendencias muy dispares. De una parte estaba la *fabrique,* palabra que en el dialecto de Ginebra englobaba a los obreros calificados y bien pagados de la industria joyera y relojera, servida casi exclusivamente por naturales del país, y de otra los *gros métiers,* que eran principalmente los

obreros de la construcción, extranjeros casi todos ellos, en su mayor parte alemanes, y que sólo a fuerza de huelgas constantes habían logrado arrancar condiciones de trabajo un poco humanas. Aquéllos poseían el derecho de sufragio, éstos no. Pero la *fabrique,* escasa en número, no podía contar con alcanzar ningún triunfo electoral por su cuenta, y propendía, por esta razón, a sellar pactos electorales con los radicales burgueses, mientras que los *gros métiers,* sustraídos como lo estaban por fuerza a estas tentaciones, mostraban gran entusiasmo por la acción revolucionaria directa, tal como la predicaba Bakunin.

Este encontró un campo de reclutamiento todavía más fecundo entre los obreros relojeros del Jura, que no eran, como los de otras regiones, obreros de lujo calificados, sino pequeños industriales, caseros en su mayoría, cuya mísera existencia empezaba a verse amenazada por la competencia norteamericana y el maquinismo. Desperdigados en pequeños caseríos colgados de las montañas, estos obreros eran poco accesibles a un movimiendo de masas encauzado hacia fines políticos, aparte de que las lamentables experiencias de la política les hacían retraerse de este campo. El que primero empezó a hacer labor de agitación por la Internacional en aquellos medios fué un médico llamado Coullery, un hombre muy humano y afectuoso, pero de ideas políticamente confusas, que les había llevado a pactar alianzas electorales, no sólo con los radicales burgueses, sino incluso con los liberales monárquicos de Neuchâtel, alianzas de que los obreros salían casi siempre apaleados. Después que se hubieron sacudido por entero a este caudillo, los obreros jurasianos encontraron un nuevo guía en James Guillaume, un joven maestro industrial de Locle, perfectamente compenetrado con su modo de pensar y que en el *Progres,* una hojita que publicaba en Locle, defendía el ideal de una sociedad anarquista, en la que todos los hombres serían libres e iguales. Al presentarse en el Jura, Bakunin encontró el terreno perfectamente abonado para su simiente, y hasta es posible que aquellos pobres diablos influyesen más en él que él mismo en ellos, pues el hecho es que, a partir de ahora, cobra tonos mucho más enérgicos y recalcados su repudiación de toda actividad política.

Sin embargo, por el momento, seguía reinando la paz en las secciones de la Suiza latina. En enero de 1869, por obra principalmente de Bakunin, se unieron en Consejo federal y empezaron a editar un semanario de altos vuelos, la *Egalité,* en que colaboraban Bakunin, Becker, Eccarius, Varlin y otros miembros destacados de la Internacional. Fué también Bakunin quien movió al Consejo federal latino a solicitar del Consejo general de Londres que pusiera en el orden del día del congreso de Basilea la cuestión del derecho de herencia. Bakunin tenía títulos para hacerlo, pues la discusión de estos problemas era uno de

los cometidos principales de los congresos, y el Consejo general accedió a lo que se le pedía.

Pero Marx vió en ello una especie de reto que le lanzaba Bakunin y que él aceptó muy de buen grado.

5. El Congreso de Basilea.

En el Congreso anual, reunido en Basilea los días 5 y 6 de setiembre de 1869, la Internacional pasó revista a la labor de su quinto año de existencia.

Había sido el más movido de cuantos llevaba de vida, un año agitado por las «guerras de guerrilla entre el capital y el trabajo», por huelgas de que las clases poseedoras de Europa murmuraban por todas partes que no eran precisamente un fruto de la miseria del proletariado y del despotismo capitalista, sino obra de los manejos ocultos de la Internacional.

Esto hacía todavía más gustoso el placer de reprimirlos por las armas. Hasta en Inglaterra se produjeron sangrientos choques entre los mineros huelgistas y las tropas. En los distritos hulleros del Loire, cerca de Ricamarie, la soldadesca embriagada ametralló ferozmente a los huelguistas, matando a veinte obreros, entre ellos dos mujeres y un niño, e hiriendo a muchísimos más. Pero ninguna nación ganaba en esto a Bélgica, «el Estado modelo del constitucionalismo continental, paraíso placentero y bien cercado de terratenientes, capitalistas y curas», como se decía en una vibrante proclama del Consejo general redactada por Marx, en la que se llamaba a los obreros de Europa y América a acudir en socorro de las víctimas de la codicia capitalista desenfrenada que habían caído asesinadas en Seraing y en Borinage. «La tierra no efectúa su vuelta anual con mayor seguridad que el Gobierno belga su matanza anual de obreros.»

Este riego de sangre hizo que madurasen antes los frutos de la Internacional. Las primeras elecciones celebradas en Inglaterra en otoño de 1868 con arreglo a la ley electoral reformada, venían a confirmar plenamente las prevenciones de Marx contra la política miope de la Liga reformista. No salió elegido ni un solo representante de los trabajadores. Triunfaron las «bolsas de dinero» y Gladstone volvió a empuñar el timón del Gobierno. No tenía el menor propósito de afrontar seriamente la cuestión irlandesa ni de atender a las legítimas reclamaciones de las tradeuniones. Esto venía a imprimir gran impulso al nuevo unionismo. En el congreso anual de las tradeuniones, celebrado en Birminghan en 1869, invitaron a todos los obreros organizados del Reino uni-

do, apremiantemente, a entrar en la Internacional. Y no sólo porque los intereses de la clase obrera eran en todas partes los mismos, sino también porque los principios de la Internacional se prestaban mejor que ningunos otros a garantizar una paz duradera entre los pueblos del mundo. En el verano de 1869 había surgido la amenaza de una guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, motivando una alocución, redactada también por Marx y dirigida a la Unión obrera nacional de los Estados Unidos, en que se decía: «Ahora, os ha llegado a vosotros el turno de evitar una guerra cuyo fruto más claro sería hacer retroceder el creciente movimiento obrero de ambos lados del Océano Atlántico.» Esta alocución encontró vivo eco entre los trabajadores norteamericanos.

También en Francia marchaba por buen camino la causa obrera. Las persecuciones policíacas de que era objeto la Internacional no conseguían más que aumentar el número de sus afiliados. La feliz intervención del Consejo general en las numerosas huelgas determinó la fundación de diversos sindicatos, que no podían prohibirse, por mucho que en ellos reinase el espíritu de la Internacional. Los obreros no participaron todavía en las elecciones de 1869 presentando candidatos propios, sino que se limitaron a apoyar a los de la extrema izquierda burguesa, que levantaban un programa electoral radicalísimo. Con ello, contribuyeron, indirectamente al menos, a la ruidosa derrota infligida a Bonaparte, sobre todo en las grandes ciudades, aunque por el momento sus esfuerzos sólo redundasen en provecho de la democracia burguesa. Aparte de esto, el segundo Imperio empezó a crujir por todas sus juntas, y la revolución española que en el otoño de 1868, arrojó del territorio de España a la reina Isabel fué también un rudo golpe que venía a agravar la situación del Imperio frente al exterior.

Curso bastante distinto seguían las cosas en Alemania, donde el bonapartismo, lejos de decrecer, iba en ascenso. La cuestión nacional tenía escindida a la clase obrera alemana, y esta escisión era un grave obstáculo que se interponía ante el movimiento sindical en gestión. El torpe camino que había seguido en su campaña de agitación sindical colocó a Schweitzer en una situación muy difícil, de la que no era capaz de salir. Las denuncias infundadas contra su honradez, que no cesaban de llover, hicieron a muchos de sus secuaces recelar de él, y no faltó quien le aconsejase, para su mal, poner en grave riesgo su prestigio, un poco menoscabado nada más, con un pequeño golpe de Estado.

Esto hizo que una minoría de la Asociación general de obreros alemanes se separase para fundar, unida a las asociaciones de Nuremberg, un nuevo partido social demócrata, a cuyos afiliados solía llamárseles «los de Eisenach», aludiendo al lugar de su fundación. Las dos fraccio-

nes empezaron combatiéndose duramente, si bien ambas adoptaban poco más o menos la misma actitud respecto a la Internacional: conformes e identificadas con ella en el fondo, aunque en la forma se mantuviesen aparte, para no infringir las leyes vigentes sobre asociaciones. Marx y Engels estaban descontentos en el más alto grado de que Liebknecht pretendiese soliviantar al Consejo directivo de la Internacional contra Schweitzer, a lo que no tenía derecho. Aunque les pareciese muy bien el «proceso de disolución de la iglesia lassalleana», no podían estar de acuerdo con la otra tendencia, mientras ésta no separase resueltamente su organización del partido popular alemán, limitándose si acaso a entenderse desde fuera con esta gente. Que en los debates Schweitzer estaba muy por encima de todos sus adversarios, lo habían reconocido ellos siempre y lo seguían reconociendo.

El movimiento obrero de Austria-Hungría, surgido después de las derrotas de 1866, se desarrollaba con una mayor unidad. Aquí, no encontró ningún ambiente la tendencia de Lassalle, y las masas afluían en gran número bajo las banderas de la Internacional, como el Consejo general de ésta hubo de poner de relieve en su informe anual ante el Congreso de Basilea.

Como se ve, ente Congreso se reunía bajo una coyuntura muy favorable. Y aunque sólo hubiesen acudido 78 delegados, presentaba un carácter mucho más «internacional» que los anteriores. En total, estaban representados en él nueve países. El Consejo general envió, como siempre, a Eccarius y a Jung, a los que acompañaban dos de los más prestigiosos tradeunionistas: Applegarth y Lucraft. Francia mandó 26 delegados, Bélgica 5, Alemania 12, Austria 2, Suiza 23, Italia 3, España 4 y Norteamérica 1. Liebknecht representaba a la nueva fracción de los de Eisenach y Moses Hess a la sección de Berlín. Bakunin traía un mandato francés y otro italiano, y Guillaume venía como mandatario de los de Locle. La presidencia del Congreso volvió a ocuparla Jung.

Los primeros debates se dedicaron a cuestiones de organización. A propuesta del Consejo general, el Congreso, por unanimidad, resolvió recomendar a todas las secciones y entidades adheridas la abolición de los cargos de presidente dentro de su seno, como ya el Consejo general lo había hecho dos años antes; no era digno de una asociación obrera mantener en sus filas el principio monárquico y autoritario; el cargo de presidente, aunque fuese meramente honorífico, menoscababa la organización democrática. En cambio, el Consejo general pedía que se ampliasen sus facultades, autorizándosele para expulsar, sin perjuicio de someter el asunto al primer congreso, a todas aquellas secciones que contraviniesen el espíritu de la Internacional. Esta petición fué aprobada con una reserva, a saber: que allí donde hubiera un Consejo general, debería consultársele antes de decretar la expulsión. Ba-

kunin y Liebknecht abogaron calurosamente por la propuesta. En el segundo era natural, mas no así en el primero, que faltaba, al hacerlo, a sus principios anarquistas, movido por las razones de oportunismo que fuesen. Seguramente porque, queriendo combatir al diablo con Satanás, aspiraría a granjearse la ayuda del Consejo general contra toda actividad de política parlamentaria, en que él no podía ver más que puro oportunismo; para estas intenciones podía apoyarse en el discurso con que Liebknecht acababa de pronunciarse violentamente contra la participación de Schweitzer y de Bebel en los trabajos del Parlamento alemán del norte. Pero Marx desaprobó el discurso de Liebknecht, con lo cual no contaba Bakunin; pronto había de desengañarse, viendo que las disparidades de principio se vengan siempre.

Entre los problemas teóricos que habían de ocupar la atención del congreso figuraban en primer término los referentes a la propiedad colectiva sobre el suelo y al derecho de herencia. Sobre el primero se había pronunciado ya, en realidad, el congreso de Bruselas; más brevemente que en el año anterior, se acordó por 54 votos que la sociedad tenía derecho a convertir el suelo en propiedad colectiva, y por 53 votos que esta transformación era necesaria en interés de la sociedad. La minoría se abstuvo, en su mayor parte; contra el segundo acuerdo sólo votaron ocho delegados, y cuatro contra el primero. En lo tocante a la ejecución práctica de estos acuerdos, surgieron criterios muy variados, cuyo examen definitivo se reservó para el próximo congreso, que habría de reunirse en París.

Por lo que se refería al derecho de herencia, el Consejo general había redactado un dictamen en el que se sintetizaban, expuestos en unas cuantas líneas, con la maestría con que sólo sabía hacerlo Marx, los puntos de vista decisivos. En él se decía que las leyes sobre la herencia, como la legislación burguesa toda, no eran la causa, sino simplemente el efecto, la resultante jurídica de la organización económica de una sociedad fundada en la propiedad privada sobre los medios de producción. El derecho de herencia sobre los esclavos no era la causa de la esclavitud, sino, por el contrario, ésta la causa de la transmisión hereditaria. Al transformarse los medios de producción en propiedad común, el derecho de herencia desaparecería por sí mismo, en cuanto tenía de importancia social, pues nadie podría dejar a su muerte más de lo que en vida poseyera. Por eso, a lo que debía aspirarse era a la abolición de aquellas instituciones que ponían en manos de unos cuantos, mientras vivían, el poder económico de apropiarse los frutos del trabajo de muchos. Proclamar la abolición del derecho de la herencia como punto de arranque de la revolución social sería algo tan lamentable como pretender derogar las leyes de contratación entre compra-

dores y vendedores mientras perdure el actual régimen de intercambio de mercancías; sería falso en teoría y reaccionario en la práctica. El momento de tocar a la herencia sería llegado en la época de transición, cuando, de una parte, no estuviese todavía transformada la actual base económica de la sociedad y, de otra parte, las clases trabajadoras hubiesen reunido ya la fuerza necesaria para imponer las medidas iniciales encaminadas a transformar radicalmente la sociedad. Entre estas medidas de transición, el Consejo general recomendaba el recargo de los impuestos sobre las herencias y la limitación de las sucesiones testamentarias, que, a diferencia de la sucesión familiar, exageraba en términos arbitrarios y supersticiosos el principio de la propiedad privada.

Por su parte, la comisión nombrada para examinar el problema, proponía declarar la abolición de la herencia como una de las reivindicaciones fundamentales de la clase trabajadora, pero sin acertar a razonar esta propuesta más que con unos cuantos tópicos ideológicos sobre los «privilegios», «la justicia política y económica», el «orden social», etc. En el debate, relativamente corto, que se abrió sobre esta cuestión, tomaron la palabra, para apoyar el dictamen del Consejo general, además de Eccarius, el belga De Paepe y el francés Varlin; Bakunin, por su parte, defendió la propuesta de la comisión, cosa muy natural pues respondía a sus inspiraciones. La defendió por razones que pretendían ser prácticas, pero que no por eso eran menos ilusorias, afirmando que mientras no se aboliese el derecho de herencia, no podría implantarse la propiedad común. Los obreros, decía, se resistirían contra todo el que quisiera privarles de su tierra, pero en cambio no se sentirían directamente amenazados por la supresión del derecho de herencia, y de este modo, la propiedad privada sobre el suelo iría desapareciendo paulatinamente. Puesto a votación nominal el dictamen de la comisión, hubo 32 votos que sí, 23 que no, 13 abstenciones y 7 ausentes; la votación sobre el dictamen del Consejo general arrojó este resultado: 19 que sí, 37 que no, 13 ausentes y 6 abstenciones. Por tanto, no logró mayoría absoluta ninguna de las dos propuestas y el debate hubo de cerrarse sin resultado alguno positivo.

El Congreso de Basilea despertó una expectación mucho mayor que los anteriores, así en el mundo burgués como en el proletario. En aquél, los personajes más sabios pudieron comprobar, con una mezcla de espanto y de perfidia, el carácter comunista que al fin se acusaba en la Internacional; en el mundo proletario, los acuerdos del Congreso referentes a la propiedad común sobre el suelo levantaron una explosión de alegría. El grupo correspondiente de la sección de Ginebra publicó un manifiesto redactado en Alemania y dirigido a la población campesina, que luego se tradujo y difundió rápidamente también

en lengua francesa, italiana, española, polaca y rusa. En Barcelona y en Nápoles se crearon las primeras secciones de obreros del campo. En Londres fué fundada, en un gran mitin, una Liga de campesinos y obreros, en cuyo comité entraron diez vocales del Consejo general y que tenía por consigna: la tierra para el pueblo.

En Alemania, como es sabido, los nobles caballeros del partido popular alemán se revolvieron contra los acuerdos de Basilea. En un principio, esto intimidó a Liebknecht, arrastrándole a declarar que la fracción de Eisenach no quedaba obligada por ellos. Afortunadamente, aquellos caballeros, presas de una gran indignación moral, no se dieron por contentos con esto, sino que exigieron una declaración expresa renegando de tales acuerdos, con lo cual consiguieron que Liebknecht se separase de su compañía, dando por fin el paso que Marx y Engels tanto anhelaban. Pero sus primeras vacilaciones redundaron en beneficio de Schweitzer, quien hacía años que venía «predicando» en la Asociación general de obreros alemanes la propiedad común sobre el suelo y no ahora, para combatir a sus adversarios, como Marx suponía y se lo echaba en cara a su «cinismo». Engels supo reprimir su furia acerca de aquel «bandido», al menos lo bastante para encontrar «muy hábil» el que Schweitzer se mantuviese correcto siempre en teoría, a sabiendas de que, ante el menor problema teórico, sus adversarios quedarían en descubierto.

Por el momento, los lassalleanos seguían siendo, no sólo el más unido y coherente, sino también el más avanzado, en lo tocante a principios, de todos los partidos obreros alemanes.

6. Los líos de Ginebra.

En lo que los debates de Basilea sobre el derecho de herencia tenían de duelo ideológico, por decirlo así, entre Bakunin y Marx, no habían quedado definitivamente liquidados, aunque su desarrollo fué más perjudicial que favorable para el segundo. No es cierto, sin embargo, como alguna vez se ha dicho, que el resultado de estas deliberaciones afectase profundamente a Marx, moviéndole a preparar un ataque violento contra Bakunin.

Marx estaba muy satisfecho con la marcha del congreso de Basilea. Por aquellos días, encontrábase en Alemania, en viaje de recreo, con su hija Jenny y el 25 de setiembre escribía desde Hannover a su hija Laura: «Me alegro de que el congreso de Basilea haya terminado y de que sus sesiones hayan discurrido tan relativamente bien. Siempre me preocupan estas exhibiciones públicas del partido con todas sus lace-

rias. Ninguno de los actores ha estado a la altura de los principios, pero el idiotismo de la clase gobernante se encarga de corregir las faltas de la clase obrera. No hemos pasado por ninguna ciudad o villa alemana, por pequeña que fuese, cuyo periodiquito no llenase sus columnas con las hazañas del «terrible congreso».

La marcha del congreso de Basilea no decepcionó, pues, a Marx, y tampoco a Bakunin. Se ha dicho que, al presentar su propuesta sobre la cuestión hereditaria, éste no se proponía otra cosa que batir a Marx, valiéndose de este triunfo teórico para imponer el traslado del Consejo general de Londres a Ginebra, y que, fracasada la maniobra, había arremetido contra el Consejo general desde las columnas de la *Egalité* de un modo violentísimo. Tanto y con tal insistencia se han repetido estas afirmaciones, que han llegado a formar una verdadera leyenda. Y sin embargo, no hay en ellas ni una tilde de verdad. Bakunin no publicó una sola línea en la *Egalité* después del congreso de Basilea; antes, durante los meses de julio y agosto de 1869, había sido redactor-jefe de este periódico, pero en vano se buscará en toda la larga serie de artículos publicados por él en sus columnas ni el más leve rastro de ataque contra el Consejo general o contra Marx. Sus cuatro artículos sobre «los principios de la Internacional» están perfectamente inspirados en el espíritu con que se fundara la gran Asociación; cierto es que en ellos Bakunin exterioriza ciertos recelos contra la fatídica influencia que tenía sobre los representantes proletarios del pueblo lo que Marx llamaba «cretinismo parlamentario», pero estos reproches, confirmados con harta frecuencia de entonces para acá, eran perfectamente inocentes, si se los compara con la violencia con que Liebknecht combatía por la misma época la participación de la clase obrera en el parlamentarismo burgués.

Además, por muy quiméricas que fuesen las ideas de Bakunin acerca del problema hereditario, tenía perfecto derecho a exigir que se discutiesen; ideas mucho más quiméricas se debatían en todos los congresos de la Internacional, sin que por ello se achacase ninguna segunda intención a sus mantenedores. Y en cuanto a la acusación de haber maquinado el traslado del Consejo general de Londres a Ginebra, el propio Bakunia, al conocerla, la rechaza, con estas palabras breves y terminantes: «Si se hubiera propuesto semejante cosa, hubiera sido yo el primero en oponerme con todas mis fuerzas, pues ese paso me hubiera parecido funesto para el porvenir de la Internacional. Es verdad que las secciones de Ginebra han hecho progresos enormes en poco tiempo. Pero en Ginebra impera todavía un espíritu demasiado mezquino, demasiado específicamente ginebrino, localista, para que pueda trasplantarse a él el Consejo directivo de la Internacional. Además, es evidente que mientras se mantenga la organización política

actual de Europa, la única ciudad en que puede residir el Consejo general es Londres, y el que no lo comprenda así, o es un necio o un enemigo de la Internacional.»

Hay sin embargo, quienes, teniendo a Bakunin por hombre mentiroso, no dan a estas afirmaciones más valor que el de una añagaza a que acude cuando se ve perdido. Mas esta objeción se viene también a tierra ante el hecho de que el propio Bakunin tenía decidido, con anterioridad al congreso de Basilea, trasladarse de Ginebra a Locarno después que el congreso se clausurase, obedeciendo a razones que no estaba en sus manos modificar. Se encontraba en una situación de penuria económica extrema y pendiente de que su mujer, a la que había de aguardar en Locarno, diese a luz. Proponíase encerrarse allí a traducir al ruso el primer tomo del «Capital». Un joven admirador suyo llamado Liubavin había convencido a un editor ruso de que consignase para esta traducción la cantidad de 1.200 rublos, de los cuales Bakunin recibió 300 en concepto de anticipo.

Como se ve, todas las intrigas y maquinaciones atribuídas a Bakunin antes del congreso de Basilea y después de él se desvanecen en el terreno de los hechos; mas esto no quiere decir que aquel congreso no dejase en él cierto amargo sabor. Influído por los manejos de Borkheim, Liebknecht había aventurado ante terceras personas la afirmación de que tenía pruebas de que Bakunin era un agente del gobierno ruso, y Bakunin pidió en Basilea que se constituyese un tribunal de honor ante el cual pudiese probar Liebknecht sus acusaciones. Liebknecht no consiguió hacerlo, y el tribunal de honor hubo de censurar severamente su conducta. Entonces Liebknecht, que después de las aventuras del proceso de los comunistas de Colonia y de los años de emigración propendía un poco a ver en todas partes espías y agentes provocadores, tendió a su adversario la mano, que Bakunin estrechó con igual nobleza.

Era natural que sintiese una gran indignación cuando, pocas semanas después, el 2 de octubre, Moses Hess volvió a salirse por el mismo registro en el *Réveil* de París. Hess, que había asistido como delegado alemán al congreso de Basilea, proponíase escribir la historia secreta de aquel congreso; a este propósito, hablaba de las «intrigas» de Bakunin, encaminadas, según él, a minar y echar por tierra los fundamentos y principios de la Internacional desplazando el Consejo general de Londres a Ginebra, pero sin conseguir nada; el articulista terminaba formulando la necia sospecha de que, sin dudar de las buenas intenciones revolucionarias de Bakunin, no convenía perder de vista que este ruso era próximo pariente de aquel Schweitzer a quien los delegados alemanes en Basilea habían acusado de ser un agente secreto del gobierno alemán. La pérfida intención de esta denuncia saltaba a los

ojos con sólo saber que entre la labor agitadora de Bakunin y la de Schweitzer no mediaba el menor «parentesco próximo» ni ninguna afinidad. Personalmente, estos dos hombres no tenían tampoco, ni habían tenido nunca, el menor punto de contacto.

Cierto es que Bakunin hubiera procedido mucho más discretamente no haciendo caso de ese artículo, lamentable por todos conceptos. Pero se comprende que le pusieran furioso aquellos eternos ataques y sospechas contra su honradez política, tanto más, naturalmente, cuanto mayor era la perfidia con que se difundían a sus espaldas. Se sentó, pues, y escribió una réplica al artículo de Hess; pero, llevado por su indignación, le salió tan larga, que él mismo se dió cuenta de que el *Réveil* no podría reproducirla. En ella, atacaba con especial violencia a los «judíos alemanes», si bien preocupándose de exceptuar de aquella raza de pigmeos a que pertenecían Borkheim y Hess a «gigantes» como Lassalle y Marx. Bakunin decidió poner esta larga polémica de introducción a un libro sobre su profesión de fe revolucionaria, y lo envió a París, a Herzen, para que éste se encargase de buscar editor, adjuntando una pequeña nota para el *Réveil*. Mas como Herzen temiese que tampoco la publicara, se encargó de escribir él una defensa de Bakunin contra los ataques de Hess, que el periódico no sólo insertó, sino que reprodujo con una nota de la redacción, muy halagüeña para Bakunin.

En cambio, a Herzen no le satisfizo ni poco ni mucho el original grande que le enviaba. Reprobó los ataques contra los «judíos alemanes», asombrado sobre todo de que Bakunin se detuviese a combatir a hombres tan insignificantes como Borkheim y Hess, en vez de dirigir los tiros contra Marx. A esta carta contestó Bakunin con otra fechada el 28 de octubre, en la que dice que, aunque también él tiene a Marx por el verdadero autor de estos coléricos ataques, le deja al margen y hasta le llama un «gigante» por dos razones. La primera de estas razones es la justicia. «Dejando a un lado todas las malas pasadas que nos ha jugado, no podemos, por lo menos yo, olvidar los servicios inmensos que este hombre ha prestado a la causa del socialismo, a la que viene sirviendo desde hace cerca de veinticinco años, con un talento, una energía y una pureza en que nos supera indiscutiblemente a todos. Es uno de los primeros fundadores, seguramente que el principal, de la Internacional, y esto es, a mis ojos, un mérito inmenso que reconoceré siempre, por muy mal que se porte con nosotros.»

Pero había, además, ciertas razones políticas y de táctica que le movían a tomar aquella actitud respecto a Marx, «que no puede verme y que no quiere a nadie más que a sí mismo, y si acaso a los identificados con él. No puede negarse que Marx está actuando en la Internacional muy eficazmente; hasta el día de hoy, ha venido influyendo sabiamente en su partido y es la más firme columna del socialismo, el más

fuerte baluarte contra la intrusión en él de ideas y aspiraciones burguesas. Yo no me perdonaría nunca si intentase siquiera socavar ni debilitar tan sólo su benéfico influjo, llevado de la simpleza de vengarme de él. Sin embargo, podría ocurrir, y hasta es posible que no tardando, que hubiera de mantener con él una polémica, claro está que no para atacarle personalmente, sino por una cuestión de principios, en torno al comunismo de Estado de que él es fervoroso partidario, con los ingleses y los alemanes que le siguen. Sería una lucha a vida o muerte. Pero todo tiene su hora, y la de esta lucha aún no ha sonado.»

Finalmente, Bakunin apunta un motivo táctico que le impide atacar a Marx. Si procediese abiertamente contra él, tendría enfrente a las tres cuartas partes de los afiliados a la Internacional. En cambio, creía poder conquistar a la mayoría dirigiendo sus tiros contra el tropel de mendigos que pululan alrededor de Marx, y hasta éste se alegrará malévolamente *(Schadenfreude,* es el vocablo alemán que interpola Bakunin en su carta, escrita en francés).

Poco después de escribir esta carta, Bakunin se trasladó a Locarno. Absorbido por sus asuntos personales, apenas tomó ya parte en el movimiento obrero de Ginebra, las pocas semanas que vivió allí después del congreso de Basilea, ni escribió tampoco una sola línea para la *Egalité*. Pasó a ocupar su puesto en la redacción de este periódico Robin, un maestro belga que se había instalado en Ginebra hacía un año, y con él, probablemente, aquel mismo Perron, pintor esmaltista que había llevado ya la redacción del periódico antes de Bakunin. Ambos eran correligionarios suyos, aunque distaban mucho de actuar o de expresarse en el mismo sentido que éste. Bakunin aspiraba a ilustrar y organizar para que actuasen por su cuenta, a los obreros de los *gros métiers,* en quienes el espíritu proletario-revolucionario vivía con mucha más fuerza que en los obreros de la *fabrique,* enfrentándolos incluso con sus propios comités—todavía merece la pena de leerse lo que Bakunin escribía acerca de los peligros objetivos de esta política burocrática—y mucho más, naturalmente, con la *fabrique,* que si bien había apoyado a los *gros métiers* en sus huelgas, sacaba de este mérito indiscutible la ilegítima conclusión de que los *gros métiers* la seguirían paso a paso. Bakunin había combatido estas tendencias, en vista sobre todo de la incurable propensión de la *fabrique* a pactar con los radicales burgueses; en cambio, los dos nuevos redactores de la *Egalité,* Robin y Perron, creían que su misión estaba en esfumar y salvar mediante parches aquella discrepancia de criterio entre la *fabrique* y los *gros métiers* que Bakunin no había creado, sino que radicaba en una divergencia social. Con esto, lo único que conseguían era caer en un vaivén que no favorecía a ninguno de los dos bandos, pero que, en cambio, dejaba la puerta abierta de par en par a todo género de intrigas.

En estas intrigas era maestro un emigrado ruso establecido por entonces en Ginebra y llamado Nicolás Utin. Este personaje había tomado parte en las revueltas estudiantiles rusas de los años 1860 y siguientes, y cuando vió que la cosa se ponía mal, huyó al extranjero, donde vivía cómodamente a costa de una lucida renta anual—se daba la cifra de doce a quince mil francos—que le rendía el negocio de alcoholes de su padre. Esto aseguraba a aquel sujeto vanidoso y charlatán una posición que jamás habría alcanzado por sus dotes intelectuales; todos sus triunfos florecían en el terreno de la murmuración privada, donde, como Engels dice en una ocasión, «las gentes que tienen todo el día por suyo para murmurar y revolver, llevan las de ganar sobre las que tienen más que hacer que perder el tiempo en charlas». Utin había pretendido, al principio, meterse por Bakunin, quien le rechazó sin andarse en contemplaciones. Ahora, al alejarse Bakunin de Ginebra, le quedaba un magnífico campo para vengarse, con las armas de la murmuración, de su odiado enemigo. Los sudores que derramó al servicio de esta noble causa no fueron estériles. Años después, se echaba a los pies del zar, impetrando humildemente su misericordia. El zar se avino a buenas razones, y en la guerra ruso-turca de 1867 nos encontramos al antiguo emigrado convertido en concesionario zarista de suministros a las tropas, donde seguramente sacaría una renta más crecida, aunque no más limpia, que la del negocio paterno de alcoholes.

Con gentes como Robin y Perron le era fácil a Utin intrigar, pues aunque no podía negarse su buena fe, eran de una torpeza increíble. Para colmo de males, se liaron en una disputa con el Consejo directivo de la Internacional, por cuestiones que no eran, ni mucho menos, de interés candente para los obreros de la Suiza francesa. La *Egalité,* acusaba al Consejo general de interesarse en demasía por la cuestión irlandesa, y de no crear en Inglaterra un Consejo federal, de no dirimir la lucha entre Liebknecht y Schweitzer, etc. Bakunin era ajeno a todo esto, aunque el hecho de que Robin y Perron se contasen entre sus secuaces y la hojita de James Guillaume atacase en el mismo sentido daban pábulo a la creencia falsa de que estos ataques partían de él o tenían su adhesión.

En una circular privada que lleva fecha de primero de enero de 1870 y que sólo fué enviada a Ginebra y a los consejos generales de habla francesa, el Consejo federal repelía los ataques de Robin. Aunque fuerte en la forma, esta carta se mantenía estrictamente dentro de los límites de una polémica objetiva. Todavía hoy conservan su interés las razones por las que el Consejo general se negaba a instituir un consejo federal en Inglaterra. Exponía que, si bien la iniciativa revolucionaria partiría probablemente de Francia, sólo Inglaterra podía servir de palanca para una revolución económica seria. Inglaterra era

el único país en que no había ya campesinos y en que la propiedad de la tierra estaba concentrada en pocas manos. Era el único país en que la forma capitalista se había adueñado de casi toda la producción y en que la gran masa de la población estaba integrada por obreros asalariados. Era el único país en que la lucha de clases y la organización de la clase obrera habían cobrado, gracias a las tradeuniones, un cierto grado de generalidad y madurez. Y finalmente, por la posición de hegemonía que ocupaba en el mercado mundial, toda revolución que experimentase su economía trascendía directamente al mundo entero.

Pero si el pueblo inglés reunía todas las condiciones necesarias para una organización social, en cambio le faltaba el espíritu de generalización y la pasión revolucionaria. Infundirle esta pasión y este espíritu era misión del Consejo general, y las manifestaciones de los periódicos burgueses más prestigiosos de Londres, en que se le acusaba de envenenar el espíritu inglés de la clase obrera, llevándola al socialismo revolucionario, denotaban que su labor no era estéril. Un Consejo federal inglés no tendría prestigio alguno, colocado entre el Consejo directivo de la Internacional y el Consejo general de las tradeuniones; en cambio, conseguiría que el Consejo general perdiese la influencia que iba conquistando sobre la gran palanca de la revolución proletaria. No iba a incurrir en la torpeza de poner esta palanca en manos inglesas, ni a dejar que a su labor seria y modesta viniesen a sustituir los clamores y gritos de una feria.

Todavía no había llegado esta circular a su destino cuando en Ginebra estalló la catástrofe. Siete de los miembros del comité de redacción de la *Egalité* seguían a Bakunin, y sólo dos eran partidarios de sus rivales; a propósito de un incidente sin importancia ninguna política, la mayoría planteó la cuestión de confianza, pero pronto había de demostrarse que la política vacilante de Robin y Perron no tenía punto alguno de apoyo. El consejo federal se puso al lado de la minoría, y los siete miembros de la redacción hubieron de separarse, entre ellos el viejo Becker, que, mientras Bakunin vivió en Ginebra, había sido un buen amigo suyo, pero que luego no había podido contemplar impasible los manejos de Robin y Perron. De este modo, la dirección del periódico fué a parar a manos de Utin.

7. El comunicado confidencial.

Entretanto, Borkheim proseguía sus intrigas contra Bakunin.

El 18 de febrero se le quejó a Marx de que el *Zukunft,* órgano de Juan Jacoby, no había querido publicar, según Marx escribía a Engels, «una carta monstruosa sobre Russika, un increíble baturrillo, en que de ciento se salta a mil». Al mismo tiempo, Borkheim, invocando el testimonio de Katkoff, correligionario de Bakunin en su juventud, que luego había transmigrado al campo de la reacción, asomaba ciertas sospechas contra Bakunin, «por razón de no sé qué historias de dinero», a lo que Marx no daba ninguna importancia, como tampoco Engels, quien observaba, con filosófico desenfado: «El sablazo es un medio de vida demasiado habitual en Rusia, para que ningún ruso pueda hacer a otro reproches a este respecto.» Inmediatamente después de referirse a las intrigas de Borkheim, Marx escribía que el Consejo general había de decidir si un tal Richard, que luego resultó ser realmente un impostor, había sido expulsado con razón de la Internacional por la sección lyonesa, añadiendo que, fuera de su devoción ciega por Bakunin y del exceso de sabiduría que esto llevaba aparejado, no creía que hubiese nada que reprocharle. «Parece que nuestra última circular ha causado gran sensación, y que tanto en Suiza como en Francia se ha desatado una verdadera batida contra los bakuninistas. Pero no hay que pasarse de la raya, y ya me cuidaré yo de que no vaya a cometerse ningún desafuero.»

A estas buenas intenciones contradecía abiertamente el «comunicado confidencial» que Marx hizo llegar pocas semanas después, el 28 de marzo, al comité directivo de los de Eisenach en Braunschweig, por mediación de Kugelmann. La medula de este comunicado era la circular del Consejo general de 1.º de enero, que sólo estaba destinada a Ginebra y a los consejos federales de habla francesa y que, no solamente había conseguido ya la finalidad práctica que se proponía, sino que había desatado incluso aquella «batida» contra los bakuninistas que Marx reprobaba. ¿Qué era lo que le movía a dirigir ahora aquella misma circular, a despecho de lo ocurrido, a Alemania, donde Bakunin no tenía un solo partidario? No era posible saberlo.

Y todavía era más inexplicable que Marx encuadrase aquella circular, entre una introducción y unas palabras finales más adecuadas para atizar aquella «batida» contra Bakunin, reputada injusta, que para ponerle coto. La introducción empezaba haciendo grandes reproches a Bakunin, que primero había intentado escabullirse en la Liga de la Paz y la Libertad, desde cuyo comité ejecutivo se le vigilaba como a «ruso sospechoso». Después de errar el tiro en esta Liga, con sus absur-

dos programáticos, habíase afiliado a la Internacional, creyendo que iba a convertir en instrumento suyo esta organización. Para ello, había fundado la Alianza de la Democracia socialista. Cuando el Consejo general se negó a reconocerla, la disolvió nominalmente, pero de hecho seguía funcionando bajo la dirección de Bakunin, que ahora procuraba alcanzar lo que se proponía por otro camino. Había hecho figurar la cuestión hereditaria en el programa del congreso de Basilea para batir teóricamente al Consejo general y preparar así el terreno para desplazarlo a Ginebra. Tramó «una verdadera conspiración» encaminada a conseguir en el congreso una mayoría, pero no logró sacar adelante sus propuestas, y el Consejo general siguió en Londres. «La furia causada por este fracaso—el fracaso de los planes con los cuales, caso de prosperar, tal vez alentase Bakunin ciertas especulaciones de orden privado»—se había traducido luego en los ataques de la *Egalité* contra el Consejo general, a los cuales había contestado éste con su carta circular de 1.° de enero.

Marx inserta esta circular al pie de la letra en el comunicado confidencial, y continúa diciendo que, antes de que hubiese llegado a Ginebra la carta, ya había estallado aquí la crisis, que el Consejo federal latino había reprobado los ataques de la *Egalité* contra el Consejo general y sometería al periódico, en lo sucesivo, a una estrecha vigilancia, en vista de lo cual Bakunin se había retirado de Ginebra al Tesino. «A poco de esto, falleció Herzen. Bakunin, que desde los tiempos en que había querido traer a sus manos la dirección del movimiento obrero europeo no había hecho más que renegar de su antiguo amigo y patrón, prorrumpió inmediatamente después de su muerte en cánticos de alabanza. ¿Por qué? Herzen, a pesar de su gran fortuna personal, dejaba que todos los años el partido paneslavista seudo-socialista ruso le pasase veinticinco mil francos para gastos de propaganda. Con sus cánticos de alabanza, Bakunin quería atraer hacia sí este dinero, haciéndose cargo de la «herencia de Herzen» sin ningún género de escrúpulos, a pesar de todo su odio por la institución hereditaria.» Entretanto, había ido formándose en Ginebra una colonia de jóvenes emigrados rusos, estudiantes animados de magníficas intenciones y que hacían de la lucha contra el paneslavismo el punto central de su programa; estos estudiantes se inscribieron como rama de la Internacional y propusieron a Marx, provisionalmente, para representante suyo en el Consejo general, peticiones ambas a las que se había accedido. Al mismo tiempo, estos emigrados rusos declaraban que no tardarían en quitarle públicamente a Bakunin la careta, poniendo fin a las maniobras de este peligrosísimo intrigante, por lo menos en el campo de la Internacional. Con esto, terminaba el «comunicado confidencial» a que nos hemos venido refiriendo.

No hay para qué entrar a enumerar los errores copiosos en que este escrito incurre acerca de Bakunin. Los reproches que formula contra éste carecen, en general, de fundamento, y son tanto más infundados cuanto más graves parecen. Así ocurre principalmente con la acusación referente a la pesca de la herencia. En Rusia no existió nunca un partido seudosocialista y paneslavista que pasase a Herzen veinticinco mil francos anuales para propaganda; el granito insignificante que había de verdad en esta fábula era que un joven socialista llamado Batmetiev había creado, allá por los años de 1850, un fondo revolucionario de veinte mil francos, que Herzen administraba. Nada hay que nos permita afirmar que Bakunin sintiese jamás la ambición de traer ese fondo a su bolsillo personal, ni hay derecho tampoco a interpretar en este sentido la afectuosa necrología que hubo de publicar en la *Marseillaise* de Rochefort a la muerte del adversario político que había sido el amigo de su juventud. A lo sumo, podía hacérsele, por esto, el reproche de sentimentalismo, y lo cierto es que todas las faltas y todos los flacos de Bakunin, por muchos que tuviese, eran casi siempre el reverso de esas cualidades que suelen acompañar a los «intrigantes peligrosísimos».

Las últimas palabras del comunicado confidencial nos dan la pista de lo que indujo a Marx a estos errores. Se los había sugerido, evidentemente, el comité de emigrados rusos de Ginebra, es decir Utin, ya fuese personalmente o por mediación de Becker. Al menos, en una de las cartas de Marx a Engels, hay un pasaje de que parece desprenderse que la más grave de las sospechas que imputaba a Bakunin, la de haber escamoteado la herencia de Herzen, se la había inspirado Becker. Sin embargo, no concuerda con esto el que en una carta dirigida en aquellos días por el propio Becker a Jung, y que se conserva, aquél, aunque lamentando mucho el desbarajuste de Ginebra, la escisión surgida entre la *fabrique* y los *gros métiers,* los «fuegos fatuos nerviosos como Robin y las cabezas duras e intransigentes como Bakunin» diga de éste que es «mejor y más útil de lo que antes era». Las cartas dirigidas a Marx por Becker y la colonia de emigrados rusos no se han conservado; en sus respuestas oficial y privada a la nueva rama de la Internacional, Marx creyó más prudente no decir una palabra de Bakunin; en ellas, limitábase a recordar a la sección rusa como su principal misión laborar por Polonia, es decir, librar a Europa de su propia vecindad. No dejaba de hacerle cierta gracia aquello de ser representante de la joven Rusia, y decía que nunca podía uno saber qué rara compañía le depararía el mañana.

A pesar de estas palabras humorísticas, Marx sentía visiblemente una gran satisfacción al ver que la Internacional empezaba a tomar cuerpo entre los revolucionarios rusos. De otro modo, no tendría ex-



plicación que prestase oídos, viniendo de una persona a quien no conocía de nada, como era Utin, a las mismas sospechas contra Bakunin, que había rechazado cuando procedían de su viejo amigo Borkheim. Un curioso azar quiso que por aquellos días Bakunin se dejase seducir por un emigrado ruso, en quien veía la golondrina de la revolución rusa que se avecinaba, metiéndose, arrastrado por él, en una aventura que había de ser mucho más funesta para su nombre que ningún otro episodio de su agitada vida.

Unos cuantos días después de haberse dado curso al «comunicado confidencial», el 4 de abril, se reunió en La Chaux-de-Fonds el segundo congreso anual de la Federación latina, en el que surgió ya la ruptura abierta y franca. La sección ginebrina de la Alianza, que había sido ya admitida en la Internacional por el Consejo general, exigió que se la admitiese en la Federación latina y que dos delegados suyos pudiesen tomar parte en las deliberaciones del congreso. Utin se opuso a esta petición, atacando violentamente a Bakunin y denunciando a la sección de la Alianza en Ginebra como instrumento de sus intrigas, pero encontró un adversario resuelto en Guillaume, que, aunque era un fanático cerrado, tan desleal con Marx, en los últimos años sobre todo, como Utin lo era con Bakunin, se diferenciaba bastante, lo mismo en cultura que en talento, de su mísero rival. Guillaume triunfó por 21 votos contra 18. Pero la minoría se negó a acatar la voluntad de la mayoría, y el congreso se escindió. A partir de este momento, deliberaron dos congresos en vez de uno: el de la mayoría acordó trasladar la residencia del Consejo federal de Ginebra a La Chaux-de-Fonds, elevando a órgano de la organización a la *Solidarité*, que Guillaume habría de redactar en Neuenburg.

La minoría razonaba la obstrucción alegando que se trataba de una mayoría puramente fortuita, puesto que en La Chaux-de-Fonds sólo estaban representadas quince secciones, cuando solamente Ginebra contaba con treinta, y todas o casi todas se oponían a que la sección de la Alianza estuviese en la Federación latina. La mayoría, en cambio, se amparaba en que una sección admitida por el Consejo general no podía ser repudiada por un Consejo federal. El viejo Becker se lamentaba en el *Vorbote* de aquellas deplorables disputas que giraban sobre naderías y que sólo denotaban una ausencia absoluta de espíritu fraternal por ambas partes. La sección de la Alianza, a quien en el fondo sólo le preocupaba la propaganda de sus principios, podía renunciar perfectamente a ser admitida en una agrupación nacional, sobre todo si se la consideraba como un instrumento de las intrigas de Bakunin, que hacía ya mucho tiempo que no gozaba de simpatías en Ginebra. Pero si insistía, a pesar de todo, en ser admitida, era mezquino y pueril rechazarla o hacer de su admisión pretexto para divisiones y rencillas.

Sin embargo, la cosa no era tan sencilla como creía Becker. Los acuerdos adoptados por ambos congresos, aunque tuviesen muchos puntos de contacto, diferían en la cuestión decisiva, en la discrepancia de que habían surgido todos los embrollos de Ginebra. El congreso de la mayoría abrazaba la posición de los *gros métiers,* renunciaba a una política que sólo aspirase a producir la revolución social mediante reformas nacionales, pues todo Estado políticamente organizado no era más que el instrumento de explotación capitalista basado en el derecho civil, y por eso las intervenciones del proletariado en la política burguesa no servían, en última instancia, más que para fortificar el sistema imperante y para paralizar la acción revolucionaria del proletariado. En cambio, el congreso de la minoría hacía suyo el criterio de la *fabrique;* condenaba el abstencionismo político como sistema funesto para el movimiento obrero y recomendaba la participación electoral, no porque por esta vía fuese a conseguirse la emancipación de la clase trabajadora, sino porque la representación parlamentaria era para los obreros un medio de propaganda y agitación de que, por razones tácticas, no podía prescindirse.

El nuevo Consejo federal de La Chaux-de-Fonds exigió del Consejo general que le reconociese como órgano directivo de la Federación latina. El Consejo general no accedió a lo solicitado, sino que dispuso, en 28 de junio, que el Consejo federal de Ginebra, detrás del cual se agrupaba la mayoría de las secciones ginebrinas, se mantuviese en su puesto como hasta allí y que el nuevo Consejo federal se asignase un nombre local cualquiera. Mas el nuevo Consejo no quiso someterse a este fallo, perfectamente equitativo y que además él mismo había provocado, sino que protestó vivamente contra el ansia de mando, contra el «autoritarismo» del Consejo general, con lo cual la oposición marcada en el seno de la Internacional tenía ya su segundo tópico. El primero era, como acabamos de ver, el abstencionismo político.

Por su parte, el Consejo general rompió todo género de relaciones con el nuevo Consejo federal de La Chaux-de-Fonds.

8. La amnistía irlandesa y el plebiscito francés.

El invierno de 1869 a 1870 fué para Marx una nueva época de sufrimientos físicos y de enfermedades, pero, por lo menos, ahora veíase libre de sus eternos agobios de dinero. El 30 de junio de 1869, Engels se había librado por fin del «vil comercio», y ya hacía medio año que preguntara a Marx si podría arreglarse con 350 libras al año. Al separarse del negocio, proponíase poner a su socio por condición que aportase

esta suma para su amigo, durante cinco o seis años. Por la correspondencia cruzada entre ellos, no podemos averiguar cómo llegó a cerrarse el pacto; lo cierto es que Engels garantizó plenamente la situación económica de su amigo, no sólo por espacio de cinco o seis años, sino hasta su muerte.

Políticamente, los dos se ocupaban mucho durante esta temporada de la cuestión irlandesa. Engels hizo profundos estudios acerca de sus raíces históricas, cuyos frutos no llegaron, desgraciadamente, a ver la luz, y Marx interesó vivamente al Consejo directivo de la Internacional en el movimiento irlandés, que reclamaba la amnistía de los fenianos, condenados sin sujeción a forma e infamemente maltratados en el presidio. El Consejo general expresó su admiración por la firmeza, el ánimo levantado y la valentía con que el pueblo irlandés llevaba aquella campaña y estigmatizó la política de Gladstone, que, olvidándose de todas sus promesas electorales, rehusaba la amnistía o la sometía a condiciones injuriosas para las víctimas del desgobierno y para el pueblo irlandés; en este manifiesto de adhesión a Irlanda, se le reprochaba duramente al primer ministro el que, después de haber aplaudido con entusiasmo, sin preocuparse del cargo que ostentaba, a los rebeldes sublevados contra los esclavistas de Norteamérica, predicase ahora al pueblo inglés la doctrina del avasallamiento, y se decía que toda su conducta en el asunto de la amnistía irlandesa era un auténtico y verdadero producto de aquella «política de conquistas» que Gladstone había marcado con el hierro candente de su fogosa palabra para eliminar del gobierno a sus rivales, los *torys*. En una de sus cartas a Kugelmann, Marx dice que combate a Gladstone lo mismo que en otro tiempo había combatido a Palmerston: «Estos emigrados demagógicos que andan por aquí prefieren atacar a los déspotas continentales guardando una prudente distancia. Para mí, los ataques no tienen encanto más que cuando se lanzan al tirano en su propia cara.»

Para Marx, fué una gran alegría el que esta campaña irlandesa valiese un gran triunfo a su hija mayor. Como la prensa inglesa silenciaba tenazmente las infamias cometidas con los fenianos presos, Jenny Marx se decidió a enviar, bajo el seudónimo de Williams, que había solido emplear su padre allá por el año 1850, unos cuantos artículos a la *Marseillaise* de Rochefort, en los cuales pintaba con colores vivísimos el trato que a los delincuentes políticos daba la «libre» Inglaterra. Gladstone no pudo desmentir estas revelaciones, publicadas en el periódico seguramente más leído de todo el continente; a las pocas semanas, la mayoría de los fenianos presos eran puestos en libertad y embarcaban rumbo a América.

La *Marsellaise* habíase hecho famosa en Europa atacando de la manera más audaz al cuarteado Imperio. A comienzos del año 1870, Bona-

parte aventuró la última tentativa desesperada para salvar el régimen, chorreante de sangre y lodo, haciendo ciertas concesiones a la burguesía, para lo cual elevó a la presidencia del Consejo de ministros al charlatán liberal Ollivier. Este intentó acometer las llamadas «reformas», pero como ningún gato deja de cazar ratones ni aun en trance de muerte, Bonaparte exigió que aquellas «reformas» llevasen el sello, auténticamente bonapartista, de un plebiscito. Ollivier fué lo bastante débil para plegarse, y llegó hasta recomendar a los prefectos que no escatimasen esfuerzo por sacar adelante la consulta plebiscitaria. Pero la policía bonapartista sabía más, en esto de organizar plebiscitos, que el charlatán vanidoso, y en vísperas de aquella gran jornada política descubrió un pretendido complot terrorista, que se decía organizado por elementos de la Internacional para atentar contra la vida del emperador. Ahora, Ollivier fué también lo bastante cobarde para someterse a las órdenes de la policía; al fin y al cabo no se trataba más que de obreros; no hubo en toda Francia «directivo» de la Internacional, o persona calificada como tal, a quien no se molestase con registros domiciliarios y detenciones.

El Consejo general se apresuró a publicar el 3 de mayo una protesta contra aquellos manejos policíacos, en la que se decía: «Nuestros estatutos obligan a todas las secciones de la Asociación a actuar públicamente. Y si los estatutos no fuesen lo bastante explícitos en este punto, ya el solo carácter de una asociación que está identificada con la misma clase obrera excluiría toda posibilidad de ser confundida con una sociedad secreta. Si las clases obreras, que forman la gran masa de las naciones, que crean su riqueza y en cuyo nombre gobiernan o dicen gobernar hasta los poderes más usurpadores, conspiran, lo hacen públicamente, como el sol conspira contra las tinieblas, con la conciencia plena y absoluta de que no hay, fuera de su órbita, ningún poder con títulos de legitimidad... Las medidas sensacionalistas de violencia tomadas contra nuestras secciones francesas no tienen más designio que servir a un fin: la manipulación del plebiscito.» Así era, en realidad; aquel indigno recurso logró alcanzar una vez más el fin indigno que se proponía. Por siete millones de votos contra millón y medio salió consagrado de las urnas «el Imperio liberal».

Conseguido esto, no hubo más remedio que dejar que se esfumase el fantasma del complot dinamitero. Cierto es que la policía decía haber descubierto el poder de los afiliados a la Internacional, un diccionario cifrado, en el que sólo pudo descifrar unos cuantos nombres propios, entre ellos el de Napoleón, y algunos términos químicos, como el de nitroglicerina; pero tan burdo era todo esto, que ni los tribunales bonapartistas se lo hubieran tragado. Y la acusación hubo de quedar reducida a aquel supuesto crimen que ya por dos veces había valido proce-

sos y condenas a los afiliados franceses de la Internacional: el crimen de pertenecer a sociedades secretas o no autorizadas.

Después de una brillante defensa, que esta vez llevó el obrero calderero Chatain, futuro miembro de la Comuna de París, el 9 de julio el tribunal decretó una serie de condenas, ninguna de las cuales excedía de un año de prisión y la pérdida de los derechos civiles. Casi al mismo tiempo, se desencadenaba la tormenta que había de barrer al segundo Imperio.

CAPITULO XIV

OCASO DE LA INTERNACIONAL

1. Hasta Sedán.

Mucho se ha escrito acerca de la actitud de Marx y Engels ante la guerra; en realidad, pocas palabras se necesitan para definir su posición. Ellos veían en la guerra un elemento, no del orden divino, como Moltke, sino del orden satánico, inherente e inseparable de la sociedad de clases, y muy especialmente de la sociedad capitalista.

Como cabezas históricas que eran, no se colocaban, naturalmente, en ese punto de vista perfectamente antihistórico de que la guerra es la guerra y de que todas deben medirse por el mismo rasero. Para ellos, toda guerra respondía a causas concretas y engendraba sus efectos propios, y de ellos, de unas y otros, dependía la actitud que ante una guerra hubiera de adoptar la clase trabajadora. No era otro tampoco el punto de vista de Lassalle, con quien ambos habían discutido en el año 1859 acerca de las condiciones reales de la guerra entablada; en lo que estaban de acuerdo los tres era en lo fundamental: en la tendencia a explotar aquella guerra del modo más beneficioso para la cruzada de emancipación proletaria.

Este mismo punto de vista había informado su posición ante la guerra de 1866. Fracasada la revolución alemana de 1848 en su empeño de crear la unidad nacional, el gobierno de Prusia buscó el modo de explotar en su provecho aquel movimiento alemán de unidad que la evolución económica del país estaba fomentando constantemente, para instaurar, en vez de una Alemania unida, una Prusia grande, como el emperador Guillermo I se había de expresar en su vejez. Marx y Engels, Lassalle y Schweitzer, Liebknecht y Bebel estaban todos de acuerdo en que la unidad alemana, de que el proletariado alemán necesitaba como etapa preliminar para su campaña de emancipación, sólo podía realizarse por medio de una revolución nacional, y esto llevábales a combatir duramente todas las tendencias dinásticas y particularistas de la política de expansión prusiana. Pero cuando la batalla de Königgrätz hubo fallado el pleito, no tuvieron más remedio que ir mordiendo todos, unos antes que otros, según su agudeza de visión para penetrar en los «supuestos de hecho», en esta amarga manzana; demostrada la imposibilidad de una revolución nacional por la co-

bardía de la clase burguesa y la poca fuerza del proletariado, y siendo evidente que aquella Prusia grande fraguada por «la sangre y el hierro» brindaba a la lucha de clases del proletariado perspectivas más propicias que la restauración—suponiendo que ésta hubiera sido posible, que no lo era—de la Dieta federal alemana, con su lamentable política localista, no había más que atenerse a la nueva situación. Marx y Engels echaron sus cuentas inmediatamente, y lo mismo hizo Schweitzer, como sucesor de Lassalle en el movimiento obrero: aceptaron la Confederación alemana del Norte, con toda su miseria y todo su raquitismo, como un hecho consumado que, si bien no tenía nada de agradable ni podía mover a entusiasmo, ofrecía a las luchas de la clase obrera alemana un asidero más firme que aquel espantoso régimen de la Dieta federal. En cambio, Liebknecht y Bebel no acertaban a desprenderse de sus ideas revolucionarias de una Alemania grande, y laboraron incansablemente, en los años que siguieron al de 1866, por destruir la Confederación alemana del Norte.

La posición que Marx y Engels habían de adoptar ante la guerra de 1870 estaba ya lógicamente contenida, hasta cierto punto, en su actitud del año 1866. No se pronunciaron nunca respecto a sus causas inmediatas, ni en lo que se refería a la candidatura de un Hohenzollern al trono de España, manejada por Bismarck contra Bonaparte, ni en lo tocante a la alianza franco-italiana-austriaca, manejada por Bonaparte contra Bismarck; dentro de las circunstancias de la época, no era posible formular un juicio certero acerca de ninguna de las dos cosas. Pero, en lo que la política bonapartista de guerra se enderezaba contra la unidad nacional de Alemania, Marx y Engels reconocieron que ésta guerreaba a la defensiva.

Marx razona detenidamente este modo de ver en la alocución redactada por él y publicada por el Consejo de la Internacional el 23 de julio. En ella se dice que «el complot guerrero de 1870 no es más que una edición corregida y aumentada del golpe de Estado de 1851», pero que ya sonaban las campanadas de muerte del segundo Imperio, el cual acabaría como había empezado: con una parodia. Mas no debía olvidarse que habían sido los gobiernos y las clases dominantes quienes habían permitido a Bonaparte pasarse dieciocho años seguidos representando aquella comedia cruel del Imperio restaurado. Si la guerra era, por parte de Alemania, una guerra defensiva, ¿quién había colocado a este país en la necesidad de defenderse, quién había facilitado a Luis Bonaparte la realización de su empeño guerrero contra Alemania? Prusia. Antes de su triunfo en Königgrätz, Bismarck había conspirado con este mismo Bonaparte, y después de su victoria sobre Austria no había enfrentado a la esclavizada Francia una Alemania libre, sino que a todas las hermosuras innatas del viejo sistema había añadi-

do todos los trucos del segundo Imperio, haciendo que el régimen bonapartista floreciese a ambos lados del Rin. ¿Qué otra cosa podía salir de ahí sino la guerra? «Si la clase obrera alemana permite que esta guerra pierda su carácter estrictamente defensivo y degenere en una guerra contra el pueblo francés, serán igualmente funestas la victoria y la derrota. Toda la miseria que cayó sobre Alemania después de las guerras llamadas de la Independencia, resurgiría con furia redoblada.» La alocución aludía a las manifestaciones antiguerreras de los obreros franceses y alemanes, que no permitían anticipar un desenlace tan triste. Y ponía de relieve que allá en el fondo de esta lucha suicida acechaba la sombra funesta de Rusia. Todas las simpatías que los alemanes tenían derecho a sentir mientras se trataba de una guerra defensiva contra la soberbia bonapartista, se derrumbarían si permitiesen al gobierno prusiano solicitar o aceptar la ayuda de los cosacos.

Dos días antes de publicarse esta proclama, el 21 de julio, el Reichstag de Alemania del Norte autorizó un crédito de guerra de 120 millones de tálers. Los representantes de los lassalleanos en el parlamento, siguiendo la política que mantenían desde 1866, votaron a favor. En cambio, Liebknecht y Bebel, que representaban en el Reichstag a la fracción de Eisenach, se abstuvieron, no queriendo conceder con sus sufragios un voto de confianza al gobierno de Prusia, cuyo proceder en el año 1866 había determinado la presente guerra, y no queriendo tampoco votar en contra para que no fuese a interpretarse esto como un voto favorable a la política escandalosa y criminal de Bonaparte. Liebknecht y Bebel se situaban ante la guerra en una actitud sustancialmente moral, como cumplía a las ideas que el primero hubo de exteriorizar más tarde en su obra sobre el despacho de Ems y Bebel en sus Memorias.

Esta actitud encontró una oposición resuelta en el seno de su fracción y sobre todo en el comité directivo de Braunschweig. En realidad, la abstención de los dos diputados no representaba una política práctica, sino una afirmación moral, que, por muy legítima que fuese, no respondía a las exigencias políticas de la hora. Si en asuntos privados cabe y basta a veces decir a ambos contendientes: ninguno de los dos tiene razón y no quiero mezclarme en vuestras discordias, semejante actitud no es admisible en la vida de los Estados, donde los pueblos tienen que lavar con su sangre las culpas y disputas de los reyes. La imposible neutralidad de los dos diputados empezó a dar sus frutos prácticos en la actitud, nada clara ni consecuente, que hubo de adoptar en las primeras semanas de la guerra el *Leipziger Volkstaat,* órgano de la fracción de Eisenach. Esto vino a agudizar el conflicto planteado entre la redacción, o sea Liebknecht, y el comité directivo, que acudió a Marx pidiéndole ayuda y consejo.

Inmediatamente de estallar la guerra, el 20 de junio, antes por tanto de que Liebknecht y Bebel se abstuviesen de votar, Marx había escrito a Engels, en los términos siguientes, después de hacer una severa crítica de los «chovinistas republicanos» franceses: «Los franceses necesitan una zurra. Si los prusianos vencen, la centralización del Estado favorecerá la centralización de la clase obrera. Además, la supremacía alemana desplazará el centro de gravedad del movimiento obrero del occidente de Europa de Francia a Alemania, y no hay más que comparar el desarrollo del movimiento en ambos países desde 1866 para acá, para convencerse de que la clase obrera alemana está por encima de la francesa, lo mismo en teoría que en organización. El triunfo de la primera sobre la segunda en la escena del mundo representaría a la par el triunfo de nuestra teoría sobre la de Proudhon, etc.» Al recibir la solicitud del comité de Braunschweig, Marx se dirigió a Engels, como hacía siempre en asuntos de importancia, pidiéndole consejo, y fué Engels quien decidió, lo mismo que había hecho en el año 66, la táctica de ambos amigos.

He aquí lo que dice Engels en su carta de contestación, fecha 15 de agosto: «A mí me parece que los términos del caso son los siguientes: Alemania se ve arrastrada por Badinguet (Bonaparte) a una guerra para defender su existencia nacional. Si Badinguet triunfa, el bonapartismo se habrá consolidado para una serie de años y Alemania quedará destrozada para muchos años también y acaso para varias generaciones. Ya no habría que pensar en un movimiento obrero alemán autónomo; la lucha por restaurar la unidad nacional lo absorbería todo, y en el mejor de los casos los obreros alemanes irían a la zaga de los franceses. La victoria de Alemania daría al traste, desde luego, con el bonapartismo francés, acabaría de una vez con las eternas disputas por la restauración de la unidad alemana, los obreros alemanes podrían organizarse sobre una base nacional muy distinta a la de hoy, y los franceses, cualquiera que fuese el gobierno que se les deparase, tendrían siempre un campo más libre que bajo el bonapartismo. La masa del pueblo alemán, sin distinción de clases, ha visto que en esta guerra está empeñada en primer término su existencia como nación, y se ha puesto en pie sin vacilar. Yo no creo posible que ningún partido político alemán deba, en estas circunstancias, predicar *à la* Guillermo [Liebknecht] la total obstrucción, anteponiendo toda una serie de miramientos secundarios a lo que debe ser preocupación fundamental.»

Engels condenaba con la misma dureza que Marx el chovinismo francés, que contagiaba hasta a los elementos de ideología republicana. «Badinguet no hubiera podido empeñarse en esta guerra a no ser por el chovinismo de la masa del pueblo francés, burgueses, pequeñoburgueses y labriegos, a los que se une el proletariado de la construc-

ción, oriundo del campo y creado en las grandes ciudades por obra de la política imperialista y bonapartista de Hausmann. Mientras no se dé en la cabeza, sin piedad, a este chovinismo, no habrá paz posible entre Alemania y Francia. Cabía esperar que se hubiese encargado de ello una revolución proletaria; pero, puesto que ha estallado la guerra, a los alemanes no les queda más camino que hacerlo, y pronto.»

Los «miramientos secundarios», a saber: el hecho de que la guerra estuviese capitaneada por Bismarck y compañía, y de que, caso de triunfar, les valdría una gloria pasajera, debíanse a la miseria de la burguesía alemana. Era lamentable, pero no había más remedio que aceptarlo. «Sería absurdo querer tomar el antibismarckismo por principio normativo único y absoluto.» En primer lugar, Bismarck, lo mismo ahora que en 1866, lo que hace es impulsar con su política nuestro movimiento, a su modo y sin saberlo, claro está. Nos limpia el solar para construir. Y además, hay que tener en cuenta que ya no estamos en el año 1815. Ahora, no habrá más remedio que dar entrada en el parlamento a los alemanes del Sur, con lo cual quedará un poco contrapesado el prusianismo... Eso de querer cancelar toda la historia desde el año 1866 para acá como quiere Liebknecht, pura y sencillamente porque no le place, es una tontería. Pero ya sabemos lo que dan de sí nuestros meridionales modelos.»

Engels vuelve a insistir, en el transcurso de su carta, sobre la política de Liebknecht. «Es divertida en Guillermo la posición de que porque Bismarck sea un antiguo cómplice de Badinguet no hay más actitud auténtica que mantenerse neutral. Si esa fuese la opinión de toda Alemania, pronto volveríamos a la vida del Rin, y el buen Guillermo vería qué papel le tocaba y adónde iba a parar el movimiento obrero. ¡Magnífico pueblo para hacer la revolución social un pueblo que no ha hecho en su vida más que llevar bofetadas y pisotones, sobre todo fraccionado en todos esos Estaditos por los que Guillermo siente tanta debilidad. Se ve que Guillermo especula sobre el triunfo de Bonaparte por gusto de ver salir derrotado a su Bismarck. Ya recordarás cómo le amenazaba siempre con el francés. Tú, naturalmente, estarás de parte de Guillermo.» La última frase tenía un sentido irónico: aludía a unas palabras de Liebknecht diciendo que Marx estaba de acuerdo con su actitud y la de Bebel, al abstenerse de votar los créditos de guerra.

Marx reconocía que había aplaudido la «declaración» de Liebknecht. Tratábase de un «momento» en que el mantenerse fiel a los principios constituía un acto de bravura, pero esto no quería decir que aquel momento perdurase, ni mucho menos que la actitud del proletariado alemán en una guerra que había adquirido carácter nacional hubiera de tomar por norma la antipatía de Liebknecht contra los pru-

sianos. Marx, con su cuenta y razón, hablaba de la «declaración», y no de la abstención de votar, que era cosa distinta. Mientras que los lassalleanos habían votado los créditos de guerra, uniendo sus voces al coro de la mayoría burguesa, sin destacar para nada su posición socialista, Liebknecht y Bebel habían emitido un «voto razonado». En él, no se limitaban a explicar su abstención, sino que unían a ella como «republicanos sociales y afiliados a la Internacional, que combatía contra todos los opresores sin distinción de nacionalidad, aspirando a unir a todos los oprimidos en una asociación fraternal común», una protesta de principio contra esta guerra, igual que contra toda guerra dinástica, y expresaban la esperanza de que los pueblos de Europa, adoctrinados por estas terribles enseñanzas, hiciesen todo lo posible por conquistar su soberanía, derribando el régimen de sable y de clase imperante, que era la causa de todos los males políticos y sociales. Esta «declaración», que por vez primera alzaba en un parlamento europeo la bandera de la Internacional, tremolándola además, valientemente, ante un problema que caía de lleno en la historia universal, era lógico que hubiese satisfecho a Marx.

Y que era esto lo que él «aplaudía», y no otra cosa, se desprendía de sus mismas palabras. La abstención de votar no significaba precisamente un acto de «fidelidad a los principios», sino que era más bien un pacto; en efecto, Liebknecht quería votar en contra, y fué Bebel quien le persuadió de que debían abstenerse. Además, la posición abstencionista coartaba su libertad de movimientos y no sólo en el «momento» de tomarla, como la política de su periódico demostraba a cada número. Finalmente, no representaba tampoco un «acto de valentía», en el sentido de que llevaba en sí su propia justificación. Si Marx hubiera hablado de «acto de valentía» en este sentido, habría tenido que aplaudir también, y con mayor razón aún, la bravura de Thiers que, bajo una lluvia de insultos de los mamelucos del Imperio, se levantó a hablar en la Cámara francesa contra la guerra, en términos vivísimos, o la de los demócratas burgueses del corte de Favre y Grevy, que no se contentaron con abstenerse de votar los créditos de guerra, sino que votaron derechamente en contra, en medio de un ambiente patriótico que era, por lo menos, tan agresivo como el que reinaba en Berlín.

Las deducciones que Engels sacaba de su modo de enfocar la situación, en cuanto a la política de los obreros alemanes, se resumían en esto: unirse al movimiento nacional en cuanto éste se limitase a la defensa de Alemania (sin que esto excluyese la táctica ofensiva hasta el momento de la paz), subrayando en todo momento la distinción entre los intereses nacionales alemanes y los de la dinastía prusiana, oponerse a todos los planes de adhesión de Alsacia-Lorena; en cuanto empuñase el timón del pueblo francés un gobierno republicano no chovi-

nista, influir para que se concertase con él una paz honrosa; poner de relieve constantemente la unidad de intereses de los obreros franceses y alemanes, que no habían aprobado la guerra, ni guerreaban tampoco entre sí.

Marx se declaró perfectamente identificado con esta posición, y en este sentido contestó al comité de Braunschweig.

2. Después de Sedán.

Pero, antes de que este comité tuviese tiempo a poner en práctica las orientaciones recibidas de Londres, la situación dió un viraje radical y completo. Sobrevino la jornada de Sedán, Bonaparte cayó prisionero, el Imperio se derrumbó y fué proclamada en París una República burguesa al frente de la cual se pusieron, formando un «Gobierno de la Defensa nacional», los que hasta entonces habían sido diputados de la capital francesa.

Con esto, la guerra dejaba de ser para Alemania una guerra defensiva. El rey de Prusia, como jefe supremo de la Confederación alemana del Norte, había asegurado reiteradas veces y en los términos más solemnes que la guerra no iba contra el pueblo francés, sino contra el gobierno del emperador de Francia; los nuevos representantes del Poder en París se mostraban, además, dispuestos a pagar la indemnización de guerra que se les exigiese. Pero Bismarck exigía la cesión de territorios y llevó la guerra adelante por la conquista de Alsacia-Lorena, aun a trueque de pisotear con ello la consigna de la guerra defensiva.

En esto, no hacía más que seguir las huellas de Bonaparte, como las seguía también al organizar aquella especie de plebiscito que tendía a eximir al rey de Prusia de sus compromisos solemnes. En vísperas de la jornada de Sedán, desfilaron ya por delante del rey un tropel de «notabilidades» de todos los linajes y calañas, aclamándole en «masa» y pidiendo que se diesen a Alemania «fronteras seguras». Y tal impresión causaron al viejo rey los «unánimes deseos del pueblo alemán», que ya el día 6 de setiembre escribía a Berlín: «Se expondrían a perder su trono los príncipes que osasen resistir a estos deseos»; el 14 de setiembre, la «Correspondencia Provincial», periódico oficioso, declaraba que era «una simpleza creer que el supremo jefe de la Confederación alemana del Norte se podía considerar obligado por manifestaciones suyas espontáneas y personales.»

Sin duda para que no se manchase la pureza de los «deseos unánimes del pueblo alemán», se procuró reprimir por la fuerza todo brote



de oposición. El 5 de setiembre había publicado el Comité de Braunschweig una proclama invitando a la clase obrera a organizar manifestaciones públicas en favor de una paz honrosa con la República francesa y contra la anexión de Alsacia-Lorena; en esta proclama se insertaban literalmente algunos párrafos de la carta que Marx dirigiera al Comité, aconsejándole. El 9 de setiembre fueron detenidos militarmente y conducidos bajo cadenas a la fortaleza de Lötzen los firmantes de la proclama. En esta misma prisión fué encerrado como preso gubernativo Juan Jacoby, que en un mitin celebrado en Konigsberga se había pronunciado también contra los planes de anexión violenta de territorios franceses, atreviéndose a pronunciar estas horribles palabras: «Hasta hace pocos días, nuestra guerra era una guerra defensiva, una guerra santa por nuestra amada patria; hoy, es una guerra de conquista, una cruzada para imponer la supremacía de la raza germánica en Europa.» Todo un cortejo de prohibiciones y secuestros, registros domiciliarios y detenciones vinieron a completar este régimen militar de terror con que se protegían de toda posible duda los «unánimes deseos del pueblo alemán».

El mismo día en que eran detenidos los vocales del comité de Braunschweig, el Consejo directivo de la Internacional tomaba la palabra, y se dirigía al mundo con una segunda alocución, redactada por Marx con la colaboración de Engels, explicando la nueva situación. El documento empezaba haciendo notar cuán pronto se había cumplido su predicción de que esta guerra asestaría el golpe de muerte al segundo Imperio, como también su temor de que se trocase, por parte de Alemania, de guerra defensiva en ofensiva. La camarilla militar prusiana había optado por la guerra de conquista, no sin antes eximir, ¡y de qué modo!, al rey de Prusia de las obligaciones que él propio asumiera en cuanto al carácter defensivo. «Los jefes de la escena hicieron ver que accedían de mala gana a los imperativos irresistibles del país, y dieron inmediatamente el santo y seña a la clase media liberal, con sus profesores, sus capitalistas, sus periodistas y sus concejales. Esta clase media, que en todas las luchas libradas por la libertad burguesa desde 1846 hasta 1870 ha dado al mundo un espectáculo jamás conocido de perplejidad, incapacidad y cobardía, se entusiasmaba, naturalmente, de poder pisar la escena de Europa como león mugiente del patriotismo alemán. Y adoptó una falsa actitud de ciudadanía independiente para aparentar como si forzase al gobierno de Prusia a aceptar..., ¿qué? Los planes secretos de ese mismo gobierno. Reclamando la desmembración de la República francesa, hacía penitencia por aquella larga serie de años que se había pasado creyendo, de un modo casi religioso, en la infalibilidad de Luis Bonaparte.»

La alocución pasaba luego a investigar «los pretextos plausibles»

que «estos patriotas hasta la medula» aducían para legitimar la anexión de Alsacia-Lorena. Claro está que no se atrevían a sostener que los alsacianos-loreneses suspirasen por el abrazo alemán, pero sí que esos territorios habían pertenecido, hacía mucho, muchísimo tiempo, al Imperio alemán, sepultado por los siglos. «Si vamos a rehacer de una vez el viejo mapa de Europa invocando los títulos históricos, no debemos olvidar que en sus tiempos el gran Elector de Brandemburgo era vasallo de la República de Polonia en sus posesiones prusianas.»

Lo que más embrollaba a «mucha gente flaca de juicio», era que «los astutos patriotas» reclamasen las provincias de Alsacia-Lorena como «garantía material» contra agresiones francesas. En una disquisición de ciencia militar, obra de Engels, la alocución demostraba que Alemania, como las experiencias de esta misma guerra habían probado, no necesitaba para nada que se fortificasen sus fronteras contra Francia. «Si la actual campaña ha demostrado algo, ha sido precisamente lo fácil que es atacar a Francia desde Alemania.» Pero, además, ¿no era un absurdo, un anacronismo, erigir las razones militares por principio normativo para trazar las fronteras de las naciónes? «Aplicando esta regla, resultaría que Austria tenía todavía derecho a reivindicar para sí Venecia y la Minciolina, y Francia a ocupar la línea del Rin para proteger a París, más expuesto indudablemente a los ataques del Norte y del Este que Berlín a los del Oeste y del Sur. Si el trazado de las fronteras hubiera de responder a razones militares, las reclamaciones no acabarían nunca, pues toda línea militar es por fuerza defectuosa, y habría que estarla rectificando constantemente por medio de nuevas anexiones; además, ningún trazado sería definitivo y justo, porque todos le serían impuestos al vencedor por el vencido, albergando en su seno el germen de una nueva guerra.»

La alocución traía al recuerdo las «garantías materiales» que se asignara Napoleón en la paz de Tilsit y que no habían sido obstáculo para que, años después, su poder gigantesco se derrumbara como una caña podrida ante el empuje del pueblo alemán. «¿Qué valen las «garantías materiales» que Prusia puede o podría imponer a Francia, en sus sueños más feroces, comparadas con las que Napoleón le impuso a ella? El desenlace será tan funesto en un caso como en otro.»

Los portavoces del patriotismo populista sostenían que no había que confundir a los alemanes con los franceses, que los alemanes no querían fama, sino seguridad, que eran un pueblo esencialmente pacífico. «¡Naturalmente, no fué Alemania la que en 1792 cayó sobre Francia, animada por el sublime anhelo de matar a bayonetazos la revolución del siglo XVIII! ¡Ni fué tampoco Alemania, por lo visto, la que manchó sus manos en la esclavización de Italia, la opresión de Hungría y la desmembración de Polonia! ¡Su régimen militar vigente, que

divide a toda la población masculina capaz de luchar en dos partes, una que forma el ejército permanente en pie de guerra, y otra que constituye otro ejército permanente en uso de licencia, ambas obligadas por igual a guardar obediencia pasiva a un soberano de derecho divino, es, naturalmente, una «garantía material» para la paz del mundo y, además, para los fines supremos de la civilización! En Alemania, como en todas partes, los cortesanos de todos los poderes reinantes envenenan la opinión pública, incensándola y cubriéndola de alabanzas mentirosas. Estos patriotas alemanes a quienes tanto indigna, por lo visto, la contemplación de las fortificaciones francesas de Metz y Estrasburgo, no parecen sentir indignación alguna ante ese monstruoso sistema de fortificaciones moscovitas de Varsovia, Modlin e Ivangorod. Tiemblan de pánico ante los horrores de una posible agresión bonapartista, pero cierran los ojos cuando se trata de la vergüenza de la autocracia zarista protectora.»

A continuación, la proclama de la Internacional desarrollaba la tesis de que la anexión de Alsacia-Lorena echaría a la República francesa en brazos del zarismo. ¿De veras creían los pangermanistas que era éste el mejor modo de asegurar la libertad y la paz de Alemania? «Si la fortuna de las armas, la soberbia del triunfo y las intrigas dinásticas arrastrasen a Alemania a despojar a Francia por rapiña de una parte de su territorio, a Francia no le quedarían más que dos caminos. O echarse a los pies de Rusia, con todas sus consecuencias, dejándose esclavizar abiertamente por la expansión del zarismo, o prepararse, a la vuelta de muy poco tiempo, para una nueva guerra «defensiva», pero no para una de esas guerras «localizadas» que ahora se estilan, sino para una guerra de razas contra las razas aliadas de los eslavos y los romanos».

La clase obrera alemana había apoyado enérgicamente esta guerra, que no estaba en sus manos evitar, mientras había sido una guerra por la independencia de Alemania y por librar a este país y a Europa entera de la pesadilla agobiadora del segundo Imperio. «Fueron los trabajadores alemanes de la ciudad y del campo los que dieron sus nervios y sus músculos a los heroicos ejércitos, mientras sus familias, abandonadas en el país, languidecían de hambre.» Diezmados por los combates, todavía causaba en ellos más mortandad la miseria de sus casas. Ahora, eran ellos quienes exigían garantías de que sus sacrificios sobrehumanos no habían sido en balde, de que sus esfuerzos habían sido para conquistar la libertad, de que las victorias arrancadas por ellos a los ejércitos bonapartistas no habían de convertirse, como en 1815, en una derrota infringida al pueblo. La primera de estas garantías que exigían era una «paz honrosa para Francia» y el «reconocimiento de la República francesa». La alocución aludía a la manifesta-

ción organizada por el comité de Braunschweig. Desgraciadamente, no había que confiar en un triunfo inmediato. Pero la historia se encargaría de demostrar que los obreros alemanes no estaban hechos de la misma pasta maleable que la clase media del país. Sabrían cumplir con su deber.

Luego, la alocución pasaba a analizar el nuevo estado de cosas del lado francés. La República no había derribado el trono, se había limitado a ocupar su vacante. No había sido proclamada como una conquista social, sino como una medida de defensa nacional. El Poder republicano estaba en manos de un gobierno provisional en que había orleanistas notorios y republicanos burgueses, algunos de éstos marcados para siempre con el hierro de la insurrección de junio de 1848. El reparto de funciones establecido entre los ministros del Gobierno provisional prometía poco bueno. Los orleanistas se habían adueñado de las posiciones fuertes—el ejército y la policía—, dejando a los pretendidos republicanos los puestos oratorios. Algunos de sus primeros actos demostraban con bastante claridad que no habían heredado del Imperio solamente un montón de escombros, sino también el miedo a la clase obrera.

«Todo esto coloca a la clase trabajadora francesa en una situación extremadamente difícil. Toda tentativa de derribar el nuevo gobierno, con el enemigo a las puertas de París casi, sería una necedad desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber como ciudadanos, pero no deben dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1792, como los campesinos franceses se dejaran engañar por la quimera de los recuerdos nacionales del primer Imperio. Su misión no es copiar el pasado, sino levantar el futuro. ¡Ojalá sepan aprovechar serena y resueltamente los medios que les brindan las libertades republicanas para sacar adelante sólidamente la organización de su propia clase! Esto les infundirá nuevas fuerzas hercúleas para laborar por el renacer de Francia y para nuestra empresa común: la emancipación del proletariado. De su fuerza y de su prudencia dependen los destinos de la República.»

La alocución encontró vivo eco entre los obreros franceses. Estos renunciaron a luchar contra el Gobierno provisional y cumplieron con su deber como ciudadanos, sobre todo el proletariado de París que, armado y organizado en Guardia nacional, tuvo una parte principalísima en la heroica defensa de la capital de Francia, pero sin dejarse fascinar por los recuerdos nacionales de 1792, sino laborando celosamente por su organización como clase. También los obreros alemanes supieron estar a la altura de su misión. A pesar de todas las amenazas y persecuciones, los lassalleanos y los de Eisenach se unieron para exigir una paz honrosa con la República. Reunido nuevamente el parla-

mento de la Alemania del Norte en el mes de diciembre para votar los nuevos créditos de guerra, los representantes de ambas fracciones contestaron con un rotundo no. Y Liebknecht y Bebel libraron la batalla con tan ardoroso celo e intrepidez tan retadora, que esto—y no su abstención anterior, como dice la leyenda—asoció muy en primer término a sus nombres la gloria de aquellas jornadas. Al clausurarse el parlamento, fueron detenidos por supuesto delito de alta traición.

Marx volvió a pasar este invierno agobiado de trabajo. Los médicos le habían mandado en agosto a tomar baños de mar, pero, estando ya en la playa, le «tumbó» un fuerte enfriamiento, y no pudo volver a Londres hasta el último día del mes, sin estar, ni mucho menos, repuesto del todo. No obstante, hubo de hacerse cargo de casi toda la correspondencia internacional del Consejo general, pues la mayor parte de los corresponsales a las secciones extranjeras habíanse trasladado a París. No se metía en la cama ninguna noche hasta las tres de la mañana, según escribía a su amigo Kugelmann el 14 de setiembre. ¡Y menos mal que para lo futuro podía confiar en la ayuda de Engels, que por aquellos días había fijado su residencia en Londres!

Marx, ahora, ponía sus inconmovibles esperanzas en la resistencia triunfal de la República francesa contra la guerra prusiana de conquista. La situación alemana—que inspiraba a un caudillo ultramontano y güelfo tan caracterizado como Windthorst el chiste mordaz de que ya que Bismarck se empeñaba en anexionar a todo trance territorio francés, lo mejor que hacía era quedarse con la Cayena, donde sus artes de estadista tendrían un magnífico campo—producían a Marx una gran amargura; «tal parece como si Alemania no se hubiera limitado a coger prisioneros a Bonaparte, a sus generales y a su ejército, sino que con él el país de los robles y los pinos se había asimilado también al imperialismo como régimen, con todas sus lacerias», escribía a Kugelmann el 13 de diciembre. En esta carta, apuntaba con visible satisfacción que la opinión pública de Inglaterra, que al estallar la guerra era ultrapartidaria de Prusia, había virado en redondo. Aparte de la simpatía decidida de la masa del pueblo hacia la República y de otras circunstancias, «el modo de llevar la guerra, el sistema de requisiciones, incendios de pueblos, fusilamientos de francotiradores, aprehensión de rehenes y demás reminiscencias de la guerra de los Treinta años, han provocado la indignación general de las gentes. Claro está que los ingleses no se han portado mejor en la India y en Jamaica, pero los franceses no son precisamente indios, ni chinos, ni negros, ni los prusianos se pueden comparar con los ingleses de origen divino. Es una idea muy hohenzolleriana esa de que un pueblo se conduce criminalmente defendiéndose, tan pronto como su ejército permanente abarca toda la nación». Esta idea hizo ya sufrir mucho a aquel bravo Federico

Guillermo III en la guerra entablada por el pueblo de Prusia contra el primer Napoleón.

La amenaza de Bismarck de bombardear París no era, a juicio de Marx, más que «un puro truco». «Según todas las leyes del cálculo de probabilidades, esta amenaza, no causará una gran impresión en París. Suponiendo que los prusianos destruyan un par de baluartes y hagan unas cuantas brechas, ¿de qué les servirá, siendo como son los sitiados muchos más que los sitiadores?... El único recurso eficaz es sitiar la plaza por hambre.» ¡Curioso cuadro! Aquel «canalla sin patria», que se abstenía de tener una opinion propia en cuestiones de ciencia guerrera, calificaba el bombardeo de París exigido por Bismarck como un «puro truco», exactamente por las mismas razones que invocaban para votar en contra, calificándolo de «hazaña de cadete», en una violenta disputa mantenida por espacio de más de una semana entre los bastidores del cuartel general alemán, todos los generales prestigiosos de este ejército, con la única excepción de Roon, a la par que todo aquel tropel de profesores y periodistas patrióticos, azuzados por los oficiosos de Bismarck, prorrumpían en explosiones de indignación moral contra la reina de Prusia y la princesa consorte del heredero de la corona, porque estas damas, fuese por razones sentimentales, o quién sabe si hasta animadas por sentimientos traidores, tiraban del brazo —al menos, así se decía—a sus maridos, héroes de guardarropía, para que no bombardeasen París.

Y cuando Bismarck, por si esto fuera poco, se lamentaba en un discurso altisonante de que el gobierno francés pusiera trabas a la libre emisión del pensamiento en la prensa y a los diputados en el parlamento, Marx cogió la pluma y analizó en el *Daily News* de 16 de enero de 1871 aquella «gracia berlinesa» haciendo un relato mordaz del régimen policíaco que campeaba en Alemania. El artículo terminaba así: «Francia—cuya causa, afortunadamente, está muy lejos de ser desesperada—lucha en este momento, no sólo por su propia independencia nacional, sino por la libertad de Alemania y de Europa.» En estas palabras está sintetizada la actitud que hubieron de adoptar Marx y Engels después de Sedán ante la guerra franco-prusiana.

3. La guerra civil en Francia.

El 28 de enero capituló París. En el documento de capitulación, firmado por Bismarck y Julio Favre, se pactaba expresamente que la Guardia nacional parisina conservaría sus armas.

Las elecciones a la Asamblea nacional arrojaron una mayoría monárquico-reaccionaria que elevó a la presidencia de la república a

aquel viejo intrigante de Thiers. Su primera preocupación, después de aceptadas por la Asamblea nacional las condiciones preliminares de paz—cesión de Alsacia-Lorena y una indemnización de cinco mil millones—, fué desarmar a París. Pues para este burgués reaccionario, como para los hidalgüelos de la nueva Asamblea, París en armas era la revolución.

El 18 de marzo, Thiers intentó robarle a la Guardia nacional de París sus cañones, bajo la descarada mentira de que eran propiedad del Estado, cuando habían sido fundidos durante el sitio a costa de la Guardia nacional, reconociéndoseles como propiedad suya en el tratado de capitulación de 28 de enero. La Guardia nacional se negó a entregarlos, y las tropas que habían sido destacadas para llevar a cabo el robo se pasaron a sus filas. Ya estaba encendida la guerra civil. El 26 de marzo, París votó su Comuna, cuya historia es tan rica en gestas y sufrimientos heroicos por parte de los obreros parisinos como en perfidias y cobardes crueldades de los partidos de orden acampados en Versalles.

Huelga decir la expectación ardorosa con que Marx seguía el desarrollo de los acontecimientos. El 12 de abril escribía a su amigo Kugelmann: «¡Qué flexibilidad, cuánta iniciativa histórica y cuánto espíritu y capacidad de sacrificio, en estos parisinos! Después de seis meses de hambre, minados por la traición interior más que por el enemigo de fuera, se alzan, bajo las bayonetas prusianas, como si jamás hubiese existido tal guerra entre Francia y Prusia y el enemigo no estuviese todavía a las puertas de París. La historia no registra ejemplo semejante de tamaña grandeza.» Si los de París sucumbían, habría que achacarlo a su «buen corazón». Debían haber marchado inmediatamente sobre Versalles, después que las tropas y los elementos reaccionarios de la Guardia nacional les dejaron el campo libre. Pero no habían querido encender la guerra civil, por escrúpulos de conciencia, como si no la hubiese desatado antes ese engendro maligno de Thiers, con la tentativa de desarmar a París. Pero, aunque sucumbiese, el alzamiento de los parisinos sería la hazaña más gloriosa de nuestro partido desde la insurrección de junio. «Comparemos a estos escaladores de cielos de París con los celestes esclavos del sacro romano Imperio prusiano-alemán, con sus mascaradas póstumas, apestando a cuartel, a iglesia, a hidalgos rurales y a toda casta de filisteísmos.»

Al hablar del alzamiento de París como de una hazaña de «nuestro partido», Marx se expresaba, y muy legítimamente, en un sentido general, ya que la clase obrera de París era el espinazo del movimiento, pero sus palabras tenían también otro sentido más concreto, aludiendo a que los afiliados parisinos de la Internacional, se contaban entre los luchadores más conscientes y más bravos de la Comuna, aun cuando

sólo representasen una minoría dentro de su seno. Tanta importancia había cobrado la Internacional, como espectro aterrador, que tenía que servir a las clases gobernantes de cabeza de turco para todos aquellos sucesos que les desagradasen, y así, no podía por menos de atribuirse también a su satánica instigación el alzamiento en armas de París. Mas, cosa rara, hubo un órgano de la prensa policíaca parisina que sintió la necesidad de descargar al «grand chef» de la Internacional de la inculpación que se le hacía de intervenir en esta acción; el 19 de marzo, este periódico publicó en sus columnas una supuesta carta de Marx, en que éste aparecía censurando a las secciones de París por ocuparse más de lo debido de política, desatendiendo las cuestiones sociales. Marx se apresuró a desautorizar la carta en el *Times,* como una «falsificación desvergonzada».

Nadie sabía mejor que el propio Marx que la Comuna no era obra de la Internacional, y sin embargo, la reconoció y defendió siempre como carne de su carne y sangre de su sangre. Claro está que dentro de los límites que trazaban el programa y los estatutos de la Internacional, según los cuales todo movimiento obrero encaminado a la emancipación del proletariado tenía cabida en ella. Marx no podía contar entre sus allegados y correligionarios ni a la mayoría blanquista de la Comuna ni tampoco a la minoría que, aun perteneciendo a la Internacional, abrazaba y practicaba fundamentalmente las ideas de Proudhon. Con ésta mantuvo contacto espiritual durante los días que duró la Comuna y en la medida en que lo consentían las circunstancias; desgraciadamente, no se han conservado más que fragmentos muy escasos de la correspondencia cruzada.

Contestando a una carta suya, que se ha perdido, le escribía León Frankel, delegado en el departamento de Obras públicas, el 25 de abril: «Mucho le agradecería que me ayudase usted con sus consejos, ya que por el momento puede decirse que estoy solo, y soy también el solo y único responsable de todas las reformas que se introduzcan en el departamento de Obras públicas. Después de leer algunas de las líneas de su última carta, sé que hará usted cuanto esté de su parte para demostrar a todos los pueblos, a todos los obreros, y sobre todo a los alemanes, que la Comuna de París no tiene nada que ver con los rancios organismos comunales de Alemania. Si lo hace, prestará usted, desde luego, un gran servicio a nuestra causa». No se conserva noticia de ninguna carta de Marx contestando a ésta ni de los consejos que hubiera podido dar, a instancias del que le escribía.

A su vez, se ha perdido una carta dirigida por Frankel y Varlin a Marx y contestada por éste el 13 de mayo, en los términos siguientes: «He hablado con el portador. ¿No sería conveniente poner en lugar seguro los papeles, que tanto pueden comprometer a las canallas de Ver-

salles? Nunca está de más tomar todas las precauciones. Me escriben de Burdeos que en las últimas elecciones municipales salieron elegidos cuatro de la Internacional. En provincias empieza a sentirse inquietud. Desgraciadamente, su acción está localizada y tiene carácter pacífico. —Llevo escritas varios cientos de cartas abogando por la causa de ustedes a todos los rincones del mundo con que tenemos relaciones. Por lo demás, la clase obrera ha mostrado desde el primer momento sus entusiasmos por la Comuna. Hasta los periódicos burgueses de Inglaterra han depuesto la actitud resueltamente hostil que adoptarán en un principio. De vez en cuando, he conseguido deslizar en sus columnas un artículo favorable.— A mí, me parece que la Comuna desperdicia demasiado tiempo en pequeñeces y disputas personales. Se ve que andan por medio más manos que las de los obreros. Pero todo esto no tendría la menor importancia, si consiguieran ustedes ganar el tiempo perdido.» Al final, Marx hacía notar que convenía proceder con la mayor premura, porque hacía tres días que había sido firmada en Francfort sobre el Maine la paz definitiva entre Francia y Alemania, y ahora Bismarck estaba tan interesado como Thiers en reprimir y ahogar la Comuna, tanto más cuanto que hasta que eso se consiguiese no comenzaría Francia a pagar la indemnización de guerra de cinco mil millones.

Se notará que en esa carta, al dar consejos, Marx adopta un prudente retraimiento, y este sería seguramente el tono con que escribiría siempre a los miembros de la Comuna. Pero no porque temiese asumir toda la responsabilidad por lo que hacía y dejaba de hacer la Comuna—pues no se asustó para hacerlo bastante abiertamente y a la luz pública, después de sofocado el movimiento—, sino porque no sentía la menor propensión a tomar actitudes dictatoriales, prescribiendo desde fuera lo que había de hacerse y dejarse de hacer dentro, a medida que lo exigiesen las circunstancias y en contacto con éstas.

El 28 de mayo cayeron en las calles de París los últimos defensores de la Comuna, y dos días después Marx sometía al Consejo general la alocución sobre «La guerra civil en Francia», uno de los documentos más interesantes que salieron de su pluma y el más esplendoroso, sin duda, en medio de toda la cantidad imponente de literatura que la Comuna de París ha provocado. Ante un nuevo problema difícil y embrollado, como era éste, Marx sigue dando pruebas de su asombrosa capacidad para calar con mano segura hasta la medula histórica de las cosas, por debajo de la superficie engañosa de un enredo al parecer inextricable y a través de la confusión de mil rumores contradictorios. Allí donde se refiere a los hechos—y al relato de su desarrollo se consagran en ella los dos primeros capítulos y el cuarto y último—, la alocución recoge siempre la verdad de lo acaecido, sin que haya podido ser rebatida de entonces acá en ninguno de sus puntos.

Cierto es que no nos ofrece una historia crítica de la Comuna, pero tampoco era ese su propósito. Su propósito era sacar a la luz clara el honor y la legitimidad de la Comuna, lavándolos de los insultos y las injurias volcadas sobre ella por sus adversarios; no pretendía ser un estudio histórico, sino una obra polémica. De entonces acá, los socialistas se han encargado de someter a una crítica dura, a veces demasiado dura, siempre que la ocasión se les deparaba, o buscándola ellos, las faltas y los pecados de la Comuna de París. Marx contentábase con esta alusión: «En todas las revoluciones se deslizan, mezclados con sus verdaderos representantes, elementos de otra extracción. Algunos son supervivientes de revoluciones anteriores, con las cuales se han agotado, gentes sin claridad de visión para apreciar el momento, pero que conservan todavía un gran ascendiente sobre el pueblo, por los prestigios de su valor o de su carácter, o simplemente por la rutina. Otros son simples voceadores, que a fuerza de pasarse años y años repitiendo siempre las mismas tiradas declamatorias contra el gobierno que ocupa el Poder, sea cual fuere, acaban por acreditarse como revolucionarios de la mejor cepa. También la jornada del 18 de marzo hizo pasar a primer plano a gentes de estas y hasta puso en sus manos, en algunos casos, puestos de importancia. En lo que de ellos dependía, no sirvieron más que para estorbar la acción efectiva de la clase obrera, del mismo modo que habían estorbado el desarrollo pleno de todas las revoluciones anteriores.» Era, concluía, un mal inevitable que se sacudía con el tiempo, pero este tiempo era precisamente el que no le habían dejado a la Comuna.

Especial interés tiene el capítulo tercero de la alocución, en que se analiza el carácter histórico de la Comuna de París. Con una gran agudeza, se ponen de relieve los rasgos que la separan de otras formaciones históricas anteriores parecidas a ella por fuera: desde la comuna medioeval hasta el régimen municipal prusiano. «No se le podía ocurrir más que a un Bismarck, que, en los momentos que le dejan libres sus intrigas de sangre y de hierro, gusta de retornar a su viejo oficio de colaborador del «Kladderadatsch» que tan bien cuadra a su calibre espiritual, sólo a una cabeza como la suya se le podía ocurrir achacar a la Comuna de París el anhelo de reproducir en Francia aquella caricatura del viejo régimen municipal francés de 1791 que era el régimen municipal prusiano, en que los organismos municipales quedaban degradados a simples ruedas engranadas en la maquinaria del Estado de Prusia.» En aquella variedad de interpretaciones a que se vió sometida la Comuna, reflejo de toda una variedad de intereses, la alocución veía una prueba de la gran flexibilidad y capacidad de adaptación de esta forma política, a diferencia de todas las formas de gobierno anteriores, que se caracterizaban por ser siempre, en el fondo, formas de

opresión. El verdadero secreto de la Comuna estaba en ser esencialmente un gobierno obrero, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase expoliadora, la única forma política, al fin descubierta, bajo la que se podía llevar a término la emancipación económica del trabajo.»

La alocución no podía probar esto por medio de ningún programa estricto de gobierno de la Comuna, ya que ésta no llegó ni pudo llegar a plantearlo, empeñada desde el principio hasta el fin de su existencia en una lucha encarnizada a vida o muerte. Pero lo probaba sobre la política práctica desarrollada por la Comuna, y la medula de esta política la veía él en el estrangulamiento del Estado, que, en su forma más prostituída, la que había adoptado en Francia con el segundo Imperio, no era más que un «tumor parasitario» en el cuerpo social, que le chupaba las energías y se interponía ante su libre desarrollo. El primer decreto de la Comuna fué para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado. La Comuna despojó a la policía, instrumento hasta entonces del gobierno, de todas sus funciones políticas, para convertirla en un instrumento responsable. Después de suprimir la policía y el ejército permanente, sobre que se apoyaba el poder material del antiguo régimen, desmontó su instrumento de opresión espiritual: el poder eclesiástico, decretando la disolución y expropiación de todas las iglesias, en cuanto tuviesen el carácter de corporaciones con bienes propios. Abrió al pueblo gratuitamente todos los establecimientos de enseñanza, al tiempo que los sustraía a todas las intromisiones del Estado y de la Iglesia. Y finalmente, extirpó en su raíz la burocracia del Estado, disponiendo que todos los funcionarios públicos, sin excluir los jueces, fuesen elegidos por el pueblo y amovibles en todo momento, y que sus sueldos no excediesen nunca de la cifra máxima de seis mil francos.

Por agudas que estas manifestaciones fuesen, presentaban sin embargo una cierta contradicción con las doctrinas que Marx y Engels venían manteniendo desde hacía un cuarto de siglo y que ya proclamaran en el Manifiesto comunista. Con arreglo a ellas, aunque entre las consecuencias últimas en que habían de traducirse la futura revolución proletaria se contaba la disolución de esa organización política a que se da el nombre de Estado, esa disolución habría de ser gradual y paulatina. La organización política Estado había tenido siempre por primordial finalidad garantizar por el poder armado la opresión económica de la mayoría trabajadora por una minoría, monopolizadora de la riqueza. Al desaparecer esta minoría monopolizadora de la riqueza, desaparecería también la necesidad de mantener un poder armado de opresión, el Estado. Pero Marx y Engels se preocupaban de subrayar, al mismo tiempo, que, para alcanzar esta meta y otras mucho

más importantes de la revolución social futura, era menester que la clase obrera empezase adueñándose del poder político organizado que era el Estado, para aplastar con ayuda de él la resistencia de la clase capitalista y reorganizar la sociedad desde los cimientos hasta el remate. Con esta concepción no se avenía del todo bien el aplauso tributado a la Comuna de París en la alocución del Consejo general por haber empezado extirpando hasta en sus raíces aquel Estado parasitario.

Claro está que a Marx y a Engels no se les pasaba esto desapercibido; en el prólogo a una nueva edición del Manifiesto comunista, que vió la luz en junio de 1872, fresca todavía la impresión de la Comuna, rectificaron, aludiendo expresamente a la alocución, su primitivo punto de vista, apuntando que la clase obrera no podía adueñarse de la máquina del Estado tal y como ésta funcionaba y ponerla sin más al servicio de sus fines. Pero más tarde, después de morir Marx, Engels, combatiendo ciertas pendencias anarquistas, hubo de suprimir nuevamente esta rectificación, retornando a la concepción primitiva del Manifiesto. Era natural que los partidarios de Bakunin explotasen a su modo la alocución del Consejo general. Por su parte, Bakunin decía sardónicamente que Marx, cuyas ideas se habían venido todas a tierra ante la Comuna, no había tenido más remedio que quitarse el sombrero ante ella, faltando a todas las reglas de la lógica, y hacer suyos su programa y sus aspiraciones. Y en efecto, si un alzamiento, que no estaba siquiera preparado, sino que había sido impuesto repentinamente, a la fuerza, por un ataque brutal, podía desmontar con unos cuantos decretos la máquina de opresión del Estado, ¿no tenía razón Bakunin, con aquella su posición, que no se cansaba de sostener? Por lo menos, con un poco de buena o mala voluntad, no era difícil deducirlo así de la alocución del Consejo general, y de su tendencia exagerada a presentar como realidades ya existentes muchas de las posibilidades que encerraba en germen el régimen de la Comuna. Desde luego, el gran pábulo que tomó en el año 1861 la campaña de agitación de Bakunin se debía a la profunda impresión que la Comuna de París causó a la clase obrera de Europa.

La alocución terminaba así: «El París de los trabajadores con su Comuna perdurará eternamente en el recuerdo como la avanzada gloriosa de una nueva sociedad. Sus mártires viven atesorados en el gran corazón de la clase obrera. En cuanto a sus exterminadores, ya la historia se ha encargado de clavarlos en esa picota de la que no conseguirán bajarlos todos los rezos de su clerigalla.» Inmediatamente de aparecer, la alocución despertó una expectación extraordinaria. «Ha levantado un ruido del diablo, y a estas horas me cabe el honor de ser el hombre más calumniado y aborrecido de Londres», escribía Marx a

Kugelmann. «Por fin, respira uno un poco, después del hastío de veinte años de idilio en la charca. El periódico del Gobierno—el *Observer*—amenaza con llevarme a los tribunales. ¡Vamos a ver si se atreve! A mí, se me da una higa de toda esa canalla.» Apenas empezó a apuntar el espectáculo, Marx se declaró autor de la alocución.

Corriendo los años, Marx había de verse acusado por algunas voces aisladas del campo de la socialdemocracia por haber puesto en peligro la vida de la Internacional al echar sobre sus hombros la responsabilidad por el movimiento de la Comuna, con la que no tenía por qué cargar. Bien estaba—se dice—que defendiese aquel movimiento contra los ataques injustos, pero guardándose mucho de comprometerse con sus errores y deslices. Pero Marx, no podía, sin dejar de ser Marx, seguir esa táctica tan cómoda, muy propia de «estadistas» liberales. A él, jamás se le pasó por las mientes sacrificar el porvenir de la causa llevado de la engañosa esperanza de reducir de este modo los peligros que la acechaban en el presente.

4. La Internacional y la Comuna.

Haciéndose cargo de la herencia de la Comuna, con todo su activo y su pasivo, sin beneficio de inventario, la Internacional hubo de enfrentarse con todo un mundo de enemigos.

Lo que menos importaban eran los ataques calumniosos que volcaba sobre ella la prensa burguesa de todos los países. En cierto modo y hasta cierto punto, eso servíale de vehículo de propaganda, ya que autorizaba al Consejo general para repeler esos ataques por medio de declaraciones públicas, a las que no podían negar sus columnas los grandes periódicos ingleses.

Carga mucho más pesada era para el Consejo general el tener que acoger y aposentar a los numerosos fugitivos de la Comuna que habían ido a refugiarse a Bélgica y Suiza y sobre todo a Londres. Como no disponía ni dispuso nunca de grandes recursos financieros, tenía que hacer grandes esfuerzos y sacrificios para allegar el dinero necesario, y hubo de sacrificar a esta tarea todas sus energías y su tiempo durante una serie de meses, descuidando sus funciones normales, tanto más apremiantes ahora que todos los gobiernos del mundo se movilizaban contra la Internacional.

Pero esta guerra de los gobiernos no era tampoco lo que más le preocupaba. Aunque apenas había Estado en el continente que no tomase parte en ella, con mayor o menor tesón, los esfuerzos que se hacían para unirlos a todos en una batida común contra el proletariado consciente de sus intereses de clase fracasaron por el momento. El pri-

mer paso en esta senda lo dió el gobierno francés ya el 6 de junio de 1871, en una circular de Julio Favre, pero la maniobra era tan burda y tan falsa, que no encontró la menor acogida en los demás gobiernos, ni siquiera en el de Bismarck, que tan asequible era a todo género de sugestiones reaccionarias, sobre todo si iban contra los obreros y a quien, además, habían venido a sacar de su delirio de grandezas los socialdemócratas alemanes, lo mismo los lassalleanos que los de Eisenach, al tomar partido por la Comuna.

Poco después, fué el gobierno español el que aventuró una segunda tentativa para organizar una acción común de los gobiernos europeos contra la Internacional, también por medio de una circular de su ministro de Estado. No basta, se decía en ella, que un gobierno aislado tome las medidas más rigurosas contra la Internacional y las secciones que se hallan a su alcance; es menester que todos los gobiernos aunen sus esfuerzos para combatir el mal. Este reclamo hubiera encontrado inmediatamente eco, si el gobierno inglés no se hubiera cuidado de ahogarlo en seguida. Lord Granville replicó que en su país la Internacional se limitaba, primordialmente, a aconsejar a los obreros en sus huelgas y que sólo tenía a su disposición sumas insignificantes; que los planes revolucionarios que integraban su programa reflejaban más bien la opinión de los afiliados extranjeros que el parecer de los obreros ingleses, cuya preocupación se concentraba casi exclusivamente en las cuestiones de salarios. Pero añadía que en Inglaterra los extranjeros se hallaban bajo el amparo de las leyes, ni más ni menos que los súbditos británicos; si faltaban a ellas, tomando parte en agresiones armadas contra cualquier Estado amigo de la Gran Bretaña, se les castigaría, pero no había razón alguna para adoptar providencias extraordinarias y preventivas contra los extranjeros residentes en territorio inglés. Esta prudente repulsión de una pretensión imprudente hizo que la hojita oficiosa de cámara de Bismarck gruñese que sería inútil cuanto se hiciera por defenderse de la Internacional mientras el territorio de Inglaterra fuese un refugio desde el cual, al amparo de la ley inglesa, se pudiera hostilizar impunemente a los demás Estados de Europa.

No fué posible, pues, como se ve, poner en marcha una cruzada unánime de los gobiernos contra la Internacional, pero tampoco ésta, por su parte, lograba organizar una falange cerrada contra las persecuciones a que sus secciones se hallaban expuestas en los diferentes Estados del continente. Esta preocupación pesaba agobiadoramente en su ánimo, viendo cómo en aquellos países en cuyas clases obreras había creído tener su más firme apoyo, empezaba a faltarle el suelo bajo los pies; tal acontecía en Inglaterra, en Francia y en Alemania, países en que la gran industria estaba relativamente desarrollada y en que los

obreros poseían derechos electorales más o menos restringidos, que les daban intervención en las elecciones legislativas. La importancia de estos países para la Internacional se acusaba ya visiblemente en el hecho de que su Consejo general estuviese formado por 20 ingleses, 15 franceses, 7 alemanes, y sólo por 2 suizos y 2 húngaros, y un vocal únicamente por cada uno de los siguientes países: Polonia, Bélgica, Irlanda, Italia y Dinamarca.

En Alemania, Lassalle había dado a la agitación obrera desde el primer momento un carácter nacional, y esto, que le valió duros reproches de Marx, hizo, como pronto había de demostrarse, que el partido obrero alemán quedase al margen de la crisis por la que había de pasar el movimiento socialista en los demás países del continente. Sin embargo, la guerra paralizó de momento el movimiento obrero alemán; sus dos fracciones tenían bastante quehacer con atender a sus discordias intestinas, y no les quedaba tiempo para preocuparse de la Internacional. Además, aunque ambas habían protestado contra la anexión de Alsacia-Lorena y tomado partido por la Comuna de París, los de Eisenach, única fracción que el Consejo general había reconocido como rama de la Internacional, se habían distinguido tanto en estas campañas y habían atraído sobre sí tantas acusaciones de alta traición y otras lindezas por el estilo, que relegaron a segundo término a los lassalleanos. No en vano había sido Bebel quien con su fogoso discurso del Reichstag declarando a los socialdemócratas alemanes solidarios de los *communards* provocó, según la propia confesión de éste, el primer ataque de cólera de Bismarck contra el movimiento obrero alemán, que pronto había de troducirse en agresiones cada vez más violentas desde el Poder. Sin embargo, la actitud de la fracción de Eisenach respecto a la Internacional empezó a desviarse cada vez más abiertamente a partir del momento en que se declaró partido autónomo dentro de las fronteras nacionales.

En Francia, los señores Thiers y Favre hicieron que la Asamblea de los hidalgüelos votase una dura ley de excepción contra la Internacional, que venía a atar de pies y manos a la clase obrera, ya de suyo bastante postrada por la espantosa sangría de las matanzas de Versalles. No contentos con esto, aquellos héroes del orden, impulsados por su sed salvaje de venganza, llegaron hasta a reclamar de Suiza e incluso de Inglaterra la extradición de los fugitivos de la Comuna como supuestos delincuentes comunes, y en Suiza faltó muy poco para que prosperasen sus pretensiones. El Consejo general estaba, pues, poco menos que bloqueado, sin contacto alguno con Francia. Para que no faltase una representación de elementos franceses dentro de su seno, dióse entrada en él a una serie de refugiados de la Comuna; algunos pertenecían ya de antiguo a la Internacional; otros eran militantes que

se habían destacado por su energía revolucionaria, y al distinguirlos, quería rendirse homenaje al alzamiento del país. Pero esto, que estaba muy bien, lejos de fortificar el Consejo general, lo que hacía era debilitarlo. Los fugitivos de la Comuna viéronse en seguida devorados por la estrella fatídica de todos los emigrados: las discordias intestinas. Marx volvió a vivir con los emigrados franceses las mismas miserias que veinte años antes le habían hecho sufrir los alemanes. Y aunque él no era hombre que exigiese nunca gratitud por lo que creía cumplimiento de un deber, las eternas discordias de los emigrados franceses acabaron por arrancarle, en noviembre de 1871, esta exclamación: «¡Así me pagan cinco meses perdidos trabajando por ellos y el servicio que les presté saliendo en su defensa con la alocución!»

Por fin, la Internacional perdió el apoyo que hasta entonces había encontrado en los obreros ingleses. La ruptura tomó cuerpo visible por vez primera cuando los dos prestigiosos directivos del tradeunionismo, Lucraft y Odger, que venían perteneciendo desde sus comienzos al Consejo general, el segundo de ellos como presidente hasta la supresión de este cargo, se apartaron del Consejo a consecuencia de la alocución sobre la guerra civil. Esto hizo nacer la leyenda de que las tradeuniones se habían separado de la Internacional por repugnancia moral, al tomar ésta partido por la Comuna. En esta leyenda hay un granito de verdad, pero la cosa tenía raíces mucho más profundas.

La alianza entre la Internacional y las tradeuniones no había sido nunca apasionada; era un matrimonio de conveniencias. Las dos organizaciones se necesitaban mutuamente, pero sin que ninguna de ellas pensase en fundirse con la otra y compartir con ella los días luminosos y los sombríos. Marx, con una destreza maravillosa, había acertado a trazar, en la alocución inaugural de la Internacional y en sus estatutos, un programa común, pero las tradeuniones, al suscribirlo, no tomaban de él, prácticamente, más que lo que les convenía. En su nota de contestación al gobierno español, lord Granville describe con gran justeza la relación que guardaban entre sí ambos movimientos. La finalidad que se proponían las tradeuniones era conseguir mejoras en las condiciones de trabajo sin abandonar el solar de la sociedad capitalista, y si bien para alcanzar o garantizar esta finalidad no rehuían la lucha política, en la elección de sus aliados y de su táctica no se dejaban llevar por el menor escrúpulo de principio, en lo que no se relacionase con la consecución de sus fines propios y peculiares.

Marx hubo de reconocer muy pronto que estas esquivas características de las tradeuniones, que tenían hondas raíces en la historia y en la idiosincrasia del proletariado inglés, no eran fáciles de vencer. Las tradeuniones necesitaban de la Internacional para sacar adelante la reforma electoral, pero una vez aprobada ésta, empezaron a coquetear

con los liberales, sin cuya ayuda no podían contar con entrar en el parlamento. Ya en 1868 hablaba Marx de aquellos «intrigantes» que no se preocupaban más que de trabajar sus candidaturas para el parlamento y entre los cuales se contaba el propio Odger. Otra vez, justificando el hecho de que en el Consejo general figurasen unos cuantos secuaces del cabecilla sectario Bronterre O'Brien, decía estas palabras, muy significativas: «Estos o'briennitas, con todas sus pintorescas necedades, son, dentro del Consejo, un contrapeso muy necesario, con frecuencia, de los tradeunionistas. Son más revolucionarios que éstos, tienen una actitud más resuelta ante el problema de la tierra, son menos nacionalistas e inasequibles a todo género de tentaciones y sobornos. Si no fuera así, ya hace mucho tiempo que los habríamos mandado a paseo.» Y siempre que se reiteraba la petición de crear un Consejo federal inglés, Marx se oponía, como por ejemplo en la circular del Consejo general de 1.° de enero de 1870, alegando como razón primordial que los ingleses carecían de espíritu de generalización y de pasión revolucionaria, sin los cuales el Consejo federal se convertiría necesariamente en un juguete de los parlamentarios radicales.

Después de la deserción de los directivos obreros ingleses, Marx les dirigió, en términos durísimos, el reproche de haberse vendido al gabinete liberal. Respecto de algunos, es posible que fuese verdad, pero respecto a otros, no había razón para decir eso, aunque la acusación de soborno no se interprete precisamente en metálico. Applegarth era tan prestigioso, por lo menos en el movimiento tradeunionista, como Odger y Lucraft, y en ambas cámaras del parlamento inglés se le tenía incluso por el representante oficial del tradeunionismo. Ya después del Congreso de Basilea, sus protectores parlamentarios le habían interpelado para saber en qué actitud estaba colocado respecto a los acuerdos de aquel Congreso sobre la propiedad colectiva, sin que esta amenaza bastante visible le intimidase. Y en 1870, al tiempo que le elegían para desempeñar un puesto en la Real Comisión de estudios legislativos contra las enfermedades venéreas, siendo el primer obrero a quien cabía el gran honor de recibir del Soberano el tratamiento de Nuestro Leal y Bien amado, Applegarth firmaba la alocución de la Internacional sobre la guerra civil en Francia, permaneciendo fiel al Consejo general hasta sus últimos momentos.

Pero el ejemplo de este hombre personalmente intachable, que más tarde rechazó su designación para desempeñar la cartera de Comercio, demuestra precisamente dónde estaba el punto flaco de los caudillos obreritas ingleses. La finalidad más inmediata que perseguían las tradeuniones era conseguir la protección jurídica para sus organizaciones y sus cajas. Este fin parecía que iban a alcanzarlo cuando en la primavera de 1871 el gobierno presentó un proyecto de ley según

el cual toda tradeunión tendría derecho a registrar legalmente sus cajas, gozando para ellas de la protección de las leyes, siempre y cuando que sus estatutos no infringiesen los preceptos penales. Pero lo que el gobierno daba con una mano, lo quitaba con la otra.

En la segunda parte de la ley se suprimía la libertad de coalición, reiterando e incluso agravando todas las normas elásticas inventadas contra las huelgas, la prohibición de «actos de violencia», «amenazas», «coacciones», «injurias», «obstáculos», etc. Era, en realidad, ni más ni menos que una ley de excepción: los actos cometidos por las tradeuniones o que tendieran a alentar sus fines, se declaraban punibles, quedando en cambio exentos de pena si los cometían otras organizaciones. Con su estilo siempre cortés, los historiadores del tradeunionismo dicen, refiriéndose a esto: «De poco servía declarar legal la existencia de asociaciones sindicales, si luego la ley penal se ampliaba hasta englobar los recursos pacíficos y cotidianos por medio de los cuales solían estas asociaciones conseguir sus fines.» Era la primera vez en la historia que se reconocían los sindicatos elevándolos a corporaciones legalmente existentes y protegidas por el derecho; pero, a la vez que se hacía esto, se refrendaban expresamente, agudizándose, las normas legales encaminadas a combatir la acción sindical.

Claro es que las tradeuniones y sus caudillos rechazaron este regalo tan poco apetecible. Pero lo único que consiguieron con su resistencia fué que el gobierno desglosase el proyecto en dos partes: en una ley de reconocimiento de los sindicatos y en una serie de preceptos adicionales al Código penal, que imponían a la acción sindical severas sanciones. El triunfo, como se ve, no era grande, pero era una celada en que se trataba de hacer caer a los directivos sindicales, y en que éstos, en efecto, cayeron. Para ellos, tenían mucha más importancia las cajas de los sindicatos que los principios sindicales, y todos, con Applegarth a la cabeza, inscribieron sus organizaciones acogiéndose a la nueva ley, y en el mes de setiembre de 1871 el Comité de los sindicatos federados que represenaba al «nuevo unionismo» y que había servido en otro tiempo de enlace entre la Internacional y las tradeuniones, se disolvió en toda regla, por «estar cumplida la misión para la cual se había creado».

Claro está que los caudillos de las tradeuniones, al abrazar este camino, podían descargar su conciencia pensando que, a fuerza de haberse ido aburguesando poco a poco, también ellos habían acabado por no ver en las huelgas más que formas bárbaras e indeseables del movimiento sindical. Ya en el año 1867 hubo uno de ellos que declaró ante una comisión regia que las huelgas acarreaban grandes pérdidas de dinero, lo mismo para los obreros que para los patronos. Por eso se esforzaron en frenar con todas sus fuerzas cuando en 1871 se produjo

en el proletariado inglés, cuyas masas no habían progresado tanto como sus caudillos en prudencia «estadista» y que, además, estaban soliviantadas por los nuevos preceptos penales, un pujante movimiento en favor de la jornada de nueve horas. Este movimiento comenzó el 1 de abril con una huelga planteada en las fábricas de maquinaria de Sunderland, se extendió rápidamente por los distritos fabriles del mismo ramo y culminó en la huelga de Newcastle, mantenida durante cinco meses y en que los obreros arrancaron un triunfo completo. El gran sindicato de obreros constructores de maquinaria adoptó una actitud de absoluta pasividad ante este movimiento de masas; pasaron catorce semanas antes de que los huelguistas afiliados al sindicato recibiesen un socorro de huelga de cinco chelines semanales, aparte del socorro normal de paro. Este movimiento, que prendió en seguida en muchos otros oficios, fué mantenido exclusivamente por la Liga de las nueve horas, que se había fundado para esta campaña y que tuvo en John Burnett un directivo muy capaz.

La Liga de las nueve horas encontró el apoyo más decidido en el Consejo directivo de la Internacional, que envió a sus vocales Cohn y Eccarius a Dinamarca y a Bélgica, con el fin de contrarrestar el enrolamiento de obreros extranjeros por medio de los agentes de los fabricantes ingleses. Los emisarios consiguieron en gran parte lo que se proponían. Durante las negociaciones mantenidas con Burnett, Marx no pudo reprimir la amarga observación de que era lamentable que las asociaciones obreras organizadas se mantuviesen al margen de la Internacional hasta que se veían en peligro, en vez de acudir oportunamente para que se tomasen a su debido tiempo todas las medidas preventivas. Parecía, sin embargo, como si la Internacional fuera a verse compensada con creces de lo que perdía al separarse de ella los caudillos con la afluencia de las masas; constantemente se estaban creando secciones nuevas, y las ya existentes veían crecer sin cesar el número de sus afiliados. Pero cada vez apremiaban más las peticiones para que a Inglaterra se le asignase también su Consejo federal.

Por fin, Marx hubo de hacer esta concesión, a la que durante tanto tiempo se había resistido; como, después de sofocada la Comuna de París, no podía contarse con una nueva revolución en un plazo de tiempo previsible, no hacía ya tanto hincapié en que el Consejo general tuviese en sus manos, directamente, la palanca más firme de la revolución. Pero la realidad había de justificar sus viejos temores; la implantación del Consejo federal contribuyó a que las huellas de la Internacional se borrasen en Inglaterra antes que en ningún otro país.

5. La oposición bakuninista.

Las dificultades con que la Internacional hubo de luchar después de caer la Comuna de París, bastante grandes ya en Alemania, Francia e Inglaterra, fueron mayores todavía en aquellos otros países en que la organización no se había consolidado. El pequeño foco de crisis formado en la Suiza latina ya antes de estallar la guerra franco-prusiana se corrió a Italia, España, Bélgica y otros países; parecía como si las tendencias de Bakunin prevaleciesen sobre las mantenidas por el Consejo general.

Mas no se crea que este giro respondía precisamente a las campañas de agitación de Bakunin o a sus intrigas, como entendía el Consejo general. Es cierto que Bakunin interrumpió sus trabajos de traducción del «Capital», ya a comienzos del año 1871, para dedicarse de nuevo a la política, pero esta actuación suya no tenía nada que ver con la Internacional, y se desarrolló en condiciones tales, que dejó bastante maltrecho el prestigio político de Bakunin. Nos referimos al célebre caso Netchaiev, que no es tan fácil pasar por alto como quieren los devotos incondicionales de Bakunin, limitándose a reprocharle su «demasiada intimidad por demasiada bondad».

Netchaiev era un joven de unos veinte años, de familia de siervos y que por benevolencia de sus patronos liberales había podido cursar la carrera de maestro. Se vió envuelto en el movimiento estudiantil ruso de la época, en el que su salvaje energía y un odio irrefrenable le valieron un puesto destacado en la lucha contra la opresión zarista, puesto a que no le hacía acreedor su pobre cultura ni su mediocre talento. Pero la característica más eminente de su personalidad era la falta absoluta de escrúpulos morales, siempre y cuando que se tratase de sacar adelante su causa. Personalmente, no apetecía nada y carecía de todo, si era necesario, pero cuando creía actuar revolucionariamente no retrocedía ante nada, por reprobable que el acto fuese en sí.

Se presentó en Ginebra en la primavera de 1869, rodeado del doble nimbo de un delincuente político evadido de la fortaleza de Pedro y Pablo y del emisario de un comité omnipotente, del que se decía que estaba preparando secretamente la revolución que había de levantar a toda Rusia. Las dos cosas eran mentira; Netchaiev no pertenecía a semejante comité, que no existía, ni había estado recluído en la célebre fortaleza. Al ser detenidos algunos de sus camaradas más allegados, se trasladó al extranjero, con el fin, según él mismo dijo, de influir sobre los viejos emigrados para que con sus nombres y sus escritos llevasen el entusiasmo a la juventud rusa. Por lo que a Bakunin se re-

fería, su plan alcanzó un éxito verdaderamente inconcebible. Le impuso aquel «joven salvaje», aquel «pequeño tigre», como solía llamar a Netchaiev, en quien veía el representante de una nueva generación que echaría por la borda, con su gran energía revolucionaria, a la vieja Rusia. Bakunin tenía una fe tan ciega en el pretendido «comité», que se comprometió a someterse sin réplica a sus órdenes, tal como Netchaiev se las transmitiese, mostrándose dispuesto a publicar en unión de éste, para mandarlos a Rusia, una serie de escritos revolucionarios violentísimos.

La responsabilidad de estas publicaciones le cabe indudablemente a Bakunin, sin que interese, para estos efectos, investigar si las piezas más lamentables proceden personalmente de él o de Netchaiev. Además, no se discute su paternidad ni en lo referente a la proclama que intimaba a los oficiales rusos a prestar al «comité» la misma obediencia ciega a que el propio Bakunin se había comprometido, ni en lo tocante al manifiesto en que se idealiza la obra del bandidaje ruso, como tampoco en punto al catecismo revolucionario en que se despacha a su gusto, hasta la saciedad, aquella predilección que sentía Bakunin por las imágenes crueles y las palabras terribles. En cambio, no está demostrado que Bakunin tuviese arte ni parte en la actuación demagógica de Netchaiev, de que había de ser personalmente víctima hasta que, al descubrirla, cuando ya era tarde, mandó a paseo a su «pequeño tigre». El Consejo directivo de la Internacional les acusó a ambos de haber causado la ruina de una serie de personas inocentes dentro de Rusia, al enviarles cartas, impresos o telegramas en una forma que necesariamente tenía que llamar la atención de la policía rusa; estas acusaciones no debieron, en justicia, hacerse contra un hombre como Bakunin. Cuando se vió descubierto, el propio Netchaiev declaró la verdad de lo ocurrido, confesando fanáticamente su método indigno, método que consistía en comprometer a cuantos no se solidarizaban por entero con él, hasta aniquilarlos o arrastrarlos al movimiento. Poniendo en práctica el mismo método, hacía que aquellos que depositaban su confianza en él firmasen en momentos de excitación declaraciones comprometedoras, o bien les sustraía cartas íntimas cuya posesión le permitía ejercer una coacción eficaz sobre ellos.

Bakunin no conocía aún el pormenor de este método al retornar Netchaiev a Rusia en el otoño de 1869. Le extendió un poder por escrito, nombrándole «representante autorizado», no de la Internacional, naturalmente, ni siquiera de la Alianza de la Democracia socialista, sino de una Alianza revolucionaria europea que el talento inventivo de Bakunin había fundado, para que sirviese en cierto modo de espaldera a la Alianza para asuntos rusos. Y aunque esta organización no existía, de momento, más que sobre el papel, el nombre de Bakunin

bastaba para servir de asidero a las campañas de agitación de Netchaiev entre la juventud estudiantil. Su principal arma seguía siendo la quimera del «comité», y como uno de sus nuevos adictos, el estudiante Ivanov, empezase a recelar de la existencia de este organismo secreto, el «pequeño tigre» quitó del medio al escéptico, que podía ser un estorbo a sus planes, asesinándolo. Al ser descubierto el cadáver, se practicaron numerosas detenciones, pero el asesino pudo pasar la frontera sano y salvo.

Volvió a presentarse en Ginebra en los primeros días de enero de 1870, y reanudó la vieja intriga. Bakunin defendió con calor la tesis de que el asesinato de Ivanov constituía un delito político y no común, que no autorizaba al gobierno suizo a conceder la extradición del autor, solicitada por el gobierno ruso. Entretanto, Netchaiev permanecía tan bien oculto, que la policía no pudo dar con él. A su protector le jugó una mala pasada. Hizo que Bakunin abandonase la traducción del «Capital» para consagrarse por entero a la propaganda revolucionaria, prometiéndole que él se encargaría de arreglarse con el editor para la cuestión del anticipo que ya tenía recibido. Bakunin, que vivía por entonces muy apretadamente, sólo podía interpretar esta promesa en el sentido de que Netchaiev o su misterioso «comité» se encargarían de devolver al editor los 300 rublos que le tenía entregados. Pero lo que hizo el «pequeño tigre» fué cursar un «acuerdo oficial» del «comité», extendido en un pliego que llevaba el membrete de éste y adornado además con un hacha, un puñal y un revólver, no al mismo editor, sino a Liubavin, que había servido de intermediario cerca de éste. En él, se le prohibía reclamar a Bakunin la devolución del anticipo, si no quería que le quitasen de en medio. La primera noticia que Bakunin tuvo de esto fué una carta insultante de Liubavin. Se apresuró a reconocer su deuda por medio de un nuevo recibo, lo mismo que la obligación que contraía de devolver el dinero tan pronto como sus posibilidades se lo permitiesen, y rompió con Netchaiev, de quien entretanto había averiguado otras cosas bastante fuertes, como, por ejemplo, el plan de asaltar y robar el correo del Simplón.

La entereza inconcebible, e imperdonable además, para un cerebro político como el suyo, que Bakunin demostró en este episodio, el más aventurero de su vida, tuvo para él consecuencias muy desagradables. La noticia llegó a oídos de Marx ya en el mes de julio de 1870, esta vez de fuente muy clara, por el magnífico Lopatin, que en mayo, encontrándose en Ginebra, se había esforzado en vano por convencer a Bakunin de que en Rusia no existía tal «comité», de que su amigo Netchaiev no había estado jamás recluído en la fortaleza de Pedro y Pablo, y de que el estrangulamiento de Ivanov había sido un asesinato completamente indefendible. Y si había alguien que tuviese razones para estar entera-

do de estas cosas, era Lopatin. Esto venía a reforzar, como no podía menos, el juicio poco halagüeño que Marx tenía formado de Bakunin. Por su parte, el gobierno ruso aprovechó la ocasión propicia que se le brindaba, al descubrir el rastro de Netchaiev con ocasión de las numerosas detenciones practicadas después del asesinato de Ivanov. Para desacreditar a los revolucionarios rusos a los ojos del mundo entero, hizo que por vez primera se viese una causa política a puertas abiertas y ante el jurado; en el mes de julio de 1871 comenzaron en San Petersburgo las sesiones de la vista del proceso contra Netchaiev, en que estaban encartadas más de ochenta personas, estudiantes la mayoría de ellas y condenadas en gran parte a graves penas de cárcel unas, y otras a trabajos forzados en las minas de Siberia.

Mientras este proceso se celebraba, Netchaiev estaba todavía en libertad y vivía entre Suiza, Londres y París, donde le cogieron los meses del sitio y la Comuna. Hasta el otoño de 1872 no fué denunciado en Zurich por un espía. Nada dice en contra del honor de Bakunin el hecho de que todavía a estas alturas publicase en la imprenta de Schabelitz de Zurich, en unión de sus amigos, un manifiesto para impedir la extradición del detenido por delito común. Ni tampoco el que, después de entregado el culpable, escribiese a Ogarev, al que también Netchaiev había hecho perder la cabeza, entregándole, en todo o en parte, los fondos de Batmetiev, encomendados a él después de la muerte de Herzen. «Una cierta voz interior—escribía—me dice que Netchaiev, que está irremisiblemente perdido, e indudablemente lo sabe, volverá a sacar de lo hondo de su ser, confuso, encharcado, pero no vil, toda su energía y su firmeza primitivas, y sabrá morir como un héroe, sin traicionar a nadie ni a nada.» Y en efecto, Netchaiev no desmintió estas esperanzas en diez años espantosos de cárcel, hasta su muerte; se esforzó por purgar en lo posible sus viejos pecados, y mantuvo una energía férrea, que hizo sumisos a su voluntad hasta a los mismos vigilantes de la cárcel.

Por aquellos días en que sobrevino la ruptura de Bakunin con Netchaiev, estalló la guerra franco-prusiana. Este acontecimiento imprimió en seguida un nuevo giro a los pensamientos de Bakunin; ahora, el viejo revolucionario daba por seguro que la invasión de los ejércitos alemanes daría la señal para la revolución social en Francia. Ante una invasión como aquella, aristocrática, monárquica y militar, los obreros franceses no podían permanecer inactivos si no querían traicionar, no sólo su propia causa, sino también la causa del socialismo; el triunfo de Alemania sería el triunfo de la reacción europea. Y aunque Bakunin refutaba con razón el argumento de que una revolución en el interior del país paralizaría la resistencia del pueblo frente al invasor, invocando en su apoyo el ejemplo de la propia historia de Francia, sus pro-

yectos para poner en pie a la clase campesina, bonapartista y reaccionaria, y que abrazase la causa de la revolución unida a los obreros de las ciudades, movíanse desgraciadamente en el reino de la quimera. Afirmaba que no se debía ir a los campesinos con ningún género de decretos, proyectos comunistas ni formas de organización; que esto no serviría más que para sublevarlos contra las ciudades; que lo que había que hacer era desencadenar en sus almas la revolución, y otras retóricas por el estilo, igualmente fantásticas.

Después de derribado el Imperio, Guillaume publicó en la *Solidarité* un llamamiento para acudir con milicias armadas en socorro de la República francesa. El llamamiento era una verdadera tontería, sobre todo puesto en boca de un hombre que predicaba con verdadero fanatismo el abstencionismo político de la Internacional; tampoco sirvió para nada, más que para provocar la risa. Pero no debe merecer el mismo juicio la tentativa hecha por Bakunin para proclamar una Comuna revolucionaria en Lyon en 23 de setiembre. Bakunin había sido llamado a esta ciudad por elementos revolucionarios. Estos se habían adueñado de la Casa de la Villa, desmontando la «máquina administrativa y política del Estado» y proclamando en su lugar la «Federación revolucionaria de Municipios», cuando la traición del general Cluseret y la cobardía de algunas otras personas facilitó el triunfo, nada difícil, de la Guardia nacional sobre el movimiento. Bakunin no consiguió, a pesar de toda su presión, que se adoptasen medidas enérgicas, comenzando por la detención de los representantes del gobierno. Ahora, fué a él a quien detuvieron, hasta que volvió a ponerle en libertad una sección de artilleros libres. Todavía permaneció varias semanas en Marsella, animado por la esperanza de que el movimiento volviese a resurgir, y cuando vió que esta esperanza no se cumplía, retornó a Locarno, a fines de octubre.

En justicia, a quien cumplía burlarse de esta tentativa fracasada era a la reacción. Un adversario de Bakunin, a quien, por grande que fuese su aversión contra el anarquismo, no le privaba el conocimiento ni la independencia de juicio, escribe con razón: «Desgraciadamente, las voces de burla resonaron hasta en la prensa socialdemócrata, sin que Bakunin se hubiese hecho acreedor a ello con su intento. Era natural y obligado que quienes no compartían las doctrinas anarquistas de Bakunin y de sus adictos, se mantuviesen en una actitud de reserva crítica frente a sus esperanzas faltas de fundamento. Pero, dejando esto a un lado, no puede negarse que su actuación de entonces constituía una valiente tentativa para despertar las dormidas energías del proletariado francés y dirigirlas a la par contra el enemigo de fuera y contra el orden social capitalista. Fué poco más o menos lo mismo que más tarde había de intentar la Comuna, calurosamente saludada por

Marx como es sabido.» Estas palabras son, por lo menos, más objetivas y razonables que las del *Leipziger Volksstaat* comentando la proclama lanzada por Bakunin en Lyon con arreglo a la consabida melodía de que ni en la Oficina de prensa de Berlín la hubieran podido redactar mejor para los fines de Bismarck.

El fracaso de Lyon descorazonó enormemente a Bakunin. Cuando ya creía tocar con la mano la revolución, veíala esfumarse otra vez en la remota lejanía, sobre todo cuando vió sofocado también el alzamiento de la Comuna, que le había infundido por el momento nuevas esperanzas. El odio que sentía contra la propaganda revolucionaria acaudillada por Marx crecía en la misma proporción en que le achacaba la culpa principal en la postración que él creía apreciar en el proletariado. Añádase que su situación material era apretadísima; sus hermanos no le ayudaban, y había días en que no tenía en el bolsillo más que cinco céntimos, y en que no podía tomar ni la acostumbrada taza de te. Su mujer temía que perdiese la energía y se desmoralizase. Por fin, se decidió a recoger en una obra que iba escribiendo a ratos perdidos sus opiniones acerca de la evolución de la humanidad, la filosofía, la religión, el Estado y la anarquía. Esta obra había de ser su legado.

Pero no llegó a terminarla; pronto su espíritu inquieto se vió lanzado a nuevas batallas. Utin había continuado revolviendo en Ginebra, hasta que en agosto de 1870 consiguió que Bakunin y algunos de sus amigos fuesen expulsados de aquella sección central por pertenecer a la de la Alianza. Luego, echó a rodar la especie de que la sección de la Alianza no había sido nunca admitida por el Consejo de la Internacional; que los documentos de admisión que afirmaba haber recibido de Eccarius y Jung eran falsificados. Entretanto, Robin se había trasladado a Londres, siendo admitido en el seno de aquel mismo Consejo general a quien tan violentamente atacara desde la *Egalité*. Con esto, el Consejo general daba una prueba de gran imparcialidad, pues Robin no había dejado de contarse nunca entre los más adeptos de la Alianza. El 14 de marzo de 1871 propuso que se convocase una reunión privada de la Internacional para dirimir el pleito ginebrino. Y aunque el Consejo general, en vísperas de la Comuna, creyó que debía rechazar la propuesta, el 25 de julio acordó someter el litigio de Ginebra a una reunión que habría de convocarse en el mes de setiembre. En la misma sección y a instancias de Robin confirmó la autenticidad de las cartas en que Eccarius y Jung comunicaban a la Sección de la Alianza en Ginebra su admisión en la Internacional.

Apenas había llegado esta carta a Ginebra, cuando la sección de la Alianza se disolvió el día 3 de agosto, comunicándose inmediatamente este acuerdo al Consejo general. La cosa, según se la presentaba, era magnífica: después de recibir la reparación del Consejo general por las

ofensas inferidas contra ella con las mentiras de Utein, la sección se sacrificaba en interés de la paz y de la unión. Pero por debajo había, en realidad, otros motivos, que Guillaume había de confesar abiertamente más tarde. El hecho era que la sección había perdido toda importancia y aparecía a los ojos de todo el mundo, principalmente a los de los fugitivos de la Comuna refugiados en Ginebra, como un residuo muerto de discordias personales. En estos nuevos emigrados creyó encontrar Guillaume elementos propicios para entablar la lucha contra el Consejo federal de Ginebra, en nuevas y más dilatadas proporciones. Por esto se disolvió la sección de la Alianza. Y en efecto, pocas semanas después, sus restos se unían a los *communards* para formar una nueva «Sección de propaganda y acción socialista revolucionaria» que, si bien se declaraba identificada con los principios generales de la Internacional, recababa para sí la libertad plena que los estatutos y los congresos de la Internacional le concedían.

Por el momento, Bakunin no tenía absolutamente nada que ver con todo esto. Y su pretendida omnipotencia como supremo jefe de la Alianza queda patentizada en el hecho de que la sección ginebrina no considerase necesario ni siquiera consultarle en Locarno, antes de disolverse. Bakunin, no porque se sintiese herido en su susceptibilidad, sino porque entendía que el disolver la sección era, en aquellas circunstancias, un manejo cobarde y una asechanza, protestó contra ello en una carta muy dura: «No cometamos—dice en ella—una cobardía bajo pretexto de salvar la unidad de la Internacional.» Al mismo tiempo, se puso a escribir un extenso relato de los líos de Ginebra, con el propósito de poner en claro los principios en torno a los cuales giraba, a su parecer, el litigio y para que sirviese de orientación a sus partidarios en la reunión de Londres.

De este trabajo se han conservado bastantes fragmentos, que se distinguen notablemente, en provecho suyo, de aquellos manifiestos rusos que su autor fabricara hacía un año por encargo de Netchaeiv. El relato aparece escrito, salvo ciertas expresiones fuertes que emplea de vez en cuando, en un estilo sereno y objetivo y, cualquiera que sea la actitud que se adopte respecto a Bakunin, no puede negarse que aporta pruebas convincentes de que los embrollos de Ginebra tenían raíces más profundas de las que podían prender entre la arena de las discordias personales y de que, en lo que a éstas respecta, la mayor culpa de lo ocurrido correspondía a Utin y consortes.

Bakunin no niega en ningún momento las profundas diferencias que le separan de Marx y de su «comunismo de Estado», ni trata a su adversario con una gran dulzura. Mas no por ello le presenta como un sujeto indigno y despreciable al que no preocupan más que los fines personales y reprobables que persigue. Después de demostrar que la

Internacional se gestó en la entraña de las masas, de donde la alumbraron unos cuantos hombres capaces, consagrados a la causa del pueblo, añade: «Aprovechamos esta ocasión para rendir homenaje a los famosos caudillos del partido comunista alemán, a los ciudadanos Marx y Engels sobre todo, así como al ciudadano C. F. Becker, nuestro antiguo amigo irreconciliable, que, en la medida en que los individuos pueden crear nada, fueron los verdaderos creadores de la Internacional, y les rendimos este homenaje con tanto mayor agrado, cuanto que pronto nos veremos forzados a combatirlos. La devoción que por ellos sentimos es pura y honda, pero no llega hasta la idolatría, ni nos llevará nunca a colocarnos ante ellos en la actitud de esclavos. Y aun reconociendo plenamente, porque es de justicia, los inmensos servicios prestados por esos hombres a la Internacional y los que le siguen prestando, no nos cansaremos de combatir con todas las armas sus falsas teorías autoritarias, los procedimientos dictatoriales que se arrogan y todas esas intrigas y subterfugios, todos esos manejos vanidosos de míseras personalidades, todas esas injurias sucias e infames calumnias, que son las maneras que suelen distinguir a las luchas políticas de casi todos los alemanes, y que ellos, por desdicha, han arrastrado consigo a la Internacional.» Estas palabras son, como se ve, bastante groseras, pero nadie, leyéndolas, podrá afirmar que Bakunin se dejase llevar por la pasión hasta el punto de discutir los merecimientos inmortales de Marx como fundador y guía de la Internacional.

Tampoco a este trabajo pudo dar cima Bakunin. En él se ocupaba cuando Mazzini, en un semanario que publicaba en Lugano, se dedicó a atacar duramente a la Internacional y a la Comuna. Bakunin dejó en seguida su trabajo, para replicar a aquellos ataques con la «Contestación de un internacional a Mazzini», a la que hubieron de seguir otros manifiestos inspirados en el mismo sentido, cuando vió que Mazzini y sus secuaces aceptaban la polémica. Después de todos los fracasos de los últimos tiempos, Bakunin conseguía por fin un triunfo completo: la Internacional, que hasta entonces había arrastrado en Italia una existencia mísera, empezó a extenderse rápidamente por el país. Pero este triunfo no lo debía Bakunin a sus «intrigas», sino a las palabras elocuentes con que supo recoger la tensión revolucionaria en que la Comuna de París había puesto sobre todo a la juventud italiana.

En Italia, la gran industria empezaba apenas a desarrollarse; en el naciente proletariado iba despertando muy poco a poco la conciencia de clases, y además no disponía ni de una sola arma legal para atacar ni para defenderse. Por otra parte, las luchas libradas durante medio siglo por la unidad nacional del país habían nutrido y mantenido despierta en las clases burguesas una tradición revolucionaria; después de perseguir aquel fin en un sinnúmero de conspiraciones y sublevacio-

nes, acabó por realizarse de una forma que necesariamente tenía que decepcionar a todo espíritu revolucionario: amparada, primero por las armas francesas y luego por las alemanas, fué una monarquía la que implantó en la península el más reaccionario de los Estados. En medio de esta amarga decepción, vinieron a levantar el espíritu revolucionario de la juventud las hazañas heroicas de la Comuna de París. Y si Mazzini, al borde ya de la tumba, se apartaba irritado de aquella nueva luz que venía a revolver su odio inveterado contra el socialismo, Garibaldi, más festejado que él como héroe nacional, rendía sincero homenaje, en la Internacional, al «sol del mañana».

Bakunin sabía perfectamente bien de qué sectores de la nación italiana afluían a él nuevos correligionarios. «Lo que hasta ahora ha faltado en Italia—escribía en abril de 1872—no era precisamente el instinto, sino la organización y la idea. Pero ahora se están desarrollando ambas con tal fuerza, que al presente Italia es, acaso, después de España y con España, el país más revolucionario del mundo. En Italia existe lo que falta en otros países: una juventud fogosa y enérgica, sin posiciones, sin carrera, sin salida, que a pesar de su procedencia burguesa, no está moral e intelectualmente agotada como la juventud burguesa de otros países. Y esta juventud se lanza hoy de cabeza al socialismo revolucionario bajo nuestro programa íntegro, el programa de la Alianza.» Estas líneas iban dirigidas a un correligionario español, a quien Bakunin quería comunicar el entusiasmo. Mas no se crea que al valorar tan altos, si no más, como los de Italia, sus éxitos en España, les daba un colorido animador, pues los triunfos alcanzados por sus doctrinas en este país, donde ni siquiera había estado personalmente, eran un hecho innegable.

También en España el desarrollo industrial estaba muy rezagado, y allí donde existía ya un proletariado moderno, veíase tan atado de pies y manos, tan despojado de todos los derechos y libertades, que sólo podía pensar en el alzamiento en armas como única salida a sus miserias; Barcelona, el centro fabril más importante de España, contaba en su historia más acciones de barricadas que ninguna otra ciudad del mundo. A esto había que añadir las largas guerras civiles que habían desgarrado el país y el gran desengaño de todos los elementos revolucionarios, que habían barrido a la dinastía borbónica en otoño de 1868, para verse ahora colocados bajo la corona—muy vacilante, por cierto—de otro rey extranjero. También en España cayeron en materia fácilmente inflamable y apelotonada las chispas que se desprendían del alzamiento revolucionario de París.

Distinta a la de Italia y España era la situación de Bélgica, puesto que aquí existía ya un movimiento proletario de masas. Sin embargo, este movimiento se limitaba casi exclusivamente a los territorios valo-

nes y tenía su medula en los obreros ardorosamente revolucionarios de la cuenca del Borinage, en quienes las matanzas que les valían año tras año sus huelgas, se encargaban de ahogar en germen la confianza de mejorar su situación de clase por la vía legal. Pero sus caudillos, que eran proudhonistas, propendían fácilmente a las tendencias bakuninianas.

Siguiendo el movimiento de oposición bakuninista que se desarrolla en el seno de la Internacional después de sofocada la Comuna de París, observamos que si llevaba el nombre del revolucionario ruso era por creer que encontraría en sus ideas solución para los conflictos y las tensiones sociales de que brotaba en la realidad.

6. Segunda conferencia de la Internacional en Londres.

Esta conferencia que el Consejo general había acordado convocar para el mes de setiembre, había de sustituir al congreso correspondiente a este año.

En Basilea habíase acordado en 1869 que el próximo congreso se reuniría en París. Pero la batida organizada por el digno Ollivier contra las secciones francesas en homenaje al plebiscito, movió al Consejo general, en julio de 1870, en uso de sus facultades, a desplazar el lugar del congreso, convocándolo en Maguncia. Al mismo tiempo, el Consejo general propuso a las federaciones nacionales trasladarse de Londres a otro país, propuesta que fué rechazada por unanimidad. La guerra hizo fracasar también la celebración del congreso en Maguncia, y el Consejo general fué facultado por los Consejos federales para decidir, con arreglo a las circunstancias, la fecha del próximo congreso.

Pero las circunstancias no se desarrollaron de manera que aconsejasen la convocación del congreso en otoño de 1871. Era de suponer que la coacción bajo que vivían en los diferentes países los afiliados a la Internacional no les permitiese enviar delegados al congreso con toda la amplitud deseable, y que, además, los pocos que concurriesen serían denunciados y entregados a la venganza de sus respectivos gobiernos. Y la Internacional no abrigaba ningún deseo de aumentar el número de sus víctimas, cuando ya la preocupación por sus mártires tenía completamente absorbidas sus fuerzas y sus posibilidades.

Estas consideraciones movieron al Consejo general a convocar en Londres una conferencia privada en vez de un congreso público, como ya se había hecho en 1865, y la escasa concurrencia confirmó sus temores. A la reunión, que duró desde el 17 hasta el 23 de setiembre, no

acudieron más que 23 delegados, de ellos seis belgas, dos suizos, un español y trece vocales del Consejo general, seis de los cuales no tenían más que voz, pero no voto.

Entre los extensos y numerosos acuerdos tomados, había algunos, referentes a la formación de una estadística general de la clase trabajadora y a las relaciones internacionales entre los sindicatos y los obreros del campo, que en las circunstancias dominantes no tenían más que un valor académico. Lo que más urgía era equipar a la Internacional contra los furiosos ataques de sus enemigos, y consolidarla interiormente contra los elementos disgregadores que se albergaban en su seno; en realidad, ambos cometidos se reducían a uno solo.

El acuerdo más importante de esta reunión fué el referente a la actuación política de la Internacional. El acuerdo se remite en primer término a la alocución inaugural, a los estatutos, al acuerdo del congreso de Lausana y a otras manifestaciones oficiales de la asociación, en las que la emancipación política de la clase obrera se declara indisolublemente unida a su emancipación social. A continuación, se afirma que la Internacional tiene que hacer frente a una reacción desenfrenada que reprime cínicamente todas las aspiraciones emancipadoras de la clase obrera, intentando eternizar por medio de la violencia la distinción de clases y el régimen de gobierno de las clases poseedoras, consecuencia suya; que la clase obrera sólo puede actuar contra el poder colectivo de las clases poseedoras organizadas como tales clases, constituyéndose ella misma en partido político independiente, frente a todas las organizaciones partidistas de las clases dominadoras; que esta constitución del partido obrero como partido político es inexcusable para el triunfo de la revolución social y de su meta última: la abolición de las clases; y, finalmente, que la unión de los diferentes sectores, que la clase obrera ha llevado ya a cabo hasta cierto punto por medio de sus fuerzas económicas, debe también utilizarse sin demora como palanca para luchar contra el poder político de sus explotadores. Por todas estas razones, la reunión de Londres recordaba a todos los afiliados a la Internacional que, en la situación de lucha en que se encontraba la clase obrera, su movimiento económico y su actuación política tenían que ir indisolublemente unidos. En lo referente a la organización, la Asamblea rogaba al Consejo general que limitase el número de vocales con que había de completarse, sin atender exclusivamente, para cubrir las vacantes, a la misma nacionalidad. Que el nombre de Consejo general no pudiese usarlo más que él; que los consejos federales de los diferentes países se denominasen con el nombre de éstos y las sesiones locales con los de sus localidades respectivas. La Asamblea desterró de la Internacional todos los nombres de sectas, como los de positivistas, mutualistas, colectivistas, etc., y ordenó que todos

los afiliados siguiesen cotizando, como hasta allí, un penique al año para el Consejo general.

En cuanto a Francia, la Asamblea recomendaba que se desarrollase una agitación vivísima por las fábricas y talleres, mediante la difusión de hojas impresas, y en Inglaterra aconsejaba la creación de un Consejo federal propio, que el Consejo general había de confirmar en sus funciones, una vez que estuviese reconocido por las ramas provinciales y las tradeuniones. La Asamblea declaraba, además, que los obreros alemanes habían cumplido con su deber durante la guerra franco-prusiana. En cambio, declinaba toda responsabilidad en la llamada conspiración de Netchaiev, encargando a Utin que publicase en la *Egalité* de Ginebra, una información resumida del proceso de este aventurero, basado en las fuentes rusas, pero sometiéndolo antes de publicarlo a la aprobación del Consejo general.

La Asamblea dió por resuelto el pleito de la alianza, una vez disuelta voluntariamente la sección ginebrina y prohibida la adopción de nombres sectarios y de otra índole, por medio de los cuales se pudiera postular una misión específica, distinta de la finalidad común perseguida por la Internacional. En lo tocante a las secciones del Jura, la Asamblea refrendó el acuerdo tomado por el Consejo general el 29 de junio de 1870, en el que se reconocía como único órgano de la Suiza latina el Consejo general de Ginebra, pero al mismo tiempo invocaba el espíritu de solidaridad y concordia que entonces más que nunca debía presidir a los obreros, ante las persecuciones a que se hallaba expuesta la Internacional. Esta razón movíala a aconsejar a los valientes obreros del Jura que volviesen a incorporarse al Consejo ginebrino. Pero si esto no se conseguía, la Asamblea determinaba que aquellas secciones desglosadas se habrían de englobar bajo el nombre de «Federación jurasiana». Y se tomó asimismo el acuerdo de que el Consejo general vendría obligado a desautorizar a todos aquellos supuestos órganos de la Internacional que debatiesen ante el público burgués los problemas exteriores de ésta, como hacían el *Progrés* y la *Solidarité* del Jura.

Finalmente, la Asamblea dejaba a la competencia del Consejo general la designación del lugar y fecha de celebración del próximo congreso o de la reunión anual que, en su caso, hubiera de sustituirle.

Considerados en conjunto, no puede negarse que los acuerdos de esta Asamblea están alentados por un espíritu de moderación y objetividad; la salida que se brindaba a las secciones del Jura, consistente en asignarse el nombre de Federación jurasiana, había sido ya tanteada por ellas mismas. Unicamente los acuerdos tomados respecto a Netchaiev encerraban una tendencia personal que no justificaba ningún punto de vista objetivo. El que la prensa burguesa hubiera explo-

tado las revelaciones del proceso Netchaiev contra la Internacional era una de tantas calumnias como caían por entonces diariamente, a docenas, sobre su cabeza, sin que se sintiera obligada a refutarlas todas; en casos semejantes, se contentaba con quitarse de encima la basura de un puntapié. Pero ya que por una vez se decidía a establecer una excepción, no debió tomar por conducto informativo a un intrigante aborrecible, de quien no había que esperar que aplicase a Bakunin un rasero de veracidad distinto al que le aplicaba la prensa burguesa.

Utin puso manos a la tarea que se le encomendaba con una historia folletinesca digna de él. En Zurich, donde se proponía realizar sus trabajos y donde afirmaba no tener más enemigos que unos cuantos eslavos aliancistas a las órdenes de Bakunin, cayeron sobre él un buen día, en un palacio solitario cerca de un canal, ocho individuos al parecer de habla eslava, le hirieron, le derribaron en tierra, y le hubieran rematado y arrojado su cuerpo al canal, a no acertar a pasar por allí cuatro estudiantes alemanes, que salvaron aquella vida preciosa para que siguiese prestando servicios al zar.

Prescindiendo de este acuerdo, es innegable que todos los demás adoptados por la reunión de Londres sentaban las bases para llegar a una concordia, muy necesaria en una época en que el movimiento obrero estaba rodeado por todas partes de enemigos. Sin embargo, el 20 de octubre se presentó al Consejo general solicitando ser admitida en la Internacional la Sección de propaganda y acción socialista revolucionaria formada en Ginebra con los restos de la Alianza y unos cuantos fugitivos de la Comuna. El Consejo denegó esta solicitud, después de oir el informe del Consejo federal de Ginebra, y la *Révolution Sociale,* que había venido a ocupar el puesto de la difunta *Solidarité,* empezó a dirigir violentos ataques al «comité alemán, presidido por un cerebro bismarckiano», que era lo que, según el parecer de este magnífico periódico, representaba el Consejo directivo de la Internacional. El famoso retrato encontró pronta acogida, y Marx pudo escribir a un amigo norteamericano: «Se remiten al hecho imperdonable de que yo sea alemán de nacimiento y ejerza una influencia intelectual decisiva sobre el Consejo federal. Notabene: El elemento alemán es, numéricamente, dentro del Consejo general, dos tercios más débil que el inglés y el francés. El pecado está, por tanto, en que los elementos ingleses y franceses se dejen dominar (!) teóricamente por los alemanes y encuentren provechoso y hasta indispensable este predominio, o sea la ciencia alemana.»

En un congreso celebrado el 12 de noviembre en Sonvillier, las secciones del Jura organizaron un ataque en forma contra la Internacional. Claro está que no eran más que nueve, de veintidós representadas por seis delegados, y que además la mayor parte de estas sec-



ciones, que representaban ya una minoría, estaban atacadas de tisis galopante. Pero no por ello fueron sus ataques menos clamorosos. Sentíanse profundamente ofendidas de que la reunión de Londres quisiera imponerles un nombre que ya ellas mismas habían pensado en asignarse, pero a pesar de todo se sometieron y decidieron titularse en lo futuro Federación jurasiana. Para vengarse de esto, declararon disuelta la Federación latina, acuerdo que no era, naturalmente, más que un palo de ciego. Pero lo más importante que hizo este congreso fué acordar la redacción y envío de una circular a todas las federaciones de la Internacional protestando contra la ilegalidad de la reunión de Londres y apelando de sus decisiones a un congreso general, que debería convocarse a la mayor brevedad.

Esta pieza, redactada por Guillaume, partía de la afirmación de que la Internacional estaba siguiendo un camino equivocado y funesto. En sus primeros tiempos, había querido ser una «protesta inmensa contra toda autoridad»; en los estatutos se garantizaba la autonomía de todas las secciones o grupos, revistiéndose al Consejo general, como organismo ejecutivo que era, de atribuciones limitadas. Pero, poco a poco, había ido arraigando la tendencia a otorgarle una confianza ciega, que en Basilea se había traducido en la abdicación de la soberanía del congreso, al otorgar al Consejo general facultades para decidir hasta el próximo congreso respecto a la admisión, negativa a admitir o disolución de secciones. Lo que no se decía era que en el congreso de Basilea había abogado vivamente por la adopción de este acuerdo Bakunin, votando en favor suyo el propio Guillaume.

A partir de entonces—proseguía—, el Consejo general, integrado desde hacía cinco años por las mismas personas y constituído en el mismo sitio, se venía considerando como «jefe legítimo» de la Internacional. Y como sus componentes se consideraban a sí mismos como una especie de gobierno, era natural que reputasen sus ideas personales como la teoría oficial y única admisible en el seno de la organización. Las opiniones divergentes que surgían en otros grupos no eran, para ellos, más que herejías. Y así, habíase ido formando poco a poco una ortodoxia que tenía su sede en Londres y cuyos sacerdotes eran los miembros del Consejo general. No había por qué condenar sus intenciones, ya que obraban ateniéndose a las ideas de su propia escuela, pero sí era necesario combatirlas por todos los medios, pues su omnipotencia tenía, y necesariamente debía tener, efectos corruptores; era absolutamente imposible que hombres que gozaban de semejante poder sobre iguales suyos siguieran siendo hombres morales.

La reunión de Londres—seguía diciendo la circular—había venido a proseguir la obra del Congreso de Basilea, adoptando acuerdos que convertían a la Internacional, alianza libre de secciones autónomas, en

una organización autoritaria y jerárquica en manos del Consejo general. Y para remate y coronación de todo esto, había acordado que el Consejo general fuese incluso competente para señalar el lugar y fecha del próximo congreso o de la reunión que hubiera de sustituirle; con lo cual, se dejaba al arbitrio del Consejo la posibilidad de suplantar los congresos generales, aquellas grandes audiencias públicas en que la Internacional rendía cuenta de sus actos, por reuniones secretas. Por todo esto, era necesario volver a reducir al Consejo general a sus funciones primitivas, que eran las de un simple centro de correspondencia y estadística, realizando por medio de la libre asociación de grupos autónomos aquella unidad que quería alcanzarse a fuerza de dictadura y centralización. Era necesario que la Internacional fuese, en esto, el espejo de la sociedad del mañana.

A pesar de lo que recargaba las tintas, o quizá por esto mismo, la circular de los jurasianos no alcanzó la finalidad perseguida; su pretensión de que se convocase un congreso a la mayor brevedad no encontró eco ni aun en Bélgica, Italia y España. En España, se recelaba que detrás de aquellos duros ataques dirigidos al Consejo general, se escondiesen celos y rivalidades entre Bakunin y Marx; los de Italia no querían dejarse gobernar por los del Jura ni por los de Londres; sólo las secciones de Bélgica optaron por proponer una enmienda en los estatutos, en la que se declarase expresamente que la Internacional era una asociación de federaciones completamente independientes y el Consejo general un «centro de correspondencia e información».

En cambio, la circular de Sonvillier encontró una magnífica acogida por parte de la prensa burguesa de Europa, que cayó sobre ella como sobre un bocado exquisito. He aquí que veía confirmadas de pronto en el seno de la Internacional todas las mentiras que ella había venido propagando acerca del despotismo inconcebible del Consejo general, sobre todo desde la caída de la Comuna de París. El *Bulletin Jurassien,* que había venido a relevar nuevamente a la *Révolution Sociale,* de corta vida, tuvo por lo menos la satisfacción de poder reproducir los artículos en que los periódicos burgueses aplaudían entusiasmados.

Este ruidoso eco que despertó la circular de Sonvillier movió al Consejo general a contestar con otra circular, encabezada con este título: «Las supuestas escisiones en el seno de la Internacional».

7. La manzana de la discordia de la Internacional.

En la parte que recogía los reproches dirigidos al Consejo general en Sonvillier y en otros sitios por transgresión y falseamientos de los estatutos, por su intransigencia fanática y no sé cuántas cosas más, esta circular desplegaba una polémica victoriosa en toda la línea, y en la que no había más que una cosa lamentable: que recayese, en gran parte, sobre minucias.

En efecto; todavía le cuesta a uno trabajo, hoy, tener que ocuparse de estas cicaterías. Así por ejemplo, los afiliados de París, al fundar la Internacional, para no suscitar las iras de la policía bonapartista, habían quitado del texto francés, de los estatutos, en el artículo que decía que todo movimiento político debía subordinarse como medio a la emancipación económica de la clase obrera, las palabras «como medio». Y aunque la cosa no podía ser más clara ni más sencilla, se hizo circular hasta la saciedad la mentira de que el Consejo general había interpolado por sí y ante sí, sobre el texto primitivo, aquellas dos palabras que no aparecían en la versión francesa. Del acuerdo de la reunión de Londres reconociendo que los obreros alemanes habían cumplido con su deber durante la guerra, tomábase pretexto para acusar al Consejo general de tendencias «pangermanistas».

Su circular barría de una vez todas estas pequeñeces, y, sabiendo que no se alegaban con otros propósitos que el de minar la centralización de la Internacional en su fortaleza central, la única que podía hacer frente a los ataques reaccionarios, se comprendía el despecho amargo de sus palabras finales, en las que se acusaba a la Alianza de trabajar al servicio de la policía internacional. «Predica la anarquía dentro de las filas proletarias como recurso infalible para destruir la potente concentración de las fuerzas políticas y sociales que tienen en sus manos los explotadores. Y tomando este pretexto, exige de la Internacional, en el momento en que el viejo mundo pugna por aplastarla, que sustituya su organización por la anarquía.» Cuanto más duramente se veía acosada la Internacional por sus enemigos, tanto más frívolos tenían que parecer los ataques que se le dirigían desde dentro, sobre todo cuando eran infundados.

Pero la cruda luz que se derramaba sobre este aspecto del asunto, cegaba los ojos de la circular, impidiéndola mirar en otras direcciones. Como su propio título indicaba, no existían para ella, dentro de la Internacional, más que «supuestas» escisiones; atribuía todo aquel conflicto, como Marx había hecho ya en el comunicado confidencial, a los manejos de «algunos intrigantes», principalmente de Bakunin; volvía

a hacer hincapié en los antiguos ataques contra éste por su pretendida «equiparación de las clases», por su actitud en el congreso de Basilea, etcétera; le acusaba de haber entregado a la policía rusa, en unión de Netchaiev, a personas inocentes, y dedicaba un apartado especial a poner en claro el hecho de que dos partidarios de Bakunin hubieran resultado ser espías bonapartistas, hecho harto desagradable sin duda para Bakunin, pero que en nada le comprometía, como tampoco comprometía al Consejo general el que, pocos meses después, dos de sus vocales resultasen ser también confidentes de la policía. Y finalmente, la circular, acusando al «joven Guillaume» de haber llamado en público a los «obreros fabriles» de Ginebra «burgueses» odiosos, pasaba por alto el hecho de que en Ginebra se englobaba bajo el nombre de *fabrique* aquel sector de obreros de lujo bien retribuídos, relacionado con los partidos burgueses por medio de pactos electorales más o menos defendibles.

Pero la parte más floja de la circular era aquella en que se defendía del reproche de «ortodoxia» que le hacía el Consejo general. Ponía de relieve, como argumento en su defensa, el acuerdo tomado por la reunión de Londres prohibiendo a todas las secciones la adopción de nombres sectarios. El acuerdo era, sin duda alguna, justificado, teniendo en cuenta que la Internacional formaba un conglomerado multicolor de asociaciones sindicales, cooperativas y organizaciones de cultura y propaganda. Pero la interpretación que la circular daba a este acuerdo no podía ser más desgraciada.

Decía, literalmente: «La primera etapa de la lucha del proletariado contra la burguesía se caracteriza por los movimientos de sectas. Estas tienen su razón de ser en una época en que el proletariado no posee todavía el grado suficiente de desarrollo para actuar como clase. Unos cuantos pensadores aislados emprenden, cada cual por su cuenta, la crítica de las contradicciones sociales y pretenden resolverlas por medio de fórmulas fantásticas, sin que la masa trabajadora tenga más misión que aceptarlas, propagarlas y ponerlas por obra. Es natural que las sectas, precisamente por serlo, se formen en torno a estos precursores, cada cual con su propia autonomía y absteniéndose de toda actuación efectiva, política, huelguística y sindical, en una palabra, de todo movimiento de masas. La masa del proletariado adopta ante estas propagandas una actitud indiferente e incluso hostil. Los obreros de París y Lyon no querían saber nada de st.-simonistas, de fourieristas ni de icarianos, del mismo modo que los cartistas y los tradeunionistas ingleses ignoraban las doctrinas de Owen. De palanca propulsora del movimiento en sus comienzos, se tornan en un estorbo, tan pronto como éste pasa por encima de ellos. A partir de este momento, su posición es reaccionaria. Testigos de esto, las sectas francesas e inglesas y últi-

mamente, en Alemania, los lassalleanos, que, después de haberse pasado varios años estorbando la organización del proletariado, acaban convirtiéndose en simples instrumentos de la policía.» En otros pasajes de la circular se da a los lassalleanos el calificativo de «socialistas bismarckianos», que, fuera de su órgano policíaco, el «Nuevo Social-demócrata», visten las blusas blancas del Imperio prusiano-alemán.

No hay nada que demuestre documentalmente que el autor de este escrito fuese el propio Marx; por su contenido y su estilo, no tendría nada de particular que Engels hubiese puesto una parte más o menos grande en él. Pero las manifestaciones referentes a las sectas proceden indudablemente de Marx; la idea que aquí se desarrolla aparece envuelta casi en los mismos términos en cartas escritas por él con aquella misma fecha a amigos del partido, y en su polémica contra Proudhon vemos esbozada ya por primera vez esa tesis. No puede negarse que, al señalar la importancia histórica de las sectas socialistas, Marx se ajusta a la verdad; en lo que no andaba acertado era en echar al mismo montón a los bakuninistas, y sobre todo a los lassalleanos, con los fourieristas y los discípulos de Owen.

Por muy despectivamente que se piense del anarquismo y por mucho que se le considere, dondequiera que se presente, como una enfermedad del movimiento obrero, no hay razón para pensar—y mucho menos hoy, después de las experiencias de medio siglo—que sus gérmenes patógenos le vengan inyectados desde fuera, ignorando que esos gérmenes le son innatos, que viven dentro de él, desarrollándose en condiciones propicias o, por mejor decir, desdichadas. Y esto que hoy sabemos, no era tampoco lícito ignorarlo en el año 1872. Nadie menos propenso que Bakunin a establecer un esquema definitivo o un sistema hecho y derecho, para que los obreros lo aceptasen y pusiesen por obra ciegamente; el propio Marx no se cansaba de repetir que Bakunin era teóricamente una nulidad, que no era más que un intrigante y que su programa era una ensalada revuelta con elementos tomados sin ton ni son, a diestro y siniestro.

La característica más saliente de los fundadores de sectas es su hostilidad contra todo movimiento proletario de masas; hostilidad en el sentido de no querer saber nada de semejantes movimientos y de vivir, a su vez, perpetuamente ignorados por ellos. Y aunque resultase ser verdad que Bakunin sólo quería apoderarse de la Internacional para sus fines, con esto no se demostraría más que una cosa: que él, como revolucionario, no contaba más que con las masas. Y por encarnizada que fuese la lucha que venía librándose entre él y Marx, no dejó nunca de reconocer, hasta el último momento, que era mérito inmortal de Marx haber creado en la Internacional el cuadro de un movimiento proletario de masas. Lo que les separaba era su disparidad de criterio

en punto a la táctica que este movimiento de masas debía seguir para alcanzar la finalidad perseguida; pero, por equivocadas que fuesen las opiniones de Bakunin en este respecto, no tenían absolutamente nada que ver con el sectarismo.

Y mucho menos los lassalleanos. Cierto es que en el año 1872 éstos no habían remontado todavía las cumbres del principio socialista, pero estaban muy por encima de todos los demás partidos obreros de Europa, lo mismo en penetración teórica que en fuerza de organización, sin excluir a la fracción de Eisenach, que seguía nutriéndose espiritualmente en gran parte de las obras de agitación del propio Lassalle. Este había planteado sus campañas de agitación en el amplio terreno de la lucha de clases, cerrando así el paso a todo posible sectarismo; Schweizer, su sucesor al frente del movimiento, estaba tan penetrado de la imposibilidad de separar el movimiento político del social, que Liebknecht le achacaba inclinaciones «parlamentaristas», y si bien en la cuestión sindical había desatendido las advertencias de Marx para su mal, no era menos cierto que hacía largo tiempo ya que estaba eliminado del movimiento. Y los lassalleanos, gracias principalmente a las huelgas de la construcción triunfantes en Berlín, empezaban a quitar de su cuenta este borrón. Iban sobreponiéndose al breve paréntesis que la guerra había abierto en sus campañas, y las masas afluían a ellos cada vez en mayor número.

No habría para qué dar demasiada importancia a los ataques contra los lassalleanos, sabiendo que Marx sentía una aversión incurable contra Lassalle y todo lo que viniese de él, si no cobrasen cierto relieve peculiar por el contexto en que en la circular del Consejo aparecían. Estos ataques indicaban bien a las claras cuál era la verdadera manzana de la discordia de la Internacional, el conflicto irresoluble que se le había planteado a esta gran organización al caer la Comuna de París. Todo el mundo reaccionario se había movilizado a partir de ese momento contra la Internacional, y para poder defenderse de este asalto era menester que hubiera concentrado disciplinadamente todas sus fuerzas. Pero, a su vez, la caída de la Comuna había demostrado la necesidad de la lucha política, y esta lucha no podía entablarse sin que se aflojasen considerablemente los vínculos internacionales, pues sólo se podía librar dentro de las fronteras de cada nación.

Y así como la posición del abstencionismo político, por mucho que se exagerase, tenía siempre, en el fondo, su raíz en el justificado recelo contra las celadas del parlamentarismo burgués—recelo al que Liebknecht daba todavía expresión señaladísima en su célebre discurso de 1869—, el disgusto contra la dictadura del Consejo general, que después de ahogada la Comuna de París se manifestaba en casi todos los países, nacía, por muy exagerado que fuese, de la conciencia más o menos

clara de que todo partido obrero nacional estaba sujeto muy en primer término a las condiciones que informaban su vida dentro de su nación, de la nación de que formaba parte y de la cual no podía desprenderse por mucho que se esforzara, como el hombre no puede desprenderse de su sombra; o dicho en otros términos, que no podía dejarse gobernar desde el extranjero. Y aunque Marx había afirmado ya en los estatutos de la Internacional la unidad inseparable de la acción social y la política, prácticamente se atenía en todas partes a los postulados sociales, comunes a las clases obreras de todos los países de régimen capitalista y sólo tocaba las cuestiones políticas en cuanto derivadas de aquellos postulados sociales, como ocurría por ejemplo con la reducción legal de la jornada de trabajo. Los problemas políticos en el sentido estricto e inmediato de esta palabra, como eran aquellos que decían relación al régimen constitucional del Estado y que se planteaban de manera diferente en cada país, los hacía pasar Marx a segundo plano, hasta que el proletariado, educado por la Internacional, supiera ver con mayor claridad en ellos. Y lo que más duramente censuraba en Lassalle era el que enfocase sus campañas de agitación sobre un país determinado y concreto.

Se ha aventurado la hipótesis de que Marx hubiera seguido observando durante mucho tiempo este mismo retraimiento si la caída de la Comuna de París, por una parte, y por otra la campaña de agitación de Bakunin no le hubieran obligado a adoptar una posición política. Es posible y hasta muy verosímil que fuese así, pero, fiel a su conducta de siempre, se lanzó a la lucha tan pronto como las circunstancias le obligaron. Mas sin ignorar que el problema que se le planteaba no tenía solución dentro de la Internacional tal y como ésta se hallaba organizada, y que en la misma medida en que se concentrase e hiciese fuerte contra sus enemigos exteriores, se desarticularía interiormente. Ya el hecho de que la cabeza directora del Consejo general acusase al partido obrero más desarrollado dentro de sus propias orientaciones, que era además el partido obrero de su mismo país, de ser una tropa policiaca, indicaba bien a las claras que la hora histórica de la Internacional había sonado.

Pero no era este el único síntoma de ello. Dondequiera que comenzaban a formarse partidos obreros nacionales, veníase a tierra la Internacional. ¡Cuántas violentas acusaciones había volcado Liebknecht en otro tiempo sobre Schweitzer, reprochándole la tibieza que a su juicio demostraba frente a la Internacional! Ahora que él se encontraba al frente de la fracción de Eisenach tenía que escuchar exactamente los mismos reproches de boca de Engels, y sólo sabía contestarlos, ni más ni menos que lo había hecho en su tiempo Schweitzer, remitiéndose a las leyes alemanas de asociaciones: «No seré yo el que ponga en peli-

gro ahora, por ese asunto, la existencia de nuestra organización.» Si aquel infortunado Schweitzer hubiese osado—que no lo hizo nunca—emplear un lenguaje tan insolente y blasfemo, ¡cuánto no hubiera clamado Liebknecht contra aquel «rey de los sastres» que a todo trance quería tener un «partido propio»! Al fundarse la fracción de Eisenach, el «grupo de secciones de habla alemana» de Ginebra había sufrido el primer golpe: el último se lo asestó a esta organización, la más antigua y sólida que poseía la Internacional en el continente, la fundación de un partido obrero suizo en el año 1871. A fines de este año, Becker hubo de suspender la publicación de su *Vorbote*.

En 1872, Marx y Engels no se habían dado cuenta todavía de estas concatenaciones. Al afirmar que la Internacional se había hundido por los manejos de un demagogo, no hacían más que atentar contra ellos mismos y contra sus títulos, pues la verdad era que la Internacional podía abandonar la escena histórica con todos los honores después de cumplida una gran misión, que había llegado a ser superior a sus propias fuerzas. Y hay que resignarse a darles la razón a los anarquistas de hoy cuando dicen que no hay nada menos marxista que figurarse que un individuo, por muy pérfido que fuese, un «peligrosísimo intrigante», podía hacer saltar por sí solo una organización proletaria como la Internacional, quitándosela en cambio a esas almas postradas de creyentes a quienes hace temblar la menor duda de que Marx y Engels pudieran haberse equivocado nunca ni en un ápice. Si hoy pudieran hablar aquellos dos hombres, serían los primeros en zarandear sin piedad a quienes pretenden que contra ellos no puede ejercitarse la crítica, esa crítica inexorable que fué siempre su arma más aguzada.

La verdadera grandeza de estos hombres no está precisamente en no haberse equivocado nunca, sino en no obstinarse jamás en mantener sus equivocaciones, cuando comprendían que habían incurrido en alguna. Ya en 1874, Engels confesaba que la Internacional se había sobrevivido. «Para crear una nueva Internacional al estilo de la antigua, una alianza de los partidos proletarios de todos los países, haría falta una depresión general del movimiento obrero como la que reinó en los años 1849 a 1864. Hoy, el mundo proletario es demasiado grande, demasiado vasto para eso.» Y se consolaba pensando que la Internacional había gobernado durante diez años la historia de Europa en una dirección—en la dirección del porvenir—y podía volver la vista con orgullo sobre el pasado.

Y en 1878, Marx refutaba en estos términos, desde una revista inglesa, la afirmación de que la Internacional había sido un fracaso y que estaba ya muerta: «En realidad, los partidos obreros socialdemócratas de Alemania, Suiza, Dinamarca, Portugal, Italia, Bélgica, Holanda y Norteamérica, más o menos organizados dentro de las fronteras nacio-

nales, forman otros tantos grupos internacionales, no ya secciones aisladas, diseminadas acá y allá por los distintos países y mantenidas en cohesión en su periferia por un Consejo general; son las masas obreras mismas las que mantienen un intercambio constante, activo, directo, entroncadas unas con otras por el trueque de ideas, la ayuda mutua y los fines comunes... Es decir, que la Internacional, lejos de morir, no ha hecho más que pasar de su primer ensayo a una fase más alta, donde sus primitivas tendencias han encontrado, en parte al menos, realización. Y todavía habrá de sufrir no pocas transformaciones en el transcurso de su evolución progresiva, hasta llegar a escribir el último capítulo de su historia.»

En estas líneas, Marx volvía a demostrar su auténtica mirada de profeta. En una época en que los partidos obreros nacionales comenzaban apenas a germinar, más de diez años antes de que se fundase la nueva Internacional, supo predecir su carácter histórico, pero tampoco a esta segunda modalidad le asignaba un valor perenne. Sólo estaba seguro de una cosa: de que entre las ruinas volvería a florecer, una y otra vez, la vida nueva, hasta que llegase la hora de las definitivas realizaciones.

8. Congreso de La Haya.

En la circular enviada por el Consejo general el 5 de marzo se anunciaba la convocatoria del Congreso anual para comienzos de setiembre. Durante estos meses, Marx y Engels decidieron solicitar que la residencia del Consejo general se trasladase de Londres a Nueva York.

Mucho se ha discutido acerca de la necesidad y conveniencia de esta propuesta, así como respecto a sus motivos. Hay quien ve en ella el propósito de hacerle a la Internacional un entierro de primera, entendiendo que Marx, con esta medida, se proponía disfrazar su muerte inevitable. Pero con esta interpretación se aviene mal el hecho de que, después de acordarse el traslado, Marx y Engels siguiesen apoyando con todas sus fuerzas el Consejo general, esforzándose por infundirle vida. Otros dicen que Marx estaba ya cansado de la Internacional y que deseaba consagrarse por entero a sus trabajos científicos, tesis que apoya en cierto modo el testimonio de Engels. En una carta dirigida a Liebknecht el 27 de mayo de 1872, alude a una propuesta belga de supresión del Consejo general, y añade: «A nosotros, personalmente, nos parecería muy bien, pues Marx y yo no volveremos a entrar; tal como se han puesto las cosas, no nos queda ningún tiempo libre para trabajar, y hay que poner remedio a esto.» Sin embargo, esto era una manifestación hecha incidentalmente y no exenta de despecho. Y

aun cuando Marx y Engels se negasen a ser reelegidos para el Consejo general, ésta no era razón para alejarle de Londres; además, Marx había rechazado repetidas veces la idea de posponer la Internacional a sus trabajos científicos, antes de que estuviese firmemente encauzada, y es seguro que no podía pensar en abandonarla, en el preciso instante en que atravesaba por su crisis más grave.

La verdadera explicación era, sin duda, la que se contenía en su carta de 29 de julio a Kugelmann: «El Congreso internacional (La Haya, abierto el 2 de setiembre) decidirá la vida o la muerte de la Internacional, y antes de separarme de ella, quiero protegerla, cuando menos, de los elementos disolventes.» A protegerla de estos «elementos disolventes» tendía también, sin ningún género de duda, el alejamiento del Consejo general de Londres, donde estaba sujeto a disputas cada vez más encarnizadas. Cierto es que las tendencias bakuninistas no tenían en él representación, o la tenían tan tenue, que por este lado no había nada que temer. Pero el desbarajuste que reinaba entre sus vocales alemanes, ingleses y franceses era tal, que había sido necesario nombrar un subcomité destinado especialmente a dirimir los eternos litigios.

Hasta entre Marx y los dos vocales del Consejo general que habían sido durante tantos años sus colaboradores más diestros y leales, Eccarius y Jung, se habían enfriado las relaciones, llegando con Eccarius, en mayo de 1872, a una franca ruptura. Eccarius, que vivía en gran estrechez, presentó su dimisión como secretario general de la Internacional creyéndose indispensable, con la mira de que se le subiese al doble su modesto sueldo mensual de 15 chelines. Sin embargo, fué elegido para ocupar su vacante el inglés Hales, de lo que Eccarius, sin razón, hizo responsable a Marx. Lejos de tener culpa alguna en ello, Marx le había defendido siempre contra los ingleses. En cambio, había tenido que llamarle la atención varias veces por dar a la prensa noticias de sucesos interiores de la Internacional, como los referentes por ejemplo, a los debates secretos mantenidos en la conferencia de Londres. Por su parte, Jung hacía a Engels y a su conducta autoritaria responsable del retraimiento que notaba en Marx. Es posible que hubiese algo de verdad en ello. Puede ser que desde que mantenía relaciones diarias con Engels dejase de ver a Eccarius y a Jung, aunque sin ninguna mala intención, con la frecuencia de antes; y el «general», como le llamaban a Engels los íntimos, gustaba de emplear, según el testimonio de sus mejores amigos, un tono militar conciso y enérgico; cuando le correspondía ocupar, por turno, la presidencia en las sesiones del Consejo general, rara era la vez en que no ocurrían escenas tumultuosas.

Desde la designación de Hales para el cargo de secretario general, estalló entre Engels y Eccarius una mortal enemistad, en la cual toma-

ban partido por el segundo una parte de los vocales ingleses. A su vez, Marx no encontró el menor apoyo en el nuevo secretario general. Lejos de esto, al fundarse, en ejecución de los acuerdos tomados en la conferencia de Londres, una federación inglesa, y al reunirse ésta en su primer congreso, en el que tomaron parte 21 delegados y que se celebró en los días 21 y 22 de julio en Nottingham, Hales, fiel a la consigna bakuninista de la «autonomía de las federaciones en peligro», presentó una propuesta encaminada a entrar en relaciones directas con las demás federaciones sin someterse a la mediación del Consejo general, manifestándose, además, partidario de que en el Congreso general se exigiese la reforma de los estatutos en el sentido de restringir las atribuciones del Consejo, Hales retiró la segunda propuesta, pero la primera fué aprobada. En su aspecto programático, este congreso no mostró ninguna simpatía por el bakuninismo, aunque sí hacia las tendencias radicalistas inglesas; entre otras cosas, propuso que se socializase el suelo, pero no todos los medios de producción. Esta propuesta encontró también el apoyo de Hales, y tan descaradamente siguió intrigando contra el Consejo general, que éste no tuvo más remedio que destituirle en el mes de agosto.

Entre los vocales franceses del Consejo general predominaban las tendencias blanquistas, que en las dos cuestiones cardinales sobre que giraba la disputa: actuación política y rigurosa centralización, se mostraban firmes, pero, en cambio, podían poner en gravísimo peligro a la Internacional con su propensión, que era en ellos norma, a los golpes de mano revolucionarios, en circunstancias como aquellas, en que la reacción europea acechaba el menor pretexto para lanzarse sobre ella, con todo el peso imponente de su superioridad, y aplastarla. La preocupación de que los blanquistas pudieran llegar a adueñarse del timón era sin duda la que más inducía a Marx a desplazar el Consejo general de Londres, llevándolo precisamente a Nueva York, donde podía seguir teniendo una estructura internacional y donde, además, estaría garantizada la seguridad de sus archivos, cosa que no ocurría en ningún punto del continente.

En el congreso de La Haya, cuyas sesiones duraron de los días 2 a 7 de setiembre, Marx pudo disponer de una mayoría segura, gracias a que entre los 61 delegados predominaban los alemanes y los franceses. Sus adversarios le han acusado de haberse fabricado por recursos artificiales esa mayoría, reproche completamente infundado en lo que a la autenticidad de los mandatos se refiere; aunque el Congreso hubo de dedicar la mitad de su tiempo a revisar los mandatos, sólo uno se impugnó. Por lo demás, es cierto que Marx había escrito a Norteamérica ya en el mes de junio, pidiendo mandatos para los alemanes y franceses. Muchos delegados representaban a secciones de otra na-

ción; otros actuaban, por precaución policíaca, bajo nombre supuesto o silenciaban, por idénticas razones, el nombre de las secciones a quienes venían representando. Por eso difieren tanto, según los diversos informes, los datos numéricos sobre la representación de los diferentes países.

En rigor, la representación de las organizaciones alemanas sólo la llevaban ocho delegados: Bernardo Becker (Braunschweig), Cuno (Stuttgart), Dietzgen (Dresde), Kugelmann (Celle), Milke (Berlín), Rittinghausen (Munich), Scheu (Wurttemberg) y Schuhmacher (Solingen). Marx, además de representar al Consejo general, traía un mandato de Nueva York, otro de Leipzig y Maguncia, y Engels dos, uno de Breslau y otro de Nueva York. Nebner, de Leipzig, compareció con un mandato de Nueva York, y Friеländer, de Berlín, con otro de Zurich. Otros dos delegados que parecían ser alemanes por el nombre, Walter y Swan, eran en realidad franceses, y se llamaban Heddeghem y Dentraggues, cantonalistas muy inseguros los dos; el primero resultó ser confidente de la policía bonapartista. Los delegados franceses fugitivos de la Comuna, Frankel y Longuet, partidarios de Marx, y Ranvier, Vaillant y otros, amigos de los blanquistas, dieron sus nombres, pero, en cambio, hubieron de desfigurar más o menos la procedencia de sus mandatos. El Consejo general estaba representado, aparte de Marx, por dos ingleses (Roach y Sexton), un polaco (Wroblewski) y tres franceses (Serraillier, Cournet y Dupont), la Asociación comunista obrera de Londres comparecía en la persona de Lessner. El Consejo federal británico había destacado cuatro delegados, entre los que se encontraban Eccarius y Hales, que ya allí, en La Haya, coqueteaban con los bakuninistas.

Entre los partidarios de Bakunin, los italianos no enviaron delegado alguno a este congreso. Ya en el mes de agosto, en una conferencia celebrada en Rimini, habían acordado cortar todo trato con el Consejo general. Los cinco delegados españoles votaban, sin más excepción que la de Lafargue, con los bakuninistas, al igual que los ocho representantes belgas y los cuatro holandeses. La Federación jurasiana destacó a Guillaume y Schwitzguebel, mientras que Ginebra se mantuvo fiel al viejo Becker. De Norteamérica acudieron cuatro delegados: Sorge, que se contaba con Becker entre los más adictos a Marx, y el blanquista Dereure, antiguo miembro de la Comuna; el tercer mandato había correspondido a un bakuninista, y el cuarto fué el único que el Congreso declaró nulo. Dinamarca, Austria, Hungría y Australia estaban representadas cada una por un delegado.

La revisión de los mandatos, que duró tres días, dió ya lugar a escenas tumultuosas. El mandato español de Lafargue fué violentamente impugnado, pero al fin se dió por válido, con unas cuantas abstencio-

nes nada más. Al debatirse el mandato otorgado por una sección de Chicago a favor de un miembro residente en Londres, uno de los delegados del Consejo federal inglés hizo notar que el mandatario no se contaba entre los directivos obreros conocidos, a lo cual replicó Marx que ello era más bien un honor que otra cosa, ya que la mayoría de esos directivos estaban vendidos a los liberales. Estas palabras, aunque el mandato fuera refrendado, causaron gran indignación en muchos y fueron explotadas concienzudamente contra Marx, después del congreso, por Hales y consortes; por su parte, Marx, que no renegaba jamás de lo que hacía, no se arrepintió nunca de ellas ni las retiró. Terminada la revisión de mandatos, se nombró un comité de cinco miembros para que se encargase de examinar previamente toda una serie de peticiones y escritos relacionados con Bakunin y su Alianza; para este comité se procuró elegir a personas que no se hubiesen señalado hasta entonces gran cosa en las luchas promovidas en torno a la Alianza. Estas personas fueron: el alemán Cuno, presidente; los franceses Lucain, Vichard y Walter-Heddeghem, y finalmente, el belga Splingard.

Hasta el cuarto día no se abrieron en realidad los debates, que se iniciaron dando lectura al informe del Consejo general. Lo había redactado Marx, que lo leyó personalmente en su versión alemana, haciéndolo luego Sexton, Longuet y Abeele, en sus versiones inglesa, francesa y flamenca respectivamente. El informe fustigaba todas las violencias y arbitrariedades que venían cometiéndose contra la Internacional desde el plebiscito bonapartista, la sangrienta represión de la Comuna, las indignidades de Thiers y Favre, las vergüenzas de la Cámara de hidalgüelos franceses, los procesos de alta traición en Alemania; hasta el gobierno inglés recibía sus latigazos por el terrorismo con que había procedido contra las secciones irlandesas y por las investigaciones que había ordenado hacer a sus embajadas acerca de las ramificaciones de la Internacional. A esta batida organizada por los gobiernos, continuaba el informe, asociábase el mundo civilizado con su campaña de difamación, con todas sus leyenda y mentiras sobre la Internacional, con sus telegramas sensacionalistas y sus descaradas falsificaciones de documentos públicos, como aquella pieza maestra de infernal difamación, aquel despacho que achacaba a la Internacional el gran incendio de Chicago y que había dado la vuelta al mundo. Lo raro era que no atribuyesen también a sus artes demoniacas el huracán que había asolado las Indias occidentales. Frente a estos manejos salvajes y cínicos, el Consejo general enumeraba los progresos incesantes alcanzados por la Internacional: su penetración en Holanda, Dinamarca, Portugal, Escocia, Irlanda, su difusión en los Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Buenos Aires. El informe

fué acogido con aplausos, y, a propuesta de un delegado belga, el congreso tributó un homenaje de admiración y simpatía a todas las víctimas de la lucha por la emancipación del proletariado.

A continuación, se abrió debate sobre el Consejo general. Lafargue y Sorge defendieron su necesidad por las exigencias de la lucha de clases; las diarias campañas de la clase obrera contra el capital no podían librarse sin un organismo central directivo, y si no existiese un Consejo general, habría que inventarlo. Consumió un turno en contra Guillaume, discutiendo la necesidad del Consejo general y admitiendo, a lo sumo, su existencia como agencia central de correspondencia y estadística, pero despojada de todo poder autoritario. La Internacional, dijo, no era obra de un genio, equipado con una teoría política y social infalible, sino que, en opinión de los jurasianos, había brotado de las condiciones económicas de vida de la clase obrera, que garantizaban suficientemente la unidad de sus aspiraciones.

Este debate duró hasta el quinto día del congreso y finalizó con una sesión secreta; también los debates sobre la validez de los mandatos se habían desarrollado a puerta cerrada. En un largo discurso, Marx abogó, no sólo porque se conservasen, sino más aún, porque se ampliasen, las atribuciones que venía ostentando el Consejo general; era menester que se le autorizase a suspender interinamente, hasta el próximo congreso y con determinadas garantías, no sólo las secciones, sino federaciones enteras. El Consejo general, que no disponía de policía ni de tropas, no podía permitir que se menoscabase su autoridad moral, y si se le quería convertir en un buzón de correspondencia, lo mejor era suprimirlo de una vez. El congreso aprobó la proposición de Marx por 36 votos contra 6 y 15 abstenciones.

Engels propuso entonces que el Consejo general se trasladase de Londres a Nueva York. Recordó que ya se había hablado varias veces de llevarlo a Bruselas, si bien esta ciudad había rehusado siempre. Las actuales circunstancias imponían como inaplazable aquella determinación, así como la sustitución de Londres por Nueva York. No había más remedio que decidirse por ello, aunque sólo fuese por un año. La propuesta causó el asombro general, un asombro doloroso en la mayor parte de los congresistas. Los que más protestaron contra ella fueron los delegados franceses; consiguieron, por lo menos, que la propuesta se desglosase, votándose por separado primero el desplazamiento del congreso y luego el lugar. Por una diferencia pequeñísima de votos, 26 contra 23 y 9 abstenciones, se acordó el traslado; luego, votaron por Nueva York 30 congresistas. A continuación, fueron elegidos doce vocales del nuevo Consejo general, con facultades para completar el número eligiendo por sí mismos a los restantes.

En la misma sesión se puso a discusión el tema de la acción políti-

ca. Vaillant había presentado una proposición inspirada en el acuerdo adoptado sobre este punto por la Conferencia de Londres, afirmando que la clase obrera debía constituirse necesariamente en partido político aparte, claramente deslindado de todos los partidos burgueses y enfrentado con ellos. Vaillant y Longuet se remitieron en especial a la experiencia de la Comuna de París, que había fracasado por no tener un programa político. En cambio, no era tan convincente el argumento que aportó un delegado alemán de que el abstencionismo político había llevado a ser un espía a Schweitzer, aquel mismo Schweitzer que tres años antes había sido denunciado otra vez como espía por los delegados alemanes en el Congreso de Basilea, por su «parlamentarismo». Por su parte, Guillaume invocaba la experiencia de Suiza, donde los obreros estaban siempre dispuestos a pactar electoralmente a troche y moche, tan pronto con los radicales como con los reaccionarios; estas intrigas, concluyó, no rezaban con los jurasianos; también ellos eran políticos, pero políticos negativos; no aspiraban a conquistar el Poder, sino a destruirlo.

Esta discusión duró hasta el día siguiente, sexto y último del Congreso, que comenzó con una sorpresa: Ranvier, Vaillant y otros blanquistas habían abandonado el Congreso al acordarse el traslado del Consejo general a Nueva York; en un manifiesto que lanzaron poco después se decía: «Intimada a cumplir con su deber, la Internacional no respondió. Esquivó la revolución y huyó al otro lado del Océano.» Para ocupar la vacante de Ranvier en la presidencia fué elegido Sorge. En seguida, se aprobó la propuesta de Vaillant por 35 votos contra 6 y 8 abstenciones. Una parte de los delegados se habían marchado ya, pero la mayoría dejaron su voto escrito a favor de la propuesta.

Las últimas horas de la última sesión se dedicaron a examinar el informe de la comisión de los cinco sobre Bakunin y la Alianza. El informe dejaba sentado, por cuatro votos contra el del vocal belga, primero, que había pruebas de que existía una Alianza secreta, con estatutos que contradecían en todo y por todo a los de la Internacional, aunque no podía comprobarse de un modo terminante que siguiese existiendo. Segundo, que estaba probado, por un proyecto de estatutos y carta de Bakunin, que éste había intentado, acaso con éxito, fundar una sociedad secreta dentro de la Internacional, con estatutos radicalmente distintos de los de ésta, lo mismo en su aspecto político que en su tendencia social. Tercero, que Bakunin se había valido de maniobras fraudulentas para apoderarse de propiedades de otros, y que, para descargarse de sus obligaciones, él o sus agentes habían acudido a la intimidación. Por todas estas razones, la comisión, por mayoría, proponía al Congreso la expulsión de Bakunin, Guillaume y algunos de

sus partidarios. Cuno, que sometió al Congreso el informe de la comisión, no aportó prueba ninguna material; limitóse a decir que la comisión había llegado en su mayoría a aquellas conclusiones por certeza moral, y pedía al Congreso un voto de confianza.

Invitado por el presidente a defenderse, Guillaume, que ya se había negado a comparecer ante la comisión, renunció a toda defensa, pues no quería tomar parte en una comedia. Afirmó que aquel ataque no iba dirigido contra determinadas personas, sino contra las aspiraciones federalistas. Pero sus representantes, los que aún continuaban en el Congreso, habíanse aprestado a la defensa, firmando un pacto de solidaridad. A continuación, un delegado holandés dió lectura a este pacto, que llevaba las firmas de cuatro delegados españoles, cinco belgas, dos jurasianos, un holandés y un norteamericano. Para no romper la unidad de la Internacional, los firmantes se declaraban dispuestos a mantener todas las relaciones administrativas con el Consejo general, pero repudiando toda intromisión de éste en los asuntos internos de la federación, en tanto que no se tratase de ataques contra los estatutos generales de la Internacional. Entretanto, debía invitarse a todas las federaciones y secciones a prepararse para el próximo congreso y hacer triunfar en él el principio de la libre asociación (autonomía federativa). El congreso no se prestó a abrir debate sobre estos puntos, y procedió a expulsar a Bakunin por 27 votos contra 7 más 8 abstenciones, y a Guillaume por 25 votos contra 9 y 9 abstenciones. Las demás propuestas de la comisión fueron rechazadas, aunque autorizándola a plublicar las piezas referentes a la Alianza.

Esta escena final del congreso de La Haya no era, en verdad, digna de él. Claro está que todavía no había razones para saber que los acuerdos tomados por la mayoría de la comisión eran nulos ya de por sí, por haber intervenido en ellos un espía; asimismo hubiera sido humanamente explicable, por lo menos, que se hubiese expulsado a Bakunin por razones políticas, sencillamente por el convencimiento moral de que era un perturbador incorregible, aunque no se le pudiesen probar documentalmente todas sus intrigas. Lo que no tenía perdón era manchar el nombre y la honra de Bakunin en cuestiones de propiedad, y desgraciadamente era a Marx a quien cabía la culpa de esto.

Marx se había hecho con aquel supuesto acuerdo de un supuesto «comité revolucionario» en el que se amenazaba a Liubavin caso de que insistiera en cobrar los 300 rublos adelantados a Bakunin por un editor ruso a cuenta de sus honorarios de traducción del «Capital.» No conocemos el contenido literal de este documento, pero cuando Liubavin, que ahora era también enemigo encarnizado de Bakunin, se lo envió a Marx, lo acompañaba de esta advertencia: «Al recibirla, no dudé ni un momento que en esta carta andaba la mano de Bakunin, pero hoy,

repasando fríamente todo el desarrollo de la cosa, comprendo que la participación de Bakunin en el hecho no está probada, ni mucho menos, pues bien pudo haber escrito la carta Netchaiev sin contar para nada con él.» Y así había sido, en efecto. No obstante, bastó esta carta, cuyo carácter criminal hasta su propio destinatario ponía en duda, para acusar a Bakunin en La Haya de vulgar estafador.

Aunque Bakunin reconoció repetidas veces haber recibido el anticipo y prometió pagarlo de un modo o de otro, no parece que llegase a hacerlo nunca, agobiado por su eterna penuria de dinero. Por otra parte, en toda la tramitación de este lamentable asunto no se oye ni una sola vez la voz del único perjudicado, del editor, que seguramente se sometería con filosófica resignación a aquel destino a que por su oficio estaría, seguramente, habituado. ¡Cuántos y cuántos escritores, sin excluir a las firmas más prestigiosas, se habrán quedado alguna que otra vez con un anticipo de su editor colgando! La cosa no tiene nada de plausible, ya lo sabemos, pero tampoco es un delito como para llevar a nadie a la horca.

9. Ultimos estertores.

Con el congreso de La Haya termina la historia de la Internacional; fué en vano que Marx y Engels se esforzaran por sacarla adelante, haciendo todo lo humanamente posible por facilitar sus tareas al nuevo Consejo general, residente en Nueva York.

Pero éste no consiguió tampoco echar raíces en suelo norteamericano. También allí reinaba la discordia entre las diversas secciones, aparte de que faltaba la experiencia y faltaban los contactos, las energías morales y los recursos materiales. El alma del nuevo Consejo general era Sorge, que conocía bien la realidad norteamericana y había votado contra el traslado del Consejo general, aceptando por fin, después de alguna resistencia, el cargo de secretario; era un hombre demasiado leal y concienzudo para negarse, cuando la necesidad le reclamaba.

En asuntos proletarios siempre da mal resultado andarse con diplomacias. Marx y Engels habían temido con razón que su plan de desplazar a Nueva York el Consejo general encontraría gran resistencia en los obreros alemanes, franceses e ingleses, y habían aplazado la decisión todo lo posible, para no echar antes de tiempo más leña a la hoguera, ya de suyo bastante cargada. Mas no por ello tuvo consecuencias menos desastrosas el triunfo conseguido por sorpresa en el congreso de La Haya. Esta sorpresa no suavizó la resistencia que se temía, sino antes bien la agudizó y la hizo más furiosa y despechada.

Los que más suavemente se comportaron, relativamente hablando, fueron los alemanes. Liebknecht era opuesto al traslado del Consejo general y siempre lo tuvo por un error, pero por aquellos días estaba con Bebel en Hubertusburg. Su interés por la Internacional se había entibiado mucho, y más aún en la masa de la fracción de Eisenach, sobre todo después de la impresión que sus delegados traían de La Haya. Refiriéndose a esto, Engels escribía a Sorge, el 8 de mayo de 1873: «Los alemanes, que por lo visto no se dan cuenta de cómo se tiran de los pelos con los lassalleanos, están la mar de decepcionados y desmadejados por el congreso de La Haya, donde esperaban que, muy al contrario de sus discordias, todo fuese fraternidad y armonía.» Es posible que fuese este motivo, ya de suyo bastante poco grato, el que explicase la serenidad relativa con que los afiliados alemanes a la Internacional contemplaron el cambio de residencia del Consejo.

Mucho más de lamentar era el apartamiento de los blanquistas, en los que Marx y Engels encontraban su mejor apoyo, no siendo en los alemanes y a la par que en éstos, en las cuestiones candentes y decisivas, sobre todo frente a los proudhonistas, la otra fracción francesa, que propendía por sus ideas al bakuninismo y solía apoyarlo en las votaciones. La indignación de los blanquistas era muy grande, pues no se les ocultaba que el desplazamiento del Consejo general aspiraba muy en primer término a quitarles a ellos de las manos aquel resorte, para estorbarles su táctica de intentonas. Furiosos, dieron en golpearse a sí mismos. Como no les era posible organizar una agitación en su propio país, disuelta la Internacional fueron víctimas de la fatídica estrella de los emigrados. «La emigración francesa—escribía Engels a Sorge el 8 de setiembre de 1874—está deshecha, se revuelven unos contra otros y todos entre sí por motivos puramente personales, líos de dinero las más de las veces, y los hemos perdido casi por completo... La vida de holganza durante la guerra, la Comuna y el destierro han desmoralizado espantosamente a estos hombres, y a un francés desmoralizado no vuelve a encajarle más que la penuria.» Era, por cierto, un consuelo bastante pobre.

Pero donde peores y más sensibles consecuencias tuvo el desplazamiento del Consejo general fué en el movimiento obrero inglés. Ya el 18 de setiembre había propuesto Hales en el Consejo federal británico un voto de censura contra Marx por sus palabras acerca de la venalidad de los directivos obreros ingleses; la propuesta fué aprobada, rechazándose únicamente por empate una adición en que se decía que el propio Marx no había creído en sus palabras, al pronunciarlas, y que sólo perseguía con ellas determinados fines personales. Hales anunció una propuesta pidiendo su expulsión de la Internacional, y otro miembro solicitó que fuesen rechazados los acuerdos del congre-

so de La Haya. Ahora, Hales reanudó a la luz del día las relaciones con los jurasianos, que ya había entablado por debajo de cuerda en aquel congreso; el 6 de noviembre, les escribió en nombre del Consejo federal, diciéndoles que por fin estaba desenmascarada la hipocresía del Consejo general, que bajo pretexto de destruir otra sociedad secreta, cuya existencia había inventado él porque le convenía así, pretendía organizar en el seno de la antigua Internacional una verdadera sociedad oculta al servicio de sus fines propios. A continuación, hacíales saber a los jurasianos, sin embargo, que los ingleses no pensaban como ellos en punto a la acción política, pues estaban convencidos de la conveniencia de esta acción, aunque respetaban a las demás federaciones la más completa autonomía, por exigirlo así las diversas circunstancias en que se encontraban los distintos países.

Hales encontró dos celosos aliados en Eccarius y en el propio Jung, que, después de retraerse algún tiempo, embistió contra Marx y Engels casi con mayor violencia todavía que los otros. Estos dos incurrieron, con su actuación de entonces, en gran responsabilidad, pues se dejaron llevar de consideraciones personales hasta empañar y desfigurar completamente el juicio objetivo de las cosas; al principio, por celos y susceptibilidades, porque Marx escuchaba o parecía escuchar más a Engels que a ellos, y luego por habérseles despojado de la posición prestigiosa e influyente que ocupaban como antiguos miembros del Consejo federal. Desgraciadamente, con esto no se consiguió más que aumentar el daño que podían causar. Durante una serie de congresos, habíanse dado a conocer en el mundo entero como los intérpretes y defensores más celosos y agudos de las doctrinas mantenidas por Marx; ahora, al remitirse, en apoyo de estas mismas doctrinas, a la tolerancia de los jurasianos contra la intolerancia de los acuerdos de La Haya, parecían poner por encima de toda duda los apetitos dictatoriales de Marx y Engels.

También era un pobre consuelo el que, al proceder así, fuesen ellos quienes más salían perdiendo. Las secciones inglesas, y sobre todo las irlandesas, les opusieron una resistencia durísima, lo mismo que el propio Consejo federal. En vista de esto, dieron una especie de golpe de Estado, dirigiendo una proclama a todas las secciones y a sus afiliados, en la que declaraban que el Consejo federal británico estaba tan dividido, interiormente, que no era posible seguir manteniendo la colaboración, y pedían que se convocase un congreso en el que se decidiese acerca de la validez de los acuerdos de La Haya; acuerdos que la proclama interpretaba, no en el sentido de que la acción política se declarase obligatoria—que era también el parecer de la mayoría—, sino en el de dejar a la competencia del Consejo general de cada federación el señalar la política que hubiera de seguirse en su país. Inme-

diatamente, la minoría, en una contraproclama, redactada al parecer por Engels, puso en claro todo este barullo, rectificó las falsedades y protestó contra el congreso que se proyectaba, por ser ilegal, no obstante lo cual se celebró en 26 de enero de 1875. La mayoría votó por él, y ella fué también la única que estuvo representada.

Hales abrió los debates formulando graves acusaciones contra el primitivo Consejo general y contra el congreso de La Haya, vivamente apoyado por Eccarius y Jung. El congreso votó por unanimidad contra los acuerdos de La Haya y se negó a reconocer el Consejo general domiciliado en Nueva York, sometiéndose, en cambio, a un nuevo Congreso internacional, cuando las federaciones creyesen conveniente convocarlo por mayoría. Con esto, quedaba sellada la escisión en el seno de la federación británica, y ambas fracciones, que no eran más que ruinas, resultaron impotentes para tomar una parte activa y eficaz en las elecciones de 1874, de las que salió derribado el Gabinete de Gladstone, sin que a este resultado fuesen ajenas las tradeuniones, las cuales presentaron una serie de candidaturas propias y llevaron al parlamento por vez primera a dos representantes suyos.

La fe de defunción de la primera Internacional, por decirlo así, se encargó de extenderla el sexto congreso convocado en Ginebra por el Consejo general de Nueva York para el 8 de setiembre. Contrastando con el contracongreso bakuninista, reunido en la misma Ginebra el 1.º de setiembre y al que, a pesar de todo, habían acudido 2 delegados ingleses (Hales y Eccarius), 5 belgas y otros tantos franceses y españoles, 4 italianos, 1 holandés y 6 del Jura, el Congreso marxista se componía en su gran mayoría de suizos, la mayor parte de ellos residentes en la misma Ginebra. Ni siquiera el Consejo general había enviado representantes; tampoco comparecieron Inglaterra, Francia, España, Bélgica ni Italia; sólo un alemán y un austriaco hacían compañía a los suizos. Ante un auditorio de menos de treinta delegados, el viejo Becker se apuntó el honor de haber sacado poco menos que de debajo de tierra a trece, para dar mayor prestigio numérico al Congreso e imprimir a la mayoría la necesaria dirección. Marx, que no era hombre que gustase de engañarse a sí mismo, confesó honradamente el fracaso del congreso y aconsejó al Consejo general que por el momento dejase pasar a segundo plano la organización formal de la Internacional, pero conservando en sus manos, siempre que fuese posible, el hilo central en Nueva York, para que no fuera a apoderarse de él, comprometiendo la causa, un idiota o un aventurero. Ya los acontecimientos y el curso inevitable de las cosas, y su complicación, se encargarían por sí mismos de hacer que resucitase, corregida y depurada, la Internacional.

Era la determinación más inteligente y más digna que en aquellas circunstancias podía tomarse; desgraciadamente, su eficacia hubo de

desvirtuarse por el último golpe que Marx y Engels se creyeron obligados a dirigir contra Bakunin. El congreso de La Haya había encargado a la comisión de los cinco que propusiera la expulsión de Bakunin de publicar los resultados de sus investigaciones, pero la comisión, fuese realmente por «haberse desperdigado sus miembros por diversos países» o porque su autoridad no tuviese cimientos muy sólidos en qué apoyarse, ya que uno de sus miembros tenía a Bakunin por inocente y otro había resultado ser confidente de la policía, no cumplió el encargo. En vista de esto, se hizo cargo del asunto la comisión de actas del congreso de La Haya (integrada por Dupont, Engels, Frankel, Le Moussu, Marx y Serraillier) y unas cuantas semanas antes del congreso de Ginebra publicó una memoria que llevaba este título: «La Alianza de la Democracia socialista y la Asociación Internacional obrera». Sus autores eran Engels y Lafargue; Marx no había intervenido más que en la redacción y en algunas páginas finales, sin que por ello sea, naturalmente, menos responsable de la Memoria que sus autores directos.

El analizar críticamente este folleto relativo a la Alianza para contrastar la verdad o el error de todos sus puntos, nos llevaría por lo menos el mismo espacio de diez o doce pliegos impresos que la Memoria ocupa. Y el lector no pierde nada con que prescindamos, por razones de espacio, de este análisis. En estos encuentros se cruzan los tiros de un bando a otro, y los bakuninistas tampoco se recataban nunca para disparar sobre los marxistas, de modo que no tienen derecho a quejarse lastimeramente si éstos, de vez en cuando, les atacaban con excesiva dureza y un poco injustamente.

Pero hay otra razón que hace que esta Memoria haya de incluirse necesariamente entre lo más flojo de cuanto escribieron Marx y Engels. En ella, falta todo lo que presta su verdadero encanto y su valor perenne a los demás escritos polémicos de estos autores: el aspecto positivo de las nuevas ideas conjuradas por la crítica negativa. No se detiene para nada a indagar las causas internas que determinaron la decadencia de la Internacional; no hace más que seguir devanando la misma madeja del «Comunicado confidencial» y de la circular sobre las pretendidas divisiones en el seno de aquella organización, sin salirse del mismo tema: Bakunin y su Alianza secreta acabaron destruyendo la Internacional con sus intrigas y manejos. No, esta Memoria no es un documento histórico, sino un alegato parcial de acusación, cuya tendencia salta a la vista en cada una de sus páginas; no obstante, el traductor alemán se creyó obligado, por si esto era poco, a dar un paso más, embelleciendo su título con un magnífico estilo de fiscal: «Un complot contra la Asociación Internacional obrera».

Pero, aparte de que la decadencia de la Internacional respondiese

a causas que nada tenían que ver con la existencia de una Alianza secreta, la Memoria no logra aportar siquiera pruebas de que esta Alianza existiese y funcionase en la realidad. Ya la comisión investigadora nombrada por el congreso de La Haya había tenido que contentarse, en este punto, con posibilidades y verosimilitudes. Y por mucho que condenemos, sobre todo en un hombre de la categoría y posición de Bakunin, aquella tendencia suya a entusiasmarse con los proyectos más fantásticos de estatutos y con los planes palabreros más terribles, careciendo como carecemos de todo material concreto de acusación, no tenemos más remedio que suponer que todo se redujo, o poco menos, a un juego de su calenturienta imaginación. La Memoria, queriendo suplir sin duda con esto el vacío de la primera parte, dedica su segunda parte a recoger las revelaciones del nobilísimo Utin sobre el proceso Netchaiev y sobre el destierro de Bakunin en Siberia, donde, según el informador, ya hubo de revelarse como un estafador y ratero vulgar. Tampoco estas acusaciones se abonan con ninguna prueba. Todas las pruebas aportadas se reducen a poner en la cuenta de Bakunin, lisa y llanamente, las palabras y los hechos de Netchaiev.

El capítulo dedicado a su destierro en Siberia es el más fantástico de todos: aquí, la Memoria raya ya en novela por entregas. Se nos dice que el gobernador de Siberia, al ser desterrado allí Bakunin, era un pariente suyo y que, gracias a este parentesco y a los servicios prestados por él en todo momento al gobierno zarista, el desterrado se alzó con la regencia secreta del país, de la que usaba para proteger a los empresarios capitalistas a cambio de «pequeñas propinas». Sólo alguna que otra vez su «odio contra la ciencia» venía a estorbar estos lucrativos negocios. Así, hizo fracasar el plan de unos comerciantes siberianos que querían fundar una universidad en el país, para lo cual era necesaria la autorización del zar.

Utin adornaba también con un estilo muy escogido la historieta del sablazo que Bakunin diera a Katkoff, historieta que Borkheim había querido colocar un par de años antes a Marx y a Engels, sin que entonces le prestasen oídos. Según Borkheim, Bakunin había escrito a Katkoff desde Siberia pidiéndole prestados unos dos mil rublos para organizar su huída. Sin embargo, según Utin, Bakunin no le había pedido el dinero a Katkoff hasta después de llegar a Londres huído de Siberia, lleno de remordimientos de conciencia, con objeto de restituir a un rematante de aguardientes el dinero con que éste le había sobornado durante su estancia en el destierro. Al fin y al cabo, era un sentimiento noble, pero Bakunin, con gran indignación moral de Utin, no era capaz ni de dar esta prueba humana de arrepentimiento sin mendigar dinero de un hombre de quien le constaba que era «un confidente y un bandido literario a sueldo del gobierno ruso». La fantasía de

Utin se remontaba a alturas donde a cualquiera le hubiese dado el vértigo, y no se crea que experimentaba por ello la menor fatiga.

Utin había ido a Londres a fines de octubre de 1873, a relatar «maravillas mucho mejores todavía» sobre Bakunin. «El mocito (es decir, Bakunin)—escribía Engels el 25 de noviembre, a Sorge—ha sabido aplicar concienzudamente su catecismo a la realidad; hace varios años que él y su Alianza no viven más que del *chantage,* confiados en que no podría hacerse público ninguno de sus actos sin comprometer a otras personas a quienes hay que guardar consideración. No tienes idea de lo que es esa banda de foragidos». Fué una suerte que la Memoria sobre la Alianza llevara ya varias semanas publicada cuando Utin se presentó en Londres; así, por lo menos, pudo guardarse en su seno amante de la verdad aquellas «otras maravillas», hasta que por fin retornó arrepentido a los brazos de su pobrecito padre para reforzar las rentas del aguardiente o los beneficios de la guerra.

Esta parte rusa en que culminaba la Memoria sobre la Alianza fué precisamente la que más daño hizo a su eficacia política. Hasta aquellos revolucionarios rusos que no querían nada con Bakunin se sintieron repelidos por estas páginas. Y mientras que la influencia de Bakunin sobre el movimiento ruso se mantuvo íntegra por aquellos años, Marx perdió muchas de las simpatías que se había conquistado en aquel país. Y hasta en el éxito por ella alcanzado resultó ser aquella Memoria un palo de ciego, pues si bien movió a Bakunin a retirarse de la lucha, no afectó para nada al movimiento bakuninista.

Bakunin empezó contestando a los ataques en una declaración enviada al *Journal* de Ginebra. En ella, revelaba la profunda indignación que le había causado la Memoria contra la Alianza, poniendo de manifiesto su precariedad con el hecho de que en la comisión investigadora de La Haya se hubieran sentado dos espías—en realidad, no habían sido dos, sino uno—. Luego, invocaba sus sesenta años y una enfermedad del corazón que se iba agudizando con el tiempo y que le hacía la vida cada vez más difícil. «¡Que los jóvenes sigan batallando! Yo, por mi parte, no tengo la fuerza, ni acaso tampoco la confianza necesaria, para seguir empujando la roca de Sísifo contra la reacción triunfante por doquier. Me retiro, pues, del campo de batalla y sólo pido a mis queridos contemporáneos una cosa: olvido. En adelante, no turbaré el sosiego de nadie, pero que nadie turbe tampoco el mío.» Y aun acusando a Marx de haber convertido la Internacional en instrumento de sus venganzas personales, le reconocía el mérito de haber sido uno de los fundadores de esta «grande y hermosa asociación».

En su carta de despedida a los jurasianos, Bakunin mostraba mayor dureza contra Marx, aunque se manifestase en el fondo más moderado y sereno. Decía que el centro de la reacción contra el cual tendrían que

librar los obreros una batalla espantosa, sería tanto el socialismo de Marx como la diplomacia bismarckiana. También en esta carta justificaba su retirada de la lucha por sus años y su enfermedad, que hacían de él más un estorbo que una ayuda, aunque añadiendo que no hubiera tenido derecho a dar este paso antes de ver que los dos congresos celebrados en Ginebra patentizaban bien a las claras el triunfo de su causa y la derrota de los adversarios.

Estas «razones de salud» alegadas por Bakunin fueron, naturalmente, tomadas a chacota, no viéndose en ellas más que un pretexto, pero los pocos años que le quedaron de vida y que hubo de pasar en la mayor estrechez, quebrantado por los dolores y las enfermedades, demostraron que sus fuerzas estaban agotadas. Y las cartas confidenciales escritas por él a sus amigos atestiguan que tampoco faltaba a la verdad cuando decía que «acaso hubiese perdido la confianza en el triunfo cercano de la revolución». Bakunin murió en Berna el 1 de julio de 1876. Había merecido una muerte mejor y un recuerdo más leal que el que le guardan, si no todos, a lo menos muchos sectores de esa clase obrera por la que tanto luchó y tan duramente sufrió.

A pesar de todas sus faltas y debilidades, la historia le reservará un puesto de honor entre los precursores y campeones del proletariado internacional; poco importa que le discutan ese puesto los filisteos, mientras los haya en el mundo, lo mismo aquellos que se encasquetan el gorro policíaco sobre las largas orejas que los que pretenden encubrir sus miserias bajo la piel de león de un Carlos Marx.

CAPITULO XV

LOS ULTIMOS DIEZ AÑOS

1. Marx en su hogar.

Como había hecho a fines de 1853, después de los últimos estertores de la Liga comunista, Marx, ahora, al final del año 1863, después de los últimos estertores de la Internacional, se retiró a su cuarto de trabajo. Pero esta vez, para el resto de su vida.

Se ha dicho que sus últimos diez años fueron «una lenta agonía», pero esto es un poco exagerado. Es cierto que las luchas que siguieron a la represión de la Comuna infligieron grave quebranto a su salud; durante el otoño de 1853 sufrió mucho de la cabeza y estuvo expuesto al peligro bastante inminente de una embolia. Aquel estado cerebral de depresión crónica le incapacitaba para trabajar y le quitaba las ganas de escribir; si se hubiese mantenido mucho tiempo, podría haber acarreado consecuencias graves. Pero Marx se repuso después de varias semanas de tratamiento en manos de un médico de Manchester, llamado Gumpert, amigo suyo y de Engels, en quien tenía absoluta confianza.

Por consejo de Gumpert se decidió a ir a tomar las aguas de Karlsbad en el año 1864, cosa que hizo también en los dos siguientes; en 1867 eligió, por variar, el balneario de Neuenahr; los dos atentados que sobrevinieron contra el emperador de Alemania en el año 1878 y la batida contra los socialistas que los siguió le cerraron las fronteras del continente. Pero las tres temporadas de aguas de Karlsbad le habían sentado «a la maravilla», curándole casi por completo de su viejo padecimiento del hígado. Sólo le quedaban las molestias crónicas del estómago y las depresiones nerviosas, que se traducían en dolores de cabeza y sobre todo en un insomnio pertinaz. Estos trastornos desaparecían más o menos radicalmente después de pasar una temporada de verano en cualquier balneario o lugar de descanso, para reproducirse con mayor algidez ya entrado el invierno.

Para restaurar por completo su salud tenía que haberse entregado al descanso a que sin duda alguna le había hecho acreedor al acercarse a los sesenta años toda una vida de trabajo y sacrificio. Pero no había que pensar en esto, siendo él quien era. Afanoso de sacar adelante su obra científica maestra, se entregó con ardoroso celo a los estudios, cuyos horizontes se habían ido dilatando poco a poco. «Para un hom-

bre que como él tenía que analizar los orígenes históricos y las condiciones previas de todo—dice Engels, hablando de esto—, era natural que cada problema entrañase, por concreto que fuese, toda una serie de problemas nuevos. La prehistoria, la agronomía, el régimen ruso y norteamericano de la propiedad territorial, la geología, etc., todo lo estudia a fondo para construir con una integridad, como jamás hasta él había intentado nadie, el capítulo del tercer tomo que trata de la renta del suelo. Además de los idiomas germánicos y latinos, que ya leía en su totalidad, se puso a estudiar la vieja lengua eslava, el ruso y el servio.» Y esto, con ser mucho, no era más que la mitad de su labor diaria, pues Marx, aunque se hubiese retirado de la política activa, seguía interviniendo con igual celo en el movimiento obrero europeo y americano. Mantenía correspondencia con casi todos los dirigentes de los diversos países, que no daban ningún paso importante sin antes consultarle, siempre que ello fuese posible; poco a poco, iba convirtiéndose en el consejero acuciosamente solicitado y siempre dispuesto del proletariado militante.

Liebknecht nos pinta al Marx de mediados de siglo; éste de los años 70 y siguientes aparece retratado muy sugestivamente en las páginas de Lafargue, su yerno. Su organismo, dice, tenía que haber sido de una constitución vigorosísima, para poder resistir aquella vida extraordinaria y aquel agotador trabajo intelectual. «Y era, en efecto, hombre muy vigoroso, de estatura más que mediana, ancho de hombros, pecho fornido y miembros bien proporcionados, si bien el torso era un poco largo en comparación con las piernas, como suele acontecer en la raza judía.» No sólo en la raza judía; el cuerpo de Goethe tenía un armazón parecido; también él se contaba entre los «gigantes de sentados», como el pueblo suele denominar a estas figuras que por tener un torso desproporcionadamente largo parecen, estando sentadas, mayores de lo que son.

Si Marx, en sus años mozos, hubiera practicado la gimnasia, habría llegado a ser, a juicio de Lafargue, un hombre de vigor extraordinario. Pero el único ejercicio físico que había practicado con cierta regularidad era el paseo; podía recorrer, charlando, varios kilómetros o escalar una cumbre sin experimentar la menor fatiga. Pero de ordinario tampoco hacía uso de estas facultades más que para pasear de un extremo a otro de su cuarto de trabajo poniendo en orden sus pensamientos; desde la puerta hasta la ventana, la alfombra de su despacho estaba atravesada por una faja desgastada de tanto pisar, como sendero trillado en una pradera.

Aunque no entraba nunca en la cama hasta altas horas de la noche, por la mañana estaba siempre en pie de ocho a nueve, bebía su taza de café negro, leía los periódicos, y se metía en su cuarto de trabajo,

del que no salía hasta media noche o de madrugada más que para comer y cenar, o para dar un paseo camino de Hampstead Heath, al atardecer, cuando el tiempo lo permitía; por el día, se echaba a veces en su sofá a dormir una o dos horillas. El trabajo era su verdadera pasión, hasta el punto de que muchas veces se olvidaba de comer sobre los libros. Su estómago pagaba las costas de este imponente trabajo cerebral. Comía muy poco y sin apetito, procurando combatir la inapetencia con alimentos fuertemente salados, jamón, arenques, caviar y *pickles*. Tampoco era un gran bebedor, aunque no tuviese nada de abstemio, ni, como hijo que era del Rin, rechazase un buen vaso de vino cuando venía a cuento. En cambio, era un fumador empedernido y un dilapidador incurable de cerillas; siempre decía que «El Capital» no le daría ni para pagar los cigarros fumados mientras lo escribía. Y como en los largos años de penuria había tenido que contentarse con fumar porquerías, esta pasión por el tabaco acabó por dañar a su salud, y el médico hubo de prescribirle reiteradas veces que la dejase.

Marx acudía a buscar reposo y deleite para su espíritu a la bella literatura, que fué toda su vida su gran refugio. Poseía una cultura literaria extensísima, sin que jamás la sacase a relucir ostentosamente; sus obras apenas la delatan, con la única excepción de la polémica contra Vogt, donde despliega al servicio de sus fines artísticos una serie numerosa de citas tomadas de todas las literaturas europeas. Y así como su obra científica capital refleja toda una época, sus favoritos literarios eran los grandes poetas universales con cuyas creaciones ocurre lo mismo: desde Esquilo y Homero hasta Goethe, pasando por el Dante, Shakespeare y Cervantes. A Esquilo lo leía, según nos cuenta Lafargue, una vez al año en su texto original; siempre se mantuvo leal a sus clásicos griegos, y hubiera arrojado a latigazos del templo a esas míseras almas de mercaderes que siembran en los obreros el odio hacia la cultura de la antigüedad clásica.

Sus conocimientos de literatura alemana se remontaban hasta la Edad Media. Entre los modernos, sentía predilección, después de Goethe, por Heine; a Schiller parece haberle tomado cierta ojeriza en su juventud, en aquellos tiempos en que los buenos burgueses alemanes se entusiasmaban con el «idealismo» más o menos bien interpretado de este poeta, cosa que para Marx no podía significar más que una confusión de la necia miseria con la miseria superabundante. Después de separarse definitivamente de Alemania, Marx no pareció haberse preocupado gran cosa de la literatura alemana; no cita nunca ni siquiera a aquellos dos o tres autores que hubieran sido, tal vez, acreedores a su atención, como Hebbel o Schopenhauer; en cuanto a los desafueros cometidos con la mitología alemana por Ricardo Wagner, dicho se está que tenían que merecer su fustigadora reprobación.

Entre los franceses, ponía muy alto a Diderot; para él, el «Sobrino de Rameau» era una obra maestra única. Esta admiración hacíase extensiva a la literatura racionalista francesa del siglo XVIII, de la que Engels dice en alguna parte que es el fruto supremo del espíritu francés, así en la forma como en lo tocante al contenido; que, por lo que al contenido se refiere, sigue ocupando un lugar muy alto a los ojos de todo el que conozca el estado de la ciencia en aquella época, y en cuanto a la forma no ha sido todavía superada. Era natural que Marx repudiase a los románticos franceses; Chateaubriand, con su falsa profundidad, sus exageraciones bizantinas, su polícroma coquetería sensiblera, en una palabra con su mescolanza de mentiras sin igual, le repugnó siempre. Le entusiasmaba, en cambio, la «Comedia humana» de Balzac, pues no en vano captaba toda una época entre sus mallas novelescas, y hablaba de escribir acerca de ella cuando pusiese término a su obra magna; pero este plan, como tantos otros, hubo de quedarse en propósito.

Cuando se hubo instalado definitivamente en Londres pasó a primer plano, en sus aficiones literarias, la literatura inglesa, y en ella descollaba por encima de todos la figura imponente de Shakespeare, a quien la familia toda de Marx rendía un verdadero culto. Desgraciadamente, Marx no llegó nunca a expresarse acerca de la actitud de este autor frente a los problemas del destino de su época. En cambio, decía de Byron y de Shelley que quien amase y comprendiese a estos poetas tenía que alegrarse de que Byron hubiese muerto a los treinta y seis años, pues de vivir más hubiera llegado a ser un burgués reaccionario, y por el contrario, lamentara que Shelley hubiese encontrado la muerte en edad tan temprana, siendo como era un revolucionario de los pies a la cabeza, que habría figurado siempre en la vanguardia del socialismo. Marx tenía también en gran estima las novelas inglesas del siglo XVIII, sobre todo el «Tom Jones» de Fieldings, que era asimismo, a su modo, la imagen de un mundo y de una época; pero también reconocía que ciertas novelas de Walter Scott eran un modelo en su género.

Marx, en sus opiniones literarias se desnudaba de todo prejuicio político y social, como lo demuestran sus mismas preferencias por Shakespeare y por Walter Scott, lo cual no quiere decir que estuviese de acuerdo con esa «estética pura», tan propensa a confundirse con el indiferentismo, por no decir el enservilecimiento, en política. También en esto era un hombre cabal, un espíritu original e independiente que repugnaba toda receta. No desdeñaba de antemano ninguna lectura, ni hacía ascos a esos libros ante los que se santiguan tres veces los estetas de profesión. Marx era un voraz lector de novelas, como Darwin y Bismarck; sentía especial predilección por los relatos humorísticos y

de aventuras; de vez en cuando, descendía desde Cervantes, Balzac y Fielding a los novelones de Paul de Kock y Dumas padre, aquel que tiene sobre su conciencia al «Conde de Montecristo».

Otro terreno a que Marx solía acudir buscando reposo para su espíritu, sobre todo en días de gran dolor espiritual o de agudo sufrimiento físico, eran las matemáticas, que ejercían sobre él un influjo apaciguador. No entraremos aquí a discutir si es o no cierto que Marx hizo descubrimientos originales en este campo, como Engels y Lafargue afirman; algunos matemáticos que han examinado sus manuscritos póstumos no comparten esta opinión.

Mas no se crea que Marx era como el fámulo de Fausto que, recluído en su museo, no había visto jamás el mundo, ni desde lejos en un día de fiesta; como tampoco era ningún Fausto en cuyo pecho anidasen dos almas. «Trabajar para el mundo» era una de sus frases favoritas; decía que quien tuviese la suerte de poder consagrarse a la ciencia debía poner también sus conocimientos al servicio de la humanidad. Y esto era lo que mantenía caliente la sangre de Marx en sus venas y lo que infundía vigor al tuétano de sus huesos. En el seno de su familia y entre sus amigos era siempre el conversador más alegre e ingenioso, sobre cuyo ancho pecho corría la risa a raudales, y quien acudía a visitar al «doctor terrorista rojo», como algunos llamaban a Marx desde los sucesos de la Commune, no se encontraba con un sombrío fanático ni con un soñador recluído en la jaula de su cuarto de estudio, sino con un verdadero hombre de mundo con quien se podía conversar agradablemente y con provecho de cualquier tema interesante.

Lo que con tanta frecuencia sorprende a quien lee sus cartas: la facilidad con que esta rica inteligencia pasaba insensiblemente de sus espléndidas tensiones de cólera tempestuosa a las aguas profundas, pero serenas, del análisis filosófico, parece que producía también profunda impresión en quienes le oían. He aquí cómo se expresa, por ejemplo, Hyndman acerca de sus conversaciones con Marx: «Cuando hablaba, con una violenta indignación, de la política del partido liberal, sobre todo de su política irlandesa, los ojuelos de aquel viejo guerrero, muy hundidos en sus cuencas, llameaban, las pobladas cejas juntábanse ceñudas, la ancha y fuerte nariz y todo el rostro cobraban un visible estremecimiento de pasión, y de sus labios brotaba un torrente de palabras condenatorias, que acreditaba a la par el fuego de su temperamento y el dominio maravilloso que poseía de nuestro idioma. El contraste entre su modo de comportarse cuando la indignación le sacudía y el que adoptaba cuando pasaba a exponer sus ideas acerca de los fenómenos económicos de la época, era muy marcado. Sin esfuerzo ninguno visible, pasaba del papel del profeta y acusador inflexible al del sereno filósofo, y yo comprendí desde el primer momento



que tenían que pasar muchos años antes de que dejase de ser, en aquel terreno, el discípulo que oye al maestro.» Marx seguía manteniéndose retraído, como siempre, de todo trato con la que llaman «sociedad», a pesar de que en los sectores burgueses su nombre era mucho más conocido que veinte años antes. A Hyndman, por ejemplo, le había llamado la atención acerca de él un diputado conservador. Pero su casa era, en la década del sesenta, un centro de reunión frecuentadísimo, otra «posada de la justicia» para los fugitivos de la Commune, que acudían allí en busca de ayuda y de consejos, y siempre los encontraban. Claro que aquel tropel inquieto de huéspedes aportaba también sus molestias y preocupaciones; cuando, poco a poco, fué desapareciendo, la mujer de Marx, a pesar de todas sus virtudes hospitalarias, no pudo reprimir un suspiro de satisfacción.

Pero también había sus compensaciones. En el año 1872, Jenny Marx se casó con Carlos Longuet, que había pertenecido al consejo de la Commune y dirigido su periódico oficial. El nuevo yerno no llegó a compenetrarse, ni personal ni políticamente, de modo tan íntimo como Lafargue, con la familia de su mujer, pero era también un hombre de valer. «Cocina, grita y argumenta como siempre—dice en una de sus cartas, hablando de él, la mujer de Marx—, pero debo decir en honor suyo que ha explicado sus lecciones en el *Kings College* con regularidad y a satisfacción de sus superiores.» El feliz matrimonio pasó por la pena de ver morirse tempranamente a su primer hijo, pero pronto les nació y creció «un muchachote gordo, recio, espléndido», que era la legría de toda la familia, sin excluir a la abuela.

Los Lafargues contábanse también entre los desterrados de la Commune y vivían muy cerca de la casa paterna. Habían tenido la desgracia de perder a dos hijos en edad temprana; abatido por este golpe del infortunio, Lafargue había renunciado a ejercer la medicina, en la que no se podía prosperar sin una cierta dosis de charlatanería. «Es una pena que le haya sido infiel al viejo padre Esculapio», comenta la mujer de Marx. Abrió un taller fotolitográfico, pero tenía muy poco trabajo y apenas progresaba, a pesar de que Lafargue, que seguía viéndolo todo de color de rosa afortunadamente, trabajaba como un verdadero negro y de que su valerosa mujer le ayudaba de un modo infatigable. Pero era difícil hacer frente a la concurrencia del gran capital.

Por entonces, la tercera hija encontró también un pretendiente francés: Lissagaray, que más tarde había de escribir la historia de la Commune, en cuyas filas había luchado. Eleonor parece que no le veía con malos ojos, pero su padre tenía sus dudas respecto a la solidez del pretendiente, y por fin, después de muchas dudas y vacilaciones, se quedó así la cosa.

Marx y su familia volvieron a cambiar de vivienda, una vez más, en la primavera de 1865, pero sin dejar el barrio; se mudaron al número 41 de Maitlandpark Road, Haverstock Hill, donde Marx pasó los últimos años de su vida, y donde murió.

2. La socialdemocracia alemana.

La socialdemocracia alemana se libró de la crisis por la que hubieron de pasar todas las demás ramas de la Internacional al desarrollarse como partidos obreros nacionales, gracias al hecho de haber discurrido ya desde el principio por un cauce nacional. A los pocos meses de ocurrir el fiasco del congreso de Ginebra, el 10 de enero de 1864, las elecciones al Reichstag le dieron su primer triunfo electoral, con 350.000 votos y nueve actas, tres de las cuales correspondieron a los lassalleanos y seis a los de Eisenach.

Una de las circunstancias que más contribuyen a esclarecer, retrospectivamente, las causas a que había obedecido la crisis de la primera Internacional, es que Marx y Engels, cabezas directoras del Consejo general, sólo se avenían a duras penas con aquel partido obrero floreciente con el que, por su procedencia, parece que debieran estar más compenetrados y no acababan de estar conformes con su base teórica. La plataforma internacional desde la que enfocaban, en ojeada de conjunto, el paisaje, les impedía ver en su verdadera entraña lo que pasaba dentro de cada nación. Los devotos entusiastas que les han salido en Inglaterra y en Francia reconocen, a pesar de todo, que no llegaron nunca a penetrar hasta el fondo de la realidad inglesa y francesa. Tampoco con Alemania habían vuelto a establecer jamás un contacto verdaderamente estrecho, desde que salieran al extranjero; ni aun en punto a los problemas interiores del partido, donde su recelo invencible contra Lassalle y cuanto sonase a lassalleano les empañaba la claridad de juicio.

Así había de ponerse bien de relieve en la primera sesión celebrada por el nuevo Reichstag. De los seis diputados de la fracción de Eisenach, dos, Bebel y Liebknecht, seguían presos; la actuación de los otros cuatro produjo una gran decepción hasta en las filas del propio partido; Bebel cuenta en sus Memorias que de todas partes le llegaban amargas quejas de que aquellos cuatro diputados de su fracción se habían dejado arrebatar la primacía parlamentaria por los tres lassalleanos. Mas Engels veía la cosa muy de otro modo. «Los lassalleanos —escribía a Sorge—han quedado tan desprestigiados por sus representantes en el parlamento, que el gobierno no tiene más remedio



que decretar contra ellos alguna persecución para dar a este movimiento una apariencia de seriedad. Por lo demás, desde las elecciones los lassalleanos tienen que resignarse, quieran o no, a actuar a la zaga de los nuestros. Es una verdadera suerte que hayan mandado al parlamento a Hasselmann y a Hasenclever. No hacen más que desacreditarse a los ojos de todos; y una de dos: o se unen a los nuestros o se dedican a hacer tonterías por cuenta propia. Ambas cosas serán ruinosas para ellos.» Realmente, no era posible llegar a más, en la falsa interpretación de los hechos.

Los representantes parlamentarios de ambas fracciones se llevaban muy bien unos con otros y no se preocupaban gran cosa de si en la tribuna lo hacían mejor éstos o aquéllos. Ambas fracciones habían llevado la campaña electoral de tal modo, que ni a los de Eisenach se podía hacer el reproche de ser socialistas a medias, ni acusar a los lassalleanos de coquetear con el gobierno; ambos habían obtenido casi el mismo número de votos; ambos se enfrentaban en el parlamento con los mismos enemigos y les planteaban las mismas reivindicaciones, y contra ambos también puso por obra el gobierno, en vista de su triunfo electoral, la misma violenta persecución. En realidad, no discrepaban más que en punto a los problemas de organización, pero también este obstáculo desapareció gracias al celo arribista del fiscal Tessendorff, que supo arrancar, sin gran esfuerzo, a los tribunales, sentencias que echaban por tierra lo mismo la organización más inconsistente de los de Eisenach que la más sólida y firme de los lassalleanos.

De este modo, la unión de las dos fracciones tendía a realizarse espontáneamente. Cuando, en octubre de 1874, Tölcke aportó a Liebknecht, a quien habían puesto ya en libertad, el mensaje de paz de los lassalleanos, éste aprovechó en seguida la ocasión, incurriendo acaso en un exceso de poder personal, pero con un celo que no dejaba de ser meritorio porque en Londres se viese con malos ojos. Para Marx y Engels, los lassalleanos no eran más que una secta agonizante que, tarde o temprano, tendría que rendirse y entregarse sin condiciones. A su juicio, negociar con ella sobre la base de absoluta igualdad de derechos era atentar frívolamente contra los intereses de la clase obrera alemana, y cuando en la primavera de 1865 se hizo público el proyecto de programa sobre el que había recaído el acuerdo unánime de los representantes de ambas fracciones, su indignación llegó a la cólera.

El 5 de mayo, Marx dirigió a los dirigentes eisenachianos la llamada Carta-programa; ya antes Engels había enviado a Bebel una minuciosa protesta. En aquella carta, Marx juzgaba a Lassalle con más dureza que nunca. Decía de él que se sabía el Manifiesto comunista de memoria, pero que lo había falsificado descaradamente para dar visos

de justificación a su alianza con los adversarios absolutistas y feudales contra la burguesía, declarando que todas las demás clases formaban una masa reaccionaria frente a la clase obrera. Advirtiendo que el tópico de la «masa reaccionaria» no había sido acuñado precisamente por Lassalle, sino por Schweitzer, después de morir aquél, y con aplauso de Engels. Lo que en realidad había tomado Lassalle del Manifiesto comunista era la ley a que él había dado el nombre de ley broncínea del salario, que le valió el reproche de partidario de la teoría malthusiana de la población, contra la que se había manifestado con no menos energía que Marx y Engels.

Pero, prescindiendo de este aspecto poco edificante, la Carta-programa era un estudio interesantísimo acerca de los principios fundamentales del socialismo científico, y no dejaba piedra sobre piedra del programa de coalición. Sin embargo, aquella carta importantísima no consiguió más que mover a sus destinatarios a introducir unas cuantas enmiendas bastante insignificantes en su proyecto de programa. Liebknecht contó, unos veinte años más tarde, que la mayoría, aunque no la totalidad, estaba conforme con Marx, y que no hubiera sido, seguramente, difícil conseguir también una mayoría a favor suyo en el congreso de fusión, pero que siempre habría quedado una minoría disconforme, que era lo que había que evitar, ya que no se trataba de formular doctrinas científicas, sino de llevar a cabo la unificación de las dos fracciones.

Pero, aunque no sea tan solemne, hay una razón más exacta que explica por qué se pasó por alto, en silencio, la Carta-programa, y es que excedía, sencillamente, del horizonte mental de los de Eisenach, más todavía que del de los lassalleanos. Pocos meses antes, Marx quejábase de que en el órgano de los primeros aparecían de vez en cuando fantasías filisteas semieruditas, engendros que tenían por autores a maestros de escuela, doctores y estudiantes, y decía que iba a ser menester tirarle de las orejas a Liebknecht para acabar con aquello. Sin embargo, daba por supuesto que las concepciones realistas que tanto trabajo había costado imbuir al partido, pero que al fin habían echado raíces en él, serían arrollados por la secta de los lassalleanos, con sus ideologías jurídicas y demás zarandajas tan familiares a los demócratas y a los socialistas franceses.

En esto, Marx se equivocaba de medio a medio. En el aspecto teórico, ambas fracciones estaban sobre poco más o menos a la misma altura, y si alguna diferencia había era a favor de los lassalleanos. El proyecto de programa de coalición no sugirió a los Eisenach la menor objeción; en cambio, el congreso obrero de la Alemania occidental, integrado casi exclusivamente por lassalleanos, lo sometió a una crítica que en muchos puntos se aproximaba a la que Marx hiciera unas se-

manas antes. Sin embargo, no hay por qué insistir demasiado en esto: reconozcamos que ambas partes estaban bastante alejadas del socialismo científico tal como lo habían cimentado Marx y Engels; apenas tenían idea de lo que era la dialéctica del materialismo histórico, y el régimen capitalista de producción seguía siendo, para unos y otros, un misterio; así lo prueba de modo palmario la exposición que hacía de la teoría del valor C. A. Schramm, el más prestigioso teórico de la fracción de Eisenach a la sazón.

Prácticamente, la fusión salió adelante, y Marx y Engels no tenían nada que oponer contra ella desde este punto de vista práctico, a no ser que los de Eisenach se habían dejado derrotar, a su juicio, por los lassalleanos: no en vano había dicho Marx en su Carta-programática que un paso de movimiento práctico tenía más importancia que una docena de programas juntos. Pero como la confusión teórica, dentro del nuevo partido fusionado, más bien crecía que menguaba, vieron en esto una consecuencia de la fusión forzada, y su descontento, lejos de suavizarse, adoptó formas más violentas.

Hubiera debido inducirlos a perplejidad el ver que las causas que atizaban su indignación provenían generalmente del campo de la antigua fracción de Eisenach y no de los lassalleanos, de quienes Engels opinaba alguna vez que pronto llegarían a ser las cabezas más claras, pues su periódico—que seguía publicándose al año de la fusión—acumulaba muchas menos tonterías que el otro. Decía, además, que la maldición de los agitadores a sueldo y de los hombres cultos a medias caía sobre la cabeza de su propio partido. Con quien más indignado estaba era con Most, que «había extractado todo el «Capital», sin entender una palabra de él» y que defendía a capa y espada el socialismo de Dühring. «Es natural—escribía Engels a Marx, el 24 de mayo de 1866—, en la cabeza de esas gentes, Dühring ha conquistado la inmunidad frente a nosotros con sus repugnantes ataques contra ti, pues en cuanto queramos poner en ridículo sus necedades teóricas, dirán que es una venganza por aquellos agravios personales.» Mas tampoco Liebknecht se escapaba sin su parte. «Guillermo se desvive por suplir el defecto de nuestra teoría de no contener una respuesta para cada una de las objeciones que se le ocurran al filisteo ni trazar un cuadro de la sociedad futura, sobre la que el filisteo interpela también, de vez en cuando; y se desvive asimismo por conseguir la mayor independencia teórica posible, cosa que, dada su ausencia total de teoría, le ha sido siempre mucho más fácil de lo que él mismo se imagina.» Como se ve, ahora los ataques no iban precisamente contra Lassalle ni sus tradiciones.

El incremento rapidísimo que iban tomando sus triunfos en la práctica hacía adoptar al nuevo partido fusionado una actitud un poco indi-

ferente frente a la teoría. Y aun esto es mucho decir. No era la teoría como tal lo que desdeñaba, sino aquello que, en su afán de avanzar y hacerse fuerte, reputaba disquisiciones teóricas sutiles. En torno a aquella constelación que iba subiendo en el firmamento, revoloteaban toda una pléyade de inventores y reformadores fracasados, adversarios de la vacuna, naturistas y demás genios chiflados que esperaban encontrar en las clases obreras, tan activas y pujantes, la consagración que la sociedad les había negado. Bastaba tener un poco de buena voluntad y aportar un bálsamo cualquiera para el organismo social enfermo; con esto, todo el mundo era bien recibido, y no digamos la avalancha de intelectuales ansiosos de sellar la alianza entre la ciencia y el proletariado. Si se trataba de un profesor de universidad a quien le daba por abrazar, más o menos aparentemente, la causa del socialismo, en cualquiera de los matices de este multívoco concepto, entonces ya podía decir cuanto se le antojase sin temor a que nadie fuese a criticar sus ideas luminosas.

Quien más a salvo se hallaba de toda crítica era Dühring, pues había en él, en su persona y en sus ideas, mucho que tenía necesariamente que atraer a los elementos intelectuales de la socialdemocracia berlinesa. No puede negarse que poseía talento y dotes de capacidad, y el modo cómo, habiendo salido de la pobreza y sufriendo una ceguera completa desde edad temprana, había sabido mantenerse durante largos años en la difícil posición de un docente libre sin hacer la menor concesión a las clases gobernantes; profesando desde la cátedra un franco radicalismo político que no se recataba para ensalzar a hombres como Marat, Baboeuf y los héroes de la Comuna, tenía que infundir gran simpatía a los obreros. Sus lados sombríos, aquella arrogancia con que pretendía dominar soberanamente media docena de campos científicos, sin que estuviese realmente familiarizado, ya por razón de su misma enfermedad, con ninguno de ellos, y aquella melagomanía cada vez más acentuada con que hacía morder el polvo a sus predecesores, lo mismo a los Fichte y a los Hegel en filosofía que a los Marx y a los Lassalle en la ciencia económica, pasaban a segundo término o le eran disculpados como pequeños deslices perfectamente explicables, dado el aislamiento espiritual en que vivía y lo mucho que con la vida tenía que luchar aquel hombre.

Marx no había hecho caso de los ataques «repugnantes» de Dühring, y la verdad era que no merecían tampoco la pena de que se parase a refutarlos. Tampoco le preocupaba gran cosa, en un principio, el entusiasmo que empezaba a suscitar Dühring entre los socialistas de Berlín, a pesar de que este hombre, poseído por la conciencia de su infalibilidad y con su sistema de «verdades inapelables» reunía todas las cualidades de un fundador innato de sectas. Y aun cuando Liebk-

necht, que en este caso anduvo diligente, les llamaba la atención hacia el peligro de una propaganda que pudiera hacer bajar de nivel las ideas del partido, documentando su temor con el envío de cartas de obreros, Marx y Engels seguían resistiéndose a hacer la crítica de Dühring por considerarlo «un trabajo demasiado subalterno». Una carta arrogante en demasía que Most hubo de dirigir a Engels en 1876 parece haber sido la gota que hizo desbordarse el vaso.

Desde entonces, Engels se detuvo a estudiar minuciosamente aquello que Dühring llamaba sus «verdades sistemáticas», cuya crítica hizo en una serie de estudios que empezaron a publicarse desde comienzos del año 1877 en el *Vorwaerts*, ahora órgano central del partido fusionado. Estos estudios fueron formando el trabajo que constituye, con «El Capital», el documento más importante y más fecundo del socialismo científico; pero la acogida que el partido le dispensó revela que, en efecto, el peligro que se temía era inminente. Poco faltó para que el congreso anual del partido celebrado en Gotha en mayo de 1877 llamase a capítulo a Engels por hereje, lo mismo que el gremio universitario hacía a la sazón con Dühring. Most propuso que los estudios contra Dühring se desterrasen en lo sucesivo del órgano central del partido, por «carecer totalmente de interés y ser, además, altamente escandalosos para la inmensa mayoría de los lectores del periódico» y Vahlteich, que no podía ver a Most, abundó por esta vez en su misma opinión, diciendo que el tono adoptado por Engels tenía necesariamente que echar a perder el paladar de los lectores, y hacer indeglutibles los manjares espirituales que el periódico servía. Por fortuna, pudo evitarse el funesto paso que se quería dar, votando una proposición conciliadora, según la cual aquella polémica científica pendiente no seguiría publicándose, por razones prácticas de agitación, en el mismo periódico, sino en un suplemento científico del *Vorwaerts*.

El congreso acordó, además, que a partir del mes de octubre se publicase una revista científica quincenal, que sugirió y había de apoyar financieramente Carlos Höchberg, uno de aquellos adeptos burgueses del socialismo que tanto abundaban en la Alemania de entonces. Era hijo de un lotero de Francfort, hombre muy joven todavía, pero de gran posición económica, y además muy generoso y altruísta. Todos los que le conocieron hablan de él en términos excelentes. En cambio, su personalidad literaria y política, a lo menos tal como se nos revela en sus publicaciones, sugiere un juicio menos halagüeño. En sus escritos, Höchberg denota un espíritu totalmente incoloro y seco, ignorante de la historia y la teoría del socialismo y sin el menor punto de contacto con las ideas científicas desarrolladas por Marx y Engels. No veía en la lucha proletaria de clases la palanca para la emancipación de la clase obrera, sino que aspiraba a ganar para la causa proletaria

a las clases poseedoras y sobre todo a sus elementos cultos por la senda de la evolución pacífica y dentro de la ley.

Marx y Engels no sabían, sin embargo, nada concreto acerca de la personalidad de este hombre cuando negaron su colaboración al «Porvenir», que fué el nombre que se dió a la nueva revista; por lo demás, a ellos sólo les habían invitado a colaborar, como a los demás, por medio de una circular anónima. Engels opinaba que los acuerdos del congreso, por respetables que fuesen en el terreno práctico y de agitación, no tenían valor alguno dentro del campo de la ciencia ni eran quién para fijar el carácter científico de una revista, que no podía definirse por decreto. Decía, además, que una revista científica socialista sin una orientación científica determinada y concreta era un absurdo y que, dada la gran variedad o vaguedad de tendencias dominantes en Alemania, no tenían la menor garantía de que la orientación adoptada les interesase.

Pronto había de demostrase, al aparecer el primer número de la revista, cuán acertado era su retraimiento. El artículo de Höchberg que la encabezaba era, por decirlo así, una nueva edición de todo aquello contra lo que tanto habían luchado ellos, en el movimiento socialista de la década del cuarenta, por creerlo enervante y reblandecedor. Gracias a su abstención, no se vieron obligados a nuevos penosos esclarecimientos. Y como un correligionario alemán les preguntase si estaban enfadados por los debates del congreso de Gotha, Marx contestó: «Yo no me enfado, como dice Heine, y Engels tampoco. A los dos se nos da un bledo de la popularidad. Así lo prueba, por ejemplo, el que, en los tiempos de la Internacional, faltando a todas las reglas del culto personal, no permitiese nunca que saliesen al terreno de la publicidad las numerosas maniobras de homenaje con que me asediaban de todos los países y a las cuales no me paraba siquiera a contestar, como no fuese con alguna que otra reprimenda.» Y añadía: «Pero cosas como las que han ocurrido en el último congreso del partido—y que los enemigos del partido extranjero explotan de firme—nos han enseñado, desde luego, a ser un poco prudentes en nuestras relaciones con los correligionarios alemanes.» Sin embargo, en estas palabras no se encerraba mala intención, pues Engels siguió publicando tranquilamente sus artículos contra Dühring en el suplemento científico del *Vorwaerts*.

Pero, fuera ya de todo aspecto personal, Marx estaba preocupadísimo ante el «espíritu perezoso» que se revelaba, no tanto en las masas como entre los directivos. El 19 de octubre, escribía a Sorge: el pacto con los lassalleanos ha llevado a los de Berlín también a pactar con otras mediocridades (véase Most), con Dühring y sus «admiradores», y además con toda una cuadrilla de intelectuales en agraz y de doctores sabihondos, que pretenden dar al socialismo un «giro ideal más elevado»,

es decir, suplantar la base materialista (que reclama un estudio objetivo, serio, de quien haya de operar sobre ella) por una moderna mitología cuyas diosas son la Justicia, la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. El señor Höchberg, que dirige «El Porvenir», es un representante de esta tendencia, que ha entrado en el partido con su dinero—quiero creer que animado de las intenciones «más nobles» del mundo, pero yo me río de las «intenciones». Jamás ha visto la luz del día con sus «modestas pretensiones» nada más miserable que su artículo programático de la revista.

Verdaderamente, Marx y Engels hubieran tenido que renegar de todo su pasado para avenirse con esa «tendencia».

3. El anarquismo y la guerra ruso-turca.

En el congreso de Gotha se acordó también convocar un congreso socialista mundial, que se celebraría en Ginebra en setiembre del mismo año. Como representante del partido alemán fué designado Liebknecht.

La iniciativa de este congreso había partido de los belgas, que no parecían estar ya muy conformes con las doctrinas anarquistas y deseaban ver refundidas de nuevo las dos corrientes que se habían divorciado en el congreso de La Haya. La corriente bakuninista había celebrado otros dos congresos desde el de 1873 en Ginebra: uno en Bruselas, en 1874, y otro en Berna en 1876, pero sus fuerzas estaban cada vez más mermadas; se descomponían como habían surgido: bajo el peso de las necesidades prácticas de la lucha proletaria de emancipación.

En el mismo origen de aquellos conflictos, la pugna entre la *fabrique* y los *gros métiers* de Ginebra, se revelaban ya las verdaderas causas de la escisión. De un lado, una clase obrera bien retribuída, con derechos políticos que la capacitaban para las luchas parlamentarias, pero que, a la par, la tentaban a sellar alianzas bastante dudosas con los partidos burgueses; de otro lado, una masa obrera mal remunerada y privada de derechos políticos, que no podía confiar en nadie más que en sus propias energías. Este era el verdadero eje práctico en torno al cual giraba el conflicto, y no, como pretende la legendaria tradición, en torno a una incompatibilidad teórica entre la razón, de una parte, y de otra la irracionalidad.

La cosa no era tan sencilla, como tampoco lo es hoy, según lo demuestra el hecho de que el anarquismo resucite una vez y otra cuando tantas veces se le ha dado por definitivamente muerto. No hace falta

ser anarquista precisamente para guardarse de incurrir en ignorancia o desconocimiento de sus doctrinas. Del mismo modo que no hace falta renegar de la norma de actuación en la política parlamentaria por el hecho de que se afirme que, con sus reformas, perfectamente aceptables de por sí, puede llevar al movimiento obrero a un punto muerto en que escape de él el último aliento revolucionario. Nada tiene de particular que Bakunin contase con una serie de partidarios que militaron muy meritoriamente en las luchas proletarias. Liebknecht no se contaba, por cierto, entre los amigos de Bakunin, lo cual no era obstáculo para que en el congreso de Basilea propugnase con tanta energía como éste, por lo menos, por el abstencionismo político. Otros, como Julio Guesde, en Francia; Carlos Casiero, en Italia; César de Paepe y Pablo Axelrod, en Rusia, eran, en el congreso de La Haya, bakuninistas fervorosos, y siguieron siéndolo durante largo tiempo; y si luego se hicieron marxistas no menos fervorosos, no fué, como expresamente hicieron constar algunos, porque echasen por la borda sus convicciones anteriores, sino, sencillamente, cimentando sobre lo que entre Bakunin y Marx había de común.

Ambos aspiraban a un movimiento proletario de masas, y sólo discrepaban en punto a la calzada por la que este movimiento había de marchar. Los congresos de la Internacional bakuninista se encargaron de demostrar que la senda anarquista no conducía a ningún lado.

Nos llevaría muy lejos aquí el demostrar, a la luz de sus congresos, la rápida crisis del anarquismo. La obra de destrucción avanzaba rápida y concienzudamente; fueron suprimidos el Consejo general y las cuotas anuales, prohibióse a los congresos votar sobre problemas de principio, y costó gran trabajo evitar que no prosperase la tentativa de excluir de la Internacional a los obreros intelectuales. La parte constructiva, la redacción de un nuevo proyecto de programa y de una nueva táctica, no era ya tan fácil. En el congreso de Ginebra se debatió el problema de la huelga general como único e infalible medio de revolución social, pero sin llegar a ningún acuerdo, como tampoco se llegó, en el siguiente congreso de Bruselas, respecto a la cuestión de los servicios públicos, objeto principal de los debates; De Paepe informó acerca de ella en términos que le valieron el reproche, a que ciertamente se había hecho acreedor, de que estaba ya por entero fuera del campo anarquista. Fácilmente se comprende cuán inevitable era aquel descarrilamiento, en cuanto De Paepe quisiera decir algo tangible acerca del tema. Tras violentos debates, la cuestión quedó aplazada también para el congreso siguiente, en el que tampoco recayó acuerdo. Los italianos declararon sin ambajes que «la era de los congresos había terminado» y exigieron «la propaganda por el hecho»; en plazo de dos años llevaron a cabo, ayudados por una gran crisis de ham-

bre, sus buenas sesenta intentonas, sin conseguir absolutamente nada.

Pero más que el desbarajuste irremediable de sus doctrinas teóricas, lo que contribuía a hacer degenerar al anarquismo en una secta fosilizada era su actitud negativa frente a todos los problemas prácticos que afectaban directamente a los intereses del proletariado moderno. Al desarrollarse en Suiza un movimiento de masas a favor de la jornada legal de diez horas, los anarquistas se negaron a intervenir, y lo mismo cuando los socialistas flamencos emprendieron una campaña para conseguir que se prohibiese legalmente el trabajo de los niños en las fábricas. Asimismo se abstenían, naturalmente, de tomar parte en las campañas por arrancar el sufragio universal, y de ejercitarlo, allí donde ya existía. Sobre el fondo de esta política estéril y desesperada, los triunfos de la socialdemocracia alemana destacábanse con mucha mayor fuerza, y por todas partes iban sustrayendo a las masas a la acción de la propaganda anarquista.

La convocatoria de un congreso socialista mundial en Ginebra, que el congreso anarquista celebrado en Berna en 1876 acordó para el año siguiente, estaba ya informada por la convicción de que el anarquismo había fracasado en su intento de adueñarse de las masas. El congreso se reunió en Ginebra en los días 9 a 15 de setiembre. Lo componían cuarenta y dos delegados, entre los cuales los anarquistas no disponían más que de un núcleo sólido de 11 congresistas, bajo la jefatura de Guillaume y Kropotkin; muchos de sus anteriores partidarios, entre ellos la mayoría de los delegados belgas y el inglés Hales, se pasaron al campo socialista, dirigido por Liebknecht, Greulich y Frankel. Entre Liebknecht y Guillaume se produjo un encuentro violento, que Guillaume provocó al afirmar que la socialdemocracia alemana se había guardado su programa en el bolsillo para solicitar los votos de sus electores. Pero, en general, los debates se desarrollaron pacíficamente; los anarquistas, que habían perdido ya la afición a las grandes frases, pronunciaban sus discursos en un suave tono menor, lo cual permitía a sus adversarios adoptar una actitud de mayor transigencia. Sin embargo, no fué posible llegar al «pacto de solidaridad» que se proyectaba; las discrepancias existentes eran demasiado grandes.

Marx no esperaba otro resultado de aquel congreso; ahora, toda su atención se concentraba en otro rincón del mundo, del que esperaba que se alzase una tormenta revolucionaria: en la guerra ruso-turca. La primera de las dos cartas que escribió a Liebknecht, aconsejándole y que lleva fecha de 4 de febrero de 1878, comienza así: «Nosotros abrazamos resueltamente la causa de los turcos, por dos razones: porque hemos estudiado al campesino turco—que tanto vale decir, la masa del pueblo turco—, llegando a la conclusión de que es uno de los representantes más trabajadores y más morales de la clase campesina de toda

Europa; y segundo, porque la derrota de los rusos aceleraría considerablemente la revolución social, para la que existe una gran masa de elementos y contribuiría con ello al viraje de toda Europa.» Tres meses antes, habíale escrito ya a Sorge en estos términos: «Esta crisis es una nueva encrucijada de la historia europea. Rusia—y conste que yo he estudiado su situación en las fuentes rusas originales, las no oficiales y las oficiales (éstas accesibles a muy poca gente y que me fueron facilitadas por amigos de San Petersburgo)—hace mucho tiempo que están al borde de una revolución; todos los elementos para ella están maduros. Los bravos turcos han acelerado la explosión unos cuantos años con esta cuña que meten, no sólo al ejército ruso y a la hacienda del país, sino también a la dinastía (el zar, el príncipe heredero y otros seis Romanofs que mandan personalmente las tropas). Las tonterías que están cometiendo los estudiantes rusos son un síntoma, aunque de suyo carecen de importancia. Pero son un síntoma. Todas las capas de la sociedad rusa están, económica, moral e intelectualmente, en plena descomposición.» La realidad había de confirmar plenamente estas observaciones; pero como solía ocurrirle, acuciado por su impaciencia revolucionaria, Marx, a fuerza de claridad de visión en el futuro, acortaba una vez más el camino.

Las derrotas iniciales de los rusos trocáronse en triunfos, gracias, según Marx, a los auxilios secretos de Bismarck, a la traición de Inglaterra y de Austria, y gracias también, y en no pequeña parte, a la culpa de los propios turcos, que se descuidaron en derribar con una revolución en Constantinopla aquel viejo régimen de serrallo, que había sido la mejor guardia protectora para el zar. Un pueblo que en estos momentos como estos de suprema crisis no sabe acometer revolucionariamente—concluía Marx—está perdido.

La guerra ruso-turca terminó, no con una revolución europea, como Marx esperaba, sino con un congreso de diplomáticos, celebrado en el mismo sitio y por las mismas fechas en que parecía que un golpe terrible iba a aplastar a la socialdemocracia alemana.

4. Luz de aurora.

Pese a todo, en el horizonte del mundo empezaba a apuntar un nuevo amanecer. La ley contra los socialistas, con la que Bismarck se proponía aplastar a la socialdemocracia, no hizo más que iniciar su período heroico, acabando de este modo con cuantas tiranteces y confusiones existían entre ellas y los dos viejos maestros de Londres.

Claro está que, para conseguir esto, fueron necesarios algunos for-

cejeos. El partido alemán hizo frente de un modo muy digno a la batida de atentados y a las elecciones que en estas condiciones se celebraron en el verano de 1878. Pero, en sus preparativos contra el golpe inminente, no pulsó bien la suma de odios con que tenía que contar. Apenas fué firme la ley, olvidáronse todas aquellas promesas de «manejo leal» con que los representantes del gobierno habían suavizado los reparos de la Cámara, y empezó a destruirse tan despiadadamente la organización toda del partido, que quedaron en medio de la calle cientos de personas. Pocas semanas después, se declaraba en Berlín y sus contornos el estado de sitio, en franca y manifiesta contradicción con la letra de la ley, y se extendía la orden de destierro contra unos sesenta padres de familia, a quienes de este modo no sólo se les privaba de pan, sino también del suelo patrio.

Bastaba esto para causar una confusión harto comprensible y difícilmente inevitable. Después de la represión de la Comuna, el Consejo de la Internacional se quejaba de que la necesidad de atender a los fugitivos de París entorpecía durante meses y meses la marcha normal de sus trabajos; ahora, ante aquella batida, los dirigentes del partido alemán tenían una misión mucho más difícil que cumplir, perseguidos por la policía a cada paso como lo estaban, y hundidos en una espantosa crisis de recursos económicos. Por otra parte, no puede negarse que aquel vendaval servía para aventar la paja y limpiar el grano, pues es evidente que muchos de los elementos burgueses que últimamente habían afluído al partido en gran número, demostraron su falta de firmeza y que algunos de los dirigentes no se acreditaron tampoco de hombres seguros, mientras que otros, que lo eran, se sintieron abatidos por los golpes durísimos de la reacción y temerosos de irritar todavía más al enemigo si hacían una enérgica resistencia.

Todo esto indignó bastante a Marx y Engels, que no conocían todo el alcance de las dificultades con que había que luchar. Mas también tenían, y con razón, mucho que objetar a la actitud de la fracción socialdemócrata del Reichstag, integrada por los nueve diputados que habían salido de las urnas en las elecciones del 78. Uno de ellos, Max Kayser, al ponerse a debate un nuevo arancel aduanero elevando las tasas que gravaban la importación de hierro, creyó oportuno hablar y votar a favor, cosa que tenía por fuerza que sugerir una impresión muy dolorosa. Todo el mundo sabía que los nuevos aranceles aduaneros no tenían más finalidad que atraer a las arcas públicas del Imperio un par de cientos de millones más todos los años, defendiendo a la renta de la gran propiedad territorial contra la concurrencia norteamericana y dando a la gran industria facilidades para que se curase de las heridas que ella misma se había causado en el desvarío de los años de fundación de empresas y sociedades, y que una de las verdaderas

causas que habían determinado la ley contra los socialistas era precisamente debilitar la resistencia de las masas contra la miseria que las amenazaba.

Como Bebel pretendiera excusar el voto de Kayser con sus pacientes estudios sobre la cuestión de los aranceles aduaneros, Engels le contestó, concisa y terminantemente: «Si sus estudios tuviesen una pizca de valor, debería saber que en Alemania existen dos fundiciones, la Unión de Dortmund y la fábrica de König y Laura, cada una de las cuales se basta para cubrir las necesidades del mercado interior, sin contar muchas otras de menor cuantía, y que por tanto es una sencilla majadería hablar, en esas condiciones, de protección aduanera, cuando lo único que puede salvar es la conquista del mercado exterior; no hay, pues, más que el librecambio absoluto o la bancarrota. Y que los propios fabricantes de hierro no pueden apetecer los aranceles protectores si no es organizándose en un *trust,* en una conspiración que imponga al mercado interior precios de monopolio, para luego lanzar al extranjero a precios irrisorios los productos sobrantes, como ya hacen hoy en bastante buena escala. A ese *trust,* a esa conspiración de monopolizadores es a la que Kayser ha dado su voto, al votar por los aranceles del hierro.» Y como Carlos Hirsch atacase también con bastante dureza, en la «Linterna», la táctica de este diputado, la fracción parlamentaria dió en la desdichada idea de declararse ofendida, ya que Kayser había intervenido en el debate autorizado por ella. Con esto, su conducta acabó de irritar a Marx y Engels; «ya están tan contaminados del cretinismo parlamentario, que se creen por encima de toda crítica y truenan contra ella como si fuese un delito de lesa majestad», comentaba Marx.

Carlos Hirsch era un escritor joven que se había conquistado un nombre como sustituto de Liebknecht al frente del periódico *Volksstaat,* durante los años que aquél estuvo preso, trasladándose luego a París, de donde le expulsaron al promulgarse en Alemania la ley contra los socialistas. En vista de esto, hizo lo que los dirigentes del partido hubieran debido hacer desde el primer momento: se instaló en Bélgica y empezó a publicar, en Breda, desde mediados de diciembre de 1878, la «Linterna», una hojita semanal de formato y estilo parecidos a los de la «Linterna de Rochefort» y que le permitían circular por correo bajo sobre y difundirse por Alemania, sirviendo de aglutinante del movimiento socialdemócrata. La idea era buena, y Hirsch una cabeza clara e inteligente, pero la forma elegida—una forma epigramática, concisa y sutil—no respondía bien a las necesidades de una hoja obrera. En esto, estaba mejor la «Libertad», un periódico semanal que Moss empezó a publicar algunas semanas después en Londres con ayuda de la Liga comunista de cultura obrera; pero, después de unos

comienzos bastante razonables, este periódico se perdió en un aventurerismo revolucionario sin meta.

La aparición de estas dos hojas socialistas, que habían brotado en cierto modo como plantas silvestres y por su cuenta, planteaba ante los dirigentes del partido alemán, con caracteres bastante agudos, la necesidad de lanzar un órgano propio desde el extranjero. Bebel y Liebknecht abogaron enérgicamente por ello, hasta que lograron vencer la resistencia, bastante obstinada, de los elementos influyentes dentro del partido, que creían más aconsejable proseguir la táctica de prudente retraimiento. Con Most no era ya posible llegar a un acuerdo, pero Hirsch puso fin a su «Linterna» y se ofreció a encargarse de dirigir el nuevo periódico; Marx y Engels, a quienes Hirsch inspiraba plena confianza, prometieron también su colaboración. El nuevo órgano había de aparecer en Zurich como semanario, y los preparativos se encomendaron a tres miembros del partido residentes en aquella ciudad: el empleado de seguros Schramm, desterrado de Berlín, Carlos Höchberg y Eduardo Bernstein, a quien Höchberg se había atraído como consejero literario suyo.

Pero los tres delegados no parecían darse gran prisa a cumplir el encargo que recibieron, y la razón de su morosidad se puso de manifiesto al sacar a la luz pública, en julio de 1879, un «Anuario de ciencia y política social», que había de publicarse dos veces al año. Qué espíritu inspiraba a la nueva publicación lo revelaba bastante bien un artículo titulado «Ojeada retrospectiva sobre el movimiento socialista», y firmado con tres estrellas. Sin embargo, sus verdaderos autores eran Höchberg y Schramm; Bernstein no había puesto en él más que unas cuantas líneas.

Este artículo no era más que un sermón de increíble mal gusto y falta de tacto, en que se le echaban en cara al partido sus pecados, su falta de «buen tono», su propensión a insultar, su coquetería con las masas y su desdén hacia las clases cultas; en una palabra, todo lo que ha indignado siempre tanto a las almas vulgares y filisteas en los movimientos proletarios. Todo para venir a parar a la conclusión práctica de que debieran aprovecharse aquellos ocios forzados de la ley contra los socialistas en hacer penitencia y corregirse. Marx y Engels montaron en cólera cuando leyeron aquella mamarrachada, y dirigieron una circular privada a los dirigentes del partido, en la que exigían categóricamente que a sujetos que pensaban de aquel modo, ya que hubiera que tolerarles dentro del partido por razones prácticas, por lo menos no se les debía dejar hablar en lugar preeminente. Por lo demás, Höchberg no necesitaba que nadie le concediese este derecho, pues se lo tomaba él por la mano, como parece habérselo tomado también cuando afirmó el derecho que el «trío» de Zurich tenía a fiscalizar la labor

de Hirsch al frente del periódico, poniendo el veto a un periódico por el estilo de la «Linterna». En vista de eso, Hirsch y los dos viejos maestros de Londres se desentendieron en absoluto del periódico.

De las muchas cartas cruzadas acerca de este asunto no se conservan más que algunos fragmentos. Pero de ellos se desprende que Bebel y Liebknecht no estaban de acuerdo, ni mucho menos, con las pretensiones del «trío»; lo que no sabemos es por qué no se alzaron contra ellas más a tiempo. Höchberg hizo un viaje a Londres, donde sólo vió a Engels, a quien causó la más deplorable impresión con sus ideas confusas, si bien ni él ni Marx dudaron nunca de las buenas intenciones que le animaban. La mutua irritación en que se vieron no era tampoco la más adecuada para que pudieran entenderse; el 19 de setiembre de 1889, Marx escribió a Sorge diciéndole que si el nuevo semanario iba a salir redactado con el estilo de Höchberg, ellos no tendrían más remedio que atacar públicamente aquella degradación del partido y su teoría. «Ya están bien advertidos esos caballeros, y nos conocen lo bastante para saber que con nosotros no hay más que someterse o romper. Si quieren comprometerse, tanto peor para ellos. Lo que no estamos dispuestos a tolerar es que nos comprometan a nosotros.» Por fortuna, no se llegó a lo que se temía. Vollmar se hizo cargo de dirigir «El Socialdemócrata» de Zurich, y aunque lo hacía bastante «deplorablemente», a juicio de Marx y Engels, no había razón ninguna para protestar en público contra su labor. Unicamente con los de Leipzig se mantenían en «constantes discusiones por carta, en términos, a veces, bastante duros». El «trío» resultó ser inocuo. Schramm se retrajo por completo, Höchberg estaba casi siempre de viaje y Bernstein se libró, bajo la presión de los acontecimientos, de aquel talante lastimoso, como hicieron muchos otros a quienes la situación les había angustiado un poco en un principio. También contribuyó mucho a apaciguar los ánimos el hecho de que Marx y Engels empezasen a darse verdadera cuenta de las inmensas dificultades con que los dirigentes del partido en Alemania tenían que luchar. El 5 de noviembre de 1880, Marx escribe a Sorge: los que viven en el extranjero relativamente tranquilos y a gusto no son los llamados a complicar más todavía, para júbilo de los burgueses y del gobierno, la posición de quienes actúan dentro del país en circunstancias dificilísimas y con grandes sacrificios personales. A las pocas semanas, se sellaba la paz con las formalidades de rigor.

Wollmar había anunciado que dejaría la dirección del periódico el 31 de diciembre de 1880, y la dirección del partido, queriendo dar pruebas de su buena voluntad, acordó designar para sustituirle a Carlos Hirsch. Como éste residía a la sazón en Londres, Bebel se trasladó allí para ponerse de acuerdo con él; ya hacía mucho tiempo, además,



que deseaba tener una extensa conversación con Marx y Engels; llevó consigo a Bernstein para desvanecer con su presencia los prejuicios que en Londres seguían existiendo contra este miembro del partido, cuya actuación había sido, últimamente, satisfactoria. El viaje a Londres, en el que ciertos elementos del partido veían una capitulación, alcanzó plenamente los diversos fines que se proponía; sin embargo, Carlos Hirsch pretendió luego restringir su adhesión en el sentido de dirigir el periódico desde Londres. No se aceptó la enmienda, y el resultado de todo aquello fué que se encargase de la dirección del periódico, primero interinamente y luego con carácter definitivo, a Bernstein, que desempeñó sus tareas a satisfacción de todos, incluso de los de Londres. Y cuando, un año después, se celebraron las primeras elecciones al Reichstag bajo el imperio de la ley contra los socialistas, Engel exclamaba lleno de júbilo: ¡Jamás se ha batido tan espléndidamente ningún proletariado!

También en Francia empezaban a lucir estrellas propicias para el movimiento. Después de la sangrienta semana de mayo de 1871, Thiers había proclamado, para tranquilizar al tembloroso burgués de Versalles, que el socialismo, en Francia, estaba muerto, sin pararse a recordar que ya había dicho lo mismo otra vez después de las jornadas de junio de 1848, y ya se ve cómo confirmó su augurio la realidad. Seguramente pensaba que ahora la sangría, que había sido concienzuda —en 1871 se calculaba en cien mil almas las pérdidas experimentadas por el proletariado de París, incluyendo los combates en las barricadas, las ejecuciones, las deportaciones, las penas de galeras y la emigración—daría resultados definitivos. Pero se equivocaba de medio a medio. La represión de 1848 había sumido al socialismo en veinte años de postración, y hubieron de pasar dos décadas antes de que despertase de su aturdimiento y de su silencio; después de la represión de 1871, sólo necesitó de cinco años para rehacerse y volver a presentar frente de batalla. En el año 1876, cuando todavía los consejos de guerra seguían ejecutando su tarea de verdugos y los defensores de la Comuna caían fusilados, se celebró en París el primer congreso obrero.

Este congreso tenía todavía, ciertamente, más de promesa que de realidad. Reuníase bajo los auspicios de los republicanos burgueses, que buscaban en los obreros apoyo contra los aristócratas monárquicos, y sus acuerdos giraban en torno al inocente régimen de cooperativas que Schulze-Delitzsch propugnaba en Alemania. Pero no era difícil ver que las cosas no pararían allí. La gran industria fabril que había ido desarrollándose lentamente desde el tratado de comercio celebrado por Inglaterra en el año 1803, había tomado después de 1870 un incremento considerable. Ante ella, se abrían grandes perspectivas: había de reparar los daños inferidos por la guerra a una tercera parte

del territorio francés, allegar los recursos para levantar el edificio gigantesco de un nuevo militarismo y, finalmente, llenar el vacío que había dejado en el país la pérdida de Alsacia, la provincia francesa más desarrollada industrialmente en el año 1870. La industria, en efecto, supo rendir los frutos que de ella se esperaban. Por todas partes brotaban nuevas fábricas y surgía un proletariado industrial, que en los días de apogeo de la primera Internacional no había existido, en rigor, más que en algunos centros del nordeste de Francia,

Esta situación explica los rápidos triunfos alcanzados por Julio Guesde, al lanzarse con su fogosa elocuencia al movimienio obrero, cuya trayectoria arranca del congreso de 1876 en París. Guesde, que acababa de pasarse al socialismo desde el campo anarquista, no se distinguía precisamente por la claridad teórica, como todavía hoy podemos comprobar leyendo los artículos de la *Egalité,* fundada por él en 1877. A pesar de haber sido ya traducido y publicado en francés «El Capital», no sabía nada de Marx, en cuyas teorías hubo de iniciarle Carlos Hirsch. Pero se asimiló con gran firmeza y claridad la idea de la propiedad colectiva sobre el suelo y sobre los medios de producción producidos, y, equipado con esta arma fundamental de la lucha proletaria de emancipación, que era la que en los congresos de la vieja Internacional solía tropezar con la resistencia más violenta de los delegados franceses, Guesde, un orador de primera fuerza y un agudo polemista, supo poner en pie de guerra a la clase obrera francesa.

En el segundo congreso obrero, reunido en Lyon en febrero de 1878 y que, en la mente de sus organizadores, no había de ser más que una segunda edición del congreso de París, Guesde vió congregarse ya en torno a su bandera a una minoría de veinte delegados. Ahora, la cosa empezaba a ser peligrosa, lo mismo para la burguesía que para el gobierno; comenzó la persecución y se consiguió hacer callar a la *Egalité* multando y encarcelando a sus redactores. Pero Guesde y sus camaradas no se dejaron intimidar; siguieron trabajando sin desmayo, y en el tercer congreso obrero, reunido en Marsella en octubre de 1879, tuvieron a su lado ya a la mayoría, que se constituyó inmediatamente en partido socialista y se organizó para la lucha política. Volvió a publicarse la *Egalité,* en la que ahora colaboraba activamente Lafargue, de quien procedían casi todos los artículos teóricos; poco después, comenzó a publicarse la *Revue socialiste,* dirigida por Malon, antiguo bakuninista también, y a la que Marx y Engels enviaron algunos artículos.

Guesde se trasladó a Londres en la primavera de 1880 para redactar, con Marx, Engels y Lafargue, el programa electoral del nuevo partido. Recayó acuerdo sobre el llamado programa mínimo, que, tras una breve introducción, consagrada a explicar en pocas palabras el ideal comunista, sólo contenía, en su parte económica, reivindicaciones derivadas

directamente del movimiento obrero. Sin embargo, no hubo unanimidad acerca de todos los puntos; como Guesde insistiese en que se diese entrada en el programa al postulado de un salario mínimo señalado por la ley, Marx objetó que si el proletariado francés era todavía tan pueril que necesitase de esos cebos, no merecía la pena perder el tiempo en redactar para él un programa.

Pero no hay que tomar estas palabras demasiado al pie de la letra. En conjunto, Marx veía en aquel programa un gran paso de avance que había de contribuir considerablemente a sacar a los obreros franceses de sus nieblas fraseológicas para traerlos al terreno de la realidad, y de la oposición que este programa provocaba, así como de las adhesiones que recibía, deducía él que en Francia se estaba gestando el primer auténtico movimiento obrero. Hasta entonces, no había habido más que sectas, que naturalmente habían tomado sus fórmulas y soluciones de sus respectivos augures, mientras la masa proletaria seguía a los burgueses radicales o que se hacían pasar por radicales, lanzándose a la lucha por ellos en las jornadas decisivas para ver cómo, al día siguiente, aquellos mismos a quienes había elevado al Poder, la ametrallaban, encarcelaban y enviaban al destierro. En estas condiciones, Marx vió con muy buenos ojos que sus yernos se trasladasen a Francia, en cuanto la amnistía que se había logrado arrancar al gobierno para los communards les consintió volver; Lafargue para trabajar con Guesde, y Longuet para ocupar un importante puesto de redactor en la *Justice* de Clemenceau, que acaudillaba la extrema izquierda.

En Rusia, la situación, aunque muy distinta, era todavía más propicia, según el modo de ver de Marx. Entre los rusos, su obra maestra encontraba lectores más fervorosos y partidarios más decididos que en ningún otro país; Marx tenía admiradores entusiastas y amigos personales, sobre todo entre los intelectuales jóvenes. Pero las dos principales corrientes del movimiento de masas, en cuanto puede decirse que existía un movimiento de masas en la Rusia de entonces: el partido de la «voluntad del pueblo» y el del «reparto de la tierra», movíanse todavía al margen de su teoría y de sus ideas. Las dos estaban influídas todavía de lleno por Bakunin, a lo menos en su tendencia a anteponer la clase campesina. El problema que a ellos les preocupaba primordialmente, respecto a Rusia, lo formulaban Marx y Engels así: ¿puede el municipio campesino ruso, esta modalidad, aunque muy corrompida, del primitivo régimen comunal de la tierra, transformarse directamente en una modalidad comunista más alta de propiedad sobre el suelo, o tendrá que pasar antes por el mismo proceso de disgregación que atraviesa en la historia de los países occidentales?

Marx y Engels daban la «única» contestación «por hoy posible» a esta pregunta, en su prólogo a una nueva edición rusa del Manifiesto

comunista, traducido por Vera Sasulich, en los siguientes términos: «Si la revolución rusa da la señal para una revolución obrera en la Europa occidental, consiguiendo que ambas se completen recíprocamente, el actual régimen ruso de propiedad comunal podrá servir de punto de partida para una evolución comunista.» Este modo de apreciar la situación explica el interés apasionado con que Marx seguía las campañas del partido de la «voluntad del pueblo», cuya política terrorista hacía del zar, recluído en Gachina, un prisionero de la revolución; en cambio, juzgaba con cierta dureza al partido del «reparto de la tierra», que, renunciando a toda acción política revolucionaria, se circunscribía a la propaganda. Y sin embargo, en este partido figuraban hombres como Axselrod y Plejanov, que tanto hicieron por infundir al movimiento obrero ruso el espíritu marxista.

Finalmente, también en Inglaterra empezaba a alborear un nuevo día. En junio de 1881 apareció un librito titulado «Inglaterra para todos», de que era autor Hyndman y en que pretendía recogerse el programa de la Federación democrática, una asociación que acababa de formarse, integrada por diversas sociedades radicales inglesas y escocesas, medio burguesas y medio proletarias. Los capítulos referentes al capital y al trabajo eran extractos literales o transcripciones del «Capital» de Marx, aunque Hyndman se cuidaba de no citar la obra ni a su autor, limitándose a advertir al final del prólogo que las ideas y una gran parte de la materia de su libro las debía a la obra de un gran pensador y escritor original. Y por si esta manera de citar no fuese ya bastante peregrina, Hyndman aún la hizo más ofensiva con las excusas con que pretendió justificarse ante Marx, alegando que su nombre no se veía con buenos ojos, que a los ingleses no les gustaba dejarse adoctrinar por un extranjero, etc. En vista de esto, Marx rompió con Hyndman, a quien tenía, además, por «poquita cosa».

En cambio, le causó gran satisfacción, en aquel mismo año, un artículo que Belfort Bax publicó acerca de él en el número de diciembre de una revista mensual inglesa. Y aunque los datos biográficos eran falsos en su mayor parte, y en la exposición de sus principios económicos había también mucho de falsedad y confusión, era el primer trabajo inglés de este género henchido de verdadero entusiasmo por las buenas ideas y en que se desafiaba intrépidamente al filisteísmo inglés; este artículo, cuya aparición se había anunciado con grandes carteles pegados a los muros de los barrios elegantes de Londres, produjo gran sensación.

En la carta, dirigida a Sorge, en que Marx cuenta esto, podría pensarse que aquel hombre de acero en quien las alabanzas como las censuras no hacían mella, tiene una pequeña debilidad, que, de tenerla, sería, en él, harto perdonable. Pero aquella carta estaba escrita con el

ánimo conmovido por un suceso al que aluden las últimas líneas: «Lo que más me alegró fué que la revista llegase a mis manos el 30 de noviembre, a tiempo todavía para iluminar los últimos días de mi pobre mujer; tú sabes bien la pasión que ella ponía en todas estas cosas.» La mujer de Marx había muerto el 2 de diciembre de 1881.

5. Sombras vesperales.

A la par que el horizonte político y social—que seguía siendo para Marx, como lo había sido siempre, lo más importante—se iluminaba en torno suyo, sobre él y sobre su casa iban cayendo ya las sombras de la noche. Desde que el continente, con sus benéficos balnearios, le había cerrado las fronteras, habían vuelto a agudizarse sus sufrimientos físicos, incapacitándole para trabajar por temporadas; desde 1868 no pudo volver a poner la pluma en su obra capital para llevarla a término, y por las mismas fechas o un poco después empezaron a morder también en él los cuidados por la salud de su mujer.

Ésta había disfrutado de los días apacibles de la vejez con ese equilibrio feliz de un alma en que jamás dejó de reinar la armonía; así lo explicaba ella misma en una carta de pésame que escribió a los Sorges, a quienes se les habían muerto dos hijos en la flor de la vida: «Yo sé harto bien por propia experiencia cuán duro se hace, y cuánto tiempo se tarda en recobrar el equilibrio propio, después de pérdidas como esas; luego, viene en nuestra ayuda la vida, con sus pequeñas alegrías y sus grandes cuidados, con todas sus miserias cotidianas y sus torturas mezquinas, los dolores grandes quedan enterrados entre las pequeñas preocupaciones diarias y, sin que lo notemos, la angustia lacerante se va mitigando; no es que estas heridas lleguen a cerrarse jamás, sobre todo en el corazón de una madre, pero poco a poco el espíritu va recobrando nueva capacidad de asimilación y hasta nueva susceptibilidad para las nuevas penas y las nuevas alegrías, y así, va una viviendo días y días, con el corazón herido y no obstante abierto siempre a la esperanza, hasta que por último deja de palpitar y nos envuelve la paz eterna.» Si había alguien en el mundo digno de esta muerte fácil en el suave regazo adormecedor de la naturaleza, era esta mujer luchadora y mártir, pero su muerte no tuvo nada de dulce: hubo de sufrir atrozmente antes de dar el último suspiro.

En el otoño de 1878, Marx escribió a Sorge, por vez primera, que su mujer estaba «muy mal». Un año después, le decía: «Mi mujer sigue enferma de mucho cuidado, y yo no he vuelto tampoco a estar bueno.» Después de largos titubeos, se demostró que la enfermedad de que

padecía la mujer de Marx era un cáncer que acabaría con su vida, lenta pero irremisiblemente, entre atroces torturas. Para comprender lo que Marx tuvo que sufrir, basta pensar en lo que había sido para él esta mujer a lo largo de su vida. Ella, más serena que su marido y cuantos la rodeaban, ponía cara de risa y les daba ánimos, ocultando sus dolores con una increíble fuerza de voluntad. En el verano de 1881, cuando el mal había hecho ya grandes progresos, tuvo todavía valor para emprender un viaje a París y visitar allí a sus dos hijas casadas; como, después de todo, no había remedio para su mal, los médicos no se opusieron a la intrépida aventura. En carta dirigida a la mujer de Longuet el 22 de junio de 1871, Marx le anuncia su visita y la de su madre: «Contesta en seguida, pues mamá no se pondrá en camino sin que le escribas qué ha de llevarte de Londres. Ya sabes que siente verdadera locura por esos encargos.» La excursión resultó todo lo bien que podía resultar para la enferma en aquellas condiciones, pero en cambio Marx, a su regreso, cayó en cama con una fuerte pleuresía, complicada con bronquitis y principio de pulmonía. La enfermedad era peligrosísima, pero pudo combatirse, gracias a los cuidados y a los sacrificios de su hija Leonor y de Lenita Demuth. Fueron días muy tristes. He aquí lo que escribe Eleanor Marx hablando de ellos: «En la gran alcoba delantera estaba acostada nuestra pobre madre, y al lado, en la alcoba pequeña, el Moro. Ellos, que tan compenetrados estaban el uno con el otro, tan íntimamente unidos, no podían ya albergarse en el mismo cuarto... El Moro se sobrepuso una vez más a su enfermedad. No olvidaré nunca aquella mañana en que se sintió ya con bastantes fuerzas para ir al cuarto de mamá. Al verse otra vez juntos, parecían vueltos a los días radiantes de su juventud, convertida ella en una novia y él en un muchacho enamorado que iban a entrar juntos en la vida; viéndolos, no parecían un hombre viejo y arruinado por la enfermedad y una anciana moribunda que se despedían para siempre.»

El 2 de diciembre de 1881, día en que murió su mujer, Marx sentíase todavía tan débil, que el médico le prohibió acompañar su cuerpo al cementerio. «Me plegué a la orden del médico—escribe Marx a la mujer de Longuet—porque tu pobre madre había expresado, días antes de morir, el deseo de que en su entierro no hubiese ninguna ceremonia. Nosotros, dijo, no damos importancia a lo exterior. Es para mí un verdadero consuelo, que sus fuerzas la abandonasen tan rápidamente. Como el médico había predicho, la enfermedad tomó el carácter de una lenta agonía, como si se muriese por consunción. Hasta en las últimas horas, no luchó con la muerte, fué quedándose dulcemente dormida, y hasta los ojos parecían más grandes, más hermosos y más resplandecientes que nunca.»

Engels pronunció unas palabras junto a la tumba de Jenny Marx. Después de ensalzar en ella a la más fiel camarada de su marido, concluyó así: «De sus cualidades personales no tengo para qué hablar. Sus amigos, que las conocen, no las olvidarán jamás. Si ha habido en el mundo alguna mujer que pusiese su mayor dicha en hacer dichosos a otros, era ésta a quien hoy enterramos.»

6. El último año.

Marx no sobrevivió a su mujer más que unos quince meses, pero su vida fué desde entonces más que vida una «lenta agonía», y Engels no se equivocaba cuando al morir su mujer, dijo: «También el Moro ha muerto.»

Como durante este breve período los dos amigos estuvieron la mayor parte del tiempo separados, su correspondencia cobró un último destello, y en ella vemos desfilar, sombríamente augusto, el último año de la vida de Marx, que estremece por el relato de las crueles torturas con que el destino inexorable de los hombres puso también fin a este potente espíritu.

Lo único que ya le ataba a la vida era el ardoroso anhelo de consagrar las últimas fuerzas que le quedaban a la gran causa a que había ofrendado toda su vida. «Salgo—escribía a Sorge el 15 de diciembre de 1881—doblemente tullido de mi última enfermedad. Moralmente, por la muerte de mi mujer, y físicamente, porque me ha quedado una hipertrofia de la pleura y una gran irritabilidad de los bronquios. Tendré necesariamente que perder algún tiempo en maniobras para reponer un poco mi salud.» Este tiempo duró hasta el día de su muerte, pues cuantas tentativas se hicieron para reponer su salud, resultaron fallidas.

Los médicos le enviaron primero a Ventnor, en la isla de Wight, y luego a Argelia. Llegó aquí el 20 de febrero de 1882, con una nueva pleuresía que cogió con el frío del viaje. Añádase que el invierno y la primavera fueron tan lluviosos y desapacibles como jamás se habían conocido. No le fué tampoco mejor en Montecarlo, adonde se trasladó el 2 de mayo y adonde llegó con una nueva pleuresía, causada por el frío y la humedad del viaje, encontrándose con un tiempo malísimo y pertinaz.

Hasta comienzos de junio, en que se fué a Argenteuil, al lado de su yerno Longuet y de su hija, no experimentó cierto alivio. A ello contribuiría, sin duda, la vida de familia; además, le sentaron muy bien las aguas sulfurosas del cercano balneario de Enghien pues le aliviaron de

su bronquitis crónica. También contribuyeron a levantar bastante su salud las seis semanas que luego pasó con su hija Laura en Vevey, junto al lago de Ginebra. Al volver a Londres, en el mes de setiembre, tenía mucho mejor aspecto y subió varias veces con Engels, sin cansarse, la colina de Hampstead, que estaba unos 300 pies más alta que su casa. Abrigaba la idea de volver a sus trabajos, ahora que los médicos le autorizaban para pasar el invierno, si no en Londres, a lo menos en la costa del Sur de Inglaterra. Al amenazar las nieblas de noviembre, se trasladó a Ventnor, donde se encontró con el mismo tiempo que en Argelia y Montecarlo durante la pasada primavera: niebla y humedad que le valían constantes enfriamientos y que, en vez de permitirle moverse al aire libre, le condenaban a pasarse los días metido en el cuarto, perdiendo fuerzas. No había que pensar en volver a los trabajos científicos, aunque seguía con vivísimo interés todos los descubrimientos de la época, aun aquellos que quedaban muy lejos de su campo propio, como los experimentos de Deprez en la exposición de electricidad de Munich. En general, sus cartas acusan un estado de ánimo de abatimiento y malhumor. Cuando en el nuevo partido obrero de Francia empezaron a presentarse síntomas de las inevitables enfermedades de la infancia de estos partidos, se mostró descontento con la defensa que sus dos yernos hacían de sus ideas: «¡Que se vayan al diablo Longuet, el último proudhoniano, y Lafargue, el último bakuninista!» Fué también por entonces cuando se le escapó esa frase satírica que tanto había de airear y en la que tanto había de edificarse más tarde el mundo de los filisteos, la frase de que personalmente él, Marx, no tenía nada de marxista.

El 11 de enero de 1883 sobrevino el golpe decisivo: la inesperada muerte de su hija Jenny. Marx retornó a Londres al día siguiente con una fuerte bronquitis, complicada con una inflamación de la laringe que casi le impedía tragar. «El, que había sabido resistir siempre con firmeza estoica los más grandes dolores, prefería beberse un litro de leche (que toda la vida había aborrecido) antes que tragar la cantidad equivalente de alimento sólido.» En febrero se le presentó un absceso en el pulmón. Las medicinas ya no daban ningún resultado en aquel organismo atiborrado de medicamentos desde hacía quince meses; para lo único que servían era para quitarle el apetito y trastornarle las digestiones. El enfermo iba adelgazando visiblemente de día en día. Sin embargo, los médicos no abandonaban las esperanzas, pues la bronquitis había desaparecido casi por completo, y ya le costaba menos trabajo tragar. El desenlace sobrevino inesperadamente. Carlos Marx se durmió para siempre en su sillón, dulcemente y sin dolores, el 14 de marzo de 1883.

Quebrantado por el dolor de aquella pérdida irreparable, Engels,

comprendió sin embargo que el golpe llevaba el consuelo en sí mismo. «Tal vez el arte de los médicos hubiera podido asegurarle durante unos cuantos años más una vida vegetativa, la vida de un ser inerme que en vez de morir de una vez va muriendo a pedazos y que no representa un triunfo más que para los médicos que la sostienen. Pero nuestro Marx no hubiera podido resistir jamás esta vida. Vivir teniendo delante tantos trabajos inacabados, con el suplicio tantálico de querer terminarlos y la imposibilidad de hacerlo, hubiera sido para él mil veces más duro que esta muerte dulce que acaba de arrebatárnoslo. La muerte, solía decir él con Epicuro, no es infortunio para quien muere, sino para quien se sobrevive; ver vegetar tristemente, como una ruina, a este hombre maravilloso y genial, para gloria de la medicina e irrisión del vulgo a quien tantas veces aplastara cuando estaba en posesión de sus energías; no, preferimos mil veces verle muerto, mil veces preferimos llevarle a la tumba, donde duerme ya su mujer.»

El 17 de [redacted], un sábado, fué enterrado Carlos Marx junto a su mujer. La familia, con muy buen sentido, se había negado a aceptar «todo ceremonial», que no hubiese servido más que para poner una nota de estridente discordancia en aquella vida. Junto a la tumba abierta sólo se congregaron un puñado de leales: Engels, con Lessner y Lochner, dos viejos camaradas de la Liga comunista; de Francia, habían venido Lafargue y Longuet; de Alemania, Liebknecht; la ciencia estaba allí representada por dos hombres de primer rango: el químico Schorlemmer y el zoólogo Ray Lancaster.

He aquí el último saludo que Engels dirigió en inglés al amigo muerto, resumiendo con una gran sinceridad y veracidad, en palabras sencillas, lo que Carlos Marx había sido y seguiría siendo siempre para la humanidad, y sean estas palabras las que pongan fin a nuestro libro:

«El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador viviente. Apenas le habíamos dejado solo dos minutos, cuando al volver le encontramos serenamente dormido en su sillón, pero para siempre.

Imposible medir en palabras todo lo que el proletariado militante de Europa y América, todo lo que la ciencia histórica pierden en este hombre. Harto pronto se hará sensible el vacío que abre la muerte de esta imponente figura.

Así como Darwin descubrió la ley de la evolución de la naturaleza orgánica, así Marx descubrió la ley por que se rige el proceso de la historia humana; el hecho, muy sencillo pero que hasta él aparecía soterrado bajo una maraña ideológica, de que antes de dedicarse a la política, a la ciencia, al arte, a la religión, etc., el hombre necesita, por

encima de todo, comer, beber, tener donde habitar y con qué vestirse y que, por tanto, la producción de los medios materiales e inmediatos de vida, o lo que es lo mismo, el grado de progreso económico de cada pueblo o de cada época, es la base sobre la que luego se desarrollan las instituciones del Estado, las concepciones jurídicas, el arte e incluso las ideas religiosas de los hombres de ese pueblo o de esa época y de la que, por consiguiente, hay que partir para explicarse todo esto y no al revés, como hasta Marx se venía haciendo.

Pero no es esto todo. Marx descubre también la ley especial que preside la dinámica del actual régimen capitalista de producción y de la sociedad burguesa engendrada por él. El descubrimiento de la plusvalía puso en claro todo este sistema, por entre el cual se habían extraviado todos los anteriores investigadores, lo mismo los economistas burgueses que los críticos socialistas.

Dos descubrimientos como estos parece que debían llenar toda una vida, y con uno solo de ellos podría considerarse feliz cualquier hombre. Pero Marx dejó una huella personal en todos los campos que investigó, incluso en el de las matemáticas, y por ninguno de ellos, con ser muchos, pasó de ligero.

Así era Marx en el mundo de la ciencia. Pero esto no llenaba ni media vida de este hombre. Para Marx, la ciencia era una fuerza en fusión histórica, una fuerza revolucionaria. Y por muy grande que fuese la alegría que le causase cualquier descubrimiento que pudiera hacer en una rama puramente teórica de la ciencia, y cuya transcendencia práctica fuese muy remota y acaso imprevisible, era mucho mayor la que le producían aquellos descubrimientos que transcendían inmediatamente a la industria, revolucionándola, o a la marcha de la historia en general. Por eso seguía con tan vivo interés el giro de los descubrimientos en el campo de la electricidad, y últimamente los de Marc Deprez.

Pues Marx era, ante todo y sobre todo, un revolucionario. La verdadera misión de su vida era cooperar de un modo o de otro al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones del Estado creadas por ella, cooperar a la emancipación del proletariado moderno, a quien él por vez primera infundió la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones que informaban su liberación. La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, con una tenacidad y con unos frutos como pocos hombres los conocieron. La primera «Gaceta del Rin», en 1842, el *Vorwaerts* de París, en 1844, la «Gaceta alemana de Bruselas», en 1847, la «Nueva Gaceta del Rin», en 1848 y 49, la *New York Tribune,* de 1852 a 1861, una muchedumbre de folletos combativos, el trabajo de organización en las asociaciones de París, Bruselas y Londres, hasta que por último vió sur-

gir como coronación y remate de toda su obra la gran Asociación obrera internacional; su autor tenía verdaderamente títulos para sentirse orgulloso de estos frutos, aunque no hubiera dejado ningunos otros detrás de sí.

Así se explica que Marx fuese el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Todos los gobiernos, los absolutistas como los republicanos, le desterraban, y no había burgués, desde el campo conservador al de la extrema democracia, que no le cubriese de calumnias, en verdadero torneo de insultos. Pero él pisaba por encima de todo aquello como por sobre una tela de araña, sin hacer caso de ello, y sólo tomaba la pluma para contestar cuando la extrema necesidad lo exigía. Este hombre muere venerado, amado, llorado por millones de obreros revolucionarios como él, sembrados por todo el orbe, desde las minas de Siberia hasta la punta de California, y bien puedo decir con orgullo que, si tuvo muchos adversarios, no conoció seguramente un solo enemigo personal.

Su nombre vivirá a lo largo de los siglos, y con su nombre, su obra.»

NOTAS

No corresponde a la naturaleza de esta obra ni a sus propósitos ir recargada con gran aparato de erudición. Me limitaré a hacer algunas indicaciones que facilitarán al lector deseoso de ahondar en el tema el hilo conductor que le lleve de la calzada principal a los caminos secundarios.

En la bibliografía sobre Marx, que crece en proporciones imponentes, son relativamente escasos los ensayos biográficos. Resúmenes rápidos de la vida de Marx hay muchos, pero suelen estar plagados de errores y no van ganando nada precisamente al trasegarse de unos libros a otros. ENGELS ha puesto un poco de orden en esta confusión, sobre todo con el esbozo biográfico publicado en el Calendario popular de Bracke, año de 1878. Más tarde, escribió el artículo «Marx» para el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* (V. pgs. 1130 ss.) y que, aunque en general contiene datos auténticos, no está libre de ciertos errores de detalle.

De las demás aportaciones biográficas, merecen mencionarse la de W. LIEBKNECHT, «Karl Marx zum Gedächtnis. Ein Lebensabriss und Erinnerungen» (Nuremberg, 1896); este relato se contrae sustancialmente a los años 50 al 60, pero traza de esta época, aunque abunden en él las inexactitudes de pormenor, un magnífico cuadro. También se caracteriza por el temperamento de su autora, aunque en otro sentido, la conferencia de CLARA ZETKIN, publicada luego en edición ampliada con el título de «Karl Marx und sein Lebenswerk» (Elberfeld, 1913); este estudio, basado en un conocimiento concienzudo de las cosas, adquiere un valor especial por el apéndice, una especie de clave que va guiando al lector paso a paso en el mundo de pensamientos que encierran las obras de Marx. La obra de JOHN SPARGO, «Karl Marx, his life und works» (Nueva York, 1910) es una compilación desprovista de todo valor.

Fuente de capital importancia para la biografía de Marx hasta el año 1850 es la edición de sus «Escritos varios», en cuatro volúmenes, que viene conociéndose tradicionalmente con ese nombre *(Nachlassausgabe)*, aunque desde entonces se han hecho otras ediciones de obras varias de Marx («Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle», ed. por F. MEHRING, Stuttgart 1902). Esta publicación ha ido saliendo a flote bastante bien y lleva ya de vida más de media generación; en la segunda edición de 1913 se corrigen algunos errores sin importancia. El primer volumen ha sido completado de modo muy notable por los trabajos de GUSTAVO MAYER sobre la «Gaceta del Rin», los «Anales francoalemanes» y Federico Engels, y el cuarto tomo por cinco cartas de Lassalle a Marx

descubiertas posteriormente por BERNSTEIN y publicadas en la Neue Zeit, 33 [1], 19. En las introducciones y notas puestas a esta edición he recogido una gran cantidad de material biográfico sacado de fuentes manuscritas e impresas, que no he tenido más que resumir, en cierto modo, para trazar los primeros capítulos de la presente obra.

Otra fuente importantísima para los dos primeros decenios, del 50 al 70, es la *Correspondencia entre Marx y Engels* que ocupa también cuatro tomos («Der Briefwechsel zwischen Friedrich Engels und Karl Marx 1844 bis 1883», ed. por A. BEBEL y E. BERNSTEIN, Stuttgart 1913). Esta obra monumental ha encontrado también la acogida que merecía, aun por parte de los adversarios; entre las críticas extensas publicadas por revistas científicas citaremos las de BERNSTEIN, Archiv für Socialwissenschaft und Sozialpolitik, t. 38; G. MAYER, Zeitschrift für Politik, t. 7; MEHRING, Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung, t. 5; H. ONCKEN, Preussische Jahrbücher, t. 155; SCHMOLLER, Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschat, t. 39.

Otra fuente fundamental para la época que va desde 1870 hasta 1883 es la *Correspondencia de Sorge* («Briefe und Anszüge aus Briefen von Joh.Phil.Becker, Jos. Dietzgen, Friedrich Engels, Karl Marx an F. A. Sorge und andere», Stuttgart 1906). Los originales de estas cartas, con todo el material manuscrito que poseía, fueron entregados por Sorge a la gran New York Public Library.

En su lugar, tendremos ocasión de referirnos a otras series más pequeñas de cartas (Cartas a KUGELMANN, WEYDEMEYER, FREILIGRATH, etcétera). Y no quiero terminar estas notas preliminares sin consignar aquí mi gratitud hacia la revista de CARLOS GRÜNBERG, Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung, por lo mucho que me ha ayudado en el curso de mis trabajos. Esta revista se ha convertido, a pesar de llevar relativamente poco tiempo de vida y gracias a la magistral dirección que su editor sabe imprimirle, en el centro de la investigación socialista (1).

Años de juventud.—Los protocolos de donde he tomado los datos genealógicos de Marx fueron consultados por mí en la magnífica biblioteca de los señores MAUTHNER y PAPPENHEIM, de Viena. MEHRING, Splitter zur Biographie von Karl Marx, Neue Zeit 29 [1], 4 (con datos detallados acerca del examen de bachiller). MEHRING, Die von Westphalen, Neue Zeit 10 [2], 481.

El discípulo de Hegel.—La carta a los padres de Marx fué comunicada verbalmente por su hija Eleanor en Neue Zeit, 16 [1], 4. Bibliografía neohegeliana: KÖPPEN, Friedrich der Grosse und seine Widersacher (Leipzig 1840). BRUNO BAUER, Kritische Geschichte der Synoptiker (Leipzig 1841). RUGE, Briefwechsel und Tagebuchblätter (Berlín 1886). *Tesis doctoral,* N. A., t. 1, pg. 63. *Anécdota* de la filosofía y la publicística contemporáneas (Zurich 1843). *Gaceta del Rin* (1 enero 1842-31 marzo 1843): existe un ejemplar completo en la Biblioteca Nacional de Berlín. En G. MAYER, Die Anfänge des politischen Radikalismus im vormärzlichen Preussen, Zeitschrift für Politik, t. 6, se con-

(1) Explicación de las iniciales empleadas a continuación: N. A.: Nachlassausgabe; B. M. E.: Briefwechsel Marx-Engels; B. S.: Sorges Briefwechsel; G. A.: Grünbergs Archiv.

tienen datos documentales sacados de los archivos acerca de la historia de este periódico, con abundantes noticias sobre la muda de los neohegelianos en política. Para estudiar las crisis internas del periódico tienen importancia ocho cartas dirigidas por MARX a RUGE y publicadas por BERNSTEIN, julio 1902, en sus «Documentos del socialismo». Los artículos más importantes publicados por Marx en el periódico se hallan ahora recogidos en N. A., t. 1, pg. 171. LUDWIG FEUERBACH, Briefwechsel und Nachlass (Heidelberg, 1874).

Desterrado en París.—*Anales franco-alemanes*. El único cuaderno que llegó a publicarse, un cuaderno doble con las dos primeras entregas, apareció en París en marzo de 1844. La correspondencia que le sirve de introducción y los dos ensayos de Marx y Engels fueron recogidos en N. A., t. 1, pg. 360. Muchos datos sacados de los archivos sobre la historia de esa revista, v. en G. MAYER, Der Untergang der Deutsch-Französischen Jahrbücher und des Pariser Vorwaerts, G. A., t. 3. RUGE, Aus früherer Zeit (Berlín, 1866). Lo que Marx reivindicaba como propiedad espiritual suya en la teoría de las luchas de clases aparece expuesto en una carta a WEYDEMEYER con fecha 5 marzo 1852. V. MEHRING, Neue Beiträge zur Biographie von Marx und Engels, Neue Zeit 25[2], pg. 163. Cfr. también PLEJANOW, Ueber die Anfänge der Lehre vom Klassenkampf, Neue Zeit 21[2], pg. 275, y ROTHSTEIN, Verkünder des Klassenkampfes vor Marx, Neue Zeit 26[1], pg. 836. La Biblioteca Municipal de Viena posee un ejemplar del *Vorwaerts;* el único artículo publicado por Marx en sus columnas se ha recogido en N. A., t. 2, pg. 41.

Federico Engels.—La juventud de Engels nos ha sido descubierta de nuevo en cierto modo por G. MAYER, Ein Pseudonym von Friedrich Engels, G. A., t. 4. Tienen grandísimo interés las cartas dirigidas por Engels a unos cuantos amigos jóvenes y publicadas por MAYER en los números de setiembre y octubre de la *Neue Rundschau* de 1913. Es de esperar que no tarde en ver la luz el amplio estudio que MAYER se propone editar sobre los orígenes literarios y políticos de Engels. ENGELS y MARX, La Sagrada Familia, N. A., t. 2, con detallado comentario. ENGELS, La situación de las clases obreras en Inglaterra, Leipzig 1845.

Desterrado en Bruselas. — En sus «Documentos del socialismo», BERNSTEIN reproduce unos cuantos fragmentos bastante extensos de la polémica sostenida por Marx y Engels contra Stirner. Sobre sus relaciones con el *verdadero socialismo* v. N. A., t. 2. WEITLING, Garantien der Harmonie und Freiheit. Con una introducción biográfica y notas por MEHRING, Berlín 1908. PROUDHON, Correspondance, t. 2, pg. 198. MARX, La Miseria de la Filosofía, Stuttgart 1885. De la *Gaceta Alemana de Bruselas* se conserva un ejemplar casi completo en el Archivo del partido; los artículos más importantes publicados en ella por Marx y Engels se han recogido en N. A., t. 2. En MARX, Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia, con una introducción de ENGELS y documentos (4.ª reimpresión, con introducción y notas por MEHRING, Berlín 1914), aparecen los datos, relativamente escasos, que se han conservado acerca de la Liga. BERTRAND, Die Sozialdemokratische Bewegung in Belgien vor 1848, Neue Zeit 23[2], pg. 277, ROTHSTEIN, Aus der Vorgeschichte der Internationale, Neue Zeit, suplemento 17. W. WOLFF, Gesammelte Schriften, eds. por MEHRING, Berlín 1909. MARX,

El trabajo asalariado y el capital. Con una introducción de Engels, Berlín 1891. Marx y Engels, Manifiesto Comunista (la última edición dirigida por uno de los dos autores se publicó en Berlín, 1890).

Revolución y contrarrevolución.—*Nueva Gaceta del Rin;* una serie de artículos editoriales de este periódico figuran en N. A., t. 3. Mehring, Freiligrath und Marx in ihrem Brifwechsel, Neue Zeit, suplemento 12. Lassalle y Marx, N. A., t. 4 y B. M. E., ts. 2 y 3.

Desterrado en Londres.—*Revista de la Nueva Gaceta del Rin.* Reimpresiones: Marx, Las luchas de clases en Francia desde 1848 a 1850. Con una introducción de Engels, Berlín 1895. De Engels, además de varios resúmenes mensuales y recensiones, se recoge en N. A., t. 3, el estudio sobre la campaña constitucional alemana. El *caso Kinkel* se ha puesto en claro por vez primera en 1914, en varios artículos basados en datos de los archivos y publicados en los Preussische Jahrbücher. Acerca de la vida de los emigrados en Londres, v. Mehring, Neue Beiträge, basados en la correspondencia sostenida entre Marx y Weydemeyer. Marx, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Stuttgart 1914. Marx, Revelaciones.

Engels-Marx.—Sobre este capítulo, construído fundamentalmente sobre la correspondencia mantenida entre ambos huelgan las indicaciones de fuentes para los detalles.

La guerra de Crimea y la crisis.—No me ha sido posible consultar para este capítulo, por estar ya impreso, la obra Marx y Engels, Gesammelte Schriften 1852 bis 1862, eds. por N. Riazanoff, Stuttgart 1917. Han aparecido dos volúmenes que llegan hasta fines de 1855, abarcando ya más de mil páginas impresas. A éstos seguirán otros dos. Sin embargo, el valor de los volúmenes ya publicados como fuente biográfica es tan pequeño, que no he tenido para qué corregir ni completar a la vista de ellos el texto de mi obra. Se refuerza la impresión de que los trabajos para la *New York Tribune* no fueron la parte más pequeña del martirio que Marx hubo de soportar. El hecho de que Dana no fuese el verdadero propietario del periódico, sino una especie de esclavo y capataz de los verdaderos dueños, Greeley y Mac Ekrath, no llevará seguramente a todos los lectores a la conclusión del editor de estos escritos, que entiende que Dana, a pesar de todo, se comportó correctamente con Marx. En los diez años de trato común, Marx no pudo ni sospechar siquiera que Dana no fuese más que un compañero de torturas que padecía con él. Los ensayos y artículos de Marx y Engels reunidos por N. Riazanoff en estos dos volúmenes no tienen todos el mismo valor: unos, vienen a redondear como obras secundarias las grandes publicaciones científicas de sus autores, de modo gustoso y agudo, y otros —principalmente los publicados en el segundo tomo—se cuentan entre esas «verdaderas correspondencias periodísticas» que a Marx y Engels no les hubiera alegrado nada ver desenterradas del olvido. Sobre Urquhart, Harney, Jones y acerca de las demás relaciones personales estudiadas en este capítulo v. B. M. E. G. Mayer publicó en la «Frankfurter Zeitung» de 10 de agosto de 1913 dos cartas desconocidas de Marx a Lassalle, procedentes del año 1855. Marx, Contribución a la Crítica de la Economía politica, Berlín 1899.

Conmociones dinásticas.—ENGELS, Po y el Rin; Savoya, Niza y el Rin, dos estudios, eds. por BERNSTEIN, Stuttgart 1915. LASSALLE, La guerra italiana y el deber de Prusia, Berlín 1892. VOGT, Mi proceso contra la «Gaceta general», Ginebra 1859. MARX, El señor Vogt. Cartas a LASSALLE, FREILIGRATH, WEYDEMEYER y B. M. E.

Los primeros tiempos de la Internacional.—La literatura antigua sobre la Internacional (Testut, Villetard), etc., está hoy completamente superada. Con reservas, puede consultarse todavía para algunos puntos la obra de RUDOLF MEYER, Emanzipationskamf des vierten Standes (Berlín 1874). El primer autor que se impuso el esfuerzo de intentar exponer científicamente la gran Asociación fué JAECKH, «Die Internationale» (Leipzig, 1904). Esta obra, que comenzó siendo un trabajo de ocasión, una memoria de homenaje en el 40.º Aniversario de la Internacional, constituye hoy un tomo pequeño, digno todavía de lectura y sólo anticuado en un punto, siquiera sea esencial: en el juicio parcial y brusco que le merecen a su autor todos los elementos de mentalidad no marxista y principalmente Bakunin. Jaeckh no supo penetrar bien en los manejos de Utin ni en las flaquezas de Borkheim, y se confía por entero al folleto de la Alianza. Con la obra de Jaeckh, la mejor guía para orientarse a través de la historia de la Internacional siguen siendo los seis años (1866 a 1871) del *Vorbote,* publicado en Ginebra por J. FELIPE BECKER. En el texto, no malgasto, naturalmente, ninguna palabra más en defender a Schweitzer de sus supuestas tradiciones. V. SCHWEITZER, «Politische Aufsätze und Reden» eds. por MEHRING (Berlín, 1912). G. MAYER, «J. B. von Schweitzer und die Sozialdemokratie» (Jena, 1909). H. L. LAUFENBERG, «Geschichte der Arbeiterbewegung in Hamburg, Altona und Umgegend» (Hamburg, 1911) traza también una buena imagen de la persona y la política de Schweitzer. BEBEL, «Aus meinem Leben» t. 2, pgs. 1 a 137 («El período del señor von Schweitzer») se limita a repetir las viejas inculpaciones, refutadas desde hace ya mucho tiempo, sin adoptar una actitud crítica ante la refutación. Sobre la conferencia de la Internacional en Londres en 1865, v. M. BACH, Neue Zeit, 20^1, pg. 549. *Cartas de Marx a Kugelmann,* Neue Zeit, 20^2, pg. 26.

El Capital.—Los fragmentos que han podido encontrarse para la redacción de un cuarto tomo, en que se habría de exponer la historia de la teoría, han sido reunidos y publicados por KAUTSKY bajo el título de «Teorías sobre la plusvalía» (Stuttgart 1904). Las obras de vulgarización del Capital son todas anticuadas, aunque no sea más que por limitarse al primer volumen; KAUTSKY ha publicado una «edición popular» de este volumen (Stuttgart 1914). La imponente literatura provocada por la clásica obra de Marx se distingue más por su cantidad que por su contenido, y con esto no nos referimos solamente a los adversarios. La obra que más se acerca a su modelo, por la riqueza de conocimientos, brillantez de lenguaje, agudeza lógica en la investigación e independencia en el juicio, ensanchando las fronteras científicas trazadas por su maestro, es la obra de ROSA LUXEMBURGO, «Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus» (Berlín, 1913). El desdén con que esta obra ha sido tratada, principalmente por los llamados austromarxistas (Eckstein, Hilferding, etc.), se cuenta entre los hechos más brillantes de la clerigalla marxista.

Apogeo de la Internacional.—Para este capítulo y el siguiente, se debe consultar, además de la correspondencia entre Marx y Engels y la colección del *Vorbote*, la literatura bakuninista. MICHEL BAKOUNINE, Oeuvres, ts. I-VI, París 1907 a 1913. JAMES GUILLAUME, L'Internationale. Documents et Souvenirs, ts. I-IV, París 1905 a 1910. MAX NETTLAU, Bakunin und die Internationale in Italien bis zum Herbst 1872, G. A., t. 2, pg. 275; EL MISMO, Bakunin und die Internationale in Spanien 1868 bis 1873, G. A., t. 4, pg, 243; EL MISMO, Bakunin und die russische revolutionäre Bewegung von 1868 bis 1873, G. A., t. 5, pg. 357. BRUBPACHER, Marx und Bakunin, Munich 1913. Que yo estime indispensable consultar estas obras para el estudio de la historia de la Internacional no quiere decir que todo lo que contienen sean verdades y sabidurías; lejos de eso, hay que deplorar que sus autores no hayan sabido tratar a Marx con la justicia que ellos reclaman para Bakunin. También en la historiografía rige el viejo axioma de que hay que oir a las dos partes. Una obrita muy meritoria es la de STEKLOW, «Michael Bakunin», Stuttgart 1913; el autor es un auténtico marxista y, por serlo, exige a los socialdemócratas alemanes que acaben rindiendo la debida justicia a la memoria de Bakunin. El *Comunicado confidencial* se reproduce literalmente en las Cartas a Kugelmann, Neue Zeit, 20², pg. 472.

Ocaso de la Internacional.—MARX, La guerra civil en Francia, con una introducción de ENGELS (Berlín 1891), contiene las tres alocuciones de la Internacional sobre la guerra y la Commune. Cartas de Marx sobre la Commune en Neue Zeit, 20¹, pg. 708. V. en Neue Zeit, 29¹, pg. 734 los escasos fragmentos que se conservan de la correspondencia sostenida por Marx durante el alzamiento con algunos miembros de la Commune.

* * *

Ha llegado el momento de que digamos algunas palabras acerca de la tentativa de asesinato cometida por K. KAUTSKY y N. RIAZANOFF contra este libro, cuando todavía se hallaba en estado embrionario.

Sin preocuparme de la pública amonestación por «antimarxista» ni de la imputación de un supuesto «abuso de confianza» contra la hija de Marx que me habían valido por parte de Kautsky ciertas manifestaciones heréticas mías acerca de Lassalle, persistí públicamente en mi proyecto de biografía y hasta tuve la audacia de hacer en el folletón de la *Neue Zeit,* dirigido entonces por mí—v. *Neue Zeit,* 31², pg. 985—, la crítica del libro de Brupbacher sobre Marx y Bakunin sin echarlo por tierra desconsideradamente. Censuraba en el libro, claro está, ciertos ataques injustos que en él se le hacían a Marx, entendiendo no obstante que se trataba de una «obra meritoria y útil» en cuanto venía a demostrar infundados toda una serie de injustos reproches formulados por Marx y los marxistas, sin exceptuarme, ni mucho menos, a mí mismo, contra Bakunin. La idea central de mi crítica era la tesis de que la Internacional había sucumbido cumpliendo una gran misión histórica, es decir, de una muerte indeciblemente más honrosa que las míseras intrigas de unos cuantos demagogos sin escrúpulos.

Con esto, colmé las medidas, y N. Riazanoff disparó contra mis pobres seis páginas aquel panfleto de más de sesenta, al que Kautsky abrió de par en par las columnas de su revista (N. Riazanoff, «Pabellón socialdemócrata y mercancía anarquista», *Neue Zeit,* 32¹, núms. 5, 7, 8,

10, 13). Riazanoff no tocaba para nada, naturalmente, las ideas objetivas que inspiraban mi posición: los dos o tres errores que quiso probarme, retorciendo las palabras salidas de mis labios o hinchando desmedidamente descuidos deslizados al correr de la pluma y perfectamente indiferentes para el asunto tratado, no tenían absolutamente nada que ver con mis ideas. La finalidad de toda aquella maniobra era presentarme como a hombre carente de los conocimientos, del discernimiento y hasta de la buena fe necesarios para levantar la voz en cuanto concerniese a Marx. Me pintaban, digámoslo así, como esas caricaturas embadurnadas de rojo vivo que cuelgan en las barracas de feria y delante de las cuales grita el charlatán: ¡pasen, señores pasen a ver la fiera!

Y ciertamente que Riazanoff se prestaba a la maravilla para este papel. Riazanoff es un maestro de ese estilo que ha aprendido de su admirado Borkheim y del que Marx dice certeramente en una ocasión: «Cuando toma la pluma en la mano, hay que echarse a temblar. No posee ni un atisbo de tacto ni de buen gusto. Carece, además, de toda preparación. Se parece a esos salvajes que creen hermosearse el rostro tatuándose con los colores más chillones y abigarrados. La banalidad y las murmuraciones de corrillo se le enredan a cada paso entre las piernas. Y apenas hay en él una frase que no se encasquete instintivamente el gorro de cascabeles.» Pero en Riazanoff es algo más que el instinto. Este «serio investigador», como gusta de titularse a sí y a sus amigos, no tiene inconveniente en convertirse en el más vil de los falsarios sólo por hacer una mueca o un gesto grotesco a su gusto. Para lanzar en su panfleto unos cuantos chistes malos contra mí, no tiene el menor reparo en hacerme responsable de unos cuantos artículos que Borkheim publicó en el «Zukunft» de Guido Weiss contra Bakunin, en el verano de 1869. Para ello, trae a cuenta una cita mía, en la que yo digo que pertenecí en mi juventud a la redacción de ese periódico, pero digo también, en la misma alentada, que ingresé en ella en enero ro de 1870. Riazanoff echa lindamente al cesto de los papeles esta fecha, y en cambio, se saca de la manga la afirmación de que el 25 de junio de 1879—ese día, precisamente, y no otro—se publicó un artículo mío en el «Zukunft». De este modo, con una pequeña estafa y una pequeña falsificación, se abre paso franco y se abalanza bravamente sobre el «intrépido mozuelo» que yo debía de ser allá por el verano de 1869 en la redacción de aquel periódico, cuando aún no tenía ni la más remota relación con el «Zukunft». ¡Y a estas mamarrachadas, que cualquier revista burguesa se avergonzaría de esgrimir como arma contra un escritor socialdemócrata, les da Kautsky franca acogida en la *Neue Zeit,* de la que yo venía siendo desde hacía veinte años el más diligente colaborador!

Pero, veamos cuáles son las acusaciones de este Cicerón contra Catilina. Ya en la primera página se me inculpa de pasar de contrabando, en mi crítica del libro de Brubpacher, la «más podrida mercancía», despertando el peligro de «que bajo pabellón socialdemócrata se deslicen en la literatura del partido todas las acusaciones que hasta ahora venían formulando los anarquistas contra Engels y Marx, Bebel y Liebknecht, las acusaciones de calumnia y desvergonzada falsedad, de falsificaciones, estafas y otras aberraciones inauditas del sentido moral.» Pero este peligro, que en la primera página del panfleto no es más que una «amenaza», en la segunda se ha convertido ya en una realidad, y resulta que yo he «volcado sobre los grandes muertos un montón de infamias moralmente adornadas y farisaicamente vestidas.» En segui-

da, nos encontramos con que mi delito más terrible es descartar a Marx como el más grande pensador del movimiento obrero moderno, para poner en su lugar y proclamar como verdadero mesías a Bakunin. Pero, oigamos cómo suena el gorro de cascabeles: «Marx de Claudio, Bakunin de padre de Hamlet, la socialdemocracia alemana de reina, y Mehring de Hamlet que trata de convencerla por la persuasión de que arroje a la calle a la mitad malvada, para vivir en paz y en pureza con la otra mitad. Claro está que Riazanoff no tarda en descender nuevamente de estas alturas trágicas al valle, más familiar para él, de las piruetas de clown, para reprocharme que me haya entregado en cuerpo y alma al «repugnante» lodo de los Brubpacher y los Guillaume, según los cuales la Internacional marxista no fué nunca más que una ficción «detrás de la cual se agazapaba una banda infame de jesuítas sin escrúpulos de conciencia ni sentido moral».

Cierto es que se me reconocen magnánimemente dos circunstancias atenuantes. La primera es una grandiosa ignorancia, «conocimiento superficial del tema y total desconocimiento de los libros en que se trata, fuera de los alemanes»; la segunda, los remordimientos de conciencia que me asaltan por haber agredido en otro tiempo a Bakunin más rudamente todavía que Utin y consortes, afirmación que Riazanoff tampoco puede apoyar más que en una cita falsificada por él. Se cuida de silenciar que en el mismo pasaje de mi historia del partido que trae a colación, defiendo a Bakunin del reproche de haber roto con Marx por motivos puramente personales y me esfuerzo en explicar sus teorías anarquistas por el proceso de su vida y su educación; en cambio, reproduce y subraya la observación que hago seguir, a saber: que no puede negarse que en la campaña de Bakunin contra Marx «intervinieron también» el orgullo y los celos personales. Hoy, después de los nuevos datos auténticos que se conocen sobre Bakunin, abandono de buen grado esta observación; pero decir que, atormentado por mi conciencia, llego hasta convertir a Bakunin en el primer campeón intelectual del socialismo, como hace Riazanoff, podrá ser una afirmación muy ingeniosa, pero es fundamentalmente falsa. Y además, al decir que esta observación mía es la agresión más dura que se ha convertido contra Bakunin, demuestra que, o no conoce a sus favoritos Borkheim y Utin—cosa que se nos hace difícil de creer en un «investigador» tan «serio» como Riazanoff—o que no está bueno de la cabeza.

Este pequeño florilegio bastaría para demostrar que, si las acusaciones que se me hacen son justas, yo sirvo para biógrafo de Marx poco más o menos que un asno para tocador de laúd. Si son justas o no, el propio lector de este libro lo dirá, cuando haya posado la vista en los capítulos XIII y XIV, donde no hago más que desarrollar y fundamentar aquel rápido esbozo expuesto en la crítica de la obra de Brubpacher. Mi crimen, del que jamás podré redimirme a los ojos de la clerigalla marxista, consiste en dos cosas: primero, en haber oído a los testigos bakuninianos y a los marxistas para exponer el pleito entre Bakunin y Marx, es decir, en haber oído a las dos partes, como es deber de todo historiador; segundo, en no haber enfocado, cumpliendo con el deber que es por lo menos el de todo historiador marxista, la historia de la Internacional como una tragicomedia en la que un intrigante vil derriba a un héroe sin tacha, sino como una gran causa histórica, cuyo apogeo y cuyo ocaso sólo pueden explicarse por razones y concatenaciones históricas igualmente grandes.

Pero dejemos ya estar a la clerigalla marxista, que el propio Kauts-

ky se ha encargado de definir cumplidamente el 4 de agosto de 1914, con su política de veleta y su famoso descubrimiento de que la Internacional es, «en rigor, un instrumento de paz», pero «no un arma eficaz en tiempos de guerra».

* * *

Los últimos diez años.—LAFARGUE, Recuerdos personales de Carlos Marx, Neue Zeit, 9[1], pg. 10. MARX, Carta-programa, Neue Zeit, 9[1], pg. 561. Una carta semejante de Engels v. en BEBEL, «Aus meinem Leben», 2[2], pg. 318. STEKLOW, Die bakuninistische Internationale nach dem Haager Kongress, Neue Zeit, suplemento 28. MARX, Sobre la guerra de Oriente, B. S., pg. 156 y apéndice a LIEBKNECHT, «Zur orientalischen Frage», Leipzig 1878. Sobre los litigios que surgieron en los primeros años de la ley contra los socialistas, B. S. y BEBEL, «Aus meinem Leben». La última carta de la mujer de Marx, B. S. 151. Sobre la última enfermedad, la muerte y el entierro, ENGELS, B. S. 186 y en el «Sozialdemokrat» de Zurich, núm. de 22 de marzo de 1873.

APENDICES

I

Prólogo del autor a la primera edición.

Este libro tiene su pequeña historia. Cuando se trató de editar la correspondencia mantenida entre Marx y Engels, Laura Lafargue, la hija de Marx, puso por condición para dar el permiso, en lo que de ella dependía, que yo interviniese en la redacción como representante suyo; el poder otorgado en Draveil con fecha 10 de noviembre de 1910 me autorizaba para introducir en la edición de las Cartas todas las notas, aclaraciones y supresiones que estimase necesarias.

En la práctica, no tuve necesidad de hacer uso de esta autorización. Entre los editores, o mejor dicho, el editor de las Cartas, Bernstein —pues Bebel no hizo más que dar el nombre—y yo no surgieron discrepancias importantes de criterio, y entendí, interpretando el mandato de mi poderdante, que no debía ni tenía para qué entrometerme en su labor sin una razón apremiante o poderosa que lo justificase; por mi parte, no sentía tampoco inclinación alguna a proceder en ese sentido.

Las largas horas de trabajo que hube de poner en el examen de esta correspondencia vinieron a redondear la imagen que yo me había formado de Carlos Marx a lo largo de diez años de estudios, e involuntariamente brotó en mí el deseo de dar a esta imagen un marco biográfico, sobre todo sabiendo como sabía que con ello había de producir a su hija una alegría grande. Si yo me había captado su amistad y su confianza, no era precisamente porque me tuviese por el más culto ni el más inteligente de los discípulos de su padre, sino simplemente porque creía ver en mí al que más había ahondado en su personalidad humana y el que más certeramente sabía exponerla. Por carta y de palabra, me aseguró bastantes veces que el relato que yo hacía en mi historia del partido y sobre todo en mi edición de los escritos varios refrescaba y hacía revivir en ella no pocos recuerdos familiares borrosos y hacía que cobrasen bulto tangible no pocos de los nombres oídos frecuentemente en labios de sus padres.

Desgraciadamente, esta magnífica mujer murió mucho antes de que pudiera ver la luz la correspondencia de su padre con Engels. Pocas horas antes de ir voluntariamente a la muerte, me envió un saludo cálido de despedida. Había heredado el gran sentido de su padre y yo tengo que mostrarle desde aquí, ya en su tumba, mi gratitud por haberme confiado para su edición tantos tesoros de la herencia paterna, sin que jamás hiciera la más leve tentativa para influir en mi juicio crítico ante esa labor. Y así, sabiendo como sabía por mi historia del partido cuántas veces y con qué energía había defendido yo el derecho de Lassalle contra Marx, no tuvo inconveniente en encomendarme las cartas de aquél a su padre, para su publicación.

¡Ya quisieran poseer siquiera un granito de la nobleza de esta gran mujer esos dos celosos guardianes del marxismo que, apenas puse mano en la ejecución de mi propósito biográfico, empezaron a soplar a todos los vientos el cuerno de su indignación moral porque me había permitido exteriorizar en la revista *Neue Zeit* algunas observaciones acerca de las relaciones de Lassalle y Bakunin con Marx, sin doblegarme, como era de rigor, a la leyenda oficial del partido! C. Kautsky rompió el fuego acusándome de «antimarxismo» en general y en particular de un pretendido «abuso de confianza» contra la hija de Marx. Y como yo, sin hacer caso de eso, me obstinase en el propósito de escribir la biografía, sacrificó nada menos que sesenta páginas del espacio, que como se sabe es muy precioso, de la *Neue Zeit,* para dar cabida a un panfleto en el que N. Riazanof—bajo una avalancha de acusaciones, cuya falta de escrúpulos sólo guarda parejas con su necedad—pretendía poner de manifiesto en mí al más vil de los traidores contra Marx. He dejado que estas gentes dijesen la última palabra, movido por un sentimiento que la cortesía me impide calificar, pero me debo a mí mismo la declaración de que su terrorismo doctrinal no me ha intimidado en lo más mínimo, razón por la cual seguiré exponiendo en esta obra las relaciones de Marx con Lassalle y Bakunin sin atenerme para nada a la leyenda del partido, obediente tan sólo a los postulados de la verdad histórica. También aquí he querido, naturalmente, huir de toda polémica, si bien en las notas que figuran al final de esta obra, examino un poco de cerca algunas de las acusaciones más importantes que me hacen Kautsky y Riazanof, para mayor honra y provecho de quienes nos sigan como investigadores en este terreno, pues siempre me parecerá poco cuanto se haga por inyectar a los estudiosos del mañana, y cuanto antes, un sentimiento de soberano desprecio contra los ataques epilépticos de la clerigalla marxista.

Si Marx hubiera sido real y verdaderamente ese muchachito modelo tan aburrido que veneran en él los sacerdotes del marxismo, yo no me hubiera sentido jamás tentado a escribir su biografía. Mi admira-

ción y mi crítica—y en ninguna buena biografía puede faltar ninguna de estas dos cosas, en dosis iguales—no pierden de vista jamás al hombre genial que nada gustaba de decir tanto ni con más frecuencia de sí que aquello de que nada humano le era ajeno. Hacerle vivir de nuevo, en toda su grandeza poderosa y áspera: tal es la misión que yo me he propuesto.

Y la meta me trazaba ya, una vez enfocada, el camino que había de seguir. Toda obra de historia es a la par arte y ciencia, y lo es sobre todo cuando se trata de un estudio biográfico. No sé en este momento de qué cabeza seca brotó esa famosa idea de que los criterios estéticos no tienen nada que buscar bajo las bóvedas de la ciencia histórica. Yo, por mi parte he de confesar, acaso para vergüenza mía, que más que a la sociedad burguesa odio a esos severos pensadores que, con tal de dejar mal al bueno de Voltaire, decretan que no se puede escribir bien no escribiendo en un estilo aburrido. En este punto, el propio Marx era hombre sospechoso, pues, ateniéndose a los clásicos griegos, incluía a Clio entre las nueve musas. Mas la verdad es que sólo maltrata a las musas quien ha sido maltratado por ellas.

He de dar por supuesta, pues, la aquiescencia del lector a la forma por mí elegida; en cambio, en lo que toca al contenido no tengo más remedio que solicitar un poco de indulgencia. He tenido que luchar desde las primeras páginas con un imperativo: el de que el libro no resultase demasiado voluminoso, y con ello inasequible e ininteligible aun para obreros avanzados; y a pesar de todo, no he podido evitar que excediese en cerca de doscientas páginas al volumen que primitivamente nos habíamos propuesto. ¡Cuántas veces he tenido que conformarme con poner una palabra donde hubiera querido poner una línea, una línea en vez de una página, y una página en lugar de un pliego entero! Lo que bajo esta coacción exterior más ha padecido ha sido el análisis de las obras científicas de Marx. Por eso, para evitar equívocos desde el primer momento he querido suprimir del subtítulo tradicional en la biografía de todo gran escritor: «Su vida y su obra», la segunda parte, poniendo tan solo «Historia de su vida».

Es indudable que la incomparable grandeza de Marx estriba, entre otras cosas, en el todo inseparable que en él forman, completándose y ayudándose mutuamente, el pensador y el hombre de acción. Pero no menos indudable es que el luchador prevalecía en él, en todo instante, sobre el hombre de pensamiento. En esto, todos nuestros grandes maestros y precursores pensaron lo mismo; todos ellos pensaron, para decirlo con las palabras de Lassalle, que de buen grado hubieran dejado inédito cuanto sabían con tal de que sonase por fin la hora práctica de la actuación. Y nadie mejor que nosotros sabe cuánta razón tenían, en estos tiempos en que vemos, con un escalofrío de horror,

cómo investigadores serios que se han pasado tres o cuatro años de su vida analizando los puntos y las comas de las obras de Marx, al llegar la hora histórica en que las circunstancias les permitían y les ordenaban obrar como él, no saben hacer otra cosa que dar vueltas y más vueltas en torno a su eje, como veletas chirriantes.

Mas no por esto he de ocultar que yo no me hubiese creído jamás con más títulos que nadie para cruzar todas las fronteras del inmenso campo del saber dominado por Marx. Para la empresa de trazar, dentro del cuadro de mi estudio, una imagen clara y resumida del segundo y tercer tomo del «Capital», he solicitado la ayuda de mi amiga Rosa Luxemburgo, y el lector sabrá agradecerle, como yo lo hago, la solicitud con que ha atendido mi deseo; la sección tercera del capítulo XII es obra suya.

Es para mí una gran satisfacción haber podido incorporar a esta obra, avalorándola, un fruto de su pluma, como lo es el que nuestra común amiga Clara Zetkin-Zundel me haya autorizado para lanzar a la alta mar mi barquillo bajo el pabellón de su nombre (1). La amistad de estas dos mujeres ha sido para mí un consuelo inapreciable en una época cuyas tormentas han barrido en torbellino, como barre el viento de otoño las hojas secas, a tantos «campeones varoniles e indomables» del socialismo.

Steglitz-Berlín, marzo de 1918.

FRANZ MEHRING.

(1) La edición alemana de esta obra está dedicada «a Clara Zetkin, heredera del espíritu marxista».

II

Una carta de Rosa Luxemburgo a Franz Mehring.

Acaso nadie haya sabido poner de relieve la gran importancia histórica y los méritos inmortales de Mehring en la obra del socialismo con la claridad y la precisión con que lo hace Rosa Luxemburgo—su más leal amiga y camarada de luchas durante muchos años, con Clara Zetkin—en una carta verdaderamente clásica que le escribió al cumplir Mehring los setenta años (el 27 de febrero de 1916). Traducimos a continuación esta carta, inédita hasta hace un año, en que la dió a la publicidad Eduardo Fuchs, testamentario de Mehring y editor de sus Obras completas, en el prólogo al primer volumen de éstas.

Mi venerado amigo: Tiene usted que permitirme que reproduzca aquí las pocas palabras en las que he intentado decirle verbalmente por qué su personalidad y su obra me son y me seguirán siendo siempre tan caras. Desde hace muchos años, ocupa usted cerca de nosotros, por derecho propio, un puesto que nadie le puede disputar: el de representante de la auténtica cultura del siglo en todo su brillo y esplendor. Y si según Marx y Engels el proletariado alemán es el heredero histórico de la filosofía alemana clásica, usted es el albacea de esa herencia. Ha salvado usted en el campo de la burguesía para traerlo al nuestro, al campo de los socialmente desheredados, todos los tesoros que aún guardaba la cultura en otro tiempo espiritual de la burguesía. Sus libros y sus artículos han familiarizado íntimamente al proletariado alemán, no sólo con la filosofía alemana clásica, sino también con los poetas clásicos, no sólo con Kant y Hegel, sino también con Lessing, Schiller y Goethe. Con cada línea salida de su pluma maravillosa, ha enseñado usted a nuestros obreros que el socialismo no es, precisamente, un problema de cuchillo y

tenedor, sino un movimiento de cultura, una concepción grande y soberana del mundo. Defenderla, permanecer en su atalaya a pie firme, es la misión que usted se ha impuesto desde hace más de una generación. Cierto es que hoy—desde la espantosa bancarrota de la guerra mundial—los herederos de la filosofía clásica andan como míseros mendigos llenos de lacerias. Pero las férreas leyes de la dialéctica histórica que usted ha sabido exponer ante el proletariado, día tras día, con mano maestra, harán que los mendigos, los «desharrapados» de hoy, vuelvan e erguirse y sean otra vez los luchadores fieros e indomables. Tan pronto como el espíritu del socialismo vuelva a soplar en las filas del proletariado alemán, su primer movimiento será para alargar la mano hacia sus obras, hacia los frutos de la labor de su vida, cuyo valor es imperecedero y en los que alienta siempre el mismo hálito de ideas fuertes y nobles. Hoy, en que las inteligencias de origen burgués nos traicionan y desertan de nosotros en manada para retornar al pesebre de los que mandan, podemos verlos marchar con una sonrisa de desprecio y decirles: ¡Idos en buen hora! ¿Qué nos importa que os vayáis, si le hemos arrancado a la burguesía alemana lo último y lo mejor que le quedaba de espíritu, talento y carácter, a Franz Mehring?

Siempre suya, cordialísimamente,

R. LUXEMBURGO.

INDICE

Páginas

CAPITULO I

AÑOS DE JUVENTUD

CAPITULO II

EL DISCÍPULO DE HEGEL

CAPITULO III

DESTERRADO EN PARÍS

CAPITULO IV

FEDERICO ENGELS

Páginas

CAPITULO V

DESTERRADO EN BRUSELAS

CAPITULO VI

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

CAPITULO VII

DESTERRADO EN LONDRES

CAPITULO VIII

ENGELS-MARX

Páginas

CAPITULO IX

LA GUERRA DE CRIMEA Y LA CRISIS

CAPITULO X

CONMOCIONES DINÁSTICAS

CAPITULO XI

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA INTERNACIONAL

CAPITULO XII

EL CAPITAL

CAPITULO XIII

APOGEO DE LA INTERNACIONAL

CAPITULO XIV

OCASO DE LA INTERNACIONAL

CAPITULO XV

LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS

APÉNDICES